

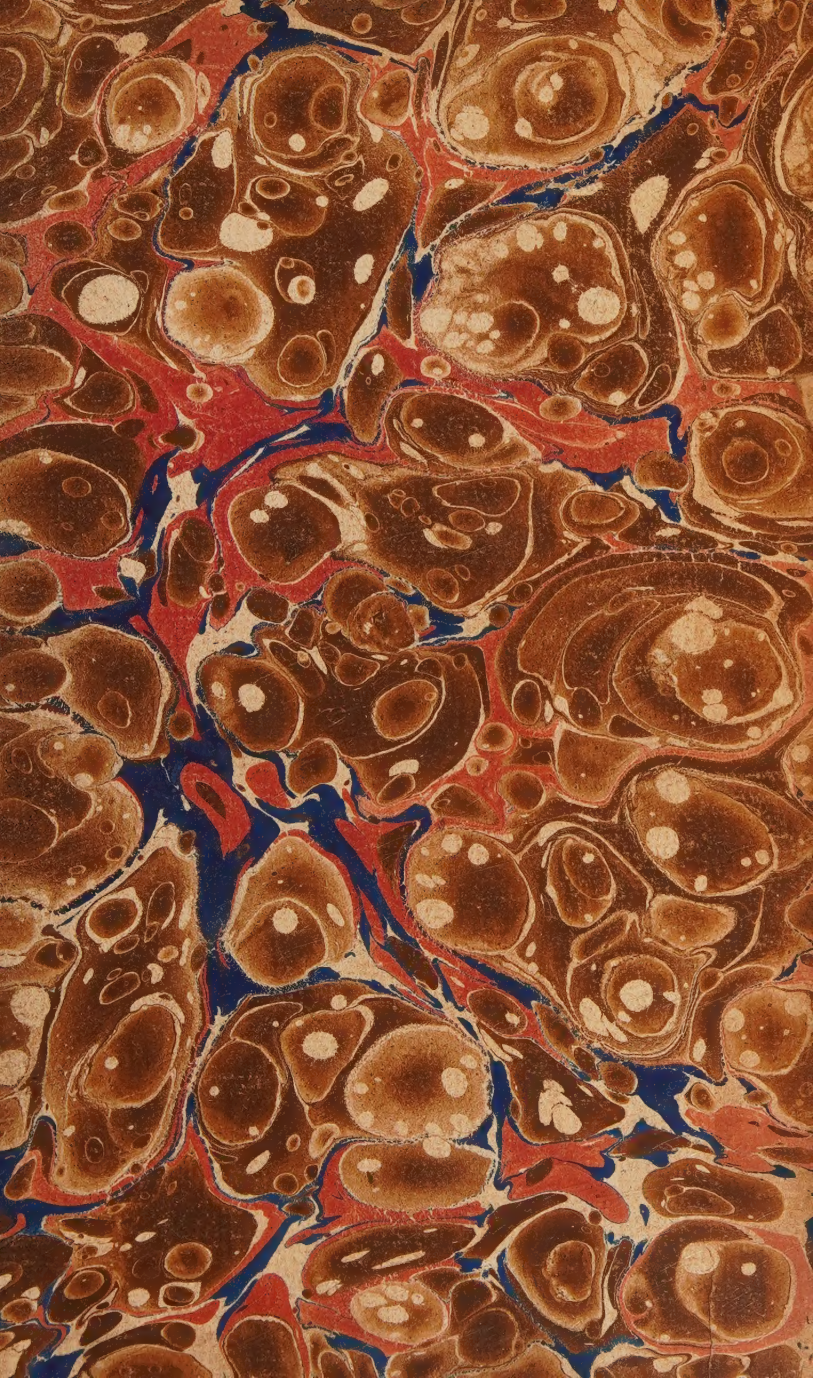


BIBLIOTHECA
FF. PRÆDICATORUM.
BENITLÆ.

ST. ALBERT'S COLLEGE LIBRARY

242

5



ST. ALBERT'S COLLEGE LIBRARY

AÑO CRISTIANO,

ó

EJERCICIOS DEVOTOS

PARA TODOS LOS DIAS DEL AÑO.

MAYO.

*Varios Prelados de España han concedido 4260 dias de indulgencia á
todas las publicaciones de la LIBRERÍA RELIGIOSA.*

AÑO CRISTIANO,

ST. ALBERT'S COLLEGE LIBRARY

EJERCICIOS DEVOTOS

PARA TODOS LOS DIAS DEL AÑO;

ESCRITO EN FRANCÉS

POR EL P. JUAN CROISSET,

de la Compañía de Jesús,

Y TRADUCIDO AL CASTELLANO

por el P. José Francisco de Isla,

de la misma Compañía.

ADICIONADO CON LAS VIDAS DE LOS SANTOS Y FESTIVIDADES QUE CELEBRA
LA IGLESIA DE ESPAÑA, Y QUE ESCRIBIERON

LOS PP. Fr. PEDRO CENTENO Y Fr. JUAN DE ROJAS,

DE LA ÓRDEN DE SAN AGUSTÍN.

ÚLTIMA Y COMPLETA EDICION,

AUMENTADA CON EL **MARTIROLOGIO ROMANO** ÍNTEGRO, LOS SANTOS
NUEVAMENTE APROBADOS,
HIMNOS Y SECUENCIAS QUE CANTA LA IGLESIA, ETC., ETC.

M A Y O.

Con aprobacion del Ordinario.

BARCELONA:

LIBRERÍA RELIGIOSA,

IMPRENTA DE D. PABLO RIERA.

Setiembre de 1853.

Digitized by the Internet Archive
in 2025

AÑO CRISTIANO,

6

EJERCICIOS DEVOTOS PARA TODOS LOS DIAS DEL AÑO.

MAYO.

DIA PRIMERO.

MARTIROLOGIO.

LA FIESTA DE LOS APÓSTOLES SAN FELIPE Y SANTIAGO; san Felipe después de haber convertido casi toda la Escitia á la fe de Cristo, fue clavado en una cruz en Hierápolis, ciudad de Asia, y apedreado acabó gloriosamente su vida. Santiago, á quien llama la Escritura hermano del Señor (*segun la costumbre de los hebreos, por el deudo que tenia con Jesucristo*), y que fue el primer obispo de Jerusalem, precipitado desde lo alto del templo, rotas las piernas, herido en el cerebro con un palo de un lavandero, murió, y lo sepultaron allí junto al templo. (*Véase su noticia en las del dia de hoy*).

SAN JEREMÍAS, profeta, en Egipto, el cual murió apedreado por la plebe junto á un sitio llamado Daphne, y allí lo sepultaron: san Epifanio refiere que acostumbraban ir los fieles á su sepulcro á hacer oracion, y con el polvo que de él recogian sanaban de mordeduras de áspides. (*Véase su noticia en las de hoy*).

SAN ANDÉOLO, subdiácono, en Francia, territorio de Vivarets, á quien habia enviado san Policarpo con otros desde el Oriente á Francia á predicar el Evangelio; y en tiempo del emperador Severo fue apaleado con varas espinosas; y por último consumó el martirio habiéndole partido la cabeza en cuatro partes en forma de cruz con una espada de madera.

LOS SANTOS MÁRTIRES ORENCIO Y PACIENCIA, en Huesca, ciudad de España. (*Véase su vida en las de hoy*).

EL MARTIRIO DE SAN SEGISMUNDO, rey de Borgoña, en Lyon en Francia, el cual fue echado en un pozo, donde murió, y después floreció en milagros. (*Véase su historia en las de hoy*).

SAN AMADOR, obispo y confesor, en Auxerre.

SAN ORENCIO, obispo, en Ausché.

SAN ASAFO, obispo, y SANTA WALBURGA, vírgen, en Inglaterra.

SANTA GRATA, viuda, en Bérgamo.

SAN PEREGRINO, del Orden de los Siervos de la beata Vírgen María, en Forti. (*Véase su vida en las del dia 30 de abril*).

SAN FELIPE, APÓSTOL.

El glorioso san Felipe, apóstol, distinto del otro Felipe colocado por los Apóstoles en el número de los Siete Diáconos, fue uno de los primeros que llamó el Salvador á esta dignidad. Era natural de Bet-saida, ciudad de Galilea á las márgenes del lago de Genesareth, donde habian tambien nacido Pedro y Andrés. Algunos creen que fue casado, y en los escritores de los primeros siglos hallan memoria de tres hijas suyas: hombre piadoso y muy respetado de los judíos, como dice san Crisóstomo, que empleado continuamente en la meditacion de la Ley y de los Profetas, esperaba con profunda religion al Mesías prometido, que habia de ser la redencion de Israel.

Habiendo dicho públicamente el Bautista en presencia de sus discípulos, que Jesús era el Cordero de Dios, Andrés y Simon, que después se llamó Pedro, le siguieron inmediatamente; y como al dia siguiente partiese Jesús para Galilea, encontrando á Felipe en el camino, no le dijo mas que estas palabras: *Sígueme*; con las cuales no solo inspiró en su corazon una ardiente generosa resolucion de dejarlo todo por seguir á Cristo, sino un celoso deseo de conquistarle todos los discípulos que pudiese. Con efecto, poco después, como hubiese encontrado Felipe á Natanael, le dijo que habia tenido la dicha de hallar á aquel de quien tanto habia hablado Moisés en los libros de la Ley, y á quien habian retratado los Profetas; y diciendo y haciendo le condujo al Salvador. Asegura san Clemente Alejandro, como cosa inconcusa, que ninguno ponía en duda que fue san Felipe aquel mancebo que habiendo pedido licencia á Cristo para ir á enterrar á su padre, el Señor le respondió: *Deja á los muertos que entierren á sus muertos*.

Desde entonces siguió Felipe á Cristo tan de veras, que no se volvió á separar de su compañía. El año siguiente fue escogido para el apostolado, y contado entre los doce, nombrándole el Evangelio inmediatamente después de san Juan. Acredita bien la especialidad con que el Salvador amaba á san Felipe la distincion que hacia de él. Cuando quiso hacer el milagro de la multiplicacion de los panes, le preguntó para sondearle, dónde hallarian pan para tanta muchedumbre. En cierta ocasion, queriendo unos forasteros ver á Cristo, se valieron de san Felipe para que se lo facilitase, persuadidos á que era el que mas privaba con el Salvador. Cuando este, en aquel gran sermon que hizo á sus Apóstoles después de la última cena, les ha-

bló de su Padre, san Felipe tuvo la confianza de suplicarle que se sirviese de hacérsele ver á todos, porque todos lo deseaban mucho; á lo que el Señor le respondió: *Felipe, el que me ve á mi, ve á mi Padre.*

Después de la ascension de Cristo á los cielos, y de la venida del Espíritu Santo, cuando los Apóstoles se dividieron por todo el mundo para llevar á todo él la luz del Evangelio, san Felipe fué á predicar la fe á la provincia de Frigia, donde convirtió muchas almas, y obró muchos milagros. Habiendo llegado á Hierápolis, se compadeció mucho, viendo que aquel pobre y ciego pueblo adoraba por Dios á una monstruosa víbora; y lleno de una santa indignacion y fogoso celo la hizo pedazos. Abrió los ojos á aquella pobre gente; hizo visible la groseria de sus errores, y convirtiendo á la fe á toda la ciudad, fundó en ella una floreciente iglesia. Pero no le dejó en paz la cólera del demonio; porque irritados los sacerdotes de los ídolos y los magistrados á vista de los maravillosos progresos que hacia el cristianismo, resolvieron quitar la vida al santo Apóstol. Echaron mano de él, y después de haberle tenido preso algunos dias, le despedazaron con crueles azotes, y amarrándole á una cruz comenzaron á apedrearle. Sobrevino un furioso terremoto, que atemorizando á los gentiles, y poniéndolos en precipitada fuga, dió lugar á los Cristianos para que bajasen de la cruz á san Felipe; mas conociendo el Santo que ya le quedaban pocos instantes de vida, les rogo que le dejaran acabarla en la cruz, á ejemplo del Salvador; y habiéndole concedido este consueio, espiró en ella poco tiempo despues, encomendando á Dios su alma y su pueblo. Sucedió esta preciosa muerte el 1.º de mayo del año de 34, segun Baronio; ó hácia el año de 90 en opinion de los que dan á san Felipe ochenta y siete años. Lleváronse á Constantinopla parte de sus sagradas reliquias, y otra parte de ellas se veneran en Roma en la iglesia de los santos Apóstoles, que comenzó el papa Pelagio I, y acabo Juan III, su sucesor.

SANTIAGO, APÓSTOL, EL MENOR.

Santiago, á quien se le dió el nombre del *Menor*, para distinguirlo del otro Santiago, hijo del Zebedeo y hermano de san Juan que era mayor que él en edad, ó mas antiguo en el llamamiento al apostolado, fue hijo de Alfeo y de María, hija de Cleofás, prima hermana de la santísima Virgen; por cuyo estrecho parentesco se la llama tambien hermana de esta Señora, segun el estilo de los judios, que

acostumbran llamar hermanos y hermanas á los parientes muy cercanos; y por la misma razon es llamado nuestro Santo en el Evangelio *hermano de Cristo*, aunque en realidad no era mas que primo suyo.

Nació Santiago algunos años antes que el mismo Cristo, y segun Hegesipo, fue santo desde el vientre de su madre; quiere decir, que sus padres le consagraron al Señor antes de nacer, destinándole desde entonces á seguir toda la vida la regla de los nazareos, como lo desempeñó con fidelidad hasta la muerte.

Su vida, dice san Gerónimo, fue un perpetuo ayuno; pues desde niño se prohibió enteramente el uso del vino y de toda carne; siempre andaba con los piés descalzos; y en fin, era tanta su penitencia, que, como afirma san Crisóstomo, mas parecia esqueleto que hombre vivo. A la penitencia exterior del cuerpo correspondia el fervor interior del espíritu; pues teniendo presente la especialidad con que estaba dedicado al servicio de Dios, casi desde la cuna se puso perpetuo entredicho á todos los gustos y diversiones de la vida. Parecia que la oracion era su único empleo, pues á todas horas se le encontraba en el templo, pidiendo á Dios perdon por el pueblo, y clamando continuamente por su salvacion; de cuyo ejercicio de orar de rodillas y sin arrimo llegó á criar en ellas unos callos tan duros como los de un camello. Supo granjearse tanta estimacion y tan extraordinaria autoridad con toda clase de personas, por la modesta simplicidad y llaneza de su vestido, por su aire, por su compostura y por la santidad que resplandecia en todas sus acciones, que era el único láico á quien se permitia entrar en el santuario, y todos le llamaban comunmente *el Justo*. En una gran sequía que hubo, levantando las manos al cielo nuestro Santiago, luego llovió abundantemente; lo que sin duda fue ocasion de que se le añadiese el sobrenombre de *Oblia*, que quiere decir en lengua siríaca, *el que mantiene al pueblo, ó la fortaleza de Dios*.

Tal era Santiago el Menor, cuando el Salvador del mundo se dignó llamarle al apostolado. No nos dice el Evangelio ni el tiempo, ni la ocasion con que fue escogido para él; solamente le cuenta el noveno entre los Apóstoles, y es probable que hasta el segundo año de la predicacion de Cristo no fueron agregados al colegio apostólico Santiago y su hermano san Juan.

Asegura san Epifanio, que Santiago se conservó perpetuamente en el celibato. Los discípulos le llamaban comunmente el hermano de Cristo; expresion que da bastante á entender la especial ternura

con que Santiago amaba á su Maestro, y tambien aquella con que era correspondido de él.

Es antigua tradicion, segun dice san Gerónimo, que la noche de la cena hizo propósito Santiago de no comer ni beber hasta que Cristo resucitase; y que por eso se le apareció el Señor inmediatamente después de su gloriosa resurreccion. Lo cierto es, que habiendo resucitado Cristo, se le apareció á Santiago en particular, como lo afirma san Pablo, después de haberse dejado ver de san Pedro y de los demás Apóstoles; y añade san Clemente Alejandrino, uno de los escritores mas antiguos de la Iglesia, que después de la resurreccion comunicó el Salvador el don de ciencia á san Pedro, á Santiago el Justo y á san Juan; esto es, como lo explica el mismo Padre, una superabundante luz, penetracion y sobrenaturales iluminaciones para el desempeño de los diferentes ministerios á que los tenia destinados su divina Providencia.

Después de la triunfante ascension á los cielos, habiendo quedado san Pedro nombrado por el mismo Cristo cabeza visible de toda su Iglesia, fue Santiago declarado obispo de Jerusalem; asegurando san Gerónimo, que en esto los Apóstoles no hicieron mas que declarar solemnemente á todos los discípulos la eleccion que Cristo habia hecho de nuestro Santo para el gobierno de aquella iglesia particular. que podia llamarse la cuna del cristianismo. Y á la verdad, no parecia posible señalarse otro pastor que fuese mas grato, ni mas respetable á los judíos convertidos á la fe, que componian aquella iglesia.

Poblóla bien presto por el celo de que estaba dotado, acompañando de aquella dulzura y de aquella gran virtud que le granjeaban tanta veneracion, especialmente por ser sostenida de una vida austera, mortificada y penitente, autorizada con visibles milagros. Correspondia maravillosamente el fervor de los nuevos fieles al ardiente celo del santo Pastor, y triunfó la constancia de su fe con esplendor y con ruido en la primera persecucion que suscitó el infierno en Jerusalem contra la Iglesia.

La dulzura, la inocencia y la modestia de Santiago no contribuyeron poco á ganarle los corazones de muchos judíos, aun de los principales de la nacion, que se convirtieron á la fe de Cristo; creciendo cada dia visiblemente el número de los fieles por la predicacion de nuestro Santo. Este, á ejemplo de su divino Maestro, condescendia en todo lo posible con la vehemente pasion que tenian los judíos recién convertidos por las ceremonias de la Ley; condescendencia

prudente, que siendo en puntos poco esenciales, conquistó gran número de judíos, bien que no dejó de ser ocasion de algunas turbaciones.

Algunos cristianos de Judea, demasiadamente celosos por la Ley, inquietaron la iglesia de Antioquía, queriendo obligar á los gentiles á la circuncision. Con esta ocasion despacharon á san Pablo y á san Bernabé por diputados á san Pedro, Santiago y san Juan, que se hallaban en Jerusalem, como á oráculos de la verdad, depositarios de la fe y columnas de la Iglesia, como habla san Pablo en la epistola á los de Galacia, y se celebró en aquella ciudad el primer concilio, en que presidió san Pedro. Este refirió las maravillas que por su ministerio habia obrado Dios en favor de los gentiles convertidos, a quienes su Majestad habia comunicado el Espíritu Santo como á todos los demás fieles; y concluyó, que pues ninguno podia ser salvo sino por la gracia del Redentor, no era razon que se les obligase á cargar con un yugo de que el mismo Redentor los habia librado.

Cuando san Pedro acabó de hablar, tomó la palabra Santiago, como obispo diocesano, y dijo así: *Hermanos, prestadme atencion: Simon os ha acabado de explicar, como Dios ha querido entresacar de los gentiles un pueblo que fuese suyo; siendo esto lo que concordemente nos anuncian las palabras de los Profetas, segun aquello que está escrito: Yo vendré después, y reedificaré la casa de David: repararé lo que estuviere arruinado, para que todos los demás pueblos y naciones, que son conocidas con mi nombre, busquen al Señor. El mismo que hizo estas cosas, es el que habla de esta suerte. Dios en todo tiempo conoce la obra de sus manos; por eso soy de parecer, que no se inquiete á los gentiles que se convierten á Dios. Pero se les debe escribir que se abstengan de todo aquello que ha quedado inmundo por haber sido ofrecido á los idolos de la fornicacion, de animal que murió ahogado, y de sangre.* Siguióse este parecer; y los Apóstotes, los presbíteros, con toda la Iglesia, fueron de sentir que se volviese á despachar á Antioquía á Pablo y á Bernabé, acompañados de Judas y de Silas, á quienes se les entregó una carta concebida en estos términos: *Ha parecido al Espíritu Santo y á nosotros, no cargaros mas que aquello que es necesario; esto es, que os abstengais de las cosas sacrificadas á los idolos, de la fornicacion, etc.; absteniéndoo de todo esto, haréis bien á Dios.*

Crecia mientras tanto cada dia el número de los fieles en Jerusalem por el celo, por la dulzura y por la devota piedad de nuestro Santo. Manejaba con gran destreza la excesiva y obstinada delicade-

za de los judíos, tolerando todo aquello que no era incompatible con el cristianismo, y ganando su corazón y su confianza con esta cristiana condescendencia, para irlos poco á poco disponiendo á desbarazarse de aquellas inútiles ceremonias legales á que estaban tan adheridos. Habiendo venido san Pablo á Jerusalem el año 58, luego al día siguiente pasó á visitar á Santiago, el cual le aconsejó que no mostrase condenar ciertas ceremonias de la ley antigua de poca consecuencia, por no escandalizar á aquellos espíritus flacos; y el Apóstol se conformó con este dictámen.

Después de la muerte de Festo, gobernador de la Judea, y antes que llegase Albino su sucesor, irritados los Fariseos y los doctores de la Ley de los grandes progresos que hacia la religion cristiana en toda la Judea, y especialmente en Jerusalem, resolvieron hacer todo lo posible para exterminarla. El año de 62, Anano, pontífice que era á la sazón, hijo de aquel otro Anano ó Anás, cuñado de Caifás, de quien hace mencion el Evangelio, quiso aprovecharse del interregno, y convocó el gran Consejo, llamado Sanedrin, para tratar de los medios mas conducentes al logro de su intento. El expediente mas eficaz y mas breve que se les ofreció de pronto, fue precisar á Santiago el Justo á que negase á Cristo, abjurase de su religion, y desengañase al pueblo, así con sus palabras como con su ejemplo. Mandáronle comparecer ante el Consejo; y luego que se divulgó por la ciudad la noticia, todo el pueblo concurrió al consistorio, movido de la reputacion del Santo. Llenóse la sala donde se celebraba el Sanedrin de las personas mas distinguidas y mas considerables de la ciudad. Hegesipo dice que los ancianos ó los consejeros afectaron consultarle algunos puntos, para cogerle en alguna respuesta que sirviese de pretexto para condenarlo; pero lo cierto es, que muchos procedian de buena fe en las preguntas que le hacian. *Te hemos llamado, le dijeron, para que nos ayudes á abrir los ojos al pueblo, apartándole de sus desvarios, y haciéndole reconocer sus errores. Ya ves que todos se declaran parciales y sectarios de la doctrina de Jesús, persuadidos de que fue el prometido Mesías. Es menester que desengañes hoy á ese numeroso alucinado pueblo, que ha concurrido de todas partes con ocasion de la solemnidad de la Pascua; porque todos te veneran por hombre justo, veraz é incapaz de dejarte mover de algun humano respeto: consiguientemente todos están dispuestos á rendirse al testimonio que prestares á la verdad. Sube, pues, á la galeria del templo, para que mejor puedas ser oído del innumerable concurso, y sepan todos de tí, así lo que tú crees, como lo que ellos deben creer.*

Habiéndose dejado ver Santiago en la galería, comenzaron los Escribas y Fariseos á gritarle desde abajo: *Dinos, hombre justo, qué juicio hemos de hacer de aquel Jesús que fue crucificado; porque todos nos conformaremos con tu prudente dictámen.* Entonces Santiago, esforzando la voz todo cuanto pudo, clamó: *Oid, hermanos míos, el testimonio que voy á dar á la verdad: Ese Jesús, hijo del Hombre, de quien vosotros hablais, está en el cielo sentado á la diestra de Dios Padre, como hijo verdadero suyo, y algún dia vendrá en el trono de las nubes á juzgar á todos los hombres; porque es el Mesías que esperaron nuestros padres, y debe ser toda nuestra confianza y la esperanza de Israel.*

Apenas acabó de decir estas palabras el Apóstol, cuando un crecido número de judíos, movidos de tan ilustre como valeroso testimonio, creyeron en Jesucristo, y comenzaron á alabar á Dios á voz en grito, diciendo: *Hosanna al Hijo de David.* Pero los Escribas y Fariseos, arrepintiéndose, aunque ya muy tarde, de lo que habian hecho, vueltos á la muchedumbre comenzaron á gritar por todas partes: *Pueblo, que el Justo se engaña;* y llenos de rabioso furor contra el Santo, subieron á la galería, y le precipitaron abajo desde lo mas alto del templo. No quedó muerto del golpe, y poniéndose inmediatamente de rodillas, hizo oracion á Dios por los que le quitaban la vida; pero no pudiendo estos sufrir que sobreviviese á la caída, comenzaron á disparar contra él una espesa lluvia de piedras, á tiempo que hallándose cerca del Santo un tundidor, que por casualidad tenia en la mano el cabestan con que apretaba los paños, le descargó tan furioso golpe en la cabeza, que acabó finalmente de matarle.

Así murió Santiago el Menor el mismo dia de Pascua del año 62, habiendo gobernado cerca de veinte y nueve años la iglesia de Jerusalem; y se tiene por cierto que le dieron sepultura en el mismo lugar donde fue martirizado. Fue tan llorada su muerte, aun de los mismos judíos, que calificándola de injusta, creyeron haber sido una de las principales causas de las públicas terribles calamidades con que fue afligida y castigada su nacion, atribuyendo á ella hasta la funesta ruina de Jerusalem, que sucedió ocho años después de la muerte de nuestro Apóstol. Su cátedra se conservaba en Jerusalem con grande estima en los primeros siglos de la Iglesia. Dicese que sus reliquias fueron trasladadas á Constantinopla en el siglo VI. Pero de ellas debia estar separada la cabeza, la cual se conservó en una pequeña iglesia cerca de Jerusalem hasta el siglo XII, en cuyo principio fue hallada junto con un pedazo del sepulcro del Salvador y un

hueso de san Esteban. Guardábanse estas reliquias en un vaso de plata dentro de otro de marfil. Trájaslas á España por aquel tiempo Mauricio, obispo de Coimbra, que después fue arzobispo de Braga y antipapa, y las depositó en la iglesia de Carrion. De aquí fueron trasladadas al templo de San Isidro de Leon, donde estuvieron hasta el año 1134 en que por voluntad de la reina doña Urraca fue llevada á Compostela la cabeza de nuestro santo Apóstol por D. Diego Gelmirez, obispo de aquella iglesia.

Escribió Santiago como obispo de Jerusalem y como apóstol muy particular de los judíos aquella admirable Epístola, que entra en el número de los libros canónicos del Nuevo Testamento, y es la primera de las siete Epístolas católicas, llamadas así, porque no se dirigen á alguna persona ó iglesia particular, sino á la universalidad de todos los fieles. Así, pues, esta se dirige á todas las doce tribus; esto es, á todos los judíos esparcidos en toda la redondez de la tierra, y siempre ha sido estimada como un excelente compendio, quinta esencia ó medida de toda la moral cristiana. Su estilo es vivo, apretado, eficaz, y en ninguna otra parte se leen reprendidos los abusos con voces mas enérgicas ni mas expresivas.

SAN JEREMÍAS, PROFETA.

El profeta Jeremías, cuyo nombre se interpreta *alteza del Señor*, es el segundo de los Profetas llamados *mayores*, y fue hijo del sacerdote Elcías, natural de Anathoth, pequeña aldea cerca de Jerusalem. Comenzó á profetizar de pocos años en el reinado de Josías, el año 629 antes de Jesucristo. Sus profecías se dirigieron no solamente contra los judíos, sino tambien contra los egipcios, los idumeos, los filisteos, los ammonitas, los moabitas, babilonios, etc.; pero su objeto principal fue exhortar á su pueblo á la penitencia, anunciando los castigos que le enviaria el Señor. Mas no pudiendo sufrir los judíos la santa libertad con que el Profeta reprendia sus desórdenes, se indignaron de tal manera, que le echaron en la cárcel. Después del breve reinado de Jeconías, transportada cautiva á Babilonia la mayor parte del pueblo con su rey, no cesó Jeremías, reinando Sedecías, el último rey, de exhortar á penitencia á los restos del pueblo judaico que habian quedado en el país, intimándoles la destruccion de la ciudad, y asimismo la del templo, en el cual fundaban sus vanas y necias esperanzas los judíos carnales. Y tornando de nuevo á predicar Jeremías en Jerusalem, con motivo del cerco que hacia ya

diez y seis meses que angustiaba la ciudad, asieron de él los judíos y lo echaron en una laguna de mucho cieno, de la cual mandó sacarle un ministro del rey Sedecías; aunque quedó encarcelado hasta la toma de la ciudad por Nabucodonosor, cuya toma habia profetizado Jeremías, y sido causa de las persecuciones que habia sufrido. Nabuzardan, general de Nabucodonosor, dió al Profeta libertad de ir á Babilonia, donde viviria en paz, ó de quedarse en Jerusalem; y Jeremías prefirió lo último, para ser útil á los pocos judíos que allí permanecian. A poco tiempo murió asesinado Godolías, gobernador de Judea por el rey de Babilonia, á manos de Ismael, príncipe de la sangre real de los judíos: temerosos estos por esta accion del furor de los babilonios, determinaron buscar seguridad en Egipto; y aun cuando Jeremías apuró todos los medios para disuadirles de ello, prometiéndoles en nombre de Dios la seguridad si permanecian en Judea, se vió al fin obligado á seguirles juntamente con su fiel discípulo Baruch. Allí continuó el Profeta reprendiendo a los judíos sus vicios, y vaticinó las terribles calamidades con que Dios iba á castigarles, juntamente con los egipcios, dando así ocasion á que de todos fuese aborrecido; pero aun mas especialmente de los mismos hebreos, los cuales, segun constante tradicion aceptada por los expositores sagrados, le mataron á pedradas en Tapline, el año 590 antes de Jesucristo.

Distinguió á este gran Profeta una ternísima caridad para con sus prójimos; caridad llena de compasion por sus males espirituales y temporales; caridad que no le permitia ningun descanso: de suerte que ni el tumulto de la guerra, ni el desconcierto del reino, ni el sitio de Jerusalem, ni aun la misma mortandad del pueblo, le retrajo de trabajar siempre con el mismo ardor en el bien de sus conciudadanos.

Las Profecías de Jeremías comprenden cincuenta y dos capítulos; y sus Trenos ó Lamentaciones, compuestas de cinco capítulos, es una insigne obra maestra del dolor y la tristeza. De sus profecías usa la Iglesia catolica en las lecciones de los Maitines, desde la dominica de Pasion hasta el Sábado Santo, y en algunas misas de entre año.

SAN SATURNINO, MÁRTIR DE MÉRIDA.

Los Martirologios Corbeyense y Lucense hacen memoria de este santo Mártir, que en la ciudad de Mérida dió la vida por Cristo tal dia como hoy, en una de las persecuciones que los gentiles movie-

ron contra la santa Iglesia. El Martirologio Epternacense y el Romano suponen que fue mujer, y la llaman Saturnina. En el martirio convienen todos; no se sabe en qué año fue, ni cuáles sus circunstancias, ni consta en orden á esto mas que lo que se lleva dicho.

SAN ORENCIO Ó ORONCIO, Y SANTA PACIENCIA, PADRES DE
SAN LORENZO.

San Orencio, cuya memoria es y ha sido siempre célebre en Huesca, ciudad antigua de Aragon, floreció en ella á principios del siglo III, siendo un modelo de la perfeccion cristiana por la rectitud de su intencion y por la sinceridad de su conducta. Unia Orencio con su calificada nobleza muchos bienes temporales; y resolviéndose á abrazar el estado del matrimonio, lo contrajo con una señora ilustre llamada Paciencia, igual en las circunstancias y en los piadosos sentimientos. Quisieron ambos dedicarse desde luego al servicio del Señor, y conociendo que las obras de misericordia eran las mas gratas á los ojos de Dios, se ocupaban con una ardiente caridad en socorrer á los pobres, en consolar á los afligidos, y en hospedar á los peregrinos: por cuyos piadosos oficios les concedió el cielo dos ilustres hijos, que llegaron á ser por su heróica santidad objetos de las veneraciones públicas de la Iglesia. Fueron estos san Lorenzo y san Orencio; este fue obispo de Aux, y aquel mártir insigne.

Viniendo á España san Sixto, pasó por Loret, en donde le dieron hospedaje san Orencio y santa Paciencia; y quedando prendado de las bellas prendas del jóven Lorenzo, lo llevó consigo á Roma con el beneplácito de sus padres. Poco después concluyó su carrera santa Paciencia llena de merecimientos; y aunque ejercitó todas las virtudes, en su rezado se hace especial memoria de su castidad conyugal, de la paciencia propia de su nombre, y de las limosnas con que socorria las necesidades. La dió Orencio sepultura en el oratorio que tenia en una heredad propia llamada Loret, como una media legua de Huesca. Apenas hubo cumplido con este deber cuando Dios le mandó por el ministerio de un Ángel que partiese con su hijo Orencio á la tierra que le mostraria. Obedeció Orencio inmediatamente á la insinuacion del cielo, y dejando su casa y bienes, como otro Abraham por igual precepto, penetró los Pirineos, pasó á Francia, y llegó al campo ó valle llamado Labedan en la diócesis de Tarbes, donde desapareció la luz que le conducia; por lo que creyó el Santo que era aquel el sitio donde queria el Señor que permaneciese. Supo

que aquel territorio estaba poseido de una legion de espíritus inmundos, que causaban innumerables daños en los hombres, en los animales y en los frutos; y compadecido de tantos males, los expelió con la eficacia de sus fervorosas oraciones.

Quiso Orencio no ser molesto á los vecinos del valle, y para ello resolvió vivir con el trabajo de sus manos, siguiendo la profesion de labrador, que era la que habia tenido en su patria. No encontró para cultivar la tierra sino unos novillos bravos é indómitos; pero haciendo sobre ellos la señal de la cruz, quedaron como si fueran unos mansos corderos. Tomó por ama á una anciana venerable, y por criado á un hombre llamado Experto de tan perversa intencion, que empeñándose en causar todos los daños posibles á su amo, sembraba zizaña en lugar de buena simiente en las tierras que labraba Orencio; mas como Dios velaba sobre su fidelísimo siervo, le aumentaba considerablemente las cosechas, á pesar de los reprobables ardides de que se valia para impedirlo el mal criado. Conoció este el ningun fruto que producian sus diabólicas astucias, y dejando solos á los bueyes en cierto dia que se fué el venerable anciano á beber agua de una fuente cristalina algo distante de la labor, devoró al uno de ellos un furioso lobo que salió de aquellas selvas. Vió el siervo de Dios el estrago que causó la fiera; pero mandando á esta en nombre de Jesucristo que hiciese los oficios del animal que mató, cumplió con el precepto inmediatamente, con admiracion de cuantos llegaron á entender aquel extraordinario prodigio ¹. Viendo Experto que por estas maravillas se frustraban sus perversas intenciones, se fingió enfermo con el fin de no atender á la labor, creyendo que por este medio serian los daños inevitables: dejóle Orencio en la cama para que se le asistiese; pero apenas salió al cultivo de sus tierras, cuando se apoderó un demonio del discolo criado, atormentándole tan furiosamente, que le impelia á arrojarle al fuego. Volvió el venerable anciano de su labor, y compadecido del trabajo de su sirviente, procuró expeler al inmundo espíritu con sus fervorosas oraciones. Prometió este dejar libre al que tiranizaba, siempre que el Santo le diese permiso para entrar en el cuerpo de Cornilia ó Corneja; y creyendo el siervo de Dios con su natural sencillez que seria una avecilla llamada así, no tuvo reparo en darle la licencia: en fuerza de la cual se introdujo el demonio en el cuerpo de la hija de un potentado de Francia llamada Cornelia.

¹ Este portento se ve pintado en muchos retablos antiguos, especialmente en uno de la metropolitana de Zaragoza, y en las puertas del retablo mayor de Huesca.

Valióse el amante padre de todos los remedios espirituales para la expulsion del enemigo infernal; y afligido el demonio con los mas eficaces exorcismos, protestó que no saldria del cuerpo de aquella ilustre vírgen sin mandato de Orencio, con cuyo permiso se habia introducido. No fue dificil al potentado saber quién era aquel siervo de Dios, porque la fama de su eminente santidad se habia esparcido por diferentes partes del reino de Francia: buscóle inmediatamente, y le rogó que se dignase visitar á su hija, para lanzar de ella al demonio, puesto que habia confesado que no saldria sin su precepto. Marchó el venerable anciano á visitar á la pobre doncella, y compadecido de su miserable situacion, mandó al enemigo que la dejase libre inmediatamente. Obedeció el inmundo espiritu sin dilacion el precepto de Orencio, dejándola casi muerta en tierra á la enérguma con el estrépito y con el furor que se despidió de ella; pero cogiéndola de la mano el siervo de Dios, la restituyó á sus padres perfectamente sana. Ofreció á Orencio el potentado, agradecido de tan singular beneficio, grandes bienes y exquisitas riquezas; pero todas las rehusó por volverse al valle de Labedan á seguir el tenor de su vida, como lo hizo con aviso superior.

Como para Dios no hay casualidades, al pasar Orencio con su hijo por la ciudad de Aux, fue elegido este y consagrado obispo de ella: y así desde esta ciudad tuvo Orencio que proseguir su viaje solo. Halló difunta á su anciana ama, á quien llamaba madre con respeto á sus venerables canas, y habiendo hecho oracion por ella, la resucitó milagrosamente. Tuvo noticia en este tiempo del glorioso martirio que padeció en la capital de Roma su hijo san Lorenzo: derramó muchas lágrimas por la pérdida de aquel insigne héroe de la religion cristiana, que daba tanto honor á sus venerables canas, y apareciéndosele el santo Mártir entre gloriosos resplandores, le dijo que no llorase su muerte, puesto que gozaba de la vision beatifica en premio de la confesion que habia hecho al frente de los enemigos de Jesucristo. Quedó el venerable anciano lleno de consuelo con tan agradable noticia, y amonestado por su hijo que volviera á su patria. la que hallaria muy afligida de la sequía, y que por sus oraciones seria socorrida del Señor, se puso en camino inmediatamente, con grande sentimiento de todos los habitantes del valle de Labedan, que sintieron en el alma su ausencia, conociendo que por ella se les privaba de los innumerables beneficios que les concedia el cielo por la poderosa mediacion del siervo de Dios. Presentóse Orencio en Huesca, y fue recibido en ella con aquellas demostraciones de vene-

ración, que son muy fáciles de creer en unos ciudadanos que tenían formado anticipadamente el mas alto concepto de su eminente santidad, tan merecido por la justificación de su conducta y por sus piadosas obras. Rogáronle que se condoliese de la grande esterilidad que padecía toda aquella region, y habiendo recurrido á Dios con fervorosas oraciones, fue socorrida la tierra con lluvias abundantísimas.

Retiróse el venerable anciano á su casa de Loret con firme resolución de pasar el resto de sus dias en el servicio de Dios; y con verdad pudo decirse que el tenor de su vida fue mas angelica que humana. Asi continuó por algun tiempo, hasta que lleno de dias y de merecimientos, pasó á gozar de la vista de Dios, pocos años después del glorioso triunfo de su hijo san Lorenzo, que fue en el de 258. No tardó el Señor en acreditar la gloria de su fidelísimo siervo con repetidos prodigios: luego que espiró, se vió su cuerpo rodeado de una luz celestial que duró por espacio de tres horas; y ejecutado su funeral con la pompa mas solemne, se le dió sepultura en su propio oratorio de Loret cerca del de su esposa Paciencia, donde se conserva, segun tradicion de aquellos naturales, que celebran la festividad de ambos en el dia 1.º de mayo, y se valen de su poderosa intercesion especialmente en la escasez de lluvias, segun se acredita por la oracion que se lee en los Breviarios antiguos de Huesca, lo que comprueba esta gracia especial por la que invoca el pueblo su patrocinio. Tambien ha librado algunas veces el Señor el territorio de Huesca, por los méritos de sus siervos, de la plaga de la langosta.

SAN SEGISMUNDO Ó SIGISMUNDO, REY DE BORGOÑA.

San Segismundo, rey de Borgoña, cuya memoria es y ha sido siempre célebre en el principado de Cataluña, por haber ilustrado con su portentosa vida aquel territorio, fue hijo de Gunebaldo, rey de Borgoña, uno de los príncipes mas valerosos y mas guerreros que se refieren en los anales. Derrotó este á los francos, auxiliares de su hermano Gondeguiselo, y llegó con sus gloriosas conquistas á Viena, en tiempo que se hallaba obispo de aquella capital san Avito, varon verdaderamente digno de los mas altos elogios por su eminente santidad y por su celo apostólico. Empleó el ilustre Prelado toda su eficacia y toda su sabiduria para reducir al gremio de la Iglesia católica aquel soberano, que acababa todas sus recomendables prendas con el borron de la herejía arriana de que estaba infectado; y aunque fueron inútiles todos los esfuerzos que hizo el Santo para vencer la obstinacion de Gunebaldo, tuvo el consuelo de ver cumplidos sus

deseos en su hijo Segismundo, príncipe adornado de las mas bellas cualidades que pueden apetecerse en los inmediatos sucesores a los cetros. Instruyóle san Avito en todos los principales misterios que cree nuestra santa Religion, especialmente en el dogma, que era el punto principal de las reñidas disputas entre los ortodoxos y los Arrianos, y convencido el ilustre jóven de la infalible verdad del artículo católico, fue uno de los defensores mas acérrimos de la divinidad de Jesucristo que impugnaban los herejes arrianos.

No contento el Santo con haber enseñado á Segismundo las verdades esenciales de la fe, imprimió en su tierno corazon las piadosas máximas del santo Evangelio, á las que correspondió con tanta fidelidad, que arregló sus costumbres con el espíritu de la ley santa de Dios. Parecióle que en la corte no podia dedicarse al noble objeto que le inspiraban sus deseos; y como estos no eran otros que atender al importante negocio de su eterna salvacion, resolvió retirarse á un desierto léjos de su patria, donde pudiera dedicarse enteramente al servicio del Señor, libre de los peligros á que está expuesta en el mundo la inocencia. Con esta mira paso á España disfrazado, y entró en ella por el principado de Cataluña: hizo confesion general de todos sus pecados con el mayor dolor y con el mayor arrepentimiento en la ciudad de Vich, y habiéndose informado de las montañas mas encumbradas de aquel territorio, se dirigió á las de Monseny con ánimo de sepultarse para siempre en aquella soledad, donde eligió para su habitacion una cueva espantosa que solo podia servir de abrigo á las fieras. Cuando se vió Segismundo en lugar tan retirado de todo el comercio humano, se sintió mas que nunca encendido en el amor a los ejercicios eremíticos; y con efecto, soltando las riendas á su fervor, renovó con el rigor de su abstinencia y de sus asombrosas mortificaciones aquellas espantosas imágenes de penitencia que se leen de los solitarios de los desiertos de Egipto; pero el Señor endulzaba estas austeridades maravillosamente con el don de la contemplacion que le concedió, siendo su vida una continua meditacion de las grandezas divinas y de las verdades eternas.

Envidioso el demonio de los progresos que hacia el ilustre jóven, movió todas sus máquinas para retraerle de su buen propósito: púsole delante de los ojos los grandes bienes que habia abandonado, la debilidad de su temperamento, los horrores del desierto, y los riesgos de la soledad. Viendo frustrados semejantes artificios, le atacó con las armas de la sensualidad, atormentándole con los mas torpes pensamientos, y con las rebeldías de la carne; pero resistiendo Segis-

mundo, asistido de la divina gracia, á tan fuertes combates, consiguió una completa victoria, sin otras armas que las de la oracion y las de la penitencia, sin perder jamás de vista á la Madre de la pureza, en quien después de Dios tenia colocada toda su confianza.

Dos años y medio poco mas ó menos pasó Segismundo en aquel tenor de vida mas angélica que humana, cuando resolvió su padre buscarlo á expensas de las mas exquisitas diligencias: encontróle en fin, pero no le conoció por lo desfigurado que le habian puesto sus rigorosas penitencias. Descubrióse el siervo de Dios, viendo la afliccion y angustia de su solícito padre, y lleno este de extraordinaria alegría, le obligó á que volviese á Borgoña á pesar de las mas tiernas lágrimas, y de los mas humildes ruegos con que le suplicó le dejase en aquella soledad para atender al importante negocio de su eterna salvacion, que era el único objeto de todos sus deseos.

Ocurrió la muerte de Gunebaldo, y habiéndole sucedido Segismundo en el reino de Borgoña, acreditó desde luego que permanecian indelebles en su corazon aquellas piadosas máximas que imprimió en él su sabio y santo maestro; en cuyo ejercicio se habilitó en el desierto. No es fácil explicar el porte que observó el ilustre Príncipe desde el momento que ascendió al trono. El primer cuidado del Santo desde su coronacion, fue proceder contra los herejes arrianos, enemigos irreconciliables de los Católicos, valiéndose de toda su autoridad para purificar el reino de los desórdenes y de los vicios que se habian introducido en él á pretexto de costumbres, y solicitando siempre el mayor lustre de la Religion, por sus leyes y ejemplos. Distinguióse sobre todo en el culto y en la veneracion para con los Mártires que habian derramado su sangre por amor de Jesucristo, y teniendo en sus dominios la iglesia de San Mauricio, donde estaban sus reliquias, con las de sus ilustres compañeros de la legion Tebea, hizo construir en ella un suntuosísimo monasterio, en el que congregó ilustres monjes de conocida virtud, que se ocupaban en él con mucha frecuencia en todos los ejercicios que recomienda nuestra santa Religion. Quiso el Señor premiar la devocion del devotísimo Rey con exquisitos favores, entre los cuales fue muy memorable la revelacion que tuvo, para que hiciese que se cantasen los oficios divinos alternativamente por dos coros, á fin de que imitasen los monjes á los Ángeles en las alabanzas de Dios.

Caso Segismundo con Amalabenga, hija de Teodorico, rey de Italia, y tuvo en su matrimonio un hijo llamado Siagro; pero habiendo muerto aquella Princesa, verdaderamente digna de semejante en-

lace, contrajo segundas nupcias con una señora noble, bien que muy desigual en los sentimientos; la cual miraba con una suma aversion á su hijastro, y por lo mismo no cesaba de incitar contra él á su padre. Vióla el Príncipe cierto dia con los preciosos vestidos de su difunta madre, y manifestándola lleno de sentimiento que no era digna de ponerse aquellos adornos, fue tanta la ira que concibió la madrastra, que para provocar á su marido á una venganza injusta, se valió de la calumnia que solo cabe en una mujer despechada, persuadiendo á Segismundo con toda la eficacia que le dictó su coraje, que aspiraba Siagro no solo á despojarle del reino, sino á quitarle la vida; y dando crédito el religioso Monarca á la falsa delacion, arrebatado de un extraordinario movimiento, dió orden á sus pajes para que ahogasen al Príncipe cuando estuviese dormido. Hiciéronlo así los pajes; pero apenas se cometió el homicidio, cuando arrepentido Segismundo de aquel horrible atentado, se echó sobre el cadáver de su amado hijo, y bañándole con copiosas lágrimas, no cesaba de pedir al Señor perdon de su delito. Retiróse al monasterio de San Mauricio, que era el asilo de todas sus aflicciones, á fin de aplacar la justicia divina con frecuentes vigiliass, con rigurosos ayunos y con asombrosas penitencias, valiéndose de la intercesion de los santos Mártires para alcanzar el perdon; y oyendo Dios con agrado las reverentes súplicas del arrepentido Rey, nacidas de un corazon contrito y humillado, dándose por satisfecho, quiso premiarlas con la corona del martirio.

Habia muerto Gunebaldo, padre de Segismundo, á su hermano Chilperico, de quien quedó Clotilde, que casó con Clodoveo, rey de Francia; y deseando esta vengar la muerte de su padre, provocó á sus hijos Clodomiro, Childeberto, Clotario y Teodorico para que tomasen las armas contra Segismundo y su hermano Gundemaro. Entraron aquellos con un poderoso ejército en el reino de Borgoña, despreciando todas las proposiciones de paz que les hizo el santo Rey, á fin de que no se derramase la sangre de sus vasallos; pero conociendo los borgoñeses la disparidad de sus fuerzas con las superiores de los francos, reuniéndose muchos de ellos con los vencedores, para libertarse de los estragos de la guerra, prometieron entregarles á su inocente Rey, que se habia retirado cerca de Lyon, huyendo de la ferocidad de sus perseguidores. Supo Segismundo la promesa de sus pérfidos vasallos, y queriendo librarse de los traidores, se cortó el cabello; y vestido de monje se ocupaba en fervorosas oraciones, en rigurosos ayunos, y en asombrosas penitencias, pidiendo al Señor

templase la cólera de los francos; mas como Dios le disponia para la corona del martirio, permitió que llegasen al lugar donde estaba ciertos borgoñeses fingiendo amor á su Rey, y apoderándose de él, le entregaron á sus enemigos.

Llevó Clodomiro preso á Orleans á Segismundo con su mujer y con sus hijos, resuelto á quitarles la vida: aconsejóle san Avito, abad del monasterio de San Máximo, varon de santidad conocida, que se abstuviese de aquel hecho verdaderamente indigno de un monarca vencedor, si deseaba conseguir la victoria que se prometia; amenazándole que de lo contrario moriria á manos de sus enemigos. Despreció el soberbio franco tan saludable monicion, y quitando la vida al santo Rey, á su mujer y á sus hijos, en el día 1.º de mayo del año 513, en una aldea de Orleans llamada Columpina ó Columna, hizo que se echasen los cadáveres en un pozo. No quedó sin el merecido castigo el injusto homicidio del Santo, pues habiéndole sucedido en el reino de Borgoña su hermano Gundemaro, auxiliado este de Teodorico, rey de Italia, continuaron ambos la guerra con el mayor ardor contra los francos, en la que valiéndose Gundemaro de un ardid ingenioso, cortó la cabeza á Clodomiro en la batalla que se dieron los dos ejércitos cerca de Viena.

Tres años permanecieron en el pozo los cuerpos de san Segismundo, de su esposa y de sus hijos, sin que experimentasen la mas leve corrupcion; mas queriendo Dios que se extrajesen de aquel lugar indecente las venerables reliquias, llamó la atencion de los fieles con la prodigiosa maravilla de dejarse ver por la noche muchas luces celestiales sobre el lugar de su estancia. Tuvo aviso superior el abad de San Mauricio para que sacase del pozo los cuerpos de los Santos, y no sabiendo cómo ejecutarlo, le inspiró el Señor que se valiese de Asemundo, persona de grande aprecio para con Teodomiro, que habia sucedido á su hermano Clodomiro en el dominio de Orleans. Concedió gustoso este Príncipe en que se hiciese la extraccion pretendida, y ejecutada se trasladaron las venerables reliquias al monasterio de Agauno, donde se depositaron con toda magnificencia en la capilla de san Juan Bautista, en la que son tenidas en grande veneracion, y se ha dignado el Señor acreditar la gloria de su fidelísimo siervo con repetidos milagros.

Habia dejado el santo Rey en la cueva que hizo penitencia, cerca de Villadrau, pueblo de Cataluña, dos cruces, y queriendo Dios después de muchos siglos manifestar aquellas adorables reliquias, se valió de un suceso bien extraño. Apacentaba cierto pastor de un la-

brador, llamado Gad, una vacada en las montañas de Monseny, y observó que separándose un toro de los demás del ganado, iba todos los dias á la cueva del Santo, donde se ponía de rodillas. Notició al rector de Villadrau aquella novedad, y certificado este por sí de la maravilla, dió parte al obispo de Vich, quien consultando el caso con su cabildo, pasó con su clero á la misma cueva, en la que hallaron al toro de rodillas: mandó el prelado cavar en aquel sitio, y habiéndose encontrado las dos cruces que dejó en ella Segismundo, dispuso que se trasladasen con la mayor devocion á la parroquia de Villadrau; pero al siguiente dia regresaron por mano invisible á la cueva de donde se extrajeron. Igual prodigio sucedió en la segunda y tercera vez que se transfirieron á otras partes, por lo que convencido el obispo que era voluntad de Dios que allí permaneciesen, hizo construir en la misma cueva una iglesia en honor del Santo, por cuya poderosa intercesion ha obrado el Señor muchos milagros.

La Misa es en honra de los santos apóstoles Felipe y Santiago, y la Oracion es la que sigue:

Deus, qui nos annua apostolorum tuorum Philippi et Jacobi solemnitate laetificas; praesta, quaesumus, ut, quorum gaudemus meritis, instruemur exemplis: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Ó Dios, que cada año nos alegras con la solemne festividad de tus apóstoles Felipe y Santiago; concédenos que imitemos los ejemplos de aquellos, de cuyos merecimientos nos regocijamos. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo v del libro de la Sabiduría.

Stabunt justí in magna constantia adversus eos qui se angustiaverunt, et qui abstulerunt labores eorum. Videntes turbabuntur timore horribili, et mirabuntur in subitatione insperatae salutis, dicentes intra se, poenitentiam agentes, et prae angustia spiritus gementes. Hi sunt, quos habuimus aliquando in derisum, et in similitudinem impropertii. Nos insensati vitam illorum stimabamus insaniam, et finem illorum sine honore: ecce quomodo computati sunt inter filios Dei, et inter sanctos sors illorum est.

Estarán los justos con grande ánimo contra los que les afligieron, y les quitaron el fruto de sus trabajos. Los malos á su vista se llenarán de temor y de horrible espanto; y estarán sorprendidos del susto, viendo al instante contra su esperanza á los justos salvos y con tanta gloria, diciendo entre sí penetrados de un vivo sentimiento, y arrancando gemidos de su corazón angustiado: Estos son los que en otros tiempos fueron el objeto de nuestras burlas, y los que poníamos por ejemplo de personas dignas de todo oprobio. Nosotros, insensatos, reputábamos su vida por necedad, y su muerte por deshonra; no obstante, miradlos elevados entre los hijos de Dios, y que tienen su suerte entre los Santos.

REFLEXIONES.

Mientras están en esta vida los buenos que son injustamente perseguidos, la paciencia y la humildad, inseparables de la verdadera virtud, les cierra la boca, los hace como mudos, y casi como si fueran insensibles, impidiéndoles levantar el grito contra aquellos que los oprimen, que los sofocan, y que hacen cuanto pueden para arrancarle el fruto de sus trabajos. Pero cuando se acabe este puñado de dias; cuando se llegue al alegre fin de este triste destierro; cuando juntamente con él cese la injusta persecucion; cuando estos dichos escogidos entren en el gozo de su Dios, y tomen posesion de la gloria eterna; ¡qué no tendrán que decir, y cuánto avergonzarán á los que trataron tan indignamente á la virtud y á la Religion! Y ¡qué sentirán entonces, qué despecho será el de aquellos que ejercitaron tanto su paciencia!

Que persigan á la virtud aquellos que son impíos de profesion, adelante, ninguno debe extrañar que los enemigos declarados hagan la guerra. Pero que las mas duras, las mas sensibles persecuciones que tienen que padecer los buenos, vengan muy ordinariamente de aquellos mismos que debieran protegerlos; que la indigestion, el mal humor, y tal vez la durísima aspereza de aquellas mismas personas que hacen profesion de virtuosas, sean la prueba mas terrible de una virtud tierna, bisoña y recién nacida; esto es lo que apenas se pudiera creer, y con todo, esto es lo que se ve muy frecuentemente.

Abre un jóven los ojos, y comienza su corazon á imbuirse en las máximas cristianas; danle en rostro, y llénanle de tedio las diversiones del mundo; da principio á la reforma de su vida; ¡cuánto tiene el pobre que padecer de aquellos mismos que debieran ser los primeros en aplaudir su resolucion, y en celebrar el partido que ha tomado! Pero aun crece mucho mas la admiracion, cuando en aquellas mismas comunidades religiosas, que debieran ser el asilo de la virtud, el sagrado donde estuviese á cubierto de todo insulto la mas rígida observancia, la perfeccion mas severa, se halla tal vez esta misma virtud y perfeccion expuesta á mil molestas contradicciones, censurada, fisgada, condenada por aquellos que debieran ser sus panegiristas. Desagrada mucho todo lo que suena á reforma de costumbres, especialmente cuando está sostenido de una vida mas ejemplar de lo que quisieran los que no se matan por la reputacion de hombres mas regulares. A la exactitud edificativa se la da el odioso nombre de desdeñosa singularidad: á la modestia se la califica de afecta-

da: la circunspeccion se dice que es una gravedad violenta y fastidiosa: finalmente, hasta la misma humildad se censura y se condena. No puede haber persecucion mas peligrosa ni mas tentadora para una virtud tierna y en mantillas: pocos hay que no se rindan, ó á lo menos que no titubeen á esta prueba. Pero ¡válgame Dios! ¿de qué principio nacerá esta maligna aspereza, esta acrimonia contra un sugeto que solo se distingue de los demás en ser mas exacto en el cumplimiento de sus obligaciones? No nace ciertamente ni de celo, ni de amor por la observancia comun; nace de celos, nace de emulacion, nace de un secreto orgullo. La vida ejemplar y edificante de aquel particular es una tácita censura, es una muda, pero muy dolorosa reprension de la vida y del porte de muchos. Sienten estos no sé qué interior despecho de que otro les haga sombra; temen que la reforma de aquel no haga visible la necesidad que tienen de reformarse los otros. Un anciano se avergüenza de que un jóven, y tal vez un niño, haya hecho tantos progresos en dos dias: el jóven, que no tiene espíritu ni valor para ser tan virtuoso, se llena de emulacion y de envidia, viendo que el otro, que es mejor, se acredita de mas cuerdo. Estas son aquellas persecuciones, estas aquellas terribles pruebas que excitan las pasiones. Introdúzcase la relajacion: nunca se irritan, nunca se les revuelve la cólera á los tibios; pero el fervor, la exactitud, una observancia algo mas estrecha que hasta aquí, luego pone de mal humor á los indevotos. Mas al fin, tiempo vendrá en que estos injustos censores, estos perseguidores disimulados, estos enemigos domésticos sean confundidos. Tiempo vendrá en que se vean precisados á confesar y á detestar sus errores, á reconocer su malignidad, y á hacer justicia á la cordura y á la virtud del justo; porque la estimacion y la veneracion es un tributo que tarde ó temprano pagan siempre los impíos á la virtud.

El Evangelio es del capítulo XIV de san Juan.

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Non turbetur cor vestrum. Creditis in Deum, et in me credite. In domo Patris mei mansiones multae sunt. Si quo minus dixissem vobis. Quia vado parare vobis locum. Et si abiero et praeparavero vobis locum, iterum venio, et accipiam vos ad me ipsum, ut ubi sum ego, et vos sitis. Et quo ego vado scitis, et viam scitis. Dicit ei Thomas: Domine, nescimus

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: No se turbe vuestro corazon. Creeis en Dios, creed tambien en mí. En la casa de mi Padre hay muchas mansiones. Si no fuese así, os lo hubiera dicho. Voy á preparar el lugar para vosotros. Y cuando me hubiere ido, y hubiere preparado lugar para vosotros, vendré otra vez, y os tomaré conmigo, para que en donde estoy yo, esteis vosotros tambien. Y adonde voy

quo vadis: et quo modo possumus viam scire? Dicit ei Jesus: Ego sum via, veritas et vita. Nemo venit ad Patrem nisi per me. Si cognovissetis me, et Patrem meum utique cognovissetis: et amodo cognoscetis eum, et vidistis eum. Dicit ei Philippus: Domine, ostende nobis Patrem, et sufficit nobis. Dicit ei Jesus: Tanto tempore vobiscum sum, et non cognovistis me? Philippe, qui videt me, videt et Patrem. Quomodo tu dicis, ostende nobis Patrem? Non creditis quia ego in Patre, et Pater in me est? Verba, quae ego loquor vobis, à me ipso non loquor. Pater autem in me manens, ipse facit opera. Non creditis quia ego in Patre, et Pater in me est? Alioquin propter opera ipsa credite. Amen, amen dico vobis: Qui credit in me, opera quae ego facio, et ipse faciet, et majora horum faciet; quia ego ad Patrem vado. Et quodcumque petieritis Patrem in nomine meo, hoc faciam.

lo sabeis, y sabeis el camino. Díjole Tomás: Señor, no sabemos á donde vas: cómo, pues, podemos saber el camino? Respondió Jesús: Yo soy camino, verdad y vida. Ninguno va al Padre sino por mí. Si me hubiérais conocido á mí, hubiérais conocido tambien á mi Padre: y desde ahora le conoceréis, y le habeis visto. Díjole Felipe: Señor, muéstranos al Padre, y nos basta. Le dijo Jesús: Tanto tiempo há que estoy con vosotros, ¿y no me habeis conocido? Felipe, el que me ve á mí, ve tambien al Padre. ¿Cómo dices tú, muéstranos al Padre? ¿No creéis que yo estoy en el Padre, y el Padre está en mí? Las palabras que yo os hablo, no las hablo por mí mismo, sino que el Padre que está en mí, él es el que obra. ¿No creéis que yo estoy en el Padre, y el Padre está en mí? Si no creedlo por las mismas obras. De verdad, de verdad os digo: El que cree en mí, hará tambien las obras que yo hago, y las hará mayores que estas; porque yo voy al Padre. Y cualquiera cosa que pidiéreis al Padre en mi nombre, la haré.

MEDITACION.

Del conocimiento y amor de Nuestro Señor Jesucristo.

PUNTO PRIMERO. — Considera que la verdadera felicidad y la verdadera vida consiste en conocer bien á Jesucristo. Todos los demás descubrimientos, todas las demás luces del entendimiento humano son fuegos fatuos, brillanteces aparentes, nubes iluminadas que alumbran poco, y suelen descubrir no mas que aquellos anchurosos caminos que guian á la perdicion. Jesucristo es el camino que se debe seguir, la verdad que se debe creer, la vida inseparable de la suprema felicidad. Pero ¿es muy frecuentado este camino? ¿es muy abrazada esta verdad? ¿es muy solicitada esta vida, en la cual consiste la bienaventuranza eterna? ¿Es conocido Jesucristo de aquellas almas carnales que solo viven la vida de los sentidos, á quienes ciegan lastimosamente las pasiones? ¿es conocido Jesucristo de aquellos disolutos que le persiguen; de aquellos mundanos que le desprecian; de aquellos medios cristianos que le desacreditan con su vi-

da; ni aun de aquellas personas que hacen profesion de virtuosas, y le deshonran con sus costumbres poco regulares? ¿es conocido este soberano Dueño de aquellos, que estando dedicados á su servicio, le sirven tan indignamente?

¿Conocemos lo que es, lo que puede y lo que hace? ¿Mirámosle como á soberano Dueño de todas las cosas, como á único Árbitro de nuestra suerte, como á supremo Juez de todos los hombres?

Siendo Soberano esencialmente feliz por sí mismo desde toda la eternidad, quiso hacerse hombre en tiempo para morir por los hombres; y voluntariamente se entregó él propio á la muerte, y muerte de cruz para redimirlos. ¿Se conoce bien este grande beneficio? ¿se comprenden estos misterios? Y si nuestra fe produce este conocimiento, ¿qué respeto, qué amor, qué gratitud profesamos á nuestro divino Salvador? ¿Puedo lisonjearme de que mis afectos den testimonio de que le conozco? Y si mi conocimiento es el que debe ser, ¿cómo es posible que honre tan poco, y sirva tan mal á Jesucristo? En él están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia de Dios; en él habita corporalmente la plenitud de la divinidad; en él tenemos plenamente todas las cosas; él es la cabeza de los principados y de las potestades; él es el que borró la cédula, la sentencia de condenacion que estaba pronunciada contra nosotros; él la anuló clavándola consigo mismo en la cruz. ¿Reconocemos bien todas estas prerrogativas, todas estas eminentes cualidades, todos estos dones, todos estos beneficios que debemos á Jesucristo? Pues ¿dónde está nuestra veneracion, nuestro profundo respeto, nuestra ternura? Para que con la distancia ó con la ausencia no se entibiase nuestra fe, él mismo se nos acercó, y se vino á vivir entre nosotros. Y porque nuestros ojos débiles no podrian soportar el resplandor de su majestad, le escondió, le ocultó con el velo de los accidentes del pan en el adorable sacramento de la Eucaristía. Allí está realmente; pero ¿reflexionamos nosotros que está allí? Consultemos nuestra modestia en el templo; nuestra ansia por visitarle; nuestra frecuencia en hacerle corte; nuestra hambre por recibirle; nuestra devocion, nuestro respeto en su presencia. ¡Ah, y cuánta verdad es que no conocemos al que está en medio de nosotros! ¡cuánta verdad es que está en el mundo, y que el mundo no le conoce! ¡que vino á vivir entre los suyos, y que los suyos no le recibieron! pero ¡infelices de aquellos que le desconocen!

PUNTO SEGUNDO.—Considera que si es la mayor de todas las des-

dichas no conocer á Jesucristo, no es menos funesta, conociéndole, no amarle.

Los demonios creen todas las verdades de nuestra Religión; las creen, y se estremecen. Ellos mismos exclaman: *Tú eres el Hijo de Dios*; saben muy bien que es Cristo; pues ¿de dónde nace su desdicha? De que con una fe tan comprensiva y tan patente, y con todo este estéril y especulativo conocimiento, no le aman. Y ¿no habrá algunos cristianos en el mundo, á quienes se les pueda reconvenir con lo mismo?

Debiera ser muy sensible, muy palpable el tierno amor á Jesucristo; porque todas las cosas le están pidiendo, le están solicitando, están clamando por él; hermosura sin par, bondad sin semejante, beneficios sin número, sin precio. Amónos con exceso; y al presente nos ama ni con menos liberalidad, ni con menos ternura. Toda la correspondencia que nos pide, es nuestro corazón. Como si le pareciera poco ser nuestro fiador, nuestro redentor y nuestra guía, quiere también ser nuestro sustento, y quiere él mismo ser nuestro premio. ¿Parécete que ha hecho poco para merecer nuestra ternura? pero todo eso que ha hecho, ¿basta por ventura para que le amemos? ¿basta para movernos, para entregarle nuestro corazón? ¿ese corazón, que con tanta facilidad tan pródigamente entregamos por una palabra de cariño que nos digan, por un corto beneficio que nos hagan?

Todos desean agradar y ser queridos; en amando mucho nada se niega. Pero ¿nos matamos por agradar á nuestro divino Salvador? Antes bien, ¿cuánto no hacemos para disgustarle? Profánanse escandalosamente sus sagrados templos; atrévese la impiedad y la irreligión hasta el pie de los altares; no hay irreverencia que no se haga aun en su misma presencia. ¿Acaso tiene límites en nuestros tiempos la indevoción y el descaro? ¿qué caso se hace de la doctrina de Cristo? Se desprecian sus mandamientos; se hace burla de los que le sirven, y falta poco para que se condene la moral del Evangelio. Esos jóvenes disolutos, esas mujeres del gran mundo, esos hombres de negocios, esos idólatras de los placeres y de las diversiones, esas personas consagradas á Dios, pero tan poco religiosas, ¿todos estos aman mucho á Jesucristo? Y luego nos admiraríamos de la calamidad de los años, de las necesidades y miserias públicas que todo lo desuelan, todo lo arrasan, y todo lo llenan de llanto y de dolor. Pues qué ¿ignoramos por ventura que todas las criaturas se arman justamente para vengar nuestra portentosa ingratitud con un Señor tan benéfico?

Con mucha razon clama san Pablo; *Si quis non amat Dominum nostrum Jesum Christum, anathema sit*: Si alguno es tan insensible que no ame á Nuestro Señor Jesucristo, sea anatematizado. ¿Puede haber mayor ingratitud, mayor malicia, mayor impiedad que no amar á Jesucristo?

¡Ah, divino y amable Salvador mio! ¿podré yo lisonjearme de que os conozco? Y si es tanta mi dicha, que pueda decir con vuestro Apóstol: *Tú eres Hijo de Dios vivo*; ¿hallaré acaso en todo mi porte ni en toda mi conducta un testimonio práctico de que verdaderamente os amo? Cubierto de confusion, lleno de dolor, pero al mismo tiempo de una grande confianza en vuestra divina gracia, me atrevo á prometeros, ó Salvador mio amabilísimo, que os amaré, y que ya comienzo desde este mismo punto á conoceros y amaros.

JACULATORIAS.—Sí, yo os amaré de aquí en adelante, mi Señor, mi fortaleza, mi refugio, y mi amable libertador. (*Psaln. xvii*).

No, mi dulce Jesús; aunque sea menester morir contigo, por tí, no te negaré, no dejaré de amarte. (*Marc. xiv*).

PROPÓSITOS.

1 *La vida eterna*, decia el Salvador del mundo á su Padre, *es conocerte á tí por verdadero Dios, y al que enviaste Jesucristo, Hijo tuyo*. La mayor desdicha que puede suceder á un hombre, es no conocer á Jesucristo; pero no es menos que esta, conocerle y no amarle. Todos los Cristianos tenemos la dicha de conocerle; ninguno hay que no se honre, que no se glorie de ser discípulo suyo. Pero ¿podemos decir con verdad que le amamos? Bien sabes tú quién es: pero ¿le tratas con el respeto que merece? Y cuando eres tan delicado, tan celoso de que se te trate á tí con la atencion que, á tu parecer, se te debe, ¿con qué devocion, con qué modestia, con qué veneracion te pones en su presencia? Examina aquí el fervor y la puntualidad con que cumples con las obligaciones de cristiano, y examina tambien la compostura y el respeto con que te presentas en la iglesia. Es el Evangelio la palabra de Jesucristo; ¿qué veneracion profesas, qué estimacion haces de esta divina palabra? No ignoras los preceptos ni las máximas de Jesucristo; ¿qué caso haces de aquellos y de estas? Consulta tus máximas y tu porte. Hay á la verdad muchos cristianos; pero ¿hay muchos verdaderos fieles? Mira bien si eres acaso comprendido en el número de aquellos de quienes dice san Pablo en su Epístola á Tito (*cap. i.*) que *confitentur se*

nosse Deum, factis autem negant: con las palabras confiesan que conocen á Dios; pero con las obras lo niegan. No te olvides de lo que añade el mismo Apóstol: *Cum cognovissent Deum, non sicut Deum glorificaverunt... sed obscuratum est insipiens cor eorum; dicentes enim se esse sapientes stulti facti sunt*. ¿Qué excusa tendrán los que, conociendo á Dios, no le glorificaron como á Dios? Cególos su misma insensatez, y los que se tenían por sabios y por prudentes se calificaron de necios.

2 Dí valerosa y animosamente con san Pablo: *Non erubescio Evangelium (I ad Rom.)*: No me avergüenzo de hacer lo que manda el Evangelio. Y así nadie se admire de que como cristiano perdone generosamente aquella injuria; de que no me deje arrebatarse de la cólera, como lo hacia hasta aquí; de que no asista ni á los espectáculos, ni á la comedia, ni á la ópera; de que ya no me deje ver en aquellas casas públicas del juego, ni parezca en las concurrencias profanas. Jesucristo, á quien reconozco verdaderamente por mi Dios, por mi Salvador y por mi Juez, me lo prohíbe; su Evangelio me manda abstenerme para siempre de semejantes diversiones. *Non erubescio Evangelium*: No me avergüenzo de este Evangelio; y mas sabiendo que un vil respeto humano malogra infelizmente muchas veces los mas fervorosos propósitos. Dí con valor á esas personas que solicitan contigo que seas menos severo, menos rigido, y un poco mas condescendiente; á esas que te convidan á que las imites, á que las acompañes en sus peligrosas diversiones; dílas lo que decia en otro tiempo santa Blandina: *Christiana sum: nihil apud nos admittitur sceleris*: Cristiana soy, y este solo nombre, esta sola profesión me prohíbe estas diversiones. Haz hoy una visita particular á Cristo en el Sacramento, para pedirle perdon de lo poco que hasta aquí le has conocido y amado, para prometerle en adelante una fidelidad inalterable, rezando á este fin la letanía de la Virgen. Acuérdate de lo que intima san Juan: Que el que dice que conoce á Dios, y no guarda sus mandamientos, es mentiroso: *Qui dicit se nosse Deum, et mandata ejus non custodit, mendax est. (I Joan. II.)*

DIA II.

MARTIROLOGIO.

EL TRÁNSITO DE SAN ATANASIO, en Alejandría, obispo de esta ciudad, muy celebrado por su gran santidad y doctrina; sufrió una persecucion tan general, que casi todo el mundo se conjuró contra él, mas no por esto dejó de de-

fender denodadamente la fe catolica desde el imperio de Constantino hasta el de Valente, contra los emperadores y prefectos de las provincias, y contra un sin número de obispos arrianos, quienes le persiguieron de suerte que le obligaron á andar por todo el mundo, sin encontrar lugar seguro donde ocultarse con seguridad. Finalmente, vuelto á su iglesia después de muchas peleas y de muchas coronas alcanzadas con su paciencia, murió en el Señor á los cuarenta y seis años de su consagracion, siendo emperadores Valentiniano y Valente. (*Véase su vida en las de hoy*).

LOS SANTOS MÁRTIRES SATURNINO, NEÓPOLO, GERMANO Y CELESTINO, en Roma, los cuales después de muchos tormentos fueron llevados á la cárcel, y allí durmieron en el Señor.

LOS SANTOS ESUPERIO Y ZOE su mujer, CIRIACO Y TEODOLO, sus hijos, en Roma, los cuales padecieron en tiempo del emperador Adriano.

SAN FÉLIX, diácono y mártir, en Sevilla de España. (*Véase su noticia en las de hoy*).

SAN VINDEMIAL, obispo y mártir, en el mismo día, el cual juntamente con los santos obispos EUGENIO Y LONGINOS, combatiendo con su doctrina y milagros contra los Arrianos, fue degollado por orden del rey Hunnerico.

SAN SEGUNDO, obispo, en Ávila de España, del cual juntamente con otros se hace tambien memoria el día 13 de mayo. (*Véase su vida el día 13 de mayo*).

SAN ANTONINO, obispo, del Orden de Predicadores, en Florencia, esclarecido en santidad y doctrina, cuya festividad se celebra el día 16 de mayo. (*Véase su vida en dicho día*).

SAN ATANASIO, PATRIARCA DE ALEJANDRÍA.

San Atanasio, venerado en toda la Iglesia católica por una de las mas firmes columnas de la fe, por ilustre defensor de la divinidad de Jesucristo, por una de las mas brillantes lumbreras de todo el mundo cristiano; y en fin, por uno de los mayores Santos de la Iglesia, nació en Alejandría de Egipto por los años de 294. Sus padres eran muy distinguidos en ella por su nobleza, pero mucho mas por su piedad; y así hicieron todo lo posible para dar al niño Atanasio una educacion correspondiente á su religion y á su noble nacimiento. Dejóse admirar desde luego de todos los que cuidaban de su crianza la viveza, la brillantez, y la extraordinaria penetracion de ingenio que manifestaba nuestro niño; conociéndose lo que habia de ser con el tiempo por los rápidos progresos que hizo en las letras humanas, en una edad en que otros niños apenas saben hablar. Cuenta Rufino, que como un día de fiesta estuviese jugando con otros niños de su edad, y se divertiese en remedar las ceremonias de la Iglesia, bautizó á algunos que no estaban bautizados; y que noticioso el patriarca san Alejandro de este hecho, llamó á Atanasio, y bien informado, así de su intencion, como de las palabras que habia di-

cho al echarles el agua, declaró que habian recibido legítima y verdaderamente el santo Bautismo.

El suceso de este día fue para el santo Obispo un como presagio de las grandes cosas á que destinaba la divina Providencia á nuestro Atanasio; y tomándole á su cargo, viéndole en poco tiempo tan adelantado en las letras humanas, le aconsejó que se dedicase al estudio de las divinas, en las que seguramente se puede afirmar que pocos hicieron mas progresos en tan corto espacio de tiempo. Sus escritos en defensa de la Religion son el mejor testimonio de aquella rara penetracion con que comprendia todas las ciencias; pues en ellos se acredita excelente filósofo, profundo teólogo, y bien instruido en todas las demás artes, sin mostrarse forastero ni aun en la jurisprudencia; y todo esto en una edad en que, por lo comun, lo mas á que se puede aspirar es al deseo de saber.

Pero al paso que cada día se iba haciendo mas sabio, se hacia tambien mas santo. Llevóle al desierto la fama de san Antonio; y en la escuela de tan insigne maestro se avanzó tan maravillosamente en menos de dos años en la ciencia de la salvacion, que sin duda se hubiera levantado la Tebaida con este tesoro, si no se hubiera valido de su autoridad el patriarca de Alejandría para obligarle á que pasase á aquella ciudad.

Dejóse ver en ella con todo aquel concepto y estimacion con que en todas partes se presenta un hombre de extraordinario mérito, acompañado tambien de una virtud extraordinaria. Desde luego fue el asombro y las delicias de los Católicos; y desde luego fue tambien el susto y el terror de los herejes y gentiles. A los veinte años de su edad compuso contra ellos dos admirables tratados, intitulado el segundo *de la Encarnacion del Verbo*. Hízole san Alejandro secretario suyo; elevóle á los sagrados órdenes, y se valió de su pluma y de su ministerio para confundir á los Melecianos, y á los demás herejes.

Pero el mayor enemigo de la Iglesia, contra quien singularmente estaba destinado el celo y la pluma de Atanasio, era el impío Arrio, presbítero de Alejandría, y cura de la parroquia de Baucala, que habiendo sido depuesto y privado del curato por san Pedro, patriarca, supo disimular tan artificiosamente la maligna travesura de su ingenio, y el veneno oculto de su emponzoñado corazon, cubriéndolo todo con cierto exterior aparato de compuncion y de penitencia, que engañado san Achilas, sucesor de Pedro, y hombre de excesiva bondad, no solo le habia restituido á la posesion de su curato, sino que le habia conferido el orden del sacerdocio que aun no tenia al tiem-

po de su deposicion. Viéndose ya cura por sus artificios, aspiró á verse patriarca; y no pudiendo tolerar que le hubiesen pospuesto á san Alejandro, se declaró cabeza de partido; y comenzando á declarar contra la divinidad de Jesucristo, fue el mayor y mas pernicioso enemigo que ha conocido la Iglesia.

Apenas descubrió la cabeza este monstruo, cuando salió Atanasio á combatirle y aniquilarle; pero como nunca faltan recursos á la herejía, aunque Arrio quedó muchas veces convencido y avergonzado, así en particular como en público, por nuestro Santo, encontró parciales aun dentro del mismo clero, y tantos, que para atajar el mal, se consideró necesario convocar el célebre concilio de Nicea. Concurrió á él Atanasio, acompañando á su obispo, y sobresalió mucho en el concilio, no menos por su sabiduría que por el ardor de su celo. Fue anatematizada por el sínodo la impiedad arriana, y se hizo célebre nuestro Santo por las disputas públicas que tuvo con el heresiarca, en las cuales le dejó enteramente confundido. Asombró tanto á los Padres su vigilancia, su penetracion en descubrir los artificios de los herejes, su delicadeza y su solidez en desenredar sus sofismas, y su sagacidad en desconcertar todas las medidas que iba tomando el partido, que aunque á la sazón no era mas que diácono, ya le consideraban todos como el azote de los Arrianos, y como una de las mas brillantes lumbreras de la Iglesia.

Concluido el concilio, se volvieron á Alejandría san Alejandro y su diácono; pero consumido el santo Patriarca al rigor de sus penitencias y trabajos, murió santamente cinco meses después. Poco antes de espirar, como no viese por allí á Atanasio, que de estudio se habia retirado, y aun huido, porque no le hiciesen su sucesor, exclamó con espíritu de profecía: *Atanasio, tú piensas escaparte con la fuga, pero esta no te librará de la silla patriarcal*. Murió Alejandro, y fue proclamado por patriarca Atanasio con unánime aclamacion del clero y pueblo. Solo tardó en consagrarse lo que tardó en descubrirse, porque en efecto se habia escondido tan de veras y tan bien, que en seis meses no fue posible saber dónde paraba; pero descubierto en fin, su teson en no querer aceptar la dignidad solo sirvió para que todos se confirmasen mas y mas en lo mucho que la merecia: no dando oidos ni á sus razones ni á sus lágrimas, fue consagrado el dia 27 de diciembre del año 326; y desde luego hizo conocer á todos, que no era fácil encontrar sugelo mas digno de ocupar la segunda silla de toda la Iglesia universal.

Mirábanle ya los Arrianos como al mas cruel azote de su secta; y

no habiendo podido estorbar su consagracion, hicieron cuanto pudieron para que se declarase por ilegítima, tachándola de menos canónica. Llegaron las quejas y las calumnias á la corte del Emperador, siendo los que mas las esforzaban Eusebio de Nicomedia, Theonís y Alarís, insignes protectores del arrianismo; pero todos sus artificios se convirtieron en vergonzosa confusion de sus mismos autores. En el mismo punto en que Atanasio fue elevado á la silla patriarcal, se cuenta que el espíritu de Dios dijo á san Pacomio: *Yo he puesto á Atanasio por columna y por lumbrera de la Iglesia; muchas tribulaciones y calumnias tendrá que padecer en defensa de la fe y de la virtud; pero será siempre sostenido por la gracia de Jesucristo; vencerá todas las tentaciones, y anunciará á las iglesias la verdad del Evangelio.*

Ninguno cumplió mas exactamente con todas las obligaciones de obispo; porque siendo hombre consumado en ciencia y en virtud, no solo era la admiracion de los demás prelados, sino su mas perfecto modelo. No obstante ser su diócesi una de las mas dilatadas de toda la Iglesia, pocas ovejas dejaban de oír cada año la voz de su pastor, y ninguna se escapaba á su solicitud y vigilancia pastoral. Era dulce, afable, compasivo; y haciéndose todo á todos para ganarlos á todos, nunca se separaban de su celo la caridad y la dulzura.

Ni sus trabajos apostólicos, aunque tan continuos, y de tan gran fatiga, disminuían un punto el rigor de sus penitencias. A la accion y al estudio acompañaban siempre el ayuno y la oracion. Sus rentas eran únicamente para los pobres; y siendo igual su actividad en socorrer las necesidades espirituales que las corporales, se adelantaba á prevenirlas; como era pastor y era padre, daba gran realce á su caridad el dulcísimo espíritu con que la acompañaba.

Mientras tanto, viéndose el desventurado Arrio desterrado por el emperador Constantino, después de haber sido condenado por el concilio de Nicea, no dejaba piedra por mover para engañar al público, y para alucinar el ánimo del menos instruido príncipe. Consiguiólo; porque presentándole una capciosa profesion de fe, que tenia apariencia de católica, logró que se le levantase el destierro; pero no pudo lograr que el Patriarca le admitiese á su comunión, conociendo la mala fe con que procedía; y á pesar de las súplicas y empeños de sus parciales, nunca quiso reconciliarle con la Iglesia. Trataron estos de delincuente contra la autoridad del Emperador su constante teson, y unidos los Melecianos con los Arrianos, no perdonaron á calumnia ni artificio para desacreditarle y para perderle.

Dieron principio á sus acusaciones delatándole de reo contra el Estado, por haber impuesto de su propia autoridad á los egipcios una especie de tributo de ropa de lino, ó de ornamentos para la iglesia de Alejandría. Hallábanse casualmente en la corte dos presbíteros suyos, llamados Alipo y Macario, los cuales hicieron visible la falsedad de esta acusacion; pero ni por esto desistieron sus enemigos. antes levantaron contra él otras dos acusaciones mucho mas feas: la primera, que habia hecho pedazos un cáliz, y destruido ó arruinado una iglesia por medio de cierto presbítero, que se llamaba Macario: y la segunda, que habia remitido una gran cantidad de dinero á cierto rebelde, por nombre Filomeno, que tomó las armas contra el Emperador, aspirando no menos que á usurpar el imperio. Llamóle Constantino á la corte, y reconocida su inocencia, y la malignidad de los calumniadores, le volvió á enviar á su iglesia, colmándole de elogios.

No se acobarda la herejía por mas que sea confundida. Acusaron al Santo de que habia asesinado á Arsenio, obispo meleciano, por señas de que le habia cortado la mano derecha con el fin de usar de ella para sus operaciones mágicas; pero habiendo parecido Arsenio en Fenicia, donde se habia escondido, ó le habian hecho esconder. y habiendo sido presentado ante los jueces vivo y sano, con las dos manos en su lugar, quedó descubierto y confundido, pero no escarmentado, el embuste de los Arrianos y de los Melecianos.

Verdad es que por algun tiempo hizo su efecto la vergüenza, y dejaron en paz á nuestro Santo, que se aprovechó de este paréntesis para visitar las iglesias de su obispado, que por mas distantes oian menos veces la voz de su Pastor. En esta santa visita vió la primera vez el célebre monasterio de Tabena ó de Tabenas, de que era abad san Pacomio; quien le salió á recibir al frente de sus monjes, cuyo número era de muchos millares; los que distribuidos en veinte y cuatro clases ó coros, le condujeron como en triunfo, cantando salmos, al monasterio.

Mientras tanto no se descuidaban los Arrianos ni Melecianos; y desesperando de poder alterar la fe, ó doblar el teson de san Atanasio. discurrieron nuevas trazas para desacreditarle en el concepto del Emperador. Obtuvieron su permiso para convocar un concilio en Cesarea de Palestina; y considerando Atanasio que este conciliábulo se componia únicamente de sus enemigos, se negó á concurrir á él. Eusebio de Nicomedia, jefe de la conspiracion de los Arrianos, y los demás prelados desafectos á nuestro Santo, supieron pintar esta re-

sistencia al Emperador con tan feos colores, que desde entonces quedó imbuido en tan fuertes y tan malignas especies contra el Patriarca, que nunca fue posible después desimpresionarle de ellas. Mandó que el año siguiente se convocase un concilio en la ciudad de Tiro, dando orden á san Atanasio de que sin falta asistiese á él; y el Santo se vió precisado á obedecer.

Cuando entró en el concilio le ordenaron los presidentes que se estuviese en pié, como lo está un reo delante de sus jueces; lo que llenó de tan santa indignacion al santo obispo Palemon, insigne confesor de Cristo, que sin poder contenerse, dirigiendo la palabra á Eusebio de Cesarea, uno de los presidentes del conciliábulo, le dijo con celoso ardimiento: *Acuérdate de la cobardía que mostraste en la última persecucion. Pues ¿cómo tienes valor ni vergüenza para estarte tú sentado mientras está en pié Atanasio, hombre de vida irrepreensible?* Abrieron entonces los ojos muchos santos prelados; y conociendo que los habian engañado, siguieron á san Pafnucio, que tomando de la mano á san Máximo, obispo de Jerusalem, se salió de la asamblea.

No por eso desistieron los Arrianos de su empresa. Formósele la causa; revivieron las antiguas calumnias; y fue de nuevo preguntado el presbítero Macario. Ya se habia dado comision para ir á hacer nuevas probanzas sobre el supuesto asesinato de Arsenio, cuando este se presentó delante del conciliábulo vivo, sano, y sin que le faltase miembro alguno de su cuerpo. Sobornaron á una mala mujer, para que compareciendo ante los jueces acusase al santo Prelado de que la habia quitado su honra con violencia.

Movido entonces Atanasio de uno de aquellos extraordinarios rasgos de prudencia que inspira el Espíritu Santo en los mayores aprietos, entró en el concilio acompañado de uno de sus presbíteros, llamado Timoteo; y fingiendo este que era el santo Patriarca, preguntó á la descarada mujer con resolucion y con despejo: *¿Dime, mujer, soy yo el que te violenté? ¿soy yo el que te quité tu honor?* A lo que ella respondió con increíble descaro, mal disimulado en fingido sentimiento: *Sí, tú mismo, tu mismo eres el que me violentaste;* y afectando deshacerse en lágrimas clamaba al concilio por justicia y por venganza. Echaron con oprobio del concilio á la mujer como merecia; pero se irritaron, se enfurecieron tanto los Arrianos viendo tan vergonzosamente descubierto aquel tropel de calumnias y de imposturas, que hubieran hecho pedazos á Atanasio, a no haberse escapado de la ciudad secretamente la siguiente noche.

Pero no por eso cesaron los herejes, ni se acobardaron para no

forjar cada día nuevas acusaciones. Sabiendo bien lo mucho que sentía el Emperador todo lo que tocase á su nueva ciudad de Constantinopla, le aseguraron descaradamente que Atanasio prohibía la extraccion de los granos que se acostumbraban sacar de Alejandría para el abasto de la corte. Irritóse tanto el Emperador, que sin querer dar oídos á la evidencia con que ofreció Atanasio hacerle ver la falsedad de aquella quimérica acusacion, le desterró á Tréveris. Obedeció, aunque era tan visible su inocencia; y después de muchas fatigas, llegó al lugar de su destierro, cuyo obispo, que era á la sazón san Maximino, le recibió con el mayor respeto, venerándole siempre como á invencible defensor de la fe, y confesor ilustre de la divinidad de Jesucristo. Muerto el emperador Constantino, su hijo Constantino el Menor, que era emperador de Occidente, después de dos años de destierro, le restituyó á su iglesia de Alejandría, con cartas de recomendacion muy honoríficas, en que apellidándole oráculo de la ley divina, decia que su padre Constantino le habia enviado á las Galias por algun tiempo, solo por ponerle á cubierto contra el furor de los malignos que habian conspirado á su ruina. Imperaba en el Oriente Constancio, y aunque se habia declarado fautor de la herejía arriana, no se atrevió á oponerse á esta resolucion de su hermano.

Fue recibido el santo Patriarca, así del pueblo, como del clero, con aquellas extraordinarias demostraciones de gozo en que prorumpen naturalmente los corazones cuando vuelven triunfantes los que han sido perseguidos por la fe y por la Religion; pero duró poco la calma. Los mismos que le habian condenado en el conciliábulo de Tiro, convocaron otro en Antioquía el año de 341, en que consagraron por patriarca de Alejandría á Gregorio de Capadocia. Entró en la ciudad de mano armada el seudo-patriarca; y apoderándose de todas las iglesias, cometió tantas violencias, tantas profanaciones y tantos sacrilegios, que Atanasio se vió precisado á huir, y á refugiarse á Roma. Recibióle con veneracion el papa Julio, y escribió á los obispos de Oriente, ordenándoles que concurriesen á Roma para terminar estas diferencias. Celebróse este concilio el año de 342, en el cual se justificó Atanasio plenamente; fue aprobada y aplaudida la pureza de su fe, no menos que el valor de su constancia; y el Papa se prendó tanto de su rara sabiduría y virtud, que le detuvo en Roma otros tres años. Opusieronse con el mayor esfuerzo á que fuese restituido á su iglesia los Arrianos, protegidos del emperador Constancio. Fue preciso convocar otro concilio en Sárdica el año de 347, en

el cual fue reconocida con admiracion y con elogio la inocencia de nuestro Santo: el intruso Gregorio fue excomulgado y depuesto, y Atanasio restituído á su silla. Los obispos arrianos, que se habian retirado del concilio, se juntaron tumultuariamente en Filipoli, y tuvieron la insolencia de excomulgar á los Padres del concilio Sardiense, y al mismo papa Julio, porque habia comunicado con Atanasio. En fin, fue necesaria toda la autoridad del emperador Constante para que nuestro Santo se viese restablecido en su iglesia.

Irritó furiosamente á los Arrianos la pompa y los regocijos públicos con que le recibieron en Alejandria; y su virtud, su celo, y la valerosa intrepidez con que proseguia en defender la divinidad de Jesucristo, suscitaron contra él otra nueva persecucion. Habiendo pasado Atanasio á la corte de Antioquia á besar la mano al Emperador, persuadieron los Arrianos á este príncipe, que con esta ocasion pidiese al Patriarca una iglesia en Alejandria para los que hacian profesion de su secta. Señor, le respondió Atanasio, *vengo en ello con tal que V. M. me conceda otra en Antioquia para los que profesan la religion católica*. Halláronse muy embarazados los Arrianos con una respuesta que no habian prevenido, y se retiraron de su pretension, teniendo por menor inconveniente carecer ellos de una iglesia en Alejandria, que conceder otra á los Católicos dentro de la corte.

Volvió á florecer en Alejandria la disciplina y la virtud con la vuelta de nuestro Santo; pero fue de corta duracion la tranquilidad. Habiendo muerto por este tiempo el emperador Constante, y no cesando Atanasio de escribir y de predicar contra la impiedad arriana, se vió combatido de nuevas encrespadas olas. Celebráronse contra él los conciliábulos de Arles, Aquileya y Milan; y porque san Eusebio, obispo de Verceci, san Dionisio de Milan, san Lucifero de Caller, el célebre Osio, obispo de Córdoba, y el papa Liberio no quisieron firmar la condenacion de Atanasio, todos fueron desterrados, y el Santo lo fue tambien de su iglesia de Alejandria. Pero no pudiendo resolverse á abandonar del todo á su querido rebaño, estuvo escondido por algun tiempo, hasta que ensangrentada y enfurecida mas la persecucion, se vió precisado á retirarse al desierto; en cuyo tiempo los Arrianos colocaron en la silla patriarcal de Alejandria á Jorge, hijo de un tintorero de Capadocia; siendo tan horribles como inexplicables los sacrilegios y las maldades que cometieron los herejes en esta ocasion.

Mientras Atanasio estaba en el desierto, tuvo el consuelo de heredar el pobre, pero preciosísimo manto que san Antonio le habia de-

jado como en testamento á la hora de la muerte, sucedida en aquel mismo año; del que hacia tanta estimacion, que lo restante de su vida usaba de él los dias de las mayores festividades, como de una inestimable gala. Ni pasó ociosamente el tiempo que logró en la soledad, porque á ella debemos mucha parte de sus escritos; como la Apología que dirigió al Emperador, y el tratado de los Sinodos, que compuso con ocasion de lo que sucedió en los concilios de Seleucia y de Rímini.

Muerto en este tiempo el emperador Constancio, y habiéndole sucedido en el imperio Juliano Apóstata, levantó el destierro á todos los obispos desterrados; y á favor de este decreto volvi6 Atanasio á su iglesia. Poco antes habia sido muerto en un molin popular Jorge el usurpador; y por esta casualidad logró el santo Patriarca de algun reposo, que empleó útilmente en reformar las costumbres, y en restablecer la disciplina eclesiástica.

Pero el que era tan aborrecido de los herejes, por precision no lo habia de ser menos de los gentiles. Sabiendo el apóstata Juliano la grande reputacion en que estaba nuestro Santo, envió orden para que le quitasen la vida. Dieron aviso al Patriarca, y porque no fuese maltratado su pueblo, que estaba resuelto á exponer las suyas por defender la de su santo Pastor, se metió prontamente en un barco, y subiendo por el Nilo hizo vela hácia la Tebaida. El que se habia encargado de matarle, noticioso de su fuga, se embarcó trás él, y se dió tanta priesa, que infaliblemente le hubiera alcanzado luego, si el Santo no hubiera eludido el golpe por un rasgo de sagacidad verdaderamente superior. Mandó, pues, que su barco volviese prontamente la proa hácia Alejandria, y encontrándose presto con el otro en que navegaba el oficial, este preguntó á los pasajeros si iba lejos la embarcacion de Atanasio; y como ellos le respondiesen que no estaba muy distante, el oficial, sin detenerse á mas, mandó hacer fuerza de remo para alcanzarla, y pasó adelante. Con esto volvi6 el Santo á la ciudad, donde estuvo oculto hasta la muerte de Juliano, que sucedió seis meses después. Ascendió al imperio Joviano, príncipe muy católico, que dedicando toda su aplicacion á que triunfase el concilio de Nicea, llamó á Atanasio á Antioquia, y quiso saber de su misma boca todo lo que habia padecido por la Religion.

No se acomodaba el Santo con hacer larga mansion en la corte; y llamado de su obligacion y solicitud pastoral, volvi6 cuanto antes á cuidar de su diócesi, y á emprender la visita; mas parecia que el Señor habia determinado santificarle por medio de las tribulaciones.

La temprana muerte del piadoso emperador Joviano volvió á encender el furor y la malignidad de los herejes. Sucedióle Valente, que favorecia á los Arrianos; y la primera gracia que les concedió, fue que echasen á Atanasio de su silla. Fue general la consternacion en Alejandria; y haciendo el Santo juicio que era prudencia ceder á la tempestad, se escondió en la misma sepultura de su padre, donde estuvo por espacio de cuatro meses; siendo esta la cuarta vez que el Santo se habia ocultado por evitar las funestas desgracias que ordinariamente traen consigo los motines populares, que se suscitarian si diese lugar á que le prendiesen.

Pero tambien parecia que el Señor disponia estas temporadas de retiro, para darle tiempo á que hiciese en ellas mas importantes y mas permanentes servicios á la Iglesia. Porque no contentándose su celo con combatir contra los Arrianos, no era menos ardiente en reprimir á los demás herejes. Defendió la divinidad del Espiritu Santo contra los Macedonianos, como habia defendido contra los Arrianos la divinidad del Verbo; y los últimos años de su vida escribió en defensa del misterio de la Encarnacion contra los Apolinaristas.

Mientras tanto, no pudiendo el pueblo de Alejandria llevar en paciencia la ausencia de su santo Pastor, comenzó á levantar el grito, tan sin reparo, que llegaron sus sentidas quejas á los oidos de Valente; quien, temiendo alguna sedicion, dió orden para que se dejase á Atanasio vivir en paz en su iglesia. Mantúvose en ella hasta la muerte, empleando lo que le restó de vida en conservar la fe en toda su pureza, y la disciplina de las costumbres en todo su vigor. En fin, á los cuarenta y seis años de obispo, consumido al fuego de la mas turbulenta, mas tenaz y mas viva persecucion, murió lleno de merecimientos el segundo dia de mayo del año 373.

Las honras que se le hicieron después de muerto fueron correspondientes á la estimacion y á la veneracion que le profesaban cuando vivo, y en sus funerales se dejó ver toda la pompa y toda la majestad de un verdadero triunfo. En el octavo siglo fueron trasladadas sus preciosas reliquias á Constantinopla; en cuya ocasion san German, que era á la sazón patriarca de aquella corte, compuso un oficio nuevo en honra de nuestro Santo. Se asegura como cosa cierta que con el tiempo fueron secretamente robadas y conducidas á Venecia, donde son guardadas con la mayor vigilancia.

Merecieron siempre tan alta estimacion los escritos de san Atanasio, que solia decir el abad Como, que si se hallase algun opúsculo suyo, y faltase papel para copiarle, se debia trasladar y bordar so-

bre el propio vestido. Finalmente san Gregorio Nacianceno da principio á una oracion fúnebre en elogio de nuestro Santo, diciendo que alabar á Atanasio y alabar á la virtud era una misma cosa.

SAN FÉLIX, DIÁCONO.

De este Santo hace conmemoracion el Martirologio romano en este dia, con la expresion de que padeció martirio en la ciudad de Sevilla, en cuya diócesi se celebra su festividad con rito de segunda clase. No nos consta de la patria, padres, ni laudables hechos del Santo, porque la injuria del tiempo robó á la posteridad las actas de este y otros muchos héroes que florecieron en la nacion, en aquellas lastimosas edades en que la ferocidad de los bárbaros redujo á cenizas los preciosos escritos de una venerable antigüedad: solo sí sabemos por el Breviario muzárabe segun el orden del Padre san Isidoro, que el ilustre diácono Félix sostuvo con indecible fortaleza los mas fuertes combates contra los enemigos de nuestra santa fe, que quisieron obligarle con exquisitos tormentos á que sacrificase á los ídolos; pero resistiéndose á aquella sacrílega maldad con el valor propio de los héroes cristianos, mereció la corona del martirio en tal dia como hoy, á principios del siglo IV segun se cree, cuando movieron contra la Iglesia su cruel persecucion los emperadores Diocleciano y Maximiano.

LOS SANTOS SIMPLICIO Y AMBROSIO, MÁRTIRES.

En el monasterio de San Juan, llamado vulgarmente de las Abadesas, que á fines del siglo IX fundaron los condes de Barcelona Wifredo el Velloso y Winidilda, sobre el rio Ter en el valle de Ripoll y obispado Ausonense ó de Vich, se hace fiesta hoy á los santos mártires Simplicio y Ambrosio, cuyos cuerpos se veneran en aquella iglesia cada uno en su arca. No se sabe si fueron allí colocadas estas reliquias cuando se dedicó la iglesia, que fue en el año 887, ni si estos Santos son españoles, ni si padecieron en España, ni por qué tiempo; siendo equivocada la noticia de cierto historiador que sobre poco mas ó menos fija su martirio en el año en que se fundó el monasterio.

LA BEATA MAFALDA, ESPOSA DEL REY DON ENRIQUE I DE CASTILLA.

En las actas de los Santos se hace hoy memoria de la infanta doña Mafalda de Portugal. Era esta infanta hija de los reyes de Portugal D. Sancho I y doña Dulce, hermana menor de santa Teresa, primera mujer del rey D. Alonso IX de Leon, de quien hablaremos en la vida de san Fernando, el dia 30 de mayo. Muerto el rey de Castilla D. Alfonso VIII, coronaron en Burgos á su hijo D. Enrique, que á la sazón tenia solos once años, y fue nombrada tutora suya su hermana doña Berenguela. De estas manos pasó á las del conde D. Alonso Nuñez de Lara, el cual por sus fines particulares trató de casar al Rey con la infanta doña Mafalda, señora de gran virtud. Pasó el mismo á Portugal á pedirla á sus padres, y la acompañó á Castilla. Estaba ya efectuada esta boda á 29 de agosto del año 1213. Tenia el Rey entonces como unos doce años, y murió desgraciadamente antes de tener edad para habitar con su esposa. Doña Berenguela y los señores del reino no llevaron á bien este casamiento; teníanlo por estorbo de la paz; tampoco la edad de la Reina correspondia á la del Rey, excediale en diez años cuando menos. Doña Berenguela en vano previno al Conde que no fomentase esta boda. Viendo que no aprovechó este aviso, hizo saber á Inocencio III que este casamiento era ilícito por el parentesco de tercero con cuarto grado por la casa de Barcelona, y de cuarto con quinto por la de Castilla, grados prohibidos hasta el concilio IV de Letran, celebrado en el siglo XIII. Tiénese por cosa averiguada que el mismo Inocencio anuló este casamiento, de donde se colige que la separacion fue antes de la mitad de julio de 1216 en que falleció aquel Pontífice. Dióse esta comision á D. Tello, obispo de Palencia, y á D. Mauricio de Burgos, y la virgen Mafalda se volvió á Portugal, y se consagró á Dios en el monasterio de religiosas Benedictinas de Aronca, que era de su patronato, trocándolo en convento de Bernardas, en el cual vivió con gran santidad hasta el fin, honrándola el Señor con milagros. Su muerte fue el dia 1.º de mayo: en el año no están de acuerdo todos los escritores de su vida. Unos dicen que murió en el año 1252, otros que cuatro años después, otros que cinco. En una congregacion de sagrados Ritos, se aprobó el culto inmemorial de esta virgen sierva de Dios.

La Misa es en honra de san Atanasio, y la Oracion la siguiente:

Exaudi, quaesumus, Domine, preces nostras, quas in beati Athanasii confessoris tui atque pontificis solemnitate deferimus: et qui tibi digne meruit famulari, ejus intercedentibus meritis, ab omnibus nos absolve peccatis: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Rogámoste, Señor, que oigas benigno las súplicas que te hacemos en la solemne fiesta de tu bienaventurado confesor y pontífice Atanasio, y que nos libres de todos nuestros pecados, por los méritos de aquel que te sirvió con tanta fidelidad. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo IV de la segunda del apóstol san Pablo á los Corintios.

Fratres: Non nosmetipsos praedicamus, sed Jesum Christum Dominum nostrum: nos autem servos vestros per Jesum: quoniam Deus, qui dixit de tenebris lucem splendescere, ipse illuxit in cordibus nostris ad illuminationem scientiae claritatis Dei, in facie Christi Jesu. Habemus autem thesaurum istum in vasis fictilibus ut sublimitas sit virtutis Dei, et non ex vobis. In omnibus tribulationem patimur, sed non angustiamur: aporiamur, sed non destituimur: persecutionem patimur, sed non derelinquimur: deicimur, sed non perimus: semper mortificationem Jesu in corpore nostro circumferentes, ut et vita Jesu manifestetur in corporibus nostris. Semper enim nos, qui vivimus, in mortem tradimur propter Jesum: ut et vita Jesu manifestetur in carne nostra mortali. Ergo mors in nobis operatur, vita autem in vobis. Habentes autem eundem spiritum fidei, sicut scriptum est: Credidi, propter quod locutus sum: et nos credimus, propter quod et loquimur: scientes quoniam qui suscitavit Jesum, et nos cum Jesu suscitabit, et constituet vobiscum.

Hermanos: No nos predicamos á nosotros mismos, sino á Jesucristo nuestro Señor; á nosotros, pues, como siervos vuestros por Jesús: porque Dios, el cual dijo que resplandeciese la luz de entre las tinieblas, él mismo resplandeció en nuestros corazones, para que se hiciese clara la ciencia de la gloria de Dios en el semblante de Jesucristo. Pero este tesoro le tenemos en vasos de barro, para que la superioridad sea de la virtud de Dios, y no de nosotros. Por todas partes padecemos tribulacion, pero no decaemos de ánimo: somos angustiados, pero no nos desesperamos: padecemos persecucion, pero no somos abandonados: somos abatidos, mas no perecemos, llevando siempre por todas partes en nuestro cuerpo la mortificacion de Jesucristo, para que tambien la vida de Jesús se manifieste en nuestros cuerpos. Porque continuamente nosotros, que vivimos, somos entregados á la muerte por amor de Jesús, para que tambien la vida de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal. Triunfa, pues, la muerte en nosotros, y en vosotros la vida. Pero teniendo el mismo espíritu de fe, segun está escrito: Creí, por lo cual hablé: y nosotros creemos, por lo cual tambien hablamos: sabiendo que aquel que resucitó á Jesús, nos resucitará tambien á nosotros con Jesús, y nos colocará entre vosotros.

REFLEXIONES.

No nos predicamos á nosotros mismos, sino á Jesucristo nuestro Señor. *Non nosmetipsos praedicamus, sed Jesum Christum Dominum nostrum.* Solo pueden decir esto con verdad los ministros fieles del Evangelio. Pero ¡ah, y cuántos infieles ministros hay! Muchos predicán á Jesucristo solo por predicarse á sí mismos; el principal fin de sus sermones es su propia estimacion, concepto y fama. De aquí proviene aquel eterno hablar, y alabarse de sus trabajos, de sus aplausos, de su séquito y de sus maravillas; de aquí aquel fastidio universal, aquel desdeñoso menosprecio con que tratan todo lo que produce otro terreno: en sus ojos no hay frutos preciosos, sino los que son de su cosecha; pero el espíritu de Dios tiene otras máximas, habla otro lenguaje: los hombres verdaderamente apostólicos se estiman poco, y se alaban menos.

In omnibus tribulationem patimur, sed non angustiamur: es cierto que en todas partes nos salen al encuentro las tribulaciones, mas no por eso desmayamos, ni aun nos afligimos. ¡Oh, y qué diferencia tan grande hay entre las mortificaciones que se padecen en el servicio de Dios, y las espinas que se hallan en el servicio del mundo! Aquellas punzan poco, son fecundas, producen un fruto de incomparable delicia; estas siempre estériles, siempre penetrantes, y tan ponzoñosas que su herida no tiene cura.

Ello es preciso confesarlo, que las adversidades son fruta de todas las estaciones, nacen en todos los terrenos, no hay clima que no sea el propio suyo; pero las adversidades que envia Dios á los buenos son de especie muy distinta de aquellas que padecen los mundanos. Siempre acompañan á los trabajos que afligen á estas tristes víctimas de la ambicion las amarguras interiores, los remordimientos mortales, los despechos que los despedazan, y una desesperacion que los devora. Pero, ¿y qué recurso, qué consuelo tienen en sus miserias? Nosotros, grita el Apóstol, *dejicimur, sed non perimus*, tambien tenemos mucho que padecer; pero no nos desesperamos: tampoco nos faltan aflicciones; pero tambien nos sobran consuelos. El mayor de todos es la consideracion de la mano que siembra estas cruces, y que reparte estas amarguras. Sabemos bien que el mismo sol que eleva los vapores tiene virtud para disiparlos; nos consuela mucho considerar que el Señor tiene contados todos los cabellos de nuestra cabeza, y que no ha de permitir que perezca ni uno solo; nos sirve del mayor alivio estar muy persuadidos de que tendremos por remune-

rador al mismo que tuvimos por modelo, y que ha de ser nuestro juez: es gran gloria para nosotros caminar por las mismas huellas que nos dejó estampadas el Salvador, y acabar de cumplir lo que faltó á los tormentos de Jesucristo, haciendo gala de su librea. Por eso no es de admirar que el mismo Apóstol exclame en otra parte: *Estoy lleno de consuelos; rebósame el gozo y la alegría en medio de mis tribulaciones y de mis trabajos.* ¿Qué hombre del mundo pudo decir jamás otro tanto? Hay en el mundo trabajos, hay tribulaciones, hay persecuciones; pero ¿hay los mismos consuelos? ¿hay las mismas dulzuras? ¿Cuál es el premio, cuál la recompensa de lo que se padece en el mundo?

Persecutionem patimur, prosigue el Apóstol, *sed non derelinquimur*: somos perseguidos, mas no somos abandonados. Aquel mismo divino Salvador que san Esteban vió en pie á la diestra de Dios Padre, está todavía presente á los combates que sostienen con valor los que le sirven. Es cierto que siempre habrá enemigos que persigan la Religion; pero tambien lo es que siempre hallará ella dentro de sí misma armas para defenderse, y todos los auxilios que ha menester para que no la atropellen. Lo mismo se puede decir de la virtud cristiana.

El Evangelio es del capitulo x de san Mateo.

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Cum persequentur vos in civitate ista, fugite in aliam. Amen dico vobis, non consummabitis civitates Israel, donec veniat Filius hominis. Non est discipulus super magistrum, nec servus super dominum suum. Sufficit discipulo, ut sit sicut magister ejus: et servo, sicut dominus ejus. Si Patrem familias Beelzebub vocaverunt: quanto magis domesticos ejus? Ne ergo timueritis eos: Nihil enim est opertum, quod non revelabitur: et occultum, quod non sciatur. Quod dico vobis in tenebris, dicite in lumine: et quod in aure auditis, praedicare super tecta. Et nolite timere eos, qui occidunt corpus, animam autem non possunt occidere: sed potius time teum, qui potest et animam et corpus perdere in gehennam.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: Cuando os persigan en esta ciudad, huid á otra. En verdad os digo, no acabaréis (de instruir) las ciudades de Israel antes de que venga el Hijo del Hombre. No hay discípulo sobre el maestro, ni siervo sobre su señor. Bástale al discípulo que sea como su maestro, y al siervo como su señor. Si llamaron Belcebú al señor de casa, ¿cuánto mas á sus familiares? No tengais, pues, miedo de ellos. Porque nada hay escondido que no se haya de descubrir; y nada oculto que no se haya de saber. Decid en dia claro lo que yo os digo en tinieblas; y lo que habeis oido á la oreja, predicadlo sobre los tejados. Y no temais á aquellos que matan el cuerpo, y no pueden matar el alma; sino temed mas bien aquel que puede perder el alma y el cuerpo echándolos al infierno.

MEDITACION.

Del temor de Dios.

PUNTO PRIMERO. — Considera que el temor de Dios es el principio de la verdadera sabiduría; la fe, la religion y el buen juicio conspiran en infundirnos este santo temor. Y á la verdad, ¿puede haber mas insigne locura que no temer á Dios?

Teme á Dios, dice el Sabio, *y guarda sus mandamientos; porque esto es todo el hombre.* Bien se puede decir que el hombre sin este santo temor es nada. Demos que sea el mas brillante, el mas soberano ingenio de todo el mundo; demos que por su nacimiento, por sus riquezas, por sus empleos, por sus prendas descuelle sobre las cabezas de todos los mortales: si no teme á Dios, ¿qué viene á ser á los ojos de Dios, único juez, que juzga sanamente de todas las cosas? ¿qué será á los ojos de las criaturas por la infinita duracion de todos los siglos? ¿qué será á sus mismos ojos por toda la eternidad?

Ello es preciso tener algun temor; porque el temor es igualmente efecto del amor propio que de la razon: es una inquietud del alma, que se persuade no ha de llegar á conseguir un bien que desea; es una aprehension de algun mal que nos amenaza. Ninguno puede eximirse de estos afectos, porque son muy naturales, muy propios de nuestra naturaleza. Si el temor es racional, es prudencia. Pero al fin, ¿qué es lo que se teme? El verse privado de algun bien, de que al cabo le ha de despojar la muerte infaliblemente; el perder ó toda ó parte de la honra, de la estimacion, del concepto, que consiste en una vana opinion, y que al fin se ha de desvanecer como sombra ó como sueño. Témense las enfermedades, las dolencias, que no pueden faltar; las adversidades y los trabajos, que son inseparables de la vida; en fin, se teme la muerte, que es necesario que llegue; pero no se teme á Dios, autor y único origen de todos los bienes. No se teme á Dios, de quien depende nuestra fortuna en esta vida, y nuestra felicidad en la otra: no se teme á Dios, quien solo puede calmar las olas, disipar las tempestades, prevenir las desgracias, y quitar á la muerte todo lo que tiene de terrible: no se teme á Dios, siendo el único á quien en rigor debiéramos contemplar, y el único á quien debiéramos temer. Solamente los insensatos pueden vivir sin este santo temor. ¿Dónde hay prueba mas evidente de una insensatez, de una locura desenfrenada, que esta impía seguridad? El temor de los

males de esta vida puede provenir de cobardía y de flaqueza; pero el temor de Dios siempre es hijo de una prudencia consumada, de un valor, de una verdadera grandeza de corazón. Los locos y los niños son los únicos que no temen los grandes precipicios, porque no los conocen. No temer á Dios siempre es corruptela del corazón y falta de entendimiento.

Al temor santo de Dios acompañan inseparablemente todas las virtudes cristianas. El que teme, cree; el que teme perder, espera; y como no es temor servil, sino filial, de amor y de respeto, nunca queda excluida de él la caridad. Pero ¿se hallarán estas virtudes capitales de nuestra Religion en una alma que no teme á Dios?

PUNTO SEGUNDO.—Considera cuál es el verdadero sentido de este oráculo: *No temais á los que pueden quitar la vida del cuerpo, y no pueden quitar la vida del alma.* Sea uno aborrecido, odiado, perseguido, ultrajado hasta no poder mas; llegue en buena hora la persecucion hasta quitarle la vida; es este un bien que al fin es necesario perderle. De aquí no puede pasar todo el poder y toda la malignidad de los hombres: lo mas que pueden hacer es anticipar algunos dias este despojo inevitable; pero esta alma eterna é inmortal no es de su jurisdiccion. ¡Cuántos ilustres Mártires murieron en los cadalsos! ¡cuántos inocentes fueron maltratados! ¡cuántas personas virtuosas vivieron arrinconadas y cubiertas de polvo! Buen ejemplo es el de san Atanasio. Fue su desgracia obra de la malicia de los hombres; pero esta desgracia solo sirvió para añadir mayor estimacion á su mérito, para que brille mas su grande gloria en el cielo: todas sus persecuciones, todas sus desgracias sirven de asunto á su elogio.

Pero temed, prosigue el Salvador, *al que puede precipitar el cuerpo y el alma en el infierno.* ¿A quién se ha de temer, si no se teme á un Dios tan poderoso, á un juez tan formidable?

¿Qué cosa mas puesta en razon, ni mas natural que temer á un Dios, que es el único que nos puede hacer felices, que nos ha hecho, y cada dia nos está haciendo mayores beneficios de lo que podemos comprender? ¿qué cosa mas justa que temer irritar á aquel Dios, que por un solo pecado mortal puede precipitar alma y cuerpo en el infierno? No hay poder en el mundo que alcance mas allá de la vida, y consiguientemente ni á quien después de esta se deba temer; pero la ira de Dios nunca se deja sentir mas, y con efecto nunca es mas terrible que después de la muerte. Suplicios eternos, llamas

inextinguibles, remordimientos que nunca se acaban, venganza sin medida, sin limites, sin aflojar, sin mitigarse, para todos aquellos que mueren en su desgracia. ¿Qué te parece? ¿hay razon para temer á Dios? Y un hombre que no le teme, ¿qué será? ¿Será hombre de bien, hombre recto, hombre honrado, hombre contenido? ¿Qué moderacion tendrá? ¿qué freno pondrá á sus pasiones? ¿qué medida, qué límites, qué término á su apetito, á su licencia, á su dissolution? Es el temor de Dios aquel cercado que defiende la viña; abierto el cercado, y echado por tierra, queda expuesta á que todos la vendimien, la pisen y la destruyan.

Dadme, Señor, este santo temor vuestro tan necesario y tan saludable. Ámeos yo, divino Salvador mio, y nada tema tanto como ofenderos, nada como no amaros en tiempo, y como perderos por toda la eternidad.

JACULATORIAS. — Penetrad mi alma de vuestro santo temor, para que me libre de la terribilidad de vuestros juicios. (*Psalm. cxviii*).

Bienaventurado el hombre que teme al Señor, y coloca todo su consuelo en guardar exactamente sus santos mandamientos. (*Psalmus cxi*).

PROPÓSITOS.

1 *El principio de la verdadera sabiduria, dice el Profeta, es el temor de Dios.* La mayor prueba de un entendimiento corto, y de un corazon estragado, es no temerle. Hay un temor servil, que es el de los esclavos, los cuales temen el castigo, sin dárseles nada por el mérito de la persona ofendida; *pero nosotros, dice san Pablo, no somos hijos de la esclava, sino de la libre (ad Gal. iv)*; y nuestro temor debe ser como el de aquellos buenos hijos que solo temen ofender al padre, á quien tiernamente aman. Cuanto mas se ama á uno, mas se teme desobedecerle y enojarle. De aquí nace aquella exactitud en cumplir con las obligaciones del estado; aquel anticiparse á prevenir el precepto; aquella delicadeza de conciencia en todo lo que toca á la Religion y á la piedad. Procura conseguir este temor de Dios tan saludable. Cuando se domestica el entendimiento con el vicio; cuando la conciencia se ciega voluntariamente; cuando el corazon se endurece con la costumbre del pecado; entonces hay poco temor de Dios, é insensiblemente se llega á perder del todo. Trátanse de vanos espantajos, de pusilanimidad, de falta de espíritu, de escrúpulos irracionales y ridículos el temor de Dios y la delicadeza de con-

ciencia, que una vez perdida por la culpa, rara vez se recobra. Guárdate bien de zumbarte jamás de aquella escrupulosidad delicada, que es como la legítima de las almas santas. Confúndate su fervor, su puntualidad, su vigilancia; y habla siempre de ellas con estimacion y con elogio, temiendo mucho ofender á Dios de lo contrario.

2 Huye cuanto puedas de tratar con aquella especie de personas que se precian de *espíritus fuertes*, esto es, que temen poco ó nada; de aquellas que tienen por lícito todo lo que lisonjea á la concupiscencia y al amor propio, que de nada dudan, en nada reparan, y tratan de menudencias, de bagatelas, de devociones mujeriles las devociones mas provechosas. El trato con esta especie de gentes, aunque por lo comun parezca juiciosa y arreglada, siempre es contagioso. No te avergüences de parecer hombre timorato. ¡Con qué temor, y aun con qué escrupulosidad se cuida de no disgustar al príncipe! Cada cual hace vanidad y aun mérito de ser escrupuloso en este punto. Pues ¿de cuándo acá se ha de avergonzar un cristiano de ser exacto en dar gusto á Dios? Examina si hay algo que reformar en tu casa, en tu familia, en tu persona, en tu conducta; mira si tienes que temer algo en tus hijos, en tus criados inferiores, en tus dependientes; repíteles aquella admirable leccion que daba Tobías á su hijo: *Omnibus diebus vitæ tuæ in mente habeto Deum, et cave ne aliquando peccato consentias*: acuérdate todos los dias, todos los instantes de tu vida de que estás á la presencia de Dios, y guárdate bien de consentir en algun pecado. Serémos dichosos, *si timuerimus Deum*, si temiéremos siempre á Dios. Es devocion muy útil repetir muchas veces la siguiente oracion:

Sancti nominis tui, Domine, timorem pariter, et amorem fac nos habere perpetuum; quia nunquam tua gubernatione destituis, quos in soliditate tuæ dilectionis instituis. Per Dominum nostrum...

«Haced, Señor, que se arraigue en nuestras almas el amor y el «temor perpetuo de vuestro santo nombre; porque nunca desampa-
«ra vuestra providencia á los que afianzais en la solidez de vuestro
«amor. Por Nuestro Señor Jesucristo...»

DIA III.

MARTIROLOGIO.

LA INVENCION DE LA SANTA CRUZ DEL SEÑOR, en Jerusalem, en tiempo del emperador Constantino. (*Véase su historia en las de hoy*).

EL MARTIRIO DE LOS SANTOS ALEJANDRO, papa, EVENCIO Y TEODULO, pres-

biteros, en Roma, en la via Nomentana; de los cuales Alejandro en el imperio de Adriano, siendo juez Aureliano, después de haber sufrido la cárcel, las cadenas, el potro, los garfios de hierro y el fuego, le agujerearon todo el cuerpo con punzones de hierro, en cuyo tormento espiró; Evencio y Teodulo, después de haber estado mucho tiempo en un calabozo, y de haberlos pasado por el fuego, al cabo los degollaron. (*Véase su historia en las de este día*).

SAN JUVENAL, obispo y confesor, en Narni. (*Véase una noticia de su vida en las de este día*).

LOS SANTOS MÁRTIRES ALEJANDRO, soldado, y ANTONINA, virgen, en Constantinopla; la cual en la persecucion de Maximiano, siendo Festo prefecto, fue condenada al lugar infame de las mujeres públicas, de donde la sacó oculta-mente Alejandro cambiándole el vestido, y quedando él en su lugar; después fueron ambos atormentados, les cortaron las manos, y los echaron en el fuego, con el cual alcanzaron la eterna corona.

LOS SANTOS MÁRTIRES TIMOTEO y MAURA, su mujer, en la Tebaida, á los cuales Ariano, prefecto, después de muchos tormentos, mandó clavar en una cruz, de la cual estuvieron pendientes vivos nueve dias, y animándose mutuamente á perseverar en la fe, al cabo consumaron el martirio.

LOS SANTOS MÁRTIRES DIODORO y ROBOPIANO, en Afrodisia, ciudad de Caria, los cuales fueron apedreados por sus conciudadanos (*hasta que murieron*) en la persecucion de Diocleciano.

LOS BIENAVENTURADOS SOSTENO y UGON, confesores, en el monte Senario junto á Florencia, los cuales en el mismo día y hora que Dios les habia revelado, rezando el Ave María partieron de esta vida á la eterna. (*Véase la historia de los siete Siervos de Maria, en el día 11 de febrero*).

LA INVENCION DE LA SANTA CRUZ.

Celebra la Iglesia esta fiesta en memoria de aquel descubrimiento que hizo en Jerusalem la emperatriz Elena, madre del emperador Constantino, del sagrado trofeo de nuestra redencion el año 326, poco tiempo después que el mismo Emperador habia derrotado al tirano Majencio en virtud de la señal de la cruz.

Iba Constantino á presentar la batalla á este tirano, que le esperaba con un ejército de casi doseientos mil combatientes; y conociendo que necesitaba de auxilio superior para vencerle, dirigió su corazon y sus votos al Dios de los Cristianos, cuyo poder no ignoraba, no cesando de invocarle todo el tiempo que duró la marcha. Era la mitad del día, que habia amanecido muy despejado y sereno, quando vió en medio del aire una resplandeciente cruz, mas brillante que el mismo sol, orlada de una inscripcion con caractéres de luz, que decia así: *In hoc signo vinces*: vencerás en virtud de esta señal. Aquella misma noche se apareció Cristo á Constantino con el mismo sagrado simbolo que se le habia descubierto en el cielo, y le mandó que haciendo copiarle, se sirviese de él en los combates. Obedeció el Em-

perador; y dando orden para que viniesen á su tienda los mas hábiles lapidarios y plateros, les explicó la figura de la insignia que queria fabricasen, ordenándoles que la hiciesen de oro, y la esmaltasen con las mas preciosas piedras.

Diéronse prisa á la obra, y la concluyeron presto. Era una cruz de oro, de la altura de una pica, enriquecida de preciosísimas piedras, cuya parte superior terminaba en una cifra ó monograma, que explicaba el nombre de Jesucristo, acompañado de la primera y última letra del alfabeto griego, para significar que Cristo es principio y fin de todas las cosas. Pendia de lo ancho de la cruz un pequeño cuadrado de riquísima tela, color rojo de la púrpura mas fina, bordado de oro, y cargado de piedras inestimables, en cuya parte superior é inferior estaban bordados con hilo de oro los bustos del Emperador y de sus hijos. A este nuevo estandarte se le dió el nombre de *Lábaro*, y le llevaban delante del mismo Emperador los oficiales mas valientes y mas piadosos de sus guardias. Mandó Constantino que se hiciesen otros muchos semejantes, repartiendo uno á cada legion de sus tropas; y haciendo esculpir en su morrion el monograma del nombre del Salvador del mundo, ordenó que se esculpiese tambien en los broqueles de todos sus soldados. Después hizo venir á su presencia á algunos obispos, y habiéndose instruido en los principios de nuestra Religion, resolvió no consentir otra en toda la extension de su imperio.

Mientras tanto salió Majencio de Roma con su formidable ejército, compuesto de mas de ciento y ochenta mil combatientes. Derrotóle Constantino lleno de confianza en la cruz de Jesucristo, anegóse el tirano en las olas del Tiber, sin que hasta entonces hubiese visto el mundo victoria mas completa. Abrió Roma sus puertas al vencedor; y para eternizar este el testimonio de que había debido la victoria á la virtud de la santa Cruz, mandó hacer una estatua suya en la misma Roma, con el trofeo de nuestra redencion en su imperial mano, y con una inscripcion que acreditaba su fe y su reconocimiento.

Después que derrotó tambien á Licinio, emperador del Oriente, viéndose Constantino único y absoluto señor de los dos imperios, aplicó todos sus desvelos á que floreciese en ellos la religion verdadera, y á desterrar, si pudiese, hasta las miserables reliquias del paganismo.

Habian hecho todo lo posible los gentiles para profanar los santos lugares de Jerusalem, y especialmente para que no quedase memoria

de la triunfante resurreccion de nuestro Salvador. Con este fin habian terraplenado la gruta del santo sepulcro; y enlosando con grandes piedras el pavimento, habian levantado en el mismo sitio un templo en honor de la diosa Vénus, donde ofrecian á esta sucia deidad los mas abominables sacrificios; medio eficazísimo para que jamás se dejasen ver en aquel lugar los Cristianos. Dió orden Constantino para que se demoliese aquel infame monumento de la impiedad, y para que allí mismo se edificase un templo tan magnifico, que hizo grandes excesos á los mas soberbios edificios que se admiraban en otras ciudades; y escribiendo de este asunto á Macario, obispo de Jerusalem, le decia estas palabras: *He dado orden á Daciliano, vicario de los prefectos y gobernador de la provincia, para que arreglándose á tus órdenes, emplee los obreros necesarios para levantar las paredes. Avisame qué mármoles preciosos, cuántas, y qué especie de columnas te parece que se coloquen, para dar providencia de que se te curien. Tambien me alegraré saber si tienes por conveniente que la bóveda se adorne con algun artesonado, ó qué adorno te parece que se ponga; y en caso de elegir el artesonado, se pudiera cubrir de oro.*

Santa Elena, madre del Emperador, quiso tomar de su cargo el cuidado de esta grande obra. Era á la sazón de ochenta años, y habia muchos que solo se empleaba en obras de caridad, en ejercicios de devoción, y en todo lo que podia contribuir á la mayor gloria de la Religion y de la Iglesia. El Emperador la habia hecho declarar Augusta, queriendo que fuese reconocida por emperatriz, y dándole la facultad para que dispusiese á su arbitrio de sus rentas y tesoro imperial. Era esta Princesa enemiga de todo fausto; modestísima en su vestido, que era llano y humilde; pero al mismo tiempo tan magnífica y tan bizarra en todo lo que tocaba al culto divino, que no perdonaba á los mayores gastos para enriquecer y para adornar hasta los mas pequeños oratorios de los lugares mas cortos.

En medio de su grande ancianidad pasó á Jerusalem la piadosa Emperatriz. Subió al monte Gólgota, y abrasada en ardentísimos deseos de encontrar el sagrado madero donde se obró nuestra redención, venció todas las dificultades que podian acobardarla, y aun hacerla desesperar de la empresa. Eran verdaderamente grandes; porque, como ya llevamos dicho, siguiendo á Sozomeno, los gentiles en odio del nombre cristiano habian hecho todo lo posible para borrar hasta el nombre del santo sepulcro. Sobre haberle colmado de tierra y de piedras, tanto que se habia elevado considerablemente el terreno antiguo, habian edificado en él un templo á la diosa Vénus, y

en el mismo sitio donde estaba el sepulcro habian colocado la estatua de Júpiter.

Dió principio á la obra , mandando demoler el templo y el ídolo ; hizo sacar toda la tierra , y guiándose por la tradicion antigua , mandó cavar tan hondamente , que al fin se descubrió el santo sepulcro , y junto á él tres cruces del mismo tamaño y de la misma figura , sin que se pudiese distinguir cuál era la del Salvador , porque el título que Pilatos habia mandado poner sobre ella , *Jesús Nazareno , rey de los judíos* , estaba separado , y en medio de las tres cruces ; y aunque esta parecia bastante prueba de que una de las tres era la que se buscaba , parecia imposible saber á punto fijo cuál de las tres era .

Viéndose la santa Emperatriz con este embarazo , consultó con san Macario lo que se debia hacer ; y el santo Obispo fue de parecer que se aplicasen todas tres cruces á algun enfermo , no dudando que Dios declararia con algun milagro cuál de ellas era la verdadera cruz del Salvador . Aprobóse este expediente , y habiéndose aplicado las dos á una señora de distincion que estaba agonizando , no se vió efecto alguno ; pero apenas se la aplicó la tercera , cuando quedó repentinamente sana , á vista de innumerable gentío que fue testigo de esta maravilla . Aun se hizo después otra prueba . Tendiéronse sobre las tres cruces tres cadáveres , y solamente resucitó el que se tendió sobre aquella cuyo contacto habia sanado á la enferma agonizante ; y con esta experiencia se comenzó desde luego á rendir al trofeo de nuestra redencion el culto que se le debia .

Mandó la piadosa Emperatriz que se edificase una suntuosa iglesia en el mismo sitio donde se habia hallado la santa Cruz ; y dejando en ella la mitad del sagrado madero , engastado en preciosísimas piedras , llevó la otra mitad á su hijo Constantino , que la recibió con singular veneracion . Persuadido este grande Emperador á que no podia enriquecer su nueva ciudad de Constantinopla con joya mas estimable , ordenó se embutiese una considerable porcion de ella en la misma estatua suya que se dejaba ver en medio de la plaza , colocada sobre una magnífica columna de pórfido , con una manzana de oro en la mano derecha , y con esta inscripcion en el pedestal : *Cris-to mi Dios , yo te encomiendo esta ciudad* . Lo restante de la sagrada Cruz fue enviado á Roma por el mismo Emperador , y colocado en la suntuosa iglesia que hizo edificar expresamente á este fin con el título de Santa Cruz en Jerusalem .

San Cirilo , obispo de esta ciudad , veinte años después de san Macario , testifica que en poco tiempo se llenó el mundo de fragmentos

ó reliquias de la parte de la Cruz que quedó en Jerusalem: porque así él, como sus predecesores desde san Macario, regalaban con ellas á los peregrinos de distincion que concurrían á dicha santa ciudad con el piadoso fin de ver y de adorar el instrumento de nuestra redencion. Y añade el mismo Padre, como testigo ocular, que no por eso se disminuía el pedazo del sagrado leño que estaba en Jerusalem: antes se repetía en él aquel milagro de los cinco panes, que repartidos entre la muchedumbre, no solo no decrecían, sino que se multiplicaban.

San Paulino, que florecía por los años de 400, dice que la milagrosa virtud con que aquel leño muerto se reproducía como si estuviera vivo, era efecto del contacto de aquella carne divina que habiendo padecido muerte en el mismo madero, venció á la muerte con su gloriosa resurreccion: *Cruz in materia insensata vim vivam tenens, ita ex illo tempore innumeris pene hominum votis lignum suum commo-
davit: ut detrimenta non sentiret, et quasi intacta permaneret quotidie
dividuum sumentibus, et semper totam venerantibus: sed istam impar-
tibilem virtutem, et indestructibilem soliditatem, de illius carnis sangui-
ne bibit, quae passa mortem, non vidit corruptionem.* Así habla san Paulino de este milagro de la santa Cruz en su epístola 11 á Severo.

Siendo costumbre de los judíos enterrar á los ajusticiados con todos los instrumentos con que lo habían sido, fuera del título, se hallaron también los clavos, y probablemente la corona de espinas; la cual en tiempo de Gregorio Turonense, que vivió en el sexto siglo, se conservaba todavía tan verde, que parecía reverdecer todos los días. Ignórase qué hizo santa Elena del título de la cruz; pero de los clavos hizo toda la estimacion que merecía tan preciosa reliquia. Aseguran san Ambrosio, san Gregorio Nacianceno, Nicéforo y Zonáras, que solo encontró tres clavos la piadosa Emperatriz; los que fácilmente se distinguieron de los otros, porque estos estaban todos roídos y cubiertos de orin, pero los del Salvador se conservaban milagrosamente enteros, lustrosos y limpios, como si acabaran de salir del yunque. Uno de ellos mandó la Emperatriz se engastase en el bocado ó tascafreno del caballo que servía á Constantino; otro dice san Ambrosio que le hizo engastar en la misma diadema imperial, y el tercero le arrojó en el mar Adriático para sosegar una furiosa tempestad. Dicese que no por eso se perdió este clavo, antes bien vino nadando sobre el agua como en otro tiempo la hacha del profeta Eliseo; y que apreciándole mas que á los otros santa Elena por este milagro, se le regaló á la iglesia de Tréveris, siendo su arzo-

bispo san Agricio, á quien la Emperatriz profesaba singular veneracion. Poco después presentó á la iglesia de San Juan de Letran el que habia colocado en la diadema del Emperador; y finalmente regaló á la de Milan el que habia servido de bocado al caballo de este Príncipe.

Siendo tan gloriosa á toda la Iglesia la invencion de este sagrado trofeo, se celebró en ella su fiesta con mucha solemnidad. Ya se celebraba en Francia en la primera linea de sus reyes, encontrándose su oficio en los antiguos misales de la liturgia gálica. El rey Ervigio, que reinaba en España en el siglo VII, expidió un decreto que se halla en el código de las leyes de los visogodos, por el cual manda á los judíos establecidos en sus dominios que celebren la fiesta de la invencion de la santa Cruz, del mismo modo que los obligaban á celebrar la de la Anunciacion, Natividad, Epifanía, Circuncision, Pascuas y Ascension.

El fin de haber señalado el dia tercero de mayo para celebrar esta fiesta, fue por acercarla todo lo posible á la memoria de la pasion del Salvador, y á la adoracion de la Cruz, que se hace en el Viernes Santo. Por eso se señaló el primer dia libre después de la solemnidad de la Pascua, que nunca puede pasar del segundo dia de mayo.

Consérvanse y se adoran en muchas iglesias partes muy considerables de la verdadera Cruz. Fuera de las que se adoran en Roma, hay otras en Francia, Italia, Alemania, España y Portugál. Justino II, emperador de Constantinopla, envió una porcion de ella á santa Radegundis, mujer de Clotario I, con la cual enriqueció su real monasterio de santa Cruz de Poitiers; y con esta ocasion Fortunato, que seguia la corte de la santa Reina, y fue después obispo de dicha ciudad, compuso los dos célebres himnos de que aun usa el dia de hoy la santa Iglesia en el oficio de la pasion y de la Cruz, que comienzan: *Vexilla Regis prodeunt*, y *Pange lingua gloriosi lauream certaminis*. San Gregorio envió una parte de la verdadera Cruz á Recaredo, rey de los godos en España, como un riquísimo presente. San Luis consiguió de los venecianos la porcion de cruz que habia quedado en Constantinopla, y la hizo trasladar á Francia el año de 1241, colocándola en la santa capilla que edificó el de 1242, juntamente con la corona de espinas, que dos años antes le habian regalado los mismos venecianos.

En el colegio y noviciado de Villagarcía de Campos se venera un *lignum crucis*, como de una pulgada de largo y media de grueso,

con que el santo papa Pio V regaló al Sr. D. Juan de Austria después de la famosa batalla de Lepanto; y su Alteza se le presentó á la Excm. Sra. D.^a Magdalena Ulloa, insigne fundadora de dicho colegio, que habia criado al Sr. D. Juan en aquella villa.

LOS SANTOS ALEJANDRO, PAPA, EVENCIO Y TEODULO, PRESBITEROS Y MÁRTIRES.

El mismo dia de la Invencion de la santa Cruz celebra la Iglesia católica el martirio de san Alejandro, papa y mártir, el cual fue natural de Roma, é hijo de un ciudadano romano, llamado tambien Alejandro. Sucedió en la silla pontifical al sumo pontífice Evaristo, y fue el séptimo Papa después de san Pedro, poniendo en el número de los Papas (como se han de poner) á san Lino y á san Cleto, que inmediatamente, uno después de otro, sucedieron á san Pedro. Fue nuestro Alejandro en la santidad admirable, y en la fe y constancia del martirio muy esclarecido. Era mozo de treinta años cuando comenzó á gobernar la Iglesia; pero su vida y doctrina suplian bien el defecto de su edad. Convirtió con su predicacion y trato celestial á muchos senadores y gran parte de nobleza de Roma, y entre ellos á un prefecto llamado Hermes, con toda su casa y familia, que fueron en número de mil doscientos y cincuenta personas, por lo cual fue preso por mandato de un gobernador llamado Aureliano; y echado en la cárcel, hizo muchos y grandes milagros, entre los cuales fue uno, que estando en ella aherrojado, vino á él de noche un niño con una hacha encendida en sus manos, que le dijo: *Sígueme, Alejandro*; y habiendo hecho oracion, y entendido que era el Ángel del Señor, le siguió, sin que las paredes, ni puertas, ni guardas le impidiesen la salida de la cárcel; y el niño le guió hasta la casa de Quirino, tribuno, en la cual estaba preso Hermes, que deseaba mucho verse con san Alejandro, y habia prometido á Quirino, que por mas que estuviese preso vendria á su casa. En viéndose se abrazaron los dos santos Mártires, y derramaron muchas lágrimas de consuelo, animándose el uno al otro á padecer por Jesucristo. Esto espantó mucho al tribuno Quirino; el cual habiendo oido algunas razones á Hermes, y el modo con que él se habia convertido á la fe de Cristo Nuestro Señor, y visto que san Alejandro con el tacto de sus cadenas habia sanado á una hija suya llamada Balbina, que estaba gravemente enferma de lamparones, se convirtió tambien él á la fe de Jesucristo con su hija y todos los presos que estaban en la cárcel; y el santo

pontífice Alejandro mandó á Evencio y á Teodulo, sacerdotes (que habian venido á Roma de Oriente), que los bautizasen. Vino esto á noticia de Aureliano; enojóse sobremanera, y habiendo mandado atormentar y matar á Quirino, y degollar á Hermes, y echar en el mar á todos los que en la cárcel se habian bautizado, y con ellos á santa Balbina, virgen, hija de Quirino, mandó traer delante de sí á Alejandro con los dos presbíteros Evencio y Teodulo, y después de haber entre ellos pasado algunas palabras, dijo Aureliano: Dejémosnos de pláticas, y tratemos de lo que hace al caso; é hizo que los verdugos desgarrasen á Alejandro, y le extendiesen en el potro, y atormentasen con uñas aceradas sus carnes, y quemasen los costados con hachas encendidas. En este tormento estaba callando el Santo; y preguntándole Aureliano: *¿Por qué callas? ¿por qué no te quejas?* respondió Alejandro: *Cuando el cristiano ora, con Dios habla.* Por el mismo tormento pasaron Evencio y Teodulo. Era Evencio de ochenta y un años, y habíase bautizado de once, y ordenado de orden sacro de veinte; y como los santos Mártires con los tormentos creciesen mas en la fe y amor de su Señor, y Aureliano no pudiese ablandarlos á su voluntad, mandó encender un horno, y echar en él á Alejandro y Evencio, y á Teodulo poner á la boca de él; para que viendo como se abrasaban, y temiendo semejante castigo, hiciesen sacrificios á los dioses; pero Teodulo, no solo no se espantó por ver en el fuego á sus santos compañeros, antes encendido del amor divino, se dejó caer con ellos, que desde el horno le llamaban, y le decian que allí donde estaban no habia dolor, ni tormento, sino refrigerio y holganza: y así fue; porque las llamas no los dañaron, antes salieron del horno mas resplandecientes, como el oro sale del crisol. No se ablandó con este milagro el duro y rebelde corazon del tirano, antes mandó degollar á Evencio y Teodulo, y con unas lesnas de acero muy agudas punzar, atravesar por todos los miembros de su cuerpo al santo pontífice Alejandro, para que muriese mas cruelmente; y en este tormento, como dice el libro de los romanos Pontífices, después degollado, dió su bendita alma á Dios á los 3 de mayo del año del Señor de 132, segun el cardenal Baronio, imperando Adriano, el cual por haber sido apoderado de Trajano, se llamó Trajano Adriano. Y así no es maravilla que algunos autores, engañados de la semejanza del nombre, escriban que san Alejandro fue martirizado en el tiempo de Trajano.

Quedó Aureliano muy gozoso por haber muerto á los santos Mártires, como si hubiera alcanzado alguna gran victoria; mas este gozo

presto se le convirtió en llanto; porque oyó una voz que le dijo: *Aureliano, á estos á quienes has quitado la vida se les han abierto las puertas del cielo, y á ti las del infierno.* Quedó Aureliano con esta voz fuera de sí; cayó en el suelo, mordiéndose la lengua, y espiró para ser atormentado en el infierno con tormento eterno. Los cuerpos de san Alejandro y sus compañeros fueron enterrados fuera de la ciudad en la via Numentana, siete millas de Roma, y después se trasladaron dentro á la iglesia de Santa Sabina, que es convento de los Padres de Santo Domingo. Vivió en el sumo pontificado san Alejandro diez años, cinco meses y veinte dias, segun Baronio; aunque Eusebio no le da sino diez años, y el libro de los romanos Pontífices diez años, siete meses y dos dias.

Fue Alejandro celosísimo del culto divino: ordenó que en la misa se consagrara con pan sin levadura, para denotar la puridad del santísimo Sacramento, y por imitar mas á Cristo Nuestro Señor, que en la institucion de este sagrado misterio, la noche de la cena, así lo hizo. Dió por ley que en la consagracion del cáliz se mezclase una poca de agua con el vino; para significar la union de Cristo Nuestro Señor con su Iglesia, y representar la sangre y agua que salieron de su precioso costado. Y cuando decimos que san Alejandro ordenó estas ceremonias sagradas, no queremos dar á entender que él las instituyó de nuevo, porque los Apóstoles las usaron, sino que lo que ellos aprendieron de Cristo, y enseñaron á la Iglesia, este santo Pontífice lo aprobó y estableció con sus cánones. Y así vemos que san Cipriano y Justino, mártires, hablan de mezclar agua con el vino en el cáliz, como de cosa enseñada á los Apóstoles por el Señor, por tal recibida y usada siempre en la Iglesia católica. Añadió tambien á la misa aquella devotísima cláusula, que comienza: *Qui pridie, quam pateretur*, hasta llegar á las palabras de la consagracion. Mandó que ningun clérigo pudiese decir mas de una misa cada dia. Pronunció sentencia de excomunion contra los que impiden á los legados apostólicos que no puedan hacer lo que por el sumo Pontífice les fuere mandado. Celebró tres veces órdenes en el mes de diciembre, y en ellas consagró cinco obispos, seis presbíteros y dos diáconos. Escribió tres Epístolas, que se hallan en el primer tomo de los Concilios, de los cuales se sacan los decretos y ordinaciones que habemos referido, y otra muy importante de bendecir el agua con sal, y con las ceremonias que hoy dia celebra la Iglesia, y tenerla en los templos, casas y aposentos contra las tentaciones y asechanzas de los demonios, que continuamente nos persiguen é infestan: la

cual costumbre ha perseverado en la Iglesia católica desde sus principios, y el Señor ha hecho innumerables milagros de muchas y diversas maneras por medio del agua bendita, sanando todo género de enfermedades, apagando fuegos é incendios, sosegando las tormentas del mar, y temblores de la tierra, y tempestades del aire, y rayos del cielo, y librando las almas y los cuerpos de los endemoniados. Y en nuestros dias se han visto grandes efectos del agua bendita en las Indias entre los gentiles y cristianos nuevamente convertidos, y en las tierras inficionadas de herejías entre los mismos herejes. Y sin duda el agua bendita es una arma poderosa contra los hechizos y embustes, y contra todas las artes del demonio; la cual el Señor con gran misericordia ha dado á su Iglesia, y de ella debemos nosotros continuamente usar con grande devocion y confianza en el mismo Señor que nos la dió.

SAN JUVENAL, OBISPO DE NARNI.

La Iglesia hace conmemoracion de san Juvenal, obispo de Narni, ciudad de Umbría, situada á unas cuarenta millas de Roma, con los santos mártires Alejandro y sus compañeros. De él dice el Breviario romano, y los Martirologios de Beda, Adon, y Usuardo, que fue varon de santísima vida, y esclarecida en milagros, y que convirtió casi toda la ciudad de Narni á la fe de Jesucristo. Otro Juvenal, asimismo dice san Gregorio, que está sepultado en Narni, el cual fue mártir, y de él se hace mencion en el Martirologio romano á los 7 de mayo.

La Misa es en honra de la santa Cruz, y la Oracion la que sigue:

Deus, qui in praeclara salutiferae Crucis inventionem passionis tuae miracula suscitasti: concede, ut vitalis ligni pretio aeternae vitae suffragia consequamur: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Ó Dios, que en la Invencion de la saludable Cruz renovaste los milagros de tu pasion; concédenos que por el valor del vital madero consigamos auxilios eficaces para lograr la vida eterna. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epistola es del capitulo II del apóstol san Pablo á los Filipenses.

Fratres: Hoc enim sentite in vobis, quod et in Christo Jesu: qui cum in forma Dei esset, non rapinam arbitratus est esse se aequalem Deo: sed semetipsum exinanivit formam servi accipiens, in similitudinem hominum factus, et habitu inventus ut homo.

Hermanos: Tened entre vosotros los mismos sentimientos que (fueron) en Cristo Jesús: el cual siendo Dios en la sustancia, no juzgó usurpacion el que su ser fuese igual á Dios: sino que se anonadó á sí mismo, tomando la forma de siervo; hecho semejante á los hom-

Humiliavit semetipsum factus obediens usque ad mortem, mortem autem crucis. Propter quod et Deus exaltavit illum, et donavit illi nomen, quod est super omne nomen: ut in nomine Jesu omne genu flectatur coelestium, terrestrium, et infernorum, et omnis lingua confiteatur, quia Dominus Jesus Christus in gloria est Dei Patris.

bres, y reconocido por hombre en la condicion, se humilló á sí mismo, hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Por lo cual tambien Dios le ensalzó, y le dió un nombre que es sobre todo nombre: para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla en el cielo, en la tierra y en el infierno: y toda lengua confiese que el Señor Jesucristo está en la gloria de Dios Padre.

REFLEXIONES.

Ninguna cosa debe humillarnos tanto como nuestra misma vanidad y como nuestro mismo orgullo. Juzgarse uno superior á otro; engreirse, estimarse sobre los demás, porque encuentra el nombre de su familia en pergaminos viejos, ó porque tuvo un bisabuelo hombre de mérito; embriagarse, por decirlo así, con el alto concepto de sí mismo, querer ser distinguido, pretender que todo el mundo le doble la rodilla; porque ocupa un empleo que le hace mas visible que á otros; porque es dueño de una posesion á que están agregadas estimables heredades; porque es un poco mas rico; al conocer el motivo verdadero de nuestro orgullo, valga la verdad, ¿puede haber mayor para humillarnos? Y si fuera menos comun esta enfermedad, ¿se la daria otro nombre que locura? ¡Oh pobreza de corazon! ¡oh apocamiento del espiritu humano! Pocos gustan de vivir al nivel de sus iguales; pero son muchos menos aquellos á quienes no se les anda la cabeza siempre que se ven un gradito mas arriba. Mas ¿qué reflexiones, qué máximas inspira nuestra Religion en orden al orgullo?

Avergonzarse, tener horror á la oscuridad de su humilde nacimiento, huir de la humillacion y del menosprecio, como de un gran mal; no suspirar por otra cosa que por honras, por empleos y por estimacion; gustar únicamente de la distincion y de la singularidad; querer sobresalir en todo; aspirar con ambicion al fausto y á los primeros cargos; ¡y todo esto á vista de un Dios que se anonadó á sí mismo, que tomó la figura de siervo, que se humilló y se abatió hasta morir, y morir en una cruz! ¡y engreirse, ensoberbecerse los que adoran á un Dios humillado de esta manera! La vanidad, el amor de la gloria y la ambicion son la pasion dominante de la mayor parte de los cristianos. Aquella mujer del mundo, cuyo fausto y cuya vanidad serian reprehensibles aun en medio del gentilismo, y que se fabrica un ídolo de su aparente hermosura, se postra delante de la

cruz, adora á Jesucristo humillado, y pretende no tener otra religion que la de este Señor. Aquel hombre, cuya ambicion no reconoce límites, se llama discípulo de Cristo, quiere morir con un Crucifijo en las manos, cree los misterios de su Religion, y hace profesion de seguir su doctrina. ¡Cuántas cosas pasan en el mundo por extravagancia, que no son tan opuestas á la razon como esta conducta! Y á vista de esto ¡nos admiramos de que el error haga tantos progresos! La herejía es hija del orgullo; la fe se cria con la humildad: en estas almas orgullosas siempre está la religion débil, flaca, desmayada y casi muerta. Que el error esté en el entendimiento, ó que esté en la voluntad; que se desacierte en lo que se cree, ó en lo que se obra, importa poco; y no es menos digno de compasion.

El Evangelio es del capítulo III de san Juan.

In illo tempore: Erat homo ex Pharisaeis, Nicodemus nomine, princeps Judaeorum. Hic venit ad Jesum nocte, et dixit ei: Rabbi, scimus quia à Deo venisti, Magister, nemo enim potest haec signa facere, quae tu facis, nisi fuerit Deus cum eo. Respondit Jesus, et dixit ei: Amen, amen dico tibi, nisi quis renatus fuerit denuo, non potest videre regnum Dei. Dicit ad eum Nicodemus: Quomodo potest homo nasci, cum sit senex? Numquid potest in ventrem matris suae iterato introire, et renasci? Respondit Jesus: Amen, amen dico tibi, nisi quis renatus fuerit ex aqua, et Spiritu Sancto, non potest introire in regnum Dei. Quod natum est ex carne, caro est: et quod natum est ex spiritu, spiritus est. Non mireris quia dixi tibi: Oportet vos nasci denuo. Spiritus ubi vult spirat: et vocem ejus audis, sed nescis unde veniat, aut quo vadat: sic est omnis, qui natus est ex spiritu. Respondit Nicodemus, et dixit ei: Quomodo possunt haec fieri? Respondit Jesus, et dixit ei: Tu es magister in Israel, et haec ignoras? Amen, amen dico tibi, quia quod scimus loquimur; et quod vidimus testamur, et testimonium nostrum non accipitis. Si terrena dixi

En aquel tiempo: Habia un hombre de la secta de los fariseos, llamado Nicodemus, de los principales entre los judíos. Este vino á Jesús de noche, y le dijo: Maestro, sabemos que has sido enviado de Dios á enseñar: porque ninguno puede hacer estos milagros que tú haces á no ser que esté Dios con él. Respondió Jesús, y le dijo: De verdad te digo, el que no vuelva á nacer otra vez, no puede ver el reino de Dios. Díjole Nicodemus: ¿Cómo puede nacer el hombre siendo viejo? ¿por ventura puede entrar otra vez en el vientre de su madre, y volver á nacer? Respondió Jesús: De verdad, de verdad te digo, que el que no renazca por medio del agua y del Espíritu Santo, no puede entrar en el reino de Dios. Lo que es engendrado de la carne, es carne; y lo que es engendrado del espíritu, es espíritu. No te admires porque te he dicho: Es menester que vosotros volvais á nacer. El espíritu inspira donde quiere: y oyes la voz, pero no sabes de dónde venga, ni adónde vaya; así es todo aquel que es engendrado del espíritu. Respondió Nicodemus, y le dijo: ¿Cómo pueden hacerse estas cosas? Respondió Jesús, y le dijo: ¿Tú eres maestro en Israel, y lo ignoras? De verdad, de verdad te digo,

vobis, et non creditis: quomodo si dixero vobis coelestia credetis? Et nemo ascendit in coelum, nisi qui descendit de coelo, Filius hominis, qui est in coelo. Et sicut Moyses exaltavit serpentem in deserto, ita exaltari oportet Filium hominis: ut omnis, qui credit in ipsum, non pereat, sed habeat vitam aeternam.

que hablamos aquello que sabemos, y testificamos lo que hemos visto, y vosotros no recibís nuestra deposicion. Si os he hablado de cosas terrenas, y no me creéis: ¿cómo creeréis si os hablo de cosas del cielo? Ninguno, pues, sube al cielo, sino el que bajó del cielo, el Hijo del Hombre, que está en el cielo. Y así como Moisés levantó en el desierto la serpiente, de la misma manera conviene que sea levantado el Hijo del Hombre: para que todo aquel que cree en él no perezca, sino que tenga vida eterna.

MEDITACION.

Del mérito de los trabajos.

PUNTO PRIMERO.—Considera que las cruces, los trabajos, las adversidades son verdaderos remedios; y no son menos saludables los que parecen mas amargos. Como en materia de salud no se debe consultar el gusto, así en materia de salvacion nunca se debe atender á los sentidos.

Desde que Cristo santificó la cruz prefiriéndola á todo lo demás; desde que la ennoblecíó, escogiéndola por trono suyo; desde que mereció ser el principal instrumento de nuestra redencion, ha sido la cruz objeto de las ansias de todos los Santos. No solo es el adorno mas precioso de la corona de los principes; no solo es el principal ornamento de los altares; es el terror del infierno, es el contraveneno de las pasiones, es, por decirlo así, el árbol de la vida. Lo mismo, a proporcion, se puede decir de las cruces, de las enfermedades, de las desgracias y de los trabajos. Son amarguísimos á la naturaleza, no lo niego; pero esta amargura es medicinal, es origen de mil exquisitas dulzuras.

No hay que atribuir á causas extrañas, á principios forasteros nuestras desazones, nuestras inquietudes: todos nuestros disgustos, todas nuestras desgracias nacen dentro de nosotros mismos. Nuestras pasiones son nuestros tiranos; ellas solas son las que turban nuestro reposo; ellas las que hacen poco tranquilos, poco serenos nuestros dias; ellas las que ofuscan el entendimiento y alteran el corazon; en una palabra, ellas las que se burlan de nosotros, sirviéndolas de juguete. Sobre todo, el orgullo y el amor á los deleites son las dos grandes máquinas que ponen en movimiento todos los disgustos de

la vida. Pero ¿quién no sabe que el primer fruto, por decirlo así, de la cruz es humillar el espíritu y domar el amor propio? Estréllanse siempre contra esta roca la ambicion mas desmedida, el orgullo mas animoso; y la sensualidad no encuentra con qué alimentarse en el país de los trabajos. Las cruces humillan las alturas; los puestos elevados desvanecen; ándaseles la cabeza á los que andan en ellos; toda prosperidad es grande tentacion. Pero cuando las adversidades nos hacen bajar de esas elevaciones peligrosas; cuando se ve uno á nivel de aquellos mismos á quienes uno miraba debajo de sí; cuando una desgracia desvia de nuestro lado á toda esa caterva de cortesanos y de lisonjeros; cuando una enfermedad borra del semblante todos los rasgos de una caduca hermosura; cuando apaga la viveza de esos ojos; cuando oscurece la brillantez de ese color; cuando desmaya el espejo de esa bizzarria; cuando insensiblemente destierra la concurrencia de esos cortejantes; cuando una pérdida considerable, una quiebra en el comercio, cuando una desgracia inopinada vuelve á cubrirnos del polvo que poco antes habíamos sacudido; cuando todo nos sale mal, todo se vuelve contra nosotros; entonces sí que nos humillamos, entonces sí que la modestia y la afabilidad vuelven á ocupar el lugar del orgullo, de la fiereza y de la arrogancia; y entonces sí que cuesta poco la conversion con ayuda de la gracia. No hay cosa que mas nos arrime á la razon y á la devocion que las adversidades. La prosperidad embriaga, y las cruces restituyen la razon y la fe á la posesion de sus derechos.

¡Ó mi Dios, y qué poco se conoce el mérito de las cruces! Ellas son tesoros escondidos, es verdad; pero ¿quién conoce cuanto vale el fruto que producen? Páranse los hombres no mas que en la corteza, que es grosera, retrae y lastima, porque ignoran el valor del divino fruto que llevan. ¡Ah Señor! pues Vos mismo nos enseñásteis cuán preciosas son las cruces, ¿cuándo ha de llegar el dia en que yo comience á estimarlas como merecen?

PUNTO SEGUNDO.— Considera que basta hacer reflexion del modo con que el Salvador habla de las cruces, para conocer su valor, su mérito y su necesidad. *El que no lleva su cruz, y me sigue, no puede ser mi discípulo. Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados. El mundo se alegrará;* los hijos del mundo se divertirán, y serán llamados los dichosos del siglo, cuando en realidad serán los mas desgraciados y los mas dignos de compasion; pero vosotros no les tengais envidia; vuestra herencia serán las cruces y los trabajos;

comeréis siempre el pan mezclado con lágrimas; las calumnias, las persecuciones y toda suerte de adversidades os seguirán á cualquiera parte que vayais; en todas tendréis que padecer, seréis menospreciados, seréis tenidos por el desecho del mundo, por las heces de los hombres. *Y todo porque sois mis favorecidos, mis herederos, los queridos de mi Padre.* Ahora pregunto: ¿qué ventaja se puede seguir al mismo Cristo de vernos padecer, amándonos tan tiernamente como nos ama? ¿Por qué razon querrá que las cruces y los trabajos sean nuestra legítima y nuestra herencia? Este es el misterio que no comprenden los mundanos, los hombres terrenos y carnales; pero le entienden sin dificultad los espirituales, los verdaderos fieles, los Santos. Después del pecado de nuestro primer padre no nos dejó otra herencia que el sudor, el trabajo y el afán, porque la que nos dejó no llevaba mas que espinas y cambrones. Pagó el Salvador nuestras deudas, y mejoró nuestra suerte. Dejónos como padre su herencia, la cual no es ya una tierra estéril, que regada con lágrimas no produce mas que espinas; es el árbol de la cruz, regado con su sangre y convertido en árbol de vida; su fruto es poco grato á los ojos, pero es de un gusto exquisito. *Gustate et videte*, nos dice por el Profeta. No os gobernéis por los sentidos: las apariencias retraen, desvian, espantan. Pero *gustate*, gustad; porque cuando se hace la experiencia de la dulzura que se siente en padecer por Dios; cuando se comienza á gustar qué consuelo es vivir cristianamente; tener una vida pobre, humilde, oscura; en una palabra, parecida á la del mismo Cristo; entonces sí que se palpa la verdad de aquel oráculo: *Si quid patimini propter justitiam, beati*: si padecéis algo por amor de Dios en satisfaccion de vuestras culpas, y por ser discípulos de Cristo, *beati*: ¡ó qué dichosos! ¡ó qué bienaventurados que sois! Es cierto que el mundo no conoce esta dicha, antes la tiene por quimérica, como está todo él sepultado en la grosería de los sentidos; pero Dios hace juicio muy distinto de los trabajos. *Oportuit pati Christum, et ita intrare in gloriam suam*: fue necesario que Cristo padeciese, y que así entrase en su gloria. *Oportuit*; fue necesario; pues ¿qué hombre podrá eximirse de padecer para salvarse? *Et ita intrare in gloriam suam*; y que así entrase en su gloria. *Et ita*; así, y no de otra manera; pues ¿qué hombre habrá tan insensato que imagine puede entrar en el cielo á otro título ni por otro camino?

¡Ó mi Dios, y qué diferente juicio se haria de las aflicciones y de las adversidades de esta vida, si se conociera bien su mérito, su virtud y su valor! Sin duda que para hacernos formar un alto concepto

de lo que vale la santa cruz, dispone nuestra Religion que en todo la tengamos á la vista. La cruz es la primera que nos enseña á formar el catecismo, encargándonos que demos principio con ella á todas nuestras acciones; la cruz es la que se coloca en todos los altares; y la cruz es tambien la que se eleva hasta en la misma corona de los príncipes. No permitais, divino Salvador mio, que ignore yo por mas tiempo lo mucho que valen las adversidades y los trabajos, simbolizados en vuestra sagrada cruz; y pues ella os sirvió á Vos de instrumento para salvarme á mí, haced que las cruces y las adversidades me sirvan desde hoy en adelante de medio para conseguir mi salvacion.

JACULATORIAS.—No permita Dios que yo me glorie en otra cosa que en la cruz de Nuestro Señor Jesucristo. (*Ad Galat. vi*).

No tengo, Señor, otro mayor consuelo, que cuando mas me afligís, corregís y castigais? (*Psal. xxii*).

PROPÓSITOS.

1 El valor de las cruces no nace de su carestía, porque no hay cosa mas abundante en todos los estados y en todas las condiciones. Y es bien extraño que la misma abundancia no nos haya enseñado el modo de aprovecharnos de ellas; siendo nuestra mayor desgracia no conocer la virtud de este excelente remedio para curar las pasiones. ¡Cuánto has perdido hasta aquí por no haberte sabido aprovechar de los trabajos, infortunios y desgracias de esta vida! Conoce ya lo que valen; y pues dentro de tí mismo tienes esta mina para enriquecerte, acaba ó comienza á persuadirte que no hay otro verdadero mal sino el pecado; y todo lo demás que se llama desgracias, reveses, infortunios, calamidades, trabajos, míralos desde hoy en adelante con ojos verdaderamente cristianos: estímalo en lo que valen; y habla de ello como de un inestimable regalo que Dios te hace, como de un insigne favor que recibes del cielo. Ten por cierto que esas cruces eran muy necesarias para tí, que sin ellas corria peligro tu salvacion, y que á la hora de la muerte y por toda la eternidad considerarás aquella afliccion, aquella pérdida de hacienda, aquella enfermedad, aquel infortunio como una gracia, de la cual estaba pendiente tu predestinacion.

Está persuadido á que el tiempo de prosperidad no es el mas feliz, no es el mas dichoso de tu vida. No te puede tratar Dios con mas cariño, que tratándote como trató á su mismo unigénito Hijo, y

como trató á todos los Santos; ni pienses que esta es una devocion arbitraria, porque es uno de los puntos mas capitales y mas importantes de nuestra Religion.

2 No hay cosa mas comun ni mas saludable entre los Cristianos que hacer la señal de la cruz; pero al mismo tiempo tampoco hay cosa que se haga con menos fruto, porque ninguna hay que se haga con menos devocion y con menos respeto. Los Apóstoles, enseñados por Jesucristo, instituyeron esta adorable señal para instruirnos en los misterios y principios de la fe, y para dar á todos ese público testimonio de lo que creemos. Es la señal de la cruz una como abreviada profesion de nuestra fe; y es tambien contraseña con que imploramos la asistencia y la bendicion de Dios por los méritos de Cristo, que padeció y murió en ella. Haz siempre, á ejemplo de los primeros cristianos, la señal de la cruz cuando comienzas á orar, cuando das principio á alguna obra, y sobre todo, cuando te asalta alguna tentacion, ó te hallas en algun peligro. Siempre se usó esta divina señal en todas las iglesias, y por los cristianos de todos los siglos; úsala tú frecuentemente, y siempre con fe, con respeto y con espíritu de religion. No imites á tantos como parece que hacen irrision de ella, cuando afectan santiguarse; uno ó dos garabatos en el aire delante de la frente ó del pecho son todas las cruces que hacen cuando se persignan; parece que se avergüenzan del Evangelio; y en ellos aquella no es señal de la religion que profesan, sino de la indevocion de que muchos hacen vanidad. Corrige en tí un defecto tan irreligioso y tan comun, y ten cuidado de formar siempre la señal de la santa cruz con devocion y con reverencia; mira que es muy importante este aviso.

DIA IV.

MARTIROLOGIO.

EL TRÁNSITO DE SANTA MÓNICA, madre de san Agustin, en Ostia, cuya santa vida escribió su hijo é insertó en el libro nono de sus Confesiones. (*Véase su historia en el dia de hoy*).

EL TRÁNSITO DE SAN SILVANO, obispo de Gaza, en las minas de Fennes, en Palestina, el cual fue martirizado con gran parte de su clero por mandato de Galerio Maximiano César en la persecucion de Diocleciano: OTROS TREINTA Y NUEVE MÁRTIRES condenados allí á trabajar en las minas, fueron tambien degollados con él después de haber sido atormentados con hierros hechos ascua y con otros tormentos.

SAN CRIACO, obispo, en Jerusalem, el cual visitando los santos lugares fue

muerto imperando Juliano Apóstata. (*Créese que fue obispo de Ancona en Italia*).

SAN PORFIRIO, mártir, en Umbria. (*Nació en Camerino, ciudad de Umbria, y á sus trabajos apostólicos debió gran parte de aquellos países el conocimiento de las verdades de la fe, donde es considerado como su apóstol y su padre. Los paganos le hicieron sufrir una dolorosa muerte el año 250*).

SANTA ANTONIA, mártir, en Nicomedia, la cual después de crueles y excesivos tormentos, estuvo colgada de un brazo por tres días, y luego la tuvieron dos años en la cárcel; y finalmente por orden del prefecto Prisciliano, perseverando en la confesion del Señor, fue quemada.

SAN FLORIAN, mártir, en Lorch, en la alta Austria, el cual atada una piedra al cuello por mandato del prefecto Aquilino, fue echado en el rio Ens, en tiempo del emperador Diocleciano.

SAN PAULINO, mártir, en Colonia.

SAN VENERIO, obispo de Milan, de cuyas virtudes da buen testimonio san Juan Crisóstomo en una carta que le escribió. (*Murió el año 409*).

SANTA PELAYA, virgen, en Tarso, la cual alcanzó la palma del martirio metida en un toro de bronce hecho asena, en tiempo del emperador Diocleciano.

SAN SACERDOTE, obispo de Limoges, en Perigord de Francia.

SAN GODEARDO, obispo y confesor, en Hildesheim, en Sajonia; fue canonizado por Inocencio II.

SAN CURCÓDOMO, diácono, en Auxerre.

SANTA MÓNICA, MADRE DE SAN AGUSTIN.

Nació santa Mónica en una ciudad de África el año de 332 de padres cristianos, mas distinguidos por su virtud que por su nobleza de sangre. Dieron á su hija una educacion correspondiente; y para criarla con mayor cuidado se la confiaron á una buena vieja, criada tan antigua de la casa, que habia conocido en la cuna al padre de nuestra Mónica; y la santa vieja desempeñó esta confianza con el mayor cuidado y con el mayor esmero. Visiblemente se reconocia que iba creciendo con la edad la devocion de la niña; y como tenia mucha advertencia y una inclinacion natural á la virtud, dejaba poco que hacer á su piadosa aya y maestra.

Contaba después la misma santa Mónica á su hijo, que no obstante las saludables lecciones de aquella virtuosa mujer, que no queria bebiesen vino las doncellas, ella habia cobrado tanta inclinacion á él, que sin duda hubiera dado en algun vergonzoso exceso, si no fuera por una criada que un día la llamó borracha; lo que la causó tanta vergüenza, y la hizo abrir tanto los ojos para conocer la torpeza de aquel vicio, que desde el mismo instante hizo propósito de no volver á probar el vino; y que así lo habia cumplido hasta entonces.

El buen entendimiento y el buen modo de nuestra Mónica, su juicio, su compostura, su modestia y su virtud la hacian cada dia mas amable, y mas amada de sus padres; y viéndola estos en edad para casarse, contando mas con su virtud que con las otras prendas naturales, la dieron por marido un rico ciudadano de Tagaste, en la provincia de Numidia, llamado Patricio, porque, aunque era todavía gentil, esperaban que la cordura y la virtud de su hija le convertirian á la religion cristiana.

Al entrar Mónica en el nuevo estado, se hizo cargo así de sus obligaciones como de sus trabajos. Su primer cuidado fue estudiar bien el genio, la inclinacion y el humor de su marido. Eran las pasiones dominantes de este la cólera y una incontinencia desenfrenada; dedicóse Mónica á templar la una con su modestia, apacibilidad y sufrimiento; y á corregir la otra con su amor, paciencia y disimulo. Cuando Patricio estaba mas colérico y mas arrebatado, en aquel ímpetu jamás le resistia su mujer, ni le respondia la menor palabra; prevenia sus gustos, y se adelantaba á todo cuanto podia complacerle.

Como un dia se quejasen confiadamente en presencia de Mónica otras amigas suyas de su misma edad de lo mucho que tenian que padecer con sus maridos, las dijo la Santa con tanta dulzura como prudencia: *Mirad bien si acaso teneis vosotras la culpa. Para echar un jarro de agua al fuego de la cólera, y para domesticar el genio feroz y mas extravagante de un marido, no hay medio mas eficaz que el silencio respetuoso, el modo mas humilde y sereno, y la paciencia dulce y constante de una mujer; el rendimiento y la sumision que debemos á nuestros maridos no nos permite hacerles frente; el contrato matrimonial es contrato oneroso que nos impone la obligacion de sufrir sus defectos con paciencia. Si vosotras sabeis callar, ahorrareis muchas pesadumbres y muchos sinsabores.*

A sus máximas y á sus consejos correspondia su porte. Aunque Patricio era hombre bárbaro, arrebatado y brutal, ella le desarmaba con su paciencia, y le ganaba con su dulzura. Siempre atenta á sus obligaciones, no pensaba mas que en el gobierno de su casa. Todo el tiempo se le llevaban sus devociones y el cuidado de su familia, con cuyos medios tuvo el consuelo de ver reinar en una familia, casi toda ella gentil, un espíritu verdaderamente cristiano.

La suegra de Mónica, hechizada de su virtud y de su prudencia, queria tanto á su nuera que la idolatraba. En breve tiempo fue Mónica la admiracion de toda la ciudad, donde apenas se hablaba de otro asunto que de la paz que reinaba en su casa, y de la ejemplar

educacion que daba á su familia; elogios que la merecieron tanto concepto y tan general estimacion, que en habiendo algunas diferencias ó disensiones en las casas particulares, todos acudian á Mónica para que las compusiese; siendo ella como la árbitra y universal pacificadora de toda la ciudad.

Iba creciendo mientras tanto su virtud, y singularmente la tierna devocion que profesaba á la santísima Virgen, á quien todos los dias encomendaba su familia; pidiéndola sobre todo con incesantes instancias y ruegos la conversion de su marido. Consiguióla en fin; porque haciendo Patricio reflexion á la dulzura, á la apacibilidad, al sufrimiento, á la prudencia y á todas las demás virtudes que reconocia y admiraba en su mujer; como era hombre capaz, infirió que no podia dejar de ser verdadera la religion que las enseñaba; conoció sus errores, detestólos, instruyóse bien en la religion cristiana, y recibió el Bautismo. ¿Quién podria explicar el gozo de nuestra Santa cuando vió ya cristiano á su marido? Con la mudanza de religion mudó tambien las costumbres; aquellos grandes ejemplos de virtud que por tanto tiempo habia observado en su mujer, produjeron todo su efecto. Ya no era aquel Patricio colérico, altivo, furioso, disoluto; sino otro enteramente contrario, pacífico, humilde, modesto, casto, temeroso de Dios; pudiéndose llamar esta la primera conquista de nuestra Santa. Pero el Señor la tenia reservada otra mucho mas ventajosa á toda la Iglesia, que era la de su primogénito hijo Agustino, cuya conversion costó á la santa madre muchas lágrimas.

Era Agustino de poca edad cuando murió su padre; y viéndose viuda nuestra Mónica, solo pensó en adquirir todas aquellas virtudes que pide san Pablo á las de su estado. Retirada, mortificada, recogida, y casi invisible á las demás criaturas, tenia repartido el tiempo en sus ejercicios espirituales, en obras de misericordia, en el gobierno de su familia, y en la educacion de sus hijos. Habia tenido tres: dos hijos y una hija, siendo el mayor de todos Agustino, que la costó tantos cuidados, tantos suspiros y tantas oraciones.

Viendo la buena madre aquella viveza y fogosidad extraordinaria de su genio, comenzó á temer las mas funestas resultas; especialmente cuando ni con sus consejos, ni con sus reprensiones podia contener la impetuosidad de aquel natural, ni moderar la violenta passion que le arrastraba hácia la sensualidad. Tuvo el dolor de verle precipitarse en los errores de los Maniqueos, porque favorecian la torpeza y la disolucion; mas no por eso desistió ni desconfió de su enmienda; antes doblando las oraciones, los ayunos, las lágrimas,

las limosnas y todo género de buenas obras para conseguir de Dios la salvacion de su hijo, no cesaba de advertirle, de reprenderle y de exhortarle á que se apartase del camino de la perdicion. Pero Agustino no daba oídos mas que á sus pasiones: enternecíanle las lágrimas de tan buena madre; mas no apagaban el fuego de aquel corazón, inflamado con el ardor de una juventud desordenada. Derramabala Mónica noche y dia en la presencia del Señor para mover su misericordia, y acompañaba las oraciones con grandes penitencias; cuando, compadecido el mismo Señor, quiso alentar su esperanza con algun consuelo. Tuvo un sueño en que se la dió á entender que al cabo se convertiria su hijo, y que se reduciria al gremio de la santa Iglesia.

No la permitia su amor perderle de vista; y así le siguió á Cartago, donde pasó á sus estudios. Cuanto mas se desviaba de Dios Agustino con sus desórdenes, mas se acercaba á su Majestad la santa madre con sus gemidos, solicitando inclinar la divina misericordia con lágrimas y con oraciones. Consiguió en fin lo que deseaba con tan fervorosas ansias; y el mismo san Agustín reconoce que su conversion, segun la profecía de un santo obispo, habia sido fruto de las lágrimas de su santa madre.

¡En qué abismo estaba yo metido! exclama en el capítulo XI de sus Confesiones: y Vos, Dios mio, extendisteis desde el cielo hácia mi vuestra mano misericordiosa para sacarme de aquellas profundas tinieblas en que estaba sepultado. Llorábame mientras tanto mi buena madre con mas vivo dolor que otras madres lloran á sus hijos cuando ven que los llevan á enterrar; porque me veía verdaderamente muerto delante de Vos, y lo veía con los ojos de la fe, y con aquella luz que Vos la habíais comunicado. Así, Dios mio, escuchásteis Vos sus ansias, y no despreciásteis aquellas lágrimas que derramaba á torrentes en vuestra presencia siempre, y en todos los lugares en que os ofrecia su oración. Desde entonces la oísteis benignamente, y en cierta manera la asegurásteis por aquel sueño, que sin duda la enviásteis Vos, y la sirvió de tanto consuelo, no menos que lo que la dijo aquel santo obispo, que no era posible que se perdiese para siempre un hijo que la costaba tantas lágrimas.

Pero aun no era llegado este tiempo. Aunque Agustino profesaba tierno y filial amor á su madre, hacia poco caso de su llanto ni de sus amonestaciones. Desazonado con la insolencia y mala crianza de los discípulos que le oían en Cartago, donde enseñaba retórica, resolvió embarcarse y pasar á Roma, con esperanza de que seria allí

más estimado. Tuvo noticia de esto santa Mónica, y fue grande su dolor temiéndose que aquel viaje habia de dilatar mucho la conversion de Agustino, de la cual concebía cada día mayores esperanzas: hizo cuanto pudo para estorbarle; pero Agustino se escapó secretamente, haciéndose á la vela una noche mientras su santa madre estaba haciendo oracion en la capilla de san Cipriano. Esta separacion costó á Mónica una gran pesadumbre; gimió en los mas íntimo de su corazon, y redobló con Dios su amorosa solicitud, ruegos y oraciones.

Apenas llegó á Roma Agustino, cuando cayó tan gravemente enfermo, que estuvo á los umbrales de la muerte. Confiesa él mismo que debió su curacion á las oraciones de su virtuosa madre. Llegó á noticia de esta que su hijo habia dejado á Roma para ir á enseñar la retórica en Milan, y al instante tomó la resolucion de pasar el mar solo por estar con él. Levantóse una tempestad tan brava y tan furiosa, que todos se daban por perdidos, siendo la melancólica y silenciosa consternacion que reinaba en los semblantes el mas fiel testimonio de lo que asustaba á todos el peligro; pero Mónica alentaba á la misma tripulacion, y todos se persuadieron que debian á sus oraciones el haber escapado del naufragio.

Luego que entró en Milan supo la conversion de su hijo. Fue indecible su alegría cuando vio que ya no era maniqueo; mas faltábala para ser cabal el verle buen católico. Cuando logró esto, exclamó sin poderse contener, llena del mas gozoso profundo reconocimiento: *Ahora sí, Señor, que moriré en paz, pues os habeis dignado oír las oraciones de vuestra indigna sierva. Sedis por siempre bendito, Dios de misericordia, y dignaos de perfeccionar vuestra obra en la conversion de mi hijo.*

Aprovechó mucho su espíritu con las santas platicas que tuvo con san Ambrosio mientras se detuvo en Milan. Usaba la Santa ciertas devociones ó ejercicios espirituales que se estilaban en África, y san Ambrosio habia prohibido en su obispado; apenas llegó á noticia de Mónica la prohibicion del Obispo, cuando al instante las dejó: mostrando que en sus devociones no se dejaba llevar de la inclinacion ni de la costumbre, y mucho menos del apego á su propia voluntad.

Habiendo resuelto restituirse á África, partió de Milan con san Agustin; y llegando al puerto de Ostia, se detuvieron en él para descansar de las fatigas del camino, esperando tambien tiempo oportuno para embarcarse. Un dia que estaban solos madre é hijo, tuvieron una larga conversacion sobre la caduca y perecedera vanidad de los bienes de esta vida, y sobre la eterna felicidad que gozan los

Santos en el cielo. *Mientras hablábamos de aquella dichosa vida*, dice san Agustín, *aspirando á ella con ardientes ansias, nos elevamos en cierta manera hasta sentirla, y hasta gustarla por medio de un lanzamiento de espíritu y vuelo del corazón; pero santa Mónica no tardó mucho en ir á gozarla. Cincó ó seis días después cayó enferma, y durante la enfermedad padeció una especie de desmayo ó deliquio, que la enajenó por algun tiempo de los sentidos. Vuelta en sí, dijo á san Agustín y á su hermano Navigio: ¿dónde he estado yo? Habiéndolos observado muy tristes, llorosos y doloridos, añadió: Hijos míos, aquí enterraréis á vuestra madre. Y como Navigio, su hijo menor, mostrase desear á lo menos el consuelo de que muriese en su país, prosiguió la discreta Santa: ¿No veis lo que desea y lo que dice? ¿qué importará mas que mi cuerpo esté aquí ó allí después de muerto? Lo único que os pido es que en cualquiera parte donde esteis os acordeis de mí en el altar del Señor. Y como la hubiésemos preguntado, dice san Agustín, si no la daba alguna pena el ser enterrada en lugar tan distante de su tierra, respondió: En ningún lugar del mundo estamos lejos de Dios, y no le costará trabajo ninguno hallar mi cuerpo para resucitarle con todos los demás. De esta manera, continúa san Agustín, fue separada de su cuerpo aquella alma tan llena de religion y tan santa, al noveno día de su enfermedad, á los cincuenta y seis años de su edad, y á tos treinta y tres de la mia.*

Luego que rindió el espíritu en manos del Criador, un jóven de Tagaste, llamado Evodio, amigo de san Agustín, rezó sobre el cadáver el salmo centésimo. Es indecible el sentimiento de Agustino por esta muerte; pues aunque la consideracion de la gloria que gozaba su madre reprimia las lágrimas, pero no le embarazaba el dolor. *Habiendo sido llevado el cadáver á la iglesia*, dice el mismo, *le acompañé, y volví sin derramar una sola lágrima; porque no lloré durante los oficios. Mientras estuvo expuesto el cuerpo antes de darle sepultura, se celebró el divino sacrificio de nuestra redencion, como se acostumbra. Pareciónos que no era decente acompañar sus funerales con lágrimas y con suspiros, que solo deben emplearse en lamentar la infelicidad de los difuntos; pero en la muerte de mi madre nada habia que mereciese llorarse, pues solo habia sido un tránsito á mejor vida; de esto estábamos asegurados por la pureza de sus costumbres, por la sinceridad de su fe, y por la regularidad de su vida. Et si quis peccatum invenerit, flevisse me matrem meam exigua partae horae; y si á alguno le pareciere mal que yo hubiese llorado por algunos instantes á una madre que acababa de espirar delante de mis ojos, á una madre que me*

habia llorado tantos años por la ardentísima ansia que tenia de verme vivir delante de los ojos de Dios: non irrideat: disculpe mi ternura, y llore el mismo por mis pecados, si tiene alguna caridad.

Aunque estaba muy persuadido san Agustin á que el Señor habia concedido á su santa madre la gloria que le pedia incesantemente en sus fervorosas oraciones, nunca dejó de ofrecer por ella el santo sacrificio de la misa, como la misma Santa se lo habia encargado á la hora de la muerte, y del cual habia sido tan devota durante su vida, que todos los dias asistia á él con la mas tierna devocion; y no contento con esto, pidió á todos los sacerdotes amigos y conocidos suyos que se acordasen en el altar, así de Mónica como de su padre Patricio.

Desde que murió esta Santa se hizo memoria de ella con singular veneracion en toda la Iglesia. Consérvanse algunas reliquias suyas en la abadía de Arovaia en Roma, como tambien en otras partes, y en todas con particular devocion.

La Misa es en honor de la Santa, y la Oracion es la siguiente:

Deus, moerentium consolator, et in te sperantium salus, qui beatae Monicae pias lacrymas in conversione filii sui Augustini misericorditer suscepisti: da nobis utriusque interventu peccata nostra deplorare, et gratiae tuae indulgentiam invenire: Per Dominum nostrum Jesum Christum.

Ó Dios, consuelo de los afligidos y salud de los que en tí esperan, que atendiste misericordiosamente á las piadosas lágrimas de la bienaventurada Mónica en la conversion de su hijo Agustino, concédenos por la intercesion de entrambos que lloremos nuestros pecados, y que hallemos el perdón de ellos en tu gracia. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epistola es de la primera del apóstol san Pablo á Timoteo, capitulo v.

Charissime: Viduas honora, quae vere viduae sunt. Si qua autem vidua filios, aut nepotes habet, discat primum domum suam regere, et mutuum vicem reddere parentibus: hoc enim acceptum est coram Deo. Quae autem vere vidua est, et desolata, speret in Deum, et instet obsecrationibus, et orationibus nocte ac die. Nam quae in deliciis est, vivens mortua est. Et hoc praecipe, ut irreprehensibiles sint. Si quis autem suorum, et maxime domesticorum curam non habet, fidem negavit, et est infideli

Carísimo: Honra á las viudas que son verdaderamente viudas. Mas si alguna viuda tiene hijos ó sobrinos, aprenda primero á gobernar su casa, y pagar lo que debe á sus padres; porque esto es acepto delante de Dios. Aquella que es verdaderamente viuda, desamparada, y abandonada, espere en Dios, é inste con plegarias y oraciones dia y noche. Porque la que vive en delicias, viviendo está muerta. Y mándalas esto para que sean irreprehensibles. Y si alguno no cuida de los suyos, especialmente de los que son de

deterior. Vidua eligatur non minus sexaginta annorum, quae fuerit unius viri uxor, in operibus bonis testimonium habens, si filios educavit, si hospitio recepit, si sanctorum pedes lavit, si tribulationem patientibus subministravit, si omne opus bonum subsecuta est.

su casa, negó la fe, y es peor que un infiel. Elijase la viuda de no menos que sesenta años, que haya sido mujer de un solo marido, y que testifique con las buenas obras si ha educado á los hijos, si ha ejercitado la hospitalidad, si ha lavado los piés á los santos, si ha socorrido á los que padecian tribulacion, si se ha ocupado en toda obra buena.

REFLEXIONES.

Es error buscar fuera del estado de cada uno el camino de la perfeccion. El apetito á frutas extranjeras es, cuando menos, extravagancia del paladar y delicadeza perniciosa. De tal manera ha ordenado Dios todos los estados, que todos están en el camino real de la vida cristiana. Quien la va á buscar á otra parte, se desvia del camino carretero; y el que se desvia de este camino, anda cerca de perderse.

Si qua vidua, dice el Apóstol, *filios aut nepotes habet, discat primum domum suam regere*: si alguna viuda tiene hijos ó nietos, ante todas cosas dedíquese á educarlos bien, y á cuidar de su familia. No dice que ante todas cosas se esté todo el día en la iglesia, que se ande de hospital en hospital, ni que gaste el tiempo en novenas ni en devociones; sino que ante todas cosas cuide de sus hijos, los críe en el santo temor de Dios, y atienda al gobierno de su casa. ¿Siguen este consejo del Apóstol aquellas beatas de profesion, aquellas madres de familias que con el especioso pretexto de una falsa devocion dejan su recogimiento, andan continuamente fuera de casa, se hallan en todos los concursos, demasiadamente expuestas á los peligros del bullicio y del tumulto? No es mi ánimo, ni permita Dios que lo sea, desaprobando, ni mucho menos censurar la ejemplar devocion de aquellas matronas y señoras cristianas que sirven de tanto consuelo y alivio á los pobres enfermos y encarcelados, renovando en nuestros tiempos el primitivo espíritu del cristianismo. Hablo solo de aquellas devociones fuera de su lugar, fruto ordinario del amor propio y de no sé qué secreto orgullo.

El cuidado de una familia cansa; la continua vigilancia sobre los hijos y sobre los domésticos fatiga; el retiro, el guardar siempre la casa se hace tedioso y melancoliza; el amor propio suspira por el desahogo, y busca algun pretexto para dispensarse en aquellas obli-

gaciones que se juzgan esenciales. Luego nos ofrece este bello pretexto una falsa idea que se forma de devocion. Se ha de asistir á todas las Salves; no se ha de perder algun sermon; se ha de concurrir á todas las fiestas, á todas las funciones de iglesia. Ocupaciones santas son, y empleo del tiempo muy loable en todos aquellos que no tienen obligaciones incompatibles con esta piadosa atencion. Pero si mientras una madre de familias se está muy devotamente en la iglesia, sus hijos y sus criados viven con una licencia escandalosa; si mientras se ocupa en componer, en restituir la paz á otra familia, reina en la suya la desunion, la parcialidad y la mala inteligencia; si mientras consuela á los afligidos, irrita y desazona á su marido por su piadosa holgazanería y por sus imprudentes abstinencias; finalmente, si mientras ella gasta el tiempo allá en sus devociones, se están sus hijos sin educacion y sin crianza, á merced de unos criados viciosos ó negligentes, sin oír quizá mas que conversaciones torpes, y sin ver mas que escandalosos ejemplos; ¿la agradecerá mucho Dios aquel ardiente celo que muestra por los extraños? ¿hará mucho caso de un celo tan poco prudente y tan mal ordenado? ¿Serán del agrado de su Majestad unas devociones tan fuera de su lugar y tan incompatibles con las obligaciones de su estado? ¿Llegarán á los oídos del Señor sus oraciones entre los gritos de sus hijos, las quejas de su marido y las murmuraciones de su familia? ¡Cosa rara! no podia Dios facilitar mas la virtud, ni hacerla mas suave, ni mas accesible á todo el mundo, que poniéndosela á cada una en las mismas obligaciones de su estado. Con todo eso son muy raros los que la buscan en él, ó á lo menos apenas se halla gusto en la virtud que es propia del estado de cada uno. No se estima la que nace en el terreno propio: los mas quieren la que produce el ajeno, sin advertir que los árboles trasplantados á distinto clima ordinariamente pierden mucho. Los aires naturales son los mas saludables. Santifíquense en sus casas las madres de familias, y no busquen fuera lo que tienen dentro de ellas. Si desean practicar las virtudes de humildad, caridad, mortificacion, etc.; si quieren ejercitar su celo, abundante materia encontrarán en sus casas; será mas pura su virtud, cuanto menos expuesta esté á la vanagloria. Dios no las pide mas si no que cumplan con sus obligaciones. En fin, los padres y madres de familias tengan siempre en la memoria este oráculo del apóstol san Pablo: *El que no cuida de sí, y particularmente de los suyos, renunció la fe, y es peor que un gentil.*

El Evangelio es del capítulo VII de san Lucas.

In illo tempore: Ibat Jesus in civitatem, quae vocatur Naim: et ibant cum eo discipuli ejus, et turba copiosa. Cum autem appropinquaret portae civitatis, ecce defunctus efferebatur, filius unicus matris suae: et haec vidua erat: et turba civitatis multa cum illa. Quam cum vidisset Dominus, misericordia motus super eam, dixit illi: Noli flere. Et accessit, et tetigit loculum. (Hi autem, qui portabant, steterunt). Et ait: Adolescens, tibi dico, surge. Et resedit qui erat mortuus, et coepit loqui. Et dedit illum matri suae. Accepit autem omnes timor: et magnificabant Deum, dicentes: Quia propheta magnus surrexit in nobis: et quia Deus visitavit plebem suam.

En aquel tiempo: Iba Jesús á una ciudad, por nombre Naim; é iban con él sus discípulos, y una numerosa turba de gente. Y al tiempo de acercarse á la puerta de la ciudad, hé aquí que sacaban fuera un difunto, hijo único de su madre: y esta era viuda: y la acompañaba gran número de personas de la ciudad. Á la cual, habiéndola visto el Señor, movido á compasion de ella, la dijo: No llores. Y se acercó al féretro, y le tocó. (Y los que le llevaban se pararon). Y dijo: Jóven, contigo hablo, levántate. Y el muerto se sentó, y comenzó á hablar. Y le entregó á su madre. Á todos, pues, los poseyó el temor, y glorificaban á Dios diciendo: Un profeta grande ha aparecido entre nosotros, y Dios ha visitado á su pueblo.

MEDITACION.

De la sincera voluntad de entregarse á Dios.

PUNTO PRIMERO. — Considera que es bien de extrañar que aquel mozo resucitado no se hubiese quedado desde luego en la compañía de Cristo, para ser uno de sus mas celosos discípulos; y no es menos de extrañar que el mismo Cristo se le hubiese entregado á su madre. Admirable prueba de que Dios solo quiere el corazon, y que sin él, las mas finas, las mas elocuentes protestas son palabras y nada mas.

Es muy verisímil que la madre, movida del mas vivo reconocimiento, ofreciese su hijo al Señor, y que el mismo hijo en aquellos primeros ímpetus del gozo que le causaba el verse restituido á la vida, protestase cien veces que no queria otro dueño ni otro maestro, y que ya jamás se apartaria de su divina persona. En medio de eso Jesucristo se le vuelve á su madre, y la madre y el hijo dejan partir á Cristo. ¡Oh Dios mio, y cuántas copias tiene este original!

Resucitados muchos en esta Pascua por medio de la confesion, restituidos á la vida de la gracia en virtud del sacramento de la Penitencia, ¡qué propósitos! ¡qué palabras! ¡qué protestas de reconocimiento, de ternura y de fidelidad! Pero ¿en qué paran un mes

después todas estas religiosas magníficas promesas? Bien conoce ese jóven lo que debe á su divino Bienhechor ; pero su corazon aun está pegado á la tierra, y por eso no le quiere Jesucristo. Las pasiones adormecidas despiertan; los hábitos viciosos mal reprimidos vuelven á su antiguo vigor ; á aquellos primeros movimientos de fervor sucede la desidia y la tibieza ; á la tibieza el disgusto ; y una vez disgustado el hombre de servir á Dios, se arroja en los brazos de su primer dueño, vuélvese á entregar á sus primeras inclinaciones, á las recaídas, á la funesta muerte del alma. ¿De dónde se originó esta lastimosa desercion, esta lamentable vuelta al vómito del pecado? De que se convirtió el entendimiento y las palabras, pero no se convirtió el corazon. Este es el verdadero principio de que haya tan pocas conversiones constantes y sinceras. ¿Podré yo lisonjearme de que lo sea la mia? *Convertíos á mí*, dice el Señor, *con todo vuestro corazon, y no meramente con los labios; despedazad vuestros corazones, y no vuestros vestidos*: menos aparato y mas sinceridad en la conversion. ¿Qué juicio debo hacer yo de la mia? ¡Ah, Señor, cuántas palabras inútiles, cuántas vanas promesas os he hecho en mis propósitos!

PUNTO SEGUNDO. — Considera que Dios quiere el corazon por entero; esto es, el sacrificio entero, y no á medias, de nuestras inclinaciones, de nuestras pasiones y de nuestros deseos demasiadamente mundanos, sensuales, y favorables al amor propio. Dios quiere el corazon; pero un corazon indivisible, que ni pretenda, ni pueda servir á un tiempo á dos señores; porque si ama á uno, ha de aborrecer á otro; si respeta á este, ha de despreciar á aquel. Dios quiere el corazon, y por lo mismo quiere ser amado con generosidad, con ardor y con ternura; quiere ser servido con constancia, con alegría y con fidelidad. En fin, quiere el corazon; ¿y por ventura puede querer otra cosa? ¿ó á lo menos puede querer otra sin esta? Todo lo demás es suyo, y no ha menester nuestro consentimiento para tomarlo. Díonos él mismo el corazon, y solo el corazon es nuestro, hablando en propiedad; díonosle, y quiere que seamos dueños absolutos de él. No pretende vulnerar nuestra libertad; conténtase con solicitar que se lo demos por medio de sus promesas, de sus inspiraciones y de sus gracias: nos le pide, pero no le toma mientras voluntaria y libremente no se lo concedamos. Negárselo, es ingratitud, es impiedad, es injusticia. Pero el que ama tan ciegamente al mundo; el que busca en todo y por todo sus propias conveniencias; el que se entre-

ga totalmente á sus pasiones , á su sensualidad , á su interés , ¿podrá decir que da á Dios su corazon?

Y después de esto , ¿se extrañará mucho que hubiese asegurado Cristo expresamente que es corto el número de los que se salvan? Son muchos los que hacen pública profesion de servir y amar á Dios; pero ¿son muchos , aun entre estos que parecen siervos suyos , los que le aman con todo su corazon? Sin embargo , esta es una condicion inseparable del primer precepto: *Diliges Dominum Deum tuum ex toto corde tuo*. Pero ¿cuántos son los que observan hoy este primer mandamiento de su santa ley , basa y cimiento de todos los demás preceptos? Mira si segun esta doctrina , y á vista de lo que estás palpando en el mundo , puedes inferir prudentemente que son muchos los que aman á Dios con todo su corazon.

Decir que se ama á Dios , no amándole con todo el corazon , es mentira; pensar que se le ama con todo el corazon , cuando solo se le sirve á medias , es locura; persuadirse que se le sirve por entero , cuando apenas se hace cosa alguna de las que él nos manda , es extravagancia , es impiedad.

¡ Ah Señor ! ¿y no es cierto que acabo de hacer el mas fiel retrato de mí mismo en esta viva copia de los que infielmente os sirven? ¿Puedo decir con verdad que os amo de corazon , y que soy vuestro sin reserva? No puedo responder á estas preguntas , divino Salvador mio , sino que sea con mi dolor y con mis lágrimas. Tomad , Señor , tomad este corazon , que enteramente os le doy ; y con vuestra gracia espero ha de acreditar mi vida que enteramente os le he dado.

JACULATORIAS. — Os busqué , Señor , con todo mi corazon ; no permitais que me desvie jamás de vuestros mandamientos. (*Ps. cxviii*).

Vos , Señor , seréis eternamente el Dios de mi corazon , mi único dueño y todo mi tesoro. (*Ps. lxxii*).

PROPÓSITOS.

1 Siendo , al parecer , cosa tan fácil conocer uno cuando está su voluntad sincera , y totalmente entregada á Dios ; apenas la hay en que mas se engañen ó se equivoquen los hombres. Esta sinceridad se conoce por las obras ; pero pocos atienden á ellas para conocerla , contentándose con dar palabras que de ordinario son las pruebas únicas de nuestra sinceridad. Pues no hay que admirarnos de que los hombres se engañen y se equivoquen con señas tan engañosas. Pero que pretendamos engañar á Dios con unas protestas que desmienten

el corazon, con promesas sin efecto, con buenas palabras y no mas, esto sí que es digno de admiracion; ó por mejor decir, esto es lo que se llama patarata de religion y especie de sacrilegio. Confiesa la verdad: ¿y no te sientes tú comprendido en este delito? ¿amas á Dios con todo tu corazon? ¿se le has entregado sin reserva? Muchas veces has dicho que se le entregas todo á su Majestad; pero ¿cuánto has tardado en volvérselo á quitar? Repara desde este mismo punto tan grosera falta, haciéndole una donacion total y sincera. Examina qué es lo que mas te lleva el corazon; esa pasion, ese demasiado punto, esa suma delicadeza en todo lo que toca á tu estimacion, esa diversion, ese juego, esa conversacion, esa comunicacion con aquella persona, esa alhajuela, ese mueble que te arrastra todos tus cariños, sacrifícala á Dios desde luego, y entonces podrás decir que le amas con todo tu corazon, que quieres vivir y morir en su servicio. Ten presente que Isaac no dio su bendicion á Jacob por el testimonio de la voz, sino por el testimonio de las manos: *Vox quidem, vox Jacob est, sed manus, manus sunt Esau.*

2 Guárdate bien de cierta ilusion en esta materia, tanto mas temible, cuanto es mas engañosa y plausible: especialmente cuando tu amor propio la autoriza y la fomenta. Entrega de una vez (dice este) tu corazon á Dios; y hecho esto, vive seguro, está tranquilo, nada te dé cuidado; aunque metan mucho ruido las pasiones, no te asustes; aunque te exciten mil impuros movimientos los objetos, no te inquietes; aunque sean muy groseras tus imperfecciones y tus faltas, no te sobresalles. ¿Entregaste una vez tu corazon á Dios? ¿aceptóle? está en paz y descuida. ¡Error perniciosísimo! ¡quétísimo, mitigado, aunque mal encubierto! Si para ser todo de Dios bastara decirle: *Señor, yo os entrego totalmente mi corazon*, y descuidar de todo lo demás, ¿á qué propósito nos diria Jesucristo que debíamos velar y orar continuamente, que siempre habíamos de estar con las armas en las manos, que era menester hacernos perpetua violencia, y que, como dice el Profeta, cada dia habíamos de comenzar, esto es, vivir como si comenzáramos de nuevo? Sucede con nuestro corazon lo que con aquellos animalillos domésticos que se erian en las casas; por mas que los echen de ellas, por mas que los sacudan, siempre vuelven. Si sucediera con él lo que con una alhaja, que una vez dada, no hay ya que buscarla dentro de casa, adelante; ya se pudiera vivir con algún menos cuidado; pero ese corazon, origen y asiento de las pasiones; ese corazon, donde reina el amor propio, siempre se queda en nuestro mismo terreno; aun después de haberle

dado nosotros á Dios, él mismo se da á las criaturas. Pues ¿será bien que vivamos en una devota inaccion, en una ociosidad afrentosa? ¿Bastará ponernos en la presencia de Dios, y pasar una hora inútilmente, sin pensar en nada, por no turbar una falsa seguridad con la vista de mil imperfecciones, y aun acaso de mil desórdenes? Por el contrario, ¿no será menester desconfiar siempre de su propio corazón; hacer guerra actual y continua á las pasiones; traer á la memoria todas sus obligaciones; no perder jamás de vista el fin para que fuimos criados; examinar en la presencia de Dios su porte y su conducta, y fomentar la devocion con la mortificacion y con la penitencia? Ten por sospechosas todas esas instrucciones demasiadamente especulativas; huye de todo confesor, de todo director, que con especioso pretexto de hacerte volar á la perfeccion, quiere mantenerte en una peligrosa ociosidad y perniciosísima pereza. Dí muchas veces á Dios que le entregas tu corazón; pero procura que lo digan muchas mas tu humildad, tu mortificacion, tu puntualidad, tu exactitud en el cumplimiento de todas tus obligaciones, tu continua violencia, y en una palabra, todas tus operaciones y todos tus movimientos: *Filioli mei, non diligamus verbo, neque lingua, sed opere, et veritate*. Hijuelos míos, dice el apóstol san Juan, no consista nuestro amor en buenas palabras, en expresiones que solo salen de la lengua, sino en obras, y en verdaderas pruebas de las manos. Ten presentes estas palabras en todas tus devociones, y en ellas guárdate mucho de sendas extraviadas; sigue el camino real y carretero por donde fueron todos los Santos, aquel que abre el Evangelio, y el mismo Cristo nos enseña.

DIA V.

MARTIROLOGIO.

SAN PIO V, papa, del Orden de Predicadores, en Roma, el cual dedicándose animosamente y con feliz éxito á restaurar la disciplina eclesiástica, á extirpar las herejías, y á destruir los enemigos del nombre cristiano, con la santidad de su vida y de sus leyes, gobernó la Iglesia católica. (*Véase su vida en las de hoy*).

SANTA CRESCENCIANA, mártir, tambien en Roma.

SAN SILVANO, mártir, igualmente en Roma. (*Créese que este Santo fue natural de Portugal*).

SAN EUTIMIO, diácono, en Alejandría, el cual murió preso por la fe católica.

EL TRIUNFO DE LOS SANTOS MÁRTIRES IRENEO, PEREGRINO, É IRENE, en Tesalónica, los cuales fueron quemados vivos.

EL TRIUNFO DE SAN JOVINIANO, lector, en Auxerre.

SAN ÁNGEL, presbítero, del Orden de los Carmelitas, en Leucata, en Sicilia, al cual hicieron tajadas los herejes porque defendia la fe católica. (*Véase su vida en las de este día*).

SAN MÁXIMO, obispo y confesor, en Jerusalem, al cual Maximiano Galerio César condenó á las minas después de haberle hecho sacar un ojo, y quemado un pié con un hierro ardiendo. (*San Gerónimo habla con mucho elogio de este Prelado, y dice que le sucedió en el episcopado san Cirilo*).

SAN EULOGIO, obispo y confesor, en Edesa de Siria.

SAN HILARIO, obispo, en Arles de Francia, célebre por su santidad y doctrina. (*Fue consagrado en 429, y habiendo congregado muchos concilios para contener los progresos del error, presidió en 441 el de Orange, en que fue depuesto Celedonio, obispo de Besanzon. Muchos y graves disgustos le acarreo su celo, hasta que el papa san Leon, convencido de su inocencia, prohibió el hablar contra de él. Sus escritos fueron en su tiempo la antorcha de las Galias, y una de las firmisimas columnas de la verdad. Murió en el año 449*).

SAN NICECIO, obispo, en Viena, varon venerable por su santidad.

SAN TEODORO, obispo, en Bolonia, esclarecido en méritos.

SAN SACERDOTE, obispo de Sigüenza, en el mismo día.

SAN GERUNCIO, obispo, en Milan.

LA CONVERSION DE SAN AGUSTIN, obispo y doctor de la Iglesia, tambien en Milan, el cual fue instruido en la verdad de la fe católica por san Ambrosio, y bautizado en tal día como hoy por el mismo Santo. (*Véase la noticia en las de hoy*).

SAN PIO V, PAPA Y CONFESOR.

El santo papa Pio, quinto de este nombre, fue de la noble familia de los Gisleris ó Gisler, originaria de Bolonia, y nació el año de 1504 en Bosco, poblacion corta á dos leguas de Alejandría de la Palla, en el obispado de Tortona. Llamáronle Miguel en el bautismo, y el primer cuidado de sus virtuosos padres fue darle una educacion cristiana, en la que dejó poco que hacer el devoto natural del niño, propenso por sí mismo á la virtud. Era apacible, modesto, dócil y amigo de complacer á todos. Cási desde la cuna profesó una tierna y ferviente devocion á la santísima Virgen, que fue parte de su distintivo ó de su carácter; y pocos siervos de esta Señora le excedieron en el fervor y en el celo por todo lo que tocaba á la soberana Reina.

Crecia Miguel en edad, en juicio y en prudencia, cuando sus padres, poco favorecidos de los bienes de fortuna, pensaron en que aprendiese algun oficio con que poder mantenerse; pero eran muy distintos los intentos de la divina Providencia acerca de aquella grande alma. Apenas conocia Miguel al mundo, y ya pensaba dejarle; pues á los doce años de su edad resolvió hacerse religioso, para lo cual le facilitó los medios la misma divina Providencia.

Habiendo pasado por el lugar de Bosco dos religiosos de santo Domingo, tuvieron precision de detenerse algunos dias. Hablóles nuestro Miguel; y prendados del anticipado juicio, prudencia y capacidad del niño, é informados de sus piadosos deseos, se ofrecieron á llevarle consigo al convento de Voghere, y á darle estudios, si se inclinaba á abrazar su santo Instituto. No podian hacerle oferta que fuese mas conforme á su devota inclinacion; y arrojándose á sus pies, les pidió con lágrimas que le cumpliesen la palabra, y le hiciesen aquella caridad. Con el consentimiento de sus padres partió en compañía de aquellos religiosos, los cuales conocieron desde luego que Dios destinaba para alguna cosa grande á su pequeñito abijado. Hizo tan asombrosos progresos en las letras humanas y en la virtud, que cuanto antes se dieron prisa á vestirle el santo hábito. Recibióle á los quince años de su edad, y le enviaron al convento de Vigevano á tener el noviciado. Á vista del fervor y de la perfeccion con que se portó en él, todos esperaron que la religion habia de tener con el tiempo en Fr. Miguel un insigne santo, y que seria sin duda uno de los mas brillantes ornamentos de la Orden.

No tardó en verificarse en parte este vaticinio; pues pudieron pasar por cierta especie de verificacion los rápidos progresos que hizo en la virtud y en las ciencias. Apenas acabó los estudios, cuando le dedicaron al magisterio, que desempeñó con el mayor crédito; y habiéndole hecho prior de los conventos de Vigevano, Sancino y Alba, no mereció menos reputacion su insigne talento para el gobierno. En todas partes restauró la disciplina religiosa, y en todas resucitó el primitivo espíritu de su santo Patriarca. En la felicidad con que promovió la observancia, tenian mas parte sus ejemplos que sus palabras. Era el primero en el coro y en todos los actos de comunidad, sin persuadirse que sus estudios, su magisterio, y el celo con que atendia á la salvacion de los prójimos, eran títulos suficientes para eximirse de la disciplina regular. Humilde, pobre y grandemente mortificado, representaba en su persona una viva copia de los Pacomios, de los Hilariones, y de los otros maestros de la perfeccion monástica.

La fama de tantas y tan eminentes virtudes le sacó presto de su amado retiro. Nombrároule por inquisidor de Como para el Milanés y toda la Lombardia, en cuyo importante empleo se señaló mucho su celo, su prudencia y su virtud. Pero donde se hizo mas visible el fruto de sus sermones, y donde principalmente sobresalió su vigilancia, fue en la Valtelina y en el condado de Chavanes, por ser allí

donde estaba mas extendido el veneno de la herejía. Fueron tantos los herejes que se convirtieron, que en poco tiempo mudó de semblante todo aquel país. La fama de estos sucesos movió á que le nombrasen por comisario general de la Inquisicion el año de 1551; y cuatro años después por vicario del inquisidor general. No es fácil explicar, ni lo mucho que hizo, ni lo mucho que padeció en este empleo. Apenas se declaró por azote de los herejes, cuando fue el blanco de su odio, de sus iras y de sus persecuciones; pero nunca le acobardaron ni los lazos que le armaban, ni los peligros á que estaba expuesta su vida: el celo y la caridad mantenian su intrepidez y el fruto que hacia le alentaba.

Bien informado de su mérito el papa Paulo IV, le hizo obispo de Nepi y de Sutri en Toscana, dos iglesias que gobernaba un solo obispo. Á pesar de su humildad y de su resistencia, fue necesario obedecer. Aun brilló mas su virtud en la dignidad de obispo que en el retiro del claustro; y luego que el Papa le trató un poco mas de cerca le creó cardenal. Viéndose en esta elevada dignidad, se consideró con mayor obligacion de ser mas religioso, mas mortificado y mas humilde. Llamóse el cardenal Alejandrino, por ser Alejandria de la Palla la ciudad mas inmediata al oscuro y desconocido lugar de su nacimiento; y el esplendor de la púrpura solo contribuyó á que se hiciese mas visible su modestia, y brillasen mas todas las otras virtudes.

Muerto Paulo IV, su sucesor Pio IV no hizo menos estimacion de nuestro santo Cardenal. Confirmóle en la suprema dignidad de inquisidor general, que le habia conferido su predecesor; sirvióse de él en los negocios mas importantes de la Iglesia; dióle todos los testimonios posibles de la mas estrecha confianza, y le transfirió del obispado de Nepi y de Sutri al de Mondovi en el Piamonte, que tenia gran necesidad de un obispo como este.

Enternecióse á vista del lastimoso estado en que encontró su diócesis; era un espeso erial; mas á poco tiempo restauró la disciplina y con la reformation de costumbres introdujo la virtud. Tantas conversiones hacian su ejemplo y su dulcísima suavidad, como sus palabras; no habia resistencia á la modestia, á la vida ejemplar y penitente de un obispo tan grande, de un inquisidor general, y de un cardenal tan santo.

El año de 1565 murió el papa Pio IV, y fue colocado nuestro Santo en la silla de san Pedro á solicitud de san Carlos Borromeo. Apenas se habia visto en la Iglesia de Dios eleccion de Papa mas universal-

mente aplaudida. El clero, el pueblo romano, y todos los príncipes de la cristiandad se prometieron desde luego las mayores bendiciones del cielo en su pontificado. Dió principio á su gobierno arreglando á su familia, para que sirviese de ejemplo á toda la corte romana; y habiendo persuadido á los cardenales á que ejecutasen lo mismo, se introdujo la reforma tan visiblemente en toda la ciudad, que en pocos dias parecia otra. Obligó á los obispos á que residiesen, ó á que renunciasen sus obispados. Restituyó el culto divino á toda su majestad; hizo reflorar en las comunidades religiosas la observancia y el fervor; desterró los desórdenes que se cometian en las tabernas y en los figones; prohibió casi todos los espectáculos públicos; doto las doncellas pobres para librarlas de los peligros, y sacó á muchas de ellas de su mala vida; restableció la exactitud y la integridad en la policia y en la administracion de la justicia, y publicó otros muchos reglamentos muy saludables para todo el clero secular y regular.

No se limitaba su solicitud pastoral á los términos del estado eclesiástico; toda la cristiandad experimentó los efectos del celo y de la vigilancia de su santo Pastor. Animada y orgullosa la herejía con la rapidez de sus progresos, y sostenida por la licencia de los grandes y por la ignorancia de los pueblos, hacia lastimosos estragos en Alemania, en Francia y en los Países Bajos. No perdonó el santo Papa á desvelos, cuidados, fatigas, arbitrios y diligencias para contenerlos. Envió legados á todas las cortes: despachó celosos misioneros á todas las iglesias afligidas; y expendió todo el patrimonio de san Pedro en socorrer á los príncipes, y en ayudarlos á reprimir los enemigos de la Religion y del Estado. Á la vigilancia y á la solicitud de este santo Pontífice deben la ciudad de Aviñon y el condado de Venezin el haber sido preservados de la herejía; y así la Francia como los Países Bajos no experimentaron menores efectos de su vigilancia pastoral.

Reconociendo Carlos IX que debia no menos á las oraciones del santo Papa, que á las tropas y dinero con que le habia socorrido, las dos famosas victorias que consiguió de los Hugonotes en la batalla de Jarnac y en la de Moncontour, le envió muchos estandartes. El duque de Alba confesó que se le debia la conservacion de Flandes; y en Alemania apenas se mantuvo la Religion sino á costa del celo y de la inmensa inagotable caridad de este gran Santo. Ni esta se limitó dentro de la Europa sola; extendióse hasta la América, hasta las Indias, hasta los últimos confines del Japon, donde así los

misioneros, como los neófitos, se mantuvieron algun tiempo á expensas del heróico Pontífice.

No es fácil imaginar celo mas ardiente, mas puro, ni mas universal; no habia hombre apostólico á quien no animase con sus ejemplos, á quien no mantuviese con sus oraciones, á quien no alentase con sus socorros. Perfectamente instruido de la santidad y de la utilidad de la nueva Compañía de Jesús, no solo se declaró su protector, sino padre suyo. Admiraba su Instituto; exaltaba continuamente los gloriosos trabajos de sus hijos; colmóla de favores, de gracias y de privilegios por cuatro bulas, que comprenden el mas noble elogio que se puede hacer de la Compañía.

Mas al mismo tiempo que trabajaba tan infatigablemente en conservar la fe dentro de Europa, y en extenderla por el Nuevo Mundo, no perdonaba á diligencia alguna para atajar los progresos que iba haciendo el enemigo comun del nombre cristiano. Luego que ascendió al sumo pontificado, envió cuantiosos socorros á la isla de Malta, para que se reparase de lo que habia padecido en el sitio que defendió tan gloriosamente contra Soliman II, emperador de los turcos. Habiendo su hijo el sultan Selim II roto el tratado que se habia hecho con los venecianos, y apoderándose de la isla de Chipre, amenazaba á Malta, Venecia, Sicilia y á toda la cristiandad. Llenóse toda de terror, sin descubrir otro mayor consuelo ni esperanza que la que fundaba en lo mucho que podian con Dios las oraciones del santo Papa. No fue vana esta confianza de los fieles; porque habiendo juntado el Pontífice sus fuerzas con las de los príncipes cristianos, agotó, por decirlo así, el tesoro de la Iglesia para tan gloriosa empresa. La armada otomana, compuesta de doscientas galeras, y de casi setenta fragatas y bergantines, habia echado el áncora en el golfo de Lepanto, persuadida á que la escuadra cristiana no tendria valor para salir de los puertos; pero engañóse, porque al amanecer del dia 7 de octubre comenzó á entrar en el golfo. El Sr. D. Juan de Austria que la mandaba, y Marco Antonio Colona, general de las tropas de la Iglesia, viendo que la armada turca venia á toda vela hácia ellos, dieron la señal de acometer, enarbolando el estandarte que habia recibido de mano de Su Santidad.

Apenas se desarrolló la imágen de un Crucifijo, que se registraba bordada en medio del estandarte, cuando postrada toda la escuadra cristiana la adoró profundamente, saludándola con grandes gritos de alegría; y hecha una breve, pero fervorosa oracion, se vino á las manos. El viento, que favorecia á la armada otomana, se mudó de re-

pena, y desde el principio del combate se declaró en favor de los Cristianos. Mientras el santo Papa, como otro Moisés, levantaba las manos al cielo, las armas cristianas estaban consiguiendo la mas completa y mas gloriosa victoria que jamás se habia visto. Fue este glorioso dia el 7 de octubre de 1571. Perdieron los turcos mas de treinta mil hombres, con su general ó almirante Ali-bajá, y mas de trescientos vasos entre galeras y otras embarcaciones. Hiciéronse cinco mil prisioneros, y cobraron libertad cerca de veinte mil cautivos cristianos; fue inmenso el botin, y el fiero enemigo del nombre cristiano quedó consternado y abatido. Después de Dios se atribuyó toda la gloria de este famoso dia al santo pontífice Pio, que desde que salió de Roma el almirante Colona para hacerse á la vela, no habia cesado de afligir con nuevas penitencias su ya extenuado cuerpo al rigor de las enfermedades y de las mortificaciones, orando continuamente, y disponiendo que todos orasen en públicas rogativas por el buen suceso de las armas cristianas; y mientras el santo Papa de dia y de noche derramaba torrentes de lágrimas en la presencia del Señor, en el mismo punto en que los Cristianos triunfaban de los turcos, le reveló el cielo en una especie de éxtasis aquella grande victoria.

Estaba hablando Su Santidad con algunos prelados en el palacio del Vaticano, y á lo mejor de la conversacion dejólos de repente; abrió una ventana; fijó los ojos en el cielo; estuvo inmóvil un gran rato; volvió en sí de aquella suspension, y convirtiéndose á los prelados les dijo: *No es tiempo de hablar de negocios: id luego á dar gracias á Dios por la célebre victoria que nuestra armada naval acaba de conseguir de los turcos;* y postrándose el santo Papa á los piés de un Crucifijo, pasó en oracion lo restante de aquel dia. Hasta catorce dias después no pudo llegar la posta; y sus pliegos acreditaron la verdad de la revelacion, y la puntualidad con que el cielo le habia anticipado la noticia.

Entre las oraciones públicas que mandó hacer en accion de gracias, la tierna devocion que profesaba á la santísima Virgen le movió á instituir una fiesta particular el dia 7 de octubre con el título de *Nuestra Señora de la Victoria*, en reconocimiento de la que esta soberana Reina habia alcanzado de su Hijo en favor de los Cristianos. Gregorio XIII, su sucesor, fijó esta fiesta al primer domingo del mismo mes, con el título de *Nuestra Señora de la Victoria y del santo Rosario*; cuya fiesta se celebraba ya antes con mucha devocion y solemnidad el dia 25 de marzo.

No sobrevivió mucho tiempo el santísimo Pontífice á esta célebre

victoria, que tanto abatió el poder y el orgullo del imperio otomano, y llenó de tanto gozo á toda la Iglesia católica. Oprimido con la fatiga de sus apostólicos trabajos, extenuado al rigor de sus ayunos y excesivas penitencias, y consumido con los ardores de su celo, tuvo algun presentimiento de su cercana muerte. Por el mes de marzo se le avivaron extraordinariamente los dolores de piedra, que le atormentaban muchos años habia; y reconociendo que se iba acercando su fin, dobló tambien su fervor. Quiso visitar por la última vez las siete iglesias de Roma, y lo hizo con singularísima ternura y devocion. Aunque se sentia tan malo, y padecia vivísimos y continuos dolores, no hubo forma de dispensarse en la abstinencia, ni en el ayuno de la Cuaresma. Durante su enfermedad se reconcilió todos los dias; y celebró el santo sacrificio de la misa hasta que ya no pudo hacerlo. Mando que le administrasen la santa Uncion, y se le oia repetir muchas veces: *Laetatus sum in his quae dicta sunt mihi: in domum Domini ibimus*. Estoy lleno de alegría, sabiendo que presto hemos de ir á la casa del Señor. En fin, después de una breve agonía, que pudo parecer especie de oracion, este gran Papa murió con la muerte de los justos el dia 1.º de mayo del año 1572, en el sexto de su pontificado, y á los setenta y ocho de su edad.

Fue universal la afliccion y sentimiento, no solo en Roma, sino en toda la cristiandad. No hubo Pontífice mas tierna ni mas generalmente llorado. Tanto como se affigieron los Cristianos con su muerte, tanto la celebraron los turcos, porque le miraban como el mas terrible enemigo de la potencia otomana. Estuvo expuesto su santo cuerpo en la iglesia de San Pedro por espacio de cuatro dias, en los cuales fue inmenso el concurso del pueblo que acudió á reverenciarle, y fue acompañada su devocion con muchos milagros.

Diez y seis años después de su muerte el papa Sixto V hizo levantar un magnífico mausoleo en la iglesia de Santa María la Mayor, y fueron trasladadas á él con grande solemnidad sus preciosas reliquias. Los muchos y grandes milagros que en vida y muerte ha obrado el Señor por intercesion de este gran siervo suyo movieron al papa Clemente X á beatificarle solemnemente el dia 1.º de mayo del año de 1672; y finalmente la santidad de Clemente XI le puso en el catálogo de los Santos por la bula de su canonizacion, que expidió en 4 de agosto de 1711; acreditando bien la magnificencia con que en todas partes se celebró esta fiesta la singular devocion y veneracion que todos los fieles profesan á este gran Santo.

LA CONVERSION DE SAN AGUSTIN.

Dos conversiones celebra la Iglesia sumamente parecidas por los sugetos convertidos, por las circunstancias de su conversion, y por el copioso fruto que de ellas resultó á la religion cristiana; que son la del apóstol de las gentes san Pablo, y la del gran Padre san Agustín. Gozosa nuestra Madre por la adquisicion de estos dos héroes que tanto la han honrado con sus obras, con su santidad y con su doctrina, quiere proponerla á los fieles sus hijos, para que en ella vean un ejemplo práctico de las miserias á que nos expone nuestra flaca naturaleza, y los gloriosos triunfos que consigue de ellas el poder soberano y celestial de la gracia. No se contenta con presentarnos tantos mártires esforzados de uno y otro sexo que despreciaron valerosamente los tormentos mas horribles y la misma muerte por Cristo: tantos confesores, anacoretas, penitentes y vírgenes que vivieron en carne mortal con la misma pureza y santificacion que si careciesen de los estímulos de la concupiscencia rebelde; y últimamente, no se contenta con proponernos las santísimas vidas de Jesús y su Madre como regla de nuestras acciones y modelo de nuestra vida, sino que para consolar á los pecadores y avivar sus esperanzas, quiere esta Madre amorosa que veamos como los que han sido pecadores, y se vieron sumergidos en delitos, han llegado después á ser vasos de santificacion y columnas las mas firmes de su doctrina. Esto se manifiesta claramente en la conversion prodigiosa de Agustino, cuya historia, para evitar repeticiones, puede verse sacada fielmente de sus mismas Confesiones, el dia 28 de agosto en que la Iglesia celebra su fiesta principal.

Toda la Iglesia de España hace conmemoracion de esta festividad, que logró la serenísima reina doña Isabel Farnesio, queriendo que á imitacion de la religion agustiniana, que ya celebraba la conversion de su Patriarca desde el año de 1388, celebrase tambien su reino la gloria de una conversion que dió un maestro de la doctrina verdadera al orbe cristiano: un padre y protector á la Iglesia católica: un martillo á los herejes para su confusion y exterminio: una antorcha brillante á los concilios: una luz copiosa á todos los sabios: un vaso de eleccion, y un ejemplo de santidad heroica á todos los fieles de todos los estados en que está repartido el mundo.

SAN ÁNGEL Ó ÁNGELO, MÁRTIR, RELIGIOSO CARMELITA.

Uno de los mas gloriosos hijos que ha tenido el sacro Monte Carmelo, ha sido el insigne mártir san Ángelo, hombre en el ser, ángel en la pureza, y querubin en la sabiduría. Su concepcion fue anunciada á sus padres, aunque judíos naturales de Jerusalem, por la misma Reina de los Ángeles; la cual apareciéndoseles cierta noche rodeada de resplandores les mandó que se bautizasen, asegurándoles dos hijos, *que serian dos lucientes candeleros en el templo del Señor, y dos olivas floridas en el Monte del Carmelo. Al primero llamaréis Ángelo; al segundo Juan: aquel será glorioso mártir; este patriarca de Jerusalem; y siempre tendré á los dos bajo de mi amparo y tutela.*

A pocos dias de haber recibido el agua del Bautismo, se sintió María ocupada, y á mediados de abril del siguiente año, que fue el de 1186, dió á luz dos hermosos niños, que luego hizo bautizar, llamando al primero Ángelo, y Juan al segundo, conforme le habia ordenado y mandado la Virgen santísima.

Desde luego fueron abstinentes, pues jamás tomaron el pecho sin conocida necesidad; y sus padres, agradecidos al cielo, repartieron su hacienda á los pobres, profetizando que sus hijos tenian ya las riquezas del cielo por patrimonio y herencia. En efecto, quedaron Ángelo y Juan huérfanos y pobres á la edad de cuatro años, aunque no desamparados; porque el patriarca de Jerusalem, á quien sus padres los encomendaron antes de morir, tomó á su cargo el alimentarlos y doctrinarlos. Aprendieron las artes liberales, saliendo en todas doctísimos, sobre todo en la sagrada teología, y lenguas hebrea, griega y latina, de suerte que en todas se aventajaban á todos á los diez y ocho años de su edad. Viéndose ya en esta edad, y que á su nuevo padre el Patriarca se le acercaba la muerte, le pidieron con grandes instancias les hiciese dar el hábito de Nuestra Señora del Cármen, en el convento de Santa Ana, donde habian sido enterrados sus padres; el cual efectivamente les fue dado el dia de la Natividad de la Virgen santísima el año de 1204 con gran solemnidad y alegría suya, del santo Patriarca, de los religiosos todos del convento, y edificacion del pueblo católico.

En el noviciado dieron evidentes muestras de virtud y observancia religiosa; por lo cual con gran satisfaccion y aprobacion de su maestro y toda la comunidad, hicieron su solemne profesion el año siguiente de 1205. Deseaban con ansiedad los recién profesos vivir en soledad, por darse á Dios mas á solas; y así los mudaron luego

al monasterio del Monte Carmelo por ser mas retirado. En este tiempo fue cuando el patriarca de Jerusalem san Alberto, sucesor del que habia criado á nuestros Santos, dió nueva regla á los religiosos Carmelitas; y para mostrar que sus rigores no eran inobservables, como algunos juzgaban, previno el Señor á Fr. Ángelo y Fr. Juan, que pareciéndoles pocos, alcanzaron licencia del Prior para añadir á los que la regla mandaba. Los ayunos que ella manda desde la Santa Cruz de setiembre hasta el dia de la Resurreccion cumplan con pan y agua. Los lunes, miércoles y vienes ayunaban á pan y agua, y los demás dias añadian unas yerbas rociadas con unas gotas de aceite; y volviendo por la Santa Cruz de setiembre á comenzar sus ayunos, tenian por gran regalo los domingos y jueves una porcion de legumbres, sin que jamás comiesen carne, ni leche, ni bebiesen vino, como los antiguos Carmelitas observaron. El hábito era muy áspero y tosco, y á raíz de las carnes traian una cota de hierro por camisa: su cama la tierra dura, y en sus indisposiciones una tabla con un poco de heno, y dos mantas, una para cubrirlo, y otra para echar encima, mas por honestidad que por abrigo ó regalo. Dormian siempre vestidos, y nunca echados, sino recostados; para que el quebrantamiento del cuerpo los despertase á la oracion, en que tenian su mas florido lecho. Rezaban el oficio divino de rodillas, y después con gran devocion todo el Salterio, sin saber mas camino que desde el coro á sus celdas, si el prelado no les ordenaba otra cosa. En cuya fe comenzó san Ángelo á manifestar la virtud de hacer milagros, que le concedió el Señor, en todo semejante á la que antiguamente acreditó á sus santísimos padres Elias y Eliseo.

Un dia fueron los dos hermanos, mandándoselo el Prior, á cortar leña para el monasterio. Cayósele á Fr. Juan el hierro de la hacha en un estanque profundo, que recogia el agua de la fuente de San Elias, su padre. Afligióse por ser prestado, y no tener los religiosos posibles para pagarlo. Su hermano Ángelo, que le vió afligido, se puso en oracion, y luego tomó el astil, y aplicándole al agua (como en el Jordan hizo su padre san Eliseo) vieron que andando el hierro, y subiendo contra su naturaleza, se encajó en el palo. Quedóse admirado Fr. Juan, pero Ángelo le dijo que diese gracias á Dios, y lo tuviese en silencio. Así lo hizo; pero Dios, que queria manifestar la santidad de su siervo Ángelo, se lo reveló al santo Prior de su convento, que á la sazón estaba en oracion; el cual, para gloria del Señor y edificacion de los demás, publicó la maravilla en el convento. Con estas penitencias y aspereza de vida llegaron los dos Santos

hermanos al año de 1213, en que haciendo órdenes el patriarca de Jerusalem, el Prior los envió (con otros religiosos) á ellas, aunque lo rehusaban humildes, reconociéndose por indignos del sacerdocio santo. No les bastó su humilde excusa; y así obedeciendo, salieron del monte, y le dieron vuelta, porque san Ángelo quiso visitar la cueva de san Juan Bautista, especial devoto suyo; y así hubieron de pasar el Jordan, el cual venia tan crecido, por haber llovido mucho aquellos dias, que la barca estaba anegada; y mucha gente detenida, por no haber paso.

Tuvo Ángelo lástima á los detenidos pasajeros; y puesto en oracion, al cabo de media hora se levantó, y vuelto al rio, le dijo animosamente: *Sagrado rio, por la virtud que en tí dejó Jesucristo, cuando se bautizó en tus aguas, por el poder de la santísima Trinidad, y la intercesion de nuestro Padre san Elías, cuando con su discípulo Eliseo hirió con su muleta tus aguas; te mando que des paso enjuto á estos religiosos y fieles que están aquí detenidos.* ¡Caso maravilloso! al instante se dividió el rio, y dió paso enjuto y libre á todos los pasajeros. Divulgóse por todo el reino la maravilla, y fue causa de la conversion de muchos judíos y sarracenos, y en san Ángelo de mayor humillacion, pues cuanto mas lo sublimaba el Señor, quedaba en sí mas abatido y confuso. Ordenáronse de sacerdotes los santos hermanos, y después de algunos dias se partieron para su Carmelo. Vinieron por Belen, por visitar el santo pesebre, y llegando á la ciudad se conmovieron sus vecinos, y por la opinion que le seguia á Ángelo de santo, le traian sus enfermos y necesitados, fiando de su intercesion la salud. Entre los demás vino una mujer llamada Isabel llorando la muerte de un hijo que se habia muerto entre las travesuras de mancebo, y le pidió se lo resucitase. Excusábase el Santo, confesándose indigno de que por él obrase Dios tan gran milagro; pero ella con importunos ruegos y repetidas lágrimas hizo traer á su presencia al difunto, que habia dos dias que lo era; y era tanta la fe, que solo pedia tocarse el cuerpo con la punta de su capa, fiada en que solo con tocarla habia de resucitar su hijo. Enternecieron el corazon del Santo los clamores de la mujer, y los demás ayudaron con sus ruegos y lágrimas: hizo san Ángelo oracion, y aplicando la capa al difunto, al instante se levantó vivo con admiracion de todos los circunstantes. Echóse el mozo á sus piés, dándole las gracias por el beneficio, confesando que no solo debia á su intercesion la vida corporal, sino tambien la del alma, la cual habia perdido por sus juramentos y blasfemias.

Sucedió este milagro por la fiesta de la Epifanía, que habian concurrido á Belen muchos prelados circunvecinos y multitud de gente, con lo que fue mayor su aplauso. No pudiendo sufrirlo su modestia, porque reconocia que el cuerpo peligra entre las espadas, y el alma entre las alabanzas y lisonjas, pidió al Señor que le pusiese en seguro. Discurrió dónde seria, y envióle Dios un Ángel, que confirmandole en su propósito, le señaló el lugar de su habitacion, y se le ofreció por compañero en el camino, como á Tobías Rafael. Con este seguro y fiel compañero, y licencia que tenia (aunque oculta á los demás) de su Prior, salió en compañía del Ángel, que le guió al desierto de la cuarentena, no léjos de Jericó; y á imitacion de Cristo que lo consagró con su ayuno de cuarenta dias, estuvo en él san Ángelo por espacio de cinco años, tan retirado de toda humana conversacion, que ni monjes ni seglares lo pudieron descubrir, por diligencias que hicieron; porque quien lo llevó á la soledad, lo encubria (segun dice David) en lo mas escondido de su rostro.

Pero si el Santo huia del mundo para evitar las aclamaciones de que en él era objeto, el Señor se las buscaba mayores en los poblados: y como la capa de su padre Elías, dejada á Eliseo, sustituyó por su dueño, abriendo el Jordan milagrosamente; así la capa de Ángelo, que se habia dejado en Belen (por no poderla sacar sin nota de sus compañeros) obró tantos milagros, que no solo sanaba enfermos de varias enfermedades, á quienes la aplicaba, como sagrada reliquia, sino es que resucitó siete muertos, cuyos nombres trae el patriarca Enoch, autor de su vida é historia, el cual refiere tambien, que los cinco, que eran varones, se hicieron religiosos, y las dos, que eran doncellas, tomaron de religiosas el hábito; para que se viese que sus milagros no tanto miraban á la salud del cuerpo, cuanto á la del alma.

Al quinto año de su retiro se le apareció Cristo bien nuestro mas resplandeciente que el sol, acompañado de Ángeles y Santos, y díjole que ya era tiempo de que volviese al poblado; porque su eterno Padre le tenia señalado para otra empresa, no menos dificultosa y agradable que la del yermo; pues era dar la vida por reducir pecadores. Postróse Ángelo á tanta luz: resignóse en la divina voluntad: ofreció la vida al sacrificio; y respondió que obedecia pronto y humilde. Mandóle su Majestad ir á Jerusalem á predicar contra los vicios, y después á Alejandría, de donde se llevaria unas reliquias sagradas, para librarlas de que los bárbaros las profanasen, y que pasando á Roma, las entregaria al Pontífice, para que las venerase

y colocase en lugar decente; y que al fin pasase á Sicilia, donde le esperaba guerra declarada con los vicios; *mas triunfarás gloriosamente*, dijo su Majestad, *para que con la corona del martirio*, como otro Bautista, *entres triunfante en mi reino*.

Salió san Ángelo de su amada soledad por la octava de la Epifanía del año de 1219, habiendo estado en ella cinco años, y se encaminó á Jerusalem. Iba tan flaco y desfigurado, que apenas lo conocian los religiosos. Su hermano á este tiempo ya era patriarca de Jerusalem: hizole grandes instancias para que se quedase allí; mas advertido del orden que tenia de pasar á Italia, hubo de obedecer al cielo, como su hermano Ángelo. El cual después de haber predicado casi dos meses, y convertido gran parte de judíos y moros, y reducido á mejor vida infinitos católicos, que le oían como si fuese un Bautista ó un Elías, avisado del cielo que prosiguiese su viaje, se despidió de su hermano, pidió licencia al General, y eligió por compañeros tres insignes religiosos de su hábito, Fr. José de Emmaús, Fr. Pedro de Belen, que después fueron obispos, y Fr. Enoch Jerosolimitano, que subió á ser patriarca de Jerusalem, y escribió la vida de su compañero san Ángelo. Partieron para Alejandría de Egipto, dejando á todos tristísimos con su ausencia. En esta ciudad predicó hasta fin de mayo; y entregándole el patriarca de ella, con harto dolor de su corazon, las reliquias que por orden del cielo le pidió san Ángelo, se hicieron á la vela en una nave genovesa. Navegaron quince dias, y habiendo descubierto tierra de Sicilia, cerca ya del puerto, dieron con cuatro galeras de moros, que cercando de improviso la nave, la rindieron. Setenta moros entraron dentro; y viendo iban aprisionando los cristianos les dijo san Ángelo: *Tratad bien á los siervos de Jesucristo*. Pero ellos sin hacer caso, mas irritados, pasaron á atarle tambien á él por los piés. Levantó al cielo los ojos y las manos, diciendo: *Libranos, Señor, de las manos de tus enemigos, y da gloria á tu nombre*. Fue tan eficaz esta oracion, que juntó muchos milagros en uno; porque bajando fuego del cielo, hizo ceniza á los setenta moros, sin tocar á los cristianos; y trescientos que habian quedado en las galeras quedaron ciegos con su resplandor; los cuales á grandes voces comenzaron á pedir misericordia á los cristianos: compadecido el Santo, pasó á las galeras con algunos cristianos, y les dijo: *Quien de vosotros se hiciere cristiano cobrará la vista del cuerpo y del alma*; y todos respondieron que querian ser cristianos: con que habiéndolos catequizado algunos dias que

se detuvo en aquel puerto, los bautizó, y con la luz de la fe recibieron todos la corporal de sus ojos.

Partieron después para Mesina, donde entró con aquel solemne triunfo y despojo que habia ganado para Jesucristo, y se fué á hospedar á su convento, acompañado de toda la ciudad, que se habia conmovido á la voz de tantos milagros. Aquí hizo otros muchos, sanando enfermos de varias enfermedades, y milagrosas conversiones con tres sermones que predicó. Partiése para Roma; y llegando á besar con toda humildad el pié al sumo pontífice Honorio III, le presentó las reliquias, que por órden del mismo Nuestro Señor Jesucristo le traia de Alejandría, que fueron un brazo y una pierna de san Juan Bautista; la cabeza del santo profeta Jeremías; un brazo de santa Catalina, virgen y mártir de Alejandría; una pierna del inclito mártir san Jorge, y una preciosa imágen de Nuestra Señora, pintada por san Lucas; las cuales recibió Su Santidad con gran consuelo y estimacion. Visitó los santuarios de aquella santa ciudad, adoró sus reliquias, y ganóle á Dios muchas almas en el púlpito. El santo Pontífice le oyó cuatro sermones, y se le aficionó tanto, que con grandes instancias le rogó se quedase en Roma; y pasara á mandárselo, si no supiera tenia órden del cielo para volver á Sicilia. Dió-le en muestras de su cariño la iglesia de San Julian, en los montes y trofeos de Mario, para convento de su religion, que hoy posee; y por este título de antigüedad y fundacion preceden en Roma los Carmelitas á los Padres Menores y Agustinos.

Uno de los sermones que predicó en San Juan de Letran, donde tuvo por oyentes á los gloriosos Padres santo Domingo y san Francisco, san Ángelo, sin haberlos jamás visto, ni tenido de ellos noticia, con luz superior los conoció desde el púlpito; y así dijo en el sermon, que entre los que le oian habia dos nuevas y firmes columnas de la Iglesia. Predicó con tanto fervor y espíritu que, admirados los dos santos Patriarcas, luego que acabó se llegaron á él, y nombrándose por sus nombres, como si toda la vida se hubieran conocido, se abrazaron. Ángelo, adelantándose, les dijo: *Sálveos Dios, grandes doctores de la milicia cristiana. A ti, Domingo, á quien ha escogido el Señor para acérrimo impugnador de las herejías, y predicador contra los vicios; y á ti, Francisco, principal imitador de Jesucristo, cuyas cinco llagas ha de imprimir en tu cuerpo por premio de tu humildad.* A estas proféticas razones respondió santo Domingo: *Alegrate, Ángelo, á quien el Señor por singular privilegio ha escogido por predica-*

dor de la verdad contra los vicios y herejías, y lustre de la Iglesia con tus virtudes y ejemplos. Aquí añadió san Francisco: *Con razon, Angelo, te puedes alegrar; porque en breve tiempo darás tu vida por la honra del Señor en el reino de Sicilia, y con tres coronas de virgen, doctor y mártir, subirás triunfante al cielo.* Con estos y otros coloquios santos se alegraron y comunicaron entre sí estas tres lumbreras del mundo. Salieron juntos, y llegando á Santa Sabina (cuya iglesia este mismo año dió el Papa á santo Domingo para convento de su religion) les pidió un leproso la salud, que tuvo luego por la oracion de tan poderosos abogados. En Santa Sabina pasaron la siguiente noche los tres, ya en oracion, ya en santísimos coloquios. Hoy se lee sobre la celda en que vivió santo Domingo en este convento, una latina inscripcion, que es memoria eterna de todo lo referido, demás de referirlo el patriarca Enoch, que se halló presente, y otros gravísimos autores.

Recibió Angelo la última bendicion del Papa, y partióse (habiéndose despedido de sus dos santos amigos) con sus tres compañeros de Roma. Predicó en el reino de Nápoles, y ganó, con su predicacion y milagros, infinitas almas para Dios, y para su religion muchos sugetos y algunos conventos. Llegó al fin á Sicilia, desembarcando en Palermo, donde con su predicacion convirtió doscientos y siete judíos y moros, y redujo á verdadera penitencia á infinitos cristianos, haciendo asimismo muchísimos milagros. Entrado el año de 1220, se partió á Agrigento con deseo de visitar su obispo. En el camino pasó en las termas ó baños Cefalitanos, en que halló siete leprosos, que reñian con la guarda sobre que no los dejaban entrar: compadecióse Angelo, y díjoles: Tened paz, hermanos míos; y si quereis alcanzar salud, arrepentios de vuestras culpas, y confesadlas, que sanareis sin duda. A esta voz conmovidos todos siete se confesaron con él, y habiéndolos absuelto, y hecho oracion por ellos, los dejó tan sanos y buenos como si en su vida no hubieran tenido tal enfermedad. Halláronse presentes á este tan grande milagro mas de ciento y treinta personas, y entre ellas el arzobispo de Palermo, que aquejado de graves dolores, habia venido á bañarse; pero manifestando al Santo su necesidad, halló en él mejor medicina, y la salud entera, sin necesidad del baño. Viendo el agradecido Arzobispo que no pudo detener á Angelo en su ciudad, se fué con él á Agrigento, hecho discípulo suyo, y predicador de su santidad y milagros. En esta ciudad de Agrigento hizo lo que en las demás, sacar infinitas almas de pecado, y sanar infinitos cuerpos.

A los primeros de marzo salió para Leocata, acompañándole siem-

pre el Arzobispo. Era esta ciudad la que le habia señalado el Señor por campaña de sus triunfos; y así comenzó á hacer cruel guerra á todos los vicios con su divina predicacion. Pudo tanto con los ánimos mas obstinados, que en breve tiempo no se oia otra cosa que llantos, clamores, penitencias y confesiones públicas. No lo hizo así el tirano conde Berengario, hombre fiero, hereje y desalmado, á quien en secreto afeó muchas veces Ángelo, entre otros vicios detestables, el estar públicamente amancebado con su hermana, la ofensa que hacia á Dios, el escándalo que daba al pueblo; y de todo se reia el hereje, haciendo gala de ser vicioso. Viendo su dureza, el Santo prosiguió en público, y en un sermon que predicó á los 25 de abril en que cayeron las Letanías mayores, dió el Señor tal virtud á su voz, que convirtió el corazon de Margarita, hermana y manceba de Berengario. Luego que se convirtió tomó sus tres hijos por sacarlos de tan mal padre, y llena de dolor y lágrimas se fué á los piés de Ángelo, manifestándole su pecado y arrepentimiento. Suplicóle que sacándola del poder de su hermano, la pusiese en parte segura, donde pudiese satisfacer al Señor lo mucho que le habia ofendido. Gozoso el Santo oyó á Margarita en confesion, confirmóla en su propósito, y ofrecióle de parte de Dios el remedio y la seguridad.

El pérfido Berengario, que con la conversion de cualquiera pecador mas se obstinaba, sabiendo la de su hermana, dió en frenético, y lo menos con que se contentaba era dar muerte á san Ángelo. Para la ejecucion habló á los de su séquito, que como hombre poderoso y desalmado tenia muchos, y determinaron fuese en público y en dia solemne, para que fuesen mas solemnes y públicas sus maldades. Mientras Berengario prevenia crueldades, el cielo prevenia favores á Ángelo; y así estando en oracion se le apareció san Juan Bautista, y le dijo: *Sabe, Ángelo, que tus virtudes y buenas obras son tan aceptas á Dios y á su santísima madre María, que á 5 de mayo te han de llevar á la patria celestial en compañía de los Santos y Ángeles, colocándote en sus coros con la corona del martirio.* Alegre sobremanera recibió Ángelo nueva tan deseada; y poniéndole por medianero para que Cristo y su Madre le diesen valor en el trance que esperaba, gastó lo restante de la noche en prevenir su batalla y su triunfo. Por la mañana dió parte á sus compañeros de la celestial vision. Aconsejóle Fr. Pedro que huyese y diese lugar á la ira del tirano; pero Ángelo, que solo deseaba ir á reinar con Cristo, desechó su persuasion, y se preparó para la ocasion con mas fervores. Llegó el dia 5 de mayo, y después de haber dicho misa en su convento con espe-

cialísima devocion y ternura, fué á la iglesia de los gloriosos apóstoles san Felipe y Santiago, que está vecina al mar, y aquel dia predicaba en ella. Era el concurso de mas de cinco mil personas; y subiendo al púlpito comenzó á predicar con tal dulzura, eficacia y fervor, que parecia un ángel enviado del cielo. En el fervor del sermón llegó el malvado conde Berengario, asistido de mas furias infernales que hombres facinerosos, y encaminándose y subiendo al mismo púlpito, dió al Santo cinco crueles y mortales puñaladas, sacrificando á Dios aquel immaculado cordero, que con cinco fuentes de su virginal sangre quiso recompensar al Redentor las cinco preciosas llagas, que en la cátedra y púlpito de la cruz recibió por la salvacion de los hombres.

En vista de tanta maldad se puso todo el auditorio en armas, para vengar tan enorme sacrilegio; pero el Santo con rostro sereno y alegre rogó á todos dejasen ir á Berengario, y acudiesen á favorecer á su hermana, librándola de sus crueles manos. Sintiendo ya ansias mortales, se puso de rodillas con los ojos en un santo Crucifijo, y después de haber orado por Berengario, por Margarita, por todo el pueblo, y por la Iglesia toda con tierna devocion y afecto, comenzó á decir el salmo: *In te, Domine, speravi*; y llegando á decir el verso: *En tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu*, se oyó una voz del cielo, que dijo: *Ven, Ángelo, al reino que está preparado para ti y todos mis escogidos*; y al mismo tiempo vieron los presentes bajar sobre su cuerpo una luz mas resplandeciente que el sol, y salir su alma en forma de una candidísima paloma. Oyéronse suavísimos cánticos, con los cuales y los fragantísimos olores que exhalaba su santísimo cuerpo, las lágrimas de los presentes se convirtieron en gozo. Solo Berengario, digno de eterno castigo, los desmereció; el cual acudiendo á dar la muerte á su hermana, y no pudiendo hallarla, se ahorcó desesperado, dando infame fin á su vida: cuyo cuerpo echado de la ciudad, fue sepultado en el vientre de las fieras, por haberlo sido él en la vida y en las obras. Sucedió el martirio de san Ángelo el año de 1220, dia 5 de mayo en que le celebra la Iglesia.

Gran dolor causó al arzobispo Godfredo la muerte de su amigo, que por estar muy ocupado no habia asistido al sermón, y partió luego á la iglesia, y sintiendo el celestial olor, y oyendo los suaves cánticos, veneró el cuerpo como santo, y le hizo colocar en un alto túmulo, donde (á peticion del pueblo) estuvo ocho dias, haciendo tantos milagros, que es imposible reducirlos á número. Al darle sepultura hubo una piadosa competencia entre los Padres Carmelitas y

el clero, sobre que aquellos se lo querian llevar á su casa, y este no le queria dejar salir de la suya, donde al fin se quedó, declarando Gótfredo ser esta la voluntad del Santo. Luego que fue enterrado, comenzaron á experimentarse (entre otros muchos) tres singulares prodigios. Una fuente de aceite que corria, en el lugar donde fue martirizado, todos los años desde las primeras vísperas del Santo hasta las segundas (hoy persevera esta milagrosa fuente, si bien no es aceite el que ahora mana, sino agua; pero tan milagrosa como era el aceite, con el cual se hacian innumerables milagros, sanando enfermos de todas enfermedades. Una hermosa azucena, que cuantas veces la cortaban tantas volvía á nacer, en el lugar donde estaba sepultado su cuerpo, con cuyo celestial aviso trasladaron á mas suntuoso y autorizado sepulcro. El tercero fue, que descubriendo su cuerpo, siempre le hallaban con la sangre de las heridas tan reciente, fresca y colorada como el dia de su martirio, y las rosas y flores tan frescas y olorosas como estaban al tiempo que las cogieron.

Fuera nunca acabar querer referir la suma de los milagros que ha hecho y hace en todos tiempos, ya curando enfermos de todas enfermedades (y especialmente en tiempo de peste, de que es abogado, ha librado muchas veces á Leocata, como tambien de invasiones de tureos), ya resucitando muertos, dando vista á ciegos, oído á sordos, piés á cojos, manos y brazos á baldados, ahuyentando espíritus inmundos de los cuerpos de muchísimas personas. Quien gustare de ver muchos, lea las historias de Santos Carmelitas, que hallará cumplidos sus deseos, que aquí por la brevedad los omitimos. A fuerza de sus maravillas le ha hecho Palermo su patron, como tambien Leocata, donde consiguieron los Padres Carmelitas la iglesia en que estaba su cuerpo. La Iglesia romana le publica mártir y santo carmelita en sus Martirologios. El papa Pio II le concedió oficio eclesiástico, á petición del beato Fr. Juan Soret, general del Carmen, el año de 1459; y el papa Clemente X ha concedido jubileo plenísimo y perpetuo para el dia 3 de mayo, en que su religion le celebra.

La Misa es en honor de san Pio V, y la Oracion la que sigue:

*Deus, qui ad conseruandam Ecclesiam
tuo hostes, et ad diuinum cultum re-
parandum, beatum Pium Quintum
pontificem maximum eligere dignatus
es: fac nos ipsius defendi praesidiis,
et ita tuis inhaerere obsequiis, ut om-
nium hostium superatis insidiis, per-*

*Ó Dios, que te dignaste elegir por
pontífice maximo al bienaventurado
Pio V, para destruir á los enemigos de
tu Iglesia, y para reparar el culto di-
uino; haz que seamos defendidos con su
proteccion, y que de tal manera nos
dediquemos á tu servicio, que librán-*

petua pace laetemur: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

donos de las asechanzas de todos nuestros enemigos, gocemos de una perpetua paz. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epistola es del capitulo XLIV y XLV del Eclesiástico.

Ecce sacerdos magnus qui in diebus suis placuit Deo, et inventus est justus, et in tempore iracundiae factus est reconciliatio. Non est inventus similis illi qui conservaret legem Excelsi. Ideo jurejurando fecit illum Dominus crescere in plebem suam. Benedictionem omnium gentium dedit illi, et testamentum suum confirmavit super caput ejus. Agnovit eum in benedictionibus suis: conservavit illi misericordiam suam, et invenit gratiam coram oculis Domini. Magnificavit eum in conspectu regum; et dedit illi coronam gloriae. Statuit illi testamentum aeternum, et dedit illi sacerdotium magnum, et beatificavit illum in gloria. Fungi sacerdotio, et habere laudem in nomine ipsius: et offerre illi incensum dignum, in odorem suavitatis.

Hé aquí un sacerdote grande que en sus dias agradó á Dios, y fue hallado justo, y en el tiempo de la cólera se hizo la reconciliacion. No se halló semejante á él en la observancia de la ley del Altísimo. Por eso el Señor con juramento le hizo célebre en su pueblo. Dióle la bendicion de todas las gentes, y confirmó en su cabeza su testamento. Le reconoció por sus bendiciones, y le conservó su misericordia, y halló gracia en los ojos del Señor. Engrandecióle en presencia de los reyes, y le dió la corona de la gloria. Hizo con él una alianza eterna, y le dió el sumo sacerdocio: y le colmó de gloria para que ejerciese el sacerdocio, y fuese alabado su nombre, y le ofreciese incienso digno de él, en olor de suavidad.

REFLEXIONES.

Invenit gratiam coram oculis Domini: halló gracia en los ojos del Señor. El favor de los grandes del mundo no excluye el mérito; pero tampoco le supone, ni mucho menos le da. Puede lograrse sin merecerse; mas supongamos que se merezca, ¿qué provecho, qué ventaja sólida y permanente se saca de estar en su gracia? Ya es como destino de los favorecidos no conservar el favor hasta el fin; ó porque los príncipes se cansan de ellos después de haberles dado todo cuanto pueden darles, ó porque ellos se cansan de los príncipes cuando no tienen mas que esperar. Pero demos que se conserven en la gracia del príncipe hasta la muerte; de todos sus favores, ¿qué provision les podrá ser útil para la otra vida? A un favorecido que se condenó, ¿le servirá de gran consuelo haber sido objeto de envidia en la corte, haber tenido parte en todas las gracias, haber merecido toda la confianza del príncipe? Comprase por lo comun á subido precio el favor de los grandes; cuesta mucho el conservarle, y

la desgracia, por lo regular, es efecto del capricho. Pero ¿cuesta tanto hallar gracia en los ojos del Señor?

Desde que quiero estar en gracia suya, lo estoy; y cuando dejo de estarlo, siempre es por culpa mia. Este favor no causa celos; cuanto mas estrechamente se logra, con mayores ansias se desea que se aumente el número de los favorecidos; el tesoro de las gracias es infinito; por mas que se repartan y se distribuyan, nada se pierde; finalmente, hablando en rigor, sola la amistad de Dios da verdadero mérito. El nacimiento, los bienes de fortuna, un empleo honorífico, un mérito puramente exterior, la brillantez del ingenio, la penetración, el despejo, la cultura, si dan alguno, es muy superficial, y bien despreciable. No hay duda que hay prendas naturales que hacen respetables á los hombres; pero en este respeto tiene mucha parte la imaginacion: y sobre todo, ¿de qué utilidad, ni de cuánta duracion son esos imaginarios méritos? Sola la virtud no depende, ni de la idea, ni del capricho de los hombres, ni de la inconstancia de los tiempos. ¿Es uno grato á los ojos de Dios? ¿está en su gracia? pues tiene verdadero mérito. Que sea de humilde y oscuro nacimiento, que tenga ingenio ó deje de tenerle, que sea pobre, que sea desconocido, que le falte toda humana proteccion, todo apoyo, todo arrimo, ¿es amigo de Dios? pues es hombre respetable. Los disolutos que están mas cubiertos de oro respetan la inocencia y la virtud en el mas vil y mas andrajoso esclavo. En vano afectan burlarse, divertirse, hacer chufleta de la devocion; interiormente la estiman y la veneran. Es este un tributo que la razon paga indispensablemente á la virtud. *Halló gracia en los ojos del Señor.* En este breve panegírico se comprenden los mas grandes, los mas magníficos elogios. ¿*Halló esta gracia?* Pues ya hizo su fortuna por el tiempo y por la eternidad. Y ¡será posible que ni siquiera sea objeto de nuestra ambicion esta fortuna! y ¡será posible que estimemos tan poco este favor! Y ¡será posible que nos haga tan poca fuerza este mérito! y ¡será posible que aspiremos á otra gloria! ¡Ó buen Dios, cuánto nos debe humillar este mal gusto, y este perverso modo de discurrir! pero ¡qué dolor, qué desesperacion será la nuestra algun dia por haber hecho tan poco caso de la amistad del Señor!

El Evangelio es del capítulo xxv de san Mateo.

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis parabolam hanc: Homo quidam peregre proficiscens, vocavit ser-

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discipulos esta parábola: Un hombre que debia ir muy lejos de su país, llamó á

vos suos, et tradidit illis bona sua. Et uni dedit quinque talenta, alii autem duo, alii vero unum, unicuique secundum propriam virtutem, et profectus est statim. Abiit autem qui quinque talenta acceperat, et operatus est in eis, et lucratus est alia quinque. Similiter, et qui duo acceperat, lucratus est alia duo. Qui autem unum acceperat, abiens fodit in terram, et abscondit pecuniam domini sui. Post multum vero temporis venit dominus servorum illorum, et posuit rationem cum eis. Et accedens qui quinque talenta acceperat, obtulit ei alia quinque talenta, dicens: Domine, quinque talenta tradidisti mihi: ecce alia quinque superlucratus sum. Ait illi dominus ejus: Euge, serve bone et fidelis, quia super pauca fuisti fidelis, supra multa te constituam, intra in gaudium domini tui. Accessit autem et qui duo talenta acceperat, et ait: Domine, duo talenta tradidisti mihi: ecce alia duo lucratus sum. Ait illi dominus ejus: Euge, serve bone et fidelis, quia super pauca fuisti fidelis, super multa te constituam, intra in gaudium domini tui.

sus criados, y les entregó sus bienes. Y á uno dió cinco talentos, á otro dos, y á otro uno, á cada cual segun sus fuerzas, y se partió el punto. Fué, pues, el que habia recibido los cinco talentos á comerciar con ellos, y ganó otros cinco: igualmente el que habia recibido dos, ganó otros dos; pero el que habia recibido uno, hizo un hoyo en la tierra, y escondió el dinero de su señor. Mas después de mucho tiempo vino el señor de aquellos criados, les tomó cuentas; y llegando al que habia recibido cinco talentos, le ofreció otros cinco, diciendo: Señor, cinco talentos me entregaste, hé aquí otros cinco que he ganado. Díjole su señor: Bien está, siervo bueno y fiel, porque has sido fiel en lo poco, te daré el cuidado de lo mucho; entra en el gozo de tu señor. Llegó tambien el que habia recibido dos talentos, y dijo: Señor, dos talentos me entregaste, hé aquí otros dos mas que he granjeado. Díjole su señor: Bien está, siervo bueno y fiel; porque has sido fiel en lo poco, te daré el cuidado de lo mucho; entra en el gozo de tu señor.

MEDITACION.

Cuánto importa no despreciar las cosas pequeñas.

PUNTO PRIMERO.—Considera con qué exactitud y con cuánto cuidado tomó cuenta el padre de familias hasta de los menores talentos, y con qué severidad castigó la negligencia del siervo tímido y perezoso. Solo se descuidó en negociar con un talento, y por eso fue condenado al último suplicio. Terrible documento para los que hacen poco aprecio de las obligaciones mas menudas.

Aun el motivo de la grande liberalidad que ejercitó el padre de familias es leccion muy importante: *Alégrate, siervo fiel, pues porque lo fuiste en pocas cosas, yo te haré dueño de muchas.* Desengañémonos, y acabemos ya de deponer esas falsas preocupaciones. Es error imaginar que la escrupulosa exactitud en cumplir con las obligaciones y reglas mas menudas es virtud de novicios, y que la sólida virtud

no depende de esa exactitud escrupulosa; porque realmente sin ella no hay verdadera virtud. *Quia super pauca fuisti fidelis* porque fuiste fiel en pocas cosas, esto es, en cosas pequeñas. Aquí no se habla ni de grandes sacrificios, ni de cuantiosas limosnas, ni de victorias extraordinarias; ni los desiertos, ni los cadalsos se proponen aquí por medida del premio y del salario: *quia super pauca fuisti fidelis*. Esas acciones heroicas que hacen tanto ruido, y que tanto edifican al mundo, son poco frecuentes. No todos los días se entra en una religion; son muy raras esas grandes mortificaciones; el sacrificio de los padres, de los parientes, de los bienes de fortuna se hace una vez en la vida. Pídenos Dios un amor, una fidelidad mas constante, y la fidelidad en cosas pequeñas es de todos los días y de todas las horas. A cada instante se nos ofrecen pasiones que domar, ocasiones en que sufrir, humor, genio y caprichos que vencer. Estas victorias no hacen tanto ruido ni nos granjean tanto honor delante de los hombres; pero son de un precio inestimable á los ojos de Dios. ¡Cuántas gracias se siguen necesariamente á esas multiplicadas victorias! Y ¿basta una devocion pasajera, un fervor momentáneo, una virtud superficial para esta firme y constante fidelidad?

Se puede decir que la virtud mas elevada depende de esta fiel puntualidad en cosas pequeñas; ó á lo menos es cierto que para ser exacto en ellas es menester un grande amor de Dios. Para vencer las dificultades que se representan en las acciones grandes, basta muchas veces el honor que se nos sigue de ellas; las mayores humillaciones, siendo públicas y voluntarias, traen consigo no sé qué esplendor ó brillantez que lisonjea al amor propio. Pero cuando en el cumplimiento de las obligaciones menudas no se descubre cosa que pueda avivar el apetito de la propia estimacion; cuando todo el mérito de la obra es puramente interior; cuando son aquellas acciones comunes, oscuras y ordinarias en que el amor propio no descubre aliciente ni atractivo; cuando los motivos de ella son totalmente sobrenaturales, sin mezcla de algun humano respeto; cuando la Religion y la perfeccion es su único móvil y principio; entonces ¿qué virtud mas sólida, ni qué amor de Dios mas encendido ni mas puro? Y á vista de esto, ¿habrá quien se desaliente, quien desespere de arribar á la perfeccion, porque ni se siente con espíritu, ni se le ofrece ocasion para hacer cosas grandes? ¡Qué dolor! ¡qué confusion será la nuestra cuando veamos que la mas elevada santidad dependia de la observancia de las mas menudas reglas, del cumplimiento de las mas mínimas obligaciones!

PUNTO SEGUNDO.—Considera el cuidado que ha tenido Dios de hacernos demostraciones de esta verdad, disponiendo que los efectos mas maravillosos pendiesen no pocas veces del cumplimiento de las obligaciones mas menudas, y de circunstancias al parecer muy ligeras.

¿Pudo haber ceremonia mas ligera que la de levantar las manos al cielo? con todo eso de ella dependió la victoria de los amalecitas. Tomar el agua en el hueco de la mano, y no encorvarse, ó no bajarse bara beber, parecia circunstancia bien menuda: sin embargo, de esta menudencia dependió la salud del pueblo de Israel. ¿Qué has hecho, Joás, exclama el Profeta? ¿no has herido la tierra con tus saetas mas que tres veces? Si la hubieras herido cinco, seis ó siete, vencerias el ejército enemigo hasta derrotarle enteramente. Herir la tierra dos ó tres veces mas ó menos, era, ó parecia ceremonia harto ligera; y no obstante, de esta ceremonia estaba pendiente la tranquilidad y la gloria del reino de Joás.

¡Ó mi Dios, cuántos y cuántas andan arrastrando toda la vida por el camino de la perfeccion; cuántos y cuántas envejecen y encanecen entre mil groseras imperfecciones, llegando á morir en una lastimosa tibieza, á quienes se les pudiera decir: *Si percusisses quinquies aut series*, hubieras vencido las mayores dificultades! Dos ó tres pases mas que hubieras dado, algunos dias, algunos meses mas de perseverancia te constituian muy superior á todos los respetos humanos. No hay duda que tu porte fue bastante regular; solo te faltó un poco mas valor, alguna mayor fidelidad en ciertas cosillas que eran de tu obligacion, en observar ciertas reglas que parecian menudas, para conseguir de Dios gracias muy extraordinarias, y para arribar á una eminente santidad. ¡Ó cuánto duele, cuánto escuece cualquiera remordimiento en esta materia, especialmente si es dictado por el amor propio!

Demos caso que para llegar á la cumbre de la perfeccion fuera menester atravesar mares, sacrificar todos los bienes, padecer grandes afrentas, hacer gruesas limosnas: demos caso que para ser santo fuera necesario dar la propia vida; ¿seria lícito dudar, ni aun deliberar en este caso? ¿Pudiera parecernos, ni aun entonces, que costaba la santidad mas de lo que ella merecia? *Si rem grandem dirisset tibi, ecce facere debueras*, se le dijo á Naaman; *quanto magis quia nunc dixit tibi: lavare, et mundaberis*. Aunque Dios hiciera dependiente la virtud de lo mas penoso, de lo mas trabajoso que puede haber en esta vida, *ecce facere debueras*, no pudiéramos, ni debiéramos

dejar de practicarlo. *Quanto magis quia nunc dixit tibi: lavare, et mundaveris.* Pues ¿qué excusa podemos alegar, sabiendo que Dios tiene, digámoslo así, aligadas las mayores gracias, los mas singulares favores, la virtud mas elevada á la exactitud en las cosas mas menudas? ¡Y qué dolor será el nuestro por haber faltado á esta exactitud y á esta fidelidad!

Bien lo experimento yo, divino Salvador mio, bien lo experimento; y no experimento menos toda la amargura de mi confusion con la memoria triste de mis pasadas tibiezas; pero este mismo dolor, efecto de vuestra gracia, me alienta á esperar que ya no faltaré á la fidelidad en el cumplimiento de las mas menudas obligaciones, mediante vuestra divina asistencia.

JACULATORIAS.—Con mucha razon habeis mandado se guarden vuestros divinos preceptos con la mayor exactitud. (*Psalm. cxviii.*)

Resuelto estoy, Señor, á cumplir con toda puntualidad tus justos mandamientos; solamente te suplico que no me desampares en mi flaqueza. (*Ibid.*).

PROPÓSITOS.

1 Ya es error sobradamente comun, aun en los que hacen profesion de virtuosos, despreciar las cosas pequeñas, ó no hacer el mayor caso de ciertas obligaciones que parecen muy menudas. La delicadeza de conciencia en este punto suele reputarse por vana timidez de una alma pusilánime; y la puntualidad escrupulosa en este género de menudencias no pocas veces se califica por prueba de un espíritu corto y apocado. Quieren decir que un corazon magnánimo y elevado pierde de vista esas nimiedades; y que la verdadera virtud es independiente de un monton, de un agregado de piadosas menudencias, que abaten el ánimo, hacen urbana, grosera y enfadosa la sociedad, y en vez de fomentar la devocion, la agotan y la desecan. Sobre este falso principio se huye de todo lo que suena á opresion; se da libertad á los sentidos; las pasiones viven con ensanche; y ¿qué nace de aquí? Las funestas recaídas y la triste relacion que tantas veces se experimenta. Una rendija que se desprecie, y no se calafatee, basta para echar á fondo un navío. Si se han dejado arruinar las fortificaciones exteriores; si no se han reparado las brechas ó las ruinas de las murallas, no está la plaza en estado de defensa; levántense de pronto las trincheras que se quisieren, no puede durar el sitio cuando los sitiados se hallan tan descubiertos.

Las devociones, la modestia, la circunspeccion, la observancia de las reglas mas menudas, son como aquellas obras avanzadas que detienen al enemigo desviado de la plaza. El que jamás se dispensa en la oracion de la mañana, en la leccion espiritual, en la frecuencia de Sacramentos, en ciertas obligacioncillas de su estado, en ciertas reglas que parecen de poca importancia, no es capaz de faltar á las obligaciones esenciales; pero cuando se abandonan estos puestos avanzados, cuando no están bien defendidas estas entradas, presto nos coge el enemigo por sorpresa. Desengañémonos, que no está lejos de romper con un amigo ó con un amo el que repara poco en disgustarle á menudo. Examine te escrupulosamente acerca de este artículo; mira si te dispensas ligeramente en el cumplimiento de ciertas obligaciones que parecen de poca monta; si has dejado ciertas devociones que á los principios de tu conversion practicabas con tanto provecho tuyo; nota y enmienda lo que te hubieres relajado en este punto.

2 Haz un firme propósito, é imponte una como ley de no dejar en toda tu vida ciertas devociones, ciertos ejercicios de religion muy saludables y muy útiles, cuyo valor ignoran muchos. Por ejemplo, persíguate, ó haz siempre la señal de la cruz como cristiano; esto es, con decencia, con devocion y con respeto, formándola perfectamente y sin garabatos; con reposo, con religion y con sosiego, como nos lo enseñaron los Apóstoles, llevando la mano derecha á la frente, desde la frente al pecho, desde el hombro izquierdo hasta el derecho, y diciendo con devota pausa: *In nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti*; haz esto á menudo, porque es, como se ha dicho, una profesion de fe en compendio, y el dia de hoy parece que muchos no tienen valor, ó que tienen vergüenza de hacerla. ¿Quién dirá que hacen la señal de la cruz muchas personas, al observar como la hacen? Mas parece burla, irreligion y desprecio. Segundo: Nunca dejes de tomar agua bendita al entrar y salir de la iglesia. Hay algunos que tienen por devocion popular una costumbre tan cristiana, tan santa y tan antigua, y pensarian que se hacian vulgares si tomasen agua bendita y la llevasen á la frente; así se va debilitando poco á poco la fe de los Cristianos por unas negligencias sumamente perjudiciales á la piedad. Tercero: Tambien es una devocion de gran provecho, y de no menor ejemplo, tener siempre agua bendita en el cuarto, tomarla al entrar y al salir de él, y rociar con ella la cama al tiempo de acostarse. Cuarto: Nunca omitas la bendicion y las gracias antes y después de la comida. En todos tiempos fueron muy

exactos y religiosos los Cristianos en esta santa costumbre. ¡Pero ah, y cuántos el día de hoy se sientan y se levantan de la mesa como pudieran hacerlo unos gentiles! A vista de esto, poco nos agraviaría el que nos preguntase si entre los Cristianos de nuestros tiempos se encontraban muchos verdaderos fieles.

DIA VI.

MARTIROLOGIO.

SAN JUAN ANTE PORTAM LATINAM, en Roma, el cual preso por orden de Domiciano, y llevado desde Éfeso á Roma, por sentencia del Senado delante de la puerta Latina lo metieron en una tina de aceite hirviendo, de la cual salió mas limpio y robusto que habia entrado. (*Véase su historia en las de hoy*).

SAN EVODIO, en Antioquía, el primer obispo que ordenó san Pedro, apóstol, en aquella ciudad, segun escribe san Ignacio á los Antioquenos; acabó su vida con glorioso martirio.

SAN LUCIO, obispo, en Cirene, de quien hace mencion san Lucas en los Hechos de los Apóstoles.

LOS SANTOS MÁRTIRES ELIODORO, VENUSTO Y OTROS SETENTA Y CINCO, en el África.

SAN TEODOTO, obispo de Cirinia en Chipre, el cual habiendo padecido muchos tormentos en tiempo del emperador Licinio, después estando ya en paz la Iglesia, murió en el Señor.

EL GLORIOSO TRÁNSITO DE SAN JUAN DAMASCENO, en Damasco, esclarecido en santidad y doctrina; el cual en defensa del culto de las sagradas imágenes combatió valerosamente de palabra y por escrito contra el emperador Leon Isáurico; y habiéndole cortado por mandato de este la mano derecha, el Santo encomendándose á Dios delante de una imagen de la santa Virgen María á quien habia defendido, al punto la recobró entera y sana. (*Véase su vida en las de hoy*).

SAN PROTÓGENES, obispo, en Cares de Mesopotamia.

SAN EADBERTO, obispo de Lindisfarne en Inglaterra, insigne en piedad y doctrina.

SANTA BENITA, vírgen, en Roma.

LA TRASLACION DE SAN MATEO, apóstol, en Salerno, cuyo sagrado cuerpo, que habia sido antes trasladado de Etiopia á varias provincias, por último fue trasladado á aquella ciudad (*en 1080, por disposicion del papa Gregorio VII*), y colocado con mucha pompa en una iglesia dedicada á su nombre.

LA FIESTA DE SAN JUAN ANTE PORTAM LATINAM.

Queriendo nuestra madre la Iglesia honrar la memoria de lo que el evangelista san Juan padeció por Jesucristo, instituyó en este día la fiesta de su martirio.

Cuando el Salvador del mundo caminaba á Jerusalem para consumir en aquella ciudad su sacrificio, iba conversando con sus Após-

toles acerca de lo que en ella habia de padecer, pronosticándoles todas las ignominias de su pasion, hasta las mas menudas circunstancias. Ya veis, les decia, que subimos á Jerusalem; allí será el Hijo del Hombre traidoramente entregado á los ancianos del pueblo, á los doctores, á los magistrados; los principes de los sacerdotes lo entregarán al brazo seglar de los gentiles, en cuyo poder será expuesto á la risa y á la burla del insolente populacho; será escupido, será cruelmente azotado, y en fin, será condenado á morir en una cruz; pero después de su muerte resucitará lleno de gloria. Todo este discurso para los Apóstoles era un enigma; no entendian palabra de lo que les queria decir, y no acertaban á concebir cómo podian componerse tantas ignominias con tanta dignidad y con tanta grandeza en la persona de su Maestro.

Consistia la causa de su ignorancia en aquella dificultad que de ordinario tiene la naturaleza en concebir las cosas que mira con aversion. Como aun no habian aprendido los discipulos de Cristo la celestial doctrina que nos enseña á amar los trabajos, y á abrazarnos con la cruz; ni le oian de buena gana hablar en esta materia, ni mucho menos comprendian lo que el Salvador les decia. Gustaban todavía de las honras, y solo pensaba cada uno en el modo de cómo habia de sobreponerse á los otros. Con este espíritu los hijos del Zebedeo, Santiago y san Juan, se valieron de su madre, para que como parienta de la santísima Virgen, y como tia del mismo Cristo, le pidiese para ellos algun puesto distinguido en su reino. Bien instruida la buena madre de sus dos hijos, y llevándolos consigo, se presentó ante el Señor; adoróle con respeto, y dice el Evangelio que le pidió licencia para hacerle una súplica. Obtenida benignamente, como lo acostumbraba el Salvador, añadió: Pues, Señor y maestro mio, con toda confianza y con toda ingenuidad os suplico que mireis con particular cariño á estos dos hijos mios, y que prefiriéndolos á todos los demás discipulos, les concedais las dos primeras sillas en vuestra gloria.

No le pareció conveniente á Jesucristo responder en derechura á la madre, puesto que eran los hijos los que hablaban por su boca; y así dirigiéndose inmediatamente á los dos hermanos, sin reprenderles por entonces la ambicion, se contentó con hacerles visible su ignorancia y grosería. No sabeis, les dijo, lo que pedís; y se conoce bien que hasta ahora no habeis comprendido qué cosa es ser grande en mi reino, cuáles son las primeras sillas de él, qué méritos, y por qué grados se ha de ascender á ellas; no habiendo otros que la hu-

millacion, las adversidades y los trabajos. Decidme, ¿tendréis valor para beber el amargo cáliz que yo he de beber primero, y para ser bautizados en vuestra sangre, como yo lo he de ser en la mia? En medio de ser todavía los dos Apóstoles tan imperfectos y tan groseros, como se reconocia por su misma peticion, el amor que profesaban á su divino Maestro les dió aliento para responder con toda resolucion, que estaban prontos á padecer todo cuanto se ofreciese, á su ejemplo, y por su servicio; què no tenia mas que hacer la experiencia, y veria hasta dónde llegaban sus deseos de sacrificarse por su amor.

Agradó tanto al Salvador esta animosa respuesta, que desde luego les prometio la corona que está preparada para todos los que tienen parte en su cruz y en sus trabajos. Sí, les dijo, vosotros beberéis mi cáliz, y seréis bautizados con el mismo bautismo con que yo lo he de ser. Pero en orden á esas primeras sillas á que aspirais, una á este, y otra á aquel lado de mi trono, debo deciros, que si me mirais puramente como hombre, ni me corresponde dáros las, ni aunque hubiera yo de conferir las, tendria atencion al favor, al parentesco, al empeño, ni á algun otro humano respeto; esos premios están reservados á aquellos á quienes mi Padre los destina, y á mí solo me toca ponerlos en la posesion de los que este les señala, segun su virtud y merecimientos.

No será violento decir que san Juan, aquel discípulo tan favorecido, tan tiernamente amado del Señor, y que tan fervorosamente le amaba, tardó poco en verificar lo que le habia anunciado su divino Maestro, de que beberia su cáliz; porque verdaderamente gustó toda la amargura de él, habiendo padecido su amante corazon todos los dolores del Salvador, de cuyo lado no se apartó ni un solo momento hasta la muerte.

Pero aun debia cumplirse mas á la letra la profecia del Señor en orden á san Juan. No bastaba que el discípulo amado padeciese interiormente el martirio del corazon, siendo testigo de los tormentos y de la afrentosa muerte de su celestial Maestro; era menester que tuviese parte en ella mas visiblemente; y hablando en propiedad, hasta después de la venida del Espíritu Santo no le hizo el Salvador participante de su cáliz. Inmediatamente, ó no mucho tiempo después, padeció san Juan en compañía de san Pedro cárceles, azotes y oprobios en la persecucion que levantaron los judíos contra los Apóstoles, después de la muerte de san Esteban. Pero aun esto no fue mas que como un preludio de lo que habia de padecer, andando el tiempo, bajo el poder y tiranía de los príncipes gentiles.

Habiendo sucedido Domiciano en el imperio á su hermano Tito el año 81 del nacimiento de Cristo, fue el segundo emperador que empleó todo su poder en procurar destruir el reino del mismo Cristo, y en borrar del mundo, si pudiese, hasta la memoria del nombre cristiano; y como no era inferior en la crueldad del genio á la del mismo Neron, aun fue mas sangrienta que la primera esta segunda persecucion que excitó contra la Iglesia. Hallábase á la sazón nuestro san Juan en Éfeso, donde habia fijado su residencia, por la comodidad de atender mas fácilmente al gobierno y á las necesidades de las iglesias de Asia, que habia fundado el mismo Apóstol. Ya habia padecido muchos malos tratamientos de los gentiles; y aunque era grande la veneracion que generalmente profesaban todos á su persona, no por eso le eximió de la persecucion. Fue desterrado de Éfeso, y poco tiempo después conducido á Roma, donde cargado de prisiones y encerrado en un horrible calabozo, rebotaba de alegría viéndose en visperas de dar su sangre y su vida por su amado y dulcísimo Maestro.

Informado el Emperador de las circunstancias y carácter de este cristiano héroe, quiso verle; y san Juan se presentó ante el trono del tirano con aquella majestuosa modestia, y con aquel aire de agrado, de santidad y de dulzura, que se habia siempre admirado en nuestro Apóstol. Contribuia tambien su avanzada edad á hacerle mas respetable; y el Emperador quedó como sorprendido á la vista de aquel venerable anciano. Preguntóle acerca de su religion; y las respuestas que le dió, aun le hicieron admirar mas la intrepidez y la magnanimidad de aquella grande alma. Con todo eso, le dijo Domiciano, es necesario que renuncies una religion, cuya doctrina es enemiga de los placeres y deleites de los sentidos, cuyos dogmas son incomprensibles por misteriosos, y que te pases á la nuestra, donde acabarás en paz tus dilatados dias. Horrorizado el Apóstol al oir semejante proposicion, lleno de una santa indignacion, y animado de aquel generoso celo que avivaba y encendia cada dia mas y mas el tierno amor que profesaba á Jesucristo: No creas, ó Emperador, le respondió, que tus promesas ni tus amenazas me hagan titubear: no hay mas que un solo Dios, y ese es aquel á quien yo sirvo y adoro; mi mayor dicha será derramar toda mi sangre por él, y ha mucho tiempo que suspiro por este glorioso sacrificio.

Quedó el Emperador por un rato como cortado y suspenso al ver la entereza y la noble osadia de aquel venerable anciano; pero duró poco este paréntesis ó suspension de su crueldad, porque volviendo

luego en sí, mandó que al instante fuese arrojado el Santo en una tinaja de aceite hirviendo, para que perdiese la vida en este tormento.

Escogióse para teatro una gran plaza cerca de la puerta Latina, llamada así, porque se salía por ella á los pueblos de Lacio ó *pais latino*, que hoy se dice la Campaña de Roma. En medio de ella se colocó una gran caldera ó tinajon lleno de aceite, que se asentó sobre una inflamada hoguera. Concurrió el Senado y la mayor parte de la ciudad á la fama de este espectáculo, movidos todos aun mas de las grandes noticias que tenian de la veneracion, ancianidad y grandeza de corazon de nuestro Santo. Fue ante todas cosas despojado y cruelmente azotado el Apóstol, segun las leyes de los romanos, que ordenaban este suplicio á todos los condenados á muerte. Cuando el santo cuerpo estuvo todo rasgado y todo ensangrentado al rigor de aquella espesa lluvia de golpes, le metieron en el tinajon ó caldera de aceite hirviendo; pero el Señor, que solo queria darle la gloria del martirio, como se lo habia prevenido, pero no queria permitir que los hombres cortasen una vida tan preciosa, y de que todavía tenia necesidad su santa Iglesia, renovó en favor de su amado discípulo el milagro de los tres niños en el horno de Babilonia: porque el aceite hirviendo se convirtió en un baño dulce y benéfico que le refrigeró, cerró y cauterizó sus heridas, y las llamas se volvieron contra los ministros que las atizaban, fomentándolas con sucesivos materiales. Este milagro tan evidente y tan sensible no podia dejar de producir su efecto. Quedaron atónitos todos los circunstantes; y no lo quedó menos el Emperador cuando le refirieron el prodigio, contentándose con enviar desterrado á nuestro victorioso Apóstol á la isla de Pathmos en el mar Egeo, llamada hoy Potina o Palmosa, donde estuvo hasta la muerte de Domiciano; y en ella fue donde Dios le reveló los admirables y escondidos misterios del Apocalipsi. Así se cumplió la profecía de Cristo, de que beberia el cáliz de su pasion; y por eso los antiguos, con toda la Iglesia, le dan el titulo de mártir, pudiendo decirse de él con san Agustín: «No faltó Juan al martirio, sino el martirio le faltó a Juan. No padeció hasta morir; pero «Dios, que tenia bien comprendido el temple de su corazon, conoció que era capaz de mucho mas, y toda la tierra lo conoció también. Los tres mancebos fueron arrojados en el horno para que fuesen reducidos á ceniza, y salieron del horno vivos; ¿diráse por eso «que no fueron mártires? Si consideramos las llamas, no fueron consumidos; pero si consideramos sus corazones y sus voluntades, fueron coronados.»

Sucedió este milagro por los años de 91 del Señor; y queriendo los Cristianos honrar la memoria del martirio y triunfo de san Juan, edificaron desde los primeros siglos una bella iglesia con su misma advocacion en el propio sitio donde fue echado en el aceite hirviendo, la que es visitada con gran concurso de los fieles el dia 6 de mayo, en el cual, como se ha dicho, celebra la Iglesia la memoria de su martirio. Por mucho tiempo fue de precepto esta fiesta en varias iglesias de Francia, y tambien lo fue en Inglaterra desde el siglo XII hasta el cisma, después del cual se contentaron los ingleses con hacer memoria de ella en el calendario de su nueva liturgia, tristes reliquias de su antiguo catolicismo, hoy enteramente extinguido, que debieran abrirles los ojos para advertir sus errores, y para desengañarse de su funesto y lastimoso descamino.

SAN JUAN DAMASCENO, CONFESOR.

San Juan Damasceno, ilustre por su doctrina, pero mucho mas por su virtud, uno de los mas ilustres defensores de la fe, ornamento y columna de la iglesia griega, nació en Damasco, de cuya ciudad tomó el sobrenombre, ciudad capital de Siria, por los años 676, cuando estaba ya bajo la dominacion de los sarracenos. Sus nobles progenitores, firmes siempre en la fe de Jesucristo, se habian señalado constantemente mas por el celo de la Religion, que por su esclarecida sangre, y por los grandes empleos con que los príncipes sarracenos los habian honrado. Sergio Mansur, padre de nuestro Santo, se aventajó mucho á sus gloriosos antepasados en poder, en crédito y en virtud. Elevóle su mérito á los primeros cargos; y siendo hombre poderoso, empleaba sus riquezas en rescatar cautivos cristianos, y en sustentar á los solitarios que poblaban los desiertos de la Palestina. No tuvo otro hijo que á nuestro Santo, y así dedicó todo su cuidado á darle una educacion correspondiente á su religion y á su nacimiento.

Logróla sin dificultad; porque el excelente ingenio y la despejada capacidad del niño Juan le ahorraban muchos preceptos. En medio de eso no hubiera hecho grandes progresos en las letras, viviendo en un país desproveido de maestros, y en que dominaba la ignorancia tanto como el mahometismo, si la divina Providencia no le hubiera deparado uno capacísimo de instruirle. Pasando un dia su padre por la plaza, se encontró con una tropa de cautivos, entre los cuales le llevó toda la atencion uno vestido de monje por su circunspeccion

y por su singular modestia. Notó, y aun se admiró, no sin piadosa extrañeza, de verle bañado en lágrimas; porque como hombre tan virtuoso, le parecia que ningun cristiano, y mucho menos un monje, debia afligirse por accidente alguno de esta vida. Acercóse al cautivo, consolóle muy cristianamente, y le preguntó cuál era su profesion. Yo soy, le respondió este, un sacerdote italiano; mi nombre es Cosme; y ni mis lágrimas, ni mi dolor, tienen por motivo la miseria de la cautividad en que me veo, ni el temor de la muerte que considero cercana. Aflíjome, porque habiendo pasado toda la vida en el penoso estudio de las ciencias, solo por tener algun dia el consuelo de sacar algun discípulo que fuese útil á la santa Iglesia, sin haberme propuesto otro fin, ni pensado en otra recompensa por premio de mis trabajos, los veo ahora malogrados, considerándome destinado á morir en un estéril cautiverio. Sorprendido Mansur de tan extraña aventura, se persuadió desde luego ser alta disposicion de la divina Providencia, que por medio tan irregular le regalaba en aquel cautivo con el maestro mas á propósito para la enseñanza de su hijo. Rescatóle, dióle libertad, y le hizo preceptor del niño Juan, y de otro niño, llamado Como, aquel famoso poeta lírico á quien es deudora la Iglesia griega de la mejor parte de los himnos sagrados de que usa en los oficios divinos, y el cual habia adoptado por hijo el mismo Mansur. Bajo la disciplina de tan insigne maestro hicieron los dos discípulos tan asombrosos progresos en todas las ciencias, que reconociendo y confesando de buena fe el religioso italiano que les habia enseñado todo cuanto sabia, pidió licencia para retirarse, y obtenida, se recogió en la Laura de san Sabas, fundada en la misma Palestina, donde vivió santamente el resto de sus dias.

El califa Heschán, príncipe de los sarracenos, penetró luego los talentos de nuestro Santo; y apenas murió su padre, cuando le nombró por presidente de su Consejo, y por su tesorero general. Resistióse Juan por su modestia á tan elevados empleos, pero solo sirvió su resistencia para confirmar y aumentar el concepto superior que tenia formado el príncipe de su consumada prudencia. Suspiraba siempre Juan por la vida monástica; hizo repetidas instancias al Califa para que le permitiese retirarse á ella; pero mas y mas pagado cada dia de la virtud y de la habilidad de su ministerio, lejos de consentir en el retiro á que anhelaba, le nombró gobernador de Damasco, y le declaró como superintendente general de toda la provincia.

Al paso que crecian en Juan las honras y las dignidades, se au-

mentaba en él la virtud y su religioso celo. Jamás se vió mayor modestia, ni mayor religion en un grande de la tierra. Era su devocion sobresaliente la ternura y la veneracion á la Madre de Dios. En todos los cuartos de palacio habia alguna imágen de la santísima Virgen; este era el asunto mas comun de sus poesías. La afabilidad, la urbanidad, y el agrado con que oia á todos, le ganaban el corazon de cuantos le trataban, creciendo cada dia en el favor y en la estimacion del príncipe. Parecia que esta elevacion desconcertaba enteramente los intentos de la divina Providencia, haciendo inútiles para la Iglesia, así los grandes talentos de que san Juan estaba dotado, como las ciencias con que se habia enriquecido; pero ninguna cosa es capaz de romper los eternos decretos de la Sabiduría divina. Era necesaria, al parecer, alguna feliz desgracia para arrojar á san Juan al puerto, donde pudiese cumplir tranquilamente con los designios del cielo; y con efecto sucedió esta dichosa desgracia.

Acababa el emperador Leon Isáurico de excitar una sangrienta persecucion contra todos los que rendian culto á las imágenes de Jesucristo, de la santísima Virgen y de los Santos; pero encontró en el gobernador de Damasco un enemigo, ó un contrario todavía mas temible que el santo patriarca y los doctores de Constantinopla. Aunque vivia Juan fuera de la jurisdiccion y de los Estados de aquel impío Príncipe, se consideró obligado á salir á la defensa de sus hermanos en necesidad tan urgente. Como estaba tan versado, así en la antigüedad de la Iglesia, como en la sagrada teología, escribió fuertemente contra aquella impiedad. En los dos primeros discursos que publicó, muestra la gran diferencia que hay entre *honrar* y entre *adorar* las santas imágenes; hace visible demostracion de que los fieles, desde el tiempo mismo de los Apóstoles *honraron* siempre las imágenes, pero que jamás las *adoraron*. Prueba invenciblemente que no hay calumnia mas grosera, ni mas mal dirigida, que esta que se levanta á la Iglesia. «Prohibe Dios, dice el Santo, hacer imágenes «para *adorarlas*, mas no para *honrar* á los Santos, que por ellas se «representan. Antes bien expresamente ordenó que para este fin se «fabricasen, así en el templo de Jerusalem, como en el arca del testamento. Quita todas las imágenes, y declárate contra el que las «mandó fabricar, ó si no, recíbelas como viene á cada una.» En el segundo discurso descubre palpablemente la malignidad de este error, y la grosera torpeza de esta herejía. «Antiguamente, dice, hacíase el demonio que los hombres adorasen hasta las imágenes de los «brutos y de las fieras; ahora por el lado contrario induce este mis-

«mo engañador á los hombres ignorantes é impíos á que nieguen á «las imágenes de los Santos el religioso culto que se debe.» El tercer discurso que divulgó, solo se reduce á declarar mas las razones de los otros dos. Envió Juan estos escritos á todos sus amigos, y á los prelados de la Grecia y de la Siria, encargándoles que los divulgasen. Como eran sólidos, concluyentes, llenos de instruccion y de una elocuencia viva y sustanciosa, hicieron todo el efecto que se esperaba de ellos: confirmaron á los fieles en la fe, y confundieron á los herejes.

Pero como el espíritu de la herejía, cuando no puede engañar á los hombres, tira derechamente á perderlos, y á falta de razones recurre siempre á las calumnias; no pudiendo sufrir el Emperador griego que un hombre de tan alta reputacion en todo el Oriente combatiere con tanta fuerza y con tanta felicidad todos sus errores, recurrió para vengarse de él al mas infame y mas vergonzoso artificio. Tuvo modo de lograr una carta del Santo, firmada de su mano, y buscando un sugeto muy diestro en la perniciosa habilidad de contrahacer letras, le hizo remedar la de Juan con tanta propiedad, que era muy dificultoso distinguir la falsa de la verdadera. Asegurado ya de su acierto, le mandó copiar una carta, fingiendo que el Santo se la habia escrito, con el traidor intento de entregarle la ciudad de Damasco, luego que se arrimase á la plaza con su ejército.

Remitióse la carta desde Damasco por persona segura, y fue acompañada de otra que le escribió el Emperador griego apoyando la traicion. Quedó el Califa sorprendido al leer las dos cartas, y enfurecido hasta lo sumo hizo llamar á Juan, en cuya mano puso su carta. Exclamó el Santo contra tan infame calumnia, protestando su inocencia; pero dejándose llevar el Califa del primer movimiento de su cólera, mandó en el mismo instante le cortasen la mano derecha, y que fuese expuesta en la plaza pública, lo que se ejecutó al momento.

Dejó el Santo que se entibiase algun tanto el primer calor de la indignacion del bárbaro, y persuadido hácia la noche que ya se habria templado, le envió á suplicar que le restituyese su mano para enterrarla. Con efecto, ya los amigos del Gobernador habian hecho reflexionar al Califa el pérfido artificio del Emperador griego, y vuelto en sí de aquel pronto arrebató, condenaba la precipitacion con que habia procedido, sin dar lugar á que se descubriese la calumnia. Hallándole en esta disposicion la súplica de Juan, la oyó no sin alguna ternura, y consintió que se le entregase la mano. Lleno entonces el Santo de una viva confianza entró en su oratorio, y postrado

ante una imagen de la santísima Virgen hizo la siguiente oracion: «Madre de mi Dios, refugio y dulce consuelo de todos los fieles, bien «sabeis Vos que perdí esta mano solo por haber defendido el culto de- «bido á vuestras imágenes, á las de vuestro Hijo y de sus Santos. «Confundid, Señora, en este dia el error confundiendo la calumnia. «Haced que esta mano vuelva á juntarse con su brazo para que úni- «camente se emplee en combatir contra los enemigos de vuestro Hijo «y vuestros, sirviendo á un mismo tiempo de testimonio irrefragable «á la verdad.» Luego que pronunció estas fervorosas palabras, apli- có la mano al brazo, la cual en aquel mismo momento se unió á él tan perfectamente, que ninguno pudiera creer que hubiese jamás es- tado dividida de él, si la divina Providencia, para hacer visible el prodigio, no hubiera dejado señalada en la circunferencia de la mu- ñeca una como linea colorada que estaba demostrando la anterior separacion. Penetrado Juan de reconocimiento y de devocion pasó lo restante de la noche en alabanzas del Señor en compañía de toda su familia.

Un milagro de tanto bulto no podia menos de meter mucho ruido; y llegando á noticia del Califa quiso convencerse de él por sus mis- mos ojos. Quedó igualmente asombrado que arrepentido: abrazó á Juan tiernamente, y pidiéndole perdon de su arrebatamiento, le dijo que le demandase todo cuanto se le ofreciese, prometiéndole con ju- ramento que todo se lo concederia. El Santo, que desde su niñez solo suspiraba ansiosamente por retirarse á la soledad, se aprovecho de tan bella ocasion para obtener esta licencia. Afligió al Principe la no esperada súplica, y aun hizo cuanto pudo para desviar á Juan de aquel intento; pero como el Santo le reconvino con su palabra y con su juramento, se vió precisado á darle licencia para que se re- tirase. Luego que se vió exonerado de sus empleos, dió libertad á sus esclavos, repartió sus ricos bienes en los pobres, las iglesias y los parientes, despidióse del mundo, y con un solo vestido que se reservó pasó primero á Jerusalem, y desde allí á Laura de san Sa- bas en Palestina.

Encargóse de la direccion de Juan un monje muy anciano, que juntando una santa simplicidad con una grande experiencia y mas que mediana sabiduria, le dió las lecciones mas importantes para que aspirase á la perfeccion; y observándolas el Santo, no son pondera- bles los maravillosos progresos que hizo en la virtud. Pero mientras tanto que guardaba Juan á la letra todos los consejos de su maestro, se apareció en sueños la santísima Virgen al buen viejo, y le mandó

que ya no tuviese estancada por mas tiempo el agua viva dentro de su manantial, embarazando á este discípulo que aprovechase los grandes talentos con que lo habia enriquecido el cielo; que le ordenase escribir y clamar contra los errores del tiempo, defendiendo con sus escritos la fe de la santa Iglesia. Y cumpliendo el venerable anciano con lo que se le previno en la vision, ordenó á Juan que escribiese contra los enemigos de Jesucristo y de sus Santos, confundiendo con la pluma á los nuevos herejes.

Recibió Juan esta órden como venida del cielo. Compuso muchas y excelentes obras llenas de erudicion y de piedad. Entre otras, el gran tratado sobre la veneracion de las imágenes, muchos doctos discursos en defensa de la fe, gran número de tratadillos de devocion, tan tiernos y afectuosos, como llenos de una divina elocuencia, sobre todo cuando habla de las prerogativas y excecencias de la santísima Virgen. Los admirables discursos que compuso sobre su gloriosa Asuncion, parecen como inspirados por el Espíritu Santo, y que este dirigia en cierta manera su pluma cuando escribia sus obras. No será mucho decir en gloria de san Juan Damasceno que la Providencia divina tuvo cuidado de recoger los testimonios de la mas venerable antigüedad en las obras de nuestro Santo para que llegase con seguridad hasta nuestros tiempos la tradicion de la Iglesia griega. Viendo Dios (quiero explicarme de esta manera) el lastimoso estado en que habian ya reducido á Egipto y á la Siria las conquistas de los sarracenos; sabiendo bien que toda la Asia, y la misma Grecia habian de gemir con el tiempo debajo del mismo yugo, y que muchos escritos de los Padres habian de sepultarse en las ruinas del imperio del Oriente, escogió á nuestro Santo, para que juntando lo mas preciso y lo mas sustancial que se encontraba en ellos en órden á los dogmas de la fe, lo transmitiese á la posteridad. Tambien fue nuestro Santo el primero y acaso el único de los griegos que redujo á método la sagrada teología; siendo el inventor, ó por lo menos el que dió ocasion á la escolástica de que usan los latinos, siendo de tanta utilidad en la Iglesia contra el artificio y sofisterías de los herejes ¹.

Vino á la Laura el patriarca de Jerusalem, y obligó á Juan que se ordenase de presbítero; pero sobrevivió muy poco á este nuevo estado, porque cayó gravemente enfermo, y consumido de penitencias y

¹ Aunque la filosofia de Platon era la que estaba entonces generalmente recibida, Damasceno adoptó la de Aristóteles, la cual introdujo después entre los latinos san Anselmo.

de trabajos, después de haber enriquecido la Iglesia con gran número de excelentes obras, murió en el mes de mayo por los años de 770, reverenciado desde entonces como uno de los mas sabios y mas santos Padres de la Iglesia.

La Misa es en honor de san Juan evangelista, y la Oracion de ella la siguiente:

Deus, qui conspicis quia nos undique mala nostra perturbant: praesta, quaesumus; ut beati Joannis apostoli, et evangelistae tui intercessio gloriosa nos protegat: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Ó Dios, que estás viendo nuestra turbacion por las calamidades que de todas partes nos rodean; suplicámoste nos concedas que seamos defendidos de ellas por la gloriosa proteccion de tu apóstol y evangelista san Juan. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo v de la Sabiduría, páy. 25.

REFLEXIONES.

Al ver la seguridad con que se vive en el mundo, la alegría que brilla en todas sus diversiones, como sembradas y esparcidas por todas las edades de la vida: al ver aquella ostentacion, aquel fausto, aquella profanidad que cási confunde todas las clases y condiciones: al oir las conversaciones y los discursos mas ordinarios de las gentes poco devotas, y de esas mujeres del siglo; ¿diríase por ventura que todas estas personas creen como infalibles las verdades mas espantosas del cristianismo? ¿Se las haria mucho agravio en preguntarlas si son cristianas? Aquella licencia que se toman, ó por mejor decir, aquella descarada impiedad con que se divierten en hacer burla de la devocion y de los devotos; en hacer ridículos los ejercicios, los actos de religion mas respetables; en constituirse censores de las leyes mas santas; en hacerse maestros de las máximas mas corrompidas del vicio y de la libertad; en tratar de simples y de mentecatos á los que viven cristianamente; aquella licenciosa osadía, aquella escandalosa desvergüenza, aquel tono altanero, aquel aire pagano acobarda á los buenos; cede, digámoslo así, la virtud, se corta, se esconde, se humilla á vista de aquella fiera y atrevida avilantez; pero no dura largo tiempo la tiranía. La muerte hace siempre justicia á la virtud; nunca prescribe la iniquidad contra el verdadero mérito. Los disolutos y los devotos, las mujeres profanas y las piadosas, tarde ó temprano, todas y todos se rinden á este tribunal; todos y todas comparecen ante el soberano Juez: *Tunc stabunt justi in magna constantia*. Mudóse en-

tonces enteramente el teatro; representáanse nuevas escenas; no se admiten allí títulos ni dictados pomposos; equipajes, tren y muebles preciosos, no pasan; todo el mundo comparece delante de los ojos de Dios sin máscara y sin disfraz. ¡Qué alegría entonces! ¡qué confianza la del justo! Erguiráse entonces, dice el Sabio, con grande valor contra los que tanto le maltrataron. Pero ¡qué turbacion! ¡qué horrible estupor para los malos! ¡cuál será su asombro cuando vean que el justo se salvó contra toda su esperanza! *Et mirabuntur in subitatione insperatae salutis*. Entonces se disipan las ilusiones, cáese la mascarilla, y se ven las pasiones apagadas. Mas ¡qué remordimientos tan estériles! ¡qué arrepentimientos tan infecundos! Entonces aquellos hombres sin religion, aquellos ídolos del mundo, aquellos impíos ya desennascarados se dirán los unos á los otros arrancando profundos suspiros de aquellos sus oprimidos corazones: *Illi sunt quos habuimus aliquando in derisum*: estos son aquellos que en algun tiempo eran el objeto de nuestras zumbas, de nuestros desprecios, de nuestros escarnios. Estos son aquellos que nosotros mirábamos con una especie de maligna compasion: *Nos insensati*: los necios, los simples, los insensatos éramos nosotros, que teníamos su vida por locura, y reputábamos su muerte por ignominiosa. *Ecce quomodo computati sunt inter filios Dei*: y ahora véislos allí elevados á la dignidad de hijos de Dios, y véisnos aquí á nosotros infelices, condenados, réprobos y objeto funesto de su terrible indignacion. A ellos les ha tocado por herencia ser contados en el número de los Santos: á nosotros se nos ha destinado por habitacion y por legítima el infierno. Mortales divertidos, hombres sin religion, disolutos, libertinos, mujeres idólatras de la profanidad; así habeis de discurrir algun dia, así habeis de hablar, así habeis de sentir con un arrepentimiento tanto mas cruel, y tanto mas amargo cuanto mas inútil. En el mundo se representa una comedia, se rie, se alegra, se campa, se triunfa; pero un poco de paciencia, la muerte, el juicio, la eternidad harán justicia á todos, y pondrán las cosas en su lugar.

El Evangelio es del capitulo xx de san Mateo.

In illo tempore: Accessit ad Jesum mater filiorum Zebedaei cum filiis suis, adorans et petens aliquid ab eo. Qui dixit ei: Quid vis? Ait illi: Dic ut sedeant hi duo filii mei, unus ad dexteram, et unus ad sinistram, in regno tuo. Respondens autem Jesus,

En aquel tiempo: Se acercó á Jesús la madre de los hijos del Zebedeo con sus hijos, adorándole, y pidiéndole alguna cosa. El cual la dijo: ¿Qué es lo que quieres? Respondió ella: Manda que estos dos hijos míos se sienten uno á tu diestra, y otro á tu siniestra en

dixit: Nescitis quid petatis. Potestis bibere calicem, quem ego bibiturus sum? Dicunt ei: Possumus. At illis: Calicem quidem meum bibetis: sedere autem ad dexteram meam vel sinistram, non est meum dare vobis, sed quibus paratum est à Patre meo.

tu reino. Respondiendo, pues, Jesús, dijo: No sabeis lo que pedís. ¿Podéis beber el cáliz que he de beber yo? Le respondieron: Podemos. Díjoles: Beberéis, sí, mi cáliz; pero el sentarse á mi diestra ó siniestra, no me pertenece á mí el concederlo á vosotros, sino á aquellos á quienes está preparado por mi Padre.

MEDITACION.

Que el despeño en los mayores desórdenes, y en los precipicios mas funestos, nace frecuentemente del desprecio de las cosas pequeñas.

PUNTO PRIMERO. — Considera que ninguna cosa dispone tanto para la caída en los pecados mas graves, como el descuido en evitar los mas leves. Aquella negligencia habitual en cumplir con las obligaciones mas menudas; aquella frecuente infidelidad en ciertas cosas que se representan de poca importancia, van debilitando al alma. Los auxilios se comunican en menos abundancia; las pasiones se hacen mas vivas; la confianza mas tibia, y el tentador mas osado y animoso.

No hay edificio, dice el Sabio, tan fuerte, ni tan bien edificado, que al cabo no le arruine una gotera de que no se hace caso; y la pereza, añade el mismo, será ocasion ó causa de que se venga al suelo la techumbre. Va el agua poco á poco pudriendo las maderas, cala las paredes, penetra hasta el cimiento, y minándole, de tal manera le socava, que toda la casa da en tierra. Y esto ¿por qué? Por no haber hecho á los principios algunos cortos reparos, por no haber registrado los tejados, se vino á arruinar todo el edificio. Lo mismo sucede en el edificio espiritual, dice Casiano; cierto espíritu de relajacion; no sé qué tibieza, á cuyo favor se hace poco caso de defectillos ligeros, se van insinuando poco á poco dentro del alma, van haciendo titubear la firmeza de los mas santos propósitos, y debilitan en fin de tal manera el cimiento de nuestra devocion, que al cabo se viene al suelo todo el edificio espiritual. Al principio hubiera sido fácil remediarlo; la causa del mal tenia muy poca fuerza; ese torrente, que todo lo llevó delante de sí, en su origen era un arroyuelo despreciable. No pocas veces una rendija mal calafateada, por donde se introdujo el agua en el navío, es causa del mas funesto naufragio. Desengañémonos, que hay pocas de esas grandes caídas que se ven en orden á las costumbres, que no hubiesen tenido un principio li-

gero, y al parecer despreciable. ¡Ó buen Dios, cuántos condenados hubieran evitado el verse precipitados en los infiernos, si hubiesen entendido y practicado esta doctrina!

Sucede en las enfermedades del alma lo que en las del cuerpo. Muy fácilmente se pudo evitar aquel desórden total de los humores, aquella inflamacion interna, aquella fiebre maligna, aquel catarro pestilente; todas esas mortales dolencias en su principio eran casi nada; con haberse abstenido de aquella fruta, con no haber hecho aquel exceso, con un poco de régimen y de dieta, una ligera medicina nos hubiera librado de tan gran mal. Pero después que los humores malignos inundaron é inficionaron toda la masa; después que la fluxion tomó su curso; después que se estancó esa grande porcion de pituita y de atrabilis, inútilmente se acude á los remedios. Ya llega tarde el auxilio, cuando prevaleció la enfermedad. Las muertes repentinas no reconocen otras causas. Discurramos del mismo modo en las dolencias del alma, porque la analogía no puede ser mas cabal. Mi Dios, ¡y á qué paradero suelen conducir las faltas pequeñas tratadas con desprecio! ¡y cómo hubiera prevenido estas funestas caidas un poco de mas delicadeza de conciencia en el cumplimiento de cien menudas obligaciones, un poco de mas circunspeccion, un poco de mas regularidad, un poco de mas mortificacion! Esto hizo decir á los Santos, que en cierta manera son mas peligrosas las faltas pequeñas que las mayores; porque estas, cuanto mas fácilmente se conocen, mas cuidadosamente se procuran evitar, y en llegando a caer, prontamente se solicita levantarse de ellas, pero las otras cuanto mas se conocen menos se evitan. Un violento acceso de calentura sobresalta tanto, que al punto se acude al remedio; pero una fiebre lenta y casi imperceptible da poco cuidado; se domestica con ella el enfermo, hasta que poco á poco da con él en la sepultura. ¡Ah, Dios mio! ¿y á qué he atribuido yo hasta aquí mis mayores caidas?

PUNTO SEGUNDO.—Considera los muchos y tristes ejemplos que nos hacen demostracion de esta verdad.

Tertuliano, aquel ilustre defensor de la fe, aquel célebre apolo-gista de la doctrina que enseña nuestra Religion, al cabo se pervirtió; no fue mejor fin el que tuvo Orígenes; y ¿quién no se estremece con solo acordarse de la caida de Salomon, y del desastrado fin del infeliz Apóstol? No hay que buscar la causa de estas funestas revoluciones en la violencia de la persecucion, ni en los artificios del

tentador, ni en el torrente de los malos ejemplos. *Abscissus est lapis, et percussit statuam.* (*Dan.* 11). Una china echó por tierra, hizo pedazos esos colosos.

Introdujose en el corazon de Tertuliano cierta secreta aversion á los clérigos de la Iglesia romana, por parecerle que le habian hecho algunos desaires; no acudió con tiempo al remedio, fuéla fomentando mas y mas; y esa fue la china que le derribó.

Orígenes, lleno de estimacion propia, y mas satisfecho de sí mismo de lo que debiera, se entregó ciegamente á su propio dictámen; y un poco de vanidad consentida, no despreciada á los principios, y alimentada después, perdió en fin á este grande hombre: *Abscissus est lapis.*

Salomon, el mas religioso entre todos los príncipes, el mas sabio entre todos los hombres, después de haber edificado al verdadero Dios un templo magnifico, cayó él mismo miserablemente en la idolatría. Judas, aquel discípulo tan favorecido, y que habia sido llamado al apostolado con vocacion tan especial, hace traicion á su Maestro. Caidas tan terribles nunca tienen la causa muy inmediata; siempre viene muy de atrás su funesto principio. Salomon confió demasiado de su corazon, y Judas de su codicia. Las pasiones en su nacimiento y en su origen nada descubren que ofenda mucho á la vista, ni pueda dar grande cuidado; van á los principios caminando muy poco á poco, y por decirlo así, paso á paso; apenas hacen ruido; y si hacen alguno, es un murmullo sordo, que no inquieta los oídos. *Ut quid perditio haec?* (*Matth.* xxvi). Tal vez no falta un pretexto de caridad con que cohonestar el motivo. Pero cuando el amor propio llegó á domesticarse, y cuando una pasion reciente logró ser acariciada, jamás se envejecen sino á costa de grandes estragos. Era un leoncillo domesticado, familiar y manso, de quien ninguno se desconfiaba; pero cuando ese cachorro llegue á ser leon, él sabrá encontrar su presa, él despedazará á los mismos que le daban de comer y jugueteaban con él: *Factus est leo, et didicit praedam capere.* (*Ezech.* xix).

Desengañémonos; el que fuere infiel en las cosas pequeñas, tambien lo será en las grandes. Así lo asegura el mismo Jesucristo. Un religioso tibio y un cristiano imperfecto dicen lo contrario. ¿A quién hemos de creer?

No se quiere conceder á Dios la observancia de una regla pequeña; niégansele, digámoslo así, hasta unas frioleras; y cuando el enemigo viene á luchar á brazo partido con nosotros, queremos que Dios

vaya á escoger allá en el inmenso caudal de sus tesoros los auxilios mas exquisitos, las gracias mas eficaces y mas robustas para sostenernos. En dejando arruinar las fortificaciones exteriores de una plaza, en dejando que las murallas se vengán á tierra, ya no está en estado de defensa. ¿Dejaste ya aquella circunspeccion, aquella delicadeza de conciencia, aquella exacta y regular observancia? pues tú serás cogido por sorpresa. Esas pequeñas devociones, que parecen de poca entidad; esas obras de supererogacion; esas menudencias de la vida religiosa, son como las obras avanzadas que detienen al enemigo léjos de la plaza; pero cuando no están bien guardadas y defendidas estas entradas, es milagro que el enemigo no la insulte.

Pasa Saul á cuchillo á los amalecitas, y perdona algunos rebaños de sus ganados, y aun esos los destina para el sacrificio. Pues Saul es reprobado, porque obedeció á medias, y porque en su obediencia hizo poco aprecio de ciertos puntillos al parecer de poca importancia.

¡ Ah, Señor, y cuánto tengo que reprenderme en esta materia! ¡ Mas, oh, y cuánto debo temer! Infiel á vuestra doctrina, y aun á vuestros preceptos, no hice caso de mi negligencia en el cumplimiento de ciertas menudas obligaciones; y puede ser que esta infidelidad sea el origen de mi perdicion. No lo permitais Vos, Dios mio; porque conozco mi error, condeno mi negligencia; y espero que mi aplicacion en adelante á cumplir con la mayor exactitud toda mi obligacion en las cosas mas pequeñas, mediante vuestra divina gracia, me pondrá á cubierto de todo riesgo.

JACULATORIAS. — Vos, Señor, sois testigo de todas mis operaciones, y por tanto quiero agradaros en todas ellas. (*Psalm. cxviii.*)

En todo tiempo, Señor, deseó mi alma observar tu santa ley con la mayor exactitud. (*Ibid.*).

PROPÓSITOS.

1 No hay espectáculo mas digno de asombro, que ver algunas veces ciertas personas verdaderamente respetables por la santidad de su estado, instruidas en la escuela de Jesucristo, alimentadas largo tiempo con el pan de los Ángeles; después de haber envejecido en el ejercicio de las virtudes, precipitarse en las mas funestas caidas, y hacerse objeto triste de la ira del Señor, habiéndolo sido antes de sus mayores misericordias, de sus mas piadosas bondades. No hay

que buscar la causa principal de estos lastimosos naufragios, ni en la violencia de las tempestades, ni en la multitud de los escollos; desengañémonos, que no siempre son los vientos impetuosos los que echan por tierra los mas empinados cedros del monte Libano; la sequedad, y un gusanillo vil y disimulado bastan para derribarlos. La mas soberbia estatua cae al suelo á impulso de una pequeña piedra. Hablemos sin figuras: esas almas de primera clase; esas personas tan favorecidas de Dios; esos modelos de perfeccion, insensiblemente fueron decayendo. Comenzaron á cansarse en medio de la carrera esos héroes del cristianismo; al principio no fue mas que un poco de tibieza, ó á lo sumo una especie de descanso, al parecer inocente; siguióse después el disgusto; miraron un poco hácia atrás después de haber puesto mano al arado; al disgusto sucedió la relajacion, y á esta una indevocion total. ¿No podrás acaso ser tú mismo ejemplo y prueba cierta de esta triste verdad? Y ¿qué digno de compasion serás, si se ha repetido en ti esta funesta experiencia! A esas faltillas ligeras, á esos cortos ensanches en el primitivo fervor, á esas dispensacioncillas se deben atribuir esas grandes caidas; remédialas sin dilacion, y concibe desde este mismo punto un grande aborrecimiento á los pecados veniales.

2 ¿No estás sujeto á la miseria de hablar con un poco de mas facilidad y libertad de lo que fuera justo de las faltas ajenas? ¿no conservas en tu corazon cierto resentimientillo, cierta aversion contra aquella persona, ó por sus modales ofensivos, ó porque te jugó alguna pieza, ó porque la miras con natural antipatia? ¿No visitas con demasiada frecuencia á ciertas personas? ¿No tienes ciertas conversaciones demasiadamente largas, y aun demasiadamente tiernas con personas de otro sexo? Aunque sean con los mas plausibles, con los mas especiosos pretextos, ¿no cometes ciertas faltillas ligeras contra tus votos, á lo menos segun las leyes particulares que te has impuesto á tí mismo? ¿No concedes á tus sentidos ciertas libertades no muy inocentes? ¿No te tomas ciertas licencias que tu devocion te habia en otro tiempo prohibido, y que ni aun hoy son muy conformes á la conciencia, ni al espíritu de la Religion? Pon en la misma cuenta ciertos pecados de omision, que se tratan como cosa ligera, etc.: y ves ahí el funesto origen de los mas graves pecados, y como las arras, digámoslo así, de la condenacion eterna. No dejes pasar el dia sin hacer lo que puedas para cegar este infeliz manantial, y á este fin haz alguna oracion particular á la santísima Virgen.

DIA VII.

MARTIROLOGIO.

EL TRÁNSITO DE SAN ESTANISLAO, obispo, en Cracovia en Polonia, martirizado por el impío rey Boleslao. (*Véase su vida en las de hoy*).

EL TRIUNFO DE SANTA FLAVIA DOMITILA, virgen y mártir, en Terracina en la Campaña de Roma, la cual siendo hija de una hermana de Flavio Clemente, cónsul, y consagrada á Dios por san Clemente, que le habia dado el santo velo, en la persecucion de Domiciano, por confesar á Jesucristo fue desterrada con otros muchos á la isla Poncia, en donde padeció un largo martirio; últimamente volvió á Terracina, y habiendo convertido á muchas gentes á la fe católica con su doctrina y milagros, por orden del juez pusieron fuego al aposento donde habitaba con sus compañeras EUFROSINA y TEODORA, vírgenes, y allí alcanzó la corona de su glorioso martirio. Se le hace fiesta tambien con los santos mártires NEREO y AQUILEO el dia 12 de mayo.

SAN JUVENAL, mártir, en el mismo dia.

LOS SANTOS MÁRTIRES FLAVIO, AUGUSTO Y AGUSTIN, hermanos, en Nicomedia. (*Aseguran algunos autores que fueron estos Santos españoles de nacimiento, y que el primero fue obispo de la antigua Iliberis, cerca de Granada, habiéndose trasladado por algun grave asunto á Nicomedia, donde padecieron el martirio, imperando Diocleciano*).

SAN QUADRATO (ó CUADRADO), mártir, en la misma ciudad, el cual después de haber sido muchas veces atormentado durante la persecucion de Decio, fue decapitado.

SAN BENEDICTO, papa y confesor, en Roma. (*Véase su noticia en las de hoy*).

SAN JUAN, obispo, en Yorck de Inglaterra, esclarecido en santidad y milagros.

SAN PEDRO, obispo, en Pavia.

LA TRASLACION DEL CUERPO DE SAN ESTEBAN, protomártir, en Roma, el cual fue trasladado de Constantinopla á Roma en tiempo del papa Pelayo, y depositado en el sepulcro de san Lorenzo, en el Campo Verano, en donde lo veneran con gran devocion los fieles.

SAN ESTANISLAO, OBISPO Y MÁRTIR.

Nació san Estanislao en Sezepanow, diócesis de Cracovia, el dia 26 de julio del año de 1030, y fueron sus padres Wielislao y Boña, ambos de casas ilustrísimas en el reino de Polonia. Siendo tan distinguidos estos señores por la nobleza de su sangre, aun lo eran mucho mas por la de sus virtudes; constituyéronse padres de los pobres, hallando en ellos las viudas, los huérfanos y los necesitados socorro, amparo y proteccion. En fin, no habia casa mas ejemplar ni mas cristiana. Por la particular devocion que profesaban á santa María Magdalena, edificaron á la Santa en una de sus tierras un suntuoso

templo, en el que pasaban la mayor parte del día en oracion. Ya habían perdido la esperanza de tener hijos, cuando después de treinta años de casados tuvieron á Estanislao. Su gozo fue el que se deja considerar; y creció sensiblemente cuando observaron en el niño una como inclinacion innata á la virtud.

Esmeráronse con el mayor cuidado en criarle en el temor santo de Dios; pero nada tuvieron que hacer en la educacion de Estanislao, pues todo su entretenimiento y todo su gusto era la oracion. Pasaba horas enteras de rodillas delante de los altares, y esto en una edad en que para hacer que otros niños se estén en la iglesia es menester divertirlos y engañarlos. Sobre todo, su tierna devocion á la santísima Virgen fue tan sobresaliente, que casi se echó de ver en él desde la cuna, y la conservó toda la vida.

Apenas tenia Estanislao ocho ó nueve años, y ya su virtud era la admiracion de todos; su ingenuidad, su docilidad y su modestia eran claros indicios de su inocencia. Descubrió presto su inclinacion á la austeridad y al espíritu de penitencia; dejó la cama, y comenzó á dormir en la desnuda tierra; tan ingenioso en mortificar los sentidos, que se pasaban pocas horas del día sin hacer de ellos algun generoso sacrificio. Era su vida un perpetuo ayuno; y en una complexion tan robusta, como mostraba ser la suya, causaba mayor admiracion su excesiva abstinencia. Parece que habia mamado con la leche el amor y la caridad con los pobres; todo se conseguia de él con tal que le diesen dinero para dar limosna, y era muy regular repartir entre los pobres el que le daban para jugar y para divertirse.

Alégrisimos los padres de Estanislao al ver tan bien logrados los desvelos con que habian atendido á su educacion, le enviaron á estudiar á Gnesnes, y después á Paris. Hizo admirables progresos, porque estaba dotado de un excelente ingenio. Quisieron hacerle doctor en aquella célebre, y entonces primera universidad del mundo; pero lo resistió su humildad. Después de haber residido siete años en Paris, se restituyó á Polonia, donde se halló heredero de una rica sucesion por muerte de sus padres.

Deseando no pensar en otra cosa que en su eterna salvacion, distribuyó todos sus grandes bienes entre los pobres. Deliberó mucho tiempo si entraria en alguna religion; pero conociendo Lamberto, obispo de Cracovia, de cuánto ejemplo y de cuánta utilidad seria á todo el clero la virtud de Estanislao, le persuadió á que abrazase el estado eclesiástico; le ordenó de todas órdenes, y proveyó en él una prebenda de aquella iglesia.

Luego que Estanislao se vió dedicado al sagrado ministerio de los altares, solo pensó en hacerse digno de tan alta dignidad por medio de una vida ejemplar; persuadido de que el canónigo tiene obligacion de arreglar sus costumbres y toda su conducta á la perfeccion de los sagrados cánones, redobló su fervor, su espíritu de mortificacion y de penitencia, y se puso entredicho de toda comunicacion necesaria con los mundanos y con los seglares. A todos edificaba su virtud y su modestia, formándose en pocos dias perfecto modelo de la vida que deben hacer los canónigos.

Pero esta virtud no era ociosa ó menos activa. Aunque profesaba tanto amor á la soledad y al retiro, siempre estaba pronto á sacrificarse al mayor bien espiritual de los prójimos: predicaba con tanta eficacia, espíritu y mocion, que bastaba oírle para convertirse; siendo pronto y visible fruto de sus sermones y de sus ejemplos la reforma de las costumbres en Cracovia y en toda su comarca; pasando después á lo restante del obispado, que en poco tiempo mudó de semblante.

No hartándose el obispo Lamberto de dar gracias á Dios por la acertada eleccion que habia hecho de tan insigne operario, comenzó desde luego á mirarle ya como á sucesor suyo en el obispado, y aun le instó á que aceptase la renuncia que pensaba hacer de él en su favor; pero se sobresaltó tanto su humildad, que lo mas que pudo conseguir de Estanislao, fue descargar en él el cuidado de la predicacion, y tambien el de la mayor parte de la administracion del obispado.

Pero esto no duró mucho; porque vacando la silla episcopal por muerte de Lamberto, así el clero como el pueblo pidieron unánimemente por obispo á Estanislao. Todo fue menester, y nada menos bastaria para vencer su humildad. Luego que se vió pastor de los que tanto habia edificado, se constituyó padre de todos. Aplicóse de nuevo a la instruccion de su pueblo con tanto empeño, que su celo, su caridad y solicitud pastoral apenas le permitian tiempo para algun reposo.

No se contentaba con visitar cada año todas las parroquias del obispado; descendia á lo mas menudo de las necesidades espirituales y corporales de todas sus ovejas, proveyendo á todas con tanta caridad, que era voz comun, que las rentas del obispado de Cracovia no eran del obispo, sino de los pobres. Tenia tanto gusto en dar limosna, y la daba con tanta liberalidad, que su palacio jamás se evacuaba de afligidos y de necesitados. Pocos dias se pasaban sin que fuese per-

sonalmente á visitar á algunos pobres enfermos, y ninguno sin que diese pruebas de su gran celo y de su ardiente caridad.

Pero sobre todo, su vigilancia y su atencion particular era sobre los clérigos, especialmente sobre los sacerdotes. No le parecia bastante que su vida no fuese escandalosa, queria que fuese ejemplar, y que correspondiese en todo á la santidad del estado. Ganaba á todos con su dulce trato; y su apacibilidad desarmaba á los mas obstinados.

Léjos de que la sublime dignidad de obispo le sirviese de pretexto para templar algo la penitente austeridad de su vida, la estrechó mas luego que se vió con la mitra. Sus ayunos eran continuos, sus penitencias excesivas, ciñéndose un áspero cilicio, que no quitó del cuerpo hasta la muerte; de manera, que apenas era conocido por otro nombre que por el del santo obispo, y toda Polonia le veneraba con admiracion y con respeto.

Reinaba entonces en Polonia Boleslao II, cuya desordenada vida lloraban los buenos, y escandalizaba á todo el reino. No habia prelado que se atreviese á representarle el borron que echaba á la gloria de su nombre, y el peligro á que exponia la salvacion de su alma; solo Estanislao tuvo valor para hacerle una representacion, llena del mayor respeto, suplicándole que considerase el grande escándalo que daba á los señores de la corte y á todo el pueblo; y arrojándose de rodillas á sus piés, le suplicó con muchas lágrimas que aplacase la ira del cielo por medio de una conversion prenta y sincera.

Aunque irritó al Rey la libertad con que le habló, reprimió por entonces su indignacion, contenida del respeto á la eminente virtud del santo obispo, y aun fingió rendirse á sus saludables consejos. Pero apenas le perdió de vista, cuando encendida de nuevo la cólera, se quejó, en presencia de sus cortesanos, de la libertad atrevida del Obispo, y creció su resentimiento al paso que iban creciendo sus desórdenes. Poco tiempo después, arrebató el Rey por fuerza de la casa y del poder de su marido á una de las mas virtuosas señoras del palatinado de Sirard, llamada Cristina. Este ruidoso atentado irritó á la nobleza, y excitó la indignacion de todo el clero; pero ni el arzobispo de Gnesnes, aunque primado, ni los prelados que se hallaban en la corte, osaron hablar palabra al Rey, por no experimentar los efectos de su cólera. Solo Estanislao, altamente conmovido de tan pernicioso escándalo, y posponiendo su preciosa vida al cumplimiento de su obligacion, como otro san Juan Bautista, tuvo espíritu pa-

ra decir al Rey, con todo el respeto y con toda la veneracion debida á la majestad, que no le era lícito tener la mujer de otro.

Furiosamente irritado Boleslao, le volvió las espaldas con enojo y con desprecio, resolviendo en su corazon vengarse del obispo de Cracovia hasta perderle. Pero como la ejemplar vida de Estanislao, y su notoria virtud, universalmente reconocida de todos, no podian ofrecer motivo verdadero, ni aun pretexto aparente para hacerle causa, se tomó el partido de recurrir á la calumnia.

Habia comprado Estanislao á un caballero, llamado Pedro, el territorio de Piotravín en el palatinado de Lublin, pagándole el precio en presencia de testigos; habíale unido á su iglesia, y el mismo rey habia infeudado el contrato; por lo que el Santo se hallaba después de tres años en pacífica posesion de aquella tierra. El deseo de molestar al Obispo encontró modo en este contrato para suscitarle un pleito. Mandó decir el Rey á los herederos de Pedro, que si querian recobrar aquella tierra, no tenian mas que citar al Obispo en justicia, y ponerle la demanda ante el mismo Rey: los herederos, sobrinos del difunto, con la codicia y con la ansia de recobrar lo que habia sido de su tio, citaron al obispo de Cracovia para que compareciese ante el Rey en el dia de la convocacion, que se llamaba el coloquio.

Compareció el Santo, y las partes contrarias demandaron ser reintegradas en la posesion de aquel terreno, alegando haber sido usurpado. Defendióse Estanislao diciendo que la tierra habia sido comprada, y bien pagada en vida de su legítimo dueño. Negaron el hecho los contrarios: el Obispo produjo sus testigos; pero como á estos los habian amenazado con la muerte si decian la verdad, ninguno se atrevió á deponerla, y todos fueron perjuros. Ya estaba para ser condenado Estanislao, cuando volviéndose á Dios, lleno de una santa confianza en su proteccion, dijo al Rey en presencia de aquella numerosa junta, que si se le concedia el término de solos tres dias, dentro de ellos produciria un testigo, á quien todos se verian obligados á creer, porque seria el mismo Pedro, muerto tres años habia.

Al oír una proposicion tan extraordinaria como asombrosa, todos la admitieron, y el Rey concedió el término de los tres dias, que pasó Estanislao en ayunos y oraciones. Llegado el dia señalado, celebró el Santo misa, y vestido de pontifical, seguido de un inmenso pueblo, se enderezó á la sepultura de Pedro; mandóla abrir, y se halló el cuerpo convertido en polvo. Hizo el Santo una fervorosa oracion á Dios, acompañada de muchas lágrimas, y tocando aquel polvo, le

mandó en nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo, que reviviese y resucitase para dar testimonio de la verdad. Al punto el polvo se configuró en cuerpo humano, resucitó el muerto, y salió de la sepultura. A vista de tan gran milagro prorumpieron todos los presentes en grandes gritos de admiracion y de alegría. Tomó el Santo de la mano al muerto resucitado, y conduciéndole primero delante del altar mayor para rendir gracias á Dios, le llevó después, acompañado de un increíble gentío, á la presencia del Rey y de toda la junta general, para destruir la calumnia. Asombróse tanto así el Principe como todos los de la junta, al ver aquel espectáculo, que ninguno tuvo aliento para decir ni una sola palabra. Entonces, volviéndose al Rey el santo Obispo, le dijo: Señor, aquí està el testigo incontestable que ofrecí presentar; de él podrá saber la verdad V. M. si fuere servido. Sí, señor, continuó el resucitado difunto, es cierto que vendí al obispo Estanislao mi tierra de Piotravin, y que me pagó el precio en que nos concertamos; por lo que mis sobrinos no tienen razon para inquietarle en este punto. Dijo esto con voz tan clara y tan esforzada, que lo oyó todo el concurso, en el cual se levantó una especie de murmullo, que mostró bien la indignacion que todos habían concebido por la injusticia que se le hacia al Santo. El Rey quedó espantado, y al mismo tiempo irritado dentro de su corazon con cierta oculta rabia; pero como la justificacion era tan evidente, sin haber arbitrio para contestarla, confirmó al Obispo en la posesion de la tierra; y Estanislao, acompañado de los principales miembros de la junta general, volvió á conducir tranquilamente al resucitado Pedro á su sepultura, donde entró, se acomodó, y volvió á morir, habiéndose hecho después muchos sufragios por su alma. El concilio de Basilea produce este famoso milagro contra el artículo IV de los Husitas, que defendian no debia la Iglesia tener rentas, ni poseer bienes temporales.

A vista de tan gran prodigio se suspendió por algun tiempo la cólera del Rey contra el Obispo; pero no duró mucho la bonanza. Gemian todos los Estados del reino bajo la intolerable tiranía del Principe mas disoluto que se habia visto en el trono; y no hallándose siquiera uno que se atreviese á hacerle una humilde representacion, se recurrió al generoso Estanislao, que tercera vez fué á representarle cuánto debia temer la indignacion de Dios, justamente irritado contra tantos delitos como habia cometido. Hizolo con tanto respeto y con tantas lágrimas, que Boleslao se mostró algo enternecido; pero como el Santo le estrechase á que se convirtiese, no quiso darle

oidos, y se entregó mas que nunca al abismo de sus desórdenes.

Gemia Estanislao dia y noche en la presencia de Dios, no cesando de pedir la conversion del Rey, y añadiendo nuevas penitencias á sus oraciones y á sus lágrimas. Pero viendo que nada aprovechaban estos remedios, juzgó que debia echar mano de la severidad de las censuras; y habiéndole separado de la comunión de los fieles, le interdijo la entrada en la iglesia. Enfurecióse Boleslao, y resolvió librarse de una vez del santo Obispo. Supo que se habia retirado á la capilla de San Miguel, poco distante de la ciudad, y le siguió para poner su intento en ejecucion: dijeron al Rey que estaba celebrando el santo sacrificio de la misa, y mandó á sus guardias que le matasen en el mismo altar. No se espantó el Santo á vista de los asesinos, porque habia mucho tiempo que se consideraba como víctima destinada al sacrificio; pero los asesinos se atemorizaron tanto á vista del Santo, que poseidos de un pavoroso respeto, se salieron de la iglesia; lo que visto por el desdichado Rey, lleno de un rabioso furor, él mismo tomó un sable, y descargó sobre la cabeza de Estanislao tan terrible golpe, que le tendió muerto sobre el mismo altar en que estaba celebrando, habiendo sucedido esto el dia 8 de mayo del año 1079.

Enfurecido mas y mas el impío Rey con el horrible delito que acababa de cometer, mandó que sacasen de la iglesia el santo cuerpo, y que haciéndole pedazos los arrojasen en el campo para que sirviesen de presa á las aves de rapiña. Pero tomó Dios de su cuenta la defensa de aquellas sagradas reliquias; porque envió una águila, que haciéndolas centinela dia y noche, espantó á todas las bestias carniceras, hasta que juntando los canónigos los esparcidos miembros del santo cuerpo, le enterraron secretamente delante de la iglesia de San Miguel, donde no tardó el Señor en manifestar la gloria del santo Obispo.

Llegó á los oídos del papa Gregorio VII la noticia de este sacrilego parricidio, y al punto fulminó excomunion contra el rey Boleslao y contra todos sus cómplices, dando orden al arzobispo de Gnesnes, y á todos los obispos de Polonia, para que los denunciasen públicamente, y cerrasen todas las iglesias. A los principios mostró el Rey hacer poco caso, y aun burlarse de la excomunion y del entredicho; pero no dejó Dios por largo tiempo sin castigo este desprecio. Vióse aquel desventurado Príncipe objeto infeliz del odio y de la execracion de todos sus pueblos; acometiéronle á un tiempo todas las desgracias; perdió en menos de seis meses cuantas conquistas habia hecho á sus

enemigos; encendióse la guerra civil; y trastornadas después las estaciones del año, acabaron de arruinar á todo el reino.

Pero ninguna de estas desgracias le causaba tanto dolor y tanta rabia, como la noticia de las maravillas que cada dia obraba Dios en el sepulcro del Santo. Quiso informarse por sí mismo si era verdad que por la noche se iluminaba el sepulcro con una claridad milagrosa. Y habiendo subido al castillo de Cracovia, luego que descubrió aquella claridad, quedó tan poseído del pasmo, que casi perdió el juicio. La inquietud y turbacion de su conciencia crecia al paso de las desgracias; y dejando á Polonia, se refugió en el reino de Hungría á la proteccion del rey Ladislao; pero siguiéndole en todas partes la justicia de Dios, acabó de perder el juicio, y errante por los campos y por los bosques murió miserablemente, siendo las fieras sepultura de su cuerpo.

Duraron las milagrosas luces sobre la de nuestro Santo por espacio de diez años, esto es, hasta que su cuerpo fue trasladado con grande solemnidad á la catedral de Cracovia, y colocado en un magnífico sepulcro donde le honró Dios con tanto número de milagros, que hicieron su nombre célebre en todo el universo, y obligaron á la Silla apostólica á declararle por insigne mártir.

SAN SIXTO Y EOVALDO, LLAMADO EN VULGAR CATALAN SAN HOU.

En la sangrienta persecucion que suscitaron contra la Iglesia en principios del siglo IV los emperadores Diocleciano y Maximiano, es bien sabido que nombraron estos supersticiosos Príncipes por gobernador de la provincia de Tarragona á Daciano, con el impío designio de extinguir, si pudiese, el nombre y la religion de Jesucristo. Sacrificó este bárbaro, uno de los mas inhumanos que conocieron los siglos, al furor de su saña innumerables victimas de fieles inocentes, cuyas reliquias ocultaron los Cristianos con la cautela y con el silencio que exigia la constitucion de aquellas edades lamentables; por lo que permanecieron incógnitas, hasta que el Señor se dignó manifestarlas. De esta clase fueron las de san Sixto y las de san Eovaldo, llamado san Hou en idioma catalan, uno de los muchos Mártires que derramaron su sangre en el mismo tiempo; no por otra causa que la de haberse resistido con valerosa constancia á prestar sacrificios á los dioses romanos, que veneraba por tales la ciega obstinacion de los gentiles.

Las venerables reliquias de estos dos ilustres Mártires estuvieron

incógnitas muchos años, hasta que por un prodigio maravilloso quiso el Señor demostrarlas. Vivió en Celdran, pueblo del obispado de Gerona, un labrador de conocida virtud, á quien en sueños dijo un Ángel: *Vé, siervo de Dios, á la viña que tienes en Valtorta cerca de la iglesia de la bienaventurada santa Tecla, virgen y mártir, y allí encontrarás dos cuerpos de santos, que padecieron martirio por defensa de la fe, los que ocultaron los Cristianos por temor de la tiranía de Daciano*. Despertó el labrador todo asustado; pero no despreciando el aviso del cielo, se fué á la viña en la siguiente noche, y vió sobre un monton de espinos que estaban en la misma heredad un globo de luz tan resplandeciente, que ilustraba con su claridad todos los campos inmediatos. Quiso observar si se repetia igual prodigio para mas certificarse; y habiéndolo observado segunda y tercera vez, no le quedó duda que en aquel lugar estaba el insinuado tesoro. Quemó las malezas del sitio, y cavando en él encontró dos arcas de madera trabajadas con tal artificio, que apenas se hallaba en ellas cisura alguna.

Refirió el labrador todo lo ocurrido á un sacerdote de la iglesia de Celdran; y habiendo dado este parte al obispo de Gerona, pasó aquel ilustrísimo prelado con su clero y mucha parte del pueblo al reconocimiento de aquellos depósitos. Mandó á todos los asistentes que se pusiesen en oracion, para que el Señor se dignase manifestar de quiénes eran las santas reliquias contenidas en aquellos depósitos; y abriéndose por sí mismas las dos arcas, luego que demostraron ser las de san Sixto y san Eovaldo, se cerraron con el mismo prodigio.

Quiso el reverendo obispo llevarlas á Gerona, para enriquecer su iglesia con alhajas tan preciosas; pero al llegar á un arroyo donde finaliza el término de la parroquia de Celdran, se quedaron inmóviles los conductores. Conoció el prelado por aquella resistencia, que era voluntad de Dios el que permaneciesen en la misma parroquia, donde hizo construir dos magníficos altares para colocarlas; y ejecutado así, son veneradas en ellos por todos los pueblos circunvecinos, á quienes concede Dios muchos favores por la intercesion de los dos Santos.

SAN BENEDICTO II, PAPA Y CONFESOR.

Era natural de la misma ciudad de Roma, y criado desde su infancia en el servicio de la Iglesia, estaba muy versado en las santas Escrituras, y en el canto ó música eclesiástica, de que era devoto aficionado. Cantar continuamente las alabanzas de Dios en la tierra

es una especie de noviciado para la bienaventuranza de los cielos, y una ocupacion la mas dulce y mas gustosa para un alma que ama á Dios verdaderamente como él. Benedicto fue siempre humilde, manso, paciente, mortificado, amante de la pobreza, y generosísimo para el pobre. Ordenado de presbítero, tomó parte en el gobierno de la Iglesia romana en los pontificados de Agaton y Leon II, y acaecida la muerte de este último en el año de 683, fue electo Papa; pero siendo necesario obtener el consentimiento del Emperador, por esta razon la Silla apostólica estuvo vacante cerca de un año, y Benedicto no fue consagrado hasta el dia 26 de junio del año de 684. Y su virtud mereció tanta consideracion del emperador Constantino Pogonato, que consiguió de este una ley, por la cual se autorizaba consagrar al Papa luego de ser elegido. Constantino era un príncipe muy religioso y católico, que reinó diez y siete años con gloria grande, y concurrió con el papa Agaton á la convocacion del concilio sexto general en Constantinopla en el año de 680; y el papa Leon II envió á España los decretos de este sínodo. Muerto este, Benedicto II prosiguió el mismo negocio, y los obispos de España en un concilio que celebraron en Toledo aprobaron y recibieron la definicion publicada por el citado sexto concilio general. Despacharon estos al Papa una copia de su confesion de fe con sus firmas al pié: no obstante el papa Benedicto observó en ellas ciertas expresiones oscuras, de que pidió una exposicion mas clara. Para este intento fue convocado el décimoquinto concilio Toledano, en que fue explicado aquel punto, y aquellas expresiones declaradas en un sentido enteramente católico.

El papa Benedicto trabajó mucho en la conversion de los herejes, y en la reparacion y adorno de las iglesias; no completó once meses en el pontificado, pero llenó este corto término de buenas obras; murió pues á los siete de mayo del año de 686, y fue enterrado en la iglesia de san Pedro.

La Misa es en honra de san Estanislao, y la Oracion es la siguiente:

Deus, pro cujus honore gloriosus pontifex Stanislaus gladiis impiorum occubuit: praesta, quaesumus, ut omnes qui ejus implorant auxilium, petitionis suae salutarem consequantur effectum: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Ó Dios, por cuya honra murió el glorioso pontífice Estanislao á violencia de las espadas de los impíos; suplicámote nos concedas que todos los que imploran su amparo, consigan el saludable efecto de su peticion. Per Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epistola es del capitulo v del libro de la Sabiduría, pág. 23.

REFLEXIONES.

Insensatos de nosotros, que calificábamos su vida de locura, y su muerte de ingloriosa: y ¡ahora los vemos allí elevados á la dignidad de hijos de Dios! Es cierto; las ilusiones alucinan durante la vida; pero su engaño no pasa los límites de la muerte: nuestras preocupaciones duran lo que duran nuestros días. Pero ¡qué cosa tan triste es no conocer el error hasta que ya se tiene á cuestas la pena! Terrible arrepentimiento aquel que jamás se ha de acabar, y ya no tiene remedio.

No todas las ilusiones son del entendimiento; tambien el corazon, tambien la voluntad padecen las suyas; y estas son verdaderas enfermedades, las mas incurables; ninguna que no sea voluntaria, y todas siempre molestas, siempre peligrosas. Nunca se descamina á medias el que se descamina por inclinacion.

El amor propio es el manantial mas fecundo de las ilusiones del corazon. Nunca se desconfia de ellas, porque siempre son gratas á los sentidos; apenas reinan en el alma, cuando la razon, digámoslo así, pierde su libertad. El entendimiento, el genio, la educacion, todo sigue ciegamente la impresion que hacen; todo cede á ellas. Ni las pasiones hacen progresos, ni causan daños sino á favor de las nieblas que las ilusiones levantan. Hasta los errores del entendimiento no tienen otro principio. Es menester curar el corazon si se quiere cegar el manantial mas ordinario de estos errores.

Son pocas las personas que se pueden reputar exentas de estos engaños de la voluntad; y ¿son menos las que se defienden de ellos? ¿Qué condicion, qué estado puede hallarse tan feliz que sea impenetrable á estos errores? Los grandes por lo comun nacen tan llenos de tales preocupaciones á favor de su grandeza, que rara vez se desengañan de ellas; el pueblo se alimenta con el mayor gusto de todo aquello que le lisonjea; el mundo es verdaderamente el país propio y nativo de las ilusiones del corazon; pocos mundanos hay que no estén preocupados de estas ilusiones. Pero ¿qué imperio no logran estas sobre un ánimo, sobre un corazon que forma de ellas la regla de su devocion, de su conducta, y aun de su religion?

Los efectos ordinarios de estas ilusiones son una ambicion insaciable, un fondo sin suelo de avaricia, una obstinacion invencible en el error, una adhesion tenaz y caprichosa al partido que se sigue, una aversion de por vida, un odio invencible, una hipocresía de profesion, un precipitarse sin remordimiento, y un querer perderse con

resolucion de jamás arrepentirse. No hay vicio á quien estas ilusiones no lisonjeen; pocos que no pretendan hacer plausibles, y que no adopten. Y aquella artificiosa seguridad con que viven muchas personas, cuya conciencia tiene tantos motivos para estar sobresaltada, no nace de otro principio mas natural y mas comun que de estas ilusiones voluntarias.

Nos insensati! ¡Ah, qué insensatos hemos sido! ¿Qué tiempo es de abrir los ojos cuando ya todo es tinieblas para nosotros? ¿qué tiempo es de conocer y de confesar el error cuando ya nos hallamos en el precipicio? Debíamos haber desconfiado con tiempo de nuestro propio dictámen, que sirvió de juguete y de burla á nuestro corazon; debíamos haber escuchado sin preocupacion los consejos saludables de aquellos á quienes habia escogido Dios para que nos dirigiesen; debíamos haber dado oídos á la Iglesia, y no habernos hecho esclavos de la pasion, de la vanidad y de nuestro propio juicio. ¡Insensatos de nosotros! ¡insensatos de nosotros! Esta será la cantinela de los disolutos y de los herejes en la otra vida: *Nos insensati!* Confesion sin provecho; confesion muy inútil. Debieras haberla hecho, debieras haberlo creido cuando te lo decian, cuando te hallabas en estado de enmendarte y de corregirte.

El Evangelio es del capítulo xv de san Juan.

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Ego sum vitis vera, et Pater meus agricola est. Omnem palmitem in me non ferentem fructum, tollet eum: et omnem, qui fert fructum, purgabit eum, ut fructum plus afferat. Jam vos mundi estis propter sermonem, quem locutus sum vobis. Manete in me, et ego in vobis. Sicut palmes non potest ferre fructum à semetipso, nisi manserit in vite: sic nec vos, nisi in me manseritis. Ego sum vitis, vos palmites: qui manet in me, et ego in eo, hic fert fructum multum: quia sine me nihil potestis facere. Si quis in me non manserit, mittetur foras sicut palmes, et arescet, et colligent eum, et in ignem mittent, et ardet. Si manserint in me, et verba mea in vobis manserint, quodcumque volueritis, petetis, et fiet vobis.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: Yo soy vid verdadera; y mi Padre es el cultivador. Todo sarmiento que no lleve fruto en mí, le quitará; y todo aquel que lleva fruto, le mondará para que lleve mas. Vosotros estais ya limpios en virtud de la palabra que os he anunciado. Permaneced en mí, y yo en vosotros. Así como el sarmiento no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid; de la misma manera tampoco vosotros, si no permaneciéreis en mí. Yo soy la vid, vosotros los sarmientos; el que está en mí, y yo en él, este lleva mucho fruto, porque sin mí no podeis hacer cosa alguna. Si alguno no permaneciere en mí, será arrojado fuera como el sarmiento, y se secará, y le cogerán, y echarán en el fuego, y arderá. Si permaneciéreis en mí, y mis palabras se conservaren en vosotros, pediréis lo que quisiéreis, y os será concedido.

MEDITACION.

La desdicha de una vida ociosa é inútil.

PUNTO PRIMERO.—Considera el sentido de estas palabras: *Om-nem palmitem in me non ferentem fructum, tollet eum*: todo vástago ingerto en mí, que no llevare fruto, mi Padre le arrancará. No basta que la rama esté unida al tronco, es menester que dé fruto; cuando no le da, se la corta con todas sus hojas; arrójase en el fuego, y arde. Esto es justamente en lo que para una vida ociosa.

Pues ¿qué suerte han de esperar aquellas personas que encane-cen en una vida ociosa y regalona, cuyos dias vacios, por decirlo así, son como dias de invierno estériles y helados? ¿De qué utilidad pue-de ser para el cielo una vida enteramente pagana de aquellas gen-tes del mundo, que ignoran hasta los primeros principios de la Reli-gion, ó si están instruidos en ellos, viven sin practicarlos?

Ciertamente, al ver en qué se ocupa ordinariamente el dia de hoy la mayor parte de la gente del mundo, se pudiera preguntar si bas-taba el nombre y la profesion de cristiano para no hacer en todo el dia cosa de provecho; ó si la inaccion y la inutilidad se reputan por vida cristiana entre los Cristianos. ¡Cuántos se hallan tan ociosos, que fastidiados de su misma ociosidad no encuentran tiempo, ó por mejor decir, no tienen paciencia para asistir al santo sacrificio de la misa! En cierta manera se pudiera decir, que en fuerza de querer parecer poco devotos, y aun poco cristianos, dejan de serlo. Con-cursos de ociosidad, visitas inútiles, partidos de juego, entreteni-mientos sin sustancia, diversiones frívolas, espectáculos y holgaza-nería; en esto se pasa toda la vida, por lo menos hasta que un revés de fortuna, ó una edad avanzada ya, y disgustada de todo, conde-nan á un hombre al retiro; y aun entonces su vida se reduce á una ociosidad enfadosa y haragana, que entra á suceder á la divertida y regalona. Los últimos dias de la vida son mas inquietos, pero no son menos ociosos. Entonces se hace un hombre ocioso por necesidad, después de haberlo sido por gusto.

Parece que hasta ser una persona rica, ser de distincion, ser jó-ven ó tener empleo, para juzgarse con derecho de perder el tiempo; sin que de ordinario tenga otra ocupacion que la inquietud que la causa el saber cómo ha de perderle. Una mujer, casada con un ma-rido cuya fortuna suple la oscuridad de su nacimiento, se persuade que la tendrian por mujer ordinaria y por plebeya si la viesen tra-

bajar, y deja el cuidado de su familia y de su casa á una ama de llaves, ó á criados y criadas asalariadas. Las visitas, los cortejos, el tocador, el paseo, los espectáculos y el juego la consumen todo el tiempo; con asistir superficialmente á la iglesia por costumbre, por moda, ó de pura ceremonia; con hacer ciertas monadas ó ciertas exterioridades de devocion, juzga que ya no ha menester mas para acallar los remordimientos de aquella conciencia justamente sobresaltada. Este es el plan de vida de muchas personas que hacen profesion de cristianas; esto es, que siguen una religion en la cual se condena hasta la mas mínima palabra ociosa, y que indispensablemente pide de todos sus secuaces una vida pura, laboriosa, mortificada, y dias tan llenos, que solamente se da el premio y la corona á las buenas obras. Junta, si puedes, estos extremos, y comprende, si aciertas, este misterio. Pero ¡ah! que es muy fácil comprenderle. Todo árbol que no diere fruto será cortado, será arrojado al fuego y arderá. Examinemos si tenemos que temer en esta materia.

PUNTO SEGUNDO. — Considera que nunca fue vida cristiana la vida de esos hombres que parece viven solo para divertirse, de esos ociosos de profesion. Una leve tintura de nuestra Religion basta para saber cuánto reprueba la ociosidad, y esa vida inútil, holgazana y regalona. Dase el cielo á los adultos á título de premio; y ¿seria bien que fuese este el salario de los ociosos? ¡Cuántos y cuántos tendrán por herencia la reprobacion eterna!

Hallaránse pocos que no tengan familia de que cuidar, ó á lo menos algun criado, algun dependiente de quien dar estrecha cuenta. Ninguno hay que no tenga muchas obligaciones con que cumplir, el grande negocio de la salvacion á que atender, talentos que aprovechar, dias señalados que santificar; y en fin, una terrible cuenta que dar á Dios de todos los instantes y de todas las acciones de su vida. ¿Compónese bien creer todo esto, y vivir como se vive? Quien está cargado de tantas obligaciones, ¿puede decir que nada tiene que hacer? ¿puede no saber cómo ha de pasar el tiempo? Ni á un solo cristiano es lícito vivir como vive hoy la mayor parte de las personas del mundo.

En materia de costumbres, dentro de la religion cristiana los artículos son decretos, y los preceptos caminan á la par con los artículos. El que no lleva su cruz todos los dias, *quotidie*, como dice Jesucristo (*Luc. ix*), en vano se lisonjea de ser discípulo suyo. *Velad y orad sin cesar, daos prisa, esforzaos á entrar en el reino del cielo.*

Contendite. Quien no se hiciere una continua violencia para llegar á tiempo, no hallará lugar en él. No se da licencia para mirar atrás una vez que se haya puesto mano al arado. Aunque fue tan pura, tan irrepreensible la vida de aquellas vírgenes que por haberse dormido no hicieron en tiempo provision de aceite; basto este solo descuido, efecto de su ociosidad, para privarlas por siempre de la presencia del esposo, y para incurrir en su desgracia. Hasta los motivos de la sentencia final, que pondrá á los escogidos en posesion de la eterna bienaventuranza, se fundan precisamente en el ejercicio de las obras de misericordia, visitas de enfermos y encarcelados, limosnas á los pobres, caridad industriosa, celo siempre activo y siempre fructuoso, velar y orar perpetuamente, siempre en guerra viva con el enemigo, siempre con obligacion de aprovechar los talentos, siempre dispuestos á dar cuenta exacta de ellos. Valga la verdad; ¿se haría mucho agravio á no pocos cristianos de los que viven en el mundo en preguntarles con seriedad, si real y verdaderamente era este el Evangelio que creían? Y si lo es, ¿se salvarán muchos de los que así viven en el mundo?

Siento en mí, Dios mio, toda la fuerza y todo el peso de estas reflexiones. ¡Cuántas horas, cuántos días, cuántos años he perdido! Yo soy aquel estéril sarmiento, que unido á Vos, no ha llevado fruto, y que debiera ser cortado para ser arrojado en el fuego. Muchos motivos tengo para temerlo; pero no tengo menos para confiar en vuestra misericordia, esperándolo todo de ella con el firme propósito que hago de mudar de conducta desde este mismo instante.

JACULATORIAS.—Pegada está con el polvo mi pobre alma, oprimida del peso de mis miserias, á vista de la inutilidad ociosa de mi vida; levantadla, Señor, y fortalecedla segun vuestras divinas promesas. (*Psalms. cxviii*).

Concedisteme, Señor, una vida tan corta y tan medida; ¡y en medio de eso he perdido tantos días! (*Psalms. xxxviii*).

PROPÓSITOS.

Qui sectatur otium, stultissimus est, dice el Sabio (*Proverb. xii*): el que ama la ociosidad, ó como lee el Hebreo, el que se arrima á gente ociosa y gusta de tratar con ella, es muy necio. Basta una leve tintura de nuestra Religion para confesar que es la mayor y mas ridicula de todas las extravagancias creer lo que creemos, esperar lo que esperamos, y vivir como vivimos. Desengañémonos, la vida de-

licada y ociosa nunca fue vida cristiana. No hay condicion, calidad, estado ni edad que nos dispense en la obligacion de trabajar todos los dias por nuestra salvacion; de no perder un solo dia ni una sola hora; de velar, de orar y de combatir; de atesorar buenas obras, y de ponerlas á ganancias para el cielo. La ley es general. Y ¿qué otra cosa significa la parábola de las vírgenes prudentes y necias, la del arrendador industrioso, la del criado perezoso y tímido, la de la higuera cargada de hojas y sin fruto? El supremo y soberano Juez solo hace mencion de las buenas obras cuando castiga y cuando premia. ¿Eres tú del número de aquella gente ociosa ó de aquellas mujeres, cuya vida se pasa toda en componerse, en divertirse y en estar mano sobre mano? Pues llora tu estado, lamenta tu suerte; porque hay pocas señales mas ciertas de reprobacion que esa ociosidad, esa vida inútil. *Negotiamini dum venio* (*Luc. xix*): negociad, beneficiad esos talentos que os he concedido hasta que yo venga; comerciad con las gracias, con los beneficios que os he hecho, con la salud, con el tiempo, con las conveniencias temporales, con la mocedad, con la vejez, con la prosperidad y con las mismas desgracias; todo lo habeis de poner á lucro. Ea, ¿qué te parece? ¿han sido llenos todos los dias de tu vida? Pues mira que ya no puede tardar en venir el Señor; considera si debes perder el tiempo, y si bastará el poco que te resta para resarcir el perdido. ¡Qué desgracia será la tuya si aun después de este aviso prosigues en vivir dias vacíos!

2 Bien puede ser una vida inútil para el cielo sin ser ociosa. Harto laboriosa es la vida de la mayor parte de los que viven en el mundo; pero ¿qué fruto sacan de sus trabajos y de sus afanes? Rara vez tiene lugar la ociosidad, ó á lo menos poco puede durar en una comunidad religiosa; porque no sufren gente ociosa sus ejercicios. El celo de la salvacion de las almas ya se sabe que destierra la ociosidad; apenas hay cosa mas afanada que la vida de los hombres apostólicos. Con todo eso, acuérdate que sucede no pocas veces que cuando esos hombres, en la apariencia tan ricos, se hallan acometidos del sueño de la muerte, no encuentran nada en sus manos. *Muchos me dirán en aquel dia, dice Cristo, Señor, ¿pues no profetizamos en vuestro nombre? ¿no lanzamos los demonios? ¿no hicimos milagros? Y yo les responderé claramente: No os conozco: numquam novi vos.* (*Matth. vii*). ¡Oráculo terrible! que prueba se puede trabajar mucho en la vida, sin adelantar cosa para el cielo. A fin de evitar esta desgracia, nada hagas por tu propia eleccion, por genio ó inclinacion natural. Pues vives sujeto á un superior, no hagas cosa que no sea por obediencia.

Si estás en el mundo, dispon un método ó regla de vida que sea el móvil de todas tus operaciones; desconfía siempre de tu amor propio y de tu propio juicio. Pero mira siempre con horror la vida ociosa é inútil, teniendo perpetuamente en la memoria esta terrible sentencia: *Todo árbol que no lleva mas que flores y hojas será cortado, y será arrojado al fuego.* (Matth. III).

DIA VIII.

MARTIROLOGIO.

LA APARICION DE SAN MIGUEL ARCÁNGEL, en el Monte Gárgano. (*Véase su historia en las de hoy*).

EL TRIUNFO DE SAN VÍCTOR, mártir, en Milan; era natural de Berbería, habiéndose criado desde su niñez en la religion cristiana. Siendo soldado de los ejércitos imperiales, compelido por Maximiano á que sacrificase á los ídolos, como perseverase valerosamente en confesar á Jesucristo, fue primero apaleado, aunque sin recibir daño ni dolor alguno, por un efecto de la divina proteccion, después le bañaron en plomo derretido; y quedando tambien sin lesion, por último consumó el glorioso martirio habiéndole degollado (*en el año 303. Erigióse en la misma ciudad de Milan en su honor un suntuoso templo que todavia se conserva*).

SAN ACACIO, centurion, en Constantinopla, el cual en la persecucion de Diocleciano y Maximiano, acusado de que era cristiano por Fermo, tribuno, fue cruelmente atormentado en Perintho por orden del juez Bibiano, y últimamente condenado á muerte en Bizancio por orden del procónsul Flaccino; su cuerpo apareció milagrosamente conducido á las costas de Esquilace, en donde se conserva con gran veneracion.

SAN DIONISIO, obispo y confesor, en Viena (*de Francia; fue natural de Grecia, y educado por los discipulos de los Apóstoles, sobresaliendo por su eminente doctrina y esclarecida piedad. Gobernó aquella iglesia desde el año 177 hasta el 197 en que murió. El papa san Victor le escribió varias veces sobre asuntos de disciplina, y le nombró primado en todas las Galias*).

SAN ELADIO, obispo, en Auxerre de Francia.

SAN PEDRO, obispo, en territorio de Besanzon.

SAN WIRON, obispo, en Escocia.

LA APARICION DE SAN MIGUEL ARCÁNGEL.

San Miguel arcángel, general, por decirlo así, de la milicia celestial, el primero de aquellos bienaventurados espíritus que asisten continuamente al trono de Dios y componen el coro octavo de la jerarquía del cielo, siempre fue venerado en la Iglesia de Dios como el protector especial de los Cristianos; del mismo modo que antes de fundarse el cristianismo lo habia sido del pueblo judío.

Aquel Ángel que el Señor envió al profeta Daniel para informarle

del tiempo preciso en que habia de nacer el Mesías, y para instruirle en otros grandes misterios de la Religion; hablando con él de lo que al fin de los tiempos habia de suceder para probar la fidelidad de los escogidos de Dios, le dijo que entonces se levantaria el gran príncipe Miguel, protector de los hijos del pueblo del Señor. (*Dan. xii*).

Habiendo, pues, señalado Dios por protector de su Iglesia al mismo que lo habia sido de la Sinagoga, quiso manifestar á los fieles con señales sensibles cuánto valia esta proteccion; y por medio de diferentes apariciones del arcángel san Miguel moverlos á que le profesasen la mas tierna devocion, y á que le rindiesen el mas solemne y mas religioso culto. Entre otras, tres son las principales que celebra la Iglesia con mayor solemnidad, dedicando á cada una su fiesta particular.

La primera fue en Chones, ciudad de Frigia, y parece ser la mas celebrada y conocida de los griegos y de los orientales. Aparecióse san Miguel en figura humana á un hombre de Laodicea que tenia una hija muda, y esta cobró el habla al instante, milagro que convirtió al padre y á la hija, siendo ocasion de que se edificase un suntuoso templo en honra de san Miguel; así para consagrar, como para perpetuar su memoria, se instituyó en toda la Iglesia del Oriente una fiesta particular en honra del Príncipe de la milicia celestial, señalando para ella el dia 6 de setiembre. La ciudad de Chones se llamaba antiguamente Coloso; y es la que hizo tan conocida el apóstol san Pablo por su epístola á los colosenses.

Pero de todas las apariciones de san Miguel, la mas célebre es la que se hizo en el Monte Gárgano, llamado hoy Monte del santo Ángel, en la provincia Capitanata del reino de Nápoles. Hizo tanto ruido este milagroso suceso, que para perpetuar su memoria y para renovar de tiempo en tiempo la devocion de los fieles á su ilustre y poderoso protector, instituyó la Iglesia la fiesta de este dia; y el suceso, segun se refiere, pasó de esta manera.

Hácia el fin del quinto siglo, gobernando la Iglesia de Dios el papa Gelasio, apacentaba su ganado un pastor sobre la cima del Monte Gárgano. Desmandóse un novillo, y metióse en una cueva ó caverna; el pastor para obligarle á que saliese de allí, le disparó una flecha, la cual retrocediendo con la misma violencia con que habia sido disparada, hirió al pastor. Quedaron atónitos los circunstantes á vista de tan asombroso suceso, cuya noticia llegó presto á la ciudad de Siponto, que está á la falda del monte, y hoy se llama Manfredonia. Informado el obispo, creyó desde luego que en aquel milagro

se ocultaba algun misterio; y para conocer lo que Dios queria dar á entender por aquel prodigio, ordenó un ayuno de tres dias en todo su obispado, exhortando á los fieles á que juntasen la oracion con el ayuno, pidiendo á Dios se dignase descubrir su voluntad.

Oyó el Señor las oraciones del santo obispo. Al cabo de los tres dias se le apareció san Miguel, y le declaró ser la voluntad de Dios que el Ángel tutelar de su iglesia fuese singularmente reverenciado en el mismo sitio donde acababa de suceder aquella maravilla, para encender y animar la devocion y confianza de los fieles, experimentando particularmente en aquel lugar los dulces efectos de su poderosa proteccion.

Penetrado el obispo de los mas vivos movimientos de agradecimiento y de piedad, juntó al clero y al pueblo; declaróle la vision que habia tenido, y fué procesionalmente con todos al paraje donde habia sucedido el milagro. Encontraron en él una caverna ó una cueva bastante capaz, en forma de templo: la bóveda natural muy elevada, y sobre la entrada en la misma peña una especie de ventana por donde le entraba bastante luz. Erigieron un altar; consagróle el obispo, y celebró el santo sacrificio de la misa. Hizose después la dedicacion de la iglesia con la mayor solemnidad y devocion: concurrieron todos los pueblos de la comarca, y duró la fiesta muchos dias. Enriquecida la nueva iglesia con preciosísimos dones, no se evacuó por algun tiempo: cantábanse en ella las alabanzas del Señor, y se celebraban los divinos oficios con singular piedad en honor del patrono tutelar de la iglesia; aumentándose cada dia mas desde aquel tiempo la devocion de los fieles con el arcángel san Miguel.

No tardó mucho el Señor en manifestar con prodigios cuán grata le era esta devocion, autorizándola muy presto con multitud de milagros. Hizose famoso el santuario del Monte Gárgano, siendo una de las mas frecuentes peregrinaciones de la cristiandad; y los favores que el Señor dispensaba en él á los que le visitaban, aumentaron por mucho tiempo el concurso de todas las naciones, venerándose como lugar santo la gruta en que sucedió esta maravilla.

Refiere Pedro Damiano que por los años 1002, habiendo el emperador Oton III quitado la vida á un senador de Roma, llamado Crescencio, contra la fe de su palabra imperial, deshonorando después á la viuda del difunto con escándalo de toda la Iglesia; arrepentido de sus culpas se fué á echar á los piés de san Romualdo, quien le ordenó fuese desde Roma hasta el Monte Gárgano con los pies descalzos á visitar la iglesia de San Miguel, para dar á Dios y al mundo

esa satisfaccion por sus pecados; lo que ejecutó el penitente Empe-
rador con grande edificacion de toda la cristiandad, siendo este un
admirable testimonio de la particular veneracion que se profesaba á
aquel prodigioso santuario.

Para eternizar esta veneracion, y para perpetuar con provecho la
memoria del insigne milagro con que quiso Dios manifestar á los
hombres la poderosa proteccion del arcángel san Miguel, y animar
su confianza con esta aparicion, instituyó la Iglesia esta fiesta, se-
ñalando para ella el dia de hoy, como se ve en los Sacramentarios
antiguos.

De otras muchas apariciones de san Miguel se hace memoria en la
Iglesia latina. Una de las mas memorables es la que refiere la his-
toria haberse hecho al obispo de Avranches sobre una peña ó escollo.
llamado *la Tumba del mar*, situado en su diócesi á la entrada del
mismo mar, en aquel recodo angular que forman la Normandía y la
Bretaña.

Habiendo llegado á noticia del obispo Auberto un suceso mara-
villoso acaecido en la Tumba, muy semejante al del Monte Gárgano,
él tambien, á imitacion del obispo de Siponto, intimó en su obispa-
do ayunos y oraciones para que el Señor se dignase declararles su
voluntad. Pero no fue tan dócil como el otro obispo; porque aunque
el Señor se la declaró con señales muy sensibles, se resistia á creer-
los con sobrada obstinacion, hasta que fue severamente castigado; y
haciéndole la pena cuerdo y dócil, reconoció que san Miguel queria
ser particularmente venerado en aquel sitio. Sucedió esta aparicion
por los años de 708, y el obispo Auberto edificó sobre la cima de la
misma peña una bella iglesia, que se acabó el año de 709; y el dia 16
de octubre se dedicó solemnemente al arcángel san Miguel, quedan-
do este dia señalado para celebrar todos los años la fiesta de la de-
dicacion, como se hace aun el dia de hoy con grande solemnidad.
Este mismo Prelado echó de allí á los ermitaños que hacian vida so-
litaria en el distrito de la peña, é instituyó doce canónigos para el
servicio de la iglesia. Pero como con el discurso del tiempo los su-
cesores se relajasen, haciendo una vida de poca edificacion, Ricar-
do I, duque de Normandía, los despojó del sitio, y convirtió la igle-
sia colegiata en monasterio de Benedictinos, que hasta el dia de hoy
se conservan con observancia muy ejemplar, y promueven la devo-
cion del santuario, la cual le hizo perder su antiguo nombre; y hoy
solo es conocido por el Monte de san Miguel, siendo una de las ro-
merias mas célebres de Francia que han hecho muchos reyes cristia-

nísimos, y aun la frecuente el concurso de todas las naciones de la Europa.

Hace mencion la historia eclesiástica de otras muchas apariciones del arcángel san Miguel; y con ocasion de una de ellas se le edificó un suntuoso templo en Constantinopla. Otro edificó en Roma el papa Bonifacio en aquel sitio que se llamaba *la Mole de Adriano*, y hoy se llama *el Castillo de Sant-Ángel*. Leon IV mandó edificar el tercero en el monte Vaticano, después de la rota de los sarracenos, persuadido de que por mas que se multiplicasen estos monumentos, todos eran muy debidos y muy convenientes para excitar la devocion de los fieles con aquel, que al salir las almas de los cuerpos, las presenta delante del tribunal del Juez supremo, habiéndole señalado Dios por defensor y por patron tutelar de su iglesia.

EL BEATO DOMINGO, CONFESOR.

En este dia se celebra en el convento de religiosos Dominicos de Santaren, pueblo ilustre del reino de Portugal, la memoria del beato Domingo, uno de los ornamentos mas brillantes del querúbico instituto, digno de los mas altos elogios por la inocencia de su vida. Tenia este el oficio de sacristan en el expresado convento, y enseñaba á unos niños vestidos del mismo hábito las primeras letras y la doctrina cristiana. Acostumbraban estos después de ayudar á misa ir á desayunarse á una capilla donde estaba una prodigiosa imágen de la santísima Virgen con el niño Jesús en los brazos, el que se dignaba bajar del regazo de su madre para estar con los niños en ademán de desayunarse. Refirieron estos á su maestro el suceso, y conociendo Domingo que la inocencia y la sinceridad, en que tanto se complace el Señor, era la causa de aquel favor tan extraordinario, previno á sus discípulos, que cuando bajase Jesús le dijese: *Señor, tú siempre te desayunas con nosotros, pero no acostumbras á darnos nada: convidanos alguna vez con nuestro maestro en casa de tu Padre*. Hiciéronlo así los inocentes, y condescendiendo el Señor, les convidó para el dia de la Ascension. Avisaron los niños á Domingo para que se dispusiese; y habiéndose preparado con el sacrificio del altar, que celebró en el mismo dia con asistencia de dos niños, concluida la misa pasaron á disfrutar el convite de Jesús en la patria celestial. Dieron los religiosos sepultura á los tres venerables cadáveres en un mismo sepulcro, donde se pintó después la historia de aquel suceso memorable; pero olvidándose con el transcurso del tiempo el lugar

donde estaban las venerables reliquias, se hallaron, con motivo de abrir en aquel sitio una puerta en el año 1577, íntegros los cuerpos de Domingo y los de los dos niños, con la particularidad de no haber padecido la mas mínima corrupcion los lienzos con que se enteraron; por cuyo prodigio se trasladaron del primer depósito al altar mayor. Supo lo ocurrido el Ilmo. Sr. D. Gregorio Almeida, obispo de Lisboa, y queriendo acreditar su devocion para con los tres Santos, hizo que se incluyesen sus cuerpos en tres primorosas estatuas labradas á sus expensas, las que se colocaron en un altar propio á un lado del crucero de la iglesia con una imagen del niño Jesús, donde se les tributa la veneracion correspondiente.

La Misa es en honra de san Miguel, y la Oracion la que sigue:

Deus, qui miro ordine Angelorum ministeria hominumque dispensas; concede propitius, ut à quibus, tibi ministrantibus, in coelo semper assistitur, ab his in terra vita nostra muniatur: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Ó Dios, que dispones con orden maravilloso todos los ministerios, así de los Ángeles como de los hombres; concédenos benignamente que sea nuestra vida defendida en la tierra por aquellos que sirviéndote á tí, asisten siempre en el cielo. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epistola es del capitulo 1 del Apocalipsi de san Juan.

In diebus illis significavit Deus quae oportet fieri cito, mittens per Angelum suum servo suo Joanni, qui testimonium perhibuit verbo Dei, et testimonium Jesu Christi, quaecumque vidit. Beatus, qui legit, et audit verba prophetiae hujus: et servat ea, quae in ea scripta sunt: tempus enim prope est. Joannes septem ecclesiis quae sunt in Asia. Gratia vobis, et pax ab eo, qui est, et qui erat, et qui venturus est: et à septem spiritibus, qui in conspectu throni ejus sunt: et à Jesu Christo, qui est testis fidelis, primogenitus mortuorum, et princeps regum terrae, qui dilexit nos, et lavit nos à peccatis nostris in sanguine suo.

En aquellos dias significó Dios las cosas que deben suceder presto, enviando (noticia) por medio de su Ángel á su siervo Juan, el cual dió testimonio á la palabra de Dios, y testimonio de cuanto vió en orden á Jesucristo. Bienaventurado el que lee y escucha las palabras de esta profecía, y guarda las cosas que están escritas en ella; porque el tiempo está cercano. Juan á las siete iglesias que están en el Asia. Gracia á vosotros, y paz de aquel que es, que era, y que ha de venir: y de los siete espíritus que están delante de su trono, y de Jesucristo que es testigo fiel, primogénito entre los muertos, y príncipe de los reyes de la tierra; el cual nos amó, y nos lavó de nuestros pecados con su sangre.

REFLEXIONES.

Beatus qui legit, et audit verba prophetiae hujus, et servat ea, quae in ea scripta sunt: Bienaventurado aquel que lee y oye las palabras

de esta profecía, y guarda las cosas que en ella están escritas. Leer precisamente la sagrada Escritura, y entenderla, no basta para ser bienaventurado; de esa manera se daría la bienaventuranza á muy vil precio; nuestra Religion se reduciría á una pura ceremonia si enseñara que todo el mérito consiste en el conocimiento de la virtud. Bienaventurado aquel que lee la Escritura, y observa las cosas que están escritas en ella. La ciencia de la salvacion es ciencia práctica; los demonios entienden mejor la Escritura que nosotros. Leer y entender la palabra de Dios sin practicar lo que enseña, es hacer menos caso de ella que de la palabra de los hombres á quienes se tiene algun respeto. El criado hace poco aprecio de lo que le dicen cuando no es su amo el que lo manda; pero oír la voz del amo, y no obedecerle, sería intolerable desprecio. Muchos el día de hoy leen con ansia la sagrada Escritura; es muy santa y muy loable devocion, si se lee con el respeto que pide la palabra de Dios, y así se reforman las costumbres; pero si solo sirve para fomentar cierta oculta vanidad, para satisfacer cierta curiosidad perniciosa que nos haga distinguidos; si se lee sin aquella humilde docilidad, sin aquel espíritu de rendimiento, que es en parte el distintivo de las almas justas, ninguna cosa nos condenará mas irremisiblemente que esta divina palabra. Si alguno oyere mis palabras, dice el Salvador del mundo, sin ponerlas en práctica, mire que tiene su juez: *Qui spernit me, et non accipit verba mea, habet qui judicet eum.* (Joan. xii). Lo mismo que yo les he predicado, los ha de condenar en el día del juicio. ¡Qué asunto de reflexiones para los que oyen y luego se olvidan! ¡para aquellos que van á oír la palabra de Dios solo por costumbre, por bien parecer, por cumplir con el mundo, por capricho, y no pocas veces por pura ociosidad! ¡para aquellos que predicán al pueblo esta divina palabra, y al mismo tiempo la deshonran con su vida, y la desacreditan con sus costumbres! ¿Quién es mas digno de compasion, el hereje que se obstina en el error por la leccion de la Escritura, cuyo sentido tuerce depravadamente, ó el disoluto que persevera en el desórden aun cuando tiene en la mano la Escritura que tan claramente le condena? *Practica la palabra*, dice el apóstol Santiago, *y no te contentes con oirla, engañándote á tí mismo; porque si alguno la oye sin ponerla en práctica, será como el que se mira en un espejo, el cual naturalmente le representa su semblante; pero en apartándose del espejo, ya se olvidó de su figura.* Es la palabra de Dios aquel misterioso grano que en estos tiempos se siembra en todas partes; pero ¡ó buen Dios, y cuántas tierras ingratas! Todo es camino

real, ó todo pedregal, ó á lo menos todo espinas. Es muy poco el grano que prende, y mucho menos el que fructifica. Nunca se han predicado mas sermones; nunca se han visto mas libros espirituales y doctrinales; pero ¿corresponde el fruto á tanto cultivo? *Verbum meum*, dice Dios por el Profeta, *non revertetur ad me vacuum* (*Isai. LV*): mi palabra no volverá á mí sin efecto. Para los que la oyen con puro y dócil corazon, es fruto de salud; mas para los que no se aprovechan de ella, es principio de reprobacion: *Vae vobis legis peritis!* ¡ay de vosotros, doctores de la ley; porque teniendo la llave de la sabiduría para abrir á otros la puerta, vosotros no entraís por ella, y muchas veces desvais á los que deseaban entrar! ¡ay de aquel que oye ó lee esta divina palabra, sin ser por eso mejor! Y al contrario: *Beati qui audiunt verbum Dei, et custodiunt illud* (*Luc. XI*): bienaventurados aquellos que oyen la palabra de Dios, y practican lo que ella les enseña.

El Evangelio es del capítulo XVIII de san Mateo.

In illo tempore accesserunt discipuli ad Jesum, dicentes: Quis putas major est in regno coelorum? Et advocans Jesus parvulum, statuit eum in medio eorum, et dixit: Amen dico vobis, nisi conversi fueritis, et efficiamini sicut parvuli, non intrabitis in regnum coelorum. Quicumque ergo humiliaverit se sicut parvulus iste, hic est major in regno coelorum. Et qui susceperit unum parvulum talem in nomine meo, me suscipit. Qui autem scandalizaverit unum de pusillis istis, qui in me credunt, expedit ei ut suspendatur mola asinaria in collo ejus, et demergatur in profundum maris. Vae mundo à scandalis! Necesse enim est ut veniant scandala: verumtamen vae homini illi, per quem scandalum venit! Si autem manus tua, vel pes tuus scandalizat te, abscide eum, et projice abs te: bonum tibi est ad vitam ingredi debilem, vel claudum, quam duas manus, vel duos pedes habentem mitti in ignem aeternum. Et si oculus tuus scandalizat te, erue eum, et projice abs te: bonum tibi est cum uno oculo in vitam intrare,

En aquel tiempo los discípulos se llegaron á Jesús, diciendo: ¿Quién juzgas es el mayor en el reino de los cielos? Y llamando Jesús á un niño, le puso en medio de ellos, y dijo: En verdad os digo, que si no os transformais, y haceis como niños, no entraréis en el reino de los cielos. Por tanto, el que se humillare como este niño, ese será mayor en el reino de los cielos. Y el que acogiese en mi nombre un niño como este, me acoge á mí mismo. Pero el que escandalizare á uno de estos pequeñuelos que creen en mí, le seria mejor que le colgasen del cuello una piedra de molino, y ser sumergido en el profundo del mar. ¡Ay del mundo por causa de los escándalos! Porque es cosa necesaria que haya escándalos; pero ¡ay de aquel hombre por cuya culpa viene el escándalo! Si tu mano, pues, ó tu pié te escandaliza, córtatele, y échale de tí: mejor te es entrar á la vida débil ó cojo, que ser echado al fuego eterno teniendo dos manos ó dos piés. Y si tu ojo te sirve de escándalo, sácatele, y échale de tí: mejor te es entrar á la vida con un ojo,

quam duos oculos habentem mitti in gehennam ignis. Videte ne contemnatis unum ex his pusillis: dico enim vobis, quia Angeli eorum in coelis semper vident faciem Patris mei, qui in coelis est.

que ser echado al fuego del infierno teniendo dos ojos. Guardaos no despreciais alguno de estos pequeñuelos; porque os hago saber, que sus Ángeles en los cielos ven siempre el rostro de mi Padre que está en los cielos.

MEDITACION.

Del escándalo.

PUNTO PRIMERO.—Considera que no hay pecado contra el cual se haya explicado mas fuertemente el Salvador, ni hay alguno que mas haya anatematizado que al escándalo y al escandaloso. *¡Ay del mundo por los escándalos! ¡ay de aquel por quien el escándalo viene! Si tu ojo te escandaliza, sácatele, y arrójale lejos de tí.* Por unas expresiones tan vivas y tan espantosas podrás hacer juicio de la malicia de este pecado.

No hay otro que mas directamente tire á extinguir la religion cristiana; no hay otro mas injurioso á Jesucristo; no hay otro de malicia mas refinada. Los demás pecados solamente irritan la justicia de Dios; este ofende su misericordia, porque su fin es hacerla inútil; es, digámoslo así, destruir la obra de la redencion, y los trabajos del Redentor.

Los demás pecados son personales; esto es, solo hacen daño al que los comete; pero este arma lazos á la inocencia de los otros. El veneno de los demás pecados se queda encerrado dentro del alma del que peca; el contagio de este se pega á todos los presentes, y cunde mas allá de todos los límites y términos. Basta un solo pecado de escándalo para lastimar la devocion de muchos, y no pocas veces para hacerlos titubear en la fe; este es el escollo de las almas flacas; y pregunto, ¿es grande el número de las fuertes? ¿á cuántos réprobos sirvió el escándalo de ocasion y como de causa de su condenacion? En muchos se hubiera conservado la inocencia hasta la muerte, si no fuera por el mal ejemplo. Las lecciones que hablan con los ojos siempre son eficaces. El menor mal que causa el escándalo, es debilitar el alma y desarmarla; en semejante estado, ni puede estar libre de insultos, ni conservarse mucho tiempo sin caer.

Derrámase el escándalo como un torrente impetuoso que lleva delante de sí todo cuanto encuentra; apenas hay árbol que no arranque, edificio que no eche por tierra, dique tan fuerte que no rompa su violencia.

Los demás pecados solo quitan la vida al alma del pecador, esta es homicida de todas aquellas á quienes escandaliza; los demás solo merecen cierta pena determinada, este carga con todas las que corresponden á los pecados á que él induce con su mal ejemplo. Pecado verdaderamente monstruoso; porque, ¿dónde hay mayor horror que causar la muerte á una alma, que siendo inocente y justa, era agradable á los ojos de Dios? Pecado esencialmente opuesto á la redencion de Jesucristo, que murió por todos los hombres; y el fin del escandaloso es perderlos á todos, haciendo todo cuanto es de su parte para que se condenen. Comprende ahora, si es posible, la gravedad del escándalo; pero comprende tambien la rigurosa severidad con que pedirá Dios cuenta á los escandalosos de todos los pecados de que fueron ocasion ó causa.

Esas solicitudes perdieron á tu hermano; esos discursos y conversaciones licenciosas mancharon su pureza; esas detestables máximas de libertad y de disolucion pervirtieron su entendimiento; esos malos ejemplos emponzoñaron su corazon; esas zumbas, esos chascos llenos de impiedad y de irreligion le hicieron abandonar la vida cristiana á que habia dado principio, los ejercicios de devocion á que se habia dedicado, y fueron ocasion de que volviese á hundirse en el abismo de sus antiguos desórdenes. *Sanguinem autem ejus de manu tua requiram*. Hombre escandaloso, tú me darás cuenta de la pérdida de esta alma. ¡Ó Dios, y qué pecado tan horrendo!

PUNTO SEGUNDO. — Considera que el pecado de escándalo es tanto mas digno de temerse, cuanto es mas comun, y se comete con mayor facilidad; pues no pocas veces nos hacemos reos de él, aun quando no tenemos intencion de cometerle. Para escandalizar á las almas no es necesario tirar de intento á su condenacion, ni tener voluntad deliberada de servir al prójimo de ruina; basta que cuanto es de mi parte se la ocasione con mis palabras poco cristianas, con mis desordenadas costumbres y con mis malos ejemplos.

Un padre, una madre de familias no tienen ánimo de escandalizar á sus hijos; pero ¿dejarán de escandalizarlos sus conversaciones libres, su indevocion y sus arrebatos coléricos? ¿Qué ejemplo se da en esto á los hijos y á los criados? Apenas se hace, se oye ni se trata en aquella casa especie alguna en que no reine el espíritu del mundo. ¡Qué impresion harán en el corazon de los hijos unas conversaciones familiares en que solo se trata de profanidad, de galas, de bienes de fortuna, de empleos, de distinciones, y de todo aquello que

puede lisonjear la ambicion y la vanidad! No se oye mas que máximas de mundo, y se imbuje en este espíritu á los niños desde sus mas tiernos años. Segun esto, ¡cuántas conversaciones se oirán que mas ó menos dejen de ser escandalosas!

Aquella mujer casada escandaliza á los hijos y criados con su profanidad en el vestir, con su indevoción, con su estarse todo el dia mano sobre mano, con su continuo juego, y con su eterna ociosidad. Levántase tarde; va á oir misa por el bien parecer, por costumbre ó por otro motivo peor; reparte el dia entre las visitas, los cortejos, la comedia, el juego y las diversiones. Los padres y madres de esta especie ¿serán muy á propósito para honrar mucho nuestra Religion, para criar bien á sus hijos, y para instruirlos en máximas cristianas? Bien sé lo que previene el Hijo de Dios: *Haced lo que os dicen, y no hagais lo que hacen*; pero tambien sé que los ejemplos arrastran, y que se olvida fácilmente lo que se oye á los que practican todo lo contrario de lo que dicen. Un padre de familias, un amo, un superior tienen terrible cuenta que dar, si todas sus acciones y palabras no son otros tantos ejemplos de cristiandad, de religion y de virtud.

¡Ó Dios mio, cuánto tengo de que acusarme! ¡cuántos motivos de amargo arrepentimiento en todo mi proceder! Quizá quizá no he sido hasta aquí mas que piedra de escándalo por mi disolucion y por mi desarreglada vida. Haced, Señor, que mis ejemplos futuros reparen los escándalos pasados, y que ellos sean la prueba mas convincente de mi amargo dolor y de mi enmienda.

JACULATORIAS.—Limpiadme, Señor, de todos mis pecados ocultos, y perdonadme los ajenos que hice cometer á otros. (*Psalm. xviii*).

Haced, gran Dios, que mis operaciones huelan á Jesucristo. (*II ad Cor. ii*).

PROPÓSITOS.

1 Las personas de autoridad, ó las que ocupan algun empleo público cometen pocas faltas que dejen de ser escandalosas. En las que tienen autoridad para corregirnos, se examinan mas sus obras que se atiende á sus palabras; siempre se juzga que antes se les debe imitar que creer. De aquí nace que las personas distinguidas por su nacimiento, por su clase, por su dignidad, por su estado, por su mérito personal, por su empleo y por sus años; como son príncipes, prelados, amos, sacerdotes, personas religiosas, maestros, confeso-

res, directores y predicadores, no pueden cometer defecto público que no tenga la malicia de escandaloso, y que no sea castigado como tal. ¡Cuántos se condenan por este pecado! ¡qué pocos son los que se hacen cargo de su enormidad! Muchos ni aun piensan en confesarlo, aunque no ignoran la espantosa sentencia fulminada por Jesucristo contra todos los que escandalizan al prójimo. El profeta David, que penetraba esto bien, pedia incesantemente á Dios que le perdonase los pecados ajenos; esto es, los de que con sus malos ejemplos habia sido causa ú ocasion. Gran materia de temor y exámen para tí. Cuanto mas elevado te miras sobre los otros; cuanto mayor fuere tu autoridad; cuantos mas súbditos tengas ó mas dependientes; cuanto mayor sea tu mérito personal; cuanta mas estimacion logres en el mundo, tanto mayores y mas perniciosas consecuencias se seguirán de tus menores faltas. Palabras inconsideradas, movimientos ó ímpetus de las pasiones, máximas poco cristianas, ejemplos de poca edificacion, haz cuenta que todas son lecciones de iniquidad. Y ¿dónde está la penitencia que has hecho de ellas? Examina tu conciencia sobre estos puntos. En las personas religiosas, aunque sea su vida particular y retirada, cualquiera falta pública, por leve que sea, es de mal ejemplo. Ahí tienes una larga materia para el exámen de conciencia, para la confesion y para el arrepentimiento.

2 Ten siempre muy presente que los mejores consejos, las mas cristianas instrucciones, los sermones mas eficaces, que no van acompañados con el buen ejemplo, solo sirven para endurecer mas el corazon en el vicio, para hacerle insensible á la gracia, y para inspirarle máximas de impiedad y de irreligion. ¡Cuánto daño hace un predicador que no vive como predica! Pues el mismo hacen las personas de autoridad, los que están conceptuados por hombres sabios y de buen proceder, siempre que escandalizan. Para evitar de aquí adelante un pecado que echa á perder tantas almas, aprovéchate de las advertencias siguientes. Primera: Vive siempre con la mayor reserva delante de tus hijos, criados y familia, sin que jamás se te escape palabra, accion, movimiento ó gesto que les pueda dar mal ejemplo. Segunda: No permitas en tu casa pinturas menos decentes, ni libros sospechosos, ya sea en orden á la doctrina, ya en orden á las costumbres. Tercera: Nunca apruebes las máximas del mundo, ni aquello que algun dia has de condenar. Cuarta: Cuanta mayor fuere tu autoridad, mayor ha de ser el respeto y la modestia con que te has de dejar ver en los templos; porque la menor irreverencia en personas de tu esfera, es un escándalo que trae funestas consecuen-

cias. Quinta: Frecuenta los Sacramentos en público, especialmente en las fiestas principales, porque debes dar este buen ejemplo, y no contentarte con esas comuniones privadas en tu oratorio; porque no solamente tienes obligacion de ser cristiano, sino de parecerlo.

DIA IX.

MARTIROLOGIO.

EL TRÁNSITO DE SAN GREGORIO, obispo, en Nazianzo, llamado el Teólogo por el singular conocimiento que tenia de las cosas divinas; restableció la fe católica en Constantinopla, en donde estaba bastante decaída, y confundió las herejías que se levantaron en su tiempo. (*Véase su vida en las de hoy*).

SAN HERMES, en Roma, de quien hace mencion el apóstol san Pablo en la carta á los Romanos: sacrificándose á sí mismo se hizo hostia agradable á Dios, y voló al reino celestial esclarecido en virtudes.

EL TRIUNFO DE TRESCIENTOS Y DIEZ SANTOS MÁRTIRES, en Persia.

SAN GERONCIO, obispo de Cervia ó Ficodi, en Cagli en la via Flaminia.

LA DICHOSA MUERTE DE SAN BEATO, confesor, en Windisch en Suiza.

LA TRASLACION DE SAN ANDRÉS, apóstol, y de **SAN LUCAS**, evangelista, en Constantinopla, cuyos cuerpos fueron trasladados á esta ciudad desde Acaya, y el de san Timoteo, discípulo del apóstol san Pablo, desde Éfeso: el cuerpo de san Andrés después de largo tiempo lo trasladaron á Melfes, en donde es venerado con suma devocion; de su sepulcro mana continuamente un licor que sirve para curar las enfermedades.

LA TRASLACION DEL CUERPO DE SAN GERÓNIMO, presbítero y doctor de la Iglesia, tambien en Roma, desde Betleem de Judá á la iglesia de Santa Maria la Mayor.

LA TRASLACION DE SAN NICOLÁS, obispo, en Bari en la Pulla (*á cuya ciudad fue trasladado en 1087*) desde Mira, ciudad de Licia.

SAN GREGORIO NAZIANCENO, OBISPO.

San Gregorio, por sobrenombre *el Teólogo*, una de las mas brillantes lumbreras de la Iglesia griega, fue hijo de un padre y de una madre santos, hermano de santa Gorgonia y de san Cesareo, y nació en Arianzo, pueblo pequeño en el territorio de Nazianzo, en la provincia de Capadocia. Su padre, que tambien se llamaba Gregorio, habia sido gentil; pero la virtud, las lágrimas y las exhortaciones de su mujer santa Nona le convirtieron á la fe de Cristo tan de veras, que habiendo sido bautizado por san Leoncio, obispo de Cesarea, mereció con el tiempo ser elevado á la dignidad episcopal; y después de su muerte ser contado en el número de los Santos.

El niño Gregorio fue fruto de las oraciones de santa Nona, que pidió á Dios un hijo con instancia, únicamente para consagrarle á los altares; y así le recibió como un presente que le hacia el cielo

para ser mera depositaria de él. Fue correspondiente á esta idea la educacion que le dió. Parecia haber nacido Gregorio solamente para la virtud; todos los entretenimientos de su niñez se reducian á ejercicios de devocion; su mayor diversion era retirarse á orar; y el tierno amor que casi desde la cuna profesó á la santísima Virgen podia parecer presagio del que por toda su vida conservó á la virginidad y á la pureza.

El mismo refiere que siendo niño se le representaron en sueños dos hermosísimas y modestísimas doncellas, y le dijeron que se llamaban la *Castidad* y la *Templanza*; añadiendo que continuamente asistian al trono de Jesucristo, siendo las dos el principal ornamento de todos los que componian su corte; y diciendo esto desaparecieron. Despertó Gregorio, y desde entonces quedó tan enamorado de la castidad, que jamás admitió cosa que pudiese manchar ni aun levemente esta preciosa virtud.

Al paso que se le iba despejando la razon, iba tambien creciendo en la piedad, haciéndole tanta impresion los buenos ejemplos que veia dentro de su casa, que en nada encontraba gusto sino en la oracion y en la leccion de libros espirituales.

Advirtiendo sus padres la vivacidad, la penetracion, y aun la brillantez de su ingenio, con una admirable disposicion para el estudio de las letras humanas, le enviaron á estudiar primero á Cesarea de Capadocia, y después á Palestina, sobresaliendo en todas partes por la superioridad de sus talentos, y dejándose admirar por su singular virtud.

Era entonces muy célebre la universidad de Atenas, donde florecian todas las artes y ciencias. Pasó á ella nuestro Gregorio, padeciendo en la navegacion una furiosa tempestad, que le hizo mirar ya con grande tedio aquella gloria poco sólida á que podia aspirar, y que podia prometerse de su rara elocuencia y de su singular sabiduría. Concurrió al mismo tiempo en aquella famosa escuela san Basilio, y desde entonces contrajeron los dos Santos una estrecha amistad, que conservaron toda la vida, distinguiéndose ambos entre todos por su ingenio y por la gravedad de sus costumbres, que se hacia reparar mas en medio de la disolucion que reinaba en la ciudad. Hallábase á la sazón estudiando en la misma universidad Juliano apóstata, primo del emperador Constancio; y movido de lo mucho que oia hablar de los Santos, tuvo con ellos algunas conversaciones. Solicitó la amistad de entrambos; pero no pudo engañar su religion ni su penetracion: por mas que procuró disimular las perniciosas

máximas en que ya estaba imbuido, descubrió san Gregorio el desorden de aquel corazon y de aquel entendimiento por la descompostura de sus acciones; y al despedirse de él en cierto día, exclamó: *¡Qué monstruo abriga en su seno el imperio romano!*

Habiéndose retirado de Atenas san Basilio, no pudo Gregorio detenerse en ella largo tiempo; y así, al cabo de un año se retiró tambien á pesar de las instancias que hicieron para detenerle los que tanto le amaban y estimaban. Llegando á Nazianzo, recibió el Bautismo de mano de su padre, que ya era obispo de aquella ciudad. Sintióse alumbrado con el Sacramento de nueva luz, á cuyo favor distinguió la falsa brillantez del mundo, de la verdadera y sólida gloria que solo comunica la virtud, y resolvió dirigir todos sus fines hácia el cielo.

Todo lo di, dice el Santo, á aquel de quien todo lo recibí, y me ha recibido á mí; consagréle mis bienes, mi salud y el talento para predicar que se sirvió concederme. La única utilidad que he pretendido sacar de estos beneficios, es poderle hacer un eterno sacrificio de ellos, y tener algo con que acreditar que para mí todo es nada respecto de Jesucristo, quien de aquí adelante me servirá de todo.

Al disgusto del mundo se siguió el deseo de la soledad; y á ejemplo de su grande amigo san Basilio, que ya se habia retirado al Ponto, le hubiera desde luego llevado á ella, á no haberle detenido en Nazianzo la mucha ancianidad de sus padres. Pero el ruido y el tumulto de los cuidados domésticos le obligaron presto á arrepentirse de su condescendencia; y acusándose á sí mismo de haber dado demasiados oídos á las voces de la carne y sangre, rompió los lazos que le detenian, y se escapó á la soledad del Ponto, volviéndose á juntar con su amigo Basilio en el mismo desierto que este habia escogido para sí, y fue después comun para los dos.

Ningun anacoreta los excedió en la velocidad con que corrian por el camino de la perfeccion; su fervor no reconocia límites; la penitencia de entrambos llegó á tocar la raya de excesiva. Al rigor de los ayunos, de los cilicios, de los rallos, de los sacos ó capotillos de cerda, y de otras cien invenciones para macerar la carne, tardaron poco en convertirse de dos hombres en dos esqueletos. A las vigiliias, á la oracion y al estudio de la sagrada Escritura se seguia inmediatamente el trabajo corporal, y al trabajo corporal volvía á seguirse la oracion. Fomentábase la virtud de los dos con sus recíprocos ejemplos, cuando un accidente no pensado turbó la dulce quietud de su retiro.

Engañado el santo viejo obispo de Nazianzo por la artificiosa sagacidad de los Arrianos, firmó, como lo hicieron otros prelados, el capcioso formulario del conciliábulo de Rímmini, que en términos equivocos contenia los puros dogmas del arrianismo. Noticiosos de esto los monjes de Nazianzo, no quisieron comunicar con su obispo, y todos los Católicos siguieron el ejemplo de los monjes. En medio del grande amor que nuestro Gregorio tenia á la soledad, apenas llegó á su noticia esta division, cuando voló á remediarla. Descubrió luego al buen viejo el lazo que le habian armado los herejes, y volviendo á unir al pastor con las ovejas, tuvo el consuelo de verle abjurar un error en que habia caido puramente por engaño.

Aprovechóse su padre de la estancia que en esta ocasion hizo Gregorio en Nazianzo; y considerando el gran bien que se seguiria á la Iglesia si un sugeto de aquel mérito y de aquella virtud fuese elevado á la dignidad del sacerdocio, resolvió conferirle los sagrados órdenes. Sobresaltóse el Santo al oir esta proposicion, estremeciéndole la consideracion de un estado tan sublime; pero hubo de rendirse á vista de una vocacion tan descubierta. Ordenóse de presbítero el dia 6 de enero del año de 362; y creciendo el fervor con el nuevo carácter, tirándole siempre el amor á la soledad, se volvió á huir secretamente al Ponto, y fué en derechura á buscar á su amado Basilio. Pero duró poco esta segunda retirada; porque la extremada ancianidad de su padre, que pasaba ya de noventa años; las necesidades de la iglesia de Nazianzo, que clamaba por él, y los consejos de su santo amigo Basilio, le obligaron á restituirse á la ciudad después de dos meses y medio de ausencia. Dióse á conocer á los fieles el dia de Pascua por el primer sermon que predicó en él. Apenas han alcanzado las edades predicador mas poderoso en obras y en palabras que nuestro Santo. Predicó con tanta energía, con tanta mocion y con tanto fruto, que desde entonces fue reconocido y apellidado el apóstol de Nazianzo.

Ni se limitó su celo solo á la predicacion. Perseguia ya entonces furiosamente Julianó apóstata á la Iglesia, y habia prohibido á los Cristianos que enseñasen letras humanas, para precisar por este medio á la juventud á no estudiarlas, ni poder oir para aprenderlas á otros maestros que á los gentiles. Pero Gregorio supo hacer ilusorio este artificio, componiendo un gran número de poesías piadosas, que compensaron con gran ventaja á los Cristianos de las escuelas que les habian prohibido.

Por este tiempo, hallándose ya san Basilio arzobispo de Cesarea.

y conociendo mejor que otro alguno el extraordinario mérito de nuestro Santo, resolvió elevarle á la dignidad episcopal á pesar de su invencible repugnancia. Fue consagrado en Cesarea por el mismo san Basilio el año de 372, destinándole para la iglesia de Sasimo, pero nunca tomó posesion de ella; y como el obispo de Nazianzo no pudiese ya atender á las funciones de su ministerio por su grande ancianidad, pidió á Gregorio para que cuidase su iglesia. Hizolo con aquella actividad que se debia esperar de su celo, logrando por fruto de él la reformation general de las costumbres; tanto, que en menos de seis meses mudó de semblante toda la ciudad.

Habiendo muerto su padre y su madre santa Nona, cuya oracion fúnebre predicó el mismo Gregorio en presencia de san Basilio y de todo el clero, se le volvieron á renovar las ansias por su amada soledad. Pero no pudiendo negarse á las necesidades de aquella afligida iglesia, tomó el cuidado de ella, protestando él mismo que lo hacia, no como obispo titular, sino como vicario y forastero, hasta que tuviese legítimo pastor. Con efecto, como vió que los obispos de la provincia se daban poca priesa á proveer de prelado á quella iglesia, desapareció de repente, y se retiró á Seleucia en Isauria, donde se encerró en el monasterio de Santa Tecla, y vivió seis años en él desconocido, ocupándose únicamente en ejercicios de oracion y de penitencia.

Murió san Basilio el año de 379, y esta muerte le confirmó en la resolucion que habia tomado de no salir jamás de su retiro; pero pocos meses después le arrancó de él la necesidad de socorrer á la iglesia de Constantinopla, tan desolada por los Arrianos, que ya no tenian los Católicos iglesia alguna en aquella corte imperial. Hallábase vacante aquella primera silla, y todos convenian en que solamente Gregorio era digno de ocuparla. Pero la dificultad era hallar modo para sacarle de su amada soledad, donde así las calumnias como las persecuciones que habia padecido le hacian dulcísima aquella vida particular, santa y tranquila. En fin, supieron pintarle con tanta viveza el lamentable estado á que se hallaban reducidos los pobres Católicos, y disimularle con tanto cuidado el ánimo que tenian de colocarle en aquella grande silla, que al cabo se determinó á hacer el doloroso sacrificio de su quietud; y aunque agobiado con la vejez, consumido con la penitencia, y lleno de penosos achaques, pasó á Constantinopla.

Era sin duda espectáculo bien nuevo, dice nuestro Santo, ver á un hombre desconocido, de mala figura, pequeño de cuerpo, calvo, arru-

gado, consumido con las lágrimas y con la penitencia; sin equipaje, sin policia, sin apoyo, pobre y mal vestido, venir solo él á declarar la guerra á la herejia en la capital del Oriente, donde reinaba con insolencia y con seguridad, y donde se habia hecho fuerte por la union de todas las sectas.

Apenas entró san Gregorio en Constantinopla, cuando todos los herejes se sobresaltaron. Armáronse contra él los Arrianos, los Novacianos, los Macedonios, los Apolinaristas y los Eunomianos, conspirando todos en perderle. Valiéronse al principio de injurias, calumnias, sátiras denigrativas y malignas con que procuraron manchar su reputacion. Amotinaron al pueblo, especialmente á las mujeres y á las doncellas, contra aquel hombre extranjero, persuadiéndolas que era un monstruo disimulado, estragador de las costumbres, mago y aun idólatra; citáronle delante de los tribunales seculares, y no pocas veces en las mismas calles le perseguian á pedradas. Nuestro Santo á todo esto no oponia mas que la paciencia, la modestia y la dulzura. Como los Arrianos estaban en posesion de todas las iglesias de Constantinopla, Gregorio juntaba los Católicos en la casa donde se hospedaba, la cual se llamó después *Anastasia*, que quiere decir *resurreccion de la fe*, y fue con el tiempo una de las mas célebres iglesias de aquella corte imperial.

Al fin, su heróico sufrimiento y sus modales atentos, suaves y apacibles fueron ablandando poco á poco los ánimos de los herejes. Concurrian á oirle hasta los mismos gentiles, al principio por curiosidad, y después con tanta complacencia, que volvian á sus casas medio católicos. Por eso el célebre Rufino, hablando de nuestro Santo, dice que no vió el mundo hombre mas elocuente, ni elocuencia mas noble, mas sustancial ni mas enérgica que la suya, habiéndose reconocido siempre su doctrina tan pura, que lo mismo era oponerse á ella, que hacerse sospechoso en la fe.

Al eco de lo que esparcia la fama concurrieron á Constantinopla por verle y por tratarle muchas personas de distincion de diferentes provincias, siendo una de ellas san Gerónimo, que no quedó menos admirado de su eminente virtud y de su rara modestia, que de su elocuencia y profunda erudicion.

Mientras tanto iba creciendo cada dia el número de los Católicos; porque en las disputas, conversaciones y conferencias con los Arrianos cada dia adelantaba nuevas conquistas. A vista de tantas maravillas resolvió el patriarca de Alejandría con los demás obispos colocar en la silla de Constantinopla á nuestro Santo; hízose, á pesar de

su repugnancia, con general aplauso del clero y de todo el pueblo; pero la turbó presto la artificiosa ambicion del mas insigne embustero que acaso ha visto el mundo.

Cierto hombre, llamado Máximo, por sobrenombre el Cínico, habilísimo en el arte de fingir y de engañar, después de haber vagueado por diferentes provincias, dejando en todas ellas grandes rastros de sus delitos, por los cuales habia sido castigado, vino finalmente á hacerse discípulo de nuestro Santo, y en poco tiempo supo ganar su estimacion y confianza con sus artificios y con su profunda simulacion. Este mal hombre forjó el proyecto de suplantar á Gregorio; y habiendo tenido arte para conseguir una gran suma de dinero, que le prestaron, sobornó con él á muchos de los mismos que al principio habian mostrado mas inclinacion y mas celo por nuestro Santo. Logró corromper hasta al mismo patriarca de Alejandría, el cual, con una gavilla de obispos de Egipto ya conjurados, esperó la coyuntura de cierta enfermedad de Gregorio para ordenar furtivamente á Máximo. Amotinóse toda la ciudad al ruido de este atentado; y Gregorio, penetrado de un vivo dolor, pero anteviendo lo que podia suceder, resolvió á los principios retirarse, por no ser ocasion de nuevas turbaciones á una iglesia que con tanta felicidad habia restituido á su antiguo esplendor y quietud. Subió al púlpito en medio de su indisposicion para despedirse de su pueblo; pero este levantó hasta el cielo un clamoroso alarido, y pidiéndole con ruegos y con lágrimas que no le desamparase, tuvo no poco trabajo en reducirle; y para que no se huyese le puso guardas de vista.

Arrojado de Constantinopla, como merecia, el embustero Cínico, y cargado con la maldicion de todos, tuvo no obstante el descaro de irse á echar á los piés del emperador Teodosio, acompañándole aquel puñado de obispos egipcios que le habian ordenado. Hallábase el Emperador en Tesalónica: pidióle Máximo su proteccion contra Gregorio; pero el religioso Príncipe no se dignó ni aun de escucharle; y vuelto á Constantinopla, no reconoció á otro legítimo pastor que á nuestro Santo, honrándole con todas las muestras de su estimacion y de su benevolencia. Púsole en posesion de todas las iglesias que habian ocupado los Arrianos; mandó se le restituyesen las rentas que habian usurpado estos herejes, y le hizo dueño del palacio episcopal. Instaron al Santo para que hiciese pesquisas á fin de descubrir los bienes que le habian ocultado; pero no fue posible vencerle: desinterés generoso que cerró la boca á sus émulos, y edificó á toda la Iglesia. Pero ni esta moderacion fue bastante para que mas

de una vez no conspirasen contra su vida; mas su presencia desarmó á los asesinos, y no solamente los perdonó, sino que los convirtió; siendo esta la única venganza que tomó de su insolencia.

No se dió por vencido el partido de Máximo; y como no cesase de inquietar y de perturbar á la Iglesia, consintió el Emperador en que se convocase en Constantinopla un concilio, que fue el segundo general, compuesto de ciento cincuenta obispos. Confirmóse en él la fe del concilio Niceno; Máximo fue declarado por intruso, y el concilio con el Emperador reconocieron solemnemente á Gregorio por obispo de Constantinopla; en virtud de esto fue segunda vez colocado en su silla con la mayor aclamacion del pueblo por san Melecio de Antioquía, presidente del concilio. Por mas que el Santo representó mil razones, valiéndose de ruegos y de lágrimas para que le exonerasen de aquella pesada carga, no fue oído; porque tuvo mas atencion á las necesidades de aquella iglesia y á los clamores de los buenos, que á las voces de su extrema repugnancia.

Muerto poco tiempo después san Melecio, quedó Gregorio por presidente del concilio. Esta nueva preeminencia, que no se le podia disputar, renovó la emulacion de muchos prelados, que afectando ignorar lo que no ignoraban, esto es, que no habia tomado posesion del obispado de Sasimo, y que solo habia cuidado del de Nazianzo como gobernador, y no como obispo titular, se quejaron de que se le hubiese hecho patriarca de Constantinopla contra la disposicion de los cánones, puesto que ya era obispo de otra iglesia. Era fácil probar lo contrario; pero como el Santo únicamente suspiraba por el retiro, siendo enemigo de todas las grandezas, tomó ocasion de estas contestaciones para pedir se le permitiese hacer dimision de la suya. Entró, pues, en el concilio, y declaró el ansia con que deseaba contribuir á la paz, y que pues su eleccion parece que la turbaba, estaba pronto como otro Jonás á que le arrojasen en la mar para segar la tempestad, aunque no la habia excitado. Quedaron atónitos los Padres al oir una proposicion tan no esperada; pero el Santo habló en favor de su dimision con tanta elocuencia, y supo persuadirla tan eficazmente, que al fin consiguió lo que pretendia. Gozosísimo de verse exonerado de tan pesada carga, salió de la sesion, y antes de dar tiempo á que los obispos se arrepintiesen, se fué derecho al palacio del Emperador, y exponiéndole su avanzada edad y sus achaques, le suplicó con el mas vivo rendimiento que se dignase no oponerse á su retiro. Tuvo mucho que vencerse el Emperador para dar su consentimiento; pero al fin le dió únicamente en atencion á sus

achagues. No perdió tiempo Gregorio; despidióse del concilio por un admirable discurso que pronunció en la catedral á presencia de los Padres; los cuales, arrepentidos ya de su consentimiento, pensaban retractarle; pero el Santo los previno, y sin detenerse salió de Constantinopla, y se retiró á Capadocia.

Estando en Nazianzo, publicó su testamento, que habia dispuesto en Constantinopla antes de hacer la dimision; era su data el dia último de diciembre del año de 381, y estaba firmado de siete obispos; siendo este el instrumento mas antiguo, ó á lo menos el mas auténtico de esta especie que nos dejó la antigüedad. El principal legado es en favor de los pobres de Nazianzo, á quienes deja por sus herederos, y nombra á uno de sus diáconos por su testamentario. Suplica á sus sobrinos y á los demás parientes suyos no tengan á mal que deje sus bienes á los pobres; *porque un eclesiástico, dice, no debe tener otros herederos.*

Ni en su fervor ni en su celo se reconoció jamás la fuerza de los achaques. En la corta mansion que hizo en Nazianzo purgó la ciudad de los errores de los Apolinaristas, y habiéndosele aumentado los ajes, se trasladó á Arianzo, lugar de su nacimiento. En esta dulce soledad, retirado del ruido de los negocios, y libre de las tempestades que por toda la vida le habian agitado, atendia únicamente á perfeccionarse mas y mas, entregado totalmente á ejercicios de devocion y de rigurosa penitencia. Y aunque agobiado con la vejez, extenuado con los ayunos, y consumido con los trabajos, permitió Dios, para su mayor purificacion, que al fin de su vida fuese ejercitado con violentas tentaciones, las cuales, al mismo tiempo que le humillaban y le hacian gemir continuamente, le obligaban á doblar la oracion y las penitencias.

No estuvo ocioso en su retiro de Arianzo. En él compuso aquel gran número de poesías cristianas, que publicó para oponerlas á las obras cultas, elocuentes y engañosas, de que llenaban el mundo los herejes, logrando por este medio que los fieles arrimasen á un lado los libros perniciosos. Tambien escribió entonces en verso la historia de su vida, concluyéndola con un compendio de los principales sucesos de ella; y quiere que este epílogo le sirva de epitafio:

«¿De dónde nace, Señor, exclama el Santo, que al paso que el «vigor del cuerpo se va extinguendo, siento que se va avivando el «fuego de las pasiones y los estímulos de la carne? Mi vida se ha «reducido á una continua serie de tempestades, de contradicciones «y de combates; pero en todos me sostuvisteis Vos por vuestra gran

«misericordia. Logré por padre á un hombre todo de Dios, y tuve «por madre á una mujer santa, que mirándome como fruto de sus oraciones, me ofreció y me consagró á Vos desde la cuna. Siendo niño «me inspirásteis en un sueño el amor á la castidad; y desde entonces no cesásteis de colmarme de favores. Hiceos sacrificio de mis «bienes, de mi honra, de mi salud y de mi vida. Fuí pastor sin ovejas, y no tuve poco que padecer aun de los mismos pastores. Esta «ha sido la vida de Gregorio. Dejo á Jesucristo el cuidado de lo futuro, como lo ha tenido de lo pasado.» Y concluye así: «*Exprimat ista lapis*: Grábese esto por epitafio sobre la piedra de mi sepultura.»

Comenzaba Gregorio á gustar las delicias de la soledad, cuando quiso el Señor coronar su perseverancia, y premiar sus trabajos. Acabó dichosamente sus días siendo de edad de casi ochenta años, que vivió en inocencia, en sufrimiento, en piedad y en ejercicios de rigurosa penitencia. Los milagros que hizo en vida, y los que continuó el Señor en su sepultura después de muerto, hicieron célebre su culto en todo el Oriente. Fue enterrado al principio en Nazianzo; después fue trasladado su cuerpo á Constantinopla en tiempo del emperador Porfirogénetes, y colocado con gran solemnidad en la iglesia de los doce Apóstoles. En la decadencia del imperio griego fue conducido á Roma el santo cuerpo, donde estuvo en la iglesia de las religiosas griegas hasta el año de 1580, en que el papa Gregorio XIII trasladó por sí mismo sus reliquias con gran pompa y solemnidad á la magnífica capilla que en honra del Santo había hecho edificar á sus expensas.

SAN GREGORIO, OBISPO DE OSTIA.

Agradecida España, y con especialidad la provincia de Rioja y el reino de Navarra, de los grandes beneficios que recibió del Señor por la mediación de san Gregorio, obispo de Ostia, decoroso ornamento del Orden de san Benito, uno de los prelados mas dignos que han florecido en la Iglesia, celebra su memoria desde que falleció en nuestra Península, donde se conservan sus reliquias. No nos consta de la patria, de los padres, ni de la primera educación de Gregorio; pero por los méritos que le hicieron acreedor de los altos empleos á que fue elevado, se infiere la justificación en que pasó los primeros años de su vida. Abrazó en lo mas florido de sus años el instituto de san Benito en el monasterio de San Cosme y san Damian de la capital de

Roma; y en vista del fervor y de la perfeccion con que se portó en el noviciado, se persuadieron los monjes, que con el tiempo seria Gregorio uno de aquellos hombres eminentes que dieron tanto honor á la religion benedictina. No tardó en verificarse el vaticinio. pues los rápidos progresos que hizo así en la virtud como en las ciencias, le merecieron el concepto de santo y de docto, no solo en el claustro, sino fuera de él, siendo el objeto de la veneracion de los romanos. Murió el abad de San Cosme y san Damian, y todos los monjes pusieron los ojos en Gregorio para que ocupase aquel empleo, bajo el seguro de las considerables ventajas que se prometia aquella ilustre casa con tener á la frente un superior de tan conocidos méritos. En vano solicitó excusarse por cuantos medios le sugirió su humildad, porque constando á los monjes que en él concurrían todas las cualidades que pudieran apetecerse para el gobierno, insistieron en la eleccion á pesar de su humilde repugnancia.

La nueva dignidad solo sirvió para que mas brillase la virtud de Gregorio, y para que se manifestasen desde luego aquellos talentos extraordinarios de que se hallaba dotado: en efecto, gobernó su comunidad con tanto celo, con tanta prudencia y con tanta suavidad, que á la reputacion del ilustre Abad se siguió la del monasterio, en el que resucitó la disciplina monástica en el fervor primitivo con sus sabias exhortaciones y con sus edificantes ejemplos. Hiciéronse en Roma públicas las eminentes virtudes del Santo, y queriendo el papa Juan XVIII condecorar á una persona de tanto mérito, le consagró obispo de Ostia, y dió el capelo de cardenal en el año primero de su pontificado; fiando además á su cuidado el empleo de bibliotecario apostólico, que sirvió en tiempo de cuatro sucesivos Papas, manifestando en él y en todos los negocios mas arduos de la Iglesia su grande sabiduría y su vigilancia pastoral.

Cuando así brillaba en Roma el ilustre Cardenal, ocurrió en España una plaga tan crecida de langosta, que asoló las provincias de Navarra y de la Rioja, y destituidos los naturales de todo socorro humano recurrieron al sumo Pontífice, para que les suministrase algun alivio en una constitucion tan deplorable. Dispuso Su Santidad que se hiciesen en Roma públicas rogativas con ayuno general, á fin de alcanzar de Dios el remedio de aquella calamidad; y al tercero día de sus reverentes súplicas, reveló un Ángel al Papa que cesaria la plaga si enviaba á España á Gregorio, por cuya intercesion conseguirian los afligidos el consuelo que deseaban.

No dudó el Papa de la divina promesa, teniendo tan conocida la

eminente santidad de Gregorio; á quien envió inmediatamente en clase de su legado apostólico, para que providenciase con su gran prudencia todos aquellos medios que estimase conducentes á contener tan formidables males. Entró en España el célebre Cardenal, y conociendo que la inundacion de la langosta era un azote con que el Señor castigaba los pecados de aquellos naturales, comenzó á ejercer sus funciones con aquel fervor que era propio de su carácter. Predicó penitencia en Calahorra, en Logroño, y en otros muchos pueblos de la Rioja y de Navarra; instituyó rogativas públicas, ayunos y sacrificios; y aplacada la ira de Dios con la sincera conversion de aquellos en quienes imprimió el celoso Prelado las mas altas ideas de verdadera penitencia, se desvaneció como humo la innumerable multitud de la langosta.

Los grandes trabajos é incesantes fatigas que padeció Gregorio en el espacio de cinco años, que se ocupó en una expedicion tan penosa, debilitaron su salud enteramente; y habiendo caído enfermo de una grave enfermedad, se retiró á Logroño, donde conociendo que se acercaba el fin, hizo nuevos esfuerzos para purificar su inocencia. Recibió los últimos Sacramentos con aquella devocion que excitan en una alma toda abrasada en las llamas del amor divino, y fijando los ojos en el cielo, murió tranquilamente en el día 9 de mayo del año 1048, segun el cómputo mas arreglado, bien que otros señalan el de 1044.

Habia vivido siempre el santo Prelado sin otra voluntad que la de Dios, á la que estaba sometido con un profundo rendimiento; y queriendo continuar tan acertadas maximas hasta la muerte, dispuso en ella que puesto su cuerpo sobre un caballo ó mula, se le enterrase donde parase tercera vez. Hiciéronlo así sus discípulos, los cuales siguieron al caballo acompañados de muchos naturales, dejándole ir sin conductor: salió este de Logroño, y se condujo por el camino real que va á Santiago á la iglesia de San Salvador de Piñaba, ó de Peñalva, que está cerca de la ciudad de Estella, del monasterio de Hirache, y de la villa de Arcos en el reino de Navarra; donde verificadas las señales de san Gregorio, dieron sepultura á su venerable cuerpo, el cual se mantuvo allí muchos años, dignándose el Señor obrar muchos prodigios por la intercesion de su fidelísimo siervo; y bajo su advocacion erigieron los fieles en oratorio el mismo cuarto donde vivió y murió en Logroño.

Olvidóse el lugar donde estaban las venerables reliquias del santo Prelado con motivo de las continuas guerras que ocurrieron en Es-

paña; pero queriendo Dios manifestarlas al comedio del siglo XIII, se encontraron á expensas de las mas exquisitas diligencias que hicieron en su busca los ilustrísimos obispos de Pamplona y de Bayona, D. Pedro Jimenez Gonzalez y D. Sancho Axco; los cuales las colocaron inclusas en una preciosa arca en la misma ermita de Peñalva, que tomó su advocacion, habiendo tenido antes la de San Salvador, á donde concurren en procesion los pueblos vecinos á implorar la poderosa intercesion del Santo en las plagas de langosta, teniéndole por especial abogado contra semejante contagio: bajo cuyo concepto ha sido costumbre antiquísima pasar agua por sus venerables reliquias, y rociar con ella los campos en que ocurre alguna plaga de langosta, ó de otros insectos perjudiciales.

La Misa es en honor de san Gregorio Nazianceno, y la Oracion la que sigue:

Deus, qui populo tuo aeternae salutis beatum Gregorium ministrum tribuisti; praesta, quaesumus, ut quem doctorem vitae habuimus in terris, intercessorem habere mereamur in coelis: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Ó Dios, que concediste á tu pueblo por ministro de su eterna salvacion al bienaventurado Gregorio, haz que merezcamos tener por intercesor en el cielo al que logramos por maestro nuestro en la tierra. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epistola es de la segunda del apóstol san Pablo á Timoteo, cap. iv.

Charissime: Testificor coram Deo, et Jesu Christo, qui judicaturus est vivos et mortuos, per adventum ipsius et regnum ejus, praedica verbum; insta opportune, importune; argue, obsecra, increpa in omni patientia et doctrina. Erit enim tempus, cum sanam doctrinam non sustinebunt, sed ad sua desideria coaccervabunt sibi magistros, prurientes auribus, et à veritate quidem auditum avertent, ad fabulas autem convertentur. Tu vero vigila, in omnibus labora, opus fac evangelistae, ministerium tuum imple. Sobrius esto. Ego enim jam delibor, et tempus resolutionis meae instat. Bonum certamen certavi, cursum consummavi, fidem servavi. In reliquo reposita est mihi corona justitiae, quam reddet mihi Dominus in illa die justus iudex: non

Carísimo: Te conjuro delante de Dios, y de Jesucristo que ha de juzgar á los vivos y á los muertos por su venida y por su reino, que prediques la palabra; que instes á tiempo y fuera de tiempo; que reprendas, supliques, amenaces con toda paciencia y enseñanza. Porque vendrá tiempo en que no sufrirán la sana doctrina; antes bien juntarán muchos maestros conformes á sus deseos que les halaguen el oído, y no querrán oír la verdad, y se convertirán á las fábulas. Pero tú vela, trabaja en todo, haz obras de evangelista, cumple con tu ministerio. Sé templado. Porque yo ya voy á ser sacrificado, y se acerca el tiempo de mi muerte. He peleado bien, he consumado mi carrera, y he guardado la fe. Por lo demás tengo reservada la corona de justicia que me dará el Señor

solum autem miki, sed et iis, qui diligunt adventum ejus.

en aquel dia, el justo juez: y no solo á mí, sino tambien á todos los que aman su venida.

REFLEXIONES.

Vendrá tiempo en que los hombres no darán oídos á la doctrina sana: imtes, llevados de curiosidad, buscarán maestros sobre maestros que les hablen á medida de su gusto; y apartando la atencion de la verdad, la convertirán toda á las fábulas. En materia de religion los errores del entendimiento ordinariamente nacen del desórden del corazon. Siempre se pegan á la fe las enfermedades del alma: desde que se deja de vivir bien, se comienza á no creer con rendimiento; no hay pasion que no ciegue. Tráigase á la memoria el principio de todas las herejías, y se hallará que la ceguedad fue efecto de la corrupcion de las costumbres. Las voces siempre son de reforma, porque no ha habido heresiarca que no haya gritado contra la relajacion, y que no haya aparecido con su máscara de penitencia; pero siempre se han visto por fruto de la nueva secta los mas vergonzosos desórdenes. A este precipicio conduce el disgusto á la doctrina sana, y este disgusto es el primer síntoma de un corazon corrompido. Excita el apetito cierta curiosidad orgullosa; y como está depravado el gusto, solo le encuentra en alimentos nocivos. ¿Hállanse por ventura muchos de aquellos que están encaprichados y preocupados de algun error que soliciten con sinceridad instruirse y desengañarse? Los enfermos de esta especie no pretenden curarse, sino confirmarse en la aprehension de que están buenos. Buscan maestros, dice el Apóstol: pero para que les hablen á medida de su gusto; señal visible de que el corazon es el primer móvil. Una vez que domina la pasion, no se busca la verdad, sino pretextos para autorizar el error. Al que va descaminado, tanto le importa ir por la siniestra como por la derecha: y ¿cómo se le enderezará si él mismo está contento con su descamino? Por mas que se le grite que ha errado, que no es aquel el camino real; ó no oye, ó hace que no entiende. ¿De dónde nacerá esta indocilidad de nuestro orgullo? Vuélvese toda la atencion á las fábulas: es cierto que lisonjean, que gustan, que embelesan; pero ¿dejan por eso de ser fábulas? ¡Ó mi Dios! ¿qué se va á ganar en ser el juguete y la víctima del amor propio y de las pasiones? Píquenos en buena hora la curiosidad; pero sea por saber la ciencia de los Santos: cualquiera otra es bien poco necesaria para la salvacion; y la que no sirve para esto, es bien inútil. Solo tenemos nece-

sidad de un maestro; y solo Jesucristo tiene palabras de vida eterna.

En el Evangelio encontramos todas las lecciones que hemos menester; los Santos son los modelos que debemos imitar. ¿No es locura dejar este camino por seguir senderos que nos desvian del término? Parece que se quieren hacer artífices de su propia salvacion aquellos que buscan caminos distintos de los que Cristo nos señaló. En no pudiendo sufrir la doctrina sana, luego se forja cada uno un Evangelio al gusto de sus pasiones y de sus deseos; pero ¿cuál será el fruto de este nuevo Evangelio? La indocilidad, el orgullo, la obstinacion, y lo que á esto se sigue, la reprobacion eterna.

El Evangelio es del capitulo v de san Mateo.

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Vos estis sal terrae. Quod si sal evanuerit, in quo salietur? ad nihilum valet ultra, nisi ut mittatur foras, et conculcetur ab hominibus. Vos estis lux mundi. Non potest civitas abscondi supra montem posita. Neque accendunt lucernam, et ponunt eam sub modio, sed super candelabrum ut luceat omnibus, qui in domo sunt. Sic luceat lux vestra coram hominibus, ut videant opera vestra bona, et glorificent Patrem vestrum, qui in coelis est. Nolite putare quoniam veni solvere legem, aut prophetas: non veni solvere, sed adimplere. Amen quippe dico vobis: donec transeat coelum et terra, jota unum, aut unus apex non praeteribit à lege, donec omnia fiant. Qui ergo solverit unum de mandatis istis minimis, et docuerit sic homines, minimus vocabitur in regno coelorum: qui autem fecerit et docuerit: hic magnus vocabitur in regno coelorum.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: Vosotros sois la sal de la tierra; y si la sal se deshace, ¿con qué se salará? Para nada tiene ya virtud, sino para ser arrojada fuera, y pisada de los hombres. Vosotros sois la luz del mundo; no puede ocultarse una ciudad situada sobre un monte. Ni encienden una vela, y la ponen debajo del celmin, sino sobre el candelero, para que alumbre á todos los que están en casa. Resplandezca, pues, así vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen á vuestro Padre, que está en los cielos. No juzgueis que he venido á violar la Ley, ó los Profetas: no vine á violarla, sino á cumplirla. Porque os digo en verdad, que hasta que pase el cielo y la tierra, ni una jota, ni una tilde faltarán de la ley, sin que se cumpla todo. Cualquiera, pues, que quebrante alguno de estos pequeños mandamientos, y enseñare así á los hombres, será reputado el menor en el reino de los cielos; mas el que los cumpliere y enseñare, será llamado grande en el reino de los cielos.

MEDITACION.

Del escándalo que se da con la perseverancia en las faltas.

PUNTO PRIMERO. — Considera lo que aquí se entiende por nombre de escándalo, que es una accion menos arreglada, que se ve ejecu-

tar á personas de las mismas obligaciones, que debieran darnos ejemplo. ¡Qué conducta mas lastimosa! Vemos cometer una falta, y nos persuadimos que podemos cometer otra semejante sin hacernos reprehensibles, por cuanto no somos nosotros los que damos el mal ejemplo, sino los que le seguimos. ¿De cuándo acá las faltas de los otros autorizan, ó excusan las nuestras? Nunca prescribe el quebrantamiento de la ley divina. Cuanto mas distinguida es una persona por su nacimiento, por su empleo, y por el concepto que se tiene de su virtud, mas escandalosas son sus faltas. Pero ¡qué mayor flaqueza que dejarse arrastrar de las flaquezas de otro!

Aquella persona que está reputada por virtuosa, se dispensa sin escrúpulo en ciertas obligaciones; se toma tal libertad; comete tal y tal falta; ¿por qué no podré yo hacer lo mismo? Yo no me siento con fuerzas para aspirar á mas alta santidad; tengo á aquel por mas virtuoso que yo; pues ¿por qué no podré seguir su ejemplo?

Aquellos sugetos tan respetables por su edad, por su mérito y por su buen proceder, asisten á los espectáculos; no faltan á concurrencia alguna de gusto y de diversion; tienen un despejo, unos modales no solamente desembarazados, sino bastantemente libres; se dejan llevar algunas veces de la corriente, y escrúpulizan poco en acomodarse á las máximas y á las leyes del mundo. ¿Están acaso persuadidos de que arriesgan su salvacion con esta vida menos austera, y no tan regular? ¿Tendrán menos gana de salvarse que yo? Hállome en el mismo estado, con las mismas obligaciones, y constituido en la misma clase: si no me conformara con su conducta, parecería tácitamente reprenderla; estas singularidades se califican de censuras, y en el comercio de la vida no hay cosa mas odiosa que el que á un hombre le tengan por censor.

¡Es posible que unos raciocinios tan infelices y tan lastimosos pretendan ser regla de las costumbres! Jesucristo condena esos espectáculos, esas máximas del mundo, esas diversiones poco cristianas; pues ¿qué hombre es capaz de autorizarlas? ni ¿qué mérito puede comunicar á estos pecados esa imaginaria reputación de los hombres? Si bajara un Ángel del cielo, decia san Pablo, y os anunciara otro Evangelio que el que yo os anuncio, seria anatematizado. Yo añado, si bajara un Ángel del cielo, y procediera segun las máximas que condena el Evangelio, debiérais guardaros bien de imitarle. No reconocemos otro maestro, ni tampoco otro modelo que á Jesucristo. Los malos ejemplos bien pueden darnos aliento, pero nunca podrán justificarnos. Por eso el Señor nunca nos puso á los hombres por

modelo; y solo nos dijo: *Sed perfectos como lo es vuestro Padre celestial*; ni aun de los mismos que nos enseñan nos mandó que imitásemos los ejemplos, antes expresamente nos previno lo contrario: *Haced lo que os dijeren, pero no siempre hagais conforme á sus obras*. A vista de esto, ¿quién pretenderá ya autorizar, ó á lo menos excusar sus faltas con las de otros? ¡Mi Dios! ¿qué confusion y qué arrepentimiento nos causará esto algun dia?

PUNTO SEGUNDO. — Considera que no hay cosa mas fuera de razon ni mas lastimosa que pretender excusar las faltas propias con el ejemplo de las ajenas. Pues qué, porque otro, á quien asisten las mismas obligaciones que á mí, falte á ellas, ¿tengo yo derecho para faltar á las mías sin incurrir en pena alguna? Porque me den mal ejemplo los que debieran dármele bueno, ¿ya me es lícito imitarlos? ¿Discurrimos de esta manera cuando se trata de la vida, de la hacienda y de la honra? Pues ¿en qué consiste esta diferencia?

Una persona respetable por sus años, por sus talentos y por sus empleos comete un desacierto, y pierde la gracia del príncipe; ¿por qué no harán lo mismo sus adoradores y sus parciales? Parece que el ejemplo de un hombre tan acreditado los autoriza. Arruinóse un amigo por haber abrazado tal partido, ó por haber entrado en tal negocio; pues ¿por qué los demás no siguen el mismo rumbo? Aunque destruyan sus casas, ¿no tienen ya ese ejemplo con que cubrirse? Pero mientras llora y gime la pobre familia, ¿será buena excusa decir: fulano y fulano, hombres de juicio y prudentes, se arruinaron entrando en tal negocio? ¿por qué no puedo yo hacer lo mismo? ¡Ah Dios mio, es posible que los hombres solamente discurren mal cuando se trata de la salvacion! Conócese la pobreza de este modo de discurrir en atravesándose la salud, la honra, ó la hacienda; ¡y solo cuando se atraviesa la ley de Dios se discurre extravagantemente con la mayor tranquilidad!

Lo malo siempre es malo; y aquello que está prohibido, cuando los demás no me dan mal ejemplo, igualmente lo está, aunque me den los mas perniciosos. ¿Por ventura infunde algun mérito en la infraccion de la ley la reputacion ni la edad del que la quebrantó? Y ¿será legítima excusa en el tribunal de Dios decir: es así que no cumplí con tal obligacion, que falté á la observancia de tal regla: pero fue porque fulano y citano, que eran tan religiosos como yo, me dieron mal ejemplo? Mueve á indignacion solo el oir semejante brutalidad; y en medio de eso este es el escollo en que se hace pedazos la virtud de la mayor parte de los jóvenes.

¡Cuánto tengo, Señor de que acusarme, y de que confundirme en este punto! ¡Cuántas veces pretendí cubrir mi fragilidad y mi ingratitude para con Vos con el ejemplo de los otros! Efecto es de vuestra gracia el dolor que ahora siento de haberlo hecho así; dignaos, Dios mio, de acabar esta vuestra obra; resuelto estoy, mediante vuestra divina gracia, á no dejarme arrastrar mas del mal ejemplo: dadme aliento y fortaleza para cumplirlo.

JACULATORIAS.—Dadme, Señor, constancia para despreciar el mal ejemplo, y fortaleza para suplantarle. (*Judith*, IX).

Libradme, Señor, de los lazos que me arman con los malos ejemplos que me dan. (*Psaln.* CXL).

PROPÓSITOS.

1 Si un hombre tenido por capaz y por sugelo de buenas costumbres tomara veneno, ¿seria esto bastante para cohonestar la locura ó la desesperacion de los que hiciesen lo mismo? Basta proferir esta proposicion para conocer su ridiculez y su extravagancia. Pero ¿será menor imprudencia pretender cubrir la relajacion con el mal ejemplo? Acuérdate de que no tienes otra regla para tu gobierno que los mandamientos de la ley de Dios, los de la santa madre la Iglesia, y el Evangelio; ni debes imitar otro ejemplo que el de Jesucristo y sus Santos. Estima y honra á todo el mundo; pero no sigas el ejemplo de todos. Las personas mas virtuosas tienen sus faltas, y mientras viven pueden pervertirse: imita sus virtudes; pero á ninguno has de tomar por universal modelo. Judas, Tertuliano y Orígenes fueron buenos por algun tiempo, y Salomon tambien fue sabio. Tú atente á las máximas del Evangelio, y á los ejemplos de los Santos; ni pienses jamás en autorizar tu relajacion con la de otros.

2 Es muy loable excusar las faltas de nuestros hermanos; pero la accion viciosa siempre es reprehensible, y la caridad cristiana, que nos obliga á excusar al pecador, nos obliga tambien á desaprobare el pecado. Sobre este principio has de hacer siempre distincion entre la persona y entre sus imperfecciones; respeta aquella, pero trata con desprecio á estas. *Es preciso que haya escándalos; pero desventurado de aquel por quien el escándalo viene.* (*Matth.* XVIII). Está siempre alerta contra los artificios del enemigo, y contra las engañosas sollicitaciones del amor propio; es una tentacion muda, pero muy peligrosa, la relajacion de las personas que nos parecian observantes y ajustadas, siendo muy conveniente prevenir de esto con tiempo

á la gente moza. Los remedios preservativos son muy importantes, y así se les debe precaver contra estos lazos que están tendidos y armados por todas partes. Las almas tiernas, y por decirlo así nove-citas, que entran en el mundo con las mas bellas disposiciones para la virtud, dificultosamente se defienden del contagio á vista de los malos ejemplos; y los que se crían en religion, presto dan al través si defieren demasiado á la relajacion de aquellos, cuyo mérito, edad y empleos los hacen hombres de distincion. *In lege quid scriptum est? quomodo legis?* ¿Qué dice la ley? Esta debe ser la regla inmutable de nuestras operaciones; los ejemplos de los Santos, las máximas de Jesucristo, su sagrado Evangelio. Atente á lo que está escrito.

DIA X.

MARTIROLOGIO.

SAN ANTONINO, confesor y arzobispo de Florencia, cuyo dichoso tránsito se celebra el dia 2 de este mes. (*Véase su vida en las de hoy*).

EL TRIUNFO DE LOS SANTOS MÁRTIRES GORDIANO Y EPIMACO, en Roma, en la via Latina, de los cuales el primero fue atrocemente azotado con cordeles emplomados, en tiempo de Juliano apóstata, por confesar el nombre de Jesucristo, y por último degollado: su cuerpo lo enterraron de noche los Cristianos en el mismo camino en una cueva, á donde poco antes habian sido trasladadas las reliquias de san Epímaco desde Alejandría, en cuya ciudad habia padecido por la misma causa. (*Véase su historia en las de hoy*).

SAN JOB, profeta, en tierra de Hus, varon de maravillosa paciencia. (*Véase su historia en las de hoy*).

SAN CALEPODIO, presbítero y mártir, en Roma, al cual mandó el emperador Alejandro que lo degollasen, y que su cuerpo fuese arrastrado por la ciudad, y echado en el Tiber: habiéndolo hallado después el papa Calixto, le dió sepultura. Fue tambien degollado el cónsul **PALMARIO** con su mujer é hijos, y otras cuarenta y dos personas de su casa, hombres y mujeres; tambien **SIMPLICIO**, senador, y su mujer, y otros sesenta y ocho de su familia; **FELIX** con su mujer **BLANDA**, cuyas cabezas fueron colgadas en diversas partes de la ciudad para terror de los cristianos.

EL TRIUNFO DE LOS SANTOS MÁRTIRES QUARTO Y QUINTO, en Roma, tambien en la via Latina, en el lugar llamado Cien Salas, cuyos cuerpos fueron trasladados á Capua.

LOS SANTOS MÁRTIRES ALFIO, FILADELFO Y CIRINO, en Lentini, en Sicilia.

SAN DIOSCÓRIDES, mártir, en Esmirna.

SAN NICOLÁS ALBERGATO, monje cartujo, obispo de Bolonia, y cardenal de la santa Iglesia romana, esclarecido en santidad, y por las legacias de la Silla apostólica: su cuerpo fue enterrado en la Cartuja de Florencia.

SAN CATALDO, obispo, en Taranto, esclarecido en milagros.

LA INVENCION DE LOS SANTOS MÁRTIRES NAZARIO Y CELSO, en Milan, en memoria del dia en que el obispo san Ambrosio encontró el cuerpo de Nazario, bañado aun en sangre fresca, y lo trasladó á la iglesia de los Apóstoles, junta-

mente con el cuerpo del niño san Celso, á quien habia criado san Nazario; ambos habian sido degollados en la persecucion de Neron, por órden de Anolino, el dia 28 de julio, en el cual se celebra la fiesta de su martirio.

SAN ISIDRO, labrador, en Madrid, esclarecido en milagros, el cual fue canonizado por el papa Gregorio XV, juntamente con los santos Ignacio, Francisco Javier, Teresa y Felipe Neri. (*Véase su vida en las del dia 13 de mayo*).

SAN ANTONINO, OBISPO.

San Antonino, á quien en el bautismo se le puso el nombre de Antonio, y después por la pequeñez de su cuerpo le llamaron *Antonino*, fue hijo de Nicolás Pierozzi, notario de la ciudad de Florencia, y de Tomasia, ambos de familia honrada, y uno y otro recomendables por su conocida bondad. Nació en el año de 1389; y como fue hijo único, y sus padres eran tan virtuosos, se dedicaron con el mayor desvelo á darle una cristiana educacion. Costóles poco trabajo, porque Antonino habia nacido con tan bellas inclinaciones, que la devocion parecia en él como natural. Por eso en Florencia llamaban *el santico* al niño Antonino, siendo ya sabido, que no hallándole en casa, le encontrarían en la iglesia, y siempre de rodillas delante de una imágen de la santísima Virgen. En su porte nunca se notó accion ni movimiento pueril; siempre dulce, siempre afable, dócil y compuesto, nada habia que reprender en sus procedimientos. Tuvo por toda la vida tanto horror al pecado, que se tiene por cierto conservó hasta la muerte la inocencia bautismal; debiendo particularmente, como lo confesaba el mismo, á la tierna devocion que profesaba á la santísima Virgen la inviolable integridad de su pureza.

Aplicáronle con tiempo al estudio, en el cual hizo maravillosos progresos. Era de ingenio vivo y penetrante, de memoria feliz, y de un asombroso teson en el trabajo, con lo que adelantó mucho en una edad en que otros apenas saben los primeros rudimentos; pero el amor que tenia al estudio de las letras no podia competir con el que profesaba al de la importante ciencia de la eterna salvacion.

Ya habia tiempo que para satisfacer la grande inclinacion que tenia desde sus mas tiernos años de consagrarse á Dios enteramente, habia puesto su mira en algun claustro religioso. Pero entre todos era el objeto de sus ansias el de los Padres Predicadores, donde reinaba la sabiduría, el celo de la Religion, y una ejemplar observancia. Acudió al famoso P. Fr. Juan Dominici, que después fue cardenal arzobispo de Ragusa y legado de la Santa Sede en el reino

de Hungría, y le pidió el santo hábito. Examinóle, y quedó hechizado de la viveza de su ingenio, del candor y de la inocencia de sus costumbres, y de los ardientes deseos con que suspiraba por ser admitido en la religion de santo Domingo; pero viéndole tan pequeño y tan niño, le aconsejó que esperase todavía algunos años; y por librarse de sus instancias con alguna aparente salida, habiendo entendido, en el discurso de la conversacion, que gustaba mucho Antonino de leer en el derecho de Graciano, añadió sonriéndose: *Mira, estudia todo el derecho canónico, y en sabiéndolo de memoria, yo te doy palabra de que serás recibido.* Era muy dura la condicion, como de quien solo intentaba por aquel medio despedir con honor al pretendiente, quitándole toda esperanza de ser jamás admitido; pero que dó sorprendido y asombrado cuando dentro de pocos dias volvió Antonino á reconvenirle con su palabra, diciendo estaba pronto á dar razon de todo el derecho canónico. Con aquella extraordinaria prueba de su casi milagrosa memoria y habilidad, le recibieron luego los Padres sin reparar en la debilidad de su complexion, ni en sus pocos años, y en breve tiempo conocieron lo mucho que valia el que habian admitido.

El fervor del novicio sirvió de religiosa emulacion á los mas ancianos. Temíase que no tendria fuerzas para resistir al rigor de la observancia; pero dióselas su aliento, y en todas ocasiones se mostró el mas humilde, el mas obediente, el mas mortificado y el mas exacto en todos los ejercicios de comunidad. Desde luego le miraron los frailes como el mas cabal modelo de la perfeccion religiosa, á vista de sus abstinencias, de sus vigiliass, de su desasimiento de todas las cosas, de su aplicacion al estudio, de su continua oracion, que era toda su ocupacion y sus delicias, de su devocion tierna y fervorosa. y de su exactitud en el cumplimiento de todas las obligaciones de su estado.

Creció el fervor con la dignidad del sacerdocio. Siempre que celebraba el divino sacrificio le veian bañado en dulces lágrimas, que incesantemente hacia derramar de sus ojos el fuego del amor de Dios, que le consumia y abrasaba. En vano intentaron moderar el rigor de sus penitencias; no pudieron conseguirlo, porque su vida fue un continuo ejercicio de ellas; sano y enfermo dormia siempre en la dura tierra; y aunque se vió elevado á los mayores empleos de la Religion, casi siempre hizo á pié todos los viajes.

No obstante de ser todavía muy mozo, como la virtud suplia la falta de los años, le hicieron prior del convento de Roma, el que go-

berná con tanta prudencia, con tanta suavidad y con tanto acierto, que le encargaron sucesivamente el gobierno de los conventos de Nápoles, Gaeta, Cortona, Sena, Florencia, Pistoja, Fiésoli, y los de otras muchas ciudades de Italia, renovando en todos ellos el primitivo espíritu de la regla, mas con sus ejemplos que con sus palabras.

Hiciéronle vicario general de la provincia de Toscana, y después de la de Nápoles; sin que por eso disminuyese el rigor de sus ordinarias penitencias. Humillándose mas cuanto mas le elevaban, daba siempre principio á la visita de los conventos ejercitando los oficios mas abatidos de la casa; tan mezclado y tan confundido el Vicario general entre los menores frailes, que solo el mayor fervor le distinguia de ellos.

Hallábase Antonino en la visita de la provincia de Nápoles cuando vacó la silla episcopal de Florencia. Por mucho tiempo se llevó la atencion del papa Eugenio el cuidado y la eleccion de un sugeto digno de que ocupase aquella silla, resuelto á negar los oídos á empeños, pretensiones y parcialidades, pensando únicamente en dar á Florencia un prelado santo. Apenas le hablaron del Vicario general de los Predicadores, cuando sin detenerse un punto en deliberar, le nombró por arzobispo de Florencia. Recibió el Santo la noticia volviendo de la visita, y hallándose ya en uno de los conventos de su provincia; sobresaltóse tanto con ella, que dejando de repente el camino de Nápoles, sin darse por entendido, se encaminó á las costas de Toscana, con resolucion de embarcarse para la isla de Cerdeña, y pasar en ella desconocido el resto de sus dias; pero estaban ya tomados los puertos con orden de que ninguno le recibiese á bordo, y le condujeron á Sena. No hubo medio de que no se valiese para librarse de aquella dignidad; pero el Papa no hizo caso de sus razones, y se mantuvo inexorable á sus ruegos; envióle las bulas, mandándole que cuanto antes se consagrara. Rindióse á la obediencia, haciéndola el mas doloroso sacrificio, siendo las lágrimas que deramó durante la ceremonia de su consagracion el mayor testimonio de su dolor, y de que no hallaba otro consuelo que el de la resignacion.

Arregló su familia de manera, que sin deslucimiento de la dignidad episcopal, todo lo que se viese en ella oliese á religion y á modestia. Parecióle que los pobres serian su mejor tren y equipaje, persuadido á que eran de ellos las rentas de la mitra, y que el mayor esplendor de esta consistia en hacer mayores limosnas. Mando á

sus criados que jamás despidiesen á pobre alguno sin darle algo; y después de haber consumido en limosnas todo el dinero, echó mano de los muebles, reduciéndose el mismo Arzobispo á una extrema pobreza por socorrer á los pobres. Fundó el colegio de San Martín, en que estableció doce administradores de las rentas destinadas para socorrer á familias vergonzantes, que reducidas á miseria tienen empacho de pedir; y ha echado Dios su bendición á esta obra pia, de manera que hoy se mantienen con ella mas de seiscientas familias, proveyendo á todas sus necesidades.

Correspondia el celo á la caridad. Todos los años visitaba el arzobispado, haciendo tanto fruto con su modestia, apacibilidad y ejemplo, como con sus exhortaciones. Desterráronse de todas partes los abusos, compusieronse las enemistades, extermináronse los desórdenes, y se reformaron las costumbres. Nada se ocultaba á su vigilancia, ni burlaba su solicitud. Habíanse introducido en Florencia los juegos que llaman de azar, con grande ruina de las familias; emprendió el santo Arzobispo exterminarlos, y lo consiguió.

Cierto hereje disfrazado, que tenia créditos de insigne médico, y lograba con este título mucha introduccion en las casas particulares, se aprovechaba de ella para sembrar disimuladamente sus errores, vomitando con especialidad horribles blasfemias contra la santísima Virgen. Llególo á entender san Antonino, y al punto hizo conocer á todos, que el verdadero celo, aunque siempre dulce y afable, sabe obrar con tesón y con fortaleza cuando se atraviesan intereses de la Religion. Por mas protectores que tuvo el hereje, el santo Arzobispo se mantuvo inflexible; y no habiendo querido convertirse aquel infeliz, fue condenado á la hoguera.

Era el espíritu de Dios el primer móvil de todas sus operaciones, y fue consiguiente á él en su conducta. Dormia muy poco; y aunque velaba hasta muy entrada la noche, todos los dias se anticipaba á los canónigos en la concurrencia á los Maitines. Cuando volvia de ellos daba al estudio el tiempo que otros concedian al descanso; después de la misa, que celebraba cada dia con devocion tierna y sensible, se dedicaba enteramente á los negocios del arzobispado hasta la entrada de la noche, sin interrumpir las audiencias que daba á todos mas que para ir á visitar á los pobres en los hospitales, ó para administrar los Sacramentos á los enfermos.

A todas horas se le encontraba visible, afable y accesible, haciéndose todo á todos para ganarlos á todos. Igualmente daba audiencia al pobre y al paisano, que al rico y al poderoso, sin aceptacion

de personas, hallándose siempre en el director, pastor y padre, sin que accidente alguno fuese capaz de alterar su dulzura y su tranquilidad.

Habiendo arrestado á un ministro del Papa el Consejo supremo de Florencia, y no habiendo podido lograr el Arzobispo que le pusiesen en libertad, mandó cesar el oficio divino en la catedral á vista de los magistrados, y puso entredicho á la iglesia. Por mas que le maltrataron, se mantuvo inflexible; y como le amenazasen que le echarian de la ciudad, mostrando el Santo la llave de la celda que ocupaba en el convento de Cortona, y traia siempre colgada del cinto, les respondió: *Si me obligaren á salir de Florencia, siempre tendré dónde retirarme.*

Sus grandes negocios y ocupaciones nunca le inquietaron el recogimiento interior, ni el espíritu de oracion, y en medio de ellas estaba como pudiera en el mas sosegado retiro. Además del oficio divino, el de la Virgen, y los salmos penitenciales, que rezaba todos los dias, rezaba el oficio de difuntos dos veces á la semana, y los dias de fiesta todo el Salterio entero. En medio de tantas tareas halló tiempo para enriquecer la Iglesia con excelentes obras; como son *la Suma doctrinal ó teológica; la Suma histórica; la Suma de la confesion; un tratado de la excomunion; el discurso sobre los discipulos cuando iban al castillo de Emaús, y un tratado de las virtudes*; descubriéndose en todas estas obras las mayores pruebas de la pureza de su fe, de la santidad de su doctrina, de su gran virtud, erudicion y sabiduría.

Estaba tan extendido por toda Italia el concepto de su elevada santidad, que acudian los pueblos á los caminos por donde se sabia que habia de pasar para recibir su bendicion. El papa Nicolao V dijo públicamente, *que tenia por tan digno de ser colocado en los altares al arzobispo de Florencia estando vivo, como á Bernardino de Sena, á quien él mismo acababa de canonizar después de muerto.* Nombráronle los florentinos para que llevase la voz en una solemne embajada que enviaron á los papas Calixto III y Pio II, reparando todos, que cuanto mas le colmaban de honores, mas humilde se hacia. Suplicáronle que se quisiese encargar tambien de la embajada al emperador Federico; pero no le pudieron reducir, porque jamás se resolvió á salir de su arzobispado no siendo por los intereses de la Iglesia.

Llegando á noticia del papa Pio II el gran fruto que habia hecho en Florencia con su celo suave, pero siempre discreto y eficaz, cortando de raíz los escándalos públicos, exterminando los juegos de azar y otros desórdenes inveterados, quiso hacerle de la junta que

habia formado para reformar los abusos de Roma; pero antes llamó Dios á su fiel siervo para premiarle eternamente. Murió con la muerte de los Santos el día 2 de mayo del año 1459, á los setenta de su edad, y á los trece de su pontificado. Hallábase á la sazón en Florencia el papa Pio II, y no solo quiso honrar con su asistencia el entierro del santo Arzobispo, sino que concedió siete años de indulgencia á los que concurriesen á honrar tambien su cuerpo en la sepultura. Sesenta y cuatro años después le canonizó solemnemente el papa Clemente VII, fijando su fiesta Inocencio XI al día 10 de mayo. Venérase el santo cuerpo con gran concurso de los fieles en la iglesia de los Padres Dominicos de Florencia, y se conservan algunas reliquias suyas en la del colegio de la Compañía de Munster.

LOS SANTOS GORDIANO Y EPÍMACO, MÁRTIRES.

San Epímaco es aquel mártir de quien refiere san Dionisio Alejandrino que en la cruelísima persecucion de Decio, después del famoso motin de Alejandria, de que hablamos el día 9 de febrero en la vida de santa Polonia, habiendo estado en las cárceles de aquella ciudad mucho tiempo por causa de la fe, fue despedazado con garfios, y cruelmente azotado, y probado con otros mil géneros de tormentos, hasta que por último quemado con cal viva junto con Alejandro, compañero suyo en el martirio, entregó su espíritu al Señor. Las reliquias de este glorioso santo Mártir fueron llevadas á Roma, y depositadas en una cueva, donde poco después sepultaron al mártir san Gordiano, que en la misma Roma padeció en el imperio de Juliano apóstata.

Era Gordiano gentil, y uno de los jueces que aquel mal Príncipe escogió para perseguir la Iglesia. Proyectaba Juliano destruirla con maña, disimulando el odio que le tenia; y así puso por gobernadores de las provincias á hombres crueles y bárbaros, enemigos declarados de nuestra santa Religion, para que los desafueros y crueldades que maquinaba él contra el pueblo cristiano, se imputasen á la fiereza y saña de los presidentes, no á los decretos del César. En este repartimiento de las provincias tocó á Gordiano el vicariato de Roma, siendo presidente Aproniano. Estaba preso entonces con otros Genaro, santo y venerable presbítero, de avanzada edad, con quien Gordiano tenia largas conferencias. El fruto de ellas fue que tocándole Dios el corazon abrazó la fe, y Genaro lo bautizó á él, y á su mujer, y á toda su familia, echando de sí y despedazando un ídolo de Júpiter.

ter que tenia en su casa. Súpolo Juliano, y con gran coraje lo despojó de su oficio, y cometió su causa á Clemenciano, tribuno del pueblo; el cual desde luego hizo comparecer á Gordiano en su tribunal, y le trató de ingrato al Emperador, y con amenazas le inducía á que volviese al culto de los ídolos. Nuestro Santo con firmeza del cielo perseveraba en la confesion de Cristo, y escarnecía de Juliano y de sus dioses. El tribuno entonces ordenó que cruelmente lo azotasen, y con plumadas le quebrantasen los huesos. Hecho esto mandó que lo degollasen enfrente del templo de la diosa de la tierra, y que su cuerpo echado en un camino real nadie lo enterrase. Así estuvo cinco dias guardado de unos perros que la Providencia envió para que no lo comiesen las fieras; al cabo de los cuales un familiar de nuestro Santo y otros fieles, de noche lo quitaron de allí, y le dieron sepultura á una milla de Roma en la via Latina, en la cueva donde habian enterrado el cuerpo de san Epímaco. Fue el martirio de san Gordiano tal dia como hoy el año 362. Los que dicen que pasó esto á presencia de Juliano, no advierten que este malvado Príncipe no llegó á entrar en Roma durante su reinado. Marina, esposa de san Gordiano, fue condenada por ignominia á cultivar una heredad que estaba donde hoy se ven las *Fuentes de San Pablo*. Del presbítero Genaro solo consta que le marcaron el rostro; no se sabe si padeció otros tormentos, ni si murió en esta demanda. Dicen que las reliquias de los santos Gordiano y Epímaco fueron después á parar á un monasterio de Benedictinos de la diócesi de Ausburgo.

SAN JOB, PROFETA.

Job, santo patriarca, cuyo nombre significa *el que gime ó se duele*, fue, como afirman san Juan Crisóstomo y Orígenes, descendiente de Esau y quinto nieto de Abrahan, porque Abrahan engendró á Isaac, Isaac á Esau, Esau á Rahuel, Rahuel á Zara, Zara á Job. San Ambrosio y san Gregorio dicen, que Job es lo mismo que Jobab referido en el *Libro I del Paralipómenon* (c. 1, v. 45), y en el *Génesis* (c. xxxvi, v. 33). Siendo esto así, Job viene á ser contemporáneo de Moisés, y su historia puede fijarse para poco después que el pueblo de Israel pasó el mar Rojo.

Vivia Job en la tierra de Hus en la Idumea oriental, conocida con el nombre de *Arabia desierta*, y adoraba al verdadero Dios con un culto puro y sencillo, ejercitándose en toda suerte de virtudes. Premiaba el cielo su piedad colmándole de bendiciones y multiplicando

sus riquezas, hasta que entre los orientales vino á ser el mas poderoso, pues en particular señala la Escritura que tenia siete mil ovejas, tres mil camellos, quinientos pares de bueyes, quinientos asnos y grande familia de criados y criadas. Tenia siete hijos y tres hijas, entre los cuales, por la solicitud paternal, reinaba el mas ardiente cariño y union, comiendo frecuentemente los unos en casa de los otros: después de estos fraternales banquetes, Job, que nunca se hallaba en ellos, ofrecia á Dios sacrificios en reparacion de las faltas en que podian haber incurrido entre el bullicio y alegría del festin.

Hallábase el santo Patriarca en el regazo de la mas completa felicidad cuando Dios, que se complace en probar á sus siervos para acrisolar su virtud, permitió al demonio que le afligiese con la pérdida de cuanto poseia. Estando cierto dia sus hijos y sus hijas comiendo juntos en un convite, los sabeos cayeron de improviso sobre sus tierras, pasaron á cuchillo á los mozos, y arrebataron consigo los bueyes y las burras: un solo hombre escapó de sus manos, el cual corrió á traer la noticia á su amo: aun hablaba, cuando otro llegó á anunciarle que el fuego de Dios habia caído del cielo sobre sus ganados reduciéndolo todo á cenizas; y sin haber acabado de hablar aquel, vino otro, y dijo que los caldeos, acometiendo á sus camellos, se los habian llevado. Aun estaba hablando este, y hé aquí que entra otro y le da una nueva infinitamente mas afflictiva, diciéndole: «Estaban comiendo juntos tus hijos y tus hijas; se levantó de repente un huracan furioso que cuarteó los cuatro ángulos de la casa, y ella se desplomó cayendo sobre tus hijos, que allí han quedado muertos.»

A estas palabras prosternóse el varon santo, y adoró á Dios, humillándose profundamente en su divina presencia, y dijo: *Desnudo sali del vientre de mi madre, y desnudo volveré a las entrañas de la tierra; el Señor lo dió, el Señor lo quitó; como al Señor plugo, así ha sucedido. ¡Bendito sea el nombre del Señor!*

Pero aun no habia Job acabado de apurar el caliz de las tribulaciones, pues tambien se le permitió al demonio que le atormentase en el cuerpo, mas sin quitarle la vida. Llagóle de piés á cabeza el enemigo de los hombres, reduciéndole á que sentado en un muladar tuviese que raerse con un tiesto la podre que manaba de sus úlceras. Abandonáronle todos sus parientes y allegados, sin quedarle mas que la mujer, quien tentándole y excitándole á la desesperacion le decia: «¿Tú todavía subsistes en tu simplicidad? Bendice á Dios «y muérete.» Decíale esto irónicamente; empero el varon santo la

respondia: «Has hablado como una de las mujeres necias. Si recibimos los bienes de manos de Dios, ¿por qué no hemos de recibir los males?».

Sabedores de sus desgracias, fueron á verle tres amigos suyos con el fin de consolarle en lo posible: llamábanse Eliphaz, Baldat y Sophar; pero al fijar en él sus atónitos ojos, no acaban de reconocerle; tan espantoso era el estrago, que le destiguraba. En vista de las calamidades que padecía, creyéronle culpable de algun delito enorme, y partiendo de este error, en vez de consolarle pusieron á probar con sublimes razonamientos que solo sobre los delincuentes cae la tribulacion, y que las grandes adversidades son siempre castigo de crímenes horrendos.

«He visto, decia el primero, al impío, cuya fortuna parecia establecida con solidez; hallábase en la cumbre de la prosperidad, y nadie diria que hubiese cosa capaz de interrumpir el goce de sus placeres; mas era pecador, y al punto dije: No será de duracion esta vanísima pompa; al malo amenaza la maldicion divina. Sus riquezas le serán arrebatadas, y el hambriento devorará su miés. Nada de adverso sucede en el mundo sin causa, y el dolor no brota de la tierra: nace el hombre pecador para el trabajo, y el pájaro para el vuelo. Dichoso aquel á quien castiga Dios por corregirle: no deseches los males que te envia; si te hiere, él cicatrizará tus llagas; si fulmina sus rayos á los pecadores, cura á los penitentes.»

«Escúchame, añadia el segundo: Dios no es injusto en sus juicios, y no falta á las leyes de la justicia; no te ves afligido sino en castigo de tus pecados; y porque gravemente habian ofendido al Señor, fueron tus hijos sepultados en ruinas. Los justos prosperan siempre, y solo los impíos ó los hipócritas son desventurados.»

El tercero, bajo el pretexto de justificar á la Providencia, se expresó aun con mas dureza en las reconvenciones que hacia á Job. Deciale: «La gloria del impío se disipa con velocidad, y la alegría del hipócrita solo dura un momento. Aun cuando su altanería se encumbra hasta los cielos, y á las nubes toque su cabeza, por último perecerá; desaparecerá como el sueño cuyo recuerdo ya se ha borrado. Los vicios de su juventud se compenetrarán con sus huesos, y con él dormirán en el polvo: sufrirá la punicion del delito sin ser consumido, y el cúmulo de sus tormentos igualará al de sus injusticias. Revelarán los cielos su iniquidad, y contra él se levantará la tierra: hé aquí la herencia que Dios reserva al impío: es-

«te es el premio que recibirá del Señor por los pecados que ha cometido.»

Insistían sus tres amigos en que Job era un gran pecador, porque le veían ahogado en el piélago de la amargura; pero concluían que Dios, bueno y misericordioso, le volvería á su antigua prosperidad. si humildemente confesaba que había merecido perderla, y hacia penitencia.

Job, por el contrario, mas ilustrado que sus amigos, sabia que Dios castiga á los pecadores, y prueba á los justos, cuya paciencia enriquece la propia corona y glorifica al Señor. Sosteníale en su desgracia la esperanza de una vida futura, sometiéndose enteramente á la divina voluntad. «¡Tened compasion de mí, respondia á sus tres amigos, al menos vosotros que decís que me amais! Veis que me ha herido la mano de Dios, y vosotros me acrimináis amargamente, y me ultrajáis con aspereza; mas yo hallaré en mi fe el consuelo que me rehusáis. ¡Quién me diera que mis razones con punzon de hierro y en láminas de plomo ó con cincel se esculpiesen en pedernal! Porque yo sé que vive mi Redentor, y que en el último día me he de levantar de la tierra, y seré vuelto á revestir de mi piel, y en mi carne veré á mi Dios, al cual he de ver yo mismo, y mis ojos le han de mirar, y no otro. Esta esperanza me consuela, y yo la tengo guardada en mi pecho.»

El Señor volvió al fin por la honra de su siervo, declarando á sus amigos indiscretos que no les perdonaria su pecado sino mediante los ruegos de aquel justo á quien habian querido calumniar, y dió á Job mas riquezas que las que el demonio le habia quitado. Tuvo tambien otros siete hijos y tres hijas como primero.

Vivió después Job ciento y cuarenta años, y murió viejo lleno de dias. Parece que fue enterrado cerca del Jordan, donde acudieron siempre gran multitud de peregrinos de la antigua y de la nueva Ley, para encomendarse á sus oraciones.

Job cubierto de llagas, entregado al furor del demonio, escarnecido por su mujer, é insultado por sus mismos amigos, es una imagen perfecta de Jesucristo, entregado por la justicia divina al furor del infierno, inundado de amargura, y agobiado del peso de la cólera de Dios como si fuera el mayor de los pecadores.

La Misa es en honra de san Antonino, y la Oracion es la siguiente:

Sancti Antonini, Domine, confessoris tui atque pontificis meritis ad- Ayúdenos, Señor, los merecimientos del santo confesor y pontífice An-

*juvemur, ut sicut te in illo mirabilem
praedicamus, ita in nos misericordem
fuisse gloriemur. Per Dominum nos-
trum Jesum Christum...*

tonino, para que así como te ensalza-
mos admirable en sus virtudes, así
tambien te experimentemos miseri-
cordioso en nuestras necesidades. Por
Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epistola es del capitulo XLIV y LXV del Eclesiástico, pág. 99.

REFLEXIONES.

Dios le glorificó. No hay otra gloria verdadera que la que viene de Dios; y aun esa es menester que el mismo Dios nos la dé. La que los hombres solicitan, ó la que se dan unos á otros, pierde todo el mérito y la estimacion, ó por la malignidad del principio, ó por lo torcido del fin. Todo ese incienso se desvanece en humo; y ¿qué resta después del buen olor? No hay en el mundo cosa mas lisonjera, ni mas frívola, ni mas mentirosa que la alabanza. No es digno de ella el que se glorifica á sí mismo, sino aquel á quien glorifica Dios. El verdadero mérito por sí mismo resplandece; el fuego y el diamante brillan solo con dejarse ver; las piedras falsas son las que necesitan que las preconicen, y que se muestre como con el dedo su aparente resplandor. Esta es la causa legítima de esas necias y groseras vanidades, que ha intentado el orgullo humano para lisonjear su passion y para divertir á su misma razon natural, ocultándola la enfadosa vista de su necesidad y pobreza.

Glorifícale Dios delante de los reyes. Sean los buenos los que fuesen; mas que sean los mas humildes, los mas desconocidos por su condicion ó por su nacimiento; mas que sean menospreciados, perseguidos y maltratados; entre los oprobios y entre el polvo se ha de hacer lugar la verdadera virtud; brilla en medio de los oscuros calabozos; y al cabo ha de hacer que se reconozcan sus derechos y su superioridad hasta desde la soberanía del trono. Hónrase siempre á la virtud; y se puede decir que solo á la virtud propiamente cristiana es á quien se honra. No hay hombre racional, no hay clase ni condicion tan elevada, que no se considere obligada á pagar, por decirlo así, esta especie de tributo. El natural entonamiento de los grandes no acierta á sostenerse á vista de la dulzura y de la apacibilidad de los virtuosos. Solamente la virtud está exenta de su desgracia: hasta la emulacion mas maligna, hasta la mordacidad mas insolente la respeta: bien puede perseguirla y maltratarla; pero en el fondo la estima. Y aun la persecucion, si se reflexiona bien, nunca es contra la que se concibe como virtud verdadera, sino contra la

que se representa como falsa ; á la primera ninguna pasion tiene osadía para denigrarla.

¡Ó buen Dios! siendo los hombres tan ambiciosos y tan apasionados de gloria , ¿ por qué no la buscarán donde verdaderamente se halla? Los empleos mas elevados no siempre son los mas tranquilos. La grandeza , el esplendor , la autoridad , es cierto que ejecutan por muchos honores , imponen obligaciones , inspiran respeto y temor ; pero el corazon y el alma solamente los gana la virtud. A la santidad todo el mundo se rinde. Una persona sólidamente virtuosa es honrada , respetada , estimada , y todos hacen confianza de su rectitud y de su bondad. Y ¿ se hace acaso la misma de las grandezas humanas? Todos los hombres aman la gloria ; pocos pueden aspirar á esas brillantes fortunas : ninguno hay que con la gracia de Dios no pueda ser santo. Pues ¿ qué objeto mas digno de la ambicion de un corazon cristiano! y ¡qué locura la de suspirar por otra gloria!

El Evangelio es del capítulo xxv de san Mateo, pág. 100.

MEDITACION.

Del retiro espiritual.

PUNTO PRIMERO. — Considera que el retiro espiritual , que consiste en pasar algunos días en silencio y en soledad léjos del tumulto del mundo y del ruido de los negocios , para vacar únicamente á la consideracion de las verdades mas importantes de la Religion , y al gran negocio de la salvacion eterna ; considera , vuelvo á decir , que este piadoso retiro es entre todos los ejercicios de devocion el mas propio , y aun el mas necesario para convertir á una alma , y acaso el único que jamás se practica inútilmente.

Es cosa muy fácil que las verdades mas terribles de la Religion hagan no mas que una impresion leve y pasajera , cuando todo contribuye , ó á disipar el espíritu , ó á estragar el corazon ; la luz de la fe está entonces medio apagada , y no se deja percibir bien la voz de Dios entre el estruendo del mundo. Pero cuando retirados del bullicio y del tráfico de los negocios ; cuando en lugar de tantas brillantes falsas como se nos representan á la vista , en vez de esa infinita multitud de objetos engañosos que se nos ponen delante , solo se ofrecen á nuestros ojos aquellas imágenes que nos hacen casi palpables estas terribles verdades , que jamás habiamos penetrado bien , y ahora las miramos á nuevas luces ; ¿ cómo es posible que no hagan gran-

de impresion en un tiempo en que la gracia se comunica con mayor abundancia, el espíritu está menos distraído, y el corazon mejor dispuesto?

Nunca se comunica la gracia con mayor abundancia, y de contado el mismo retiro es una gracia preciosísima. Mas si Dios nos dispensa siempre tantas gracias aun en medio del mundo mas tumultuoso; si grita, si estrecha, si solicita, si corre tras el pecador, aun cuando el pecador huye de él; ¿qué misericordias no derramará ese mismo Dios sobre una alma penitente, cuando se retira del mundo para buscar á su Salvador, para llorar sus pecados, para desarmar su justicia, y para aplacar su ira? ¿Retiraráse de la soledad aquel misericordiosísimo Dios que tanto se deja sentir del alma aun cuando está mas acompañada, y que dice por su Profeta que él mismo la *retirará á la soledad para hablarla al corazon?*

Experimentanse en el discurso de la vida algunos vivos y fervorosos deseos de trabajar en el negocio de la salvacion; fórmanse grandes proyectos de conversion en estos como intervalos de la razon y de la piedad; sálese de un sermón con el corazon altamente penetrado y movido: una muerte repentina, una desgracia, una enfermedad, la lectura de algun libro sobresaltan tal vez á una conciencia que hasta entonces se conservaba demasiadamente tranquila. Parecia que en ciertas fiestas solemnes, con motivo de aquella confesion y comunión, estaba ya concluida la grande obra de la conversion, y que se iba á dar principio á la enmienda general de las costumbres; pero el tropel de tantos objetos tentadores; el tumulto de la familia; la multitud de los negocios, que indispensablemente acompañan al empleo y al estado; las inconstancias y variaciones enfadosas de la vida, y sobre todo, el torrente de los malos ejemplos, lo desvanecieron todo. El grano era bueno, pero cayó en las espinas, y se sofocó: ó cerca del camino, y le pisaron, ó le comieron las aves del cielo. Todo esto prueba, mi Dios, la indispensable necesidad de retirarse. sin lo cual es muy dificultoso convertirse.

PUNTO SEGUNDO. — Considera que no puede haber estado ni disculpa que nos dispense del retiro. Ó has vivido inocente y fervoroso. ó has tenido la desgracia de abandonarte á las pasiones. Pues el retiro conserva la inocencia, y produce casi infaliblemente la conversion. No parece posible pasar, emplear muchos dias en la meditacion de aquellas terribles verdades que convirtieron al mundo; no perder de vista el horror de la sepultura; bajar con la consideracion

hasta aquellos torbellinos de fuego que la ira de todo un Dios omnipotente tiene encendidos para castigar á los pecadores; penetrar bien aquella espantosa eternidad, que es la justa medida de los tormentos que ha de padecer una alma réproba; no parece posible pasar exacta revista de todas sus maldades; ponérsele delante aquel caos, aquel abismo de culpas; tener presente todo lo que Jesucristo padeció por satisfacerlas; no parece posible considerar seriamente y con sosiego la grande contradiccion que hay entre lo que creemos y lo que practicamos, entre nuestra fe y nuestras costumbres; comparar las máximas del mundo, que se siguen, con las del Evangelio, que se deben seguir; pensar en el corto número de los que se salvan, y la inmensa multitud de los que se condenan; no parece posible, vuelvo á decir, hacer todas estas saludables reflexiones en la quietud de la soledad, donde todo conspira á que abramos los ojos para conocer las cosas como son, y para palpar las vanidades del mundo, sin que nos penetren, sin que nos muevan, sin que nos conviertan.

¡Cosa extraña! Todos convienen en la importancia, y aun en la necesidad del retiro; pero pocos encuentran lugar ni tiempo para retirarse. Las ocupaciones, los negocios, dicen los mas, nos sorben todo el tiempo. Pues qué ¿el negocio de la salvacion no es negocio? ¿Se nos puede ofrecer nunca otro que nos toque mas, ni que sea de mayor consecuencia para nosotros? ¿Qué digo? ¿Tenemos por ventura otro negocio que merezca propiamente ese nombre mas que este? Únicamente para trabajar en él se nos ha concedido toda la vida; y juzgó Dios que no era menester menos tiempo para salir bien con él. Y nosotros no hallamos tiempo para dedicar á él ocho ó diez dias al cabo del año. Si nos acomete una enfermedad, el cuidado de la salud nos hace olvidar todo otro cuidado; si nos amenaza el peligro de perder un pleito; si á un pariente, si á un amigo se le ofrece un lance de empeño y peligroso, todo se arrima, todo se abandona; se monta prontamente á caballo, se deja la casa, y se pasan meses enteros en agencias y en solicitudes; ciérrase la puerta á todo otro negocio, y solo en este se piensa. Dirás que entonces lo pide la necesidad; pues qué, salir del estado del pecado ¿no será por lo menos tan grande necesidad como librarse de una enfermedad peligrosa? conservar el cielo ¿no será tan necesario como conservar una herencia? ¿Hay negocio que nos interese mas que la salvacion de nuestra alma? Retírase uno para ajustar sus cuentas, para poner en orden sus negocios; retírase para tomar sus medidas, para reflexionar sobre los medios mas propios de gobernar una empresa, una preten-

sion de importancia; retirase á la campaña, ó se encierra en su casa, negándose á las visitas; y todo esto por negocios temporales. Pero ¡por el de la salvacion eterna, por mi eterna felicidad un retiro de ocho dias! ¡Ah! eso es demasiado; ¿dónde se ha de hallar tiempo para retirarse ocho dias? ¡Y luego extrañaremos que sea tan corto el número de los que se salvan! ¡luego nos admiraremos de que sea tan crecido el número de los que se condenan!

Conozco, amable Salvador mio, toda la fuerza de estas verdades; comprendo bien cuán necesario es el retiro, así para aprovechar bien los talentos recibidos, como para tomar justas medidas en orden á la eternidad. Solo confio, Señor, en vuestra misericordia, y espero que se ha de señalar en un sugeto tan vil como yo; especialmente cuando, ayudado de vuestra divina gracia, tome todos los medios que me sean posibles para agradaros.

JACULATORIAS. — Huí del tumulto, alejéme del bullicio, y recógime á la soledad para meditar las importantes verdades de la Religion. (*Psalm. LIV*).

¿Quién me dispondrá en la soledad un lugar muy apartado para abandonar á este pueblo, y para huir de en medio de él? (*Jerem. ix*).

PROPÓSITOS.

1 Entre todos los ejercicios de devocion, uno de los mas eficaces para convertir á un pecador, para encender el fervor en una alma, y acaso el único remedio eficaz contra la tibieza, es el retiro espiritual. No bajó visiblemente el Espíritu Santo sino ó en el desierto, ó en el retiro del cenáculo: y si Jesucristo se retiró solo tantas veces á la soledad del monte, fue sin duda para enseñarnos la necesidad que tenemos de retirarnos de cuando en cuando á la soledad; pues en ella fue tambien donde el mismo Señor dió á gustar á tres de sus apóstoles unos destellos anticipados de la gloria, colmándolos de los mayores favores. Sírvete de este medio, y no dejes pasar año alguno sin retirarte ocho ó diez dias á unos ejercicios. Tengas los negocios que tuvieres, y sea tu empleo el que se fuere, hurta el cuerpo por algun tiempo á esas ruidosas ocupaciones, á esas concurrencias peligrosas. Una calentura, un reumatismo, una jaqueca te harian invisible á todos; pues hágate invisible por algunos dias el cuidado de tu eterna salvacion. La Semana Santa y la de Pascua de Espíritu Santo parecen tiempo muy á propósito para vacar á estos santos ejercicios; pero al fin, escoge el que fuere mas acomodado para tí; y si

no pudieres retirarte á alguna comunidad religiosa , retírate á lo menos en tu casa , que esto parece que ya lo podrás hacer.

2 Unos ejercicios sin fruto son pronóstico muy funesto ; muy malo está el enfermo cuando no hacen operacion en él los remedios mas eficaces. Ten presente que el fruto de los ejercicios depende en gran parte , ó de los fines por que se hacen , ó de la disposicion con que se entra en ellos , ó de los medios que se aplican para hacerlos bien. Los fines que debes proponerte para entrar en ejercicios son : Primero , arreglar las cosas de tu conciencia por medio de una confesion general que repare los defectos de las antecedentes , y quite la necesidad de hacerla á la hora de la muerte ; segundo , reformar la vida : tercero , arreglar tu proceder en lo sucesivo ; cuarto , caminar eficazmente á la perfeccion de tu estado. Las disposiciones se pueden reducir á cinco : Primera , deseo sincero de aprovechar : segunda , gran desconfianza de sí mismo , acompañada de una firme confianza en Dios ; tercera , un corazon liberal para con Dios , determinado á no negarle cosa que le pida ; cuarta , una suma exacititud en observar el repartimiento ó distribucion de horas que se señalare en los ejercicios ; quinta , una total soledad y perfecto retiro , con una entera persuasion de la gran necesidad que tienes de él. Los medios pueden ser : Primero , una singular devocion á la santísima Virgen , haciéndola cada dia alguna oracion particular para implorar su proteccion ; segundo , el uso de los Sacramentos ; tercero , un profundo silencio ; cuarto , considerar á estos ejercicios como los últimos que has de hacer en tu vida , y que en cierta manera depende de ellos tu conversion y salvacion.

DIA XI.

MARTIROLOGIO.

EL TRÁNSITO DE SAN ANTIMO, presbítero, en Roma, en la via Salaria, el cual esclarecido en virtudes y en la predicacion del Evangelio, en la persecucion de Diocleciano fue precipitado en el Tiber, de donde lo sacó un Ángel, restituyéndolo á su oratorio; después lo degollaron, y se fué victorioso al cielo.

SAN EVELIO, mártir, en el mismo dia : era de la familia de Neron, y viendo martirizar á san Torpeto, creyó en Jesucristo, por cuya causa fue degollado por mandato del mismo Neron.

LOS SANTOS MÁRTIRES MÁXIMO, BASO Y FABIO, igualmente en Roma, los cuales en tiempo de Diocleciano fueron tambien martirizados en la via Salaria.

LOS SANTOS MÁRTIRES ANASTASIO Y SUS COMPAÑEROS, en Camerino, los cuales en la persecucion de Decio fueron martirizados por mandato del presidente Antíoco.

LOS SANTOS MÁRTIRES SISINIO, diácono, **DIOCLECIO Y FLORENCIO**, discípulos de san Antimo, presbítero, en Osimo, en la marca de Ancona; los cuales consumaron el martirio muriendo apedreados durante la persecucion de Diocleciano.

SAN GANGULFO, mártir, en Varennes, ciudad de Francia.

SAN MAMERTO, obispo, en Viena, el cual por causa de una gran calamidad instituyó en aquella ciudad tres días de letanías solemnes antes de la Ascension del Señor, cuyo rito recibió después y aprobó la Iglesia universal. (*Véase su vida en las de hoy*).

EL TRÁNSITO DE SAN MAYOLO, abad de Cluny, en Silviniaco, ó sea Souvigni, ilustre en santidad de vida y en méritos. (*Véase su vida en las de hoy*).

SAN ILUMINATO (ó **ILUMINADO**), confesor, en Septémpea de la marca de Ancona.

El Calendario de Cataluña hace hoy conmemoracion, juntamente con otros, de los santos **PONCIO Y ANASTASIO**, cuyas noticias pueden verse en los días siguientes: la de san Poncio, el día 14 de mayo; y la de san Anastasio, el día 22 de enero.

SAN MAMERTO, OBISPO.

Entre los obispos célebres que en virtud y doctrina florecieron en el siglo V de nuestra era cristiana, fue uno san Mamerto, eminente prelado de la iglesia de Viena, digno de eterna memoria por la institucion laudable del tiempo, método y forma de las rogativas precedentes á la festividad de la Ascension de Nuestro Señor Jesucristo. Aunque no nos constan las actas de la prodigiosa vida de este héroe antes de haber ascendido a la silla episcopal de Viena, ya colocado en esta sublime dignidad, fue el objeto del amor y veneracion del pueblo por su eminente virtud y apostólico celo con que se esmeraba en dirigir á su rebaño santamente; pues no satisfecho con velar como pastor vigilante sobre él de continuo, é instruirle por sí mismo, se valia para que le ayudasen en el ministerio de los ministros de la mayor sabiduria y conocida virtud, especialmente de su hermano Claudio, presbítero de la misma iglesia, hombre de una vida ejemplarísima, y de una erudicion sobresaliente.

En la época de su pontificado tuvo este santo Prelado muchas aflicciones, que le fueron muy sensibles por la ternura con que llevaba en su corazon a todos los que sometió á su cuidado la divina Providencia. Estas mortificaciones eran causadas por diversas suertes de desgracias que sucedieron en su tiempo, las cuales pusieron el país en una triste desolacion. La continuacion de los terremotos, la fre-

cuencia de los incendios, las diarias ruinas, y los formidables estruendos hicieron que las fieras, llenas de temor y susto, dejando las concavidades de los montes y desiertos, se refugiase en las poblaciones. Cada dia se veian nuevas señales de la ira de Dios sobre los habitantes de aquella tierra; iban en aumento estos espantosos espectáculos, y no se hablaba de otra cosa que de los desastres públicos.

Consternados los fieles á vista de estos azotes merecidos por sus culpas, esperaban con impaciencia la festividad de la Pascua de Resurreccion, confiados en que por los gozosos misterios que en ella se representan, y por las saludables disposiciones con que se preparan los Cristianos en la Cuaresma para recibir la comunión pascual, impondria el Señor término á tan formidables castigos. Animados con esta esperanza, concurrieron todos contritos en la vigilia de la gloriosa noche á celebrar en la iglesia el misterio; pero habiéndose incendiado en el interin las casas consistoriales, abandonaron el templo, y huyeron con precipitacion á los campos, clamando á voces al cielo.

Solo el santo Obispo quedó en la iglesia, postrado ante el altar, implorando con gemidos cordiales y llanto la divina misericordia; y fue tal la eficacia de sus fervorosas oraciones, que con el agua de sus lágrimas aplacó la voracidad del fuego. El gozo que causó esta maravilla en el espíritu de su pueblo, hizo que se reuniese para continuar los oficios divinos; pero después que Mamerto concluyó los misterios, y rindió á Dios las gracias correspondientes por un favor tan visible, aprovechándose de la contricion que manifestaba el pueblo, le dió á entender, que la penitencia y la oracion eran los verdaderos eficaces remedios de las desgracias de que se quejaban. Bajo este supuesto ordenó que se hiciesen ciertas rogativas públicas, acompañadas de ayunos y preces; y consultando el tiempo y modo de su establecimiento, le pareció conveniente fuesen en los tres dias que preceden á la festividad de la Ascension de Nuestro Señor Jesucristo. Asistió á ella toda la ciudad con un semblante humilde y penitente, dejándose ver poseida de una grande compuncion del corazon, mezclando las preces con lágrimas y gemidos; y cedieron las calamidades públicas. Divulgada la fama de esta laudable institucion, y de los admirables efectos que produjo, fue abrazada en las provincias vecinas, y se comunicó muy presto á casi toda la Iglesia del Occidente, donde se ha continuado sin interrupcion hasta nuestros dias; de forma que aunque semejantes preces precedieron á la edad de san Mamerto en tiempos indefinidos, en cuanto á la determinacion de este

método y forma de su ejecucion, reconocen por primer autor del establecimiento á este insigne Prelado su hijo espiritual san Abito, obispo de Viena, Sidonio Apolinar, Gregorio de Tours, con otros escritores.

Tambien se debió á su religioso celo la invencion de las reliquias de san Julian y san Fereolo, ilustres mártires de Jesucristo, que padecieron en tiempo de la sangrienta persecucion de los emperadores Diocleciano y Maximiano; las cuales trasladó á una magnífica iglesia que edificó, á fin de que en ella les tributasen los fieles la veneracion y obsequio correspondiente.

Finalmente, después que gobernó algunos años su pueblo como un celoso pastor, pasó á disfrutar los premios eternos á fines del siglo V. Su cuerpo fue sepultado primeramente en la iglesia de los Santos Apóstoles, extramuros de la ciudad de Viena, desde donde se trasladaron después sus reliquias á la basilica Constantiniana de Santa Cruz de Orleans. Allí permanecieron en grande veneracion hasta el siglo XVI, en el que los Hugonotes, durante sus sacrilegas irrupciones del año 1562, entrando en Orleans, quemaron la cabeza y huesos del Santo que estaban en diferentes cajas, y dispersaron sus cenizas.

SAN MAYOLO Ó MAYEUL, ABAD DE CLUNY.

San Mayeul, hijo de Foquer, uno de los señores mas ricos y mas poderosos de la Provenza, nació el año de 906 en Valenzola, villa reducida del obispado de Riez. La ejemplar virtud de sus padres le proporcionó una educacion correspondiente á su religion y á su nacimiento. Desde la cuna mostró el niño tanta inclinacion á todo lo bueno, acompañada de un natural tan bello, dócil, y de unos talentos tan escogidos para el estudio de las letras, que en poco tiempo se hizo Mayeul un mozo cabal. Tenia una memoria feliz, un entendimiento vivo, penetrante y naturalmente culto, acompañado de una rara aplicacion, poco ordinaria en los de aquella edad, con que en breve tiempo adelantó mucho en las ciencias; pero mas adelantó en la ciencia de los Santos por su desvelo en corresponder á las grandes gracias con que el Señor le previno desde su mas tierna edad.

Profesó desde ella singular amor á la virtud de la pureza, y en fuerza de él evitó cuidadosamente todo aquello que podia manchar su hermosísimo candor. Ignoró los entretenimientos de la infancia, causándole disgustos los juegos que esta usa; toda su diversion era

la oracion, la leccion y el estudio. El mayor presagio de su futura santidad fue la tierna devocion que profesaba á la santísima Virgen. Nunca se desmintió su virtud, la que tenia gran cuidado de cultivar con la frecuencia de Sacramentos y con el ejercicio de rigurosas penitencias.

Faltáronle sus padres siendo aun muy jóven. Antes de morir el padre habia hecho donacion á la nueva abadía de Cluny de mas de veinte hermosas posesiones, liberalidad muy del gusto del santo hijo; y que contribuyó mucho para avivarle mas la estimacion y el amor con que miraba ya al estado religioso. Tentábanle poco los otros grandes bienes en que se veia heredado; y andaba meditando retirarse á alguna soledad dentro de sus mismas tierras, cuando le obligaron á salir de ellas las incursiones que hacian en la Provenza los sarracenos de España, y se refugió en Macon en casa de un pariente suyo. Dióse á conocer muy presto por su virtud, por su reputacion y por su nacimiento al obispo de la ciudad, llamado Bernon. Luego que el Prelado le vió, se persuadió que un jóven tan prudente, tan virtuoso, y de prendas tan distinguidas, estaba sin duda destinado de Dios para la Iglesia; y á fin de empeñarle en seguir este estado, le ordenó de primeras órdenes, y le dió un canonicato en su catedral.

Cuando el Santo se vió canónigo, no creyó que el título de la prebenda lo era tambien de la diversion y de la ociosidad: comprendió todas las obligaciones con que cargaba, y se aplicó á desempeñarlas. Habiendo conseguido licencia del cabildo para ir á concluir sus estudios en Leon, cuyas escuelas eran á la sazón muy celebradas, se dejó admirar en aquella ciudad su modestia, aquella gran compostura y ajustamiento de costumbres con su rara sabiduría. Restituido á su iglesia, en poco tiempo fue su ejemplo y su admiracion. Pocas veces habia visto el clero y el pueblo tanta edificacion en personas de aquella calidad y en la flor de su juventud; lo que obligó al Obispo á irle promoviendo por los grados y pasos regulares hasta el diaconato, y á pesar de su humildad le hizo arcediano de su iglesia.

Con la nueva dignidad se sintió encendido en nuevo celo por su propia perfeccion y por la salvacion de las almas. Propúsose por modelo al santo diácono y protomártir san Esteban, y sin exageracion se puede asegurar que imitó todas sus virtudes. Fue tan ardiente su caridad con los pobres, que no solamente les repartia con la mayor fidelidad las limosnas de los fieles, como le pedia su ministerio, sino que á largas manos empleaba en ellos sus propias rentas. Represen-

táronle que estaban vacías sus paneras, y no solo vendió los muebles, sino tambien muchas de sus tierras para socorrer á los pobres en un hambre que sobrevino, autorizando el Señor mas de una vez con milagros sus crecidas limosnas; porque habiendo gastado cuanto tenia por atender á la pública miseria, halló en una ocasion sobre el mismo lintel de la puerta de su cuarto un bolsillo lleno de piezas de plata; y ofreciéndosele el mismo escrúpulo que al santo Tobías, sobre si aquel bolsillo seria de alguno que lo hubiese perdido allí, hizo que lo publicasen; y no habiendo parecido dueño, al punto repartió entre los pobres todo cuanto habia en él.

Aun se extendió á mas su caridad, porque habiéndole suplicado que explicase algunas lecciones de filosofía y de teología á los clérigos de la iglesia de Macon, lo hizo al instante con tanto aplauso y con tanto fruto, que mezclando entre las cuestiones mas áridas y secas las instrucciones morales mas vivas y mas eficaces, salian sus discípulos aun mas santos que sabios.

La fama de su virtud le dió á conocer en otras provincias extrañas. Muerto Guifredo, arzobispo de Besanzon, le pidió por pastor suyo esta ciudad; pero se resistió con tanta sinceridad y con tanta resolucion, que perdieron la esperanza de reducirle. Aunque salió victorioso de este lance, quedó tan sobresaltado del peligro, que para que no se viese en otro semejante su humildad, determinó retirarse á algun-claustro religioso.

La célebre abadía de Cluny, tan fecunda en hombres santos y sabios, gobernada á la sazón por Aymardo, su tercero abad, estaba reputada por el mas santo retiro que se conocia por aquel tiempo en Europa. Florecia en ella la disciplina monástica con el mayor rigor, y hacia gran ruido en el mundo el espíritu de penitencia que reinaba en aquella austerísima comunidad. Habia muchas noticias de Mayeul en el monasterio, y así fue recibido en él con singular alegría. Como era tan virtuoso, apenas tuvo otra cosa que mudar sino el vestido. El desasimiento de todos los bienes de la tierra, el espíritu de recogimiento, su tierna devocion, su vida penitente y su profunda humildad le condujeron en poco tiempo á la cumbre de la perfeccion, en un lugar donde parece que se habian refugiado y unido todas las virtudes.

Conociendo el abad Aymardo las que sobresalian tanto en el nuevo monje, acompañadas de sus raros talentos naturales, no quiso que las sepultase; y encargándole hácia dentro el cuidado de enseñar á los jóvenes estudiantes, le encomendó al mismo tiempo todos los ne-

gocios mas importantes de afuera, nombrándole por bibliotecario y por apocrisario del convento. Desempeñó nuestro Santo con la mayor integridad y suficiencia todos estos empleos, sin que los viajes que se le ofrecieron para tratar con los príncipes en diversas cortes de la Europa disipasen en él aquel su natural espíritu de retiro y de mortificacion; tan recogido, tan humilde y tan austero consigo mismo en medio de la corte, como en el centro del monasterio, no perdiendo jamás un punto de su primitivo fervor.

Hallándose el abad Aymardo muy debilitado y casi ciego en su avanzada edad, propuso á los monjes que le diesen por coadjutor suyo á nuestro Santo: consintió unánimemente el capítulo, sin que otro que Mayeul contradijese la eleccion, con que se vió precisado á rendir el cuello al yugo de la obediencia. Juntáronse en Cluny todos los obispos vecinos con muchos abades, y habiendo sido solemnemente bendito, fue declarado abad del monasterio; y aunque Aymardo le obligó á que ocupase su lugar, nunca se consideró sino como su vicario y coadjutor. Cierta monje, que tenia oficio en el monasterio, faltó en no sé qué cosa á Aymardo; y este con mas resentimiento del que fuera justo, mandó juntar el capítulo, y haciéndose llevar á él, preguntó al abad Mayeul en presencia de todos los religiosos, si era súbdito ó superior suyo; respondió el Santo con aquella su genial modestia y apacible mansedumbre, que siempre se habia considerado y se consideraba como el último de todos los monjes; que hacia profesion de obedecerle en todo, y que le honraria y veneraria como á padre hasta la muerte. Pues si así es, replicó Aymardo, deja ese asiento del Abad, y vete á sentar entre los demás religiosos. Al punto obedeció nuestro Santo, y Aymardo se declaró por único abad del monasterio, comenzando á proceder como juez y presidente del capítulo: acusó al monje que le habia ofendido; dejóle penitenciado; y haciendo el oficio de juez por espacio de media hora, renunció la abadía: mandó á nuestro Santo que volviese á tomarla; y él lo hizo con la misma indiferencia con que la habia dejado. No sobrevivió el anciano abad á este último acto de jurisdiccion; y hallándose ya Mayeul solo con todo el peso del gobierno, se dedicó únicamente á hacer que floreciese la disciplina monástica en la casa, elevando la abadía de Cluny á aquel supremo grado de perfeccion que la hizo tan célebre en todo el universo. Renovó el fervor en todo el monasterio, así con sus ejemplos como con sus instrucciones, no habiendo otro en toda la religion de san Benito que le excediese en perfeccion, ni acaso vió jamás la vida monástica tanto número de

Santos juntos, debiéndose en gran parte á los desvelos de san Mayeul.

Acompañaba la fama del Abad á la fama del monasterio; siendo muy particularmente estimado de todos los Papas, Emperadores y Reyes de su tiempo.

Suplicáronle el emperador Oton I y la emperatriz Adelaida que tomase á su cargo la reforma de los monasterios de Alemania, y de algunos otros que estaban en los dominios del imperio. Aceptó con mucho gusto esta comision, por lo mismo que tenia bien previsto lo mucho que habia de padecer en ella. Correspondió el fruto á sus trabajos, y cedió en grande crédito de su celo. Introdujo la regla del monasterio de Cluny, que era como una especie de reforma de la religion de san Benito, en Ravena, en Pavia, en la Suavia y en el país de los suizos. Tambien la Francia experimentó los efectos del celo que le animaba; porque renovó la antigua disciplina en las abadías de Marmontier en Turena, San German de Auxerre, Moutier-San-Juan, San Benigno de Dijon, San Mauro de las Fosas, cerca de Paris, y tambien hizo recibir la reforma de Cluny en el célebre monasterio de Lerins por orden del papa Benedicto VII. No pudieron hacerse en menos de diez años tan grandes mudanzas sin grandes milagros, y con efecto los hizo el Santo en todas partes; siendo tambien una especie de milagro el recogimiento interior, la íntima union con Dios, y las rigurosas penitencias que hacia Mayeul entre el tumulto de tantos cuidados y negocios como concurrían en el gobierno de tan célebre abadía.

Era una de sus particulares devociones ir en peregrinacion á aquellos lugares donde era venerada la santísima Virgen con alguna especialidad; por lo que muchas veces visitó el santuario de Nuestra Señora de Velay y el de Loreto, de donde pasó á Roma á visitar el sepulcro de los santos Apóstoles, y siempre con el mismo espíritu y con la misma devocion.

Pasando por la ciudad de Coira en los grisonos, dió salud al obispo Alberto, afligido mucho tiempo habia con agudísimos dolores, que le tenían reducido á la extremidad; y san Pedro Damiano refiere, que habiendo desobedecido á nuestro Santo un monje del monasterio de Pavia, le mandó en penitencia que besase á un leproso, y ejecutándolo el monje, quedó el leproso repentinamente sano.

Al volver de estos viajes á Roma encontró una tropa de moros, que corrían los Alpes, y cogían todos los pasos de Italia. Cautiváronle con los religiosos que le acompañaban al pié de la sierra que

se llama de San Bernardo el Grande, y le condujeron á Pont-Ouvrier, donde le metieron en prisiones. No se puede decir lo mucho que padeció de aquellos bárbaros; pero ni por eso perdió un punto de su devocion ni de su vida penitente todo el tiempo que duró su cautiverio; y no fue sin grande fruto, porque con sus exhortaciones convirtió á muchos infieles, y tuvo el consuelo de administrarles por su mano el santo Bautismo. Rescatado del cautiverio por una gran suma de dinero, tuvo noticia, con gran dolor suyo, de que el emperador Oton II trabajaba eficazmente para hacer que le eligiesen por Papa; pero la generosa y firme resistencia que hizo á esta suprema dignidad, edificó maravillosamente á todo el orbe cristiano, y quizá esta resistencia dió mas honor al santo Abad, que le daria la dignidad misma.

Conociendo por sus muchos años y achaques que se acercaba el fin de sus dias, puso los ojos en su discípulo san Odilon para sucesor suyo; propúsole á la congregacion, y ella le aprobó con general consentimiento.

Descargado ya del peso del gobierno, y libre del embarazo de los negocios, solo pensaba en prevenirse para la muerte, redoblando su fervor, sin dejarse ver en público, gozando la dulce tranquilidad de una profunda abstraccion, soledad y retiro, cuando Hugo Capeto, rey de Francia, que le estimaba y le veneraba mucho, le suplicó que pasase á Paris para reformar la abadía de San Dionisio. Así las instancias de aquel Príncipe, como los impulsos de su celo, que nada habia perdido de su primitivo vigor con la fuerza de los años, le hicieron olvidar su debilidad, y no atender á las lágrimas de sus monjes, que le disuadian de aquel viaje. Púsose en camino, y habiendo llegado á Souvigni en el Borbonés, murió con la muerte de los justos el dia 11 de mayo del año 994, casi á los ochenta y ocho de su edad. Fue enterrado en la iglesia de San Pedro, y su sepulcro se hizo glorioso por los milagros que obró el Señor por su intercesion.

Hallándose el papa Urbano II en Souvigni el año de 1096, fue elevado el santo cuerpo de la tierra, y se hizo su primera traslacion con solemnidad, y en tiempo de Honorio IV se hizo la segunda. Conserveanse en Souvigni estas preciosas reliquias, juntamente con las de san Odilon su sucesor.

SAN EUDALDO, MÁRTIR.

Fue natural de Lombardía é hijo de padres de ilustre linaje, aunque gentiles. No se ha averiguado á punto fijo el año de su naci-

miento, que al parecer acaeció imperando Arcadio y Honorio. Llamáronle los gentiles Tost, y hasta la edad de doce años fue enseñado en la idolatría. Después cierto dia en la caza fué tras una cierva, desviándose de los suyos, y llegó á la ermita de San Pancracio, á cuyos piés se echó aquel tímido animal, quedando de esto el mancebo maravillado. Recibiólo benignamente el santo Ermitaño, explicóle nuestra santa fe, y bautizóle por fin, llamándole Eudaldo. Luego salieron ambos hácia la orilla del mar, y hallando una nave que estaba de partida, subieron en ella, y llegaron á Portvendres en la costa entonces de Cataluña. Entonces Eudaldo comenzó á arrepentirse de lo hecho, queriendo de todos modos volverse á casa de sus padres. Púsose san Pancracio en oracion, y á poco rato oyese un gran trueno y aparece una estrella encima de su cabeza mas clara que el sol, alumbrándole por espacio de una hora. Asombrado Eudaldo de semejante prodigio, pidió luego perdon á Dios y á su siervo de su inconstancia, y ambos subieron á un desierto donde hicieron penitencia por espacio de veinte años.

Al cabo de este tiempo revelóles el Señor la muerte de san Pancracio, el cual dando antes de morir la bendicion á su discípulo san Eudaldo, acabó gloriosamente sus dias en el Señor. Apareciéndose entonces Nuestro Señor Jesucristo á san Eudaldo, mandóle ir á Tolosa, y al llegar allá le salieron al encuentro fuera de la ciudad san Raimundo, san Juan, sacerdote, y san Vicente, avisados de su venida por divina revelacion. En dicha ciudad resucitó un niño de un varon devoto llamado Profano, con admiracion de todos los circunstantes. Después, juntamente con otros siervos del Señor, se fué á Roma para visitar los apóstoles san Pedro y san Pablo; y visitados aquellos santos lugares, despidióse de sus compañeros, los cuales volvieron á Tolosa, y él se fué á tierra de vándalos.

Caminó por espacio de tres dias con grandes trabajos por ser verano y la tierra sin aguas; mas hizo oracion á Dios, y salió de una piedra una fuente tan abundante, que manando como rio regaba todos aquellos campos inmediatos. Viéndole empero los moradores de una ciudad allí vecina, que algunos llaman Fin, siendo gentiles, lo llevaron delante su presidente ó gobernador, el cual entendiendo su firmeza en la fe lo mandó echar en la cárcei. En ella aparecióse Jesucristo Nuestro Señor con tanta claridad que todo el edificio resplandecía, y observada esta maravilla de los guardas, fueron á contarla al tribuno. Mas este tenia la mujer con dolores de parto tres dias habia, y sumamente afligido contó su trabajo al Santo. Fué el siervo

de Dios con él á su casa, y haciendo la señal de la cruz sobre la enferma, al instante fue libre del dolor del parto y de la muerte, y el tribuno y su mujer recibieron el Bautismo. Avisado de este suceso el presidente, determinó quitarles la vida el día siguiente. Pero permitió Dios que en la noche el demonio ahogase á su hijo, el cual fue llevado delante de Eudaldo, y por él resucitado. A la vista de tantos prodigios no pudieron menos aquellos gentiles de exclamar: «Gran-
«de es el Dios de Eudaldo.» Recibió el presidente el Bautismo con toda su familia. Estuvo allí el siervo de Dios por espacio de un mes, y apareciósele nuevamente Jesucristo mandándole que fuese á la ciudad de Acruz donde haria grandes milagros, como efectivamente los hizo, en virtud de los cuales consiguió derribar los ídolos, y que recibiesen el Bautismo sus habitantes. Pasó el Santo á otra ciudad llamada Jaste, la cual libró de una horrible plaga de ciertos animales tan ponzoñosos que mataban todos los muchachos que tocaban.

Avisado de todos estos y otros milagros Wilielmo ó Gulielmo, rey de los hunos, mandó que nuestro Santo fuese llevado á su presencia, y viendo su constancia mandó azotarlo y arañar con garfios de hierro los costados, de cuyas heridas fue curado milagrosamente en la cárcel. Presentado otra vez delante del Rey, y viéndole sano y alegre, dió sentencia que fuese quemado y arrastrado por la ciudad. Mas al ejecutarse murieron instantáneamente los caballos á cuyas colas habia sido atado nuestro Santo, y entonces despechado el Rey mandó quemarlo. Fue echado en la hoguera, y derramándose el fuego, quemó á los verdugos sin ocasionar lesion alguna á san Eudaldo. Atila, sucesor de Gulielmo, no se atrevió á poner las manos en el Santo, y le envió á Valamiro, arriano, rey de los ostrogodos, quien viéndole tan constante en la fe, mandóle azotar cruelísimamente, y beber después un vaso de plomo derretido. Hizo el siervo de Dios la señal de la cruz sobre aquella pocion, y bebióla sin experimentar daño alguno: entonces mandó el tirano que fuese degollado.

Pero aunque lo degollaron no murió, sino que los verdugos temiéndole por muerto le echaron á una cueva, y estuvo en ella por espacio de treinta días, hasta que acudió allá san Juan, sacerdote, guiado por una estrella resplandeciente. Mandóles Dios volver á Tolosa, donde permanecieron algun tiempo, hasta que avisado del cielo de que padecería martirio á manos de los godos, tomó la cabeza de san Saturnino y la trajo á Urgel, donde edificó una iglesia y depositó en ella dicha reliquia. De esto se deduce con fundamento que san Eudaldo fue sacerdote, y como tal está pintado en algunos altares.

Por fin, volviendo el siervo de Dios á Francia, encontró con el rey godo y Átila, rey de los hunos, en la villa de Achs ó Ax, ciudad de Aquitania, hoy Gascuña; y siendo preso por los ministros del rey godo, de orden de este fue puesto dentro una cuba llena de clavos de hierro, y que clavados por la parte exterior, asentaban sus puntas para dentro, donde le tuvieron por espacio de tres días, y considerando el Mártir que estaba ya cerca el fin de su vida, exclamó: «Señor mio Jesucristo, yo os ruego, que todos los que celebraren «devotamente mi festividad sean libres de cualquier engaño del demonio, de peligro de muerte y de piedra; y las mujeres que tuvieren dolores de parto por muchos dias, alcancen la gracia de vuestra bendicion.» Hecha esta oracion, oyóse una voz del cielo que dijo: «Eudaldo, todo lo que pides será hecho como tú deseas.» Después los ministros del tirano hincándole tres clavos en la cabeza y un cuchillo en el corazon, le quitaron la vida en tal día como hoy del año 452, siendo de edad de cuarenta y seis años. Fue sepultado su cuerpo en la citada villa de Achs, y en el año 581 fue trasladado á la iglesia de San Vicente. Después en el año 978 fue trasladado á Cataluña, en el monasterio de Ripoll, reinando en Barcelona y principado de Cataluña el conde Borrell, y siendo abad Idiselo, donde ha hecho Dios por su medio muchísimos milagros, siendo notorio su patrocinio en calenturas y otras enfermedades. Por él las muertes súbitas son remediadas, los ciegos cobran la vista, los que juran falsamente por su nombre perecen. En tiempos de sequía rara vez han salido sus reliquias en procesion que no se haya logrado abundancia de agua. Y es muy eficaz su proteccion á favor de las mujeres en los partos. (*Domenech*).

La Misa es en honra de san Mamerto, y la Oracion es la siguiente:

Da, quæsumus, omnipotens Deus, ut beati Mamerti, confessoris tui, atque pontificis veneranda solemnitas, et devotionem nobis augeat, et salutem. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Concédenos, ó Dios omnipotente, que en la venerable solemnidad del bienaventurado Mamerto, tu confesor y pontífice, se aumente en nosotros el espíritu de la piedad, y el deseo de nuestra salvacion. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo II de la del apóstol Santiago.

Quid proderit fratres mei, si fidem quis dicat se habere, opera autem non habeat? Numquid poterit fides salvare eum? Si autem frater et soror nudi

¿De qué servirá, hermanos míos, que alguno diga tiene fe, si carece de obras? ¿Por ventura la fe sola podrá salvarle? ¿Qué aprovechará al herma-

sint, et indigeant victu quotidiano; dicat autem aliquis ex vobis illis: Ite in pace, calefacimini et saturamini; non dederitis autem eis, quae necessaria sunt corpori, quid proderit? Sic et fides, si non habeat opera, mortua est in semetipsa.

no ó hermana, que están desnudos y necesitados del diario alimento, el que les diga alguno de vosotros: Id en paz, calentaos y saciaos, si no les diéreis lo necesario al cuerpo? Del mismo modo la fe si no tiene obras, es muerta en sí misma.

REFLEXIONES.

Si alguno dice que tiene fe, y no tiene obras, ¿de qué le servirá? No creer lo que nos enseña la religion cristiana es locura; no vivir conforme lo que se cree es el colmo de la impiedad. Es preciso que haya una estrecha union entre la fe y las costumbres. Nuestras obras han de declarar nuestra religion. No se atiende á la voz de Jacob, mirase á las manos para conocer la persona. Solo en el teatro se sufre la farsa; pero en materia de religion no se puede tolerar. Se hace profesion de ser cristiano, es decir, de creer todas las verdades cristianas, y al mismo tiempo se trae una vida enteramente contraria á las verdades que se creen. ¿Puede haber locura mas impía? Se cree; es así, porque es preciso confesar que entre los Cristianos se duda poco en la fe. Se cree; es cierto, porque la corrupcion de la voluntad no se comunica tan fácilmente al entendimiento. Es uno pecador, es vicioso, es disoluto, y conoce lo que es; á pesar de sus desordenadas costumbres, cuando hace un poco de reflexion sobre ellas, no quisiera serlo. Se cree que hay un Dios, porque en fin, no hay ateista verdadero. Se cree que hay infierno; esto es, una infinita junta, una incomprensible complicacion de todos los males, que todos juntos se padecen á un mismo tiempo, y para siempre, sin esperanza de que jamás se acaben ni se disminuyan aquellos tormentos. Se cree que basta un solo pecado mortal para ser condenado por toda la eternidad. Se cree que nuestro grande y nuestro único negocio es la salvacion. Esto es puntualmente lo que creen aquellas personas mundanas, que viven tranquilamente entregadas á la sensualidad y al pecado. Esto es lo que cree aquella mujer, cuya conciencia es un caos, y cuyo ídolo es el mundo. Esto es lo que creen aquellos licenciosos, cuya vida es un continua cadena de las mas enormes culpas. Esto es lo que creen esos esclavos de las diversiones, que pasan la vida en una eterna holgazaneria, y en un continuo olvido de Dios; esos avarientos, que sacrifican su alma á un vil interés; esos hombres de negocios que viven y mueren sin pensar ni un solo dia seriamente en la eternidad. Todos estos creen la infinidad y la eternidad de esas penas.

Todos se aman mucho, y ninguno quiere ser condenado; pero ¿se vive tan cristianamente como es menester para no serlo? Y al ver lo que se cree, y cómo se vive ¿se podrá esperar la salvacion prudentemente? Compon esas costumbres con esa fe; compara las verdades de nuestra Religion con nuestra conducta, y comprende, si es posible, este misterio de iniquidad.

El Evangelio es del capítulo XII de san Marcos.

In illo tempore: Accessit unus de scribis ad Jesum, et interrogavit eum quod esset primum omnium mandatum. Jesus autem respondit ei: Quia primum omnium mandatum est: Audi, Israel, Dominus Deus tuus, Deus unus est; et diliges Dominum Deum tuum ex toto corde tuo, et ex tota anima tua, et ex tota mente tua, et ex tota virtute tua. Hoc est primum mandatum. Secundum autem simile est illi: Diliges proximum tuum tanquam teipsum. Majus horum aliud mandatum non est. Et ait illi scriba: Bene, magister, in veritate dixisti, quia unus est Deus, et non est alius praeter eum. Et ut diligatur ex toto corde, et ex toto intellectu, et ex tota anima, et ex tota fortitudine; et diligere proximum tanquam seipsum, majus est omnibus holocaustis, et sacrificiis.

En otro tiempo se llegó al Señor uno de los escribas, y le preguntó: ¿Cuál es el primer mandamiento de todos? El primer precepto de todos, le respondió Jesús, es: Oye, Israel, al Señor, tu Dios, que es Dios único: amarás al Señor, Dios tuyo, de corazon, con toda tu alma, con todo tu entendimiento, y con toda tu fuerza. Este es el primer mandato. Y el segundo semejante á él: Amarás á tu prójimo como á tí mismo. No hay otro precepto mayor que estos. Está bien, maestro, le dijo el escriba, en verdad dijiste que Dios es uno, y que no hay otro fuera de él. Y que el amarle de corazon, con todo el entendimiento, con toda el alma, y con todas las fuerzas, y el amar al prójimo como á sí mismo es mayor entre todos los holocaustos y sacrificios.

MEDITACION.

Del amor propio.

PUNTO PRIMERO.—Considera que no se ama al prójimo, porque no se ama á Dios. El amor de Dios es el principio y la medida del amor á nuestros hermanos. Vanamente se lisonjea de virtuoso el que mira al prójimo con frialdad. *Si alguno dice que ama á Dios, y aborrece á su hermano, es mentiroso, y no hay verdad en él*, dice san Juan; porque el que no ama á su prójimo, ¿cómo puede amar á Dios? *Este es un mandamiento que nos viene de Dios, concluye el Apóstol: el que tiene amor á Dios, le tiene tambien á su hermano.* Esta doctrina la aprendió el amado discípulo del mismo Jesucristo. *La señal*, decia el Salvador, *por donde todos conocerán que sois discípulos míos, será si os amáreis unos á otros.*

Esta caridad, este amor eficaz y verdadero es el que caracteriza á los verdaderos cristianos; y el amor de Dios es el que anima esta caridad. Este amor benéfico es el que infunde entrañas paternas para con todos los infelices; el que inspira una tierna compasion de todos los atribulados: las almas duras é insensibles á los trabajos de otros, tambien lo son á las impresiones del Espíritu Santo: su divino fuego no calienta á los corazones de piedra. Qué error tan grosero, mi Dios, persuadirse que te ama, lisonjearse de virtuoso el que conserva en su corazon ciertas aversiones, el que fomenta ciertos secretos celosos, el que siente cierta maligna complacencia en las desgracias de otros, triunfando interiormente cuando los ve abatidos y humillados. Tengamos siempre en la memoria este oráculo, y comprendamos bien su alma y sentido: *Qui non diligit, manet in morte*. El que no ama á su prójimo vive en estado de muerte. El amor que nos tenemos á nosotros mismos ha de ser la medida, y como el modelo del que debemos tener á los demás. ¿Nos alegran mucho nuestras adversidades y nuestros contratiempos? ¿Nos complacemos cuando nos vemos abatidos? ¿Deseamos vernos despreciados? ¿Estamos muy agradecidos á los que nos desacreditan y deshonoran? *Diliges proximum tuum sicut teipsum*. Amarás á tu prójimo como á tí mismo. ¡Buen Dios! ¡cuántas reflexiones tenemos que hacer sobre este mandamiento, y sobre la manera con que le guardamos!

PUNTO SEGUNDO. — Considera que el precepto de amar al prójimo es semejante al de amar á Dios, y por consiguiente tan indispensable el uno como el otro. Son estos dos preceptos la basa de la ley, y el cimiento de la religion. Cualquiera de estos dos pilares que falte, da en tierra el edificio. Lisonjearse uno de que ama á Dios, cuando no ama á sus hermanos es grosero error. ¡Ah Señor! ¡cuántos viven en él el día de hoy! Aquella caridad pura, sincera, benéfica, universal (porque tal ha de ser para ser verdadera) ¿reina en todos los estados, en todas las condiciones, y en todas las familias. Quizá jamás hubo en el mundo menos caridad? Destiérrala del corazon de muchos el interés, y apágala en el de otros la pasion. ¿Cuándo se vió mas extendida la emulacion y la envidia? ¿Nacen del puro amor de Dios esas aversiones, esas amarguras, esas murmuraciones? Y aunque tus hermanos fueran tan negros y tan malvados como le los pinta la pasion, ¿no era menester amarlos, pues al fin son hermanos tuyos? Y este amor ¿no debia mover á excusarlos, ó á lo menos á no desacreditarlos, para no hacerles cada día mayor daño? ¿Será la

caridad cristiana la que cria esa hiel que se derrama en tus palabras, y se descubre hasta en tus ojos, haciéndote ver defectos aun en sus mismas virtudes? ¿De dónde puede nacer ese encarnizamiento, ese gustazo que tienes en hablar mal, y en desacreditar en todas ocasiones á los que te han ocasionado algun disgusto, á gentes que acaso nunca viste en tu vida, y que tienen muchas bellas prendas, y son muy respetables por otros cien motivos? ¿Será uno tan ciego que crea obra en esto por puró celo de la mayor gloria de Dios? ¿Ignora que debe amar al prójimo como se ama á si mismo? Es cierto que no se nos esconden nuestros propios pecados; pues ¿por qué no nos moverá el celo de la gloria de Dios á aborrecernos, á desacreditarnos á nosotros mismos? Esta es ilusion tan comun el dia de hoy á tantas gentes. El precepto de la caridad cristiana es esencial; á ninguno se le dispensó jamás; sus obligaciones son muy delicadas. ¡Ah mi Dios! y ¡qué materia esta respecto de tantos y de tantos para gemir y para temer!

Suplícite, Señor, que me perdone mis iniquidades en este particular. Confieso que soy reo, y que nunca os he amado á Vos, pues no he amado á mis hermanos. Espero en vuestra misericordia, que de hoy en adelante se conocerá por mi amor á mis prójimos que soy vuestro discípulo, y que os amo de todo mi corazon.

JACULATORIAS.—Sí, mi Dios; el amor que profesaré á mis hermanos les anunciará la gloria de vuestro santo nombre; y en medio de la congregacion de los fieles, cantaré animosamente vuestras alabanzas. (*Psalm. XXI*).

Ya es tiempo, Señor, de que se observen con fidelidad vuestros divinos mandamientos; particularmente cuando tantos disipan y desprecian vuestra santa ley. (*Psalm. cxviii*).

PROPÓSITOS.

1 No hay cosa mas precisa ni mas clara que el precepto de amar á nuestros prójimos: tiénele Jesucristo tan dentro de su corazon, que por excelencia le llama el gran precepto suyo: *hoc est praeceptum meum*. Es error preciarse de discípulo suyo el que conoce muy bien que no ama á su prójimo. Ten por cierto que la falta de caridad condenará á muchos, y no quieras tú entrar en ese número. Ama á tus hermanos; pero no se quede tu amor en palabras, acredítale con las obras. Muéstrate sensible á las miserias de todo el mundo: compadécete de sus males, de sus flaquezas, y hasta de sus mismos defec-

los; asístelos con tus limosnas, con tus consejos, con tu crédito, y con tus buenos oficios. Una alma grande, abrasada en fuego del amor de Dios, á todo el mundo excusa. Léjos de inflamarte en un celo duro, amargo y fogoso, muestra entrañas paternas á todos, y desconfía mucho de los falsos pretextos de celo. Si los defectos de otro fueran justo motivo para enconar el corazón, y para encender nuestra cólera; ; qué objeto de cólera y de odio serías tú mismo á los ojos de Dios!

2 Si no te hallas en estado de manifestar tu amor al prójimo con buenos oficios, muéstrasele á lo menos con tu conducta. Recibe y trata á todo el mundo con semblante risueño, con modo grato, usando con todos de modales cortesanos y apacibles. Sofoca en tí todo movimiento de emulación, de envidia, de frialdad, y aun de indiferencia, sea con quien se fuere. Imponte una ley de honrar y de estimar á todos: no sufras que en tu presencia se hable mal, ni aun del mas mínimo; y si no tuvieses autoridad ni jurisdicción para reprehender á los que esto hicieren, muestra á lo menos con tu silencio y con tu seriedad lo mucho que aquello te desagrade: habla siempre bien de todo el mundo. La verdadera caridad todo lo excusa, y está siempre ansiosa de hacer bien á todos.

DIA XII.

MARTIROLOGIO.

LOS SANTOS MÁRTIRES NEREO Y AQUILEO, hermanos, en Roma, en la via Ardeatina, los cuales, juntamente con FLAVIA DOMITILA, de quien eran eunucos, estuvieron largo tiempo desterrados en la isla Poncia; después fueron muy cruelmente azotados; y por último como el cónsul Minucio Rufo los amenazase con el caballete y con el fuego si no sacrificaban á los ídolos, le respondieron que los había bautizado el apóstol san Pedro, y así que de ningún modo podían sacrificar á los ídolos; por lo cual fueron decapitados. Sus sagradas reliquias, junto con las de Flavia Domitila, por orden del papa Clemente VIII fueron trasladadas solemnemente tal dia como ayer de la diaconía de San Adrian a la iglesia de su propio y antiguo título, nuevamente reedificada. (*Véase su historia en las de hoy*).

SAN PANCRACIO, mártir, tambien en Roma, en la via Aurelia, el cual siendo de catorce años, fue decapitado por la causa de la fe, imperando Diocleciano. (*Véase su vida en las de hoy*).

SAN DIONISIO, igualmente en Roma, tio del mismo san Pancracio. (*Véase la vida de este*).

SAN FELIPE DE ARGIRA, en Sicilia, quien siendo enviado á aquella isla por el romano Pontífice, redujo á la fe católica la mayor parte de sus habitantes: su santidad se manifiesta señaladamente en curar á los energúmenos.

SAN EPIFANIO, obispo, en Salamina en Chipre, el cual siendo célebre por su grande erudicion y por la inteligencia que tenia de las sagradas Escrituras, se hizo todavía mas admirable por la santidad de su vida, por el celo de la fe católica, por la liberalidad con los pobres, y por la gracia de hacer milagros. (*Véase su vida en las de hoy*).

SAN GERMAN, obispo, en Constantinopla, insigne en santidad y doctrina, el cual reprendió con gran firmeza al emperador Leon Isáurico cuando publicó aquel decreto suyo contra las sagradas imágenes. (*Después de muchos malos tratamientos por parte de los herejes, se vió obligado á dejar su iglesia el año 730, habiéndola gobernado catorce años. Murió en Platamo, en tal día como hoy del año 733*).

SAN MODOALDO, obispo, en Tréveris.

SANTO DOMINGO, confesor, en la Calzada. (*Véase su vida en las de hoy*).

SANTO DOMINGO DE LA CALZADA, CONFESOR.

Aunque no se sabe de cierto cuál fue la patria de santo Domingo de la Calzada, la mayor probabilidad está á favor de Villoria, lugar pequeño en la Cantabria, por decirlo así un Leccionario muy antiguo de la iglesia Asturicense, que refiere su vida. Nada se sabe de los padres venturosos que dieron fruto de tanta bendicion al mundo; pero se cree que fueron pobres, aunque virtuosos, por la educacion que dieron á su hijo, en quien desde la edad juvenil habian ya echado profundas raíces las mas sublimes virtudes. Siendo jóven, y sin letras, sabia lo bastante para estar persuadido que ninguna cosa hay en el mundo capaz de saciar el humano corazon, y que es vana toda aquella ciencia que no se funda sobre la humildad y caridad cristianas. Por esta causa meditó dentro de sí que le era mejor retirarse á la religion, y profesar su austeridad y obediencia, que vivir expuesto á los peligros del mundo. Con este pensamiento llegó al abad de Valvanera, de la Órden de san Benito, y le pidió humildemente que le admitiese en su compañía, y le enseñase las doctrinas cristianas y sagradas que eran necesarias para poder ayudar á sus hermanos en la instruccion de los pueblos. La demanda no podia ser mas justa; sin embargo, no fue admitida por aquel Abad, que hallaria motivos razonables para negar al siervo de Dios el cumplimiento de sus deseos. Lo mismo le sucedió en el convento de San Millan, á cuyo abad hizo el Santo la misma súplica y propuesta que habia hecho al de Valvanera; pero este abad le desechó, porque viéndole pobre, y en traje que daba lugar á justificar cualquiera sospecha, no quiso ser responsable de las consecuencias que se podrian seguir en unos tiempos en que toda precaucion no era suficiente para evitar los multiplicados peligros.

Viendo el Santo frustrados sus deseos, se fué á un santo ermitaño que hacia vida solitaria y contemplativa en un bosque cercano al convento de San Millan, y le pidió instrucciones para arreglar su vida de tal modo, que se cumpliesen en parte sus deseos. El ermitaño le hizo una breve plática acerca del desprecio del mundo, y manifestó con su ejemplo cuán poco debia apegarse á las cosas terrenas; pues con una sencilla y pronta voluntad le ofreció una pobre celdilla que habia hecho para sí, dispuesto á dejar aquel sitio, y buscar otro en que continuar su vida solitaria luego que quisiese hacerla en él su huésped. No quiso aceptar Domingo tan generosa oferta; y así instruido y edificado, despidiéndose del solitario, se marchó á un sitio de la Bureba, donde hoy es la ciudad que tiene su nombre. Estaba aquel sitio muy lleno de malezas, y por lo mismo era muy á propósito para aquellos hombres perversos, que desnudándose de todas las ideas de religion y humanidad, se hacen asesinos de sus mismos hermanos cuando los encuentran en los caminos sin defensa. Además advirtió el Santo que por allí cerca pasaban muchos peregrinos á visitar el cuerpo del apóstol Santiago, y solian padecer robos y vejaciones de los bandidos que se guarecian en aquellos bosques. y concibió el proyecto de hacer allí su mansion para poder proporcionarles algun consuelo y seguridad. Los proyectos de la caridad siempre encuentran recursos para llevar á debido efecto sus obras. En poco tiempo no solamente dispuso con el sudor de su rostro un huerto hermoso y fecundo, no solamente plantó viñas, con cuyo fruto pudiese consolar y restablecer á los fatigados peregrinos, sino que además edificó una ermita en honor de la Madre de Dios, en donde dirigia sus fervorosas oraciones al cielo. Cinco años permaneció allí el Santo ocupado en ejercicios fervorosos de contemplacion y de caridad, hasta que viniendo por aquel sitio un santo llamado Gregorio, obispo de Ostia, que habia sido enviado á España por el sumo Pontífice á negocios muy interesantes, se juntó con él para gozar de su doctrina, y hacerse participante de los muchos merecimientos que contraia predicando la palabra de Dios.

Habíase propagado por el reino de Navarra tanta langosta, que sin poder bastar diligencias humanas para exterminarla, devastaba los campos, y ponía á todo el reino en una lastimosa miseria; recurrieron los navarros al sumo Pontífice, pidiéndole que les ayudase con sus oraciones y las de la Iglesia para aplacar la ira de Dios que tanto los afligia. El Pontífice, que á la sazón era Benedicto IX, envió á este san Gregorio, obispo de Ostia, varon muy sabio y de mu-

cha piedad, para que hiciese cuanto le dictase su prudencia en beneficio y consolacion de aquellos pueblos; en efecto lo hizo de manera, que con las procesiones que instituyó, las rogativas y públicas penitencias que hizo, y la enmienda de las costumbres, se aplacó el enojo de la divina justicia, y cesó la plaga que tenia consternado á todo el reino de Navarra. Con este santo varon estuvo Domingo bastante tiempo acompañándole en todas sus evangélicas expediciones, contentísimo de servir de algun modo á un tan gran Santo en el ministerio de la palabra, ya que él no era capaz de predicarla sino con el ejemplo, que es mas eficaz.

Muerto san Gregorio, tuvo Domingo que entrar en consulta consigo mismo sobre el método que habia de guardar en su vida. No deseaba otra cosa que servir y aprovechar á sus hermanos cumpliendo el primero y mayor de los preceptos; y para este fin consideró que en parte ninguna podria hallar materia tan abundante como en aquel mismo lugar de donde salió para juntarse con san Gregorio. Volvióse á él, y comenzó á proseguir con mas eficacia la obra que antes habia comenzado. Como estuvo algunos años en la compañía del santo Obispo, habia habido tiempo para que volviesen á crecer las malezas por aquel sitio fragoso, y se albergasen en él los malhechores. De consiguiente los peregrinos padecian ya las mismas ó mayores vejaciones que en los años pasados, siendo muchas veces despojados y maltratados por los ladrones. Volvió, pues, el Santo á su antigua morada: reparó, ante todas cosas, la capilla que habia dedicado á María santísima, y se dispuso á hacer un camino ó calzada cómoda y segura por donde pudiesen ir los pasajeros libres de insultos. Taló aquellos pedazos de bosque que impedian mas la seguridad; cegó algunos lugares pantanosos, é hizo construir un puente muy seguro y costoso, concurriendo voluntariamente á ayudar sus intenciones benéficas todos los pueblos comarcanos. De este modo en breve tiempo se dispuso aquel camino tan cómodamente, y se edificaron en aquel sitio tan multiplicadas habitaciones, que ha llegado á ser una poblacion numerosa, que por ser fundacion de este Santo se llama Santo Domingo de la Calzada.

La mayor parte de esta grande obra se debia mas que á las diligencias humanas, á las fervorosas oraciones de este gran siervo de Dios. Era ya muy anciano cuando el puente y las demás fábricas estaban en el hervor de su construccion; y cuando habia alguna dificultad que vencer, ó faltaba algo que fuese necesario para seguir la obra, tomaba su báculo, y se marchaba á la capilla de la sagrada

Virgen, y allí con ruegos y lágrimas fervorosas alcanzaba del cielo el vencimiento de todas las dificultades. Manifestóse en esto tan glorioso, que muchas veces se multiplicaron los milagros con que daba Dios á entender cuán gratos le eran los trabajos de su siervo. Sucedió un dia de fiesta, que habiéndose publicado en el ofertorio de la misa una súplica de parte del Santo para que el que tuviese devocion ayudase como quisiese á la construccion del puente, un villano quiso burlarse del Santo con una burla muy pesada. Todos los demás habian ofrecido segun sus facultades, unos sus carros, otros sus caballerías, otros sus brazos y dinero, esmerándose cada uno en adelantar al otro, ya por la gran devocion y respeto que tenian al Santo, y ya tambien porque veian la grande utilidad que de aquella obra á todos les resultaba. Entre tanta gente piadosa no faltó, pues, un rústico temerario é indevoto, que dijo de esta suerte: Yo ofrezco por un dia, para la obra del puente, dos toros que tengo en el monte, con condicion que el P. Domingo los traiga. Eran los toros feroces en extremo, y el rústico hacia aquella promesa ilusoria en la confianza de que el Santo no iria por ellos, pues estaba seguro de que lo mismo seria acercarse á ellos que hacerle pedazos. Pero sonriéndose el Santo, dijo: *Con el favor de Dios voy á poner en ejecucion el cumplimiento de tu oferta.* En efecto fué el Santo al monte, y al punto que le vieron los indómitos animales, se vinieron á él como mansos corderos: tomólos por las astas, unciólos á un carro, y trabajaron cuanto se les mandó como si fueran bueyes bien domados. Así quedó escarmentado y enseñado aquel hombre indevoto, favorecida una obra dictada por la caridad, y el Santo mas honrado y glorificado, cuando el villano juzgó que seria burlado y escarnecido.

No contento el Santo con haber dispuesto un buen camino para los peregrinos, dispuso fabricar un hospital en donde fuesen recogidos y refrigerados del cansancio y las fatigas. En esta fábrica se le ofrecieron algunas contradicciones que superar, ya por la madera que fue necesario cortar de un monte vecino, y ya porque habiendo hecho un pozo para comodidad del hospicio, comenzaron á quejarse algunos malcontentos de que se les habia hecho no sé qué injuria. La primera contradiccion se desvaneció fácilmente viendo que santo Domingo, sin mas auxilio que una pequeña hoz, cortaba y derribaba encinas enteras, lo cual conocieron que no podia hacerse sin una virtud sobrenatural y divina; pero la segunda tuvo consecuencias mas funestas. Llegó á tanto el atrevimiento y encono de aquella gente enfurecida, que comenzaron á apedrearle. El Santo, en lugar de

huir, se vino á los mismos que le maltrataban, quienes al verle libre de sus piedras, y con un rostro sereno y majestuoso, que mudamente les reprendia su temeridad, cesaron de perseguirle cayéndoseles las piedras de las manos, y la ira del corazon; solo dos peregrinos, que habian recibido mil mercedes del venerable anciano en su hospicio, tuvieron tanta insolencia, que prosiguieron tratándole mal de palabra, y peor de obra; pues uno de ellos tuvo la audacia de poner las manos en el Santo, haciéndole caer en medio del fuego que estaba allí cerca encendido. Levantóse sin lesion, y sin dar la mas ligera muestra de impaciencia; pero Dios, á cuyo cargo está el cuidar que no perezca ni un cabello de la cabeza de sus siervos, no dejó sin venganza tan atroz delito. Trabáronse de palabras aquellos dos miserables sobre la ejecucion de sus mismas insolencias: riñeron, y riñeron de modo que ambos quedaron muertos en la pendencia, y sus cadáveres fueron destrozados y comidos de perros. Semejante castigo, aunque no tan riguroso, experimentó otro aldeano, que por dar enojo al Santo introducía sus ovejas en el huerto que habia plantado para consuelo de los peregrinos. Amonestóle caritativamente, y le rogó con mayor encarecimiento que no hiciese aquel mal á una heredad que era de los pobres; pero sordo á los avisos, y obedeciendo á lo que le dictaba su malicia, prosiguió en el mismo delito, hasta que cansado el cielo castigó su temeridad dejándole un dia en el mismo acto de introducir las ovejas en el huerto, sordo, baldado de todos sus miembros, derrengado y calvo, para que el castigo, además de la severidad de los dolores, tuviese tambien el martirio de la vergüenza.

Así daba testimonio el cielo de lo gratas que le eran las obras de caridad en que se empleaba el siervo de Dios; pero este no se descuidaba en acrecentarlas con continuos ayunos, con oraciones fervorosas, con limosnas, y todos los ejercicios de la piedad cristiana. Tenia continuamente en la memoria que llegaria presto un dia en que habia de ser presentado ante el tribunal del Juez supremo de vivos y muertos, y queria que no le cogiese desprevenido una hora tan terrible. Era tal su cuidado en este punto, que siete años antes de morir hizo labrar su sepulcro en una peña; y para que este lugar no estuviese ocioso, le llenaba de trigo al tiempo de la cosecha para repartirlo después de limosna á los pobres. Un dia vino á visitarle una devota mujer, que era comadre del Santo, y como para obsequiarla quiso enseñarla el sepulcro que se tenia ya prevenido. Viéndolo la mujer le dijo: *¿Qué motivo habeis tenido para disponer vuestro*

entierro tan lejos de la iglesia? A lo cual respondió santo Domingo: *No tengais cuidado de eso, señora: la divina Providencia cuidará de que mis miembros reposen en lugar sagrado, porque os hago saber, que, ó la iglesia seguirá mis pasos extendiendo á este lugar su recinto, ó mis miembros disfrutarán de sus favores.* El suceso manifestó que habló con espíritu profético, pues con el discurso de los tiempos vino el sepulcro á estar dentro de la iglesia.

Lleno de virtudes y merecimientos, habiendo llegado á una edad avanzada, que gastó por la mayor parte en beneficio de sus prójimos, conociendo que se le acercaba el tiempo de unirse perpetuamente con su Dios, acrecentó los ejercicios de piedad, y procuró disponerse para dejar este destierro y caminar á la patria de los justos. Recibió con suma devoción los santos Sacramentos de la Iglesia, y durmió en el Señor á 12 de mayo del año 1109, dejando á sus familiares llanto en los ojos, y ejemplos de celestial doctrina fijados en el corazón. Su cadáver fue sepultado en el sepulcro que de antemano se habia dispuesto, el cual glorificó Dios con repetidos milagros en testimonio de la santidad de Domingo. Apenas murió, un labrador que no estaba bien con sus establecimientos tomó un hacha, y comenzó á cortar los árboles que el Santo habia plantado en el huerto de los peregrinos; pero perdiendo repentinamente la vista, castigó el cielo su temeridad, y aprobó la caridad de su siervo fiel, que siempre se habia empleado en el cumplimiento del mayor de los preceptos. También experimentó el mismo castigo una avarienta mujer que viendo las copiosas limosnas que los fieles ofrecían al sepulcro del Santo, concibió el temerario designio de robarlas, fingiendo que se acercaba para ofrecer las suyas. Al punto que verificó sus malos pensamientos se halló ciega repentinamente, de modo que desatinada y aturdida se daba contra las paredes. Iba con ella un hermano suyo, quien ignorando la causa de un mal tan repentino, la preguntó qué habia hecho de que la pudiese resultar aquella calamidad. Entonces la infeliz le confesó abiertamente su delito, y como habia hurtado algun dinero de las limosnas del Santo, por lo cual Dios la habia castigado con aquella ceguera. Llevóla su hermano al sepulcro; la hizo restituir lo que habia robado, y con lágrimas de compuncion pidieron ambos á santo Domingo perdon de aquel desacato, y que alcanzase del Señor misericordia. No les salieron vanas sus esperanzas, pues allí mismo le fue restituida la vista del cuerpo, y también la del alma, siendo de allí adelante mas devota y mejor cristiana.

Son innumerables los prodigios que Dios ha obrado por la inter-

cesion de este Santo con todos los que se han encomendado á sus oraciones é intercesion, ó han visitado su santo sepulcro. Unas veces han visto consolidados sus miembros los que estaban mancos, cojos ó tullidos; otras han recuperado su salud enfermos desahuciados; otras han adquirido vista, oído y habla los ciegos, los sordos y los mudos; otras, en fin, se han rescatado de la tiranía del demonio muchos miserables que estaban poseidos de este cruel enemigo, hasta el punto de despedazarse á sí mismos, y tener que atarlos para que no se quitasen la vida. Pero entre todos los que han disfrutado su poderoso patrocinio, se ha señalado el mismo pueblo de la Calzada. Es digno de perpetua memoria el prodigio con que fue librada esta ciudad de un horroroso exterminio con que la amenazaba el rey don Pedro, llamado el Cruel, teniéndola asediada y sin mas arbitrio para su defensa que la proteccion de su santo Fundador. Habia seguido en la division civil que acaeció sobre el reinado de los dos hermanos D. Pedro y D. Enrique, la faccion de este último. Por tanto vino sobre ella D. Pedro, la cercó y estrechó hasta el último apuro, con designio de hacer en sus habitantes un escarmiento que confirmase el renombre de Cruel, que con otras devastaciones semejantes se habia ganado. Ya veian los acongojados vecinos difundirse el fuego por todas sus habitaciones, devorar la ciudad entera, y amenazar el desapiadado cuchillo á todas sus gargantas. En tamaño conflicto recurrieron con lágrimas y fervorosas oraciones á santo Domingo. Hicieron vigiliass á su sepulcro: le visitaron con solemnes procesiones. vestidos de penitentes, é instaron con tanto ardor, que llegó á enternecerse el cielo de su desgracia, y á darles socorro por medio de su protector. Cuando la mayor parte del pueblo afligido estaba deramando súplicas y gemidos al rededor del santo sepulcro, hé aquí que todos oyeron una voz milagrosa que los dejó suspensos. Inmediatamente aparecieron y dejaron verse por una ventanilla que tenia el sepulcro dos manos blancas como la nieve, en lo que entendieron que el brazo omnipotente del Todopoderoso se declaraba en su defensa. Permanecieron algun tanto las manos visibles, y volvieron á esconderse dentro del sepulcro dejándolos á todos llenos de turbacion. de consuelo y de esperanza. En el ínterin el rey D. Pedro se aceleraba á ejecutar la venganza que tenia sentenciada; pero ¡oh prodigio! al llegar con su ejército á una montañuela que domina la ciudad, todo él se halló cercado de una espesa y negra nube que le dejó en tinieblas. El mismo Rey y todos sus soldados se hallaron de pronto con tanta agua en los ojos que los dejó como ciegos, de manera que

no podian moverse del sitio en que se hallaban sin darse unos contra otros. Volvieron en sí conociendo el milagro; pidieron perdon á Dios y á santo Domingo: mandó el Rey dejar libre la ciudad, y que marchase el ejército hácia otra parte, y luego recobraron la luz y la vista que ántes habian perdido.

Otros muchisimos milagros se refieren de este glorioso Santo, que seria muy largo referirlos: todos manifiestan su gran santidad, el afecto con que desde el cielo mira á sus devotos, y la gloria que recibe Dios de que le pidan mercedes por medio de este siervo suyo.

LOS SANTOS NEREO Y AQUILEO, Y SANTA DOMITILA, MÁRTIRES.

Es muy célebre en la Iglesia desde el segundo siglo la memoria de los santos mártires Nereo y Aquileo; siendo su culto de los mas antiguos que se solemnizan en ella. Eran dos hermanos, que habiendo entrado en servicio de la princesa Domitila, sobrina del emperador Domiciano, siendo aun muy niños, tuvieron la dicha de ser instruidos en la fe, y bautizados por el mismo apóstol san Pedro, juntamente con toda aquella ilustre y santa familia, que derramo con el tiempo su sangre por Jesucristo.

Distinguíanse tanto entre todos los criados de la princesa Nereo y Aquileo por sus costumbres y por su buen ejemplo, que esto mismo les mereció la particular estimacion de su ama, quien los hizo gentiles hombres de su cámara, y les dió su confianza.

Refieren las actas mas antiguas de los dos Santos, que viendo un dia el cuidadoso desvelo con que la Princesa se estaba vistiendo y adornando para recibir la visita del conde Aureliano, con quien estaba desposada, lo sintieron vivamente; y animados del celo que tenían por la salvacion de su alma, la representaron con cristiana libertad, pero con el mayor respeto, cuán indigno era aquel prolijo cuidado de agradar á un hombre mortal, de una alma que ellos habian creido siempre destinada para ser esposa de Jesucristo, y para aumentar el augusto escuadron de las santas Vírgenes. Esta reverente representacion, efecto puro de un celo prudente y desinteresado, hizo impresion en el corazon de la Princesa; y advirtiéndolo los dos hermanos, aprovecharon la ocasion, y prosiguieron representándola con igual respeto que su religion y su virtud la prometian mayor fortuna; y trayendo á la memoria la boda que la proponian, la hablaron con tanta energia de la vanidad de todas las honras y bienes de este mundo; de cuán vacíos son todos los gustos, entretenimien-

tos y placeres; de la brevedad de los dias de la vida, y singularmente de los trabajos, amarguras y esclavitud del estado del matrimonio, y le hicieron una pintura tan eficaz y tan viva del valor y mérito de la virginidad, y de todas las ventajas que trae consigo esta amabilísima virtud, que Domitila protestó no tendria jamás otro esposo que á Jesucristo, á quien desde aquel punto únicamente queria y pretendia agradar; y volviéndose á los dos hermanos, les dijo: *Pues Dios se ha valido de vosotros para inspirarme el deseo de ser esposa suya, tratad de conseguir que logre cuanto antes la honra de traer la divisa que se acostumbra, y de obligarme solemnemente á no reconocer jamás otro esposo que á él.* Hablaba la Santa de la bendicion que recibian en aquel tiempo las vírgenes, y del velo que traian en la cabeza en señal de celibato.

Muy gozosos Nereo y Aquileo, y no menos consolados al ver la bendicion que habia echado el Señor á su celo, corrieron al papa san Clemente, sucesor inmediato de san Pedro, y le dieron cuenta de la resolucion en que estaba la princesa Domitila de no perder jamás el precioso tesoro de la virginidad. Dió gracias el santo Pontífice al Señor, y pasando luego al palacio de la Princesa, á quien halló mas determinada que nunca de no admitir otro esposo que á Jesucristo, la dijo: *¿Has pensado bien, hija mia, el fuerte combate que te espera? y ¿tendrás valor para prometerte victoria? Tu amante irritado del que reputa desaire, infaliblemente te acusará al Emperador de que eres cristiana, y entonces, ¡ó buen Dios, á qué tentaciones tan furiosas no se verá expuesta tu fe y tu constancia! ¿Ni cómo podremos tú y yo evitar entonces el martirio? ¿Y qué mayor dicha nos podrá suceder?* Respondió la Santa: *Yo fio poco de mis fuerzas; pero todo lo espero y todo lo confio de la poderosa gracia de mi Esposo celestial; y la persecucion no hará mas que adelantar nuestra felicidad y nuestra gloria.* Enternecido san Clemente al oir tan generosa respuesta, y mucho mas edificado del ardiente deseo que mostraba Domitila de consagrarse al Señor. la dió su bendicion con solemnidad, y la echó el velo sobre la cabeza.

No tardó mucho tiempo en cumplirse lo que habia pronosticado el santo Pontífice; porque informado Aureliano del partido que habia abrazado Domitila, entró en una especie de furor; y después de haber empleado inútilmente promesas y amenazas, hizo asegurar á todos los que sospechó haber tenido parte en la mudanza de la Princesa, y á todos los acusó de que eran cristianos, con resolucion de emplear todo su crédito para que todos fuesen condenados al último suplicio.

Los primeros de quienes se echó mano fueron Nereo y Aquileo, confidentes de Domitila; persuadido el Conde á que ganados estos, presto rendiria á la Princesa. Valióse de cuantos medios pudo para derribar su religion: de halagos lisonjeros, de esperanzas, de promesas tentadoras y de sollicitaciones; pero nada fue bastante á trastornar ni aun mover ligeramente la fe de los siervos de Dios; cuya constancia irritó tanto la cólera de Aureliano, que consiguió fuesen al punto despojados de sus vestidos, y azotados con toda la crueldad imaginable; pero la alegría que mostraron los Santos en este tormento le hizo perder toda esperanza de pervertirlos, y así fueron declarados por cristianos, y consiguientemente por enemigos del Emperador y del Estado. Temiendo que su firmeza aumentase la de Domitila sirviéndola de ejemplo, fueron enviados á Terracina para que el cónsul Minucio Rufo les hiciese la causa.

Esta se sustanció presto. Mandóles que renunciasen la fe de Jesucristo, y que en el mismo punto ofreciesen incienso á los ídolos. Respondieron con una intrepidez que asombró al mismo tirano: que habiendo sido bautizados por el apóstol san Pedro, y habiendo sido alumbrados con las luces de la fe, no reconocian otro Dios que el Dios de los Cristianos; llorando la desgracia y la ceguedad de los gentiles, que se forjaban casi tantos dioses como hombres, siendo lo mas deplorable que en sus falsas divinidades no adoraban mas que sus verdaderas pasiones.

Enfurecióse el tirano al oir una respuesta tan breve como determinada, y mandó que al punto fuesen puestos en el potro. Era este una especie de tormento en que á las cuerdas que suspendian en el aire los cuerpos de los Mártires, se las apretaba á torno hasta lograr que tuviesen toda la tirantez posible, y después de haberles despedazado los costados, mandó que se aplicasen á ellos hachas encendidas. Los agudísimos dolores que sentian solo sirvieron para encenderlos mas y mas en el amor de Dios, saliendo al semblante el gozo que ocupaba el corazon; tanto, que temiendo el tirano que esta maravilla hiciese impresion en el ánimo de los paganos, les hizo cortar la cabeza el dia 12 de mayo del año de 98; y sus cuerpos fueron ocultamente recogidos por su discípulo Auspicio, y enterrados en la via Ardeatina á media legua de Roma, donde con el tiempo se edificó una iglesia para eterno monumento del triunfo de estos gloriosos Mártires.

No se alteró por su muerte la fe de la ilustre virgen Domitila; pero atendiendo el Emperador á su nacimiento, á su nombre, á su

hermosura y á su mérito, no se resolvió á quitarla la vida, y se contentó con desterrarla á la isla de Poncia, cerca de Terracina, de donde Aureliano consiguió que se la levantase luego el destierro, y que se la llamase á la misma ciudad, no desconfiando todavía poderla reducir á su voluntad; para cuyo fin tuvo modo de introducir en su casa dos jóvenes doncellas, hermanas de leche de la misma Domitila, que se llamaban Eufrosina y Teodora, cuerdas y honestas á la verdad, pero imbuidas en las máximas y espíritu del mundo, con grandes deseos de hacer fortuna en él. Prometiéronlas que á una y otra las colocarían ventajosamente como pudiesen vencer á la Princesa á que se casase con el Conde; esperanza que las empeñó en practicar á este fin cuantos medios pudo inventar el artificio y el ingenio. Unas veces la preguntaban si podrian ellas abrazar su religion, y si para salvarse en la religion cristiana era necesario ser vírgen; otras si era lícito el matrimonio, y en suposicion de serlo, qué motivo podia tener para negarse á un estado que no la estorbaba ser cristiana, y antes la abria camino para hacer algun dia cristianos á su marido, á sus hijos y criados.

Descubrió fácilmente Domitila el espíritu que las movia á hablar de aquella manera; y habiendo respondido á sus preguntas en tono que no admitia réplica, ella tambien quiso hacer las suyas. Preguntólas, pues, si estando las dos prometidas y tratadas de casar con dos señores ricos, oirian sin indignacion que tuviesen alientos para pretenderlas después dos viles esclavos? No por cierto, respondieron ellas; á menos de haber perdido el seso y el entendimiento, no se podría llevar en paciencia semejante proposicion. Pues ¿por qué os admirais, replicó la Santa, de lo que yo hago? ¿por qué calificais de menos prudente mi conducta? Habiendo consagrado mi virginidad á Dios, estoy desposada con su único hijo Jesucristo; este vínculo ha de durar por toda la eternidad; las conveniencias que trae consigo son infinitas. ¿Qué os parece? Hallándome ya honrada con este ilustre título, ¿deberé preferir á la mano del único Hijo de Dios vivo, la de un hombre mortal? ¿podré oir sin disgusto que me hablen de otro matrimonio? Dijo esto con tanta gracia y con tanta viveza, que movidas y aun convencidas con sus razones Eufrosina y Teodora, se mostraron como dudosas, pero no rindiéndose aun á los impulsos interiores de la gracia. Si lo que dices es verdad, la replicó Teodora, haz que tu divino Esposo restituya la vista á un hermano ciego que yo tengo. Tu hermano, respondió la Santa, está ausente, y se dilataria mucho el milagro: ahí tienes una muchacha

muda que te sirve; hazla venir, y se manifestará mas presto en ella el poder de Jesucristo, para que tambien quedes tú mas presto convencida. Vino la muda, hizo oracion por ella Domitila, desatósele la lengua, y las primeras palabras en que prorumpió fueron publicar que no habia otro Dios que el Dios de los Cristianos. A vista de esta maravilla las dos hermanas se arrojaron á los piés de la Princesa, declararon que eran cristianas, y que no querian otro esposo que á Jesucristo.

Llegando á noticia de Aureliano lo que habia sucedido, resolvió desatar la rienda á los efectos de su resentimiento sin aguardar ya mas medidas; y habiendo ganado fácilmente la voluntad del Cónsul, hombre cruel y enemigo mortal de los Cristianos, hizo poner fuego á la casa donde estaba Domitila con sus dos neófitas; y todas tres fueron inmoladas, puras víctimas del Dios vivo, consumando de esta manera su glorioso martirio. Al dia siguiente acudió el diácono Cesareo para recoger aquellas preciosas cenizas; pero se quedó admirado cuando las encontró á todas postradas, el semblante contra la tierra, como si estuvieran en oracion, sin que el fuego que consumo su sacrificio hubiese tocado ni á uno de sus cabellos; tomó los santos cuerpos, y los enterró en un lugar donde con el tiempo se edificó una iglesia.

SAN PANCRACIO, MÁRTIR.

Con los santos Nereo, Aquileo y Domitila junta la Iglesia este mismo dia á san Pancracio, mártir, niño de catorce años. Fue originario de Synada, ciudad de Frigia, y perdió á su madre pocos dias después de haber nacido, á la cual tampoco sobrevivió su padre mucho tiempo. Este antes de morir dejó encomendado el niño Pancracio á un hermano suyo, llamado Dionisio, que fue tutor y padre de su tierno sobrino. Llevóle consigo á Roma, donde pasó á residir, y dispuso la Providencia que tomase casa junto á una donde estaba retirado el papa san Marcelino durante la persecucion que Diocleciano y Maximiano habian encendido contra los Cristianos. Con esta ocasion la tuvieron de tratar al santo Pontifice, cuya dulce conversacion, modestia, dulzura y piedad hechizaron tanto á los dos extranjeros, que ambos le pidieron el Bautismo. Dionisio murió pocos dias después de su conversion, y pocos después de su muerte fue preso por cristiano el niño Pancracio, á la sazón de solos catorce años. Refieren las actas antiguas de su martirio que el emperador Diocle-

ciano, por haber conocido en otro tiempo á su padre, quiso verle, y no perdonó medio alguno para obligarle á volver al paganismo. Primero intentó ganarle con promesas; después pretendió atemorizarle con amenazas, y finalmente se valió del artificio; pero nada basto para alterar su constancia. Señor, le dijo el heróico mancebo, *inútilmente te fatigas, si te persuades que me harás perder la fe amenazándome con que he de perder la vida; no saben los Cristianos qué cosa es temer la muerte; toda su dicha es derramar su sangre por Jesucristo; los suplicios apresuran su eterna felicidad, y para ellos espirar en los tormentos es conseguir una gloriosa victoria.* Irritado el Emperador, no quiso que hablase mas, y mandó que al instante le cortasen la cabeza.

No es menos antiguo el culto de este Santo, que el de los santos Nereo, Aquileo y Domitila, por lo que la santa Iglesia junta la fiesta de todos en un mismo oficio. Pronunciando san Gregorio una homilía delante de su sepulcro, dice estas palabras: *Los Santos, en presencia de cuyo sepulcro estamos, trataron al mundo con desprecio, pusieronle á los piés, cuando la paz, la fertilidad, la abundancia, lo florido y vigoroso de la edad parecia hacerlos dignos de que el mundo los amase, ó á lo menos multiplicaba las dificultades para que ellos se desprendiesen de su amor.*

Por haber sido título del cardenal Baronio la iglesia antigua de estos Santos, la reedificó, y con autoridad de Clemente VIII restituyó á ella la estacion de los fieles, que se habia perdido con el tiempo.

Honorio I reparó la iglesia de San Pancracio; Leon X instituyó en ella una de las estaciones de Roma; Inocencio X la volvió el título de la iglesia abacial, y finalmente fue cedida á los Padres Carmelitas descalzos, que hoy dia la poseen.

SAN EPIFANIO, ARZOBISPO DE SALAMINA, CONFESOR.

Nació san Epifanio por los años de 310 en el territorio de Eleuterópolis, en Palestina. Para dedicarse bien á la empresa de los estudios sagrados de la santa Escritura, aprendió cuando jóven el hebreo, egipcio, siríaco, griego y latin. Sus conferencias repetidas con san Hilarion y otros santos anacoretas, á quienes visitaba frecuentemente para recibir sus instrucciones, le infundieron una fuerte inclinacion al estado monástico, que en efecto abrazó desde muy mozo. Si es que su primer ensayo le tuvo en Palestina, como Gervaise ó Gervasio se persuade sobre la autoridad de la vida griega de este

Santo, atribuida por muchos á Metafrastes, á lo menos es cierto que él se fué muy pronto á Egipto á perfeccionarse en los ejercicios de aquel estado en los desiertos de aquellos países. Volvióse á Palestina por los años de 333, y erigió un monasterio cerca del lugar de su nacimiento. Sus trabajos y tareas en los ejercicios de la virtud, dicen algunos que excedieron á sus fuerzas; pero la apología que hacia siempre el Santo de estas fatigas era decir, que Dios no daba el reino de los cielos sino con la condicion de que se ganase con trabajo, y que todo cuanto pudiéramos hacer no puede igualar el galardón y la corona. A sus austeridades corporales añadía una aplicacion infatigable á la oracion y á sus estudios ¹.

Los mas de los libros que se conocian entonces pasaron por sus manos; y adelantó mucho en doctrina con sus viajes repetidos á muchos lugares. Veinte y dos años habia gastado san Hilarion en el desierto cuando Dios le dió á conocer al mundo por el lustre de sus virtudes, y un extraordinario don de hacer milagros, por los años de 328. San Epifanio, aunque sabio director de algunos otros, le miraba como maestro suyo en la vida espiritual, y gozó de la dicha de su direccion y amistad íntima desde el año de 333 hasta el de 356, en que Tillemont, que es el que al parecer ha puesto mas correcta la crónica de san Hilarion, pone la salida de este gran Santo de la Palestina. San Gerónimo en su vida nos da á entender, que jamás se vió una union mas íntima entre dos amigos, ni mas constante que la de aquellos Santos, cuya correspondencia no fue capaz de interrumpir esta separacion. La iglesia de Salamina fue, segun parece, determinada á instancias de san Hilarion, á pedir por obispo suyo á Epifanio; y este empleó su pluma después de la muerte de su amigo en dar á conocer al mundo su virtud. En la terrible persecucion que los Arrianos levantaron contra los Católicos en el reinado de Constancio, dejó muchas veces san Epifanio su retiro para animar y fortalecer á estos últimos, y su celo le obligó á separarse de la comu-

¹ Escribió este Santo su *Anchorata*, como quien dice una Áncora ó Ancla, que fijasen la idea y la creencia en la verdadera fe, para que no pudiese ser agitada, ni llevada de cualquiera ráfaga de viento de contraria doctrina, que es siempre el caso de la herejía. En esta obra explica y prueba compendiosamente los artículos principales de la fe católica. Pero la mayor de este Padre apareció al público en el año de 374 con el título de *Panarium*, ó depósito de Antídotos contra todas las herejías. Escribe la historia de veinte herejías antes de Cristo, y de ochenta desde la promulgacion del Evangelio. San Epifanio en sus libros de *Pesos y Medidas* explica las antiguas costumbres de los judíos: que en las *piedras preciosas* se halla un emblema concerniente al ornato racional que llevaban los sumos sacerdotes judáicos, y las cualidades de las doce piedras preciosas que se les ponian.

nion de su diocesano Eutiquio, obispo de Eleuterópolis, quien contra su propia opinion, movido de máximas é intereses políticos, se confederó con Acacio y otros herejes contra la verdad. Leyendo las obras de Orígenes le chocaron muchos errores que en ellas descubrió, y principió á precaver contra ellos á los fieles.

San Epifanio dentro de su monasterio era el oráculo de Palestina y todos sus contornos; y jamás iba nadie á pedirle consejo que no recibiese grandes socorros espirituales con sus discursos santos. La reputacion de su virtud le dió á conocer en los países mas remotos, y por los años de 367 fue nombrado obispo de Salamina, llamada entonces Constancia, en Chipre. Pero aun siendo obispo llevaba el hábito monástico, y continuaba en el gobierno de su monasterio en Palestina, visitándole de tiempo en tiempo. A veces relajaba sus austeridades en favor de la hospitalidad, prefiriendo la caridad á la abstinenencia. No hubo quien le excediese en compasion con los pobres, y muchas personas piadosas le hicieron dispensador de sus propias limosnas. Santa Olimpias por tener parte en sus bendiciones, le hizo grandes presentes en dinero y en tierras para el mismo intento. La veneracion que se adquirió por su santidad, le hizo exento de la persecucion del arriano Valente en el año de 371; pero fue cási el único obispo católico del imperio en aquella parte, que fue perdonado en esta ocasion. En el de 376 emprendió un viaje á Antioquía, por la conversion de Vital, obispo apolinarista; y en el de 382 acompañó á san Paulino desde aquella ciudad á Roma, donde se alojaron en la casa de santa Paula: nuestro Santo en recompensa la hospedó después diez dias en Chipre en el año de 385. Incurrió no obstante en algunos yerros nuestro Santo por sumo celo en ciertas ocasiones, segun observa Sócrates. El nombre solo del error y la sombra del peligro para el mal le atemorizaba de muerte. Predicó en Jerusalem en el año de 394 contra el origenismo en presencia del patriarca Juan, á quien sospechaba inclinado á los origenistas. En Belen persuadió á san Gerónimo á que se separase de la comunión del patriarca Juan, á menos que no la expiase públicamente. Ordenó tambien de sacerdote por mandato de obediencia á Pauliniano, hermano de san Gerónimo; pero habiéndose quejado de esto Juan, le llevó consigo á Chipre, á que sirviese en la iglesia de Salamina. En Constantinopla acusó de origenismo á los *Grandes hermanos*, llamados así por sus tallas, habiéndole preocupado contra ellos el clamor público del pueblo y de Teofilo; y aun afeó á san Crisóstomo el que les dispensase su proteccion; pero una humilde representación de aquel Santo le

abrió los ojos, y se restituyó á Salamina, aunque murió allí apenas llegó de su viaje en el año de 403, habiendo sido obispo treinta y seis. Sus discípulos erigieron en Chipre una iglesia en honor suyo, donde colocaron las pinturas de él y de otros. (*Conv. t. 7, p. 447*). Sozomeno testifica, que Dios honró su tumba con milagros. (*L. 7, c. 27*). San Agustin, san Efren, san Damasceno, Focio y otros, le llaman el Doctor católico, hombre admirable, y lleno del espíritu de Dios.

La Misa es del comun de Confesor no pontífice, y la Oracion la siguiente:

Clementissime Deus, qui beatum Dominicum confessorem tuum egregiis virtutibus illustrare dignatus es: concede, quaesumus; ut cujus, (hodie) natalitia celebramus, ejus intercessione à peccatorum nostrorum nexibus liberari, et illius consortio in coelis perfrui mereamur: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Clementísimo Dios, que te dignaste adornar á tu bienaventurado confesor Domingo con virtudes tan excelentes: concédenos que por la intercesion de un justo, cuyo nacimiento para el cielo celebramos en este dia, seamos libres de las cadenas con que nos aprisionan nuestros pecados, y merezcamos gozar de su compañía en los cielos. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epistola es del capitulo xxxi del Eclesiástico.

Beatus vir, qui inventus est sine macula, et qui post aurum non abiit, nec speravit in pecunia et thesauris. Quis est hic, et laudabimus eum? fecit enim mirabilia in vita sua. Qui probatus est in illo, et perfectus est, erit illi gloria aeterna: qui potuit transgredi, et non est transgressus; facere mala, et non fecit: ideo stabilita sunt bona illius in Domino, et elemosynas illius enarrabit omnis Ecclesia sanctorum.

Dichoso el hombre que fue hallado sin mancha, y que no corrió tras el oro, ni puso su confianza en el dinero, ni en los tesoros. ¿Quién es este y le alabaremos? Porque hizo cosas maravillosas en su vida. El que fue probado en el oro, y fue hallado perfecto, tendrá una gloria eterna: pudo violar la ley, y no la violó; hacer mal, y no lo hizo. Por esto sus bienes están seguros en el Señor, y toda la congregacion de los Santos publicará sus limosnas.

REFLEXIONES.

Et dedit illi coram praecepta, et legem vitae, et disciplinae. Dióle públicamente los preceptos y la ley, para que arreglase por ella su vida y sus costumbres. ¿Hablarán estas palabras solamente con Moisés y con los Santos? ¿Dió el Señor á solos estos su ley y sus preceptos para que arreglasen su vida y sus costumbres? Y si este orden habla con todos los Cristianos, ¿qué deberemos pensar á vista de una vida tan desarreglada y de unas costumbres tan perdidas en la mayor parte de los fieles?

La ley de Jesucristo, aquella ley tan santa, tan pura, tan perfecta, debe ser la única regla de nuestras operaciones. Cualquiera otro sistema es abusivo: no tenemos, ni debemos tener otros principios de moral: todo camino que no sea este es descamino. ¡Ó buen Dios, á cuántos desesperará esta verdad al fin de la vida! ¿Son regla de las costumbres, de los grandes del mundo las máximas del Evangelio y la ley de Jesucristo? ¿Es el Evangelio la regla de sus deseos, de sus proyectos, de su ambicion, de su profanidad, de su conducta?

El Evangelio es el que debe arreglar todas las condiciones, todos los estados, todas las edades: no se nos ha de juzgar por otras leyes; no se han de consultar otras máximas para formarnos el proceso; no se han de seguir otras doctrinas. Ciertamente que se trastorna el juicio y la razon cuando se considera que esas gentes que solo se apacientan con vanas quimeras de fortuna, con frívolas ideas de grandeza; que dejan á las almas sencillas, y á los que llaman ellos pueblo y vulgo el cuidado de cumplir con las obligaciones de cristiano: gente que no tiene mas ocupacion que la ociosidad, y que al parecer solo se avergüenzan del Evangelio; que estas gentes, vuelvo á decir, crean sinceramente las verdades mas terribles de la Religion, y todo lo que dejó dicho Jesucristo de la indispensable obligacion de vivir segun sus máximas.

Cree que el Evangelio es la única regla de las costumbres; que cualquiera otro sistema es falso; que es vano cualquiera otro razonamiento; que no es posible hallar otro camino para el cielo, ni otra regla en las sendas de la salvacion: ¡y cree todo esto aquel jóven disoluto, que hace vanidad de no tener religion; aquella mujer mundana, que no toma gusto en otra cosa sino en las diversiones y en las galas; aquel avariento, cuyo corazon está todo en sus tesoros; aquel hombre de negocios, que no reconoce otra regla para su conducta que la de su ambicion; aquella persona entregada enteramente á la sensualidad; aquel presumido de espiritu fuerte que hace chacota de las mas piadosas devociones, de las máximas mas santas del Evangelio! Sí por cierto, todos estos creen que el Evangelio es la única regla de la vida y de las costumbres. ¿Quién querrá salir por fiador de su fe? Pero, y ¿querrémos nosotros ser comprendidos en la suerte de una conducta tan poco cristiana? ¿Qué monstruosa contradiccion es la que se palpa entre lo que se cree, y lo que se obra! Todos se aman tanto, que ninguno quiere condenarse; pero ¿viven todos tan cristianamente que puedan esperar no ser condenados? Asombro es que entre los Cristianos se hallen algunos que se es-

fuercen á no creer aquello mismo que temen ; pero aun es mayor asombro que se encuentren en el cristianismo muchos que no temen aquello mismo que creen. ¿Cuál es peor, no creer apenas nada de lo que se debe creer, ó no hacer apenas nada de aquello que verdaderamente se cree?

El Evangelio es del capítulo XII de san Lucas.

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Sint lumbi vestri praecincti, et lucernae ardentes in manibus vestris, et vos similes hominibus expectantibus dominum suum quando revertatur à nuptiis: ut, cum venerit et pulsaverit, confestim aperiant ei. Beati servi illi, quos cum venerit dominus, invenerit vigilantes: amen dico vobis, quod praecinet se, et faciet illos discumbere, et transiens ministrabit illis. Et si venerit in secunda vigilia, et si in tertia vigilia venerit, et ita invenerit, beati sunt servi illi. Hoc autem scitote, quoniam si sciret pater familias, qua hora fur veniret, vigilaret utique, et non sineret perfodiri domum suam. Et vos estote parati, quia qua hora non putatis, Filius hominis veniet.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: Tened ceñidos vuestros lomos, y antorchas encendidas en vuestras manos; y sed semejantes á los hombres que esperan á su señor cuando vuelva de las bodas, para que en viniendo y llamando, le abran al punto. Bienaventurados aquellos siervos que cuando venga el señor los hallare velando. En verdad os digo, que se ceñirá, y los hará sentar á la mesa, y pasando, los servirá. Y si viniere en la segunda vela, y aunque venga en la tercera, y los hallare así, son bienaventurados aquellos siervos. Pero sabed esto, que si el padre de familia supiera á qué hora vendría el ladrón, velaría ciertamente, y no permitiría minar su casa. Estad tambien vosotros prevenidos, porque en la hora que no pensais, vendrá el Hijo del Hombre.

MEDITACION.

De la indispensable necesidad que hay en todos de tener cada año algunos dias de retiro.

PUNTO PRIMERO. — Considera que no todos pueden abandonar para siempre sus negocios y su casa por vacar en la soledad al negocio importante de la salvacion. Este privilegio se reserva únicamente para algunas almas favorecidas: semejante vocacion es una gracia muy singular; pero pocas personas hay que no puedan conceder al retiro algunos dias del año: ninguna absolutamente que no deba hurtar por algun tiempo el cuerpo al cuidado de los negocios temporales, para vacar únicamente al importantísimo negocio de su eterna salvacion.

Unas fiestas, una boda, el buen tiempo suspenden tal vez por muchos meses los negocios del mayor interés: y para el negocio de mi

salvacion ¿no podré hallar tres ó cuatro dias libres? Aunque se vea uno en los primeros empleos del ministerio, ya togado, ó ya de capa y espada; aunque cargue sobre sus hombros todo el gobierno del Estado, siempre halla al cabo del año algunos dias desocupados, algun tiempo para la respiracion y el descanso; y ¿será posible que solo no se encuentre para dedicarle al importante negocio de la salvacion? Pues ello es así, que para trabajar eficazmente en este importantísimo negocio no hay cosa mas necesaria que el retiro.

¿Quieres convertirte? ¿quieres tranquilizar y sosegar tu conciencia? ¿quieres salir de ese funesto estado de la tibieza, ó de la culpa? ¿quieres romper esos lazos, domar ese genio, vencer esa pasion, reformar esas costumbres, mudar esa mala vida? Pues aléjate por algunos dias del tumulto del mundo; retírate á alguna casa destinada para este fin, ó sepárate del comercio de los hombres; desembarázate de todo negocio temporal, de todo cuidado doméstico; y á solas con tu Dios examina si te hallas en estado de comparecer ante el tribunal del Juez supremo; si tus costumbres, si tus máximas, si tu conducta pasada te dan prendas de tu felicidad eterna. Sin este medio ¿cómo se pueden arreglar con seguridad los negocios de la conciencia? ¿Cuántas veces has juzgado y has dicho tú mismo, que no es posible trabajar eficazmente en el negocio de la salvacion en medio de los embarazos y tumulto de la vida? Tu propia experiencia te convence de la necesidad de algunos dias de retiro. Preciso es que sea uno muy enemigo de sí mismo, y que esté muy resignado en su eterna perdicion, cuando piensa y cuando dice que no tiene tiempo para esto.

Hallarás este tiempo á la hora de la muerte, y se encontrará por toda una desdichada eternidad. Entonces sí que estará en un eterno, pero espantoso retiro; y entonces sí que á pesar suyo meditará muy despacio el infeliz condenado estas terribles verdades, que no quiso meditar durante la vida: entonces se repasarán los años con una cruel amargura, pero ya todo sin fruto. ¡Qué locura, qué malignidad, qué furor, no haber prevenido esta desdicha por medio de un saludable retiro!

PUNTO SEGUNDO.—Considera que la conversion es una obra difícil; es preciso desengañarse de muchos errores y preocupaciones que habia adoptado el amor propio; es preciso condenar muchas máximas que habia autorizado una inveterada costumbre; es preciso sofocar deseos, reprobar ideas, dejar estilos, oponerse á inclinacio-

nes, ahogar pasiones, y en fin, renovar todo un corazon corrompido por el vicio. Todo esto no es posible hacerse sin largas y serias reflexiones, sin profundizar las verdades terribles de la fe, sin desentrañar los misterios de la Religion. Y esto, ¿cómo se podrá practicar entre el ruido del mundo, entre los estorbos de un estado, ó de un empleo rodeado de estruendo y de tumulto, entre la esclavitud de una vida enemiga del reposo? Luego es indispensable el retiro.

Pocas personas se hallarán que no tengan necesidad de renovar una multitud de confesiones mal hechas. No siempre son las mejores las primeras y las mas antiguas: si no se faltó á la integridad, se faltó al dolor. El poco fruto da bastantemente á entender que hay en el árbol alguna grave enfermedad. ¡Qué locura, qué desdicha, aguardar á reparar estas faltas para aquel tiempo en que no se puede hacer! Es menester sosiego, quietud, despacio, y otros auxilios que no se pueden conseguir sin el retiro.

Hagamos concepto de la necesidad de este medio por el fruto que se saca de él, y por la misma repugnancia que se siente en practicarle. Apenas parece posible (á lo ménos es cosa muy extraordinaria, retirarse á unos ejercicios, y no sacar fruto de ellos. Será muy raro el pecador que los haga bien, y no se convierta. Descúbrense en ellos las verdades de nuestra Religion con tanta claridad, que no pueden dejar de hacer fuerza; y es tan abundante la gracia que en ellos se comunica, que no puede dejar de convertir. Ó se hacen mal los ejercicios, ó infaliblemente se sigue á ellos la enmienda de las costumbres. Desde que se introdujeron los ejercicios en el mundo, comenzaron á contarse mas frecuentes las portentosas conversiones; y esta es la verdadera causa por qué se siente tanta repugnancia, y se ofrecen tantos obstáculos para entrar en ellos.

Como el tentador es tan enemigo de nuestra salvacion, dilata nuestra conversion todo lo que puede, y por eso no hay medio que no practique para desviarnos de los ejercicios. No atribuyas á tus negocios, ni á tu estado, ni á tu poca salud, ni á otros accidentes imprevistos la resistencia que has hecho hasta aquí á este poderoso medio. Si los ejercicios fueran una partida de diversion, aunque arriesgaras en ellos tu salud, ninguno de esos estorbos te los impediria; pero el demonio interesa mucho en abultar las dificultades, y en forjar otras nuevas para desviar las almas de un retiro tan contrario á su malicia y á sus perniciosos intentos.

Demasiado he experimentado yo, Dios mio, este fatal artificio del enemigo de mi salvacion: conozco bien que todo cuanto me he des-

viado de los ejercicios, tanto me he apartado de mi conversion. Tened, Señor, piedad de mis descaminos y de mi miseria. Comprendo y confieso que tengo necesidad de retirarme algunos dias; no permitais que malogre esta gracia, y dadme tiempo para que haga eficaz esta resolucion.

JACULATORIAS. — Conducidme, Señor, al camino de guardar vuestros mandamientos, porque no quiero otro. (*Psalm. CXVIII*).

Un solo dia de retiro en tu santa casa vale mas que mil entre el estruendo del mundo. (*Psalm. LXXXIII*).

PROPÓSITOS.

1 Sea uno de la condicion que quisiere, y ocupe el empleo que ocupare, no es creible que al cabo del año le falten tres ó cuatro dias para retirarse. Siempre se encuentran los que se quieren para una partida de diversion, para un viaje: no son menester mas, y muchas veces ni aun tantos para unos ejercicios: lo único que falta para hacerlos, es un poco de buena voluntad. Pero al fin, permitamos á cierta clase de gentes, que sus ocupaciones, sus negocios, su estado y sus empleos no las dejen lugar para tres dias de ejercicios; ¿qué excusa racional se podrá alegar para no retirarse por lo menos un dia cada mes? Toma desde luego esta resolucion, y ponla en práctica desde el domingo que viene. Este ejercicio, respecto de los seglares, no les altera las horas, como las puede alterar respecto de los religiosos; sin faltar á tus obligaciones puedes facilmente tener un dia de retiro. No hay cosa mas útil, mas fácil, ni mas necesaria; imponte una ley indispensable de practicarla; la experiencia te enseñará que no es posible tener cada mes un dia de retiro, y no hacerse santo en poco tiempo.

2 Determina desde luego el dia que destinas para esto, escogiendole aquel que te parezca será el mas desocupado, y la víspera preveniente, desembarazándote de todo lo que puede distraerte en el mismo dia. Prepárate la noche antes con la parábola de la higuera. a que el padre de familias está resuelto dar por el pié, porque no lleva mas que hojas, y solo dilata el arrancarla hasta ver si con nuevo cultivo produce finalmente algun fruto. Aplícate á tí mismo esta parábola, y madrugando con diligencia por la mañana, después de haber adorado al Señor, y pedídole su gracia para pasar santamente aquel dia, tan importante para tu salvacion, emplea una, ó por lo menos media hora en la meditacion de alguna de las grandes ver-

dades de nuestra Religion, aplicándote siempre la doctrina que estas nos enseñan. Lee después un capítulo en el libro de la *Imitacion de Cristo*, y dedica una hora á recorrer en la amargura de tu corazon los años de la mala vida pasada. Considera tus desórdenes, tus maldades, el abuso de los santos Sacramentos, el desperdicio de tantos auxilios, y disparte para la confesion que debes hacer desde el último dia de retiro, con tanto dolor, que pueda reparar los defectos de las confesiones particulares antecedentes; oye misa con la misma disposicion, y comulga como si recibieras al Señor por modo de Viático. Antes de comer ten otra meditacion, y entre cinco y seis de la tarde la tercera. La leccion espiritual sea en algun libro escogido, enérgico y convincente, y toma después tus medidas para que tus propósitos sean eficaces. En una palabra, debes procurar hallarte al fin de este dia como te quisieras encontrar á la hora de la muerte.

DIA XIII.

MARTIROLOGIO.

LA DEDICACION DE LA IGLESIA DE SANTA MARÍA DE LOS MÁRTIRES, en Roma, la cual el bienaventurado Bonifacio IV consagró (*en el año 604*) al honor de la bienaventurada Virgen María, y de todos los Mártires, en tiempo del emperador Focas, después de haber purificado aquel antiguo edificio, que era el templo de todos los dioses bajo el título de Panteon.

EL BEATO MUCIO, presbítero y mártir, en Constantinopla, el cual, en tiempo de Diocleciano y siendo procónsul Laodicio, sufrió primeramente en Amphípolis muchos géneros de tormentos por confesar á Jesucristo; y después habiéndolo conducido á Bizancio (*hoy Constantinopla*), murió por sentencia capital.

SANTA GLICERIA, mártir romana, en Heraclea, la cual (*confesando públicamente á Jesucristo estando en el templo de Júpiter, cuya estatua cayó derribada á sus pies*), fue martirizada en tiempo del emperador Antonino, siendo presidente Sabino, *por los años de 177*.

LA CONMEMORACION DE UN GRAN NÚMERO DE SANTOS MÁRTIRES, en Alejandria, los cuales fueron muertos por los Arrianos dentro de la iglesia de San Teonas en odio á la fe católica.

SAN SERVACIO, obispo de Tongres, en Maastricht, cuyo mérito lo hizo patente al mundo la Providencia divina un invierno en que estando cubierta de nieve toda aquella comarca, jamás llegó á cuajar encima de su sepulcro, aunque cuajaba al rededor del mismo todos los inviernos; lo cual movió á aquellos habitantes á que sobre él edificasen una iglesia.

SAN JUAN EL SILENCIARIO ó SILENCIOSO, en la Palestina. (*Véase su vida en las de hoy*).

SAN PEDRO REGALADO, confesor, del Orden de Menores, en Valladolid,

restablecedor de la disciplina regular en los conventos de España, al cual canonizó el papa Benedicto XIV. (*Véase su vida en las de hoy*).

SAN PEDRO REGALADO, CONFESOR.

En el extendido campo de la Iglesia hay ciertos lugares apartados y cerrados, que destinó Jesucristo para formarse en ellos unos huertos deliciosos, que floreciesen continuamente, y exhalasen el suave olor de las virtudes. Estos lugares son las religiones, en donde como en unos verjeles han crecido en todos tiempos árboles tan frondosos con el riego de las santas instituciones, que de ellos se ha adornado la Iglesia, y con ellos ha mantenido su hermosura y lozanía. Por lo mismo ha tenido el comun enemigo gran cuidado de sembrar en ellos alguna zizaña, para que el rigor de la observancia, aminorado con la tibieza de algunos flacos, se fuese debilitando, y reducidos al olvido ó al desprecio de los santos documentos de los fundadores viniesen los institutos á su ruina. Pero Dios por el contrario ha velado siempre sobre ellos, ha conservado las grandes obras que su espíritu sugirió á sus siervos, y ha procurado levantar de tiempo en tiempo varones consumados en virtud, que se pusiesen como muro fuerte de la casa de Dios, y reedificasen de nuevo lo que estaba ruinoso ó caído. Uno de estos varones, ejemplo de santidad, norma de perfeccion religiosa, y prodigio de penitencia, fue el glorioso san Pedro Regalado, reformador del austero instituto que fundó y estableció en la Iglesia san Francisco.

Nació en Valladolid por los años del Señor de 1389, de padres esclarecidos por su antigua nobleza, y mucho mas por su piedad y cristianas virtudes. Su padre se llamó Pedro Regalado, y su madre doña María de Costanilla, quienes recibieron de sus progenitores ilustres gran copia de bienes de fortuna. Pero era tanta su piedad y misericordia con los pobres y necesitados, que parecian mas bien procuradores ó dispensadores, que dueños de sus riquezas. Siendo todavía Pedro tan niño, que apenas podia conocer á su padre, le faltó este, llevándosele Dios á darle el premio debido á su gran misericordia y largas limosnas con que la ejercitaba. Quedó en poder de su madre, viuda, la cual le educó santamente, instruyéndole y acostumbRANDOLE á los ejercicios de piedad que ella misma ejercitaba. Llevábale consigo cuando iba á confesar al convento de San Francisco; y como el ejemplo de los padres es el aliciente mas poderoso para formar el corazon de los niños, y aficionarlos á los ejercicios de

virtud, se arraigó esta tan profundamente en aquella inocente alma, que al paso que iba creciendo, iban admirándose en él las fecundas semillas que con el tiempo habian de producir tan copiosos y sazonados frutos. Manifestaba mucho gusto en asistir á los templos y á los divinos oficios, y el ver á su madre frecuentar los Sacramentos despertó con anticipacion en el santo niño unos encendidos deseos de alimentarse con el pan de vida que bajó del cielo; lo que hacia con sumo consuelo de su alma. Entre tanto no se descuidó su madre de hacerle aprender con un buen maestro las primeras letras, y cuanto convenia saber á un jóven de su noble estirpe. Pero Dios tenia sobre Pedro mas altas miras, y con la frecuencia en ir al convento de San Francisco con su madre, fue poco á poco inspirando en su corazon la vocacion y santos deseos de alistarse entre los hijos de tan grande Patriarca.

En efecto, á los trece años se sintió movido de una mano invisible y poderosa que le estimulaba á abrazar el instituto religioso. En aquella tierna edad habia ya llegado á conocer la vanidad del mundo, lo pasajero de sus bienes, lo despreciable de sus honras, y cuán indigno era todo lo que mas aprecian los hombres de que un verdadero cristiano les sacrifique sus esperanzas. Con tan sólidas persuasiones juntó un exámen maduro de sus inclinaciones, de sus resabios, de sus fuerzas, y de cuanto le podia dar algunas luces con que distinguir la vocacion verdadera de la falsa. Ejercitóse muchos dias en fervorosa oracion, pidiendo á Dios fuese servido declararle el camino por donde queria ser hallado: la oracion se fortalecia con los ayunos y penitencias; y uno y otro se hizo completamente eficaz con la sencillez de su recto corazon, que manifestaba con abundantes lágrimas los deseos que le animaban de sacrificar á Dios su alma, su voluntad, sus riquezas, sus esperanzas y toda su persona con todas sus circunstancias. Certificado por su padre espiritual de que aquella vocacion era del cielo, comunicó á su madre la determinacion que tenia de hacerse religioso. Era natural en ella la repugnancia, considerando que Pedro era el único hijo varon que la habia quedado; que de él solo pendia principalmente la continuacion de su noble estirpe y de su casa; que las prendas amables con que el cielo habia enriquecido al jóven daban lugar á concebir de él las mayores esperanzas; y últimamente, el amor de madre, la ternura de su edad, y la dulce compañía que en su viudedad la hacia, eran suficientes motivos para manifestar si no aversion y repugnancia, á lo menos tedio ó indiferencia. Nada de esto sucedió: como una fervorosa Ana convino

en dedicar á su pequeño Samuel al templo, para que en él sirviese al Señor toda su vida. Hizo por sí misma las diligencias necesarias para privarse de un hijo tan amado, y además de ofrecer al santuario una víctima tan perfecta y tan preciosa, tuvo el mérito de ofrecerla con resignacion, con conformidad, con gusto, con alegría, con complacencia.

Tomó el santo jóven el hábito de franciscano claustral en el mismo convento que tanto habia frecuentado en compañía de su madre, con sumo regocijo de los religiosos, que á pocos dias de noviciado conocieron el tesoro de virtudes que Dios les habia enviado en Pedro, y que mas tenian ellos que aprender del novicio, que este de las instrucciones de su maestro. Luego que se vió agregado á los hijos de Francisco, levantó sus ojos á este grande Patriarca, y le tomó por dechado para ajustar todas sus acciones. Mortificacion de todos los sentidos, abstraccion del mundo, silencio, retiro, contemplacion, humildad, y una subordinacion perfecta á la voluntad de su superior, fueron las principales virtudes que resplandecian en sus obras. Practicaba con puntualidad y alegría los ejercicios mas humildes, sin olvidar por esto el cuidado de instruirse completamente en la regla que se proponia observar en todo el discurso de su vida. Como su vocacion no habia sido una llamarada pasajera de espíritu, formada por los acasos de la fortuna, sino un llamamiento positivo de la divina gracia, permaneció todo el año del noviciado sin aflojar un punto en el rigor y exactitud con que habia comenzado. Esta constancia en la virtud certificó á los religiosos de su aptitud para un estado tan perfecto; y así cumplido el tiempo establecido para su probacion, no dudaron en darle la profesion, la cual hizo Pedro á los catorce años de su edad, segun permitian los cánones en aquel tiempo. Apenas se vió profeso, consideró que debia ir de dia en dia aprovechando en la virtud. Redobló su fervor, sus ayunos, sus oraciones y penitencias; y entregado enteramente á la vida espiritual, hizo progresos tan asombrosos, que los mas provecos tenian en él mucho que aprender, y muchisimo que admirar. Era el primero á cualquier ejercicio penoso, sin que jamás pudiese su caridad hallar disculpa para dispensarse de la menor molestia, con tal que de ella resultase el obedecer á sus superiores, ó el consuelo de sus hermanos. Particularmente se deleitaba en asistir á los enfermos é imposibilitados; y por asquerosas que fuesen las enfermedades ó impertinentes los enfermos, nunca se retraia de su asistencia, antes bien allí asistia con mas frecuencia y gusto, en donde conocia que habia de estar mas mortifica-

do. Pero como el instituto riguroso del santo Patriarca habia padecido alguna relajacion, inseparable de la flaqueza y miseria humana, no hallaba todo el fomento que deseaba la severidad de su espiritu para imitar á san Francisco en la parte de penitente y riguroso. Vivía por esta causa algun tanto desconsolado, deseando proporciones de entablar una vida mas austera, y temeroso de hacerse singular en la regular observancia que entre los claustrales florecia.

Oyó Dios los secretos suspiros de su corazon, y le dió lo que apetecia por los medios que ya de antemano tenia su Providencia preparados. Ya habia veinte años que Fr. Pedro de Villacreces, varon de sobresaliente virtud y de eminente sabiduria, habia emprendido en sí mismo la reforma del instituto Franciscano. Deseoso de reducir á la práctica la verdadera pobreza que estableció su santo Patriarca, y de dar fuerza y vigor á sus santos preceptos, se habia retirado á un lugar escabroso y desierto en el término de Covarrubias, á hacer vida pobre, penitente y solitaria, y pedir á Dios le diese fuerzas y auxilios para entablar la reforma que pretendia. Veinte años gastó en oraciones, mortificacion y lágrimas, apartado enteramente del comercio de los hombres, y encerrado en una horrorosa y estrecha gruta, que parecia mas bien un sepulcro. Al cabo de este tiempo se presentó al mundo en traje tan pobre y con semblante tan penitente y austero, que apenas tenia de hombre vivo mas que una débil apariencia, pareciendo mas bien un esqueleto que un viviente: tan macerado estaba de las penitencias, y tan consumido de los ayunos. Dirigió á su General sus súplicas para que le permitiese poner en ejecucion el proyecto de reforma, y con su licencia la comenzó en el eremitorio de Nuestra Señora de la Salceda, en la provincia de la Alcarria; pero bien fuese porque los Padres claustrales de Toledo reclamasen aquel sitio como suyo, ó por otra causa, Villacreces lo dejó, y tuvo que buscar en otra parte sitio oportuno á sus intentos. Ya Dios le habia determinado señalándole con luces milagrosas cerca de Aguilera en el obispado de Osma, cuyo obispo, dicen, era pariente del santo Villacreces, y por tanto propenso á favorecer los evangélicos designios que manifestaba. Entabló, pues, con el obispo la pretension de que le cediese aquel eremitorio de Aguilera, en donde habia edificado una iglesia, y puesto un sacerdote con un ministro que le ayudase á misa. El prudente obispo, que estaba bien informado, no solamente de la sabiduria y sólida virtud del reformador, sino de lo necesario y conducente de la reforma, no tuvo dificultad alguna en ceder generosamente el eremitorio y la iglesia, ofreciendo además su pro-

teccion y autoridad para llevar á debido efecto la empresa. Tanto puede conseguir la virtud, cuando se manifiesta en su traje sencillo, y libre de los resabios de la ambicion ó el interés.

Entre tanto que se trataba este negocio vivia san Pedro en Valladolid, empleado en fervorosos ejercicios; pero anhelando siempre por vida mas semejante á la de su penitente Patriarca. A esta sazón se presentó en aquella ciudad el santo Villacreces, cuya vista lleno de terror y de edificacion á cuantos le vieron. Iba vestido de un sayal sumamente tosco, descalzo de pié y pierna, consumido de penitencias, y predicando con su mismo ejemplo la reforma que deseaba establecer. Habia entre los mismos claustrales muchos religiosos, que llevaban á mal la relajacion que se habia introducido, y no apetecian mas que una ocasion favorable para declararse á favor de la reforma. Uno de ellos era san Pedro, el cual, aunque hacia poco que habia profesado, con el fervor de su grande espiritu se habia adelantado á los demás. Luego que entendió las facultades que tenia del General el P. Villacreces para admitir al nuevo método de vida á todos los que quisiesen profesarla, se fué á él, le comunicó sus intentos, y le pidió ardientemente que le llevase consigo á aquel eremitorio á donde caminaba. El Reformador, viendo la excelente índole de aquel jóven, sus adelantamientos en la virtud, y las grandes esperanzas que ofrecia de mayores medras, le admitió con mucho gusto como un don que el cielo le ofrecia para cimentar sobre sólidas virtudes el edificio de su reforma. Regalado, por su parte quedó igualmente consolado, mirando á Villacreces como á un ángel que Dios le habia enviado para satisfaccion de su espíritu y santificacion de su alma. Habiendo llegado al eremitorio, se desnudó del hábito de claustral, y se vistió el saco de la nueva reforma, profesando en manos de su bendito maestro todo el rigor de la observancia, segun la regla primitiva de san Francisco. Once años permaneció en este lugar el Santo, dedicado á todos los ejercicios de virtudes, y empleado en las mayores austeridades. Su pobreza era suma, pues algunas veces llegó hasta faltar aceite con que cebar la lámpara que ardia delante del santísimo Sacramento. Su comida se reducía á algunas legumbres, pocas en cantidad, y mal condimentadas. La oracion era continua, los ayunos sin interrupcion, y las penitencias ásperas y multiplicadas. Observó por muchos años las nueve cuaresmas, que llaman de san Francisco, en que se comprendia la mayor parte, ó por mejor decir, casi todo el año; y de los dias que le quedaban libres destinaba muchos al ayuno de pan y agua, sin que jamás se permitiese la condescen-

dencia de aliviar por la noche con alguna ligera colacion el rigor abstinentes que se habia prescrito.

Con la continuacion en orar llegó á tan alto grado de contemplacion, que en ella era alimentado su espíritu con extraños regalos del cielo. Padecia frecuentemente raptos ó éxtasis, y eran tan vehementes, que le vieron muchas veces levantado en el aire, siguiendo lo terreno de su cuerpo la misma direccion que llevaba su espíritu. A estos éxtasis acompañaba una circunstancia maravillosa, que al mismo tiempo que manifestaba la elevacion de su alma, servia de edificacion, de ejemplo y de una santa admiracion de las maravillas que Dios obraba con sus siervos. Rodeábale un resplandor tan claro y luciente, que aunque fuese de noche, parecia que era de dia; y los que estaban léjos llegaron á juzgar alguna vez que ardia el convento de Abrojos, y fueron atropelladamente cargados de agua é instrumentos para apagar el incendio que habian imaginado. En medio de tanta sublimidad de espíritu, no dejaba de atender á las cosas mas bajas y menudas, como que en ellas se cimentaba su humildad para remontarse después con mayor seguridad y firmeza á la consideracion de los divinos atributos. No habia ocupacion humilde, ni ejercicio trabajoso y despreciable en que no fuese el primero; y tan risueño se veia su semblante cuando barria el convento, ó andaba de puerta en puerta solicitando de la piedad de los fieles el alimento para sus hermanos, como cuando embebido todo en Dios disfrutaba en la oracion sus soberanos favores. Ardia su pecho en caridad por la salvacion de sus prójimos; y conociendo que para lograrla mejor seria conducente el sacerdocio, halló entre sus continuos ejercicios de piedad tiempo oportuno para estudiar la ciencia de Dios en toda su extension, hasta hacerse capaz, no solamente de ordenarse de sacerdote, sino de hacer admirable fruto en las almas por el ministerio de la palabra. En uno y otro sentia indecibles delicias su espíritu: la alegría que mostraba en la conversion de los pecadores, y la celestial dulzura que sentia su alma al consagrar el cuerpo y sangre de Jesucristo, y alimentarse con tan divino manjar, manifestaban claramente, que aunque Pedro vivia en carne mortal, estaba por su fervor transformado en ciudadano del cielo.

Así pasaba una vida angelical y maravillosa, entregado enteramente al fervor que habia apetecido. Su alma, tranquila en la posesion de las mas sublimes virtudes, se regocijaba en el ejercicio de todas ellas, segun se le proporcionaban las ocasiones y las circunstancias. Mirábase en cierta manera seguro de este celestial reposo, porque

hasta entonces habia siempre caminado en brazos de la obediencia. Pero siendo Dios servido de coronar los grandes merecimientos del santo Villacreces, llevándole á gozar de su gloria, se turbó algun tanto la serenidad que hasta aquel punto habia disfrutado el fervoroso Pedro. Su conocida virtud, su admirable prudencia, la severidad con que guardaba el rigor del instituto, y el conjunto de prendas necesario para seguir la grande obra comenzada en la reforma, hicieron que todos pusiesen en él los ojos para hacerle sucesor del P. Villacreces. En efecto, habiéndose juntado los religiosos de los dos eremitorios, el de Aguilera y el de los Abrojos, para elegir vicario, todos de comun consentimiento eligieron á san Pedro, que brillaba entre los demás por sus virtudes como el sol entre las estrellas. Aceptó el gobierno como una carga que Dios ponía sobre sus hombros para que la llevase en beneficio de la Religion y de sus hermanos; no como una honra peligrosa con que se envanece el corazon, y se fomenta la soberbia. Así rigió como un padre benigno que ama á sus hijos, aun cuando la justicia y el mismo amor que les tiene le obligan á corregir sus defectos por medio del castigo. Era manso, dulce y benigno con los humildes y apocados; y duro, severo é inexorable con los soberbios y contumaces; tanto mas que entre cuantos vicios suelen corromper el corazon humano, y penetran hasta los mas sagrados retiros, ninguno le chocaba, ni excitaba mas sus justos enojos que el vicio de la soberbia. Iba delante de todos con su ejemplo, para que á ninguno le fuese pesado el rigor de la observancia. Jamas caminó sino á pié descalzo, sin omitir por esto los ayunos acostumbrados, ni dispensarse de la oracion, largos rezos y multiplicadas fatigas. Defendió con teson y constancia los derechos de la nueva reforma, acometida desde sus principios por muchos emisarios del comun enemigo que procuraba su destruccion, receloso de los grandes perjuicios que con el tiempo le habia de causar. Con este motivo padeció deshonras, calumnias y persecuciones las mas sangrientas; pero cimentado bien en la humildad, y siguiendo el ejemplo de Aquel que dió su vida en una cruz por sus ovejas, lo toleró todo con suma paciencia, y prevaleció su constancia contra las astucias del dragon infernal.

En medio de los peligrosos cuidados de la prelación, no desatendió un punto el principal de su propia santificacion; bien cierto que de nada le serviría ganar todo el mundo si padecia el menor detrimento su alma. Fortaleció esta con el escudo inexpugnable de todas las virtudes; pero en las que mas sobresalia su agigantado espíritu eran las

tres teologales, como basa y fundamento de todas las demás. Su fe era tan viva, que jamás llegó á persuadirse que podia accidente alguno de la tierra turbar la serie de tantas ocupaciones como se habia impuesto para continuar y propagar la santa observancia. Dios mismo la premió diferentes veces con repetidos milagros, haciendo que en el breve espacio de una hora pudiese andar en ayunas, á pié y descalzo, catorce leguas para cumplir en diversos lugares con las obligaciones de su ministerio. Su confianza en Dios era firme, y cual podia prometerse de su viva fe; y así sucedió, que impeliéndole la necesidad de pasar del eremitorio de Abrojos á algun sitio vecino para ejercitar la piedad, no dudó de extender su capa sobre las aguas del Duero, y pasar sobre ella al otro lado, como si fuese embarcado en un seguro y fuerte bajel. Pero en lo que mas resplandeció este gran siervo de Dios, fue en la sublime virtud de la caridad para con Dios y sus prójimos. Las obras maravillosas que con estos ejecutaba, manifiestan claramente el incendio que ardía en su pecho. En cualquiera parte que encontrase á algun necesitado le abrazaba, le consolaba, y no le dejaba ir hasta haber remediado enteramente su miseria. Si por casualidad encontraba algun pobre enfermo en el camino, le levantaba con sumo agasajo, le ayudaba y sostenia; y si no podia andar, le ponía sobre sus hombros, y le llevaba al convento. Allí le disponia toda suerte de medicinas y regalos hasta que recobraba la salud, y se daba por muy contento y satisfecho con besar los piés, y abrazar muchas veces caritativamente á aquel pobre que tan vivamente le representaba al mismo Jesucristo. Compadecíase en extremo de los leprosos, á quienes asistía y curaba con mas esmero, besaba sus asquerosas llagas, y muchas veces premió el cielo este fervor de su ardentísima caridad, sanando milagrosamente á aquellos infelices. Pero semejantes maravillas se habian ya visto patentemente por todos, en confirmacion de lo gratas que eran á Dios las limosnas y obsequios que este santo varon empleaba en el socorro de los menesterosos.

Estaba el Santo empleado en el oficio de portero en el convento de Abrojos; y como su corazon compasivo no podia ver una necesidad sin procurar inmediatamente remediirla, era tanto lo que daba de limosna, que llegaron los religiosos á murmurarlo, y solicitar del guardian que pusiese oportuno remedio. Entre los muchos pobres, se señalaba por su desolacion y su miseria una pobre viuda desamparada de todo auxilio humano, y con la carga de tres hijos pequeños, que aumentaban su dolor y su miseria. Un dia vino esta

pobre á pedir limosna á la hora de comer: advirtieron todos los religiosos que estaban en el refectorio que Regalado tomó con grande precipitacion muchos pedazos de pan y de carne, y echándolos en la falda del hábito iba á salir hácia la portería. Entonces el prelado le mandó detener delante de todos, y le dijo: *Gran prisa llevais, Fr. Pedro: ¿qué es eso que teneis en la falda?* Turbóse el Santo algun poco, conociendo el principio de donde nacia la pregunta; pero vuelto en sí, respondió: *Padre, llevo rosas para darlas á una pobrecita que tiene de ellas necesidad. Mostradlas al punto*, replicó el guardian. Entonces el bendito religioso, lleno de un santo pudor, abrió la falda, y vieron todos con admiracion convertidos en rosas los pedazos de carne y pan que ellos mismos habian visto antes con sus ojos. Admiraron la bondad de Dios, que tan maravilloso se manifiesta en sus siervos: le dieron infinitas gracias por un hecho tan milagroso, y vuelto á él el prelado, le dijo: *Id, padre, en el nombre del Señor, y dad esas rosas á la pobre que las necesita; y no solamente eso, sino dad cuanto fuere vuestra voluntad, que para eso nos lo concede liberalmente la divina beneficencia.*

Una de las muchas gracias con que le adornó el cielo en premio de su santa vida, fue el don de profecia, con el cual decia de antemano los sucesos futuros, y veia las cosas que estaban muy distantes de su presencia. Una noche estaba con sus religiosos cantando los Maitines, y concluidos mandó que se vistiesen algunos ministros las sagradas vestiduras, y precedidos de la cruz y el acetre los llevó á la ribera del rio Duero, que pasaba por allí cerca. Admiraban los religiosos una determinacion tan extraña por todas sus circunstancias; pero a poco de haber llegado á la orilla del rio, cesaron sus dudas, y creció su admiracion viendo venir por el rio, y hácia la parte en que estaban el cadáver de una mujer, que por defender su castidad se habia precipitado en las aguas. Sacáronle, y le dieron honrada sepultura, alabando á Dios que tales cosas habia revelado á su siervo, pues el caso era imposible saberse por ningun medio humano. En otra ocasion mandó tocar á comer, y que fuesen los religiosos al refectorio, no obstante que el despensero le habia certificado de que ni un bocado de pan, ni de otra alguna vianda habia en el convento para aquel dia. Pero apenas se sentaron, después de bendecir la mesa, cuando llamaron á la portería; acudió el portero, y encontró una mula cargada de pan y de otros comestibles; y habiéndolos conducido al refectorio, quiso recoger la caballería para cuidarla; mas fue en vano, porque por varias diligencias que practicó para hallarla,

jamás pudo encontrar rastro alguno del camino que habia llevado, ni del que habia traído. Seria cosa muy prolija referir todos los portentos que obró la divina Omnipotencia en recomendacion de la gran virtud de este Santo. Basta saber que llegó á extenderse tanto su fama, que aun en las partes mas remotas se encomendaban las personas piadosas á sus oraciones en los mayores conflictos, sin que dejasen las mas veces de conseguir un éxito feliz. Lleno ya de virtudes y merecimientos; macerado su cuerpo con indecibles penitencias; enriquecido su espíritu con los dones del Espíritu Santo; hecho habitacion y templo de la gracia; habiendo gobernado con admirable rectitud y prudencia, y llevado hasta un estado de robustez y firmeza la reforma comenzada, quiso Dios llevarle á gozar el premio debido á trabajos tan útiles y gloriosos.

En el año de 1456, al principio de la Cuaresma, cayó en una enfermedad peligrosa, de la cual luego entendió que habia de morir. Contristábanse sumamente los religiosos por la pérdida de un tan ejemplar y tan santo padre; solo él estaba con el rostro alegre, consolándolos en su justo dolor, y exhortándolos continuamente á la constancia en el rigor comenzado. Uno de los accidentes de su enfermedad era un hastío á todo género de comida, que le hacia casi imposible tomar alimento. Deseoso el médico, por el amor y veneracion que le tenia, de encontrar alguna vianda que le fuese grata, le preguntó un dia si comeria una codorniz. Respondió el Santo que sí; pero esta respuesta contristó mas á todos, porque en aquel tiempo era poco menos que imposible satisfacer su apetito. Pero Dios, que queria glorificar á su siervo de diversas maneras, hizo que al salir el médico del convento se le viniese á la mano una, á quien acosaba el milano. Cogióla, y vino muy contento al Santo, lisonjeándose de que ya habia encontrado con que satisfacer su apetito, y prolongar su vida. San Pedro tomó la codorniz, y haciéndola muchas caricias, y componiéndola las plumillas que tenia espeluznadas, dijo: Preciosa avecita, Dios te ha librado de las uñas crueles de tu enemigo, y ¿será razon que mueras ahora en las mias? no, de ninguna manera; anda, y alaba á Aquel que te crió, y que te libró de la muerte; y diciendo esto la echó á volar, admirando todos la dulzura de su genio, y aquella generosidad con que preferia la vida de una ave á su propia conveniencia. Entre tanto la enfermedad se iba agravando de modo, que conoció que estaba su muerte muy cercana. Dispúsose para ella con el santo sacramento de la Confesion, y pidiendo perdon á sus hermanos con muchas lágrimas de los defectos que les pudiesen haber ser-

vido de escándalo ó de molestia. Después recibió con suma devocion el santísimo sacramento de la Eucaristía; y queriendo los religiosos administrarle el de la Extremauncion, el Santo, que veia con iguales ojos lo presente que lo futuro, les mandó que esperasen á que viniese el obispo de Palencia, que á la sazón era D. Pedro de Castilla, sobrino del rey D. Pedro, á quien Dios habia movido para que viniese á hacerle este último honor. El suceso acreditó la verdad de la profecía; pues de allí á poco llegó el Obispo, y le administró la Extremauncion. Hecho esto, mandó á sus religiosos que rodeasen la pobre cama en que yacia, y rezasen las oraciones y salmos que para este fin tiene la Iglesia; y mientras ellos, anegados en fervor y lágrimas recomendaban el alma de su santo Padre, este levantó las manos al cielo, y diciendo: En tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu, le entregó en manos de su Criador con suma tranquilidad. Murió dia 30 de marzo en el año dicho, y á los sesenta y seis de su edad; y su cuerpo fue sepultado en el entierro comun de los demás religiosos, como él lo habia pedido con muchas ansias antes de morir, receloso de que los religiosos quisiesen hacerle alguna distincion.

Pero Dios, á cuyo cargo está el cuidar de que sean honrados y venerados sus siervos, le ensalzó con tantos y tan estupendos milagros, que por su multitud no permiten referirse aquí. Muchos que habian muerto violentamente ó de enfermedad recibieron vida poniendo sus cadáveres sobre su sepulcro. Iguales beneficios recibieron cojos, mancos, ciegos, tullidos, apestados, heridos y enfermos de cualquiera peligrosa dolencia; de manera, que ninguno llegaba á implorar su proteccion á su sepulcro, que se fuese desconsolado. Un dia llegó un pobre á pedir limosna al portero, el cual le dijo que no tenia que darle. Fuése el pobre al sepulcro de san Pedro, y oró así: *¡Ó santo varon! Si tú vivieras hoy dia, no saldria yo de aquí desconsolado y sin limosna para morirme de hambre.* Al decir esto *¡ó misericordia de Dios!* se abrió el sepulcro; y alargando el Santo la mano, dió un pan á aquel infeliz, que fué por todas partes pregonando la maravilla. A este tenor eran tantas las que Dios obraba por su siervo, que solamente en los seis meses primeros después de su muerte se justificaron ciento y veinte y ocho milagros por deposicion de las personas que fueron á dar gracias, ó presentar sus votos por los beneficios recibidos.

Treinta y seis años permaneció el cuerpo de san Pedro en el lugar humilde en que habia sido enterrado; pero glorificado con gran copia de milagros, por el gran concurso de gentes de todas jerarquías

que concurrían á implorar su patrocinio, y venerar sus reliquias. Reyes, príncipes, prelados, pueblos enteros se veían ir continuamente publicando la santidad de san Pedro, y clamando porque su cuerpo fuese trasladado á mas decente sepulcro. Pero esto no se verificó hasta el año de 1492, día 15 de mayo, en que habiéndose construido un magnífico sepulcro de alabastro de orden de la reina Isabel, en la capilla mayor, al lado del Evangelio, se desenterró el sagrado cadáver, y se trasladó allí con gran pompa y aparato, concurriendo á la procesion la misma Reina, muchos obispos y grandes, y el clero y religiosos de los lugares circunvecinos. Al tiempo de hacer la exhumacion, se hallaba presente la reina Isabel, que á este efecto habia venido desde Granada después de su conquista, dejando allá al Rey cuidando de la ciudad mientras ella daba gracias á Dios por la victoria. Sin embargo de que el lugar en que estaba sepultado era extremadamente húmedo, hallaron el cuerpo entero é incorrupto, en tanto grado, que se quedaron todos admirados. Y no solamente esto, sino que estaba blando y flexible, exhalando un olor fragantísimo que se difundió por el convento, y aun por los campos vecinos. Admirada la Reina de aquella maravilla, y deseosa de que el Rey su marido la viese, y alabase á Dios en sus Santos, mandó que le cortasen una mano para enviársela por reliquia á su esposo. Ejecutóse así, y salió la sangre tan fresca y encarnada como si estuviera vivo, recogiénola en lienzo que empaparon en ella, y que se conservan en el convento de Aguilera entre las mas preciosas reliquias. Con estos portentos creció la fama de su santidad tanto, que hasta los reyes, príncipes, arzobispos, nuncios apostólicos, y el rey Felipe III con su esposa Margarita de Austria, y el príncipe heredero, fueron á visitar al Santo, é implorar su favor en los sucesos calamitosos, recibiendo siempre los premios debidos á su fe y á tan piadosos actos de religion. No omitieron los religiosos diligencia alguna para justificar en la forma debida, tanto la veneracion y culto que tributaban los fieles á este gran siervo de Dios, como los innumerables prodigios y milagros que por su intercesion hacia Dios cada dia; y hallando el santo padre Urbano VIII que uno y otro correspondia á la informacion que se hizo de sus heróicas virtudes, le declaró Santo en 24 de junio del año de 1683. Celébrase su fiesta con oficio y misa propia por decreto de Inocencio XI, expedido á 13 de mayo, que quiso que todos los fieles gozasen del consuelo de saber que en el discurso del año tenían un dia destinado á la invocacion de este gran penitente, de este ejemplo de prelados y norma de corazones caritativos.

SAN JUAN SILENCIARIO, OBISPO Y CONFESOR.

San Juan, llamado *Silenciarío* por el profundo recogimiento y silencio que guardó por espacio de muchos años, nació en Nicópolis de Armenia el año de 454. Su padre Encracio y su madre Eufenia fueron tan conocidos en el imperio de Oriente por sus grandes bienes de fortuna y por su antigua nobleza, como por los grandes empleos con que habian sido honrados sus antecesores; pues uno y otro contaban en su familia generales de ejércitos y gobernadores de provincias; pero fueron mucho mas ilustres por su ejemplar piedad, y así tuvieron gran cuidado de dar á sus hijos una cristiana educacion.

Aprovechóse bien de ella nuestro Santo; pues hallándose á los diez y ocho años de su edad heredero de una rica sucesion por la muerte de sus padres, solo se sirvió de ella para hacer mayor su sacrificio. Por la tierna devocion á la santísima Virgen, que habia mamado con la leche, la empleó toda en edificar en Nicópolis una magnífica iglesia dedicada á esta Señora, y en fundar un monasterio, en que él mismo se encerró con otros diez compañeros escogidos, que habiendo dejado tambien todo lo que tenian, no querian pensar en otra cosa que en su eterna salvacion.

A un principio tan generoso y tan perfecto se siguió presto el ejercicio de todas las virtudes. La humildad fue desde luego la virtud de sus cariños. Parecia que solo tenia talentos para humillarse. Sus vigiliass, su abstinencia, sus penitencias en tan tierna edad sustentaron aquella pureza de cuerpo y alma que conservó toda la vida, y cada dia con mayor aumento. Su fervor y sus ejemplos eran lecciones tan eficaces, que cada uno de los monjes experimentaba un vivo deseo de perfeccionarse viendo al jóven Abad que iba siempre el primero en todos los ejercicios de la vida regular. Era tan admirado por su prudencia, por su suavidad y por su discrecion en el gobierno, como por su eminente santidad. Hízose dueño de la veneracion y del corazon de todos sus súbditos; con que fácilmente les sirvió á todos de modelo, y en breve tiempo llegó á ser un seminario de Santos el monasterio de Nicópolis.

La misma reputacion de su prudencia y de su virtud no permitió á los monjes gozar mucho del santo Abad. Muerto el obispo de Colonia, todos los votos del clero y del pueblo se unieron en favor del santo Abad. Teníase bien conocida su repugnancia á todo género de dignidades, y fue menester valerse de una estretagemá para vencerle. El arzobispo de Sebaste, á quien como metropolitano tocaba

proveer de obispo aquella iglesia, confirmando la eleccion del clero y pueblo, persuadido igualmente á que ninguno podia ocupar mas dignamente aquella silla que nuestro Juan, aunque á la sazón de edad de solos veinte y ocho años, le envió á llamar con otro pretexto. Apenas le hizo la proposicion del obispado, quando el santo mozo se sobresaltó. Pero el Arzobispo estaba resuelto á no ceder á su repugnancia, especialmente quando ella misma era nueva prueba del acierto de la eleccion. Fue preciso obedecer; y recibidos los sagrados órdenes, fue consagrado obispo con tanto aplauso como solemnidad.

La nueva dignidad en nada alteró su antiguo modo de vivir. De ninguna de las mortificaciones que usaba en el monasterio se dispensó; la misma abstinencia, el mismo continuo ejercicio de oracion, la misma humildad. Por el amor que profesaba á la pureza se interdijo para siempre el uso del baño, sin que la nueva dignidad le sirviese mas que para añadir las penitencias de monje á las apostólicas fatigas y solicitud pastoral de obispo.

En fuerza de su caridad, de su celo y de las demás virtudes, se vió muy presto florecer la piedad en todo el obispado, sin que fuesen solas sus ovejas las que se aprovecharon de sus ejemplos; penetrando hasta la corte la admiracion de su virtud. Hizo tanta impresion en su hermano Pérgamo y en su primo Teodoro, ambos muy distinguidos y estimados en el palacio de los Emperadores, que reformando sus costumbres, fueron uno y otro modelo de cortesanos ajustados y ejemplares.

Pero el espiritual gozo que le causó la conversion de aquellos dos señores se templó mucho con el dolor de la caprichosa y menos cristiana conducta de Pasínico, cuñado de nuestro Santo. Era gobernador de la Armenia, y en lugar de contribuir con todo su poder y autoridad á sostener la santa intencion y el celo del santo Prelado, todo lo perturbaba dentro de su misma diócesis. Estorbaba á los eclesiásticos en el cumplimiento de sus obligaciones, molestábalos con todo género de vejaciones, y violaba la inmunidad de las iglesias. Valióse el santo Obispo de ruegos y de representaciones, pero muy inútilmente; y viendo que el mal empeoraba cada dia, resolvió llevar sus quejas al emperador Zenon, y partió en persona á Constantinopla. El Emperador le hizo justicia; pero estos disgustos renovaron en su espiritu el amor á la soledad y el tedio á las dignidades. con tanta fuerza, que habiendo puesto orden en los negocios del obispado, que tan prudentemente habia gobernado casi por espacio de

diez años, y habiéndole renunciado secretamente, tuvo modo de evadirse de los eclesiásticos que le acompañaban: embarcóse solo en un navío, y sin darse á conocer pasó á Palestina; detúvose algunos dias en el hospital de Jerusalem, suplicando con lágrimas al Señor le guiasse al lugar que fuese mas oportuno para pasar el resto de sus dias en la oscuridad, desconocido de los hombres, y ocupado únicamente en el cuidado de su salvacion.

Hallándose una noche en oracion, advirtió que venia hácia él una estrella muy resplandeciente en figura de cruz. Asombrado á vista de aquel fenómeno, oyó al mismo tiempo una voz, que le dijo la siguese. No se detuvo ni un momento, y en breve tiempo le condujo la brillante guia á la Laura, esto es, al monasterio de San Sabas, donde vivian ciento y cincuenta anacoretas.

Recibió san Sabas á nuestro Santo sin conocerle, y desde luego le dedicó á que sirviese de criado al mayordomo. Los oficios mas penosos y mas humildes eran los de su mayor gusto. Iba por agua al arroyo, servia de peon á los albañiles que fabricaban el hospital ó el hospicio para los forasteros, llevándoles el ripio y las piedras. Admirábanse todos á vista de su apacibilidad, de su devocion, de su silencio y de su recogimiento. A los treinta y ocho años de su edad le hicieron hospedero; mas reconociendo san Sabas alguna cosa extraordinaria en aquel humilde súbdito, y admirando los dones que el Señor habia depositado en él, le concedió una celda para que se retirase á ella y vacase á la contemplacion. Tres años pasó en ella, sin dejarse ver de nadie los cinco primeros dias de la semana, que pasaba casi sin alimento. El sábado y el domingo acudia á la iglesia, donde daban testimonio de su tierna devocion las lágrimas que deramaba, especialmente mientras se celebraba el santo sacrificio de la misa.

Después de los tres años le hicieron mayordomo. Pero ni la continua disipacion de este oficio ocasionó en el habitual recogimiento de su espíritu alguna distraccion. Mientras tanto, admirando san Sabas cada dia mas y mas la eminente virtud de su mayordomo, hizo juicio que no habia en todo el monasterio sujeto mas digno de recibir el sacerdocio que él; y sin hablarle palabra le llevó consigo al patriarca de Jerusalem, y le pidió se sirviese conferir á aquel monje los órdenes sagrados, haciéndole sacerdote. El Patriarca, sobre el testimonio de un hombre como san Sabas, que aseguraba no haber tenido jamás religioso mas santo, mas capaz, ni mas perfecto, determinó ordenarle. Viéndose el siervo de Dios precisado á descubrirse.

pidió audiencia secreta al Patriarca; y después de haberle obligado al secreto, le declaró que era obispo. La vista de mis culpas, añadió, me obligó á renunciar el obispado, y á retirarme al desierto á hacer penitencia de ellas. Igualmente asombrado que edificado el Patriarca, llamó á san Sabas, y le dijo que aquel religioso le habia confiado en secreto cierta cosa, en virtud de la cual no le podia ordenar de sacerdote, y así se le recomendaba para que le dejase en su silencio, sin permitir que ninguno le inquietase.

Sensiblemente afligido el santo Abad de haberse engañado, á lo que él creia, en el ventajoso juicio que habia hecho de la virtud de aquel monje, teniéndole por digno del sacerdocio; inquieto sobre el estado interior de aquel desconocido religioso, se retiró á una gruta, distante una legua del monasterio, donde doblando sus penitencias y oraciones, pidió al Señor le diese á conocer si aquel hombre á quien él habia juzgado digno del sagrado ministerio era un vaso de misericordia destinado para la gloria, ó un vaso de ira preparado para perecer eternamente. Oyó Dios su oracion, y percibió una voz que le dijo, que aquel religioso era un vaso de eleccion, adornado con el carácter episcopal, y que en él tenia un tesoro escondido en su monasterio. Lleno san Sabas de gozo y de admiracion, corrió á la celda del Santo, y abrazándole con ternura y con respeto: *Padre*, le dijo, *vengo á quejarme de que me hayas ocultado quien eres; y ahora lo ignoraria si Dios no me lo hubiera revelado.* No pudo Juan disimular su sentimiento de verse descubierto; y habiendo dado á entender que pensaba en retirarse á otra parte, san Sabas le conjuró que no se moviese, dándole palabra delante de Dios de no descubrir á persona alguna quién era. Con esta promesa se aquietó, y habiéndose encerrado en su celda estuvo en ella cuatro años sin hablar palabra. No salió de ella sino para asistir á la consagracion de la iglesia dedicada á la santísima Virgen, que habia edificado san Sabas, y vino á consagrar san Elías, patriarca de Jerusalem, el cual quiso ver á nuestro Juan, y no quedó menos admirado de su humildad que de su raro mérito.

Habiéndose introducido en la nueva Laura el espíritu de division y de parcialidad, se retiró de ella san Sabas; y Juan, á la sazón de cincuenta años, no queriendo tener comercio con los sediciosos, la abandonó tambien, y se fué al desierto de Ruba, donde vivió nueve años sin hablar con persona alguna, sustentándose de la fruta y raíces silvestres que el mismo iba á coger en aquella vasta soledad.

Hicieron en ella una incursion los sarracenos, conducidos de Ala-

mundar, llenando de sobresalto y de turbacion á aquel santo desierto; pero asegurado Juan en la confianza del Señor, no pensó en refugiarse á otra parte. Prometiósela Dios enviándole un leon que no se apartaba de su lado, y ponía en fuga á los bárbaros.

Sosegadas las turbaciones de la Laura, volvió á ella san Sabas, y ansioso de ver á nuestro Santo le fué á buscar, y le condujo á su primera celda, donde estuvo cuarenta años sin hablar con nadie sino con Dios, poniendo todo su cuidado en hacerse invisible y desconocido de los hombres.

No dejó el Señor de manifestar la santidad de su siervo con muchas maravillas. Vino á visitar los santos lugares de Jerusalem un arzobispo del Asia, llamado Athero, hombre de gran virtud; y estando en oracion, tuvo una vision en la que se le dió á entender era voluntad de Dios que visitase la Laura de san Sabas, para admirar en ella un vaso de eleccion en la persona del solitario Juan, que siendo obispo se habia hecho simple religioso; y casi invisible á los hombres mortales, pasaba la vida en penitencia y soledad, meditando dia y noche las verdades eternas. No perdió Athero un instante de tiempo; voló al desierto, y arrojándose á los piés del Santo, publicó en presencia de san Sabas y de todos los monjes las maravillas que Juan les habia ocultado.

Muerto san Sabas, se apareció á nuestro Santo, y le dijo que aunque era tan ardiente su deseo de ver y gozar de Dios, queria su Majestad detenerle en la tierra por algun tiempo, para que consolase y fortaleciese en la fe á sus hermanos durante una cruel persecucion que habian de mover los herejes.

Con efecto, no se puede decir lo mucho que tuvieron que padecer aquellos monjes en defensa de la verdad, contra los que seguian los dogmas de Orígenes y de Teodoro de Mopsuestia; pero nunca pudo penetrar el error en una comunidad de anacoretas de que era tenido por guia y por cabeza nuestro Santo. En vano fue perseguido; declaróse abiertamente contra el error, y sufrió la mas dura persecucion por defender los decretos de la Iglesia. En fin, colmado de dias y merecimientos, siendo de edad de ciento cuatro años, sin haber perdido ni el vigor del espíritu, ni aquella dulzura que conservó siempre inalterable, después de haber pasado setenta y seis años en el desierto, y casi todo este tiempo en una elevada contemplacion, en una asombrosa penitencia y un continuo silencio, murió con la muerte de los Santos el año 538, y muy presto fue el objeto de la veneracion del pueblo.

SAN SEGUNDO, OBISPO Y PATRON DE ÁVILA.

Uno de los santos varones apostólicos, que por los años del Señor de 63 ó 64 vinieron á España á sacarla de sus errores, fue san Segundo, de cuya vida, padres y patria nada mas se sabe que lo que el oficio muzárabe, el leccionario Complutense, y otros instrumentos, que se guardan en la biblioteca del Escorial, refieren sucintamente. Segun ellos, san Segundo, siendo ya de edad proporcionada para el ministerio evangélico, fue ordenado por san Pedro en Roma poco antes de la primera persecucion sangrienta que movió Neron contra la Iglesia de Jesucristo. Instruido por los santos apóstoles san Pedro y san Pablo de las altas obligaciones del ministerio que le habian confiado, se embarcó con los demás compañeros suyos, ansioso de poner en ejecucion tan grande ministerio. En aquel tiempo era Tarragona la provincia mas floreciente que tenian los romanos en España. A ella se dirigian sus pretores, y en ella, como en la capital de todos sus dominios, residia su legislacion y su grandeza. Era muy natural en esta suposicion dirigirse á ella, con.o á sitio en donde seguramente podria lograr su predicacion considerables ventajas. Pero los consejos de Dios son muy diferentes de las consideraciones bajas y rateras de los hombres. El, que era el que regia la nave, dispuso que llegasen á tomar puerto á un sitio muy cercano del que ocupa hoy la ciudad de Almería. Y si es licito conjeturar, parece muy probable que seria el puerto llamado *Urci*, ó el que se dice *Puerto magno*. Apenas pusieron los piés en tierra, tendieron su vista sobre una inmensidad de campos escabrosos, que su celo y predicacion habian de hacer fértiles para Jesucristo. Representóseles el gran trabajo que les esperaba; pero alentó su corazon lo justo de la causa que trataban, y el premio prometido á sus fatigas.

Era España á la sazón un teatro miserable de los desbarros y extravíos del hombre. Diversas naciones estimuladas de su codicia habian venido a esta region enriquecida con todas las preciosidades de la naturaleza. Su corazon codicioso no trajo consigo solamente este vicio, sino que todos los errores de la supersticion vinieron, por decirlo así, á conquistar un nuevo país en donde se les ofreciese incienso. Las monstruosas deidades de los egipcios, con las que añadieron griegos y romanos, tenian aras entre los españoles, y contra ellas tenian que manifestar la fortaleza de su corazon los nuevos soldados del Crucificado. Ardía san Segundo en deseos de poner por

obra el ministerio de que venia encargado; y así, en compañía de los seis santos obispos, echó á andar luego que puso pié en tierra, deseoso de encontrar poblaciones, y gentes en quienes emplear el ministerio de la palabra. Habrian caminado como unas catorce leguas, cuando se les ofreció á la vista la ciudad de Acci, hoy Guadix, y sobresaltóse su corazon de alegría, viendo ya terreno oportuno donde comenzar á esparcir la semilla del Evangelio. Sentianse algo molestados del penoso viaje; y así, antes de comenzar su peligroso ministerio, determinaron descansar algun tanto, tomar alimento, y repararse del desmayo que les habia causado la pasada fatiga. Con este intento, mandaron á algunos de sus discipulos que llegasen á la ciudad á comprar los alimentos necesarios. Poco mas de un cuarto de legua habian andado cuando se encontraron á las puertas de la ciudad, y en ella una inmensa griteria en que estaba envuelto todo el pueblo. Era el caso, que en aquel dia celebraban los gentiles fiestas á Júpiter y la diosa Juno; y entre los excesos de sus comilonas y borracheras, se dejaban ver fácilmente las señales de una inmoderada alegría. No se sabe de cierto, si excitado el fervoroso celo de los santos varones á vista de las manchadas ceremonias del paganismo, comenzarian tal vez á declamar contra ellas; se sabe sí, que el fuego de la supersticion enardeció tan violentamente los corazones de los paganos, que tardaron poco en manifestarlo con sus obras. Dios dirige ocultamente el enlace y conexión que tienen entre sí todas las causas y efectos, sean buenos ó sean malos. Todo lo dirige y ordena á aquellos provechosos fines que se ha establecido su sabiduría; de este modo con un artificio desconocido á los hombres sabe su providencia sacar aun de las cosas muy malas muy grandes bienes.

Así aconteció en el caso presente. Encendidos en cólera los gentiles, intentan perseguir á los forasteros, cuya diversidad de vestidos, y la severidad del semblante, les daba ciertos indicios de que intentarían apartarlos del culto de sus deidades. Determinan, pues, quitarles la vida, y á este fin corren hácia ellos impetuosamente, deseando cada uno ser el primero que ensangrentase sus manos en aquellos inocentes promulgadores de la ley de Jesucristo. Estos, luego que advirtieron al pueblo conmovido contra sí, se dieron prisa á huir para evadirse del peligro que les amenazaba, y hacer noticiosos á los santos obispos de la contradicción y peligro que habian encontrado. El pueblo gentil los seguía, deseando vivamente haberlos á las manos para sacrificarlos á su furor. En el camino que seguían

los perseguidores y perseguidos habia un puente magnífico, de tan sólida construccion, que todos los instrumentos antiguos convienen en que era capaz de burlarse de la voracidad de los tiempos. Entraron en él los Santos, y le pasaron felizmente; entraron tambien los perseguidores; y cuando todo el puente estaba lleno de ellos, y muy cercanos ya, á su parecer, de poner en ejecucion sus sanguinarios intentos, aquel Dios, á cuya vista se estremecen las columnas del firmamento, hizo que derrocándose á un tiempo los grandes pilares en que estribaba toda la máquina, se convirtiese el puente en ruinas, envolviendo entre ellas aquellos miserables que perseguian á sus siervos. Un hecho tan ruidoso consternó á toda la ciudad. Apenas habia casa en donde no llorasen la muerte del hijo, del hermano, ó de algun cercano pariente. Un temor saludable se apoderó de los corazones de todos, convirtiéndose la rabia, el furor y la indignacion en temor, en respeto y en deseos de tener cada uno de los acitanos en su casa á aquellos venerables varones, á quienes tan prodigiosamente el cielo favorecia. Señalóse entre todos una noble matrona senatriz, por nombre Luparia. Envió mensajeros á los Santos, para que se dignasen de venir á hospedarse en su casa, y estos, viendo el buen principio con que el Todopoderoso favorecia su mision, aceptaron gustosamente el convite. Gozosa Luparia de ver á los santos varones en su casa, comenzó á preguntarles qué profesion era la suya, de qué regiones venian, qué fin les habia traído á estos países para ellos tan remotos, y todo lo demás que se deja entender de la curiosidad de una mujer, viendo unos hombres de un traje tan diverso del que usaban los españoles, y á quienes habia visto con sus ojos que el cielo favorecia tan decididamente. Los santos obispos, viendo que se les presentaba ocasion tan oportuna de derramar la divina semilla, instruyeron á Luparia de su profesion y de su ministerio. Dijéronla como eran discípulos de un hombre que juntamente era Dios, llamado Jesucristo: que este habia libertado al mundo de la tiranía del demonio, destruyendo la ley antigua, todos los ritos y supersticiones, é instituyendo una religion santa, magnífica, racional y suave, en la cual solo podian encontrar los hombres la verdadera felicidad: que esta doctrina y religion era lo que ellos predicaban, y que para recibirla era necesario reengendrarse en las aguas del Bautismo, conociendo y confesando por verdadero Dios á Jesucristo. Oia la matrona con un corazon sencillo y deseosa del bien las palabras de los Santos. La gracia de Dios por otra parte formaba en su alma las mas preciosas disposiciones para recibir la verdadera

doctrina. Como en lo poco que de esta la habian comunicado los Santos, se contenia que el Bautismo era la puerta por donde habia de entrar á ser cristiana, pidió con ansia que se le administrase; pero los Santos, aunque alegres con este primer fruto de su predicacion, no juzgaron conducente satisfacer sus deseos por entonces. Significáronla que habia otros misterios en que debia ser primeramente instruida; y entre tanto que esto se verificaba, seria conducente edificar un baptisterio en donde recibir las aguas saludables. La piadosa matrona recibió con tanto gusto aquella insinuacion, y la puso por obra con tanta eficacia, que en poco tiempo se edificó un templo segun el gusto y direccion de los Santos, en donde ya instruida, recibió el Bautismo.

Los poderosos tienen un atractivo en sus obras respecto de la multitud del pueblo, que parece contagio, segun la velocidad con que se difunde y propaga. No puede persuadirse la plebe á que aquellos personajes, á quienes Dios ha constituido por superiores de los demás, desmientan con sus operaciones los altos designios de la divina Providencia. Así juzgan fácilmente, que cuanto hacen es arreglado á la ley y á la justicia, y no dudan imitar lo que están persuadidos que es justo y arreglado. Por esta causa, el ejemplo de Luparia y el hacerse cristiana, causó tal conmocion en el pueblo, y tal trastorno en sus opiniones, que aquellos mismos que habian incitado á perseguir á los varones apostólicos, eran ya los que con mas fervor querian someter la cerviz al yugo del cristianismo. Conforme se iba propagando la religion verdadera, iban decayendo las supersticiones y engaños de la ciega gentilidad; y al paso que se destruian los ídolos y sus templos, se erigian nuevas aras al Crucificado. Muy prontamente vino á ser la ciudad de Guadix una ciudad cristiana y piadosa, en donde estaban por demás tantos obreros evangélicos. El fin que los habia traído á España no era solamente la conquista de aquel pequeño recinto: sus miras se extendian á la conversion universal de todo este vasto país. Por tanto, trataron entre sí los Apostólicos de dividirse, haciendo una cómoda distribucion de las regiones á donde habian de predicar el Evangelio. A san Segundo le cupo en suerte la ciudad de Ávila con toda su comarca, que á la sazón estaba floreciente. Desde esta division cesan ya las noticias auténticas que han quedado de estos primeros maestros de nuestra fe. Segun el oficio muzárabe se sabe, que cuando iban á sus respectivos destinos lo abrasaban todo con el fuego de su predicacion, haciendo maravillosas conquistas á favor de la religion que predicaban. Llegado san Se-

gundo á Avila, emprendió con el mayor vigor la conversion de aquellas ciegas gentes, no perdonando trabajo por penoso que fuese para reducir las á la grey de Jesucristo; pero esto mismo le hizo víctima de su caridad, dando la vida por la misma fe que predicaba.

No se sabe el género de martirio que padeció, y mucho menos las circunstancias de su pasion: las lecciones del oficio antiguo, que usaba aquella catedral, le dan constantemente los títulos de obispo y de mártir, lo que no permite dudar que este Santo fue uno de los discípulos de Santiago, que ordenado obispo por san Pedro, coronó el empleo del sacerdocio con la laureola del martirio. Su cuerpo fue recogido por los cristianos de aquel tiempo, y colocado con honor y reverencia en un decente sepulcro. Las continuas invasiones que hicieron los bárbaros en nuestra Península, y el estrépito revoltoso de las continuas guerras ofuscaron de tal manera su memoria, que permaneció enteramente extinguida por espacio de muchos siglos, hasta que una casualidad dichosa ofreció la invencion de su sepulcro y sus reliquias. Sucedió esto en el año de 1519, en que intentando hacer un arco que diese fácil entrada á dos capillas del templo de Santa Lucía, sito á las riberas del rio Adaja, al tiempo de demoler dos pequeños arcos antiquísimos, vieron que en sus cimientos se descubria un hueco, que daba á entender que allí habia algun sepulcro. En efecto, hallaron una pequeña tumba de madera que tenia por la parte de afuera una reja dada de verde. Admirados de la novedad los obreros, prosiguieron cavando con mayor cuidado. Gran multitud de pueblo concurrió á la nueva de un tan extraño caso, esperando entre el temor y la alegría un suceso que no podian prometerse sus esperanzas; pues prosiguiendo la excavacion, encontraron una arca de piedra, y dentro de ella otra de madera con esta inscripcion: *SAN SEGUNDO*. A esta sazón ya habian concurrido la mayor parte del cabildo eclesiástico y los magistrados de la ciudad, en cuya presencia se abrió la arca, y en ella hallaron un cadáver con insignias episcopales, un cáliz y un anillo de oro, y de todo salió una suavísima fragancia que llenó la iglesia. La sensacion que causó en los corazones de todos tan precioso hallazgo fue excesiva, y la manifestaron con todas las demostraciones de júbilo y alegría. Dios quiso tambien manifestar la gloria de su siervo con milagros de su divina omnipotencia. Estaba allí un enfermo llamado Francisco Arroyo, natural de Ávila, el cual muchos años habia que estaba padeciendo una enfermedad molesta y vergonzosa; pues se reducía á tener fuera de su lugar gran parte de los intestinos. Este miserable.

deseoso de recuperar su salud, dijo delante de todos: *Quiero ponerme encima del cuerpo de este Santo, para ver si la divina misericordia se compadece de mi, y por sus méritos é intercesion me sana de mi peligrosa dolencia.* Dicho esto se puso sobre el arca, levantó las manos al cielo, y dijo con grande alegría: *No te doy gracias, Señor mio Jesucristo, que por la intercesion de san Segundo ya me hallo sano.* Divulgóse el milagro por toda la ciudad, todos á una voz glorificaron al Señor por sus misericordias y maravillas; y gozosos con el hallazgo de tan precioso tesoro, trataron de colocarle en un sitio decente y cómodo para implorar su patrocinio en las necesidades que ocurriesen. El dean y cabildo de la catedral intentaron llevar el sagrado cadáver á su iglesia, alegando que este les competia por derecho, habiendo sido san Segundo el primer obispo de la ciudad; además que de este modo se proporcionaba al Santo mayor veneracion y culto, y á los fieles el consuelo de tenerle mas cercano para dirigir por su medio á Dios sus súplicas y sus votos. Opúsose á estos intentos la confraternidad de San Sebastian, establecida desde tiempo muy antiguo en la iglesia de Santa Lucía, con la obligacion de defender los derechos de aquella parroquia. En esta disension se acordó colocar por el pronto el arca con las santas reliquias en un lugar honorífico de aquella iglesia, sin desistir por esto el dean y cabildo de la catedral de hacer todas las diligencias necesarias á fin de que se les diese la posesion.

Pasaron muchos años sin que se pudiese conseguir del magistrado de Ávila, protector de la confraternidad de San Sebastian, que inclinase su condescendencia á las poderosas razones que tenia de su parte el cabildo. La iglesia de Santa Lucía era de suyo pobre y pequeña: carecia de todas aquellas comodidades que desean los fieles en las novenas y vigalias que hacen á los Santos. Por esto mismo se resfriaba fácilmente la devocion primera que en la invencion del sepulcro habian los fieles concebido: la iglesia estaba situada en el paraje mas indecente é incómodo de la ciudad, á donde con dificultad se podian conducir los sacerdotes necesarios para el culto; y por el contrario, era sumamente fácil que experimentase los contratiempos de ladrones y otras gentes perdidas. Todas estas razones y otras muchas no pudieron ablandar la tenacidad de unos hombres encaprichados, que querian hacer un particular misterio de lo que era una pura casualidad, y atribuir erradamente virtudes imaginarias á la materialidad de los sitios. En el año 1517 fue promovido al obispado de Avila Fr. Francisco Ruiz, del Orden de san Francisco, hombre de espíritu,

que al lado del cardenal Cisneros habia aprendido á no acobardarse en presencia de las dificultades, y á vencer de cualquiera manera los estorbos que se opusiesen á sus justos intentos. Informáronle luego del estado que tenían las pretensiones del cabildo en orden al cuerpo de san Segundo, y de que fuese trasladado á donde recibiese mayor veneracion. Persuadióse á que semejante negocio necesitaba tratarse con viva fuerza, y á que sola una autoridad superior seria capaz de hacer calmar las hablillas del pueblo y las divisiones de los que civilmente le gobernaban. Recurrió, pues, al papa Leon X, que á la sazón regia la Iglesia, exponiendo todas las razones que asistían al cabildo, para que se les concediese colocar con decoro y magnificencia en su propia catedral el cuerpo de su primer obispo y de su primer maestro en la fe, que gloriosamente habia sellado con su sangre. El Santo Padre no pudo menos de conocer la solidez y eficacia de razones tan poderosas, y así expidió una bula en 25 de febrero de 1520, en que mandaba que se le entregase al Obispo el cuerpo de san Segundo, para que cuidase de colocarle en el lugar que habia prometido construir con suntuosidad y aparato. Notificóse esta bula á los interesados, y comenizó la fábrica de un altar magnífico; pero habiendo sido Dios servido de llevarse para sí al celoso Obispo á los principios de esta operacion, quedó esta suspensa, y el cuerpo de san Segundo en la misma arca, sepulcro ó iglesia en que antes se hallaba. Entre tanto se extendia por toda España la fama de su santidad, que Dios confirmaba continuamente con los prodigiosos milagros que hacian glorioso el sepulcro de su siervo. Los fieles manifestaban su gratitud con abundantes limosnas, que sirvieron para formar una pequeña capilla, y colocar sobre el sepulcro del Santo una estatua de piedra que le representaba de obispo. Pero siempre permanecían las mismas razones para procurar su traslacion á un lugar tan decente y cómodo como era la catedral. Quiso finalmente la divina bondad enriquecer á esta santa iglesia con el precioso tesoro de las reliquias de su primer Prelado, haciendo que viniese á presidirla desde la silla de Cartagena D. Gerónimo Manrique de Lara, hombre piadoso, y acostumbrado á superar grandes dificultades. A la fuerza de su espíritu añadieron vigor los estímulos de la gratitud, pues hallándose este venerable Obispo acosado de una enfermedad que habia contraído siguiendo la armada de D. Juan de Austria, recibió una salud milagrosa por intercesion de san Segundo. Reduciase su dolencia á unas palpitaciones tan violentas del corazón, que le ponían frecuentemente en el extremo de perder la vida. En efecto, en el día 9 de

setiembre del año de 1593 llegó á debilitarle de tal manera esta enfermedad, que tuvo que recibir los Sacramentos. Los médicos llegaron á desconfiar enteramente de su vida, y á temer justamente la iglesia de Ávila la pérdida de un digno esposo y pastor. El capítulo de la catedral en este conflicto determinó recurrir á la poderosa intercesion de san Segundo. Instituyó rogativas, hizo vigiliass al sepulcro del Santo, y apenas comenzaron estas piadosas diligencias de caridad y de fervor, quando inmediatamente se halló el Obispo libre de su dolencia con una restauracion tan radical, que no sintió mas aquella violenta enfermedad en toda su vida. Reconocido á los favores del Santo, y contemplando que solo una fuerza superior era capaz de llevar á debido efecto el proyecto de traslacion tantas veces intentado, solicitó eficazmente con el rey Felipe II, que la protegiese con todo el poder de su real autoridad. Este católico Monarca vió con mucho gusto de su alma una solicitacion en que la piedad y la prudencia se hermanaban amistosamente con la autoridad y con la justicia. Advirtió los efugios y fruslerías con que se habia frustrado hasta entonces la determinacion del Vicario de Jesucristo. Juzgó que debia emplear su poder en favor de la causa de la piedad: expidió sus cartas en debida forma mandando ejecutar las letras pontificias, previniendo á los magistrados de la ciudad, y á todos aquellos que hasta entonces se habian manifestado interesados, que incurririan en su justa indignacion si ponian el menor óbice á la ejecucion mandada. Este movimiento acalló todas las quejas y pretensiones, y facilitó una operacion que de otro modo hubiera sido imposible.

Juntáronse los magistrados, el cabildo y el obispo para determinar el dia y las circunstancias de la traslacion deseada. Conviniéronse en ciertas condiciones; enviaron emisarios al católico Monarca, para que se dignase autorizar con su presencia una funcion tan magnífica; y se determinaron todos los demás requisitos necesarios para la pompa, adornos y festejos que en celebridades tan suntuosas suelen manifestar la piedad de los fieles. Aunque el Rey no dejó de dar algunas esperanzas de que asistiria para el dia proyectado, se excusó en tiempo con la atencion que requerian mas graves negocios; y así encargó al Obispo que se hiciese la traslacion sin costosos dispendios, y que al tiempo de hacerla separase una reliquia insigne del Santo para trasladarla al monasterio del Escorial. El dia 9 de setiembre del año de 1594, el Obispo con grande acompañamiento de eclesiásticos y seglares de la mayor dignidad y nobleza, se condujo á la iglesia de Santa Lucía, y habiendo primeramente implorado el

auxilio divino, cantando las letanias, abrió el sepulcro del Santo, y sacando con sus propias manos una á una las reliquias, que se conservaban en la antigua caja, ofreciéndolas á la veneracion del pueblo numeroso, que asistia con velas encendidas en las manos, lleno de ternura y de devocion, las fué colocando en una caja nueva de nogal, ricamente labrada con preciosos adornos de plata y oro. Cerróla, y la colocó en el altar mayor de aquella iglesia hasta el dia destinado para la procesion solemnisima. Este fue el domingo dia 11 de setiembre, en el cual, habiendo celebrado el dean de la catedral solemne misa del Santo, se formó una procesion magnífica, por el número de personas que la componian, por los muchos grandes y nobles que la autorizaban, y por los multiplicados adornos que con riqueza y esmero habian puesto los vecinos de Ávila en todas las calles por donde habia de pasar. Llegaron á la iglesia de San Segundo, y habiendo celebrado el Obispo misa pontifical, tomó la caja de las sagradas reliquias, y la entregó á los eclesiásticos de mayor dignidad, y á los nobles de mayor jerarquía; quienes, sobre sus hombros, y bajo de un palio riquísimo la condujeron á la iglesia catedral. Las demostraciones de regocijo y alegría que manifestó todo el pueblo en un acto tan solemne y piadoso, compitieron con la ternura y las lágrimas que corrian de sus rostros, en testimonio de la consolacion que recibian sus piadosos corazones. Al dia siguiente se celebró misa solemne en accion de gracias al Todopoderoso. Se apartaron las reliquias que se enviaron al Rey, y siguieron por ocho dias continuos los ejercicios de piedad, y los júbilos del pueblo. Inmediatamente cuidó el Obispo de construir una suntuosa capilla, en la cual puso él la primera piedra, hecho ya inquisidor general, en el dia 23 de abril de 1593. Concluida, se trasladaron á ella las sagradas cenizas de san Segundo, en donde hasta estos tiempos ha manifestado Dios con continuos milagros que descansa allí un amado siervo suyo, uno de los primeros maestros de nuestra fe, y el protector y patrono de la noble ciudad de Ávila.

El Martirologio romano hace conmemoracion de nuestro Santo el dia 2 de mayo.

SANTA ARGENTEA Y SAN VULFURA, MÁRTIRES EN CÓRDOBA.

Santa Argentea nació en un ciudad llamada *Bibastro*, de la cual no se tiene noticia antes ni después de su ruina. Su padre era caballero principal ó sea rey de aquel pueblo, como dice el autor de las

Actas; llamábase Samuel, su madre Columba: ambos profesaban ocultamente la religion católica. Criaron á esta hija suya con temor de Dios, cuyos frutos se vieron en ella bien presto; porque los regalos y opulencias de su casa, para ella eran como si no fuesen: despreciaba la honra con que sus criados la trataban; de la moderacion en el vestir y de la ropa honesta hacia mas caso que de la profanidad y del lujo las mujeres de ahora. En la lectura de los libros santos aprendió el origen que tiene la ropa, y nunca se puso para vanidad lo que es un cartel público de nuestro delito. De amores no se habla; no conocia mas amor que el de Dios, en lo cual si la imitaran todas las doncellas, tendrian ellas mas paz, y no la quitarian á otros. Su deleite era buscar á Dios; ¿qué seria hallarlo? Temia el bullicio de su casa, andaba siempre escondiéndose y huyendo de los riesgos de perder á Dios que suele haber en la opulencia. A los regalos de la oracion acompañaba la aspereza de la vida; de los bienes de sus padres no tomaba sino lo que no podia negar á su necesidad. Comia y bebia lo muy preciso para no morir; castigaba su cuerpo y lo trataba como esclavo; andaba siempre por el camino angosto. No podia ocultarse esta luz á los de su casa y á los de fuera: para todos era Argentea estampa viva de humildad, de castidad, de mansedumbre, de misericordia. Muerta su madre armó el diablo una trama como suya para que la sierva de Dios dejase la vida que habia comenzado. Quiso Samuel que por mano de esta hija suya corriese el gobierno económico de su larga familia, en que hasta entonces habia entendido Columba. Argentea con respeto de hija, pero con grande eficacia, le hizo ver que á Dios habia hecho entrega de su corazon; que no era bien fuese ocupada en negocios temporales quien tenia puesto el ánimo y la aficion en las cosas eternas. Otras razones añadió á este intento, y las esforzó con tal elocuencia, que el padre mudó de parecer, y la concedió que en lugar apartado del tráfico y rumor de la casa, acompañada de dos doncellas devotas, llevase adelante su buen propósito.

Florencia entonces en Bibastro un hombre de conocida virtud á quien las Actas llaman varon religioso, el cual tenia grande ansia de dar la vida por Cristo. A las oraciones de este siervo de Dios se encomendó nuestra Santa, mostrándole el deseo que le daba el cielo de acompañarle en el martirio. Aquel santo hombre le respondió, que una de las doncellas que la acompañaban iria delante de él en esta corona; la otra no alcanzaria este bien, pero que Argentea al cabo de algun tiempo seria como él martirizada. El gozo que la causó

esta buena nueva, no lo podré yo explicar. Comenzóse á mirar desde entonces como cosa que no pertenecía ya al mundo; dobló las mortificaciones pasadas; todo su afán era descarnarse perfectamente de las aficiones que enlazan y enredan el corazón.

Esta era la vida de Argentea cuando aquella ciudad fue arruinada, y el estado de su padre saqueado y asolado de todo punto. Sucedió esto en la era 966, esto es, por los años 928 de Cristo, cuando por las guerras que hubo entre las dos familias de los descendientes de Mahoma, vino á parar España al estado deplorable en que la pinta el arzobispo D. Rodrigo. Por otra parte Abderraman III después que D. Ramiro II de Leon hizo varias entradas en tierra de moros, y les destruyó muchos pueblos, juntó un grueso ejército, y dió la famosa batalla de Simancas en agosto del año 939. Levantábase tambien con cuanto podia; á unos ganaba con arte, á otros con la fuerza; á los que no se dieron á partido, abatió y redujo á la última miseria. A alguna de estas causas podemos atribuir la destruccion de Bibastro, aunque en las Actas no se dice sino que este caso obligó á Argentea y á sus hermanos, y á los demás moradores de su ciudad á pasar á Córdoba. Allí se agregó la sierva del Señor á otras vírgenes, viviendo como ángel del cielo tres años.

Dios, que sabe traer de léjos quien ayude á la gloria y bien de sus escogidos, ordenó lo siguiente: Habia en Francia por aquellos tiempos un hombre de muy buena vida llamado Vulfura. Una noche estando durmiendo se le apareció el Señor, y le dijo que viniese á España, en donde era su voluntad que padeciese martirio con una vírgen llamada Argentea, á la cual tenia hecha promesa de este bien, y queria cumplírsela. Volando vino este siervo de Dios á Córdoba, donde le esperaba la palma de mártir, y habiendo hallado á Argentea: Dichosa tú, la dijo, en cuyo triunfo quiere Dios que tenga yo parte. Visitóme en sueños el Señor, y me mandó peregrinar por tierras extrañas para que tú y yo á una peleemos contra las ocultas asechanzas del envidioso enemigo. Pues ¿quién nos detiene? respondió Argentea: ¿por qué damos largas á este bien? armémonos con las celestiales armas del Rey invicto, y aprisa corramos á vencer el ejército de Satanás. Dejó á Vulfura atónito la gran fortaleza de aquella vírgen, y arraigado en la fe, no le sufria el corazón dilatar el martirio en cuyo amor se abrasaba Argentea. Desde luego comenzó á predicar el Evangelio; con lo cual irritados los moros, como perros hambrientos embistieron contra él, y lo llevaron ante un juez, queriendo casi á pura fuerza que renegase de Cristo. Viendo que no al-

canzaban esto, para doblar su ánimo, lo metieron en una mazmorra. Cuando Argentea supo que Vulfura estaba en la cárcel, no tardó en visitar entre las cadenas al que habia de ser compañero suyo en el triunfo. Y como fuese muchas veces á consolarlo con sus celestiales palabras, los moros lo echaron de ver, y un día la cercaron y la dijeron: ¿No eres tú la hija del príncipe Samuel? ¿Cómo entras en este lugar? ¿Pretendes acaso que te alcance la muerte de este mal hombre? Argentea gozosa con la ocasion de padecer martirio que le venia á las manos, con grande ánimo dijo que no solo era hija de aquel padre, como ellos decian, sino cristiana tambien. Oida esta confesion, la llevaron al tribunal; y como el presidente quisiese saber de ella la religion que profesaba, con aliento divino respondió: ¿A qué son tantas preguntas? ¿No acabo de decir ahora mismo que soy cristiana? Mas porque Pablo dice, que con el corazon se cree para la justicia, y con la boca se hace la confesion para la salud, delante de todos confesaré que creo, adoro y predico á un solo Dios en la Trinidad, en cuya sustancia no cabe division, ni en las personas confusion.

Airado el perseguidor con esta respuesta, bramando de rabia mandó que Argentea fuese llevada á la cárcel. La sierva de Dios se preparaba allí para el sacrificio con ayunos y mortificaciones gravísimas, consolándose con la leccion de los libros sagrados, hasta que el rey de Córdoba, que lo era entonces Abderraman III, la mandó degollar junto con san Vulfura si permaneciesen firmes en su confesion; añadiendo que á Argentea diesen antes mil azotes y le cortasen la lengua en castigo de su rebeldía y contumacia, y del desprecio con que habia mirado los premios del Rey.

No sabia la santa Virgen cómo dar gracias á Dios por tan gran merced; con alegría esperaba pasar por aquel suplicio al tálamo del eterno Rey; y armada con la cota de malla de la justicia, intrépida salió al campo, y decia: ¿Qué importa, cruelísimo príncipe, que me cortes la lengua del cuerpo, si el invisible instrumento de mi alma está siempre resonando á Cristo? Añade crueldades á crueldades con que á mi acrecientes mas gloriosas coronas, y á tí tormentos para siempre. Estas y otras cosas decia Argentea, las cuales no pudiendo sufrir el presidente, mandó que en ambos se ejecutase la sentencia, pasando con gozo al premio de su confesion el día 13 de mayo del año 931. Llegada la noche recogieron los Cristianos sus cuerpos, y con asistencia del obispo y de todo el clero depositaron solemnemente el de santa Argentea en el cementerio de la iglesia de los tres San-

los, que hoy es san Pedro; y el de san Vuliura en otro cementerio, obrando el Señor por intercesion de sus siervos muchas y grandes maravillas.

La Misa es en honor de san Pedro Regularlo, y la Oracion la siguiente:

Deus, qui dilectum famulum tuum Petrum carne mortificatum, ad delicias gloriae tuae assumere dignatus es: concede propitius; ut ad delectationes, quae in dextera tua sunt usque in finem, meritis ejus et intercessionem pervenire valeamus: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Ó Dios, que te dignaste llevar á gozar de las delicias de tu gloria á tu amado siervo Pedro después de las mortificaciones que en su cuerpo habia sufrido: concédenos, misericordioso Señor, que por sus méritos é intercesion podamos llegar á las eternas delicias que nos teneis preparadas para siempre á vuestra diestra. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epistola es del capítulo xxxi del Eclesiástico, pág. 218.

REFLEXIONES.

Bienaventurado el varon, dice el Espiritu Santo, *que fue encontrado sin mancha*. ¡Qué diverso lenguaje el que usa Dios, y el que emplea el mundo cuando se trata de definir la verdadera felicidad de los hombres! Dios llama dicha á todo aquello que por lo comun es mirado del mundo con tedio, con temor, con aborrecimiento. El padecer persecuciones, el estar consumidos y abismados por la pobreza, el alimentarse del pan de la tribulacion y de las lágrimas; en una palabra, el ser objeto de la contradiccion del mundo y de su desprecio, es felicidad y bienaventuranza, segun el espíritu de Dios. Así clama de continuo en las sagradas Escrituras: Bienaventurados los pobres; bienaventurados los que lloran; bienaventurados los que son perseguidos, y bienaventurados los que fueron hallados sin mancha. Por el contrario, el mundo no encuentra felicidad sino en las riquezas, en los deleites, en los pasatiempos, y en un tenor de vida libre de toda mortificacion y miseria. Llama felices á los príncipes poderosos, á los astutos ministros, á los grandes apoltronados, á las mujeres de su partido, que nadan en un mar de delicias, y á todos aquellos que sirven sin reserva á la ambicion, á la avaricia, ó á la torpeza. Bienaventurados, dice, los ricos que con un metal encantador se proporcionan la satisfaccion de todos sus deseos; bienaventurados los que rien en el festin, en el pasatiempo, celebrando con burlas y chanzonetas el contratiempo de su enemigo, el trabajo sobrevenido á su rival, y las miserias de todos; bienaventurados, en fin, aque-

flor que jamás vieron el ceñudo rostro á la tribulacion, ni corrieron sus lágrimas por otro motivo que por un exceso de alegría, siempre contentos, siempre abastecidos, siempre servidos y celebrados de todos.

Pero ¿quién tendrá razon? ¿quién calificará las cosas segun son en sí mismas sin trocar las ideas, ni hacer una confusa mezcla de la mentira y la verdad? ¿quién será el que nos dé una instruccion sólida sobre nuestra verdadera felicidad, Dios, ó el mundo? Si fueran nuestras pasiones las que hubiesen de dar respuesta á estas preguntas, desde luego se declararían á favor de este último. Pero si se consulta la razon y la experiencia, se hallará que Dios, que es verdad por esencia, y que nos amó hasta el punto de dar á su Hijo unigénito por nuestra redencion, es el único que nos dice la verdad, y el que nos señala el camino verdadero de conseguir la bienaventuranza. Si por casualidad, dice san Agustin (*Serm. 501*), *teneis riquezas, honores, ó dignidades, no penseis que sois por esto felices. Al que sabe alegrarse en el Señor, y entiendo cual es el fin y paradero de las cosas de este mundo, su felicidad no es honor, sino peso.* Del dictamen de este santo Padre han sido todos aquellos filósofos que entre los desvaríos del paganismo han escuchado alguna vez los gritos de la razon. Preguntad á Alejandro si se tenia por feliz después de la conquista y posesion de la mayor parte del mundo, entonces conocido, y os responderán sus lágrimas, que el corazon del hombre no se sacia de los bienes terrenos. Preguntad á Neron, á Eliogabalo, á otros mónstruos de la naturaleza, si eran felices entre cuantos deleites podian suministrarles el poder, el arte y la lisonja, y os dirán su fin desastrado, y sus continuos temores, que la felicidad estuvo muy léjos de ellos.

Sin ir á buscar ejemplos tan remotos, los tenemos muy cerca de nosotros, si queremos mirar las cosas con ojos despreocupados. Entra dentro de tí mismo, hombre poderoso, y dí sencillamente cuántos sobresaltos te cuesta la conservacion de esos bienes perecederos, y cuántos remordimientos despedazan tu alma sobre su ilegítima adquisicion. Entra dentro de tí misma, mujer estragada, que empleas todo el tiempo y toda tu alma en servir á la vanidad, y en disipar los bienes de tus hijos en unos adornos, que no son otra cosa que lazos para cautivar almas, y hacerlas prisioneras del demonio, y confiesa ingenuamente si te hallas tranquila y satisfecha de tus inicuas operaciones. Entra dentro de tí mismo, hombre constituido en dignidad, y declara las amarguras que te hacen padecer tus injusticias,

el desasosiego continuo en que te tiene la ambicion, el desvelo que te ocasionan las asechanzas de tus rivales, y la verdadera miseria que experimentas entre el mando y las distinciones. La misma diversion, los mismos deleites no se tienen sin fatiga, y su pérdida necesaria constituye una verdadera infelicidad. Luego no hay bienaventuranza sino en Dios y en el cumplimiento de sus preceptos: luego es verdad lo que dice el Espíritu Santo: *Bienaventurado el varon que fue encontrado sin mancha*; porque desprendido en este mundo de todos los objetos de sus pasiones, en nada mas piensa que dirigir sus pasos á la patria celestial. El oro lo desprecia como inútil; las dignidades las tiene por lazos para su alma; los deleites los mira como suciedades y bajezas; y todo cuanto da de sí el mundo como dádivas de un traidor alevoso, que procura con ellas su engaño y su muerte. Bienaventurado aquel que llegue á establecer en su corazon estas verdades, y á arreglar por ellas sus operaciones para lograr la verdadera felicidad.

El Evangelio es del capítulo XII de san Lucas, pág. 220.

MEDITACION.

Sobre las alegrías y complacencias de esta vida.

PUNTO PRIMERO. — Considera que, segun el dictámen del glorioso santo Tomás, las diversiones y alegrías de este mundo son para el cristiano lo mismo que para un enfermo las medicinas. Dios, dice el mismo Santo, conociendo bien á fondo la debilidad de nuestra naturaleza, no nos prohíbe absolutamente que restauremos las fuerzas disipadas con alguna honesta recreacion; pero se necesita estar muy alerta para que no nos precipiten nuestras pasiones, y á este efecto compara el Santo las recreaciones con las medicinas.

Tres condiciones debe tener una medicina para conseguir el efecto deseado: debe no ser nociva, no ser peligrosa, ni demasiado continua. De la misma manera, la diversion debe carecer de todo pecado; porque si no se puede tener sin cometer ofensas contra Dios, ya es contraria al fin para que se elige, que es la moderada recreacion del ánimo. Considera, pues, ¿cómo podrán ser lícitas aquellas conversaciones en que se desenfrena la libertad para murmurar de tu prójimo, ridiculizar sus acciones y censurar su conducta? ¿Cómo puedes dar el nombre de diversion á la lectura de ciertos libros impíos ó escandalosos, que debilitan la fe, minoran el respeto y re-

verencia que se debe á las cosas sagradas y divinas, y llenan el corazón de una obscena ponzoña, que envenena la honestidad y las costumbres? ¿cómo te será lícito divertirte en aquella tertulia, á que concurren personas profanas, que con su aspecto y conversaciones libres te contaminan, te escandalizan, y dan con tu inocencia en un precipicio? Semejantes diversiones son realmente una sentina de culpas, y por tanto ilícitas al cristiano.

Pero no basta esto, deben no ser peligrosas, porque escrito está, que el que voluntariamente se pone en el peligro, perecerá en él. Jamás llegan los hombres á la demencia de poner en peligro la vida por adquirir alguna mayor robustez en el cuerpo: ni habrá enfermo tan inconsiderado que tome un vaso de medicina sabiendo que en tomarla puede padecer su vida peligro, mayormente si sabe que no hay necesidad alguna de tomar precisamente aquella medicina, sino que hay otras varias inocentes, con las cuales no pelagra su salud. Así obran los hombres respecto de la vida temporal: y ¿seremos tan necios que sigamos diversa conducta cuando se trata de la vida eterna? Por una diversion momentánea y pasajera, ¿será justo que se ponga esta en peligro? ¿No es una necedad criminal, habiendo tantas diversiones inocentes con que recrear el ánimo de las fatigas que te causan las precisas obligaciones de tu estado, elegir precisamente aquellas en que pones tu vida eterna en peligro? Examina tu conciencia: repasa tu vida: pregunta á tu misma experiencia, ¿qué fruto sacaste de tales y tales diversiones? Acuérdate si después de ellas tuviste que llorar á los piés del confesor la pérdida de la divina gracia, y restaurar con ayunos y arrepentimiento lo que en pocos minutos te robó una risa pasajera, y una diversion desarreglada y peligrosa. En una palabra, siempre que encuentres algun detrimento en tu alma: siempre que en la diversion haya algun secreto veneno que vaya poco á poco resfriando tu devocion, alterando el tiempo destinado á piadosos ejercicios, borrando los hábitos virtuosos en que te habias ejercitado, ó seduciendo de otra cualquiera manera tu corazón para que caiga en la deshonestidad, en la avaricia, en la impiedad, en la indevocion, u otro lazo de Satanás, la tal diversion es peligrosa, y de consiguiente debes huirla.

Mas supongamos que es tal, que ni tiene en sí culpa, ni en ella ha encontrado tu conciencia peligro. Todavía te resta evitar otro inconveniente, que es el de la inmoderada continuacion. Un poco de diversion, decia Aristóteles, basta para reparar la vida, así como un poco de sal es suficiente para condimentar los alimentos; y otro gen-

til como Ciceron aconsejaba, que se ha de usar de los juegos y recreaciones como del sueño con parsimonia. Los remedios dejan de serlo, y aun llegan á ser venenos verdaderos, cuando se toman en una cantidad excesiva. De la misma manera las diversiones instituidas para recreacion del ánimo no pueden carecer de culpa cuando se frecuentan demasiado, ó en ellas se consume una considerable y preciosa parte de tiempo. Siendo esto así, ¿qué juicio podrémos hacer de aquellos hombres disipados, que no parece que han nacido para otra cosa que para emplearse en diversiones continuas? ¿Cómo podrán tener sus conciencias tranquilas aquellas mujeres, que aunque no dan entrada á los excesos que arrollan la honestidad, estudian y ordenan de continuo que se sucedan sin interrupcion las diversiones y pasatiempos? ¡Un cristiano es posible que no ha de encontrar gusto y alegría sino en disipar lastimosamente las horas destinadas á merecer la eterna ventura! ¡qué compasion!

PUNTO SEGUNDO.—Considera los daños que nacen de las diversiones mas comunes que se estilan en la sociedad, cuales son el juego y los festines de baile.

Ellos son, á la verdad, tantos en número y tan considerables en la sustancia, que solamente la omision que hay en considerarlos, puede hacer que los hombres los ejerciten sin horror; porque, ¿qué vicio falta donde llega á encenderse la pasion al juego? De luego á luego entra dominando la avaricia: esta se apodera del corazon, y abuyenta de él á la amistad, á la honestidad, á la decencia, al cuidado solícito de las obligaciones: ¿qué mas? hace que el jugador traspare todas las leyes del amor que prescribe la naturaleza, y los derechos supremos debidos á la Divinidad. Aunque al principio te sientes á la mesa de juego con indiferencia, con desinterés y con intencion determinada á no colocar tu atencion sino en recrear el ánimo; dentro de poco advertirás que se va encendiendo el fuego de la avaricia, y que consume aquellos racionales propósitos. Si reflexionas, verás que te complaces y diviertes con el daño de tu prójimo, que apeteces sus pérdidas y desgracias tanto como tu propia fortuna: y tras de esto te enfadas y enfureces cuando oyes las justas quejas, que naturalmente ariancaan del corazon los remordimientos de su conciencia, proponiéndole una familia desolada por los excesos de su criminal diversion.

A esto se llega, que entre los jugadores nunca deja de haber rabia y desesperacion, y de consiguiente todos los desórdenes que á

ellas se siguen. Las palabras obscenas suelen pasar con el nombre de chistes y gracias: las blasfemias y maldiciones se tienen por desahogos tolerables en aquel que pierde: la buena fe padece sus heridas cuando se declara la suerte en favor de la avaricia: el temor, la esperanza, y mil afectos contrarios despedazan el corazon, y envuelven el alma en un abismo de confusion y de delitos. Si pierdes, disipas los bienes que te concedió el cielo para honesta manutencion de tu familia; reduces tal vez á tu inocente mujer, y á tus tiernos hijos á una estrechez y miseria vergonzosa; descuidas entre tanto de su educacion, y de la de tus criados; te pones en peligro de cometer mil ruindades y bastardias; y te quedas con el eterno pesar de haber aventurado á un ciego golpe de fortuna lo que ganaste con tantos cuidados, sudores y fatigas. Si ganas, eres ocasion de producir en otra familia estos mismos males; luego de cualquier manera, el juego en que aventuras sumas considerables, no solamente es peligroso. sino que es ilícito, es injusto, es execrable.

Igual juicio se puede hacer, sin peligro de engañarse mucho, de aquellas diversiones conocidas con el nombre de festines. ¡Dios inmortal, cuántos desórdenes, cuántos excesos, cuántas abominaciones y delitos en lo que se reputa por una diversion! ¿Acaso pretenderás engañarte diciendo que tú no vas allí por ningun fin torcido, y que la caridad te enseña que debes juzgar lo mismo de tu prójimo? Pero esto no es otra cosa que una ilusion especiosa con que se procuran dorar los excesos de las pasiones. Atiende sino á las obras de cada uno, y juzga después de los fines que pudieron proponerse antes de ejecutarlas. ¿No procura toda mujer presentarse con los adornos que mas hagan resaltar su natural hermosura? ¿No se emplean con profusion caudales, tiempo, artificios, y cuanto tiene la naturaleza de precioso para lograr este efecto? Los hombres, por su parte, ¿no se previenen solícitos de todos los atractivos que conocen pueden hacer impresion en los corazones débiles? Cada persona ¿no es un objeto de escándalo, que se tiene por inútil cuando no ha logrado enredar en sus lazos alguna de las almas que tuvieron la desgracia de asistir á tan inicua asamblea? ¿No se ve palpablemente andar por toda la sala del festin la palabra obscena, la vista provocativa, la accion torpe, el movimiento lúbrico, la risa descompuesta. la chanza licenciosa, la sollicitacion, la murmuracion, la deshonestidad, y todos los monstruos del abismo? No se puede negar esto, ni que el festin es el medio mas oportuno de que se vale el comun enemigo para dar en tierra con aquella virtud que no pudo derribar de

otro modo. En esta materia sabe que obran de concierto con él todos los Cristianos: unos ensanchando el Evangelio para hacer que permita un género de divertimientos en que peligran las almas; otros persuadiéndose neciamente á que los consejos de los padres espirituales, y las amenazas de los ministros de Dios, nacen mas de la severidad de su genio que de los preceptos de la moral; otros excitando, otros solicitando, otros consintiendo que la matrona honrada, y la inexperta doncella vayan á poner su inocencia en un manifesto peligro: y todos, finalmente, contemporizando con los designios de aquel infernal dragon, que segun la expresion de san Pedro, anda continuamente al rededor de nosotros con deseos de devorarnos. En vista de estos daños tan atroces, ¿podrá un cristiano aventurar en tales diversiones un alma que le costó á Jesucristo verter toda su sangre, y morir en una cruz el redimirla?

JACULATORIAS. — ¡Ó altísimo y amabilísimo Dios mio! mis complacencias y regocijos serán siempre en tí, y en ensalzar tu santo nombre. (*Psalm. IX*).

Movido, Señor, de tus justas amenazas, ni me senté, ni me sentaré jamás á la mesa de los que consumen en juegos ilícitos el tiempo destinado por Vos á labrar la corona de la bienaventuranza. (*Jerem. XV*).

PROPÓSITOS.

1 Las honestas y moderadas recreaciones no están prohibidas ni por el Evangelio, ni por ninguna otra ley divina, ni humana. No hay teólogo tan severo, que no admita la virtud llamada en la filosofia moral *eutrapelia*, la cual conserva un medio entre la vida demasiado triste y austera, y aquella que no es otra cosa que una continua sucesion de diversiones y alegrías; de manera, que el oficio de esta virtud es arreglar los divertimientos y recreaciones, segun las reglas de la honestidad, y los dictámenes de la razon. Dios Nuestro Señor, que conoce perfectamente nuestra flaqueza, como que es una de las penas que impuso á la primera transgresion, sabe que no somos capaces de estar siempre en un no interrumpido trabajo. Su misericordia se apiadó de nuestra miseria, concediéndonos algun tiempo para emplearle en desahogarnos del pasado trabajo, reparar las fuerzas perdidas, y cobrar nuevo vigor para los ejercicios futuros. De aquí nace la consecuencia de que las honestas recreaciones nos

son lícitas por la ley de la necesidad, que es la suprema entre todas las leyes.

2 Pero de esto mismo se deduce tambien, que el mole, el ocioso, el que sigue continuamente los usos y costumbres del mundo, ya estando perpetuamente en una vergonzosa inaccion, ó ya empleando su vida en juegos, festines y espectáculos, no puede lícitamente consumir tiempo alguno en divertirse; y de consiguiente, cada diversion para este, aunque ella por sí sea inocente, es pecaminosa. La razon es manifiesta; pues siendo las diversiones, segun santo Tomás. una especie de medicina concedida únicamente para reparar las fuerzas perdidas con el trabajo, es claro que no puede, ni debe tomarla el que de ninguna manera puede reputarse por enfermo de esta clase, puesto que siempre está ocioso. Y así, aun el uso de las diversiones lícitas le es nocivo é ilícito, por causa de que su intencion está continuamente dañada. Se infiere igualmente, que las diversiones peligrosas, aunque puedan reparar las fuerzas realmente perdidas en el trabajo, no son lícitas, porque ponen en peligro la salud del alma, que debe preferirse á la misma vida. Últimamente, se infiere que toda diversion que es contraria á su fin, ó por su naturaleza, o por sus circunstancias; esto es, que está prohibida por las leyes, como los juegos de envite, ú otros semejantes, ó que por el exceso de la cantidad que se aventura, por la pérdida de tiempo, por el descuido de las obligaciones, por los peligros ó escándalos, llega á ser frecuentemente nociva á la conciencia, no es de ninguna manera lícita.

3 Padres y madres de familias, que no contentos con la ruina que causais en vosotros mismos, y con descuidar de la educacion santa de vuestros hijos y criados, exponeis la inocencia y suerte de unas jóvenes inexpertas, conduciéndolas á los festines á que sean el cebo de las insolentes miradas, y á que por su parte sientan en el tierno pecho todo el fuego de la vanidad y de la concupiscencia, volved sobre vosotros mismos; y ya que no tengais piedad de vuestras almas. tenedla á lo menos de aquellas inocentes, que perecen las mas veces. no tanto por exceso de malicia, como por defecto de instruccion y de experiencia. Todos los hijos se persuaden á que caminan seguros siguiendo los consejos y ejemplos de sus padres: por tanto, estos serán responsables de sus vicios y deslices; las madres de familia habrán de dar cuenta á Dios, no solo de los escándalos que ocasionaron con la vanidad propia, sino de los que causan sus hijas, de quienes son directoras y maestras.

DIA XIV.

MARTIROLOGIO.

EL TRÁNSITO DE SAN BONIFACIO, mártir, el cual en tiempo de Diocleciano y de Maximiano padeció en Tarso de Cilicia; su cuerpo fue llevado á Roma, y sepultado en la via Latina. (*Véase su vida en el día de hoy*).

SAN PONCIO, mártir, en Francia, por cuya predicacion é industria se convirtieron á la fe católica los dos césares Filipos: después fue martirizado en tiempo de los emperadores Valeriano y Galieno. (*Véase su noticia en las de hoy*).

LOS SANTOS MÁRTIRES VÍCTOR Y CORONA, en Siria, en tiempo del emperador Antonino: Víctor fue atormentado con varios y horrendos suplicios por mandato del juez Sebastian; Corona, que era mujer de un soldado, maravallada de la constancia de Víctor, comenzó á llamarle en alta voz: *Bienaventurado*; y vió luego dos coronas que bajaban del cielo, destinadas la una para Víctor, y la otra para ella; y asegurando esto á presencia de todos los circunstantes, habiéndola atado á dos árboles, los soltaron, y la partieron en dos pedazos. Víctor fue degollado.

LAS SANTAS MÁRTIRES JUSTA, JUSTINA Y ENEDINA, en Cerdeña. (*Derramaron juntas su sangre por confesar á Jesucristo en el siglo II*).

SAN PASCUAL, papa, en Roma (*el primero de este nombre, y sucesor de Esteban IV*), el cual hizo sacar de las grutas los cuerpos de muchos santos Mártires, y los colocó suntuosamente en diferentes iglesias.

SAN BONIFACIO, obispo de Fierento en Toscana, prelado ilustre que, segun refiere san Gregorio papa, floreció desde la niñez en santidad y milagros.

SAN POMONIO, obispo, en Nápoles de Campaña.

SAN PACOMIO, abad, en Egipto, el cual edificó muchos monasterios en aquel país, y dió á sus monjes una regla que habia recibido de la boca de un Ángel, siendo llamados por este motivo: *Monjes del Ángel*. (*Véase su vida en las de hoy*).

SAN BONIFACIO, MÁRTIR.

Hacia el fin del tercer siglo en el imperio de Galerio Máximo se admiró en la Iglesia una de aquellas extraordinarias conversiones que obra algunas veces la mano poderosa del Señor para animar la confianza de los pecadores, y para descubrir al mismo tiempo á los hombres los tesoros de sus misericordias.

Habia en Roma una dama jóven, noble, rica y poderosa, llamada Aglae, hija de Acacio, que habia sido procónsul, y de familia senatoria, tan entregada al fausto y á la vanidad, que solia dar al pueblo juegos públicos, cuyos gastos costeaba ella misma. Era á la verdad cristiana, pero desacreditaba el nombre y la profesion con su

desarreglada vida. Ocupada toda del espíritu del mundo, se entregaba totalmente á las diversiones, hasta tocar la raya de la disolución, con grande escándalo de todos los fieles.

Tenia comercio ilícito con su mismo mayordomo, joven de bella disposicion, pero dado al vino y á todos los demás desordenes. Llamabase Bonifacio, y aunque era tambien cristiano, lo era solo de nombre, deshonorando la profesion, igualmente que su ama, por la disolucion de sus costumbres. En medio de estos defectos, se notaban en él tres buenas prendas: compasion de los miserables, caridad con los pobres, y hospitalidad con los extranjeros.

Habia mucho tiempo que traia una vida muy desordenada, cuando el Dios de las misericordias mudó su corazon con la conversion de la misma que le habia pervertido. Movida Aglae de una poderosa gracia interior, abrió los ojos para conocer sus desórdenes, y espantada con la vista del número y de la gravedad de sus pecados, despedazado el corazon de dolor, resolvió aplacar la ira de Dios con sus limosnas y con una pronta penitencia.

A la conversion de Aglae se siguió inmediatamente la de Bonifacio, y ambos repararon con ventajas el escándalo que habian dado á los fieles, con la mudanza de su vida y con sus grandes ejemplos. Comenzó Aglae haciendo á Dios un generoso sacrificio de todas sus galas y sus joyas; prohibióse todo género de diversiones, y se retiró para siempre de todas las concurrencias mundanas. A las antiguas diversiones ilícitas sucedió el ayuno, la oracion, el cilicio y otras muchas penitencias; y procurando rescatar sus pecados con sus limosnas, se sepultó en un profundo retiro, determinada á pasar lo restante de su vida entre gemidos y llantos. Por su parte Bonifacio no omitia medio alguno para ser fiel á la gracia, dando cada día nuevas pruebas de la sinceridad de su conversion.

Noticiosa Aglae de que el emperador Galerio Máximo continuaba en el Oriente la persecucion contra los Cristianos, que habia cesado en Roma después de algunos años, y que cada dia sellaba la fe con su sangre algun generoso confesor de Jesucristo, llamó á Bonifacio, y le dijo con lágrimas en los ojos: *Bien sabes la necesidad que tú y yo tenemos de solicitar la proteccion de los santos Mártires, tan piadosa con el Señor. He oido decir, que todos los que sirven á los Santos que combaten por Jesucristo, merecen que los mismos Santos intercedan por ellos en el tribunal del supremo Juez; la persecucion es cada dia mas furiosa en el Oriente; todos los dias se hacen nuevos mártires; vé, pues, y tráeme algunas reliquias; haz cuanto puedas para conducirme*

el cuerpo de algun mártir, que yo le recibiré con veneracion, y fabricaré en su honor un oratorio.

Muy gustoso Bonifacio con semejante comision, dispuso un magnífico tren para partir á desempeñarla: tomó una gran cantidad de dinero, así para comprar los cuerpos de los Mártires, como para socorrer á los siervos de Dios que estaban en las cárceles, y para hacer cuantiosas limosnas á los pobres. Prevenidos, pues, doce caballos, tres literas, y diversos aromas para embalsamar los santos cuerpos. partió para la Cilicia. Al despedirse de su ama, la dijo como por chanza: *Señora, vos me enviáis á que os traiga el cuerpo de algun Mártir; si Dios me hiciera la gracia de que diese mi vida por la fe, y os trajeran mi cuerpo, ¿le tendriais por reliquia?* Bonifacio, le respondió Aglae, *ya no es tiempo de gracias, la corona del martirio no se hizo para tan grandes pecadores; procura no desmerecer traerme el santo depósito que te encargo, y hacerte digno de la proteccion del Santo cuyas reliquias me condujeres.*

Hicieron estas palabras grande impresion á nuestro Santo. Prohibióse la carne y el vino por todo el tiempo del viaje; y juntando á esta abstinencia la continua oracion que hacia á Dios, y las dolorosas lágrimas de contricion que derramaba, se iba disponiendo para la corona del martirio.

Luego que llegó á Tarso de Cilicia despachó al meson el equipaje con los criados, y él se fué en busca de algunos cristianos de la ciudad para saber lo que en ella pasaba. Muy presto le informaron sus mismos ojos; porque habiendo llegado á una gran plaza, vió en ella atormentar á los santos Mártires, que eran en número de veinte. Unos estaban colgados cabeza abajo, inmediatos á una hoguera encendida; otros extendidos en cuatro palos, y horriblemente despedazados; estos descuartizados; aquellos enclavados, aserrados, empalados, azotados, cási espirando á la violencia de los golpes, y tan cruelmente atormentados, que causaban horror á los circunstantes. aunque por la mayor parte eran paganos.

Encendido Bonifacio, á vista de este espectáculo, en un nuevo deseo del martirio, y animado de mayor aliento, lleno de confianza en la misericordia de aquel Señor que le daba tanto espíritu, rompe por la muchedumbre, se acerca á los santos Mártires, les abraza, besa tiernamente sus heridas, y grita con esfuerzo fervoroso: *Grande es el Dios de los Cristianos; poderoso es el Dios á quien adoran estos santos Mártires, y por cuya gloria tienen la dicha de derramar su sangre. Siervos de Dios, héroes cristianos, yo os suplico que rogueis á Jesu-*

cristo por mí, y me consigais la gracia, aunque soy tan grande pecador, de que tenga parte en vuestros combates y en vuestro triunfo. Arrojándose después á los piés de los generosos confesores, besaba sus cadenas; y levantando la voz, les decia: Buen ánimo, Mártires de Jesucristo; combatid por aquel que combate con vosotros; confundid á todo el infierno con vuestra fe y con vuestra constancia; pocos momentos os restan que padecer; el combate es corto; el premio es inmenso, es eterno.

El gobernador Simplicio, que estaba presente, habiendo advertido lo que pasaba, dió orden para que le trajesen á su tribunal, y le preguntó quién era, y qué queria decir aquella especie de entusiasmo. Yo soy cristiano, respondió Bonifacio con tono intrépido y firme. y tengo envidia á los bienaventurados mártires que logran la fortuna de derramar su sangre por un Dios, que hecho hombre para redimirnos, dió primero su sangre y su vida por nosotros. Admirado el Gobernador de aquella intrepidez, le preguntó: ¿cómo te llamas? Ya te lo he dicho, respondió el Santo: llámome cristiano; pero si quieres saber mi nombre vulgar, me llamo Bonifacio. Muy osado eres, replicó el Gobernador, pues me vienes á insultar al pié de mi tribunal, y á vista de los suplicios. Ahí tienes un altar, para que aquellos de tu Religion que quisieren librarse de ellos, sacrifiquen á los dioses. Sacrifica tú al instante al gran Júpiter, porque si no voy á dar orden para que seas atormentado de mil maneras. Puedes hacer de mí lo que quisieres, respondió el Santo; pues ya te he dicho repetidas veces que soy cristiano, y no tengo de ofrecer sacrificio á los infames demonios. Irritado furiosamente el Gobernador con esta respuesta, le mandó apalear hasta que le moliesen los huesos: y haciendo aguzar unas pequeñas estacas, ordenó que se las hincasen entre las uñas. Era el dolor vivo y agudo, pero el Santo le toleró con un semblante risueño. Juzgando Simplicio que le insultaba con aquella alegre serenidad, dió orden para que le echasen en la boca plomo derretido. Persuadido Bonifacio de que este tormento le quitaria el uso de la lengua, quiso prevenirle, para consagrar á Dios el último ejercicio de ella; y levantando los ojos al cielo, hizo esta devota oracion:

Yo te doy gracias, Señor mio Jesucristo, porque te dignaste aceptar el sacrificio que te hice de mi vida: ven, Señor, en socorro de tu siervo; perdónale todas sus maldades; sean purgadas con su sangre, y sirvame la muerte en lugar de penitencia. Fortificame con tu gracia, y no permitas que me venzan los tormentos. Acabada esta oracion, se volvió á los otros Mártires, y con voz alta les dijo: Yo os suplico, siervos de

Jesucristo, que rogueis á Dios por mí. Todos los santos Mártires se encomendaron tambien en sus oraciones. Enternecióse el pueblo á vista de este espectáculo, y Bonifacio comenzó á clamar á voz en grito: *¡Ó qué grande es el Dios de los Cristianos! No hay otro Dios; el Dios de los Mártires es el único Dios verdadero. Jesucristo, Hijo de Dios, salvadnos; todos creemos en Vos; tened misericordia de nosotros.* A este tiempo el pueblo echó por tierra el altar, y comenzó á arrojar piedras contra el Gobernador, que se vió precisado á retirarse y á esconderse hasta que se apaciguase la sedicion.

El Santo fue conducido á la cárcel, y el dia siguiente, hallándole el juez tan firme y tan intrépido como el antecedente, mandó que le echasen en una caldera de pez y aceite hirviendo. Hizo el santo Mártir la señal de la cruz sobre ella, y reventando la caldera por todas partes, salieron torrentes de pez derretida, que abrasaban á los circunstantes. Espantado el Gobernador del poder de Jesucristo, mandó que le cortasen la cabeza. Así purgó Bonifacio las culpas de su vida pasada, derramando su sangre por Jesucristo. A su muerte, que sucedió el dia 14 de mayo, se siguió inmediatamente un gran temblor de tierra, que atemorizó á los gentiles, y muchos se convirtieron.

En este tiempo los compañeros y criados de Bonifacio, ignorantes de lo que habia pasado, inquietos y cuidadosos, viendo que después de dos dias no habia parecido en la posada, le andaban buscando por todas partes; y aun algunos se adelantaron á juzgar que estaria sin duda en alguna casa de juego, ó quizá en otra peor. Como andaban preguntando por un extranjero, recién venido de Roma, de mediano talle, robusto, de pelo blondo y rizado, con una capa roja, encontraron con el hermano del carcelero, que por las señas les dijo era sin duda uno que habian preso por cristiano, y dos dias antes le habian cortado la cabeza. ¿No nos harás gusto de enseñarnos el cuerpo? le dijeron ellos. Y él les respondió: No teneis mas que seguirme, pues en el arenal le hallaremos.

Apenas le reconocieron, cuando llenos de admiracion, de gozo y de arrepentimiento de los malos juicios que habian hecho, se arrojaron á sus piés, deshaciéndose en lágrimas. Entonces la cabeza del santo Mártir, con un prodigio verdaderamente extraordinario, abrió los ojos, mirándolos á todos con una halagüeña sonrisa, y los llenó de compuncion y de consuelo. Después de haber cumplido con su devocion, pidieron al oficial que les dejase llevar el santo cuerpo; y lo consiguieron mediante quinientos escudos de oro que le dieron

por él. Embalsamáronle, y envolviéronle en ricas y preciosas telas, y metiéndole en una litera, tomaron la vuelta de Roma, no cesando de alabar á Dios por el dichoso fin del santo Mártir.

A este tiempo, hallándose Aglae en oracion, oyó una voz del cielo, que la dijo: *El que antes era criado tuyo, ya es hermano nuestro; retribele como á tu Señor, y colócale dignamente, porque singularmente á su intercesion deberás que Dios te perdone tus pecados.* Levantóse prontamente, y saltando su corazon de alegría, rindió mil gracias á Dios por la misericordia que habia hecho con su siervo. Rogó á algunos clérigos que la acompañasen, y salió á recibir las santas reliquias, cantando devotas oraciones por el camino, todos con velas en las manos y con prevencion de aromas. Apenas habian andado un cuarto de legua, quando llegó el cuerpo del santo Mártir. No se puede explicar la veneracion y las lágrimas de gozo con que fue recibido. Enterráronle en un terreno que era posesion de Aglae, y allí mismo esta hizo levantar un magnífico sepulcro, y algunos años después mandó edificar un oratorio. Renunció enteramente al mundo, repartió sus bienes entre los pobres, dió libertad á sus esclavos, y no teniendo consigo mas que algunas doncellas que la servian, dispuso que la hiciesen una ermita junto á la capilla del santo Mártir, donde vivió todavía trece años entregada á los mas ejemplares ejercicios de devocion, y murió santamente, declarando el Señor la santidad de su sierva con muchos milagros.

SAN PACOMIO, ABADE Y CONFESOR.

San Pacomio, tan célebre en todo el mundo cristiano, y á quien se le puede considerar como el verdadero fundador de la vida religiosa y cenobítica; esto es, de los que debajo de una misma regla, y sujetos á un superior, viven de comunidad dentro de un monasterio, nació al mundo en la superior Tebaida hácia el año de 278. Siendo niño, le llevaron sus padres, que eran gentiles, á un templo de los ídolos. Enmudeció el demonio, declarando que no hablaria mas palabra mientras estuviese presente aquel niño. Persuadiéronse todos á vista de este suceso, que Pacomio habia de ser con el tiempo enemigo de los dioses; y se confirmaron en este concepto, viéndole vomitar el vino que se habia ofrecido á los ídolos. Sin embargo, sus padres cuidaron mucho de su educacion, buscando maestros que le instruyesen en la ciencia de los antiguos, y procurando que aprendiese con perfeccion la lengua egipciaca.

Apenas salió Pacomio de estos estudios, cuando fue reclutado por fuerza, juntamente con otros mancebos, en una leva que se hizo para el ejército de Constantino contra el tirano Aquileo. Embarcáronlos á todos en el Nilo, y aquella misma noche desembarcaron en un pueblo que casi todo él era cristiano. Fueron recibidos por los vecinos de aquel pueblo con tanto agrado, con tanta caridad, y con tan extraordinario agasajo, que asombrado Pacomio, preguntó al patron qué motivo tenían para tratar de aquella manera á unos extranjeros y hombres desconocidos. Respondióle el patron, que así lo mandaba la religion cristiana, que se profesaba generalmente en aquella ciudad. Rogóle Pacomio que le explicase qué religion era esta, cuáles sus dogmas, y qué doctrina enseñaba. Instruido de todo, concibió desde luego tan vivos deseos de hacerse cristiano, que resolvió pedir el Bautismo luego que, concluido el tiempo de servicio, obtuviese su licencia.

Consiguióla inmediatamente que se acabó la guerra de Egipto, y puso en ejecucion su propósito, presentándose en la iglesia del burgo de Chenobosco, donde se hizo catecúmeno. Era de excelente capacidad y de costumbres limpias; con que tardó poco en ser instruido, y consiguientemente bautizado. Luego que se vió cristiano, resolvió hacerse santo practicando lo mas perfecto que se lee en el Evangelio. Dudando, no sin alguna congoja, en la eleccion de los medios mas convenientes para conseguir este fin, llegó á su noticia que en lo mas interior del desierto habitaba un santo viejo, y gran siervo de Dios, llamado Palemon. Buscóle, y le rogó que le admitiese por discípulo suyo. El santo viejo, sin abrir la puerta de la celda, le respondió desde adentro que alababa su buena resolucion, pero que buscase á otro para que fuese su maestro en la vida solitaria; porque otros muchos, disgustados del mundo, habian venido como él con la misma pretension, y ninguno habia perseverado. Insistia Pacomio, y Palemon le respondió: *Hijo mio, tú no te podrás acomodar con mi género de vida: yo no como mas que pan y sal; no gusto aceite; no bebo vino; estoy en vela la mitad de la noche, empleándola en rezar salmos, y en meditar la sagrada Escritura, y algunas veces la paso toda entera sin dormir, gastándola en la oracion.* Atemorizóse Pacomio al oir este discurso, pero no se desalentó; antes lleno de confianza en Dios, replicó á Palemon: *Padre, yo espero que aquel Señor que me ha enviado á tí, me dará fuerzas para seguirte.* Enamorado el buen viejo de su fe y de su aliento, le abrió la puerta de la celda, y le dió el hábito de solitario.

En poco tiempo llegó el discípulo á la perfeccion del maestro, y aun la aventajó. En nada encontraba dificultad su fervor; ayunos, vigiliás, penitencias, trabajo de manos, todo le parecia fácil. Cuando rezaban el oficio divino por la noche, observaba el viejo que á Pacomio le molestaba el sueño, le sacaba fuera de la celda, le hacia llevar arena de una parte á otra para despertarle, encargándole mucho que juntase siempre la oracion con el trabajo, y el recogimiento con la oracion.

En un dia de Pascua previno Palemon á Pacomio, que dispusiese de comer por la solemnidad de la fiesta, y creyó Pacomio que debia añadir un poco de aceite á la comida ordinaria, en atencion á tanta solemnidad. Gustóla Palemon, y exclamó: *Mi Salvador fue crucificado, y ¡yo he de gastar condimento en la comida!* No la volvió á probar, y Pacomio no quiso ser menos mortificado que Palemon.

Vino á visitarlos un solitario del desierto inmediato; y les preguntó si tendrían tanta fe que se atreviesen, como se atrevia él, á caminar con los piés desnudos sobre brasas encendidas. Descubrió san Palemon en aquel solitario un gran fondo de orgullo, y le respondió: *Hermano, si tenemos mucha fe, tendremos mucha humildad.* El trágico fin de aquel solitario orgulloso hizo mas humilde á nuestro Santo. Habiéndole dado Dios á entender en una revelacion que fuera de la Iglesia católica no podia hallarse la verdad, miró por toda su vida con grande horror á los herejes y á los cismáticos, singularmente á los Marcionistas y á los Melecianos.

Habiendo estado muchos años en compañía de san Palemon, un dia que se alejó mucho de la celda, se halló en un sitio muy solitario, llamado Tabena, donde se puso en oracion, y oyó una voz que le dijo: *Pacomio, fija aquí tu habitacion, y funda un monasterio capaz para dirigir en él, segun la regla que te daré, á todos los que vinieren á tí, para que los guies por el camino de la salvacion.* Al punto se le apareció un Ángel, y le entregó una tabla en que estaba escrita la regla que después se obsevó con gran fruto. Refirió Pacomio á Palemon lo que le habia sucedido, y los dos se retiraron al desierto de Tabena, donde á los principios solo edificaron una pequeña celda, que fue como la cuna del célebre monasterio de Tabena á las orillas del Nilo.

Poco después sucedió la muerte de Palemon, en quien perdió Pacomio un gran auxilio; pero le consoló Dios con traerle á Juan su hermano mayor, que vino á buscarle, y abrazó el mismo género de vida.

Estuvieron solos algunos años, trabajando en hilar y en hacer sacos, que vendian para sustentarse y para dar limosna á los pobres, á quienes repartian todo lo que les sobraba del trabajo de sus manos. Vestian una túnica muy grosera, que solo mudaban cuando habia necesidad de lavarla.

Nunca se desnudó nuestro Santo de un áspero cilicio, que le llegaba hasta las rodillas. En quince años no se acostó; dormia sentado en una piedra, sin arrimarse á la pared. Regularmente hacia oracion con los brazos en cruz, y algunas veces pasaba las noches enteras en esta postura.

Tuvo mucho que sufrir del genio desabrido y enfadoso de su hermano Juan, que murió poco tiempo después; pero mucho mas ejercitaron su paciencia las violentas tentaciones de que fue combatido, y las fortísimas ilusiones con que el demonio procuró sorprender su fe, y cansar su sufrimiento. Causan admiracion los artificios de que se valió el enemigo comun para engañarle; pero de todos libró al Santo su humildad y su frecuente recurso á la oracion. En la mas terrible fuerza de estos combates le deparó Dios á un santo solitario llamado Apolo, que le fortificó y le alentó mucho, exhortándole á que pusiese toda su confianza en Dios y en la proteccion de la santísima Virgen. Con efecto, mediante la asistencia de la divina gracia triunfó de todo el infierno; resplandeció mas su virtud, y la manifestó Dios con el don de los milagros. Caminaba sobre las serpientes sin recibir lesion alguna, y muchas veces le vieron pasar el Nilo conducido de los cocodrilos.

Aunque la primera vision habia hecho grande impresion en el ánimo y en el corazon de Pacomio, no obstante fue necesaria segunda advertencia del cielo para resolverse á juntar discípulos, y á instruirlos segun la regla que le habia traído el Ángel. Era esta muy breve, proporcionada á la flaqueza humana, llena de prudencia, y muy propia para conducir el alma á la mas elevada perfeccion.

Ordenaba que á cada uno se le permitiese comer segun su necesidad, y ayunar segun sus fuerzas; pero que al mismo tiempo cada cual fuese obligado á trabajar á proporcion de lo que comia, queriendo que la desidia y la pereza estuviesen desterradas para siempre del monasterio. Prescribia que hubiese tres monjes en cada celda; que no hubiese mas que una cocina y un refectorio; y para que no se viesen unos á otros durante la comida, todos calasen la capilla ó el capucho; que el silencio fuese perpetuo, y la modestia de los ojos singular; que todos vistiesen una túnica de lino ceñida con una correa.

y un manto blanco de pelo de cabra, en cuyo traje habian de comer y habian de dormir; que para comulgar fuesen no mas que en túnica y capilla. Disponia que los novicios no fuesen admitidos al trato con los monjes antiguos hasta pasados tres años de probacion, en cuyo tiempo no se les debia permitir otro estudio que el de la oracion, humildad y mortificacion; que el silencio perpetuo, y la ciega obediencia á la menor insinuacion del superior habia de ser distintivo de todos. Mandaba que la comunidad se distribuyese en veinte y cuatro listas ó familias diferentes, correspondientes al número de las letras del alfabeto griego, con una letra en cada lista, que tuviese cierta alusion secreta á las costumbres y genio de los que se asentaban en ella. La lista de los mas dóciles, por exemplo, estaba señalada con la letra jota *J*. La de los mas duros ó menos tratables á las leyes del gobierno, con la letra *xi*, cuya extraña figura Ξξ, compuesta de rasgos irregulares, expresa perfectamente el genio de los imperfectos, y la irregularidad de su proceder. Ordenaba, en fin, que se hiciese oracion doce veces á la mañana, doce á la tarde, y doce a la noche. Y como á Pacomio le pareciese que la regla era demasadamente suave, el Ángel le respondió, que habiéndose formado la regla para los flacos, y no para los perfectos, era razon atender mas á la flaqueza de los unos que al fervor de los otros; no pidiendo a aquellos mas que lo preciso á que estaban obligados, y dejando libertad á estos para que añadiesen lo que les inspirase su devocion.

Los primeros que acudieron á ponerse bajo la disciplina de Pacomio, fueron Psentheso, Suris y Obris, seguidos después de tantos otros, que fue preciso edificar nuevos cuartos, y en pocos dias subieron á algunos millares los discípulos de nuestro Santo. En todos encendia el fervor con sus desvelos, con sus oraciones y con sus ejemplos. Era el primero en todos los actos de comunidad, servia á la mesa, trabajaba en la huerta, barria la casa, asistia dia y noche á los enfermos, sin otra prerogativa ni distincion que la de vivir con mayor austeridad que todos los demás, y ser mas humilde que todos.

Hasta que sus monjes fuesen elevados á la dignidad del sacerdocio, hacia venir de los lugares vecinos algunos sacerdotes que dijese misa en el monasterio; y teniendo noticia de que en aquella comarca habia muchos pobres pastores, destituidos de la palabra de Dios y de los Sacramentos, confirió el punto con san Aprion, obispo de Centira, á cuya diócesi pertenecian, y les edificó una iglesia á donde iba en persona el mismo Santo á hacer oficio de lector, y á explicarles el Evangelio. Inspirábales devocion la sola presencia del santo

Abad, y su grato semblante, aunque extenuado, su modestia, su apacibilidad y su virtud convirtieron á la fe á muchos paganos, reduciendo tambien á la Iglesia á gran número de herejes.

Por este tiempo, visitando san Atanasio, patriarca de Alejandria, las provincias de su jurisdiccion, vino á ver el célebre monasterio de Tabena. Salióle á recibir san Pacomio con todos sus religiosos, distribuidos en sus veinte y cuatro clases, que formaban otros tantos coros; recibiéronle cantando himnos y salmos; pero nuestro Santo, que aborrecia toda distincion, supo ocultarse entre los demás tan diestramente, que san Atanasio no pudo distinguirle.

Noticiosa la hermana de san Pacomio de su maravillosa vida, vino al monasterio con grandes ansias de verle; pero el siervo de Dios la negó este consuelo, enviándola á decir por el portero, que debia contentarse con saber que estaba vivo y sano, y que así la rogaba se volviese en paz á su casa; pero que si, movida de Dios, queria pasar en el desierto los dias de su vida, él la haria edificar un monasterio, á donde pudiese retirarse ella y todas la demás que quisiesen imitar su ejemplo. La virtuosa doncella, enternecida, llorosa y edificada del despego de su hermano, aceptó la proposicion que la hacia, considerándola como una orden bajada del cielo, y resolvió pasar en la soledad lo que le restaba de vida. Hizo Pacomio que sus monjes la edificasen un monasterio distante del suyo, con el Nilo entre los dos, donde en poco tiempo fue madre de un crecido número de religiosas, á las cuales señaló el santo Abad un director, dándolas una regla, y prescribiéndolas cierta forma de vida, casi en todo semejante á la que observaban los monjes. En muriendo alguna religiosa, las demás disponian todo lo necesario para la sepultura, y conducian el cadáver hasta la orilla del Nilo, que separaba los dos monasterios, cantando salmos segun la costumbre de la Iglesia; pasaban después los monjes el rio con ramos de palmas y de oliva, y cantando igualmente salmos, la traian á la orilla opuesta, y la enterraban en el cementerio con muchas ceremonias y solemnidad.

Favoreció Dios á san Pacomio con el don de profecía, de lenguas y de milagros, haciéndole tan célebre en todo el Oriente, y concurriendo tantos discípulos á la fama de su santidad, que fue preciso edificar otros muchos monasterios, á los cuales señalaba el Santo superiores particulares, teniendo cuidado de visitarlos todos los años. Fue tan prodigioso el número de los monjes, que se contaban mas de veinte mil, poblando de santos todo aquel vasto desierto.

Atendia el santo Abad con singularísimo desvelo á desterrar de

sus monasterios todo espíritu de novedad; y así fueron inútiles cuantos esfuerzos hicieron los herejes para introducir en ellos sus errores. porque Pacomio eludió sus artificios. Por el especial horror con que miraba las obras de Orígenes, prohibió á los monjes su lectura debajo de graves penas; y hallando en cierta ocasion un libro suyo, le arrojó en el Nilo con indignacion, diciendo que le hubiera arrojado en el fuego, á no estar escrito en él el nombre santo de Dios.

Un tierno jóven gentil, de edad de solos catorce años, llamado Teodoro, hijo único, heredero de un rico patrimonio, oyendo referir las maravillas que obraba san Pacomio, se sintió tan movido, que renunciando todas las vanas esperanzas con que el mundo le lisonjaba, y robándose á la ternura de su madre, se escapó al monasterio de Tabena, y pidió al santo Abad que le admitiese en el número de sus hijos. Recibióle Pacomio, previendo que algun dia habia de ser ornamento y padre de aquellos monjes. Corrió la madre á sacarle; pero el novicio no la quiso ver: las respuestas que la envió por el portero del convento hicieron tanta impresion en aquella buena mujer, que renunciando el mundo, y distribuyendo al punto sus bienes entre los pobres, se fué á poner bajo la regla y conducta de la hermana de san Pacomio. Templó Dios la alegría que causaban al Santo estas prosperidades espirituales con una vision que tuvo sobre la suerte de su Instituto. Diósele á entender que con el tiempo se habia de relajar el fervor de sus hijos, y que esta funesta desgracia sucederia por la relajacion de los superiores, que dejando de ser hombres interiores, comenzarian á gobernar por espíritu de prudencia humana y por razones políticas, abriendo la puerta á muchos abusos, y despreciando como menudencias las mas pequeñas observancias religiosas; por cuya debilidad en el gobierno, por cuya indevotion y malos ejemplos se perderia la disciplina regular, y con ella todo el espíritu de la Órden.

Afligió mucho esta vision al santo Abad, y no perdonó á medio alguno para prevenir tan lastimosa desgracia; pero no halló otro consuelo que el que le suministró la solidez de su virtud. :

Tambien quiso Dios probarla con otras tribulaciones, que le sobrevinieron con motivo de sus mismas visiones, milagros y profecias. A solo el nombre de Pacomio huian los demonios de los cuerpos que poseian; concurrían en tropas los enfermos, y sanaban todos con las oraciones del Santo. En medio de eso no dejaron de calumniarle, acusándole de hechicero, y de que tenia pacto con el demonio. Juntáronse algunos obispos en la ciudad de Latopla hácia el año

de 346, y le mandaron comparecer para justificarse. Hizolo el Santo de manera, que aquellos prelados quedaron admirados de su humildad, de su sabiduría, de su prudencia, y de las extraordinarias gracias que Dios habia depositado en su pura alma. Restituido á su monasterio, prosiguió empleando los grandes talentos que habia recibido, hasta que extenuado con sus penitencias, debilitado con sus trabajos, y colmado de merecimientos, cayó malo algunos días después de Pascua. Durante su enfermedad en nada moderó su fervor, ni perdió aquella alegría natural con que siempre habia servido á Dios después del Bautismo. Dos días antes de morir mandó juntar los monjes; dióles algunas instrucciones; encargóles con el mayor encarecimiento que jamás tuviesen comunicacion con los sectarios de Ario, de Melecio, ni de Orígenes; propúsoles por sucesor suyo á Petronio, y se entretuvo después por algun tiempo con su querido discípulo Teodoro, por sobrenombre el *Santificado*. En fin, lleno de alegría y de confianza en Jesucristo, á quien habia servido con fidelidad, y en la intercesion de la santísima Virgen, á quien amaba con ternura, entregó su bienaventurado espíritu en manos de su Dios el día 9 de mayo del año 348, cerca de los setenta y dos de su edad, habiendo pasado treinta y cinco de ellos en el monasterio de Tabena; y fue enterrado con la solemnidad que merecia un Santo tan grande.

SAN PONCIO, MÁRTIR.

Este Santo fue uno de los primitivos Mártires de la Iglesia: padeció su martirio en la persecucion de Valeriano por los años de 258 en Cimelea, ciudad de los Alpes, que fue destruida después por los lombardos, cuando de sus ruinas se levantó en las inmediaciones la ciudad de Nicea en Saboya. De la antigua solo ha quedado la famosa abadía de San Pons, en Cimelea, ó Cimies; y las reliquias del santo Mártir fueron trasladadas al monasterio de Tomiers en Languedoc, donde el papa Juan XXII erigió una silla episcopal, llamada San Pons de Tomiers: esta abadía fue secularizada en el año de 1625. San Valeriano, obispo de Cimelea, en el siglo V, nos asegura en sus tres panegíricos á este Mártir, que en sus reliquias fueron obrados muchos milagros.

En la iglesia del Hospital general de Santa Cruz de Barcelona se venera la imágen de un san Poncio ó Pons, obispo y mártir, especial abogado contra las chinches.

La Misa es en honra de san Bonifacio, y la Oracion la que sigue:

Da, quaesumus, omnipotens Deus, ut qui beati Bonifacii martyris tui solennia colimus, ejus apud te intercessionibus adjuvemur: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Concedenos, ó Dios omnipotente, que los que celebramos la festividad de tu bienaventurado mártir Bonifacio, seamos ayudados con su intercesion. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epistola es del capítulo v de la Sabiduria, pág. 25.

REFLEXIONES.

¡Qué necios fuimos! ¡qué insensatos! dicen á la hora de la muerte los mundanos, los disolutos, los carnales, los impíos. Esto se llama conocer muy tarde sus descaminos; y ¿de qué servirá entonces ese conocimiento? ¿qué efectos produce esa confesion? Turbaciones, arrepentimientos punzantes, pero estériles, un despecho que dista poco de la rabia, y una desesperacion que es seguida de la infelicidad eterna. El que voluntariamente se quiso mantener en la ilusion y en el error, el que quiso ser insensato en la vida, se hace prudente y discreto á la hora de la muerte; pero discrecion muda, sin actividad; discrecion puramente especulativa, que llega ya muy tarde; discrecion que descubre el error sin curarle, porque ya no es tiempo. Esta discrecion tambien la tienen los demonios y los condenados en el infierno, ni mas ni menos, como tienen aquella fe que los espanta, que les descubre su brutalidad, que los hace estremecer, pero que no los convierte.

Verdaderamente causa grande compasion ver aquella fiera, aquella intrépida seguridad, y aun aquella complacencia con que los hombres se descaminan. A poco que la voluntad y la razon estén de acuerdo en algun punto, ya no se admite ni la mas leve sospecha de error. La mayor ilusion se juzga por la mas constante verdad, y aun muchas veces por primer principio en la filosofia del mundo. De aquí nace aquella licencia de costumbres, á la verdad civilizada ya, y como cultivada; pero licencia cuya corrupcion causa tanto mayor estrago, quanto parece menor su disonancia, no causando espanto ni aun novedad.

No se habla ahora de aquellos groseros desordenes, de aquellas disoluciones, que siempre se miran con horror, y que condenan todos los hombres de bien; háblase de aquellos vicios domesticados, de aquellas pasiones connaturalizadas, que el amor propio ha encon-

trado modo de hacer que reinen pacíficamente aun entre gentes que hacen profesion de devotas. La pasion dominante y el vicio favorecido de cada uno logran de ordinario esta suerte. Que fatigue, que atormente, que consuma el cuerpo, y que desgaste el espiritu, no se le inquieta; como su dominacion es tan dulce, siempre es tranquila; se excusan, y aun se autorizan hasta sus mismos excesos. Nada espanta mas que los sistemas de bondad, de honradez y aun de virtud que cada uno se forja á favor de la ilusion. Siempre codiciosos de bienes, siempre mas y mas afanados por acumularlos, siempre esclavos de una insaciable avaricia, todo se sacrifica al interés: quietud, amigos, conciencia, á este ídolo se ha de ofrecer, se ha de inmolar todo. Si la Religion, si la razon, si la conciencia gritan que es impiedad, que es injusticia, no se les da oidos; porque en el tribunal que favorece á la pasion están corrompidos todos los testigos. Cuando el amor propio quiere, por decirlo así, elevar al trono la ambicion, la avaricia ó alguna otra de aquellas pasiones á que es mas propensa la inclinacion del corazon humano, tiene gran cuidado de ganar primero la razon. Una vez que logre su voto, no solamente todo cede, sino que todo concurre á hacer su reino tranquilo. Ya no se piensa en descubrir su tiranía, sino en amar su opresion y su dureza. Esta es la grande obra de aquellas ilusiones, que lo son mas del corazon que del entendimiento. Llega este desvario hasta una especie de insensatez. Hágase la pintura mas viva y mas natural de la pasion dominante, ó del vicio mas favorecido de cada uno; representese con los colores mas expresivos, todos son muy ingeniosos para aplicárselo á otros, y ninguno hay que reconozca en ella su retrato. No se piensa mas que en ganancias; no se trata mas que en negocios; no se ocupa el tiempo mas que en expedientes; pásese toda la vida en un trabajo duro y penoso que la ilusion llama gobierno, prevencion y prudencia. Un suceso feliz, pero pequeño, aunque nunca corresponda á la esperanza, aviva mas los deseos en vez de apagarlos. En medio de una disposicion tan poco cristiana se vive sin remordimientos, porque el corazon y el juicio caminan de inteligencia. La preocupacion cierra la puerta á todas las reflexiones; con qué nada puede disipar aquella niebla. No se da oidos á los consejos saludables, ni tienen entrada las mas fuertes inspiraciones. Una vez muda la conciencia, ni aun se advierte el peligro de que se vive con error. Luego que se vió Sanson esclavo, perdió la fuerza y los ojos; imagen viva de nuestras ilusiones: *Nos insensati*. ¿A qué de cosas llamaremos locura, si no lo es la falsa seguridad de muchísi-

mas personas? A la hora de la muerte se desvanecen todas las ilusiones: entonces se ve, se piensa, se discurre con acierto; mas ¿para qué? para inferir que todo se ha perdido: *Ergo erravimus*. Sinceridad llena de desesperacion.

El Evangelio es del capitulo xv de san Juan, pág. 155.

MEDITACION.

De la vida estéril en buenas obras.

PUNTO PRIMERO.—Considera cuánto ha hecho Dios por nuestra salvacion; cuánto ha trabajado hasta ahora para que diésemos fruto; con qué bondad nos ha estrechado, solicitado y ofrecido mil medios para santificarnos.

Trae á la memoria aquella parábola, por una parte tan instructiva, y por otra tan eficaz, de que se valió el Salvador, cuando dijo que habiendo venido el padre de familias á recoger el fruto de una higuera que habia plantado en una viña, y hallando que ninguno habia dado, dijo al cachican: Ya ves que ha tres años que vengo á buscar el fruto de esta higuera, y en todos tres no ha dado fruto alguno; córtala, pues, que no es razon ocupe inútilmente la tierra. El cachican le respondió: Señor, tened á bien que se mantenga un año mas; yo la cultivaré, y si el fruto no correspondiere á mi cultivo, entonces se podrá cortar.

Estábamos plantados en el campo del mundo como árboles estériles, desecados y carcomidos con el pecado original. Trasplantónos Dios, por decirlo así, al campo fértil de su Iglesia, por un efecto particular de su misericordia, prefiriéndonos á tantos otros; ó por gracia aun mucho mas especial nos trasplantó al campo de la religion, si tenemos la dicha de haber abrazado el estado religioso.

¿Hemos hecho alguna vez digna reflexion sobre la ventaja que logramos en haber sido trasplantados á una tierra tan santa, tan cultivada con los trabajos, y tan regada con el sudor y con la sangre de un Hombre Dios? Esta es aquella tierra que en todos tiempos ha producido aquellos ilustres héroes del cristianismo, y que todos los dias está produciendo tan grandes Santos de todas edades, de todos sexos y de toda suerte de estados. Esas grandes almas con la misma cultura, esto es, con los mismos auxilios que nosotros logramos, dieron y están dando cada dia frutos dignos de la vida eterna.

No tuvieron otro Evangelio ni otros Sacramentos; los auxilios en

todos tiempos han sido abundantes. Solo tuvieron cuidado de vivir segun las máximas de Jesucristo; de aprovecharse del frecuente uso de los Sacramentos; de cumplir exactamente con las obligaciones de su estado, y de corresponder con fidelidad á la Gracia.

Si merecemos la dicha de vivir en el estado religioso, miremos á los grandes Santos que nos precedieron como originales ó modelos que debemos imitar. No tuvieron otras reglas que las nuestras; solo fueron mas fieles en observarlas, y solo con observarlas se hicieron santos. Fuera de eso, nosotros logramos una ventaja que no lograron ellos, y es el estímulo de sus buenos ejemplos. Ellos fueron los primeros, y nos enseñaron qué cosa tan dulce y tan segura es el seguirlos. Nosotros mismos confesamos que fueron verdaderamente discretos, y verdaderamente dichosos en haber vivido como vivieron: ¿serémos nosotros prudentes, y podrémos racionalmente esperar que serémos felices viviendo como vivimos? Mi Dios, ¿qué manantial este de reflexiones, de arrepentimientos, y acaso tambien de un justo sobresalto, considerando mis ingratitudes, mi cobardía y mis infidelidades pasadas! Y ¿qué deberé yo esperar, si no producen otro fruto estas reflexiones!

PUNTO SEGUNDO. — Considera que no hemos recibido de Dios solamente los beneficios ordinarios y comunes. Cada uno encuentra dentro de sí mismo grandes motivos para confundirse á vista de las singulares misericordias del Señor y de su propia ingratitud. Traigamos á la memoria todos los particulares esmeros con que Dios ha procurado cultivarnos, para empeñarnos en rendir abundantes frutos.

¿Qué providencia mas amorosa desde la misma cuna! ¿qué serie mas continuada de auxilios y de medios poderosos por todo el curso de nuestra vida! ¿cuántos buenos pensamientos, cuántas nobles ilustraciones desde que amaneció en nosotros el uso de la razon! ¿Podrémos contar el número de todas las gracias que Dios nos ha dispensado desde que estamos en el mundo? ¿Cuántas veces nos ha sustentado con el pan de los Ángeles; esto es, con su propia carne y con su preciosa sangre! ¿cuántas nos habló en lo interior del corazon con secretas inspiraciones! ¿cuántas luces sobrenaturales, cuántas sollicitaciones amorosas, cuántos fuertes impulsos, cuántas gracias, cuántos auxilios en aquellas comuniones, en aquel sermon, en aquellas enfermedades, en la noticia de aquella muerte, á vista de aquel fracaso, en aquella conversacion, en esta misma lectura! ¿cuántos

avisos, cuántos buenos ejemplos, y de cuántos otros cien singulares favores nos ha colmado Dios!

Ciertamente no eran menester tantos medios para hacer un santo de primera magnitud. Y ¿cuántos Santos habrá en el cielo que no tuvieron tantos? Con todo eso dieron copiosos frutos de santidad; aprovecharon bien sus talentos, y su vida fue fértil en buenas obras. Ni la falsa brillantez de las grandezas humanas, ni el contagio de los malos ejemplos, nada fue bastante para allerrar su constancia. Trabajaron eficazmente en el negocio de su salvacion, correspondiendo á la gracia; y colmados de méritos, gozan al presente de la eterna bienaventuranza, justa recompensa de su fidelidad. ¿Cuánto debe confundir á los cristianos cobardes y á los religiosos tibios el ejemplo solo de san Bonifacio!

Considera seriamente y sin lisonjarte, si habiendo recibido los mismos auxilios que estos Santos, ha sido tu vida fecunda en buenas obras como la suya; y si la sangre de Jesucristo, que te ha regado como á ellos, ha producido en tí copiosos frutos. No nos excusemos con la mala calidad del terreno; de suyo todo es ingrato, ni de su naturaleza produce mas que abrojos y espinas; para cultivarlo es menester continuacion y aplicacion al trabajo.

¡Ó Dios mio, y cuánta verdad es que yo soy aquel sarmiento que solamente sirve para ser arrojado en el fuego! ¡qué misericordia. qué bondad la de haberme sufrido tanto tiempo! ¡Oh, y qué sensible impresion hace en mí vuestra paciencia! No os canseis, Señor, de esperarme ni de asistirme con vuestra gracia; desde este punto me rindo, y mediante Vos, ninguna cosa será capaz de hacer abortar mi conversion.

JACULATORIAS. — ¿Qué tiempo mas oportuno, Señor, para producir frutos, y dejar de ser estéril, que este tiempo en que tan mal se observan vuestros mandamientos? (*Psalm. cxviii.*)

Bendito seais, Señor, por haberme sufrido tanto tiempo. Ahora solo deseo que me deis á entender vuestra voluntad, y os suplico me concedais gracia para obedecerla. (*Ibid.*).

PROPÓSITOS.

1 ¿Qué importa que la cepa esté arraigada por medio de la fe? Todo vástago infructuoso se corta y se echa á tierra: *Omnem palmitem in me non ferentem fructum, tollet eum.* (*Joann. xv.*). Es preciso producir mas que flores y hojas; no basta esto; es menester que has-

la los mismos frutos vengan en sazón. Tiénese la fe; pero la fe sin obras ¿de qué sirve? Estas son las que se llaman frutos. ¿Has negociado al doble con los talentos que has recibido? ¿has llevado frutos dignos de penitencia? ¿son tus días verdaderamente llenos? Has sido prevenido con mil bendiciones, te ha socorrido Dios con grandes auxilios, has recibido de su liberalidad singulares gracias; ¿qué fruto ha producido todo esto? ¿qué reforma de costumbres? ¿qué aumento de fervor? ¿qué ternura de devoción? Acuérdate que fue castigado aquel siervo que no negoció con el talento, sin valerle el haberle conservado intacto. Una vida infructuosa é inútil siempre es digna de reprensión.

2 Hay frutos de diferentes especies, ó hay varias calidades de frutos. Unos siempre están verdes, y jamás maduran; otros son ásperos y de gusto desabrido; otros están roídos ó carcomidos; y algunos hay que no tienen mas que un lindo color, una bella apariencia. Ten presente que las obras de mayor edificación se corrompen muchas veces por un motivo bastardo. El secreto orgullo suele ser un gusano que roe la mayor parte de las buenas obras. Son ingeniosas las pasiones, y saben disfrazarse con mucho arte. Suelese tener por celo lo que muchas veces no es mas que viveza ó vivacidad de genio, ó una actividad natural en que tiene mucha parte la vanidad, aunque parezca servirle de motivo la mayor gloria de Dios y el deseo de la salvación de las almas. Es menester que nuestros frutos sean de sazón para estar maduros: quiero decir, que las virtudes que practicamos sean propias de nuestro estado. Una mujer casada, y madre de familias, que todo el día quisiera estarse en la iglesia, desagradaría mucho á Dios; al mismo tiempo que le agrada mucho una religiosa que pasa en ella la mayor parte de la vida. Considera bien de qué calidad son las buenas obras que practicas, cuáles los motivos, y cuáles los frutos, no sea que tus devociones te hagan mas enfadoso y mas intratable. Personas hay que nunca se muestran de peor humor que cuando han estado largas horas en la iglesia. Y ¡cuántas hay que solo trabajan por parecer bien al mundo! Su vida es laboriosa, pero infructuosa para la eternidad. ¿Eres tú de este carácter?

DIA XV.

MARTIROLOGIO.

LOS SANTOS TORCUATO, CTESIFONTE, SEGUNDO, INDALECIO, CECILIO, HESQUIO Y EUFRASIO, en España, los cuales fueron consagrados obispos en Roma por los santos Apóstoles, y enviados á España á predicar el Evangelio; y habiéndole predicado en varias ciudades, conquistando á la fe católica un sin número de almas, murieron en diversos lugares de este reino: Torcuato en Guadix; Ctesifonte en Béjar; Segundo en Ávila; Indalecio en Almería (*Urci*); Cecilio en Cartagena (*Iliberi*); Hesiquio en Astorga (*Carteya*); y Eufasio en Andújar (*Iliturgi*). (*Véase su noticia en las de hoy*).

SAN MARCIO, mártir, en Ehora en Portugal. (*Véase su historia el día de hoy*).

SAN ISIDORO, mártir, en la isla de Chio, en cuya iglesia hay un pozo, en el cual dicen que fue echado, cuya agua frecuentemente sana á los enfermos que la beben. (*Es patron de los navegantes en los mares de Grecia, y muy escudrecido por los milagros que obra en favor de los que invocan su mediación*).¹

EL MARTIRIO DE LOS SANTOS PEDRO, ANDRES, PABLO Y DIONISIA, en Lamosac en el Helesponto.

SAN SIMPLICIO, obispo y mártir, en Fausina en Cerdeña, quien en tiempo del emperador Diocleciano, siendo presidente Bárbaro, consumó el martirio traspasado con una lanza.

LOS SANTOS MÁRTIRES CASIO, VITORINO, MÁXIMO Y SUS COMPAÑEROS, en Auvernia.

SANTA DIMPNA, virgen y mártir, hija de un rey de Hibernia (*Irlanda*), en Brabante, la cual fue degollada por orden de su propio padre, por mantenerse constante en la fe católica, y en conservar la virginidad (*contra la ceguedad y locura de aquel*).

SAN ISIDRO LABRADOR, PATRON DE MADRID.

La vida de san Isidro ha sido y será siempre una acusacion de los que viviendo en el estado llano y humilde de la república, y ganando el pan con el sudor de su frente, se creen excusados de aspirar á la perfeccion en el camino de la virtud. Nació este siervo de Dios en la villa de Madrid, por los años de 1080 hasta el de 1082¹. Ignórase en qué parroquia fue bautizado; pero se presume seria la de San Andrés (que fue una de las que conservó Madrid durante la dominacion agarena) de la cual fue parroquiano, y mas frecuentó su

¹ Cuando nació san Isidro, la villa de Madrid, aunque fuerte y murada, no era corte ni tampoco pueblo grande, empuñando á la sazón el cetro de Castilla el valiente Alfonso VI de Leon, llamado por sus proezas el Bravo, el cual arrancó á Toledo y toda Castilla la Nueva del poder de los moros.

devocion en vida, y honró después de su muerte con el tesoro de su cuerpo. La humildad de su familia nos ha ocultado el conocimiento de las particularidades de su niñez; y todo lo que sabemos de ella es, que casi desde la cuna fue prevenido con las mas dulces bendiciones del Señor, siendo tan inclinado desde luego á la virtud, que jamás perdió el candor de la primera inocencia.

Las bellas disposiciones de Isidro no fueron miradas con indiferencia por sus padres: enseñábanle aquellas devociones que tan fuertemente se embeben en la niñez, y acostumbran producir los mas maravillosos efectos en edad mas crecida; y sus ejemplos iban á la par de sus doctrinas, pues practicaban lo mismo que le enseñaban. Entre otras iglesias que ellos frecuentaban era una la de Nuestra Señora de la Almúdena, en que habia canónigos regulares; y con esta ocasion Isidro eligió entre aquellos santos varones uno para la direccion de su alma ¹.

Imbuido Isidro en las máximas de virtud y de piedad, su comunicacion íntima era con Dios, á quien buscaba en su templo santo. ya por medio de la oracion, ya recibéndole Sacramentado con mas frecuencia de lo que se acostumbraba en aquel tiempo; y con esta frecuencia fué tomando incremento su devocion al santísimo Sacramento, así como de esta se originaba su grande propension á oír muchas misas, que fue una de sus devociones mas favoritas, y en las cuales edificaba por la modestia y compostura, pareciendo una estatua, y mostrando claramente la devocion interior con que asistia á ellas.

Los ejercicios de su vida exterior consistian en ayudar á su padre en las faenas propias de su profesion. Unas veces iba al campo á llevar la comida á dicho su padre; otras le ocupaba este en guardar algun ganado que tenia; otras en gobernar la carreta. Cuando ya se lo permitian sus fuerzas le ayudaba á segar, cavar, arar, y otros ejercicios penosos propios del labrador.

Llegó el tiempo en que faltaron los padres, y entonces trabajaba en la clase de jornalero, ocupándose tambien en abrir pozos y bode-

¹ Habiendo el rey D. Alfonso VI arrancado á Madrid de las manos de los moros, lo primero que hizo fue dar orden para purificar los templos que habian sido convertidos en mezquitas, dirigiéndose en particular sus solicitudes al templo principal, á fin de que fuese consagrado; y luego fue dedicado á María santísima, que mas adelante se denominó de la Almúdena, con motivo de venerarse en ella una antiquísima imágen de la misma Señora, que fue hallada en un cubo de la muralla, que estaba junto á la alhóndiga en que se deposita el trigo para el abasto comun, á cuya alhóndiga llaman los árabes *Almúdena*.

gas, cuya molesta fatiga ilustró el Señor con varios milagros. Entre otros es memorable el que sucedió en la casa de una señora de distincion llamada Nufla. Vivía esta fuera de Madrid, y teniendo distante el agua que necesitaba para su consumo, supo la habilidad de Isidro para abrir pozos, y asimismo su gran virtud. Mandó por él, y habiéndose presentado, le manifestó Nufla el objeto para que le había llamado, que era el abrir un pozo. Emprendió Isidro la obra, y á cierta profundidad dió con una enorme peña, que inutilizó cuando había trabajado Isidro hasta entonces, y parecia deber frustrar todas sus esperanzas, al paso que aumentaba su cansancio, y redoblaba sus esfuerzos; pero como su paciencia era incansable, seguía la maniohra sin perder aquella; y aquel Señor que le probaba manifestó con un prodigio cuán grata le era aquella fatiga de su siervo. pues en primer lugar hizo á la dura peña á manera de blanda cera susceptible de la impresion de las plantas de Isidro, pues quedaron estampadas en aquella del modo que las llevaba desnudas. A este prodigio se siguió el de empezar luego á deshacerse la peña en cristalinis raudales, dando el pozo tan abundante el agua, que jamás faltó aun en tiempo de grande sequía. A mas de esto era su virtud tan singular, que con ella conseguian los enfermos la salud, si la bebían con una viva fe y devocion. Semejantes prodigios se vieron en otros pozos hechos por mano de Isidro, entre los cuales es uno el que hizo en la que ahora es calle de Toledo, y en aquel tiempo era campo, en la casa que después habitaron doña María y doña Isabel Falconi. hermanas. Los mismos se experimentaron en la casa de los Veras. que estaba junto al colegio Imperial, y después fue incorporada al mismo.

Como Isidro hizo este pozo en la casa del caballero Vera, tuvo este ocasion de tratarle, y conocer la virtud de aquel que por otra parte solo parecia un pobre hombre; y prendado de él, pensó en quedársele en casa para el cultivo de sus heredades, y se lo propuso, y aceptó Isidro el partido. ¡Dichoso Vera que supo tan bien escoger! Él tenia en Isidro un criado el mas fiel, que á su tiempo ejercia lo que requerian las tierras, pero con tal ahinco y tanto interés como si fuesen propias; y quien le viera trabajar en el campo se persuadiera que Isidro solo pensaba en la tierra. Sin embargo Isidro sabia unir la vida activa con la contemplativa; y mientras tenia la mano en el arado, tenia el corazon elevado al cielo, no perdiendo jamás de vista el único objeto interesante al hombre, que es el cultivo del alma, para asegurar su salvacion. Quien advirtiese algunas

de las acciones que practicaba Isidro en el ejercicio de su oficio juzgara un mentecato y maniroteo al que en todas ellas sembraba rasgos de caridad á la par de su sencillez, y con ellas iba adquiriendo lucros para la vida eterna.

Tal era lo que hacia cuando sembraba, pues algunas veces echaba puñados de simiente fuera de la tierra labrada para que comiesen los pájaros, á los cuales decia: *Tomad, avecitas de Dios, que cuando Nuestro Señor amanece, para todos amanece.* Ordinariamente al empezar á sembrar al coger el primer puñado de simiente, decia al arrojarlo: *En nombre de Dios: esto es para Dios.* Luego cogia el segundo puñado y decia: *Esto para nosotros.* Cogia el tercero, y al derramarle decia: *Esto para las aves.* Tomaba el cuarto, y al arrojarlo decia: *Esto para las hormigas.* En cierta ocasion estaban ciertos labradores viendo lo que hacia Isidro, y acercándosele le dijeron: *Isidro ¿y para las hormigas tambien?* Y el Santo sonriéndose respondió con su natural candor y simplicidad: *Sí, tambien para las hormigas, que son animalitos de Dios, y para todos da su Majestad.*

Cuando Isidro salia á sembrar no le permitia su corazon compasivo hallar pobres, y dejar de socorrerles con trigo del que llevaba: y á veces su compasion se extendia hasta las aves, á las cuales convidaba con algun puñado de grano que les derramaba en tierra, cuando ellas parecia que hambrientas lo pedian desde los árboles, como sucedia en tiempo de nieves. Un dia le envió su amo al molino con un costal de trigo para moler: encontró en el camino unos pobres que en sus semblantes llevaban las credenciales de su miseria, y en sus sucios harapos una señal de su indigencia: no necesitó mas Isidro para moverse á compasion, y decirles: *Hermanos, ¿quereis un poco de este trigo para remediaros, que no tengo otra cosa?*

No lo dijo á sordos; y así fue que no malograron la ocasion que se les presentaba de dar algun pábulo á su apetito; pues al punto presentaron quien un pedazo de capa ó andrajo, cual la montera, para recibir el grano que el bondadoso corazon de Isidro quisiese darle. Siguió su camino, y halló una bandada de pájaros, los cuales, á su parecer, le miraban, y con los ojos le pedian socorro: paróse, y con su natural sencillez y candor abrió otra vez el costal, y les echó una buena porcion de trigo. Con esto disminuyó tanto el costal, que llegó al molino casi vacío. Tocóle su turno, y echó el poco grano que llevaba en la tolva para molerlo, y concluyendo de moler resultó tanta harina que no cupo en el costal; prodigio con que manifestó el Señor cuán gratos le eran los rasgos de la caridad de su siervo. Pero

el molinero, menos caritativo y demasiado malicioso, no atribuyó aquel aumento á milagro, sino á hurto, sospechando que Isidro habría hurtado alguna porcion de grano de otros costales; y aun pasó de la sospecha al juicio; y así le dió en rostro con el hurto. Sufrió el siervo de Dios la injusticia de la calumnia con mucha calma y paciencia, y le dijo al molinero sin alterarse: *Yo no soy ladron, ni lo permita Dios; pero ya que pensais que lo he hurtado, se reduce á daros la harina: tomadla pues toda, y volvedme otro tanto trigo como traje. Ahí está la harina, lleváosla, que yo no tengo otro modo de satisfaceros.* El codicioso molinero aceptó el partido, le dió otro trigo, y se quedó con la harina. Luego se echó el poco grano en la tolva y empezó á moler, sin perderlo de vista el molinero, y molida aquella corta porcion de grano, resultó mas harina que la primera vez, confirmando con el segundo prodigio cuán gratas eran al Señor las acciones de Isidro, y justificándole de la calumnia con que habia intentado denigrarle el molinero.

Pero no fue esta sola la prueba justificativa de las obras de Isidro la que dió el cielo; pues mientras estuvo á su cargo la hacienda del caballero Vera se advirtió ser esta la que tenia los sembrados mas limpios, las espigas mas granadas, los granos mas crecidos, su yunta mas lucida, siendo así que ni el ganado de Isidro llevaba mayores piensoos ó mejor pasto que el de otros, ni en sus tierras se sembraba mas trigo, ni en sus campos llovía mas que en los otros. Esto excitó la envidia de sus vecinos, y les movió á acusarle ante su amo de descuidado y negligente en órden al cultivo de las tierras. Pero el cielo tomó de su cuenta su defensa; pues cierto día salió el amo á dar vuelta por sus heredades, y colocándose en una altura que dominaba el campo en que debia arar Isidro, para acecharle, observó que el Santo estaba orando entre unos árboles hincado de rodillas, y al mismo tiempo vió la yunta no parada, sino arando sola: bajó al sitio, y vió como los bueyes araban sin guiarlos alguno, haciendo buena huebra, y tirando los surcos tan rectos como si los guiase el labrador mas diestro.

Apenas vió Isidro á su amo, cuando se levantó, y se puso á darle las satisfacciones que le sugirieron su sencillez é inocencia. El buen caballero disimulando su admiracion, le dijo: *No importa, Isidro. no importa, nada se ha perdido.* Y en realidad nada podia perder el amo por estarse orando el criado, cuando el cielo suplía su trabajo, y tan abundantes frutos producian sus oraciones.

Vivia tranquilo Isidro sirviendo al caballero Vera, hasta que el fe-

roz Alí, rey de los almoravides, después de la muerte del valiente Alfonso entró por el reino de Toledo con un formidable ejército, y se apoderó de Madrid. Con este motivo muchos cristianos salieron de aquella villa, de los cuales fue uno Isidro, el cual viendo y sintiendo el detrimento que de semejante conquista se seguía á la Religión, tomó el partido de retirarse á Torrelaguna donde tenía algunos parientes, lugar distante nueve leguas de Madrid. En él se ajustó por criado con un hacendado. Pero no por haber mudado de lugar mudó de costumbres: era el mismo en Torrelaguna que en Madrid: seguía con sus devociones; visitaba los templos que había en la villa, y los de la comarca; pero su devoción se dirigía particularmente á la ermita de Nuestra Señora que estaba junto á Caraquiz, llamada después *de la Cabeza*. De aquí nació el murmurarle algunos émulos diciendo que era un holgazán; que descuidaba la hacienda de su amo; y que con capa de virtud era enemigo de trabajar.

Estas murmuraciones llegaron á oídos de su amo, el cual llevó muy á mal las detenciones que Isidro hacía en las iglesias, persuadido á que redundaban en menoscabo de su hacienda; y así procuró remediar el supuesto daño, mandando un día á su criado que fuese primeramente á tal heredad, y la acabase de cultivar; que de allí pasase á arar la haza de tal parte, y concluida aquella labor fuese á trabajar á otra tierra; en fin le mandó tantas cosas que parecía imposible poder desempeñarlas. Sin embargo Isidro todo lo admitió con gusto, sin despegar los labios; y aparejando su yunta se fué á la labor. Por la tarde el amo montando en su caballo, se fué al campo para ver lo que Isidro había trabajado. Dió vuelta á sus heredades, y vió concluido cuanto le había encargado, causándole admiración ver concluida tanta labor; pero no obstante no quedó satisfecho con esto; porque Dios tenía reservado para otra ocasión el acabar de convencer de la rectitud y sinceridad de su criado con lo que vamos á referir.

Era costumbre en Castilla y en otros parajes dar el amo al criado á cuenta de su salario una pieza de tierra, para que se la cultivase, y de sus frutos se le proporcionase con que calzarse y vestirse; y á dicha tierra la llamaban *pegujal*. Este, pues, fue el concierto que hizo Isidro con este amo. Sembró su pegujal, y á su tiempo segó su mies, y puso esta en la misma era con lo que produjo la hacienda de su amo. Trilló uno y otro, pero separadamente, y puestos en la era el acervo de los granos de su amo y el de Isidro, se vió ser mayor el de este. Entró el amo en sospecha de que su criado había pasado grano

del de su heredad al del pegujal, y no dejó de dárselo á entender con su mal semblante, y en el desabrimiento con que le trató. Penetró Isidro el interior de su amo, y conoció su modo de pensar, y así le dijo con su natural candor y sencillez: *Mire, señor, Dios es el repartidor de los bienes, y los reparte á quien quiere, y cómo quiere; pero para salir de esa duda, tome, señor, uno y otro monton de grano, que yo me quedaré contento con sola la paja de mi pegujal.* Admitió gustoso el amo tal partido, y mandó llevar á su casa ambos montones; é Isidro quedó en la era con solo el monton de la paja de su pegujal; volvió á trillarla y limpiarla, y sacó de ella mas trigo que el que se habia llevado su amo.

Rindió el Santo á Dios las gracias, y dió á su amo y á todo el mundo un testimonio de su desprendimiento, repartiendo aquel grano á los pobres, exponiéndole su caridad á serlo por socorrer á los demás; pero Dios premió su caridad no permitiendo le faltase, sin embargo de que todo lo daba de limosna, ya fuese salario, ya jornal, ya lo que cogia en su pegujal, reservándose solo lo preciso para sí, que era harto poco.

Un mozo de tan bellas circunstancias necesitaba una compañera que le asistiese y ayudase á llevar los trabajos inseparables de la vida humana; mas no juzgando prudente pasar repentinamente á tomar un estado que pide muy serias reflexiones antes de entrar en él, imploró la asistencia del Padre de las luces en la oracion, y así logro el acierto; pues inspirado de Dios, y aconsejado de su padre espiritual, dió la mano de esposo á una mujer que habia de formar con él la mas estrecha union, porque á los vínculos del matrimonio habia de añadir los de la caridad, que forma un vínculo de perfeccion, y excluye la escoria de fines bastardos que acostumbran aflojar la union del grande Sacramento entre los casados. Su matrimonio se celebró en la parroquia de Santa María Magdalena de Torrelaguna, matrimonio santo en sus principios, no solo porque lo es como sacramento en Cristo y en la Iglesia, en frase del Apóstol, sí que tambien porque fueron puras las intenciones por parte de entrambos.

Era María, su esposa, natural de la villa de Uceda, donde la dejaron sus padres una heredad, que llevó en dote cuando enlazó con Isidro. Y si bien nació en Caraquiz, pero era una alquería sita en el término de Uceda, correspondiente á una de las parroquias de esta villa. En el bautismo pusieronla sus virtuosos padres el nombre de María, por devocion á la Reina de los Ángeles: el sobrenombre de *la Cabeza* con que es conocida en nuestros tiempos, no fue apellido

suyo, pues se le empezó á dar cuando fue trasladada su cabeza á la ermita de Nuestra Señora, que está junto á Caraquiz entre el rio Jarama y Torrelaguna, mudándosele el título *de la Piedad* que tenia en el *de la Cabeza*; y asimismo llamando á la sierva de Dios *Santa María de la Cabeza*.

Unidos Isidro y María buscaron una casita proporcionada para entrambos, y la arreglaron con lo que le dieron el dia de la boda sus parientes y convidados, segun costumbre de aquella serranía, y con el corto ajuar que ellos habian adquirido con su industria. Pero como María llevó en dote una heredad que la dejaron sus padres, segun dejamos dicho, y esta estaba en el término de Uceda, y junto á Caraquiz, trataron los dos consortes de tomar en arriendo algunas tierras de esta alquería, pertenecientes á un vecino de Torrelaguna. Convenidos con él, se trasladaron á Caraquiz, y comprando un par de bueyes, empezaron á labrar las heredades por su cuenta.

Establecidos en Caraquiz vivian Isidro y María como dos ángeles, tan unidos y con tal conformidad de ideas y voluntades, que el gusto del uno era el del otro. ¿Quién será capaz de expresar los santos coloquios que tendrian entre sí aquellos santos consortes por los caminos, y estando solos en el campo? Bien pueden deducirse los quilates de la virtud de los dos benditos esposos de los prodigios que por ellos obró el cielo; y de los que tenemos noticia pueden inferirse los favores que les prodigaria el Señor cuando no habria testigos que pudiesen referirlos.

Terminada la contrata que tenia hecha Isidro con su amo en Torrelaguna, hizo otra con un caballero de Madrid, llamado Ivan ó Juan de Vargas, y pasaron los santos consortes á vivir en Talamanca, villa situada en la ribera del Jarama.

Como cualquier vecino recién llegado á un pueblo poco numeroso acostumbra llamar la atencion, todos los de Talamanca la tenian fija sobre aquellos nuevos vecinos, como dos ejemplares de casados. Los veian unidos con los vínculos de la paz y caridad mas estrecha; admiraban en ellos su trato afable; notaban unos modales gratos, y nada agrestes, y una particular aficion á los pobres; y así era que gozaban de un cielo anticipado en la tierra aquellos dichosos consortes. Pero el demonio, envidioso de la felicidad de Isidro y María, y rabioso por los incrementos que tomaba de dia en dia su virtud, procuró sembrar zizaña en medio de este precioso grano. Para esto se valió de los mismos pasos que daba María hácia la perfeccion. Como era tan devota de la Reina santísima, y habia cuidado de su ermita

de Caraquiz, con licencia de su marido iba todos los días que podía a visitarla, y proseguia cuidando del aseo, y de encender la lámpara. Sucedia que cuando pasaba la sierva de Dios para la ermita salian al campo para saludarla los pastores de las riberas del rio que la conocian, y los quinteros que cultivaban aquellos campos, ansiosos de su santa conversacion y saludables documentos. Deteniase algo Maria, y cristianamente cortesana, les hablaba y consolaba en sus trabajos, les daba buenos consejos, y exhortaba á servir á Dios. Pero de estos rasgos de caridad tomó ocasion la malicia de algunos rústicos malintencionados para esparcir unas voces que hacian poco honor a la Sierva de Dios, y la vulneraban notablemente. En breve esta especie llegó á los oidos de Isidro, en cuyo corazon no dejó de hacer alguna impresion, sin embargo que tenia pruebas las mas convincentes de su virtud y fidelidad.

Un dia de fiesta empero estando el Santo en la iglesia en oracion, levantó el demonio una fuerte batería, y dirigiendo sus tiros contra la imaginacion del Santo, logró el turbarla recordándole cuanto habia oido de su esposa, y pintándoselo con unos colores tan vivos, que le parecia estarla viendo desde allí en comercio poco honesto con los pastores de las riberas del Jarama. Preocupado con esta imaginacion entró en tales celos, que salió sin reflexion de la iglesia, llevando clavado en el corazon el punzante aguijon de la sospecha. Salióse cierta tarde por la ribera del rio, hácia la ermita de Nuestra Señora, llevando el corazon traspasado de dolor; y hé aquí que levantando los ojos al cielo, y extendiendo luego la vista, se le presentó á lo lejos su esposa, la cual venia por la otra parte del rio; y entonces se retiró de su vista y ocultó para observarla. Acechó Isidro á su esposa; y el cielo, que habia querido probarle y glorificar á su consorte, le consoló haciéndole testigo de un prodigio; pues observó que acercándose María al rio hizo la señal de la cruz sobre las aguas y sobre si misma, y pasó á pié enjuto sobre ellas, como si pasase en un puente ó barca. A vista de tamaña maravilla quedaron desvanecidas todas las sospechas de Isidro, y trocadas en consuelos.

Por los años de 1119, contando Isidro treinta y ocho ó treinta y nueve años de edad, por disposicion de D. Juan de Vargas se trasladaron á Madrid los santos esposos; y como el caballero Vargas tenia en aquella villa una casa junto á San Andrés, destinada para la familia y mozos de labranza, dió habitacion en ella á nuestro Isidro en un aposento bajo, el cual se halla convertido en una pequeña capilla, en cuyo altar se venera una imagen del Santo.

El tenor de vida de Isidro vuelto á Madrid era el mismo que habia guardado antes: madrugaba, daba vuelta por el ganado, se retiraba á un rincon del establo, y allí tenia un rato de oracion, meditando en algun misterio de la vida de Cristo; y lo mismo ejecutaba su esposa en su aposento. Luego que era hora de abrir los templos, iba Isidro á visitar algunos; pero frecuentaba señaladamente el de Nuestra Señora de Atocha, reservando para el último el de su parroquia de San Andrés; y ordinariamente eran en número de nueve los que visitaba, segun resulta del proceso de su canonizacion.

Como el matrimonio de Isidro con María habia sido conforme á la voluntad de Dios, lo bendijo su divina Majestad, y les hizo gustar el fruto de su bendicion en un hijo que les dió. Estaban llenos de contento los dos santos esposos viéndose con un hijo, y cuidaban de él con el mayor esmero como de una dádiva que les habia confiado el cielo; pero como las satisfacciones de este mundo siempre van alternadas de pesadumbres, la complacencia de los dos Santos se trocó en luto; pues estando en cierta ocasion María arrimada al brocal de un pozo, que era harto bajo, hizo el niño un movimiento repentino con el cual se desprendió de los brazos de su madre, y cayó en el mismo pozo. En esto llegó Isidro del campo bien ajeno de pensar hallar á su esposa en tan triste situacion: sabedor del acontecimiento, no se alteró, aunque sintió como padre la tragedia de su único hijo ahogado en el pozo; y lejos de increpar á su esposa, la consoló con dulces expresiones, y exhortó á esperar que Dios los consolara, y que la piadosa Reina del cielo se lo volveria. Pusieronse de rodillas junto al pozo, suplicando al Señor que por su santísima Madre los consolase en tamaña afliccion. Mas, ¡oh prodigio! mientras estaban orando aquellos santos consortes iban subiendo las aguas hasta llegar á igualar con el borde del brocal, con el niño encima, como quien se lo presentaba, pero vivo y sano, sentado sobre ellas, y manoteando como quien jugaba con las mismas. Entonces llenos de gozo le tomaron en brazos, y rindieron las debidas gracias á Dios y á su Madre santísima.

Omitimos los rasgos del corazon compasivo de Isidro hasta con los irracionales; pues se le vió repetir siendo casado y padre de familia lo que habia practicado siendo soltero; esto es, repartir á las aves en tiempo de nieve parte del trigo que llevaba á moler para el gasto de casa, por cuyo motivo otro labrador, que iba con él, lo tuvo por un mentecato, y aun llevó á mal aquel que llamaba desperdicio, y renoviniéndole, le dijo Isidro: *Calle, señor; cuando Dios da, para*

todos da. Pero pronto se desengañó aquel labrador, pues cuando llegaron al molino se vieron llenos los costales. Del mismo modo se vio repetido el milagro que habia sucedido en la era con su primer amo, pues una vez pidió al caballero Vargas le permitiese volver á aventar la paja que estaba ya separada del grano, con el fin de dar á los pobres lo que resultase. Hizose cargo su amo de la paja, y viendo era muy poco el grano que podia sacar de ella, le concedió lo que pedía. Tomó Isidro el biello, y la aventó segunda vez, resultando mas grano que la primera vez.

Después de esto quiso el caballero Vargas que Isidro se trasladase á una casa de campo que poseia cerca de Madrid, como se verificó. Allí seguia el mismo tenor de vida de oír misa y visitar los templos de Madrid á donde iba muy de mañana. Esto dió márgen á algunos émulos para hacer con Isidro lo que otros habian ya practicado en otros tiempos contra él. Para averiguar el caballero Vargas por sí mismo la verdad ó falsedad de lo que se le imputaba á Isidro, al dia siguiente se levantó de mañana, y al partir de casa fué siguiéndole los pasos con mucho disimulo: observó que estaba gran parte del dia entregado á sus devociones, y salia á la labor cuando los demás quinteros la llevaban muy adelante. A vista de esto montó en cólera persuadido de que las devociones de Isidro redundaban en perjuicio de su hacienda; y aguardó que llegase al campo para desahogarse con él. Llegó por fin Isidro, y su amo olvidado de los prodigios que él mismo habia presenciado, desplegó su cólera sobre él llenándole de injurias.

Isidro para disculparse no hizo mas que referirse á lo que producian las tierras que cultivaba, manifestando al caballero Vargas, que si se entregaba algun tiempo al cultivo del campo de su alma, y servicio del supremo Señor, léjos de ceder en menoscabo de su hacienda, su Majestad lo suplía; y que por tanto le rogaba que no llevase á mal su devocion. Esta respuesta blanda y humilde del siervo de Dios cortó el vuelo á la ira de su amo. y solo le encargó el cuidado de su hacienda.

Pero no sabiendo componer todavía Juan de Vargas las devociones de su quintero con el buen cultivo de su hacienda, y deseoso de experimentar si se habia enmendado, se fué una mañana á Puerta de Moros, donde habia una atalaya que miraba hácia el campo en que Isidro habia de trabajar aquel dia. Púsose al pié de la atalaya aguardándole; mas siendo ya tarde no parecia. Por fin le columbro de léjos; y pareciéndole que el seguir con sus devociones era des-

preciar sus avisos, montó á caballo, y salió volando hácia donde estaba Isidro, porque estaba mas montado en cólera, y deseaba desfogarla con él. Mas el Señor, que protegía á su siervo, le puso á cubierto de las iras de su amo, y le desarmó prontamente con un prodigio; pues al bajar de Madrid á Manzanares alzó los ojos á la cuesta que está de la otra parte del rio, donde se hallaba el Santo arando, y se le ofrecieron á la vista dos mancebos vestidos de blanco, cada uno arando con su yunta de bueyes tambien blancos, é Isidro con los suyos en medio de los dos jóvenes. Paróse Vargas lleno de pasmo, no pudiendo persuadirse que Isidro tuviese caudal para pagar dos jornaleros que le ayudasen á arar. A mas de esto le admiraba el traje de aquellos jornaleros, que no era del país, y las huebras que hacian. Entonces se sosegó, y trocó la ira en un grande gozo; y deseando cerciorarse de cerca de lo que observaba de léjos, dió espuela al caballo, y corrió al campo en que observaba aquel prodigio, sin perder de vista aquellos dos jóvenes, cuyo objeto aumentaba por instantes su admiracion, al paso que acrecentaba su gozo. Bajó los ojos al meterse el caballo en el rio, y al volver á levantarlos ya no vió sino á Isidro arando con su yunta. Llegó por fin á donde estaba su criado, y persuadido á que cuanto habia visto era cosa del cielo, le pidió no le ocultase la verdad, y le dijese quiénes eran aquellos que poco antes araban con él, y habian desaparecido. Entonces Isidro le dijo con su natural candor, *que no habia visto otra persona, ni habia llevado otra yunta para ayudarle á arar, sino á solo Dios del cielo, á quien únicamente llamaba y pedia, y era quien le ayudaba siempre.* Luego fijó Vargas los ojos en la labor, y advirtió que con solo el arado de Isidro se iban abriendo en la tierra tres surcos á un mismo tiempo. Con tales prodigios abrió los ojos aquel buen caballero, que estaba tan prevenido contra su quintero, y llegó á conocer que aquellos jóvenes que habia visto arar con Isidro eran Ángeles, los cuales suplian con mucha ventaja el tiempo que el santo labrador gastaba en sus devociones; y bien penetrado de ello le dijo: que ya no hacia caso de cuanto le habian dicho sus émulos contra él, y en adelante dejaba á su disposicion todas sus heredades y hacienda. Con esto se despidió de él, y en adelante le tuvo en grande estima.

Como el siervo de Dios se habia nutrido desde la infancia con el pan de Ángeles, concibió los mas vivos deseos de que en su iglesia parroquial de San Andrés se erigiese una cofradia bajo la advocacion del santísimo Sacramento, cuyo objeto fuese el mayor culto y adoracion de tan soberano misterio. Impulsado, pues, de su fervor co-

municó su pensamiento á algunos amigos suyos, y á otros labradores y vecinos; y como todos le tenían en el mejor concepto y estima, le respetaban, y fácilmente hallaban entrada en los corazones sus insinuaciones. Así fue que no se frustraron sus piadosas solicitudes, antes produjeron el deseado efecto, consiguiendo por fin el ver fundada dicha cofradía, que hoy día se esmera en tributar respetuosos cultos al Señor sacramentado en la mencionada iglesia de San Andrés.

Vivia Isidro con su esposa María con la mayor union, y entrambos caminaban á la perfeccion. Pero para llegar á ella mas fácilmente trataron de separarse, y de comun acuerdo lo verificaron, viviendo como dos hermanos, bien que juntos en una misma casa, haciendo una vida angélica. Duró esto hasta que María inspirada de Dios, y deseosa de hacer una vida solitaria y del todo abstraída del mundo, comunicó sus deseos á Isidro; y hallándose muy conformes en sus ideas convinieron en que María se fuese á Caraquiz á cuidar de la ermita de Nuestra Señora, y que Isidro se quedase en Madrid con su hijo. Partió María acompañada de su santo esposo, y su conversacion durante el camino toda fue celestial, exhortándola Isidro á perseverar en su santo propósito; y habiéndola dejado en Caraquiz, se volvió á Madrid.

Quería el Señor confirmar la santidad de Isidro, y el concepto en que le tenía su amo, y para esto obró un milagro á vista de este. Fue el caso, que hallándose el caballero Vargas en el campo abrasado de sed en medio de los excesivos calores del verano, y no teniendo con que refrigerarla, preguntóle á Isidro si tenía agua en el hato, porque se moría de sed. Respondióle el Santo que no la tenía; pero que fuese á aquella cuesta (señalándole el sitio) que en ella hallaría una fuente. Fuese Vargas al lugar que le indicó Isidro; pero no halló fuente alguna, y así volvió á decírselo. Entonces fué el Santo al mismo lugar con su amo, levantó el corazon á Dios, y los ojos al cielo; hizo la señal de la cruz sobre la tierra, y con la aijada que llevaba en la mano hirió en una piedra, diciendo: *Cuando Dios quería aquí agua habia.* Y hé aquí que á la voz de este nuevo Moisés obedeció la dura peña, brotando raudales de agua cristalina, y quedando una fuente perenne, que hasta nuestros días mana como testimonio del milagro. Quedóse pasmado Vargas á vista de tanta maravilla, y olvidado de su sed, porque le tenía suspenso aquella: hasta que volviendo de su pasmo, se arrojó cual ciervo sediento á beber de aguas tan prodigiosas, añadiéndoles las que brotaban sus

ojos de ternura al considerar la virtud de su criado. De allí adelante le miró y respetó como á un Santo, y le protestó querer ser su criado, y que él fuese su amo. Pero el humilde siervo de Dios le dijo que rindiese gracias á Dios por el beneficio. La fuente de que tratamos lo fue en adelante de maravillas, pues se experimentó haberla dado el Señor una virtud curativa por la santidad de su siervo. Así lo experimentó la emperatriz doña Isabel, esposa del emperador Carlos V, con este, y con su hijo Felipe II, los cuales consiguieron la salud bebiendo del agua de aquella fuente; y agradecida dicha Emperatriz mandó edificar una ermita sobre la misma fuente, que hoy se ve á la otra parte del río Manzanares.

No harémos mencion de las astucias de que se valió Satanás para turbar nuevamente la paz de Isidro con respecto á la fidelidad de su ausente esposa, pues todas las disipó un milagro que presenciaron los calumniadores, viéndola pasar el Jarama tendiendo su mantilla sobre las aguas. Tampoco hablaremos del milagro que hizo el siervo de Dios resucitando á la única hija que tenia su amo D. Juan de Vargas. Ni nos detendremos á referir su regreso á Madrid, y solo diremos, que dicho Vargas le dejó un cuarto ó habitacion dentro dicha villa, y alguna cosa con que pasar su vejez; y muerto aquel se retiró á vivir en dicha habitacion. Desde entonces solo cuidó del cultivo de su alma, dando rienda á su devocion y fervor. Mas como por su vejez no podia andar á pié para visitar todas las iglesias que acostumbraba, se valia de un horriquillo para ir montado. Fuese un dia á la ermita de Santa Magdalena, inmediata á Carabanchel de abajo. Llegado allí apeó, y dejó su jumentillo en un ribazo que estaba próximo á ella, para que paciese entre tanto. Mientras estaba en la iglesia salió un lobo de un monte cercano y embistió al jumento; y visto por algunas gentes corrieron á decirselo á Isidro, para que saliese y salvase su jumento; pero el siervo de Dios sin alterarse ni moverse les dijo: *Hijos, id en paz, hágase la voluntad de Dios.* Perseveró Isidro en su oracion, y salió de la iglesia, viendo prodigiosamente á su jumento paciendo, y al lobo muerto á sus piés. Quedó pasmado Isidro á vista del beneficio con que le habia favorecido el Señor guardando á su jumento de la voracidad del lobo carnívoro, y á este muerto; y rindió á su Majestad las gracias.

Mas ya se acercaba el dia en que Dios queria premiar á su fiel siervo, é introducirle en su gozo. Quiso antes acrisolarle del todo, y darle ocasion para acrecentar sus merecimientos, enviándole una grave enfermedad. Llegó á noticia de su santa esposa, y voló al so-

corro de su amado marido, al que no dejaron durante su enfermedad María y el hijo de entrambos. Conociendo Isidro anticipadamente el dichoso dia en que Dios queria terminar la carrera de sus trabajos, preparóse con nuevo fervor para aquella última hora: su semblante siempre apacible y risueño, su devocion mas tierna que nunca, su apacibilidad y su paciencia daban nuevo lustre á su santidad. Recibió los Sacramentos con tanta devocion, que admiró y sacó lágrimas de ternura á todos los que le asistieron en la última agonía; y en fin, abrasado del amor de Dios, lleno de virtudes, y colmado de merecimientos, murió el dia 13 de mayo del año de 1130¹, de edad de casi cincuenta y cinco años, como quieren unos, ó de sesenta, como afirman otros.

Luego que espiró, manifestó Dios la gloria de su siervo con gran número de milagros que hicieron glorioso y célebre su sepulcro por toda España. Con todo eso por espacio de cuarenta años estuvo enterrado el santo cuerpo sin alguna distincion en el cementerio de la parroquia de San Andrés de Madrid, hasta que creciendo cada dia el número de los que venian á implorar su intercesion, quiso Dios glorificarle, sacándole de aquella humilde sepultura, y haciéndolo después glorioso por toda la monarquía.

Aparecióse en sueños san Isidro á un conocido suyo, y le dijo que hiciese sacar su cuerpo del cementerio de San Andrés, y que se colocase en lugar mas decente dentro de la misma iglesia. Habiéndose descuidado este en hacerlo, ó por timidez, ó por desconfianza, al punto fue castigado con una grave enfermedad, de que no sanó hasta el mismo dia en que se hizo la traslacion del santo cuerpo. Aparecióse el Santo á una virtuosa señora, y esta fue mas obediente. Dió cuenta al clero y á la justicia: hizose una procesion al cementerio, y al primer golpe de azadon se tocaron por sí mismas las campanas de San Andrés, sin dejar de tocarse hasta que se acabó la ceremonia. A este milagro, de que fue testigo toda la villa, se siguió la vista de otro no menos admirable que subsiste aun el dia de hoy. Habiendo estado el santo cuerpo enterrado en el cementerio por espacio de cuarenta años, se halló tan entero y tan fresco como si estuviera vivo. Exhalaba una suavísima fragancia que se dejó percibir de todos los asistentes, los cuales no pudieron reprimir las lagrimas causadas de la ternura y de la devocion. Envolvióse el santo cuerpo en preciosas telas, y encerrado en una caja nueva, fue so-

¹ El P. Nicolás José de la Cruz pone su muerte en el dia 30 de noviembre del año 1172, á los noventa y un años de edad del Santo.

lemnemente trasladado á la iglesia de San Andrés: después de mas de quinientos ochenta años se conserva aun tan flexible, tan entero y con el color tan natural, como el mismo dia en que se descubrió esta preciosa reliquia.

El tiempo que ha pasado desde aquella traslacion hasta ahora ha sido una continuada serie de milagros que ha obrado el Señor por la intercesion de san Isidro; lo que obligó al papa Paulo V, después de las informaciones y solemnidades acostumbradas, á publicar la bula de su beatificacion el año de 1619, permitiendo se celebrase todos los años la fiesta del Santo en los dominios del rey de España. Felipe III, que solicitaba con el mayor esfuerzo se abreviase cuanto antes esta beatificacion, recibió prontamente el premio de su cielo. Volviendo de Lisboa, cayó tan peligrosamente enfermo en Casarrubios del Monte, que los médicos llegaron á desconfiar de su vida. Experimentándose inútiles todos los remedios, se recurrió á la intercesion de san Isidro labrador. Estábase celebrando la misa en honra del Santo en la iglesia de San Andrés, con asistencia de toda la cierecía de Madrid, cuando llegó un correo con la triste noticia de que el Rey quedaba á los últimos, perdido ya del todo el conocimiento. Fue general la consternacion; pero la confianza en el Santo moderó las lágrimas, sobre todo cuando se divulgó en la villa, que á instancia de los magistrados se habia de llevar la caja del santo cuerpo al cuarto del Rey enfermo.

Hízose esta ceremonia eclesiástica con la mayor pompa y solemnidad, tanto, que mas parecia triunfo que procesion. Colocóse la caja sobre una especie de carro triunfal magníficamente adornado: iba á caballo toda la nobleza y todo el clero con hachas encendidas en las manos; seguíase una prodigiosa multitud de coches y carrozas con muchos coros de música, y un inmenso pueblo aumentaba continuamente el acompañamiento. Media legua antes de llegar á la casa real, se incorporaron mas de seis mil personas, así eclesiásticas, como religiosas y seculares, que habian concurrido procesionalmente de los pueblos circunvecinos. El Principe heredero salió á recibir la santa reliquia con toda la corte hasta la entrada del parque, y la acompañó hasta el cuarto del Rey su padre, donde estaba toda la casa real. La caja, conducida en hombros de los cuatro eclesiásticos mas autorizados de la iglesia de Madrid, se colocó en una especie de trono debajo de un magnífico dosel. El Rey, que se habia limpiado de calentura desde que la caja salió de la iglesia de San Andrés, se halló enteramente bueno luego que entró en su cuarto la reliquia. Res-

tituyóse esta á Madrid con igual triunfo : acompañábanla mas de seis mil personas á caballo con hachas en las manos, y entró en la villa entre el estruendo de la artillería, y el repique general de todas las campanas. A ningun monarca se le hizo jamás recibimiento mas solemne que á aquel pobre labrador : tanto se hace respetar de todos la santidad. El año siguiente se colocó el santo cuerpo en otra caja mas suntuosa de plata, que costó mas de diez y seis mil ducados de oro, y todo el año se pasó en la corte de Madrid en fiestas públicas con extraordinaria magnificencia, así en el adorno de las calles, como en el de los templos. Finalmente, el papa Gregorio XV, á instancias del rey Felipe IV, y por satisfacer los ansiosos deseos de toda España, procedió solemnemente á su canonizacion el dia 22 de marzo del año 1622, y no se puede explicar la alegría y la magnificencia de los pueblos en celebrar la fiesta de este santo patron de la villa y corte de Madrid, y protector especial de todo el reino.

Por lo que respeta á su santa esposa, después de la muerte de san Isidro volvió á Caraquiz, cumplidas las mandas de su santo esposo. Dejó á su hijo en Madrid, y le cedió los cortos bienes que habian quedado de aquel, fiando para su sustento en la providencia de aquel Señor que jamás desampara á los suyos. Restituida á Caraquiz repitió sus acostumbrados ejercicios, y pedia limosna por los lugares vecinos. De lo que la suministraba la caridad hacia tres partes: la una era para mantener la luz de la lámpara de la ermita, la otra para los pobres, y la otra para su propia manutencion. Pasaba cada dia muchas horas en oracion. La Reina de los Ángeles la favoreció muchas veces con sus visitas, de que fue testigo el Jarama, cuyas corrientes pasaba milagrosamente asistida de aquella Señora. Su mortificacion y penitencia eran grandes, sus ayunos continuos, su honestidad singular, su paciencia heróica.

Llegó por fin el tiempo en que el Señor queria llevarla á acompañar á su santo esposo, y recompensar sus trabajos, y en el año de 1180 sucumbió á la fuerza de una grave enfermedad, dejando á la ermita de Nuestra Señora una pequeña casa que tenia en Caraquiz, y una heredad que sus padres la dieron en dote, de que se infiere que su hijo la premoriria. Después con el tiempo fue olvidado el lugar de su sepultura, y fue hallado milagrosamente en el año 1596, y sus reliquias por último fueron reunidas en la iglesia llamada la Real de san Isidro. Á esta Santa se la tributaba culto de tiempo inmemorial, cuando por los años de 1677 la Sede apostólica lo aprobó, y Benedicto XIV, con decreto de 15 de abril del año 1752, conce-

dió oficio y misa con rito doble para el arzobispado de Toledo, y en dicho decreto la nombra SANTA MARÍA DE LA CABEZA.

SAN TORCUATO; OBISPO Y MÁRTIR.

El mayor de todos los beneficios que puede recibir una region de mano del Dios de las misericordias es aquel don celestial y divino, sin el cual es imposible agradecerle. La fe es entre todas las gracias la primera en el órden, y la mas necesaria en la sustancia para ser contados entre los hijos de Dios, y poder entrar á la participacion de sus misericordias. Aquellos infelices á quienes no llegó la promulgacion del Evangelio, ó que habiendo llegado, cerraron sus orejas para que no entrasen en su alma las sacrosantas verdades, ya están juzgados, dice la sagrada Escritura; y de consiguiente llevan arrastrando la cadena de su condenacion. Por esta causa todas las naciones y provincias celebran justamente la memoria de aquellos varones que las enriquecieron con la fe, y depositaron en ellas las verdades del Evangelio. España, feliz en esta parte sobre casi todas las naciones del mundo, no se sacia de manifestar su gratitud por un beneficio tan señalado, celebrando la memoria de los primeros padres de su fe en repetidos dias del año con júbilos y alegrías. No se contenta con dedicar devotísimas solemnidades al apóstol Santiago, á quien venera como á su primer maestro; se acuerda tambien de aquellos grandes discípulos suyos, que después de haber visto su martirio, vinieron á consumir la obra que el santo Apóstol habia comenzado.

El principal entre estos varones apostólicos, y á quien constantemente dan todos los manuscritos antiguos el primer puesto y dignidad, es san Torcuato, obispo de Guadix, cuya memoria celebra la Iglesia de España en este dia, y de cuyos hechos y vida se sabe muy poco mas que lo que refiere la historia de los demás Apostólicos. Segun ella san Torcuato se hallaba en Roma al mismo tiempo que san Pedro y san Pablo difundian las luces del Evangelio en aquella capital del mundo. Estaba el Santo bien instruido en todos los misterios y doctrina de la religion evangélica: capaz no solamente de manifestarla en sus obras, sino tambien de someter á ella con su predicacion y su celo á las gentes deslumbradas todavía con las supersticiones de la gentilidad. Su adhesion á los divinos misterios, su fervorosa caridad en socorrer á los necesitados, su celo ardiente por la propagacion del Evangelio, fueron otras tantas señales ciertas, que movieron á san Pedro y san Pablo á persuadirse que era sugeto dig-

no de que se pusiese sobre sus hombros la pesada carga del obispado. Conocieron sin duda que del conjunto de virtudes y sabiduría que resplandecian en Torcuato, no se podian esperar sino grandes conversiones y considerables conquistas á favor del cristianismo. Ordenáronle de obispo, y recibida su bendicion y el ósculo santo de paz, se embarcó con sus compañeros, dirigiendo el rumbo á aquella region predilecta, en que su santo maestro habia ya empleado las primicias de sus sudores y trabajos evangélicos. Aunque la nave pasó por las costas de Tarragona, que era entonces el emporio que los romanos tenian en España, no tuvo por conveniente desembarcar en aquella ciudad; sin duda, porque habiéndose publicado la persecucion sangrienta de Neron, consideró que en las grandes ciudades, donde habitaban los pretores, seria mayor la carnicería, y estaria mas expuesto el santo fin que los habia movido. Por tanto, pasaron adelante hasta llegar á una costa que prudentemente se conjetura era el asiento de uno de los puertos de Urçi, ó Puerto Magno, junto al sitio que ocupa Almería actualmente. Desembarcó allí san Torcuato con sus compañeros, ardiendo sus pechos por comenzar la grande obra que traian proyectada. Vieron los inmensos campos que habian de ser el teatro de su predicacion cubiertos de peligros. Consideraron que en España seria menester acaso combatir con mas monstruos de supersticion é idolatría que en otra parte del mundo; por cuanto el atractivo de sus riquezas era un convite hecho á todas las naciones viciosas, para que su avaricia trajese á este país todos sus crasos errores. Así se ve, que en las monedas de la antigua España se encuentran los signos no solamente de la monstruosa religion de griegos y fenicios, sino tambien de otra particular y no menos monstruosa en que estaba sumergido este desgraciado país. Pero cuando la caridad ha llegado á apoderarse perfectamente del humano corazon, los mayores peligros no son otra cosa que incitativos para grandes obras. Apenas puso los piés en tierra san Torcuato, cuando inmediatamente comenzó á caminar tierra adentro juntamente con sus compañeros, deseoso de encontrar gentes en quienes dar feliz principio á su grande ministerio. Ni el cansancio, ni el caminar á pié por los lugares escabrosos, ni la desconfianza, que es preciso infunda el verse rodeado de tierras infieles y desconocidas, pudieron quebrantar la constancia de los ministros del Evangelio. Muy poco mas de trece leguas habian caminado, cuando se les presentó a la vista la ciudad de Guadix, en la cual determinó san Torcuato derramar la primera semilla de la fe de Jesucristo. Detuviéronse al-

gun tanto fuera de la ciudad, en un sitio que distaba de ella cosa de un cuarto de legua; y como los ardientes deseos de evangelizar y convertir almas para Jesucristo no les hicieron lugar para proveerse de los alimentos que traian en la embarcacion, les fue necesario enviar algunos que los comprasen en la ciudad.

En aquel dia celebraban los gentiles una solemnísimá fiesta á sus deidades, que segun el Cerratense eran Júpiter y Mercurio, y segun otros la diosa Juno. Si es lícito conjeturar, el haber sido celebrados estos Santos por la Iglesia de España en los tiempos antiguos en el primer dia de mayo, arguye que en este dia fue su feliz arribo á la ciudad de Guadix, no siendo verisímil que todos siete Apostólicos padeciesen en un mismo dia martirio. Se sabe por Ovidio que el primer dia de mayo le tenian dedicado los gentiles á la fiesta de los *Lares Prestites*, númenes que tenian á su cuidado las casas y domicilios de los gentiles. Es creible que estos se hallasen en la solemnidad de estas deidades cuando llegaron á buscar alimento los enviados por san Torcuato: su aspecto extraño y severo, su modo de vestir pobre, y que denotaba distinta profesion; ó lo que es mas cierto, el trastorno de la razon que habia causado en aquellos hombres ciegos la borrachera, la gula y la inmoderada alegría, que eran los principales ritos con que honraban á sus dioses, los sacó de tino, y les hizo enfurecer contra los Santos. Acaso estos viendo ocasion oportuna de comenzar á esparcir las luces del Evangelio, enardecidos con el celo de la honra de Dios, al ver tributar al demonio adoraciones, solamente debidas al Hacedor de todas las cosas, se explicarian con vehemencia contra aquellos ritos profanos. Como quiera que sea, Dios, bajo de cuya providencia se contienen los buenos y malos sucesos, iba ordenando un feliz principio á la primera plantificacion de la fe en España por medio de un asombroso milagro. El pueblo de los gentiles tumultuosamente conspirado y llevado de una furiosa embriaguez, se declaró contra los Santos, y comenzó á perseguirlos de muerte. Ellos, viendo la persecucion, echaron á huir por el mismo camino que habian traído, en cuyo intermedio habia un puente magnífico de tan asombrosa consistencia, que cualquier sensato le juzgaria superior á la fuerza destructora de los tiempos, y casi al mismo artificio. Internáronse en él los Santos perseguidos, cantando alabanzas á Dios porque se dignaba concederles la gracia de padecer por su amor, y acordándose al mismo tiempo de los prodigios con que habia libertado á su pueblo de la ira de Faraon. Seguian los gentiles deseosos de haber á las manos aquellos extranjeros para eje-

cutar en ellos una horrorosa venganza. Pero ¡oh milagrosas disposiciones de la divina omnipotencia! Cuando los Santos acababan de salir del puente, y este estaba henchido de una inmensa multitud de gentiles, vieron estos que desatándose las ataduras de los arcos, y derrotándose los robustos pilares, el puente y los perseguidores padecieron una comun ruina. Con la muerte de tantos infelices fue universal la consternacion que se apoderó de los corazones de todos los acitanos. Un saludable terror sustituyó el lugar que antes ocupaba el furor y la ira; y convirtiéndose en respeto y veneracion lo que antes era abominacion y desprecio, determinaron enviar mensajeros á los Santos para que viniesen á la ciudad. Entre todos los ciudadanos se distinguió en la piedad y en los obsequios una noble matrona, cuyo nombre era Luparia, quien dió benigna acogida en su casa á aquellos extranjeros, en cuyo favor se manifestaba el cielo tan generoso. Luego que los tuvo en su presencia, les comenzó á preguntar por su patria, por su profesion, y por los fines que les habian hecho emprender el peligroso viaje y peregrinacion de aquellas tierras. Gozoso san Torcuato de las primeras felicidades de su expedicion, y viendo cuán buena oportunidad se le ofrecia de comenzar la grande obra de la conversion de aquellas gentes, dió cuenta á Luparia del fin de su venida, que no era otro que la felicidad eterna de sus almas. Dijola como eran enviados del mismo Jesucristo: que este era el Hijo de Dios vivo, que por la salud del género humano se habia hecho hombre; habia predicado una ley de gracia, y habia sido crucificado para redimir á los mortales de la esclavitud del demonio: que por encargo de este Hombre Dios venian á predicar el Evangelio y la remision de los pecados, que lograria todo aquel que creyese los misterios que anunciaban, y recibiese el Bautismo. La gracia divina difundió sus luces en el entendimiento de aquella noble matrona, para que á la sencilla proposicion de tan sublimes verdades prestase dócil su alma para creerlas, y gustoso el corazon para abrazarlas. Como habia oido que la felicidad que anunciaban no se podia obtener por otro medio que por el Bautismo, solicitó con ansia que se sirviesen administrárselo. San Torcuato, como el mayor y mas venerable entre todos, la advirtió que no podian complacerla en sus santos deseos hasta tanto que estuviese bien instruida de los principales dogmas de la religion que habia de profesar. Entre tanto que recibia esta instruccion, la significaron como seria oportuno construir un baptisterio, en donde celebrar aquellos ritos sagrados. La docilidad con que la santa mujer recibia todas las

instrucciones de aquellos hombres celestiales no permitia alegar excusas, ni admitir dilaciones en la ejecucion de lo que insinuaban: y así inmediatamente ofreció sus riquezas y su autoridad para la construccion de la obra proyectada. Concluida esta, y hallándose Luparia con la necesaria instruccion de los divinos misterios, recibió el sagrado Bautismo en el baptisterio que ella misma habia fabricado con un sencillo aparato de ceremonias sagradas, que aunque pocas y sin ostentacion, tenian en sí tal carácter de sublimes y divinas, que se conciliaron la veneracion y reverencia de cuantos espectadores asistieron á la solemnidad.

Nada hay en la vida humana tan poderoso y activo para propagar las buenas ó malas costumbres, como el ejemplo de aquellas personas que por su nobleza, riqueza y autoridad tienen un decidido ascendiente sobre el pueblo numeroso que les circunda. Segun son los poderosos, así son las costumbres del pueblo: sus virtudes y sus vicios se difunden rápidamente unidos á su autoridad, y seria sin duda un pueblo sin desórdenes ni excesos aquel cuyos superiores fuesen enteramente perfectos y arreglados. El haber visto que Luparia, mujer rica, poderosa, y de familia distinguida, habia hospedado en su casa á aquellos extranjeros, y abrazado su religion por medio del Bautismo, movió tan poderosamente á los ciudadanos de Guadix, que todos á porfía deseaban imitar á Luparia, ya tratando con amor y respeto á los varones apostólicos, ya recibiendo sus saludables instrucciones con gusto y alegría, y lo que es mas, abominando los ritos supersticiosos de sus falsas deidades, hasta llegar á destruir las estatuas y demoler sus templos. En uno de estos, dice el leccionario Complutense, erigieron una muy decente iglesia, que dedicaron al glorioso precursor de Jesucristo san Juan Bautista. Ya en este tiempo se habia transformado Guadix de colonia de ciudadanos romanos en colonia de Jesucristo; y así era poco lo que tenian que hacer tantos obreros del Evangelio en una ciudad en que casi todos sus habitantes habian sometido el cuello al yugo del Señor. Determinaron, pues, repartirse por otras ciudades, en donde sus trabajos pudiesen rendirles sazonzados frutos; y á este fin eligieron aquellas entre todas las de la Península, que, ó por su mayor cultura, ó por gozar de un dominio mas pacífico, estaban menos expuestas á la crueldad destructora de las sangrientas persecuciones. Habiéndose, pues, convenido en los puntos mas esenciales de la religion que habian de predicar, y habiéndose abrazado caritativamente, cada uno emprendió aquel camino que le sugirió el Espíritu Santo.

Quedóse san Torcuato, como mas antiguo, en la ciudad de Guadix, regentando aquella primera silla episcopal de nuestra España. Los copiosos frutos que habian visto sus ojos producir á la cultura del Evangelio animarian su espíritu para proseguir con celo y actividad los comenzados trabajos. Continuamente se ocuparia en instruir á los fieles en los divinos misterios, enseñando á los ignorantes, exhortando á los débiles, enardeciendo á los tibios, y cumpliendo en todo las cualidades de un buen pastor y padre, que señala san Pablo. Como estaba tan reciente la memoria del paganismo, y los ministros imperiales hacian mérito de impedir la propagacion de cualquiera doctrina que fuese contraria á las supersticiones de la gentilidad, es creible que el Santo tendria por estos motivos frecuentes ocasiones en que ejercitar su resignacion y su paciencia. Por desgracia ningun instrumento auténtico nos han dejado el tiempo, las revoluciones y la opresion de naciones bárbaras, de donde podamos deducir con certidumbre las virtudes, obras caritativas, predicacion continua, y considerables trabajos, que la piedad apoyada de la razon dicta que debieron ocupar á este Santo en los principios. Pero la tradicion inmemorial nos ha conservado la memoria de un milagro, de que se infiere la particular providencia con que protegió el cielo la predicacion de este santo Obispo. Este fue, que habiendo plantado á la puerta de la iglesia un olivo, producia todos los años tan copioso y maravilloso fruto, que tomando de él los fieles, les servia de antidoto seguro contra todas las enfermedades. Aunque regularmente se atribuye á todos los Apostólicos la plantacion de este milagroso olivo, la singularidad de florecer repentinamente, y dar fruto la víspera del dia en que se celebraba en Guadix la fiesta de san Torcuato, da bastante fundamento para creer que la oliva fue plantada por él, y que en honor suyo principalmente manifestaba el cielo tan grandes maravillas. Hoy dia se conserva junto á la ermita de San Torcuato un olivo que denota una antigüedad asombrosa; pero bien sea porque no es el mismo que plantó el Santo, ó bien porque no sea igual la fe de los cristianos presentes á la de los antiguos, lo cierto es que no produce frutos milagrosos. Como quiera que sea, los trabajos de san Torcuato merecian del cielo las demostraciones mas claras de proteccion, asi como merecieron igualmente que le concediese la gracia de dar testimonio de la fe que predicaba por medio del martirio. No se saben las circunstancias de este; pero se debe presumir, que habiendo sido tan sangrienta y cruel la persecucion de Domiciano, y estando en Guadix los ministros imperiales, á cuyo cargo estaba el

gobierno civil, juzgarian estos que el medio mas oportuno y eficaz para desarraigar la religion de Jesucristo, y cumplir mejor el decreto del Emperador, era quitar la vida á la cabeza y obispo de aquella iglesia, que era san Torcuato. En efecto, el sagrado cadáver de este Santo es el testimonio mas auténtico que se puede alegar, tanto para probar su martirio, como para deducir que murió á cuchilladas. En el año de 1593, con motivo de hacer un reconocimiento jurídico de su sagrado cuerpo, existente en el monasterio de Celanova, para enviar á la santa iglesia de Guadix una insigne reliquia que solicitó su digno obispo D. Juan Alonso Moscoso, se observó que en la cabeza del Santo habia un golpe, y en él pegada todavía con la misma sangre seca un pedazo del lienzo de la mortaja. Semejantes testimonios no permiten dudar ni del martirio de este Santo, ni de algunas de sus cualidades. Sucedió este en un campo llamado Faceretama, á legua y media de Guadix el Viejo, en cuyo sitio se erigió después una ermita con el nombre de este santo Mártir. En aquellas inmediaciones hay unas cuevas que inspiran devocion en aquellos que las miran, y sobre la cuales se han visto muchas noches luces muy claras y resplandecientes. Refiere esta singularidad Diego Perez de Mesa por estas palabras: «Dicen que san Torcuato padeció martirio en un campo que está á dos leguas de Guadix, en el cual se ve muchas veces de noche una muy grande luz, que parece llegar al cielo, y se ve de léjos muy clara, en la cual no ha habido quien pueda dar, aunque lo han procurado muchos. Es opinion muy admitida en esta tierra, que aparece esta luz en la misma parte donde padeció martirio el glorioso Santo; y así llaman vulgarmente la lumbre de san Torcuato.» Todo esto convence, que si el Santo no padeció martirio en este preciso lugar, á lo menos estuvieron allí sus reliquias y su glorioso sepulcro, obrando el cielo tan pródigamente maravillas con los que llegaban á encomendarse á su proteccion, que, segun el leccionario Complutense, se hacian participantes de ellas hasta los mismos gentiles.

Mantuvieronse en Guadix los sagrados despojos de su primer pretado todo el tiempo que duró en España la dominacion de los reyes godos. Pero invadida esta region por la bárbara morisma, fue necesario trasladar las reliquias de este Santo á sitio mas seguro. No consta ciertamente el tiempo en que se hizo esta traslacion; pero habiendo sido Abderraman, como es notorio, el perseguidor, no solamente del nombre cristiano, sino tambien de los cuerpos y reliquias que habia en las iglesias, que llamaban santos, como dice el moro

Rasis, es creible que en tiempo de este rey impío, y por los años de 777, fueron trasladadas las cenizas de san Torcuato para defenderlas de la furia del perseguidor. El sitio venturoso que merecio ser enriquecido con tan precioso tesoro, fue la iglesia llamada de Santa Colomba, sita en el obispado de Orense, no léjos de un rio llamada Limia, la cual iglesia de allí adelante se llamó Santa Colomba de san Torcuato. Era este templo antiquísimo, hecho en forma de cruz, en cuyos brazos estaban construidas dos capillas; y en la que está al lado de la Epístola fue colocado el cuerpo de san Torcuato en un sepulcro de mármol blanco, de estructura y grandeza correspondiente á su objeto. Este sepulcro se conserva todavía allí aun después de haber sido trasladado san Torcuato al monasterio de Celanova, concurriendo los fieles con tanta fe, y glorificando Dios á su siervo con tantas maravillas, que aun los polvos del sepulcro bebidos por el que padece flujo de sangre le sanan maravillosamente de su dolencia, como afirma haberlo visto Castella.

Muy cerca de dos siglos se mantuvo en Santa Colomba el sagrado cadáver, hasta que habiendo san Rudesindo edificado el monasterio de Celanova, quiso honrar su iglesia con los sagrados despojos de san Torcuato, quitándolos de la primera iglesia, que pertenecia á sus posesiones. Establecido el cuerpo de san Torcuato en Celanova, padeció otra traslacion después del año de 1174, á tiempo que en dicho monasterio se hallaba el cardenal Jacinto, legado de Alejandro III. Quiso este purpurado edificar un sitio proporcionado por su magnificencia á la grandeza de las reliquias sagradas que poseia aquel monasterio; y habiendo mandado construir una hermosa capilla, hizo que á los dos lados de su altar se levantasen dos sepulcros sobre cuatro columnas, y en ellos se depositasen los dos cuerpos de san Rudesindo y san Torcuato. Mas de cuatrocientos años se mantuvieron las sagradas reliquias en este estado, hasta que habiéndose constituido España en un perfecto estado de paz, y sintiendo justamente la santa iglesia de Guadix verse privada de su primer prelado y pastor, solicitó eficazmente con el prudente rey Felipe II que se la hiciese participante de alguna porcion insigne de sus sagrados despojos para tener el consuelo de venerar mas de cerca al padre de su fe. Esta solicitacion les produjo la media caña de un brazo y dedo pulgar, que recibió aquella iglesia con sumo aparato de solemnes y devotas festividades, siendo obispo el Sr. D. Juan Alonso Moscoso. Cuando se abrió el sepulcro del santo Mártir de Jesucristo en el año de 1593, se halló el cuerpo envuelto en un lienzo blanquísimo, tan

nuevo como si en aquella hora se hubiese depositado. La carne se habia resuelto en cenizas; el corazon permanecia entero exhalando una suavísima fragancia; y el cráneo estaba envuelto en un sudario ensangrentado, que denotaba la magnitud de la herida con que el Santo habia padecido martirio. Hizo el abad la separacion de las reliquias que se enviaron á Guadix, al Escorial y á Santiago; y lo demás que restó fue depositado en una preciosa arca de plata, y colocado en la capilla mayor frente del cuerpo de san Rudesindo, en el año de 1601, en donde uno y otro son venerados de los fieles como titulares y patronos.

En este mismo dia celebra la Iglesia de España á san Indalecio, de cuya vida nada mas se sabe que lo que ya queda dicho de los demás Apostólicos. Por tanto se omite la repetición de unos mismos hechos, mayormente cuando en lo referido hallará la piedad cristiana todos los motivos que pueda desear para explicarse en las efusiones mas fervorosas de devocion y gratitud.

SAN WITESINDO, MÁRTIR DE CÓRDOBA.

Fue Witesindo de tierra de Cabra, villa antigua y noble de Andaluçia, que en lo antiguo se llamo Egabro, y tuvo silla episcopal, como en otra parte hemos dicho. Este Santo, permitiéndolo así Nuestro Señor por sus ocultos juicios, ó bien para mostrar cuán poco son y pueden los hombres dejados á su natural, siendo ya viejo cedió al furor del rey de Córdoba Mahomad, que perseguia á los Cristianos, y ofreció negar la fe. Humillado con esta caída le dió la mano Nuestro Señor para que levantándose con esfuerzo borrarse el yerro pasado. Y así fue que como los moros lo estrechasen á dar pruebas de lo que habia prometido, con nuevo espíritu de cristiano dijo que no cometeria tal maldad, y que estaba resuelto á desmentir con el corazon y con la obra la flaqueza pasada. Hecha relacion del caso al juez, recibió tanto enojo, que luego lo mandó degollar. Ejecutóse la sentencia en mayo del año 855. Con tanta aceleracion escribió san Eulogio las actas de este martirio, que se le pasó advertir el dia en que sucedió; solo dice que fue por el tiempo en que padecieron san Amador y sus compañeros Pedro y Luis, de quienes hablamos el mes pasado. Tampoco hace memoria del paradero de su cadáver. Puede conjeturarse que fue echado al rio, como lo eran entonces los de todos los Mártires.

Martin de Roa no puso este santo Mártir en el Breviario que la

iglesia de Córdoba sigue desde el año 1601, porque la licencia que dió el Papa para hacer oficio á los Santos, solo se extendia á los que estaban registrados en el Martirologio romano; y no lo estaba el de san Witesindo, aunque tenia la misma autoridad que los demás de quien escribió san Eulogio, solo por no haberle señalado el día de su martirio. El cardenal Baronio, reformador del antiguo Martirologio romano, señaló á san Witesindo en el día 13 de mayo, y dice Roa que lo hizo así movido de una representacion que á la Santa Sede hizo el venerable clérigo cordobés Juan del Pino. Pero esta correccion no tuvo efecto, fuese por olvido del Cardenal, ó por otra causa. Lo cierto es que en Córdoba no se le hace fiesta como á los otros Mártires de la persecucion sarracena.

SAN MANCIO, MÁRTIR.

De este siervo de Dios consta por sus actas que era romano de nacion, y que con unos judios á quienes servia vino á España, y en compañía de ellos hizo mansion en la provincia de Lusitania en el territorio de Ehora, en una heredad llamada *Miliana*, en medio del camino real, que por ventura es el que Antonino pone por Ehora desde Lisboa á Mérida. Y como los judios viesan que este criado suyo con grande exactitud guardaba el Evangelio de Cristo, intentaron persuadirle que judaizase. Mancio con pecho cristiano hizo delante de ellos profesion pública de nuestra santa Religion, sin hacer caso de los tormentos con que le amenazaron. Ellos entonces como fieras arremetiendo contra él, lo desnudaron, y con sogas estiraron sus miembros, descargando sobre su cuerpo fieros golpes. Luego le echaron prisiones al cuello, y le ataron las manos y los piés con tan extraña crueldad, que en estas heridas llegaron á criarse gusanos: sobre esto hicieron que trabajase en el campo de sol á sol. Todo lo llevaba el Santo con increíble paciencia; aun de la noche que le daban para descansar cercenaba algunos ratos, no viéndose harto de bendecir á Dios que tales mercedes le hacia. Al cabo lo venció la debilidad y el peso de los trabajos, y entregó su espíritu al Señor. Mucho sintieron los judios que hubiese muerto sin poderle vencer, y ensañándose contra él su rabia sedienta, arrastraron su cadáver con las mismas prisiones con que lo habian hallado, y junto al camino lo taparon con un poco de tierra.

Pocos años después pasando por aquella heredad un caballero cristiano se le apareció el Santo en la figura y traje que cuando vivia, y le contó su martirio, y el lugar donde los judios lo pusieron, pre-

vinándole que le diese mas honrosa sepultura. Añaden las actas que á este caballero predijo el Santo como dentro de siete dias ganaria un pleito muy largo en que habia gastado gran parte de su hacienda, y no esperaba salir de él en muchos años. Lo cual se cumplió, y viniendo al lugar señalado descubrió el sagrado cadáver fresco como si acabara Mancio de espirar, y en una pequeña iglesia que de pronto edificó lo hizo colocar en un sepulcro de piedra. Luego después corriendo la fama de las maravillas que obraba el Señor por intercesion de su siervo, se le edificó un templo suntuoso adornado de mármoles, y enriquecido con muchas y muy ricas alhajas, á expensas de un caballero llamado Julian, que por intercesion del Santo fue absuelto de un delito que se le imputaba, y de Julia, señora anciana, á cuyo poder vino aquella heredad. El cuerpo del santo Mártir fue colocado debajo del altar, donde permaneció hasta la entrada de los sarracenos, con cuyo motivo fue trasladado al lugar que hoy llaman Villanueva de San Mancio, á una legua de Rioseco en el obispado de Palencia, y existe en el monasterio de la Orden de san Benito, que dice Morales haberse fundado en tiempo del rey D. Alonso VIII de Leon; y por una inscripcion que existe allí en el claustro consta haber sido consagrada la iglesia con título de San Mancio á 27 de mayo del año 1195. Por los años 1565 fueron sacadas estas reliquias del sitio en que estaban debajo del altar mayor de este monasterio, y colocadas en una urna de plata al lado del Evangelio, y entonces se repartieron reliquias á varias iglesias. El monasterio de Sahagun, cuyo priorato es el de Villanueva, llevó la cabeza. En 1592 recibió Ehora un brazo.

Es probable que el martirio de nuestro Santo no sucediese en los tres primeros siglos de la Iglesia, en que los judíos no ponian la mano contra los fieles, contentándose con la carnicería que de ellos hacian los idólatras. Tampoco se lee en el siglo IV que los judíos hiciesen atentado ninguno contra los Cristianos. En el V estaba en muy deplorable situacion la provincia de Lusitania, dominada parte de los suevos, parte de los godos. Ehora especialmente no perteneció al dominio pacífico de los suevos; y los godos no fueron católicos hasta el fin del siglo VI. Entre estas turbaciones pudo muy bien haber sucedido el martirio de nuestro Santo, cuyo sitio refieren las actas haber pasado poco tiempo después á manos de católicos.

El Breviario antiguo de Ehora, y algunos autores nuestros, dan por cosa sentada que san Mancio fue mártir de los tiempos apostólicos, y el primer obispo de aquella ciudad, y que en ella y su comar-

ca predicó el Evangelio, hasta que ante el juez Validio dió la vida en defensa de la religion católica. Pero respetando la autoridad de Andrés Resende que reconoció el Breviario de Eborá, no osamos dar por cierta esta especie, de que no hay memoria en las actas antiguas que Papebroquio publicó sobre el día 21 de mayo, enviadas por D. Juan Lucas Cortés, ni en el manuscrito gótico de ellas algo distinto que se conserva en la real biblioteca de Madrid. Estas actas tuvo tambien presentes Floro, el que en tiempo de Carlomagno aumentó el Martirologio de Beda publicado por los Padres Antuerpienses. Otras varias ficciones se introdujeron en la historia de nuestro Santo después de los falsos cronicones, confundiéndolo con san Memmio, de quien hace memoria el Martirologio romano á 5 de agosto, como enviado por san Pedro á Francia á la ciudad de Chalons sobre el Marne, y diciendo de él otras cosas que no estaban conocidas antes en la iglesia de Eborá.

En órden al dia de su fiesta nuestros Breviarios antiguos generalmente la celebran el día 21 de mayo.

La Misa es del comun de Confesor no pontifice, y la Oracion la siguiente:

Deus, qui nos beati Isidori confessoris tui annua solemnitate laetificas; concede propitius, ut cujus natalitia colimus, etiam actiones imitemur: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Ó Dios, que cada año nos alegras con la festividad del bienaventurado Isidro, tu fiel confesor; danos gracia para que celebrando la nueva vida que recibió en el cielo, imitemos las acciones que ejecutó en la tierra. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epistola es del capitulo v, 7, de la Católica de Santiago.

Fratres: Patientes estote usque ad adventum Domini. Ecce agricola expectat pretiosum fructum terrae, patienter ferens donec accipiat tempus, et serotinum. Patientes igitur estote et vos, et confirmate corda vestra: quoniam adventus Domini appropinquavit. Ecce beatificamus eos, qui sustinuerunt. Sufferentiam Job audistis, et finem Domini vidistis, quoniam misericors Dominus est, et miserator. Confitemini ergo alterutrum peccata vestra, et orate pro invicem ut salvemini: multum enim valet deprecatio justi assidua. Elias ho-

Hermanos: Tened paciencia hasta la venida del Señor. Mirad como el labrador espera el precioso fruto de la tierra, aguardando con paciencia hasta recibir la lluvia temprana y tardía. Esperad, pues, tambien vosotros con paciencia, y fortificad vuestros corazones: porque se ha acercado la venida del Señor. Ved que tenemos por bienaventurados á los que sufrieron. Ois- teis el sufrimiento de Job, y visteis el fin del Señor; porque el Señor es misericordioso y piadoso. Confesad, pues, vuestros pecados uno á otro, y orad los unos por los otros para que seais sal-

mo erat similis nobis passibilis: et oratione oravit ut non plueret super terram, et non pluit annos tres, menses sex. Et rursum oravit: et coelum dedit pluviám, et terra dedit fructum suum.

vos: porque vale mucho la oracion per-severante del justo. Elías era hombre semejante á nosotros, sujeto á padecer: hizo oracion que no lloviese sobre la tierra, y por tres años y seis meses no llovió. Y oró de nuevo: y el cielo dió lluvia, y la tierra dió su fruto.

REFLEXIONES.

Parece paradoja, y es una verdad innegable, que la condicion de los ricos no es la mas envidiable ni la mas feliz. Sin hablar de los cuidados, de las pesadumbres, de los sobresaltos que traen consigo las riquezas, ¿cuántos estorbos, cuántos tropiezos se atraviesan con ellas en el camino de la salvacion?

Lógrase un empleo, un título, una renta que nos distingue del comun; rara vez resulta en favor de la virtud esta distincion. Levántanos del polvo una rica herencia, un suceso afortunado; al instante nos olvidamos de lo que fuimos. El amor propio siempre hace fortuna con la persona. Se ve raras veces que el orgullo, la delicadeza y la diversion se separen de la prosperidad. Parece que el regalo, la indevacion y la ociosidad son el día de hoy las mejores pruebas de nobleza, singularmente en las mujeres del mundo. El abuso es intolerable, no se puede negar; pero ¿deja por eso de ser menos autorizado por la muchedumbre? ¡Oh, y con cuánta razon gradúa el sabio por una especie de prodigio á un hombre que conserva su inocencia en medio del esplendor y de la abundancia! Desengañémonos, todo es de temer cuando todo nos halaga.

En la prosperidad del mundo todo es tentacion, todo peligro. La autoridad disfraza el delito, la suntuosidad le llama, la adulacion le domestica, y la abundancia le sustenta. En medio de esta region de gustos y de placeres, ¿se podrá prudentemente esperar una pronta conversion hácia el dolor y hácia la penitencia? Es menester que un hombre rico y pecador deje de vivir como rico, si ha de vivir como penitente. Y ¿se hallan el día de hoy muchas conversiones de estas? Segun el espíritu del Evangelio, cuanto mas rico es un cristiano, mas mortificado debe ser; esto es, cuanto mayor es su abundancia, y mas facilidad tiene de lograr todos sus gustos, mayor debe ser su esmero en cercenar las conveniencias de la vida. El pobre no tiene tantos sacrificios que hacer; pero el rico no puede ser discípulo de Jesucristo sino con esta precisa condicion. Esta doctrina ¿será del gusto de muchos? pero ¿dejará por eso de ser doctrina de Jesucris-

to? Todas aquellas grandes máximas de renunciacion, de despojo, de mortificacion, ¿serán por ventura únicamente para los pobres, que ya por su mismo estado se ven despojados de estas preciosas superfluidades? Y los ricos, á quienes principalmente se dirigen estos oráculos, ¿se podrá creer que los tienen por artículos de fe, cuando no hay forma de poner límites á su codicia; cuando en su mesa no hay delicadeza que los satisfaga, en sus muebles no hay magnificencia que los contente, en su tren y en su profanidad no hay ostentacion que del todo los llene? ¿Quién no dirá que la delicadeza, la ociosidad, el regalo, la irreligion y la licencia deben crecer á proporcion de los bienes que se poseen? Lo cierto es, que por lo comun no tienen otra medida ni otra regla. *Vae qui opulenti estis in Sion, et confiditis in monte Samariae!* ¡Ay de vosotros los que en Sion lograis la abundancia de todo, y por eso colocais toda vuestra confianza en el monte de Samaria! Vamos claros; una vida deliciosa nunca fue vida cristiana. Los gustos de este mundo son en parte el carácter de los réprobos. *Vae vobis divitibus!* dice el Salvador. ¡Ay de vosotros, ricos, pues ya habeis recibido vuestro premio! ¡Cosa extraña! no hay condicion en el mundo donde haya mayores peligros de la salvacion, mas violentas tentaciones, mas poderosos estorbos, precipicios por todas partes, nuevas dificultades á cada paso, y casi á cada paso una caida. Con todo eso no hay condicion en la vida donde se viva con mayor tranquilidad, y ninguna mas envidiada; de suerte, que hoy mas que nunca nos vemos obligados á decir: *Bienaventurado aquel que no corrió tras del oro, ni puso su confianza en el dinero, ni en los tesoros de las riquezas. ¿Quién es este, y le alabaremos? porque verdaderamente es un prodigio. ¿Prueba esto que tienen fe, y que se salvarán muchos ricos?*

El Evangelio es del capítulo xv de san Juan, pág 455.

MEDITACION.

Qué frutos espera Dios de nosotros.

PUNTO PRIMERO. — Considera que por los frutos que espera Dios de nosotros, no se entienden ciertas devociones secas y estériles, ciertas exterioridades de virtud, que por lo regular solo sirven para tener entretenidas á las personas imperfectas, manteniéndolas en una vida tibia, en la cual á favor de aquellas aparentes señales de piedad, viven llenas de groseras imperfecciones, y mueren muchas veces impenitentes. Las virtudes de perspectiva de este género de gentes, á

lo mas son hojarasca, esto es, unas bellas apariencias que deslumbran á los ojos de los hombres, y á ninguno engañan mas que á los mismos que las representan. ¡Qué fácil es equivocarse en esto! Cuando no se tiene mas que una devocion superficial, se juzga ser efecto de la virtud lo que solamente lo es ó de la pasion disfrazada, ó del genio, ó de la educacion.

Por frutos dignos de penitencia, como los llama san Juan, ó por frutos del Espíritu Santo, en frase de san Pablo, se entienden los efectos de un amor de Dios real y sincero, y de una perfecta caridad con el prójimo. Se entienden aquellos frutos que produce una virtud verdaderamente sólida; esto es, un sumo horror á los menores pecados; una insaciable hambre de la justicia; una mortificacion constante y generosa; una sincerisima humildad de corazon; una gran puntualidad en el cumplimiento de las obligaciones correspondientes al estado de cada uno. Se entienden un aborrecimiento verdadero de todo lo que aborrece Jesucristo, un singular amor de todo lo que ama: se entienden la victoria de las pasiones, la reformation de las costumbres; y en fin, una vida constantemente cristiana. Este es el sentido de estas palabras: *Facite ergo fructus dignos poenitentiae*; haced frutos dignos de penitencia; esto es, mostrad en todas vuestras obras y en todo vuestro porte que estais verdaderamente convertidos.

Considera ahora si has llevado hasta aquí muchos de estos frutos. Los dias y los años vuelan rápidamente; muchos se hallan ya á vista de la sepultura; ¿cuántos habrá que no llegarán al fin de este año? Y ¿qué provision han hecho para la eternidad? El supremo Juez está ya para sustanciar el proceso. Y ¡hay quien se duerma! ¡hay quien se divierta! ¡hay quien piense en todo, menos en esto! ¡Ó mi Dios, y cuántos árboles están ya con la segur á la raíz para ser arrojados en el fuego!

PUNTO SEGUNDO.—Considera con cuánta bondad, con cuánto cuidado nos ha cultivado Dios. Mas há de tres años, y acaso mas de diez, que está trabajando el Señor para que demos frutos de buenas obras. Muchos menos auxilios han llenado el cielo de grandes Santos, y todos ellos no han bastado para hacerme á mí un verdadero religioso, ni acaso un buen cristiano. No es esto por culpa de la tierra en que estoy plantado; ella es santa, ella es fecunda, ella da ciento por uno; y ¿cuántos conozco de aquellos mismos con quienes vivo, que con el mismo cultivo que yo logro producen copiosos frutos?

¿Qué provecho he sacado de tantas misas, de tantas confesiones, de tan crecido número de comuniones? Bastaba una sola para convertir al mas grande pecador, y para elevar á un alma á la mas sublime perfeccion. ¡Ah, Señor! acaso he comulgado mas de doscientas veces; acaso he celebrado el divino sacrificio mas de mil; y todavia no me he enmendado de un solo defecto. Después de tanta leccion espiritual, después de tanta reflexion, después de tantas devociones, después de tantos buenos ejemplos, ¿soy por ventura mas humilde, mas caritativo, mas apacible, menos desabrido á costa mia, mas exacto, mas observante, mas mortificado? ¿Me he hecho acaso mas religioso y mejor cristiano?

¿Qué se hicieron tantas bellas máximas, de que en otros tiempos estaba tan imbuido? Habia formado tan nobles proyectos de conversion, estaba tan desengañado, tan disgustado de todas las vanidades del mundo. ¿A dónde se fué aquella tierna devocion, aquella delicadeza de conciencia tan exquisita? ¿á dónde el fervor de los primeros años de mi conversion? Gustaba de Dios; me causaba horror el mas mínimo pecado; me estremecian las terribles verdades de la Religion; y ahora nada me hace fuerza. Estas verdades ¿han dejado por ventura de serlo? ¿Ó son hoy menos terribles de lo que eran antes? El pecado ¿ha dejado de ser pecado, ó se ha disminuido su malicia? Y aquel Dios que cada dia me colma de nuevos beneficios, ¿merece ya el que se le sirva menos, ó se ha hecho menos amable? ¡Ó Dios, y qué cuenta tan terrible tengo de dar de tantos auxilios como he malogrado, de tanto tiempo como he perdido, de tantos talentos que no he empleado bien!

Estas reflexiones asustan, estremecen; pero ¿cuál será el fruto de ellas? Engañamos á otros, y nos engañamos á nosotros mismos con el oropel de algunas buenas obras pasajeras, con una ostencion de virtud, con alguna ligera reforma de que hacemos alarde, y á la cual nos limitamos, confundiendo las gracias y las inspiraciones para convertirnos con la misma conversion. Y á esto se reduce todo el celo que presumimos tener de nuestra salvacion eterna.

Dignaos, Señor, ilustrar con vuestra gracia mi entendimiento, y mover tan eficazmente mi corazon á vista de la esterilidad de mi vida, que comience desde ahora á ser árbol menos estéril, y á dar frutos dignos de que sean presentados á Vos. Haced por vuestra gracia que sean eficaces mis propósitos de amaros y serviros, no ocupando ya inútilmente un terreno que hasta aquí he ocupado tan mal.

JACULATORIAS. — Desecado estoy en fuerza de mis miserias; vivificadme segun vuestra palabra. (*Psalms. cxviii*).

Sí, mi Dios; ya no piensa mi alma en mas que en reparar las negligencias pasadas, observando exactamente vuestra divina ley el resto de mis dias. (*Ibid.*).

PROPÓSITOS.

1 No nos pide Dios frutos de paises remotos; solamente son de su gusto, por decirlo así, los que nacen en nuestro propio terreno. No es menester salir de nuestra condicion, ó de nuestro estado, ni buscar otro empleo que aquel en que nos ha colocado la divina Providencia; no es menester aguardar á edad mas madura, ni á vida mas tranquila; cada dia y cada hora se puede presentar á Dios un nuevo fruto: ya un acto de caridad que se ejercita; ya otro de mortificacion ó de humillacion que se padece; ya la victoria de una pasion que se consigue; ya un sacrificio del amor propio que se hace. Pocas horas hay en que no se pueda practicar algun acto de virtud; y ¿cuántos actos de paciencia se podrán practicar en una hora? ¡Ó mi Dios, y en qué poco tiempo nos haríamos ricos de bienes espirituales, si nos supiéramos aprovechar de todo! No desprecies ocasion alguna, y hazte familiar este ejercicio. No dejes pasar alguna hora sin ofrecer a Dios algun fruto, aunque no sea mas que un acto de amor de Dios. que en cada hora se puede, y se debiera repetir muchas veces. Gran medio para que tu vida seá abundante en buenos frutos, y para que tus dias sean verdaderamente llenos.

2 Examina bien cuál es tu pasion dominante; ella te proporcionará muchas ocasiones para ejercitarte en actos de virtud. Ten previstas sus solicitudes, preocupa sus asaltos, aprovéchate de todo. ¿No tienes alguna enviduela, alguna aversion, alguna antipatía? No hay gusano mas roedor de este género de frutos espirituales. Mira que Dios hace grande aprecio de estas menudencias; no desestimes su cultivo. Nunca leas libro alguno piadoso, sin sacar de él algun fruto; y para eso al acabar de leerle, determina cuál ha de ser. Aprovéchate de los buenos y aun de los malos ejemplos; el celo de la propia perfeccion tiene cien industrias para servirse de todo. Cuida mucho de que no sean infructuosas las instrucciones y lecciones que te dan; y procura tener el consuelo de no confesarle ni comulgar jamás sin sacar algun fruto de la confesion y comunión.

DIA XVI.

MARTIROLOGIO.

SAN UBALDO, obispo, en Gubio (ó Eugubio), esclarecido en milagros. (*Véase su vida en las de hoy*).

EL TRIUNFO DE LOS SANTOS MÁRTIRES AQUILINO Y VICTORIANO, en Isauria, (*ciudad del Asia*).

EL MARTIRIO DE SAN PEREGRINO, primer obispo de Auxerre, el cual fue enviado á Francia con otros clérigos á predicar el Evangelio por el papa Sixto; y después de haber desempeñado exactamente su apostólico ministerio, habiéndole degollado, consiguió la corona del martirio.

LOS SANTOS MÁRTIRES FÉLIX Y GENNADIO, en Uzali en África.

EL MARTIRIO DE LOS SANTOS MONJES, en la Palestina, que fueron muertos por los sarracenos en el monasterio de San Sabas.

LOS SANTOS MÁRTIRES AUDAS, OBISPO, SIETE PRESBITEROS, NUEVE DIÁCONOS Y SIETE VIRGENES, en Persia, los cuales atormentados de varias maneras por orden del rey Isdegerdes, consumaron el glorioso martirio (*en el año 380*).

SAN JUAN NEPOMUCENO, en Praga en Bohemia, canónigo de aquella metropolitana, el cual habiéndole pedido que revelase el sigilo de la confesion, y no asintiendo á ello, fue echado en el rio Moldava, logrando de este modo la corona del martirio. (*Véase su vida en las de hoy*).

SAN HONORATO, obispo, en Amiens.

SAN DONNOLO, obispo, en Mans.

SAN POSIDIO, obispo calamense, en la Mirándula, ciudad de la Lombardia, y discípulo de san Agustin, cuya vida escribió.

SAN FIDOLÓ, confesor, en Troyes.

SAN BRANDANÓ, abad, en Escocia.

SANTA MÁXIMA, virgen, en Friuli, la cual murió en el Señor llena de virtudes.

SAN JUAN NEPOMUCENO, MÁRTIR.

Entre las varias calamidades que ha padecido la Iglesia, y en la mayor corrupcion de los siglos mas relajados, siempre ha hecho ver su esposo Jesucristo que no podrian prevalecer contra ella las puertas del infierno; antes bien, las mismas persecuciones harian resaltar el precio y hermosura de la virtud. Vióse esto con la mayor claridad en el reinado turbulento, deshonesto y sanguinario de Wenceslao, emperador de Alemania y rey de Bohemia, indigno por sus excesos de haber sido hijo del generoso Carlos IV. Entre los varones que ilustraron por aquel tiempo la Iglesia de Bohemia, y principalmente la metropolitana de Praga con el lustre de su nacimiento, con la copia de doctrina, con la fortaleza en defender la inmunidad ecle-

siástica, con la inocencia de costumbres, y todas las demás virtudes propias de los grandes sacerdotes, fue uno san Juan Nepomuceno, cuya vida y felicísima muerte, honrada con la lauréola del martirio en defensa del sigilo religioso de la confesion, es como se sigue:

Nació san Juan llamado Nepomuceno por su patria que fue Nepomuck, aldea de Bohemia, entre el año de 1320 y 1330, segun se deja inferir de los sucesos de su vida. Sus padres, hombres de mediana fortuna, fueron mas ilustres por la solidez de su piedad que por la antigüedad de su ascendencia. Habian llegado á una edad avanzada sin el consuelo de tener sucesion: dirigian al cielo sus votos, derramando copiosas lágrimas delante de la imágen de la Madre de Dios, que se veneraba en Verdemonte, monasterio de Cistercienses, mas por ejercicio de su piedad, que porque esperasen tener hijos en edad tan desproporcionada. Pero la piadosa Madre de misericordias oyó sus oraciones, y no solamente alcanzó de su Hijo que los alegrase con el nacimiento de Juan, sino que habiendo este enfermado tan peligrosamente, que se desesperaba de su vida, sanó repentinamente luego que sus padres acudieron á ofrecer sus votos delante de aquella santa Imágen. Toda su puericia fue un continuo tejido de santas obras, que manifestaban la verdad con que el cielo habia indicado antes de nacer la pureza de sus costumbres, y los ardores de su caridad, por medio de unas hermosas llamas que descendian del cielo, y rodeaban la casa que fue el teatro del dichoso nacimiento de tan santo varon. Habíale dotado la naturaleza de un semblante, en que se juntaban la majestad y hermosura con una amabilidad y sencillez que arrebatava los corazones. Su genio vivo, su rara memoria, y su entendimiento agudo y perspicaz, no desmentian un punto los anuncios felices de su semblante. Para no malograrlos cuidaron sus padres de proporcionarle los estudios de latinidad y elocuencia, y para este efecto le enviaron á la ciudad de Zatecio, en donde estas letras estaban á la sazón florecientes. Como su ingenio era de aquellos que se hacen superiores á las ciencias, é incansable su aplicacion, en poco tiempo estudió la latinidad y letras humanas. Pero como nuestro corazon es el que principalmente dispone los progresos de nuestros estudios, siendo cierto que en nada se adelanta tanto como en lo que se estudia con gusto, nada llevaba la atencion del mancebo con tanta violencia como el estudio de aquel arte hermoso que sirve de dar energia á los discursos, y mayor fuerza á la verdad. Siendo ya latino, humanista y orador, y conociendo que no le bastaba tener conocimientos que diesen hermosura á sus labios

si no rectificaban las disposiciones de su corazon, determinó con el consentimiento de sus padrës irse á Praga, en donde el emperador Carlos IV habia establecido una floreciente universidad, llevando con grandes premios los maestros mas sobresalientes en todas facultades que tenian en aquel tiempo Paris, Padua y Bolonia. En esta floreciente escuela estudió la filosofía y sagradas ciencias, hasta conseguir el grado de maestro en la primera, y el de doctor en sagrada teología y cánones.

Desde el principio en que habia comenzado á instruirse en las letras humanas, habia conocido el Santo que la grande propension que sentia en su alma al estudio de la elocuencia, denotaba cierta vocacion al sacerdocio, y á procurar la salvacion de las almas. Desconfiaba sin embargo de su propio juicio: sabia muy bien el Santo, que la felicidad con que se cumple un tan arduo ministerio pende las mas veces de la proporcion y del genio del alma para semejantes ejercicios, y de haberse introducido al estado eclesiástico con aquellas dotes que le son propias y necesarias. Gastó el santo mancebo un mes entero en rigurosa soledad, purificando y examinando su conciencia, afligiendo su inocente cuerpo, y dirigiendo al cielo fervorosas oraciones y sentidas lágrimas, para que se dignase de hacerle patente su voluntad, y darle los auxilios necesarios para cumplirla. Conoció de la constancia en sus propósitos, y mucho mas por aquella interior ilustracion con que Dios se insinúa en los corazones de sus siervos, que el Señor le llamaba al estado eclesiástico; y así concluidos sus ejercicios, recibió los órdenes sagrados, y comenzó á ejercitar las funciones de su nueva dignidad por medio de la predicacion. No se componia esta de aquellos discursos graciosos y engalanados, que suelen manifestar mas bien que los oradores van á predicarse á sí mismos, y hacer patentes su vanidad y su ciencia, que no á ganar las almas perdidas, y reducirlas á la grey de su pastor, de donde se habian descarriado. El movimiento, la convulsion que causaba en las almas de los oyentes, el aprecio con que estos le oian, sus lágrimas, y mucho mas la enmienda de sus vidas, daban un claro testimonio de la excelencia de su predicacion; y en breve tiempo todos los vecinos de Praga reconocieron en san Juan Nepomuceno un ministro evangélico, en quien resplandecia á un mismo tiempo la copia y sublimidad de doctrina, y el santo ejemplo de sus obras con que la confirmaba. En esta justa persuasion no tuvieron dificultad de nombrarle predicador de la basílica de Nuestra Señora de Trein en Praga la Antigua, que era el sitio mas principal y noble de aquel pue-

blo, y en donde solo se permitian predicar oradores muy consumados.

La doctrina, virtud y continuo trabajo de este digno sacerdote iba creciendo en tanto grado, que todos á una voz publicaban su mérito, y clamaban por su exaltacion. Distinguióse entre todos el arzobispo de aquella santa iglesia, por cuya solitud no solamente fue hecho nuestro Santo canónigo de aquella respetable catedral, sino que se le confió el delicado empleo de predicar al César en la Cuaresma. No obstante su resistencia tuvo que aceptar uno y otro honor, y ejerció muchos años, siendo canónigo, el oficio de predicador del César con grande complacencia de todos los áulicos y de las gentes del pueblo, que continuaron á oírle con fruto y admiracion. El argumento ordinario sobre que formaba sus sermones era la penitencia y arrepentimiento de los pecados: la relajacion, soberbia y gastos superfluos de los nobles: la fealdad y consecuencias perniciosas de la borrachera, vicio entonces muy ordinario: el lujo y profanidad de los vestidos; y últimamente, el juicio tremendo que espera á todos los delincuentes, y las penas acerbas é interminables que han de tener por castigo. Oía todas estas cosas el jóven emperador Wenceslao, que habia sucedido á Carlos IV por los años de 1378 en el imperio de Alemania: encantábale la sabiduría de Nepomuceno, su gracia y energía en el decir, y la solidez y acrimonia con que declamaba contra los vicios; y como todavia estos no habian llegado á corromper su corazon, lograba la palabra de Dios en él un completo fruto, lo cual manifestaba en sus obras.

Llegó esto á tanto, que formando el Rey el concepto mas ventajoso de san Juan, le nombró para uno de los mejores obispados, bien persuadido de que tantas virtudes y letras como en Nepomuceno resplandecian, calificaban de acertada su eleccion, y darian un digno sucesor á los Apóstoles. Pero el Santo significó al Cesar su ineptitud, y le pidió encarecidamente le dejase exonerado de tan pesada carga, para dedicarse con mayor libertad y celo á la conversion de las almas, que era lo único en que podian emplearse con alguna utilidad sus débiles fuerzas. De la misma manera renunció la prepositura de una iglesia exenta, que era en aquel tiempo de las primeras dignidades, ya por las honrosas comisiones y ejercicios que la eran anejos, y ya por la cuantiosísima renta de que gozaba. Renunciado el obispado y la prepositura que el Emperador destinaba justamente al agigantado mérito de nuestro Santo, parece que habia de calmar el empeño de aquel Príncipe en dar honores á un sugeto que tanto los repugna-

ba; pero no fue así, porque como la virtud era la que estaba moviendo continuamente su corazón, este podía sosegar por algún tiempo, mas no podía borrar las impresiones que el mérito de san Juan en él habían causado. Insistió de nuevo en condecorarle con la dignidad de real limosnero, dignidad que al tiempo que premiaba en parte sus sobresalientes virtudes le conservaba dentro de palacio, y además de esto le proporcionaba un ejercicio correspondiente á su gran caridad. De comun consentimiento el Rey y la Reina le ofrecieron este oficio; y el Santo, considerando que muchas veces se explica la soberbia por el desprecio porfiado de todas las dignidades, determinó inclinar el cuello á una carga que le destinaba la divina Providencia, y complacer al Emperador en un empleo menos peligroso para su alma. Ejercitole de tal modo, que todos los áulicos estaban admirados de la destreza, política é integridad con que se conducía en palacio; los pobres daban gracias al cielo, sorprendidos de su ardiente caridad y de sus largas limosnas, y todos admiraban en su conducta y ejercicio los efectos de una prudencia celestial y de una justicia consumada.

Estas virtudes aumentaban de día en día su santidad; esta su celebridad y su fama, y de todo nacia una autoridad que mandaba sobre la conciencia de todos, deseando conducirse por su sabiduría y sus consejos. Pero en donde hicieron mas operacion estas recomendables virtudes fue en el corazón de la emperatriz Juana, esposa de Wenceslao é hija de Alberto, duque de Baviera, y conde de Holanda. Era esta matrona amable por todas sus circunstancias: de un inocente candor en su genio, de una piedad recomendable en sus costumbres, y de un conjunto de virtudes cual convenia á un real pecho. Movida de la sublimidad de sus sermones, de la seguridad y solidez de sus máximas, y de la fuerza victoriosa con que persuadía la virtud, determinó tomarle por su confesor para que dirigiese su conciencia, y fuese maestro de su vida. En este tiempo la santa iglesia metropolitana de Praga miraba á Nepomuceno como á su mayor ornamento, y toda la corte como á un oráculo en donde hallaban sus dudas claridad, seguridad, y desenredo sus dificultades, y un ángel de paz sus pleitos y disensiones.

Entre tanto el rey Wenceslao, que era de un genio cruel, deshonesto, y propenso á todos los vicios, iba empeorando sus costumbres, manchándolas con fierezas y deshonestidades. La piadosa reina Juana miraba con sumo dolor los excesos de su esposo; y la piedad y ternura de su corazón se conmovían mas violentamente á vista de

las crueldades diarias que cometia. No podia ver sin horrorizarse que su marido, imitando á los príncipes mas crueles, llegase hasta el extremo de ensangrentar la mesa y las viandas que comia con la muerte de los grandes que allí mismo mandaba degollar. Gemia la inocente Reina en el secreto de su corazon, y redoblaba sus suspiros al ver que su honesta conducta era mirada del Rey con ojos infieles y celosos. No hallaba consolacion sino en la soledad y el retiro, dirigiendo á Dios ruegos humildes para que ablandase el corazon de su esposo. Cuando los males que se padecen son extremos, no halla el afligido descanso sino en la conversacion con Dios y en el seno de la virtud. Por tanto, con ningun ejercicio podian templarse las lágrimas y amargura de la Reina sino con la confesion sacramental, que comenzó á frecuentar con mas esmero, con la oracion continua, con los ejercicios de piedad y socorro de los pobres; y últimamente, con todo aquello que forma una vida completamente espiritual, en que se empleaba noche y dia.

Estas piadosas ocupaciones de la Reina, sus mortificaciones y abstraccion, que bastarian por sí solas á ablandar el corazon mas rebelde, y á excitar en él los estímulos de un verdadero y puro amor, produjeron en Wenceslao efectos enteramente contrarios. No podia sufrir la presencia de su esposa: aborrecia con todo su corazon la inocencia de sus costumbres, cuando estas se presentaban á sus ojos; pero cuando la veia retirada y apartada algun tanto de su presencia, sentia su corazon encendido en vivas llamas de amor, que aunque profano, tenia la actividad suficiente para producir en él la loca passion de unos celos furiosos. Produjeron estos en el inicuo Rey la desatinada curiosidad de saber la confesion de su esposa, los delitos que confesaba al sacerdote, los consejos que este la daba, y principalmente cómo pensaba de su marido, y si acaso tenia su amor empleado en otro objeto. Tan locos pensamientos es capaz de producir la tiranía cuando se aconseja de la crueldad, de la torpeza y de la lisonja. El intentar satisfacer sus curiosos deseos por confesion de la Reina, lo reputó por un imposible; y así resolvió aquietarlos, procurando emplear los medios mas suaves, y si fuese menester los mas violentos, para inducir á ello á su confesor, en quien sabia depositaba la Reina todos sus secretos y confianzas. Mandó llamarle; y cuando le tuvo en su presencia, hizo de tal modo, que después de varios rodeos de discursos y palabras, cayese la conversacion sobre las cualidades y condicion de las mujeres casadas, significando que sus intenciones mas ocultas y sus obras por santas y secretas que fuesen

debían saberlas sus maridos, principalmente siendo estos reyes. Propúsole riquezas, honores, dignidades, y cuánto pudiera apetecer un hombre ambicioso, con tal que le revelase alguna parte de lo que la Reina le confesaba, asegurándole que guardaría secreto, y quedaría tranquilo su corazón. Escandalizóse y llenóse de horror el sagrado ministro al oír semejante propuesta, y con evangélica libertad hizo entender al Rey su impiedad y sacrilega pretension, aconsejándole se arrepintiese de tan execrable delito, y dejase de solicitar lo que de ninguna manera podría jamás conseguir. El corazón del Rey se encendió en furor oyendo la repulsa, y mucho más la reprehension agria con que el varón apostólico había afeado su procedimiento; pero considerando que los primeros pasos suelen ser inútiles para la consecucion de los dificultosos objetos, y que las instancias continuadas suelen conseguir finalmente lo que había parecido inasequible al principio, reprimió los movimientos de su ira, disimuló por entonces, y dilató para tiempo más oportuno el reiterar las diligencias para obtener su loca empresa.

Un suceso inesperado, que llenó todo el palacio y toda la corte de terror, aceleró el tiempo que el Rey había determinado dar de treguas á sus sacrilegas intenciones. Y fue que habiéndole puesto en la mesa un ave no aderezada á su gusto, mandó que asasen al cocinero en la misma hornilla. Estaba á la sazón en palacio san Juan Nepomuceno, y avisado de lo que pasaba, no tuvo dificultad en presentarse al Rey con todo el valor que infunde en los pechos cristianos la caridad y la justicia. Rogó primeramente con palabras blandas y humildes por la vida de aquel infeliz; y cuando vió que persistía duro en su bárbara sentencia, le afeó con razones ásperas y terribles la ferocidad de su decreto. Pocas palabras había pronunciado, cuando el inicuo Príncipe enfurecido, sin respeto al sacerdocio, ni al decoro de la real dignidad, mandó que le encerrasen en un calabozo. Nepomuceno bien receló no fuese esta disposicion un pretexto para llevar adelante la intencion primera; y acertó en ello, pues le hizo saber el Emperador que en su mano tenia la libertad si le revelaba la conciencia de su esposa. Luego fué otro enviado diciéndole que Wenceslao quería su amistad, y en prueba de ello le convidaba á asistir con los demás personajes á su mesa el día siguiente. Asistió el Santo, y según lo pactado, fué á palacio al día siguiente mientras el Emperador estaba comiendo, del cual fue recibido con demostraciones muy honoríficas. Y cuando se levantaron de la mesa, quedando con el Santo á solas el Rey, comienza á explicarse más cie-

go y obstinado que nunca en su sacrílego empeño. No está mas firme la antigua y dura roca combatida por todas partes de las olas embravecidas del mar furioso, que, entre las tentaciones, asechanzas y combates del impío Wenceslao estuvo san Juan Nepomuceno. En lugar de intimidarse del semblante cruel del Príncipe, ni de su discurso amenazador, lo despreció todo con ánimo excelso, certificándole, que ni los honores, ni las dignidades torcian su integridad, ni las amenazas acobardaban su valor. Explicóle el oficio de confesor; lo sagrado y augusto del sigilo sacramental; las penas interminables que estaban decretadas en la otra vida al sacrílego transgresor de leyes tan santas; y últimamente, le exhortó á que desistiese de su desatinado empeño, bien cierto de que de ninguna manera llegaría á saber secretos que estaban reservados á solo Dios: que en lo demás le amaba como á su rey, y veneraba sus decretos como de un sustituto en la tierra del divino Legislador. Esta firme respuesta enfureció de tal modo al Príncipe, que llamando inmediatamente al verdugo, dióle la orden de que llevase al Santo á una horrorosa cárcel, y poniéndole sobre un potro descoyuntasen sus sagrados miembros, quemando al mismo tiempo con hachas encendidas sus costados. La presencia del Príncipe hacia que los verdugos fuesen mas solícitos en avivar los tormentos; pero siendo estos inferiores á la invicta paciencia y ardentísima caridad del Santo, tuvo el César que salirse de la cárcel avergonzado, y los verdugos cansados de su bárbara crueldad desistieron de continuar el suplicio, quitando al Mártir del potro, y dejándole en el calabozo.

Al paso que la ferocidad de Wenceslao tenia sus delicias en ver derramar sangre, y oír los lamentos que arrancaba su venganza de los afligidos corazones, temia á cada paso el justo castigo de los excesos; y receloso del escándalo que habia de causar en toda la corte lo que habia ejecutado con un varon tan santo y respetable, mandó que le sacasen de la cárcel secretamente, y le dejaran ir libre á su casa. San Juan Nepomuceno, olvidando enteramente lo que por él habia pasado, procuró con el mayor sigilo que se le curasen las heridas que en el tormento habia padecido; y con nuevo ardor volvió á emplearse en las sagradas funciones de su santo ministerio. Conocia muy bien la índole severa y contumaz del obcecado Príncipe, y que no desistiría de su intento hasta quitarle la vida. En esta inteligencia redobló los ejercicios fervorosos de piedad en que antes se ocupaba, preparándose de este modo á una muerte violenta, que, avisado del cielo, sabia estar ya muy cercana. Verificóse su espíritu

profético en esta materia, porque predicando en la iglesia de San Victor, afirmó á todos sus oyentes que dentro de poco moriria, diciéndoles al mismo tiempo la multitud de males, guerras, sediciones y herejías, que habian de devastar aquel infeliz reino. Repetia muchas veces aquellas palabras de Jesucristo á sus discípulos: *Dentro de poco ya no me veréis; ya serán muy contadas las palabras que oigais de mi boca;* y al paso que el Santo decia esto con un rostro alegre, hermoso y sereno como el de un ángel, todo el pueblo se deshacia en amargas lágrimas condolido de su desgracia, y sintiendo íntimamente perder un padre tan amoroso, y un predicador tan perfecto. Anuncióles como dentro de poco tiempo saldria del abismo una funesta herejía, que mezclaria sacrilegamente lo sagrado y lo profano con una confusion escandalosa; que serian consumidos por el fuego todos los templos y conventos de Bohemia, y que los sacerdotes perecerian con tormentos exquisitos. Últimamente, que estaba cercano el fin y término desventurado de la religion católica en todo aquel reino. Concluyó el sermon, despidiéndose de todos, pidiendo perdón á prelados y canónigos de la iglesia de Praga con las expresiones mas humildes, acusando su inocente vida, y ponderando sus mas leves faltas. Florecia á la sazón la iglesia de Bohemia por la observancia de la disciplina eclesiástica, por la santidad y literatura de sus prelados, y por la integridad de costumbres con que vivian sus ministros. Esto mismo excitó con mayor viveza la admiracion de cuantos oyeron el sermon de un varon tan santo, lleno de profecías tan funestas, y de anuncios que conmovian los corazones de todos. El dolor interior, el respeto, la sumision á los divinos arcanos se apoderaron de sus almas en tanto grado, que el abatimiento y desconuelo se manifestaban en sus semblantes, el silencio en sus bocas, y las lágrimas en sus ojos. Habia en Breslau una devota imagen de Maria santisima, venerada con gran piedad de los fieles, quienes la recibieron con grande encargo de san Cirilo y san Metodio como una prenda segura de sus felicidades, y un lugar de refugio á donde acudiesen en sus infortunios y trabajos. A este santuario se fué san Juan Nepomuceno, pocos dias después de haber predicado aquel famoso sermon, para ocuparse en oracion fervorosa, y en piadosos ejercicios con que prepararse á la pelea sangrienta, y cercana muerte que presentia su corazon.

Confortado vigorosamente Nepomuceno con los auxilios del Espiritu Santo, volvía de Breslau á Praga, cuando asomándose el Emperador á una ventana, y divisando al Santo, su sola vista reprodujo

en el ánimo del Rey todos los furiosos afectos que anteriormente habia manifestado. Una nube de celos y sospechas contra su inocente esposa se puso delante de sus ojos; la memoria de las repulsas que habia padecido su sacrilega pretension, y la constante firmeza con que el siervo de Jesucristo le habia resistido, exacerbaron su corazon y llenaron de furia su pecho, de tal manera, que mas que hombre, parecia un leon enfurecido. Envia al punto ministros que le traigan ante sí á san Juan; y no sufriendo la cólera descomunal detenerse en muchas palabras, le dijo estas abominables y lacónicas razones: *Ten entendido, ó sacerdote, que vas á morir, si inmediatamente no me revelas la confesion de mi mujer, exponiendo todas cuantas cosas, aun las mas minimas, que ha fiado á tu secreto. Esto es hecho; pereciste: juro á Dios que beberás agua.* El Santo no dió respuesta alguna, pero con el semblante severo le dió á entender lo execrable del delito que se le proponia cometer, y la abominacion con que lo miraba. Ya enfurecido el Emperador no pudo reprimir su ira, y prorumpió diciendo: *Coged á ese hombre y arrojadle en el rio luego que sea de noche, para que no sea notoria al pueblo su sentencia y su castigo.* En efecto así fue ejecutado el bárbaro decreto, siendo precipitado atado de piés y manos á las corrientes del Moldava desde el puente que divide á Praga antigua de la nueva Praga. Así consumió san Juan Nepomuceno la gloriosa carrera de su portentosa vida, y consiguió en defensa del sigilo sacramental un ilustre martirio. Sucedió este en la vigilia de la Ascension del Señor, año de 1383.

Apenas fue sumergido en las aguas cuando se apareció sobre su cuerpo una luz celestial flotante, cuya extrañeza trajo infinito pueblo á sus orillas. La Emperatriz ignorante del caso acudió con inocente simplicidad á su esposo, y le preguntó qué podia significar aquel portentoso. Semejante pregunta, la conciencia de su delito, y el ver con sus ojos tan grande milagro, hirió todo junto como un rayo aquella alma proterva, de tal modo, que se apartó á un aposento retirado, y por espacio de tres dias permaneció sin hablar con nadie, bien fuese amedrentado del temor, ó simulando un dolor fingido de lo que habia hecho. Por toda aquella noche permanecieron las luces al redor del sagrado cadáver, y en los ánimos de los ciudadanos la admiracion y la duda, hasta que al amanecer del dia siguiente vieron todos con dolor el origen de las lumbres maravillosas. Vieron en las orillas del Moldava un cuerpo exánime, que conocieron ser el de san Juan Nepomuceno. Alborotada toda la ciudad acudió al rio, y los canónigos de la santa iglesia metropolitana ordenando una devota

procesion, tomaron con mucho honor y reverencia el cuerpo de su santo hermano, y le trasladaron á la iglesia de Santa Cruz, de religiosas de la Penitencia, que estaba allí cerca, depositándole hasta tanto que se dispusiese en la iglesia metropolitana un digno sepulcro. Premió el Santo esta piedad, celo y fortaleza de sus hermanos en procurar honrar su cadáver á la vista de un príncipe, en quien era tan pronta la ira como la ejecucion de sus consejos. Al tiempo que para formar un honroso sepulcro que habian meditado, cavaban los cimientos en la iglesia de San Víctor, se encontró un tesoro con gran copia de oro, plata y alhajas preciosas, que parecian ser el precio que el cielo destinaba á la piedad de los canónigos.

Entre tanto permanecía el cuerpo de san Juan en la iglesia de Santa Cruz, á donde concurrió inmensa multitud de gente á venerar al Mártir de Jesucristo. Unos predicaban la constancia y fortaleza que habia tenido entre los atroces tormentos, y en la misma muerte: otros ensalzaban la causa de su martirio, que cedia en tanta gloria del sigilo sacramental: besábanle otros los piés y las manos: encomendábanse á su poderosa intercesion: tocaban al sagrado cuerpo rosarios y medallas para tenerlos por reliquia. Informado de esto el Emperador despachó una orden á los religiosos de Santa Cruz para que se abstuviesen de levantar tumultos: que echasen de la iglesia á todo aquel concurso, y quitando de la vista el cuerpo de Nepomuceno, le retirasen á un rincon el mas apartado. Hizose lo que mandaba el tirano Monarca, pero disponiendo el cielo que esto mismo sirviese para mayor gloria de nuestro Santo. Fue el caso, que el cuerpo de este encerrado y escondido comenzó á exhalar tan suave fragancia, que de ninguna manera pudo mantenerse oculto, ni dejar de aumentarse de nuevo el concurso numeroso de los que concurrían á venerarle. Para colocarle en lugar mas decente y proporcionado á los continuos votos que ofrecian los fieles en reconocimiento y gratitud por los favores que recibian en las mayores necesidades, se habia construido un sepulcro honorífico en la iglesia catedral. Los canónigos, todo el clero, y una inmensa multitud de pueblo, se formaron en procesion; y habiendo ido á la iglesia de Santa Cruz, tomaron el cuerpo del Santo, le llevaron con gran pompa á la metropolitana, resonando al mismo tiempo todas las campanas de la ciudad, y aclamándole por Santo todo el concurso numeroso. Antes de enterrarle, á peticion del pueblo, se abrió la arca en que estaba el cadáver depositado, el cual fue venerado de todos, recibiendo al mismo tiempo con su contacto salud repentina muchos enfermos de diversas enfermedades por la

intercesion del Santo. Depositóse finalmente en el sepulcro preparado, acompañando este acto las lágrimas de todos, principalmente de los pobres, que con la muerte de san Juan Nepomuceno lloraban la pérdida de un padre. Púsose encima del sepulcro una gran piedra, y en ella una inscripcion que decia así: *Aquí yace el venerable señor y maestro Juan Nepomuceno, canónigo de esta iglesia, y confesor de la Reina; el cual, habiendo sido tentado en vano por Wenceslao, rey de Bohemia, hijo de Carlos IV, para que quebrantase el sigilo sacramental, sufrió con invicta constancia crueles tormentos; y últimamente fue precipitado desde el puente al río Moldava. Ilustre Dios con milagros, y fue sepultado en este sitio en el año del Señor de 1383.*

Veneróse su cadáver por mucho tiempo en este sepulcro, haciéndole Dios glorioso con infinitos milagros, y visitándole con gran reverencia las persouas mas condecoradas, como eran religiosos, canónigos, obispos, arzobispos, y hasta los mismos emperadores, quienes le tenian por santo. Pero no habia declarado esto la Silla apostólica con la formalidad acostumbrada, hasta que en el año de 1719, siendo comisionado el obispo de Praga para reconocer el cadáver, pasó á hacerlo acompañado del cabildo y de toda la nobleza. Alzóse la lápida que cubria el sepulcro, y vieron todos con admiracion la integridad é incorrupcion del cadáver de san Juan Nepomuceno. Creció el pasmo, cuando habiendo hecho reconocimiento de la lengua, se halló estar fresca, y tan flexible, que no resistia á la cisura de una lanceta que se le mandó hacer á un cirujano. Separóse esta preciosa reliquia en una rica caja de oro, é informado debidamente de todo lo acaecido Inocencio XIII, declaró el culto inmemorial; y Benedicto XIII le canonizó con toda la solemnidad que acostumbra la Iglesia en esta augusta ceremonia, extendiendo su culto por todo el cristianismo. Son innumerables los prodigios que ha obrado Dios por la intercesion de san Juan Nepomuceno con todos aquellos que han implorado su patrocinio en las mayores necesidades; pero en lo que mas se han manifestado las misericordias de Dios, y el grande valimiento que para con él tienen las súplicas de este su siervo, es en el favor que han experimentado los que padecian alguna injusta infamia, o temian que se descubriese algun verdadero delito, que con razon se la habia de ocasionar. Es tambien singular protector y abogado de aquellos, que no habiendo tenido vergüenza para ser ingratos á su Dios, la tienen en el tribunal de la penitencia para manifestar sus culpas al confesor y llorarlas con amargas lágrimas de compuncion. A unos y otros favorece este Santo, y por su intercesion logran la

integridad de su honor, la paz de su conciencia, y la expiacion perfecta de sus delitos: por todo lo cual sea Dios glorificado en sus siervos. Amen.

SAN UBALDO, OBISPO.

Nació san Ubaldo en Eugubio, ciudad de la Umbria, en Italia, por los años de 1084, de una de las mas nobles y mas distinguidas familias del país. Habiendo perdido á su padre casi estando en la cuna, fue confiado á la tutela de un tio suyo, llamado tambien Ubaldo, que le habia sacado de pila, y era un caballero aun mas distinguido por su virtud que por su noble nacimiento. El mismo le dió las primeras instrucciones de una cristiana educacion, reconociendo en el niño Ubaldo admirables disposiciones para la virtud, y no menor ingenio para sobresalir en el estudio de las letras. Púsole después á pension en casa del prior de San Mariano y Santiago para que estudiase en compañía de otros niños dedicados al servicio de la Iglesia; y en poco tiempo hizo muchos progresos en las letras humanas y divinas, pero mucho mayores en la ciencia de la salvacion.

Tuvo que padecer grandes combates su inocencia en medio de una casi general corrupcion de las costumbres. Cansado en fin, y ofendido de la licenciosa vida que se toleraba en los niños colegiales, compañeros suyos, dejó el colegio ó seminario de San Mariano, y entró en el de San Secundo, donde se vivia con mucho mayor arreglo, y allí acabó sus estudios. Cuanto mas sabio se hacia, mas devoto se mostraba. La tierna y afectuosa devocion que profesaba á la Reina de los cielos le inspiró tanto amor a la pureza, que aun siendo muy niño, y hallándose heredero de una rica sucesion, resolvió renunciar todas las vanidades del mundo, é hizo voto de perpetua castidad.

Una virtud tan pocas veces vista en un jóven rico, noble, de buena disposicion y de mucho ingenio, en una ciudad donde eran tan raros los buenos, movió al obispo san Gramairiano á desear tenerle en su familia; y noticioso de que habia abrazado el celibato, le hizo prior de su iglesia catedral, que era la de San Mariano, donde habia pasado Ubaldo los primeros años de su puericia.

El cabildo, de que se halló cabeza nuestro Santo siendo todavia tan jóven, habia muchos años que vivia sin orden y sin disciplina. Estaba desterrada de él la regularidad; abandonados los divinos oficios; y las horas canónicas se reducian á que tocasen á ellas las cam-

panas. La clausura abierta por todas partes; el desórden tan público y tan continuo de dia como de noche; en una palabra, eran pocos los canónigos que no tenian una vida escandalosa. Gimió Ubaldo á vista de tan deplorable constitucion; derramó torrentes de lágrimas en la presencia de Dios, y no cesaba de implorar su misericordia por la conversion de sus hermanos.

El mal era grande, y la cura dificultosa. La misma inocencia y la misma virtud del santo Prior eran al principio contra él. Mirándole los canónigos como un mudo censor que los incomodaba; su mismo silencio, su modestia y sus mismas urbanas atenciones daban en rostro, y en vez de templar los ánimos los enconaban mas y mas. Como su vida era una vivísima reprension de la que ellos traian, no podian sufrir que fuese cabeza de su comunidad. A los principios intentaron obligarle á renunciar la dignidad á fuerza de pesares y pesadumbres; pero su afabilidad, su paciencia y sus cortesánisimos modales los desarmaron del todo, y aun en este particular se hicieron mas tratables, de suerte que ya solo los desesperaban sus ejemplos, y no le podian mirar sin enfado.

Conociendo muy bien san Ubaldo así la naturaleza de la enfermedad, como el temperamento de los enfermos, se contentaba con procurar cumplir con las obligaciones de su estado, sin darles mas leccion ni aplicarles otro remedio que el del buen ejemplo. Comenzó ganando á tres canónigos de los menos viciosos, á los cuales persuadió que, juntándose á él, viviesen todos de comunidad, no teniendo mas que un refectorio, un dormitorio y un coro comun. Edificó á toda la ciudad esta ejemplar vida, resucitando en el clero el fervor de su primitivo espíritu. Por este tiempo, habiendo oido nuestro Santo elogiar á cierta comunidad de eclesiásticos, que con el título de canónigos reglares habia fundado un gran siervo de Dios, llamado Pedro de Honestis, en la iglesia de Santa María del Puerto, territorio de Ravena, pasó allá, y estuvo tres meses en ella para empaparse en su espíritu, y observar su disciplina. Agradóle el instituto, y trajo consigo á Eugubio sus constituciones, las que gustaron tanto á los canónigos de su reducida comunidad, que todos unánimes resolvieron abrazarlas. Bendijo Dios la perseverancia y el celo de nuestro Santo, porque todo el cabildo se convirtió, admitió el nuevo instituto, y en poco tiempo fue una de las mas ejemplares comunidades de canónigos reglares que florecian en la Iglesia universal.

En esta sazon un incendio, que abrasó la mayor parte de la ciudad, redujo á cenizas el convento y claustro de los canónigos, oca-

sion que pareció á Ubaldo muy oportuna para renunciar el priorato, y para retirarse á la soledad, objeto de sus ansiosos deseos. Pero no queriendo proceder en cosa alguna sin consejo, partió á verse con el bienaventurado Pedro de Rimini, prior del desierto de Fon-Avelle, para consultarle sus intentos. Disuadióselos el siervo de Dios, declarándole ser tentacion del enemigo, y lazo que le armaba para destruir el nuevo instituto, y arruinar en la cuna á la reforma; aconsejándole se restituyese al punto á su iglesia, y procurase reedificar cuanto antes el convento. Obedeció Ubaldo, y bendijo Dios su docilidad y sus trabajos, logrando ver en breve tiempo á su cabildo de Eugubio uno de los mas santos y mas florecientes de toda Italia.

Pero como se habia extendido por todas partes la fama y la reputacion de nuestro Santo, no era fácil que le dejasen lograr de su quietud por mucho tiempo; y habiendo muerto el obispo de Perusa, el clero y el pueblo de comun acuerdo nombraron á Ubaldo por su obispo. Noticioso de su eleccion, se salió secretamente de la ciudad, y se escondió en un sitio muy retirado hasta que supo que los diputados de Perusa se habian vuelto á sus casas. Entonces salió de su retiro, y llevado de su aversion á las dignidades eclesiásticas, se fué derecho á Roma, se echó á los piés del papa Honorio II, y le suplicó no atendiese al nombramiento de la iglesia de Perusa, vertiendo tantas lágrimas, moviendo tantas máquinas, y alegando tantas razones para que le excusase del obispado, que el papa se dejó doblar, y declaró nula la eleccion del pueblo de Perusa.

No duró mucho el triunfo de su humildad; porque sucediendo dos años después la muerte de Esteban, obispo de Eugubio, y no conviniéndose el clero y el pueblo en la eleccion, se vió precisado Ubaldo, como prior ó dean de la catedral, á volver á Roma para suplicar al Papa que pusiese fin á aquellas consternaciones. El Papa, que estaba muy arrepentido de la facilidad con que antes habia condescendido con su repugnancia, le nombró por obispo de Eugubio, sin que ahora le valiesen sus razones, súplicas ni llantos; y le fue preciso obedecer, rindiéndose á una eleccion que mereció el universal aplauso del clero y pueblo. Fue consagrado por el mismo Papa el año de 1129, declarando Dios ser suya esta eleccion, y justificándola el Santo desde luego por los grandes ejemplos de virtud, y por los maravillosos frutos de su celo.

Persuadido de que la virtud del prior no bastaba para la virtud del obispo, dobló su fervor, su devocion y sus penitencias. Siempre habia sido parca su mesa; pero no obstante aun hizo que fuese mas

frugal, refinando, por decirlo así, su abstinencia, su modestia y su pobreza. Solia decir que el obispo debía hacerse respetar por su virtud, mas que por su tren y por su equipaje; y añadía: *Si el obispo tiene mas renta que un canónigo, no es para mantener mas criados, sino para sustentar mas pobres.* Vivía con una continua mortificacion en sus sentidos, y con un desasimiento general de todas las cosas. Infatigable en los trabajos de la penitencia, y en los que eran inseparables de su ministerio, velaba continuamente sobre el rebaño que se le habia encomendado. Ganaba los corazones con su agrado, con su apacibilidad y con su paciencia. Diciendo un dia á un albañil que no habia hecho bien en levantar una pared en suelo ajeno, aquel bárbaro lleno de furor arrojó al santo Obispo en un monton de cal. Levantóse tranquilamente el suavísimo prelado, y se retiró á su palacio sin hablar palabra; pero el pueblo, que no era tan moderado, clamaba por el castigo de tan sacrilega insolencia, y temiendo el santo Obispo que maltratase al delincuente, le refugió en su mismo palacio. El pobre albañil, penetrado ya de un vivísimo dolor de su delito, se ofreció á pagarle con su misma vida; pero todo el castigo que le dió, ni permitió el Santo que se le diese otro, fue despedirle con un ósculo de paz.

Queriendo en cierta ocasion sosegar un tumulto popular, se metió intrépidamente entre las espadas desnudas; y á vista del peligro que corria el santo Prelado, dejaron todos caer las armas de las manos, siguiéndose la reconciliacion, como efecto de sola su presencia. Ninguno fue mas dueño de los ánimos y de los corazones de todos. Después que el emperador Federico Barbaroja sujetó á los romanos y saqueó la ciudad de Espoleto, venia marchando á Eugubio con animo de hacer lo mismo; pero habiéndole salido á recibir el santo obispo, le desarmó; y lleno Federico de respeto y de veneracion á su virtud, deponiendo el fausto que le rodeaba, se postró á sus piés, le pidió su bendicion, y perdonó á la ciudad.

En medio de sus continuas y dolorosas enfermedades, que disimulaba siempre con semblante alegre, apacible y sereno, ningun año dejó de hacer la visita de su obispado, y ningun dia de sustentar al pueblo con el pan de la divina palabra. Así como no hubo pastor mas amado de sus ovejas, así no hubo ovejas mas dóciles á la voz de su pastor. El culto divino restituido á su esplendor antiguo, los abusos desterrados, y las costumbres reformadas fueron fruto del infatigable celo de san Ubaldo, que consumido al rigor de sus penitencias y pastorales fatigas, debilitado por sus achaques, y presin-

tiendo se iba acercando la hora de su muerte, se hizo llevar á la iglesia de San Lorenzo, donde se mantuvo como en una especie de retiro hasta el dia de la Ascension, disponiéndose para aquella última hora. Mandó después que le restituyesen á su palacio episcopal, donde no cesó de dar saludables instrucciones todo el tiempo que logró libre el uso de la lengua. Agravándose la enfermedad la víspera y dia de Pentecostes, recurrieron todos con ansia apresurada á recibir su última bendicion al pié de su humilde cama, sin oírse en la ciudad mas que llantos y universales gemidos, hasta que en la noche del dia siguiente, que fue el 16 de mayo, pasó tranquilamente á la gloria eterna de los bienaventurados en el año 1160, á los setenta y seis de su edad, y treinta y uno de obispo.

Concurrieron á venerar el santo cadáver todos los pueblos vecinos á la primera noticia de su muerte, pareciendo triunfo mas que pompa fúnebre sus magníficas exequias; y los grandes milagros que obró Dios por intercesion del Santo, estando aun de cuerpo presente, continuándolos después en su glorioso sepulcro, movieron al papa Celestino III á canonizarle el año 1192. Cuatro después se hizo la traslacion de su cuerpo á la iglesia catedral de San Mariano y Santiago, que está sobre un montecillo extramuros de la ciudad, y se comenzó á llamar *el Monte de san Ubaldo*, por haberse edificado una suntuosa iglesia dedicada al Santo, con quien cada dia es mayor y mas solemne la devocion de aquel pueblo.

EL BEATO GIL, CONFESOR.

Maravilloso Dios en sus Santos, segun nos dice el real Profeta, quiso serlo particularmente en el beato Gil, para que brillase en él su divina misericordia, en tiempo que se hallaba precipitado en un caos de los vicios mas enormes. Nació este héroe verdaderamente portentoso en uno de los pueblos de la provincia de Portugal llamado Vaozela, y fueron sus padres D. Rodrigo Valladares y D.^a Teresa Gelia ó Epidia, ambos muy distinguidos en aquel país, así por su calificada nobleza, como por el grande empleo que tenia Rodrigo en el servicio del rey D. Sancho el I. Aplicáronse estos con el mayor esmero á dar á Gil una educacion tan propia de su piedad, como de su ilustre nacimiento; y habiendo manifestado desde luego unos talentos extraordinarios, quisieron que estuviese en la universidad de Coimbra bajo la enseñanza de los célebres maestros que regentaban las cátedras de aquella célebre academia. Hizo Gil grandes progresos dentro de muy breve tiempo en la latinidad y en la filosofía, y ena-

morado el rey Sancho de la habilidad y de la expedicion del ilustre jóven, proveyó en él varias piezas eclesiásticas; cuya carrera abrazó, no con el objeto ni con la rectitud que exigia el estado, antes bien fue el escándalo del pueblo por sus abominables desórdenes.

Quiso Gil dedicarse por una vana curiosidad al estudio de la medicina, y para instruirse perfectamente en esta ciencia, determinó pasar á Paris, donde la enseñaban los mas hábiles facultativos. Comenzó á pensar en el camino sobre los medios de adelantarse en la facultad á todos los hombres mas sabios de su tiempo, sin tener la menor repugnancia en adoptar toda clase de malas artes, con tal que consiguiese sus intenciones. Valióse el demonio de esta resolucion, para acabar de perder á un jóven que ya tenia preso con la cadena de los vicios, y juntándose con él en el camino en traje de pasajero, comenzó á explorar en las conversaciones familiares que tuvo con el desgraciado mozo el fin que le llevaba á Paris. No tuvo reparo Gil en manifestar todas sus ideas al enemigo de la salvacion, quien desaprobándolas enteramente, le dijo: que no tenia necesidad de ausentarse tan léjos de su patria para conseguir sus deseos, cuando podia lograrlos mas cerca; puesto que en la ciudad de Toledo enseñaban ciertos hábiles maestros unas artes casi divinas, por las que penetraban los hombres los mas ocultos secretos de la naturaleza y de la medicina, y obrando por aquel estudio cosas maravillosas, se hacian dueños de las personas y de sus bienes; añadiéndole que si le agradaba la proposicion, le acompañaria hasta ponerle en el mismo sitio donde se enseñaban aquellas ciencias con un profundo secreto. Quedó Gil suspenso por algun tiempo; pero como su ánimo no era otro que lograr el fin de sus vanos deseos, aunque fuese a costa de los medios mas ilícitos, admitió desde luego la oferta. Conducidos ambos á Toledo, se entraron en una cueva espantosa, donde ciertos hombres perdidos enseñaban las abominables disciplinas que les sugirió el infierno: manifestaron estos á Gil las leyes y condiciones que era preciso observasen los que querian ser discípulos de aquella escuela, entre las que era uno de sus principales establecimientos hacer carta de vasallaje al demonio escrita con su propia sangre.

Ejecutó el perdido jóven el infame instrumento, y habiendo cursado por espacio de siete años el estudio de aquellas perversas artes, instruido en ellas á satisfaccion de sus maestros, tuvo permiso para practicarlas donde le pareciese. Quiso que Paris fuese el teatro de sus primeras habilidades, y conduciéndose á aquella capital, se me-

reció en breve tiempo los aplausos de los doctos y de ignorantes, admirándose todos al ver los maravillosos efectos que obraba en la medicina.

Continuó Gil la profesion algunos años lleno de vanagloria y de considerables riquezas, hasta que llegó el tiempo en que Dios por su infinita misericordia quiso conmutar en vaso de eleccion al que lo era de contumelia por uno de aquellos prodigiosos medios de su adorable Providencia. Estudiaba Gil en cierto dia en su biblioteca, y cuando estaba mas engolfado en la especie, se le apareció un hombre de terrible aspecto á caballo con una lanza en la mano en ademan de acometerle, quien le dijo con una voz espantosa: *Muda de vida, muda de vida*. Asustóse con la vision el famoso médico; pero como la relajacion de sus costumbres le tenia trastornado el entendimiento, creyendo que seria alguna ilusion de su acalorada fantasía, siguió con sus mismos vicios. Pasado algun tiempo volvió á presentarse el mismo caballero armado estando Gil en su librería, y con voz mas formidable le repitió por tres veces: *Muda de vida, pues de lo contrario te daré muerte*; y dicho esto, le hirió algun tanto con la lanza en el pecho.

Creyó Gil que habia penetrado la herida hasta lo íntimo del corazon, segun la viveza del dolor que tuvo; mas siendo este efecto de la divina gracia, que le movia al arrepentimiento de sus desórdenes, comenzó á clamar bañado en tierno llanto: *Yo, Señor, mudaré de vida; pero te ruego por tu infinita misericordia me perdones el no haber obedecido á tu primer llamamiento*. Era aquel auxilio uno de los eficacísimos que Dios por su infinita bondad confiere á los pecadores mas obstinados; y correspondiendo Gil con fidelidad á la vocacion del cielo, quemó todos los libros de su magia, y dejando á Paris, se dirigió á su patria con firme resolucion de enmendar sus yerros. Cayó en el camino en una enfermedad grave, nacida del terror y de la tristeza que ocupó á su espíritu, meditando sobre sus desórdenes; pero no por eso dejó el buen propósito de su sincera conversion.

Pasó de camino Gil por la ciudad de Palencia, cuando los hijos de santo Domingo de Guzman se hallaban en la obra de su convento; y edificado de ver trabajar en la fábrica á unos hombres religiosos, distinguidos por su estado y por su carácter, como si fuesen unos pobres jornaleros, concibió grandes deseos de abrazar el Instituto, movido del humilde y edificante ejemplo de sus profesores. Hizo una confesion general con el prior, manifestando en ella clara y distintamente las execrables maldades de su vida: pidió la absolu-

cion bañado en tiernas lágrimas, y concluido aquel acto, rogó al superior que se dignase admitirle entre los individuos de su comunidad, bajo el supuesto de no ser otro su objeto, que el de dar al Señor satisfaccion por medio de aquel órden de penitencia. No quiso el prior despreciar la ocasion que se le presentaba de lograr para Dios una alma verdaderamente arrepentida; y recibéndole en su comunidad con anuencia de los demás religiosos, desde el momento que vistió Gil el santo hábito, dió pruebas tan concluyentes de su vocacion, que se persuadieron todos, que dentro de breve tiempo seria uno de los ornamentos mas decorosos del instituto dominicano. En efecto, su devocion, su fervor, su humildad, su obediencia, su pobreza y su penitencia, fueron el asombro de los mas ancianos religiosos, los que no pudieron menos de admirar como prodigios de la divina gracia los progresos que hacia Gil en el noviciado.

Causan admiracion los artificios de que se valió el enemigo de la salvacion para separarle de su buen propósito; pero siempre constante, y siempre firme Gil en la vocacion, triunfó de los enemigos inseparables que le atacaron con los mas activos movimientos. Las pasiones, que se habian estragado tan desenfrenadamente en el siglo, se amotinaron con sediciosa violencia, viéndose reprimidas en la religion; los apetitos habituados á saciar sus gustos, lucharon fuertemente para atraerle el abismo de sus desórdenes; pero el siervo de Dios supo reprimir con tanta prontitud semejantes movimientos con el rigor de sus penitencias, con la frecuente mortificacion de los sentidos, y con la oracion continua, que aun antes de acabarse el año del noviciado, logró tener rendidas á la servidumbre de la razon todas sus pasiones.

Hizo su solemne profesion; y reiterando los firmísimos propósitos que le trajeron á la religion, puede decirse con verdad, que cumplió perfectamente las promesas que hizo á Dios en aquel acto en el discurso de su carrera. Enviáronle los superiores al convento de Santaren, poco distante de su patria, una de las casas mas célebres de la Órden, así por su observancia regular, como por el concurso de muchos varones esclarecidos en ciencia y en santidad que vivian en ella; y queriendo Gil dar á Dios satisfaccion de sus enormes delitos á la vista de aquellos religiosos ejemplares, se entregó á una penitencia sin limites, trayendo siempre ceñidas sus carnes con una cadena de hierro, la que hasta hoy se conserva en el mismo convento para perpetua memoria de sus rigurosas austeridades.

Lo que sobre todo affligia á Gil era la memoria de la escritura de

vasallaje que firmó al demonio con su propia sangre: teniale esta pena en una inquietud continua, y conociendo que el medio mas poderoso para rescindir aquel infame instrumento era el recurso al poderoso patrocinio de la santísima Virgen, se postraba con frecuencia ante una prodigiosa imágen de la Señora, que estaba en la capilla ó capítulo del convento, y anegado en tiernas lágrimas, rogaba, instaba, y suplicaba continuamente á la Madre de pecadores, que se dignase interceder con su santísimo Hijo, á fin de que le librase de tan terrible tormento.

Bien conoció el demonio los efectos que habian de producir las fervorosas oraciones y las asombrosas penitencias del siervo de Dios afianzado en la proteccion de la santísima Virgen; y para impedirlos, se valió de cuantos géneros de tentaciones pudo discurrir su refinada malicia: puso en ejercicio todas las armas de la sensualidad, insultos de la imaginacion, torpezas del entendimiento, y rebeldías de la carne: atormentábale con temerosos aullidos, con gritos horribles, con visiones espantosas, y con fantasmas extraordinarias: pero queriendo Dios probar á un mismo tiempo la virtud y la paciencia de su siervo, y confundir la malignidad del espíritu de las tinieblas, le permitió que le maltratase de diferentes maneras. Siete años sufrió Gil como otro pacientísimo Job este tropel de combates: pero viendo el enemigo que de nada aprovechaban semejantes ardidés, hizo el último recurso, tentándole sobre desesperacion. Reiteraba Gil en cierta ocasion sus súplicas á la Reina de los Ángeles, y acometiéndole los demonios llenos de furiosa rabia, le dijeron: que se cansaba en vano, pues habiendo renegado de Jesucristo por medio de un instrumento firmado con su sangre, era irremisible su delito, por el cual estaban para él cerradas las puertas del cielo. Conternó al siervo de Dios un ataque tan cruel pintado con los coloridos mas vivos por el demonio; y puesto en mortales congojas, se llegó á la imágen de la santísima Virgen, y arrancando lastimosos suspiros de lo íntimo del corazon, la habló de esta suerte: *Madre clementísima, consolad á quien implora vuestra piedad en el mayor conflicto, y mostrad embusteros á los padres de la mentira, que solicitan que desconfie de vuestra grande misericordia.* Quiso la Señora consolar á su fidelísimo siervo, dándole un testimonio nada equívoco de sus acostumbradas piedades; y para que no dudase de esta fineza, hizo que el demonio dejase caer sobre el altar de la santísima Virgen la escritura, tratando á Gil de traidor, de falsario, y de ingrato á sus muchos beneficios.

No es fácil poder explicar el gozo que concibió el siervo de Dios, viendo disuelto el inicuo pacto que hizo con el demonio llevado de sus vanos deseos, lo que le tenía en una afliccion continua; y conociendo que aquel singular favor era debido á la poderosa proteccion de la Madre de misericordia, no acertaba cómo darle gracias, ni cómo manifestar su agradecimiento. Quiso acreditar este en todo el resto de su vida, esmerándose en el afecto para con la Señora; y seguramente puede afirmarse, que no hubo ningun otro bienaventurado que le excediese en la devocion á la Reina de los Ángeles, ni en la solicitud en propagar sus glorias.

Sucedió la calma á la deshecha tempestad que padeció Gil, y si sufrió por espacio de siete años los mas terribles ataques de todo el infierno, por igual tiempo quiso el Señor premiar la inalterable paciencia de este segundo Job con exquisitos favores; entre los cuales fue muy singular la asistencia de una luz refulgente que le acompañaba en todas partes, sirviéndole de escudo para ahuyentar á las potestades de las tinieblas, á las que ya no temia Gil, antes bien les servia de un terror formidable.

Libre ya el siervo de Dios de tan crueles persecuciones, quiso estudiar teología, para adquirir una superior inteligencia de los atributos y de las perfecciones de Dios, á fin de amarle con mayor conocimiento. Enviáronle á Paris los superiores para que cursase en aquella célebre universidad; de lo que se alegró en extremo, por poder desagraviar al Señor en el mismo pueblo que habia sido el teatro de sus mas enormes vicios. Fundado en esta máxima, hizo grandes progresos así en las ciencias sagradas, como en la de los Santos, y resarcíó por este medio las gravísimas ofensas que cuando jóven cometió en Paris con sus desórdenes; pero como en lo que mas pecó fue en el mal uso de la medicina, en este mismo ejercicio procuró la enmienda, sirviendo á los pobres enfermos de médico y de asistente hasta en los oficios mas humildes.

Recibió Gil el grado de doctor en sagrada teología con aplauso general de toda la universidad; y queriendo los superiores aprovecharse de sus raros talentos, le enviaron á España para que enseñase esta facultad. Hízolo con ventajas conocidas en los que fueron sus discípulos; pero no satisfecho con las tareas de la escuela, se aplicaba á un mismo tiempo al ministerio de la predicacion, animado de un celo verdaderamente apostólico por la salvacion de las almas. Esparcióse la fama de la eminente virtud, y de la grande sabiduría del Beato por toda la provincia, y deseando los religiosos te-

nerlo por superior, le nombraron provincial á pesar de su humilde resistencia. Visitó á pié todos los conventos de Castilla y de Portugal, comprendidos por entonces bajo de una provincia; y se conoció en todos cuánto puede la virtud, cuando los empleos le dan motivo para manifestarse. No quedaron reducidos los favorables efectos del siervo de Dios dentro de los claustros, pues no teniendo su ardiente caridad domicilio fijo, ni lugar determinado, participaron de su beneficencia todos los pueblos por donde hizo tránsito. Concluyó el trienio de su prelación; y como los religiosos experimentaron la grande utilidad que resultó á la provincia por el celo de un prelado tan celoso como santo, volvieron á reelegirlo en el mismo ministerio; pero fueron tantos los ruegos y tantas las lágrimas á que recurrió Gil para excusarse, representando su avanzada edad, la debilidad de sus fuerzas, y sobre todo el ardiente deseo que tenia de disponerse para morir, que logró en vista de tan poderosas razones, que le admitiesen la renuncia del empleo.

Desembarazado Gil de tan penoso cargo, se retiró al convento de Santaren, que fue el campo de sus gloriosas batallas; y renovando su fervor, pasó el resto de su vida mas como ángel que como criatura en carne humana. Seria necesaria una extension mayor que la que permite un compendio, si se hubieran de referir individualmente las heroicas virtudes de este hombre portentoso, tan encendido en el amor de Jesucristo, que se puede decir sin exageracion, que no hubo quien le excediese en el cordial afecto, ni en la ternura con que amó al Redentor del mundo. De esta raíz provenia el quedarse con mucha frecuencia en dulces éxtasis no solo en la celda, en la iglesia y en el coro, sino es en los caminos, en los campos, y en otras diferentes partes, todo arrebatado en Dios; haciéndose sensible en todas sus acciones y en todas sus palabras el incendio de amor divino en que se hallaba abrasado, el cual le postraba muchas veces en cama, sin que tuviese otra enfermedad.

Llegó el siervo de Dios á una edad muy avanzada, y conociendo por el quebranto de su naturaleza que se acercaba el fin, hizo esfuerzos extraordinarios para purificar su inocencia. No parecia posible amor á Dios mas fino ni mas generoso, que el que manifestó esta dichosa criatura en los últimos instantes de su vida, y abrasado como victima preciosa en divinos incendios, murió tranquilamente en el mismo dia que celebra la Iglesia la Ascension de Jesucristo, que fue el 14 de mayo de 1265. Quedó su cuerpo sin las horribolas señales de la muerte, despidiendo de sí un olor exquisito, y se le dió sepultura

en el mismo convento de Santaren, donde después se trasladaron sus venerables reliquias á la capilla, que en honor del Santo hizo labrar á sus expensas su consobrina doña Juana Diaz, mujer de D. Fernando Fernandez, en la que se depositaron en un magnífico sepulcro de mármol; y habiéndose llevado un hueso del siervo de Dios á Vaozela, se erigió bajo su advocacion un oratorio ó capilla cerca de la cárcel pública, y otro en el aposento donde nació. Tambien se engarzó en plata el cingulo de hierro que llevó asido el Santo al cuerpo, el que se aplica á las que están de parto, con cuyo contacto se experimenta la apetecida felicidad en aquel peligro.

Quiso el Señor hacer célebre el sepulcro de san Gil con repetidos milagros, los cuales movieron al Ilmo. Sr. D. Agustin de Portugal, obispo de Viseo, especial devoto suyo, para que enviase á Roma á Fr. Agustin de la Cruz con las justificaciones correspondientes, á fin de solicitar de la Santa Sede que se le escribiese en el catálogo de los Santos; pero habiéndose suspendido la causa por muerte del comisionado, quedó la cosa en estado de que se le tributase culto público en Santaren, y donde estaban sus reliquias. Promovieron este varios sumos Pontífices, concediendo Gregorio XV indulgencia plenaria á los que visitasen la iglesia del convento de Santaren en la fiesta del Santo, y la misma Clemente VIII á la villa de Vaozela en honor de este ilustre hijo; pero como la religion de santo Domingo exigia la confirmacion apostólica de este culto inmemorial, reiteraron sus instancias para con la Santa Sede; y hechas las justificaciones competentes lo declaró así el papa Benedicto XV en el año 1741, en el mismo dia que confirmó el de san Álvaro de Córdoba.

La Misa es en honor de san Juan Nepomuceno, y la Oracion la que se sigue:

Deus, qui ob invictum beati Joannis sacramentale silentium nova Ecclesiam tuam martyrii corona decorasti: da nobis ejus intercessione et exemplo, linguam caute custodire, ac omnia potius mala, quam animae detrimentum, in hoc seculo tolerare: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Ó Dios, que por el invicto silencio sacramental del bienaventurado san Juan Nepomuceno adornaste tu Iglesia con una nueva corona de martirio; concédenos por su intercesion y ejemplo que acertemos á tener cautela con la lengua, y á sufrir antes en este mundo todos los males, que admitir el menor daño en nuestras almas. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epistola es del capitulo v de la Sabiduria, pág. 25.

REFLEXIONES.

En todos los tiempos ha manifestado Dios, que por mas que las puertas del abismo se conjurasen contra su Iglesia, siempre permaneceria esta como roca incontrastable, superior á todos los combates del error y de la herejía. Ha cuidado de producir en todos tiempos varones admirables en santidad y letras que la defendiesen con su doctrina, y no dudasen verter su sangre en defensa de sus misterios. Entre estos el de mas consuelo para los que cediendo á las sugestiones de la flaqueza de la carne, llegaron una vez á perder la gracia que recibieron en la regeneracion espiritual, es el santo sacramento de la Penitencia, llamado justamente una tabla de asilo para los que padecieren el naufragio de la culpa. En este Sacramento se enjugan sus lágrimas, se purifican sus conciencias, se aviva su fe, y revive nuevamente la esperanza de las eternas dichas que estaba amortiguada. Pero todos saben, que para lograr estos maravillosos efectos, dispuso Jesucristo, segun nos lo enseña la tradicion derivada desde los Apóstoles, que se hubiesen de confesar los pecados al sagrado ministro, para que este como juez, padre y maestro pudiese decir la sentencia de absolucion, enseñar al pecador embrutecido con los vicios los caminos de la salud, y suministrarle como á hijo todos los medios de consolacion y seguridad que dictan el amor filial, la compasion y la ternura.

Pero la miseria del hombre llega á tal extremo, que despreciando los ajustados dictámenes de la razon que condenan el delito, aprecia y estima los de las pasiones, y del comun enemigo cuando son dirigidos á vivir en el encenagado. Esto se ve con frecuencia en las dificultades que tienen muchas personas en confesar sus culpas, presentándoseles unas veces con horror la necesidad de haber de revelar sus mas secretos excesos, y otras adoptando temores vanos de que sus culpas puedan en algun tiempo salir de las tinieblas del silencio en que fueron cometidas. Contra uno y otro celebra hoy la Iglesia la constancia de un santo Mártir, que tentado con los mas exquisitos tormentos y con las promesas mas especiosas para que quebrantase el sacramental sigilo, se mantuvo constante delante del tirano, y dió gustosamente su vida en defensa de tan augusto secreto. Esta constancia es un nuevo timbre con que quiso Dios adornar su Iglesia, y un motivo de seguridad y consolacion para los débiles que dan oídos á las voces de su flaqueza. Es cierto que el ministro sacramental es un hombre capaz de todos los deslices á que está expuesta la fragilidad

humana; pero su ministerio le extrae en cierta manera de esta clase, y le representa á los ojos de la fe y de la piedad con un carácter tan grande y respetable como el ministerio que ejerce. ¡Ó cristiano cualquiera, que has dado lugar en tu corazon á las perniciosas sugestiones del temor, ó de la vergüenza criminal, conoce que el confesor es vicario de Jesucristo: ejerce un ministerio instituido por Jesucristo: obra con autoridad y poder del mismo Jesucristo: y este hombre Dios emplea misericordiosamente todos los raudales de su gracia, y todos los esfuerzos de su omnipotencia para conservar el crédito y perfeccion de una de las mas santas obras suyas! El comun enemigo procura astutamente formar nuevos grillos y cadenas para aprisionar á los que una vez ha sujetado á su imperio, como dice Jeremías. Tales son los temores y la vergüenza que infunde en el corazon de los que van á confesar sus culpas; pero si no quieres echar un velo á tus ojos, conocerás que sus astucias no deben prevalecer contra la seguridad y confianza que predicó san Juan Nepomuceno, y testificó con su sangre. Desecha, pues, de tu pecho los vanos temores que le oprimen, ahuyenta la perniciosa vergüenza que confunde tu semblante, y detestando con todas las veras de tu alma las culpas que la hacen esclava del demonio, confiélas perfectamente al ministro del santuario con lágrimas de compuncion. A esto te convida la Iglesia, á esto te anima la palabra de Jesucristo, y á esto finalmente te excita el glorioso martirio que en defensa del sigilo sacramental padeció san Juan Nepomuceno.

El Evangelio es del capítulo x de san Mateo.

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Nihil est opertum, quod non revelabitur; et occultum, quod non scietur. Quod dico vobis in tenebris, dicite in lumine: et quod in aure auditis, praedicate super tecta. Et nolite timere eos, qui occidunt corpus, animam autem non possunt occidere, sed potius timete eum, qui potest et animam, et corpus perdere in gehennam. Nonne duo passeret asse vae-neunt: et unus ex illis non cadet super terram sine Patre vestro? Vestri autem capilli capitis omnes numerati sunt. Nolite ergo timere: multis passeribus meliores estis vos. Omnis ergo, qui confitebitur me coram homi-

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: Nada hay escondido que no venga á descubrirse, ni oculto que no llegue á saberse. Lo que os digo á oscuras, decidlo públicamente; y lo que se os dice al oído, predicadlo desde los tejados. No temais á los que matan el cuerpo y no pueden matar al alma; antes bien temed á aquel que puede arrojar al infierno al alma y al cuerpo. ¿Por ventura no se venden dos pájaros por la menor moneda, y ninguno de ellos cae sobre la tierra sin la voluntad de vuestro Padre? Pero á vosotros os tiene contados todos los cabellos de la cabeza. No temais, pues; mucho mas valeis vosotros que mu-

*nibus, confitebor et ego eum coram
Patre meo, qui in coelis est.*

chos pájaros. Cualquiera, pues, que me confesare delante de los hombres, le confesaré yo tambien delante de mi Padre, que está en los cielos.

MEDITACION.

Sobre los daños de la vana curiosidad.

PUNTO PRIMERO.—Considera que la vana curiosidad es la fuente y origen de la mayor parte de los males que suceden en este mundo.

Cuando esta verdad no tuviese á su favor otra prueba que la que suministra el pecado del primer hombre, seria suficiente para manifestar que de ella nacen todas las calamidades y todas las culpas en que está el mundo sumergido. Vió la primera mujer la fruta prohibida, que se presentaba á los ojos deliciosa: la astuta serpiente la provoca á gustarla con la especiosa promesa de que no tendria cumplimiento la amenaza de Dios; sino que, antes bien, en comiéndola, experimentaria por su virtud una ciencia peregrina, que la hiciese conocer el bien y el mal, elevando su naturaleza al grado sublime de la divinidad. Punzado el femenino corazon de la curiosidad de experimentar tan grandes ventajas, come la fruta, hace que la guste su marido, traspasa el precepto del Criador, y en un momento se vieron cubiertos de ignorancia, avergonzados con una miserable desnudez, privados del paraíso y sus delicias, condenados á mantener su vida con el sudor de su rostro, y á sufrir después de innumerables trabajos y congojas la necesidad indispensable de la horrible muerte. De este hecho nacieron todas las calamidades que oprimen al género humano, las cuales, si se hubiesen de contar una por una, excederian en número á las estrellas; pero basta para conocerlas la propia experiencia en cualquiera que reflexiona. Estos males crecen todavía mas, considerando que á la curiosidad, que es su origen, se la tiene regularmente en el concepto de un leve delito, cuando nuestra ceguera no quiera apropiarla el carácter de virtud. Suele juzgarse que es un medio la curiosidad de disipar las densas tinieblas de ignorancia con que nacemos ofuscados por la primera culpa. Seria así, si esta misma culpa no nos hubiese privado del tino para encontrar aquel dichoso medio en que consiste la virtud. Por tanto, la curiosidad causa en nosotros daños muy perniciosos y muy multiplicados.

Hace que ansiosos de saber los negocios ajenos, descuidemos de

nuestras propias obligaciones: que fijemos la vista en los defectos de nuestros prójimos, y nos formemos una diversion de exagerarlos. lacerando las entrañas de la caridad, y ennegreciendo el honor de nuestros hermanos. La curiosidad nos aparta del conocimiento de nosotros mismos, desviando nuestra consideracion de nuestras debilidades y de nuestras culpas, para que no tengamos la ocasion de llorarlas; enajena á los padres de familias de la inspeccion precisa de su casa, abandonando la direccion de su mujer y de sus hijos, y apartando su corazon de los ejercicios piadosos; es la causa de la mayor parte de las tentaciones que combaten nuestra virtud, porque las irrita, las ceba, y las alimenta aquel que por curiosidad pretende ver, oir y poseer los objetos que son capaces de producirlas ó excitarlas. Por eso san Agustin se queja muchas veces en los libros de las *Confesiones* de los grandes daños que le hizo la curiosidad, unas veces disipando su espíritu, y otras derramando su corazon en los bienes criados. Conoce, ó cristiano, estas verdades, y escarmentando en los daños que has visto padecer á tu projimo por causa de la curiosidad, procura arrojar de corazon semejante vicio.

PUNTO SEGUNDO.—Considera que la curiosidad es un vicio tan ciego y cruel, que ni respeta las cosas sagradas, ni se atemoriza de los mas horrorosos delitos, ni teme los castigos asombrosos con que ha manifestado Dios el odio que la tiene.

El vano deseo de saciar la curiosidad humana ha precipitado innumerables hombres, que por otra parte parecian sabios, en el desprecio de la revelacion y de la autoridad divina, pretendiendo con temeridad contradecir las verdades enseñadas por el Espíritu Santo á la Iglesia, y despreciando aquel prudente consejo que nos avisa. que no intentemos averiguar lo que excede nuestros alcances, porque el que se atreve á escudriñar la Majestad, será oprimido del resplandor de su gloria. De tan funesto origen procedieron tantos here-siarcas como en todos tiempos han turbado la Iglesia con sus perniciosos errores; tantos impíos y atrevidos filósofos, que pretendiendo medir por las fuerzas naturales los consejos y grandes obras de la Divinidad, han llegado hasta el extremo de decir en su corazon: *Dios no existe*; y de aquí finalmente tomaron su principio aquellos sacrilegos cristianos, que desmintiendo tan sacrosanto nombre, se introdujeron en el secreto del santuario, profanando sus misterios, é intentando sujetar la autoridad divina á las humanas disposiciones. Solamente el martirio de san Juan Nepomuceno, que celebra la Igle-

sia en este dia, es un ejemplo de tan notoria excepcion, que por sí solo basta para la calificacion de todas estas verdades. ¿Qué otra cosa precipitó al desgraciado príncipe Wenceslao en tanto abismo de delitos execrables sino la curiosidad? ¿No llenó esta su corazon de inquietas sospechas y rabiosos celos, con que comenzó á dudar de la inocencia y honestidad de su augusta esposa? Esta furiosa pasion ¿no produjo en su alma el loco empeño de profanar el sacramento de la Penitencia, pretendiendo que se le revelasen sus secretos? esta misma ¿no irritó su protervo ánimo hasta el extremo de conculcar la respetable dignidad del sacerdocio, desconocer los privilegios de la virtud, sujetando á un hombre venerable á unos tormentos igualmente infames que atroces? Y últimamente, ¿no le despeñó en el exceso de quitar la vida injustamente al ungido del Señor, porque guardaba con respeto los sagrados misterios que se le habian confiado. Así es, á la verdad. Pero quien considere que esta loca pasion de saber lo que nada conduce para nuestra felicidad, ha llevado los hombres á los mayores horrores que abomina la naturaleza, no extrañará que induzca al desprecio de las cosas sagradas, que para los ojos que no saben levantarse del polvo de la tierra, no incluyen en sí tanto motivo de horror y escándalo. La curiosidad ha movido á algunos fisicos á diseccionar vivos algunos infelices, atándolos de piés y manos para despedazar lentamente sus entrañas, y averiguar de este modo sus movimientos. Otros han cometido la atrocidad abominable de ejecutar lo mismo con mujeres embarazadas, despedazándolas vivas para averiguar qué postura y situacion tenia el feto en su seno: sin que los lamentos que á estas infelices hacia producir el dolor de una operacion tan cruel, como ver con sus ojos despedazar sus entrañas, y al hijo que aun tenian en ellas, pudiesen ablandar unos corazones que la curiosidad habia extraido de la clase de humanos; haciéndolos mas propiamente de bestias feroces.

¿Crecieras tú, ó cristiano, que un vicio al parecer de tan poco momento en las costumbres morales pudiera despeñar á los hombres en tan execrables excesos? Así se verifica, que una pequeña centella es capaz de producir un fuego devorador que abrase el mundo. Una vista algo curiosa precipita á David en homicidios y adulterios: la vana curiosidad hace de Wenceslao un perseguidor de la Religion y un tirano, y la misma curiosidad ha trastornado muchas veces las ciudades y los imperios. Pero Dios ha manifestado suficientemente el aborrecimiento con que mira este vicio, para que su consideracion te mueva á tí á detestarle.

JACULATORIAS. — ¿Hasta cuándo, hijos de los hombres, habeis de mantener la dureza de vuestro corazón? ¿Por qué amais la vanidad, y caminais en pos de la mentira? (*Psalm. IV*).

Considerad que los hombres que no están adornados con la verdadera ciencia de Dios, son mirados de este Señor como vanos y de ningun precio. (*Sap. XIII*).

PROPÓSITOS.

I En vista de las funestas consecuencias que nacen de la curiosidad, ¿qué propósitos serán los que debe hacer tu alma? ¿Pensarás todavía ocupar tu imaginación en aquellas peligrosas averiguaciones de la conducta de tu prójimo, que ofenden á la caridad? ¿Intentarás saber lo que te pone en peligro de cometer delitos que nunca hubieras adoptado? ¿No bastarán para retractarte de semejante vicio los funestos ejemplos que has visto en estas consideraciones, singularmente el de san Juan Nepomuceno? Pero cuando no sea suficiente para desterrar de tu pecho la perniciosa curiosidad, llenente de terror los espantosos castigos que ha ejecutado el Todopoderoso en los infelices que se dejaron precipitar de este feo vicio. La mujer de Lot es convertida en estatua de sal en pena de una curiosa mirada. El mirar los bethsamitas de la misma manera el arca del Testamento, que tenían en su poder, hizo perder la vida repentinamente á cincuenta mil de aquellos infelices. Y cuando no hubiera mas ejemplar castigo que el que hizo Dios en el inicuo Wenceslao en pena de los delitos á que le indujo su necia curiosidad, él solo bastaria para poner terror al mas inconsiderado. Este Príncipe infeliz vió sublevado contra sí á todo su pueblo: aquellos mismos lisonjeros, que fomentaban y aplaudian sus desórdenes, fueron los mismos que después pusieron sus manos sacrílegas en su Soberano: le prendieron por dos veces: le privaron del imperio, y le hicieron morir desastradamente entre furias y desesperaciones, dejando el reino en manos de la herejía, para que los Husitas le devastasen, y arrancasen de él la religion católica. ¡Gran Dios! adoro vuestros consejos, temo vuestras justas amenazas, y propongo firmemente apartar de mi corazón un vicio, contra el cual así habeis manifestado vuestras iras. Dadme, Señor, gracia para que estos mis deseos no sean vanos, sino que se confirmen con mis santas obras.

DIA XVII.

MARTIROLOGIO.

SAN TORPETES, mártir, en Pisa en Toscana, el cual primeramente fue uno de los principales ministros de la corte de Neron, y uno de aquellos de quienes escribe el apóstol san Pablo, desde Roma á los Filipenses, estas palabras: *Os saludan todos vuestros hermanos, especialmente aquellos que son de la casa del César*; pero después confesando á Jesucristo, por orden de Satelico fue abofeteado, y cruelmente azotado, y echado á las fieras para que lo devorasen; y no tocándole estas, lo degollaron el dia 29 de abril, logrando de este modo la corona del martirio; pero su festividad se celebra hoy, en cuyo dia fue trasladado su cuerpo.

SANTA RESTITUTA, virgen y mártir, en el mismo dia, la cual en tiempo del emperador Valeriano fue atormentada de diversos modos en el África por orden del juez Procolo; después la pusieron en un barquichuelo lleno de estopa y de pez, para quemarla en el mar; pero las llamas se volvieron contra los que pegaron el fuego, y la Santa puesta en oracion entregó su alma al Criador. Su cuerpo en la misma barca por divino poder fué á aportar á Ischia (*hoy Enaria*), isla vecina á Nápoles, en donde lo recibieron los Cristianos con gran veneracion, y en su honor mandó Constantino Magno que se edificase un templo en Nápoles.

LOS SANTOS MÁRTIRES ERADIO, PABLO, AQUILINO Y OTROS DOS, en Noyon (*donde derramaron su sangre por la fe de Jesucristo en la persecucion de Diocleciano*).

LOS SANTOS MÁRTIRES SOLOCANO Y SUS COMPAÑEROS SOLDADOS, en Calcedonia, en tiempo del emperador Maximiano.

LOS SANTOS MÁRTIRES ADRIAN, VICTOR Y BASILA, en Alejandria.

SAN BRUNON, obispo y confesor, en Wisburgo. (*Era hijo de Conrado, duque de Carintia, y tio del emperador Conrado II, y habiendo abrazado el estado eclesiástico, fue elevado á la silla de Wisburgo en 1033, y murió en Hungría en 1045, sepultado en las ruinas de un salon donde estaba comiendo. El papa Inocencio III le colocó solemnemente en el número de los Santos*).

SAN PASCUAL, confesor, del Orden de Menores, en Villa-Real en el reino de Valencia; hombre de admirable penitencia é inocencia, al cual canonizó Clemente XI. (*Véase su vida en este dia*).

SAN PASCUAL BAILON.

Por los años de 1540, reinando Carlos V y ocupando la silla pontificia Paulo III, para gloria de España y ornamento de la reforma Franciscana, en los principios de su establecimiento, nació san Pascual Bailon, dia 17 de mayo, en una villa del reino de Aragon llamada Torrehermosa. Sus padres Martin Bailon é Isabel Jubera, eran labradores de escasa fortuna, pero buenos cristianos y temerosos de

Dios, en cuyo servicio y temor le criaron. A los siete años de edad le dedicaron al oficio de pastor; y aunque este solitario ejercicio parece que debia cerrarle las puertas para aprender á leer y escribir, pudo tanto su diligencia, que aprendió uno y otro, ya preguntando á los que sabian, y ya ilustrándole Dios para que venciese la gracia los impedimentos terrenos. Su zurrón, en lugar de contener el ordinario alimento, era una pequeña biblioteca en donde se encontraban varios libros piadosos, y el oficio de la Virgen que rezaba diariamente con suma devoción y consuelo de su alma. Por esta causa se separaba de los demás pastores, aborrecia sus juegos y entretenimientos, y vivia en aquel oficio como el ermitaño mas aprovechado. Su conversacion era santa y agradable; sus modales apacibles y dulcísimos; su genio manso y templado; de modo, que los demás pastores admiraban en él la madurez y prudencia de un anciano, y la pureza é inocencia de un ángel. No se olvidaba al mismo tiempo de añadir á los duros trabajos de pastor otras varias mortificaciones: entre ellas el andar descalzo por lugares escabrosos y llenos de espinas, procurando de este modo imitar al Pastor divino, que tanto habia padecido por sus ovejas. No fue menor el amor que tuvo siempre á la pobreza, aun viéndose en la miserable profesion que ejercia: pues queriendo Martin García, hombre poderoso á quien el Santo servia, tenerle por hijo, estimando en mas esta gloria que todas sus riquezas, llamóle cierto dia, y le propuso adoptarle por hijo, haciéndole dueño de las muchas posesiones y grandes riquezas que le habia dado el cielo. Pero el santo jóven, que habia ya elegido en su corazon á Jesucristo por su heredad y toda su riqueza, le respondió modestamente que siendo su ánimo servir á Jesucristo en la pobreza que siempre amó, no podia admitir su generosidad; que antes bien pensaba hacerse religioso, abandonando no solamente los bienes temporales, sino la posibilidad de obtenerlos.

No tardó Pascual en seguir la vocacion: dejó á su amo, á sus padres y parientes á los veinte años de edad, y pasó al reino de Valencia á presentarse á un convento de religiosos descalzos de san Francisco, llamado de Nuestra Señora de Loreto, recientemente fundado por los reformados de san Pedro de Alcántara en una soledad contigua á la villa de Monfort. Pero ó por timidez ó por discrecion no se atrevió por entonces á pedir se le recibiese en aquella comunidad. Detúvose, pues, algun tiempo sirviendo en su profesion de pastor á los labradores de la vecindad, teniendo así proporcion de pasar todos los dias de fiesta al expresado convento á frecuentar los santos

Sacramentos, á satisfacer sus amorosos afectos con la santísima Virgen, y á disfrutar las santas conversaciones de los buenos religiosos. que estaban edificados á vista de la devocion del *Santo Pastor*, que era el nombre con que llegó á ser conocido en todo aquel territorio.

Sin embargo vivia descontento, porque la soledad y ejercicio de pastor le privaba de muchos consuelos espirituales, y porque era sumamente difícil alimentar bien el ganado sin menoscabo del prójimo. En esta materia llegaban sus escrúpulos hasta el extremo de delatarse á sí mismo cuando su ganado hacia daño en campo de otro, pagándolo luego al dueño de su soldada. Padecia Pascual ansiedades en su espíritu, y suplicaba al cielo con fervorosos suspiros se dignase finalmente manifestarle su voluntad para ponerla luego por obra. La oracion sencilla, las lágrimas que salen del corazon encuentran inmediatamente acogimiento en la divina misericordia. Una vision celestial aseguró á Pascual del verdadero norte que debia seguir, y calmó las turbaciones de su espíritu, apareciéndosele un religioso y una religiosa que vestian un hábito de penitencia muy semejante al que usaban los religiosos del referido convento. Entendiendo, pues, que la voluntad de Dios era que tomase allí el hábito. sin mas dilacion se fué al guardian, y se lo pidió con humildad. Como eran bien conocidas las virtudes del zagal entre todos los religiosos, le recibieron con mucho gusto, de suerte que querian admitirle por religioso de coro; mas él no quiso consentir á este honor, y fue preciso ceder á su humildad. Experimentada su perfecta vocacion, y reconocida por del cielo, le dieron la profesion dia de la Purificacion de Nuestra Señora en el año de 1565.

Viéndose Pascual libre de los lazos del mundo, y dedicado para siempre al servicio de Dios, atada su voluntad con los tres votos de pobreza, obediencia y castidad, dió gracias al Todopoderoso, y comenzó de nuevo la carrera de la perfeccion con tanto fervor como si hasta entonces no la hubiera comenzado. La oracion, la mortificacion y las ocupaciones de la obediencia dividian su tiempo y sus obras. Los empleos mas humildes eran para él siempre los de mayor satisfaccion. Y aunque de ordinario poníanlo los guardianes en la porteria, oficio de los mas delicados por su importancia, no por eso dejaba él de cultivar la huerta y servir en la cocina, por ser ministerios mas humildes y penosos que los demás. Andaba siempre descalzo y tan desnudo, que aun viviendo en tierras muy frias, como en Almansa y en el monte de Jumilla, nunca vistió sino un solo hábito. y este muy viejo; á raíz de las carnes traia una gruesa cadena

de hierro, rалlos de hoja de lata, cilicios muy ásperos de esparto y de cerda. Raras veces comia carne, casi nunca cenaba: en mucho tiempo no comió mas que solo pan: todos los viernes del año ayunó á pan y agua, y otros muchos dias por devocion. Dormia en el suelo sobre una estera; cuando viejo sobre unas tablas, y encima de ellas un pellejo. Su sueño no pasaba de tres horas, y en la cama estaba tan encogido que juntaba las rodillas con la boca.

En la caridad era singularísimo; pero no se contentaba con aliviar la miseria temporal de sus prójimos pidiendo limosna para darla después á los necesitados: su caridad se extendia á mas altos fines, y sus limosnas eran acompañadas de discursos patéticos sobre la fealdad del pecado, sobre las penas del infierno, y sobre la grandeza de Dios.

La fe, aquel don sobrenatural y divino que levanta el alma á la contemplacion de los sublimes misterios, y da fuerzas al hombre para emprenderlo todo con una segura confianza en la asistencia del divino poder, tuvo en san Pascual tan feliz acogimiento, que sus obras maravillosas se pudieran contar por sus acciones. Son innumerables los milagros que obró Dios por su intercesion, ya venciendo el poder de la enfermedad y de la muerte, y ya produciendo repentinamente alimentos con que refrigerar al sediento, y quitar el hambre al necesitado. A muchos sanaba solo con hacer sobre ellos la señal de la cruz, y darles su bendiccion.

Estaban cimentadas sus virtudes en una profunda humildad para que el edificio de la perfeccion llegase á su grandeza sin peligro de ruina. Por esta causa, aun en las acciones mas mínimas procuraba Pascual su abatimiento. Ocultaba con estudio todas las gracias que recibia del cielo para que no le diesen estimacion. Sucedió algunas veces reprenderle públicamente el prelado por faltas que Pascual no habia cometido. Era notoria su inocencia, y con una excusa modesta pudiera libertarse de la áspera y violenta reprension que padecia. Jamás adoptó este partido, aunque no faltaba quien se lo aconsejase. Oia, puesto de rodillas, clavados los ojos en el suelo, y con un semblante lleno de majestuosa tranquilidad, la injusta reprension; y acabada, besaba los piés al prelado, y quedaba muy gozoso de haber imitado en algo á Jesucristo. Otras veces se juntaba con los religiosos jóvenes, ó con los novicios cuando el maestro les imponia alguna penitencia, humillándose como reo, y sujetándose al castigo el que era conocido y venerado de todos por santo é inocente. Así llenaba por todos los medios las obligaciones que prescribe la humil-

dad cristiana, sin que jamás se le notase ni dar excusa abonando su conducta, ni quejarse del agravio que se le hacia, ni echar la culpa á quien la tenia verdaderamente, ni rehusar la repension ó el castigo, ni últimamente dar muestra de sentimiento en su semblante.

Su espíritu fervoroso en nada encontraba dificultad, ni temia peligro con tal que pudiese conducir para este efecto. Vióse esto en la difícil peregrinacion que hizo á Francia en el año de 1570. Ofreciósele al custodio de su provincia un caso arduo que necesitaba consultarse al general. Residia este á la sazón en Paris, para donde la escasez de los correos en aquel tiempo hacia necesario enviar un religioso. Habiendo meditado el custodio quién seria mas oportuno para una expedicion en que peligraba la vida por causa de estar infestadas las provincias de Francia de herejes hugonotes, que odiaban mortalmente á los frailes, halló que solo Fr. Pascual aceptaria un encargo tan arriesgado. Llamóle, y le mandó que emprendiese este viaje; y el Santo con suma alegría se puso al instante en camino, confiado en que la obediencia le sacaria salvo de todos los peligros. Llegó al primer convento que tenia su religion en Francia; y habiendo examinado los sabios Padres de aquella comunidad la comision que llevaba, y conociendo por otra parte que peligraba su vida, se pusieron á disputar si era lícito obedecer con semejante peligro. Resolvieron que sí, y dejáronle seguir su camino. Iba el Santo descalzo de pié y pierna, con un hábito andrajoso, y un rostro de penitencia que llevaba tras sí los ojos de todos. Por cuantos lugares pasaba, en otros tantos recibia infinitas molestias y persecuciones del pueblo, que gritaba con furor: *Al papista, al papista*, acompañando estas insultantes palabras con malos tratamiéntos, y apedreándole muchas veces. En un pueblo le rodearon una porción de herejes. creyendo que un fraile, en la apariencia sin letras, podria fácilmente ser convencido é imbuido de sus errores. Preguntáronle si creia que en la hostia consagrada se contenia el cuerpo de Cristo; y habiendo respondido *que sí*, comenzaron á argüirle con sofismas capciosos para apartarle de la verdadera creencia. El Santo respondió á todo con tanta copia de doctrina y solidez de fundamentos, que tuvieron los herejes que dejarle confusos y avergonzados. Pero con rabia infernal comenzaron á despícarse, apedreándole de manera, que le hubieran quitado la vida, si Dios milagrosamente no hubiese torcido la direccion de las piedras. Prosiguiendo su camino, y hallándose molestadado de la hambre, llegó á pedir limosna á la puerta de un poderoso. Mandóle este entrar, púsole á su mesa; y mientras co-

mia le dijo que sus trazas eran de espía español, y como á tal, en levantándose de la mesa, estuviese seguro de que iba á mandar darle muerte. Calló el Santo, quedándose con una serenidad admirable; de la cual, movida la señora á compasion, le hizo salir de casa sin que lo viese su marido. A este tenor padeció otros muchos peligros y trabajos; pero como obraba por obediencia, Dios premió esta heroica virtud, haciendo que concluyese su expedicion, y volviese á Almansa bien despachado, como el custodio se lo habia prometido.

Continuó Pascual después de su regreso viviendo en las humillaciones, pobreza, penitencia y trabajo, dando á sus hermanos ejemplos admirables en toda clase de virtudes; pero cuanto mas despreciable se hacia á sus propios ojos, tanto mas se atraia el respeto y estimacion de todos. Los guardianes le confiaban la inspeccion de los conventos; los maestros de novicios se servian del pobre lego para descargar sobre él el cuidado de la juventud; sabiendo cuanto su eminente virtud, sus sabias y piadosas instrucciones eran capaces de obrar en el espíritu de los educandos.

A virtudes tan sublimes acompañaba una oracion continua y una altísima contemplacion de los divinos misterios, en la cual gustaba su alma de tan soberanas dulzuras, que recompensaban abundantemente todos sus rigores, ayunos y penitencias. Oraba de continuo en cualquiera lugar que se hallase, estando siempre en la presencia de Dios sin separar su alma de sus divinos atributos. La continuacion y el fervor le llevaron á tan alto grado, que se le vió muchas veces privado de sus sentidos, y haciendo unos extremos que manifestaban unas veces los arrebatos de su alma, y otras el torrente de delicias que en la oracion le eran comunicadas. Estos efectos eran mas sensibles en presencia del sacramento de la Eucaristía, ó de las sagradas imágenes de Jesucristo y su santísima Madre. Tal vez enajenado y fuera de sí mismo, se daba contra las paredes, y rodaba las escaleras hasta que el dolor le volvía á su ser, y le hacia cortar el ímpetu de la contemplacion. De sus escritos en esta materia se deduce la alteza y perfeccion á que llegó este siervo de Dios. Ellos contienen lo mas puro, lo mas acendrado y sublime de cuanto escribieron los Santos. Allí se ven unos coloquios tan tiernos y afectuosos, que prueban el ardiente fuego en que fueron engendrados. Lo mas patético de los Salmos, las oraciones mas fervorosas de la Iglesia, los afectos mas encendidos de los contemplativos, las expresiones mas vivas y amorosas, las gracias mas humildes y rendidas, la ponderacion mas justa de las grandezas de Dios y de sus divinas piedades, todo se

encuentra en el pequeño tratado de oracion que escribió este Santo para su instruccion y consuelo.

Unas virtudes tan heroicas quiso Dios que estuviesen adornadas en su siervo con aquellas gracias que se llaman gratis datas. Tuvo el don de profecía, el de penetrar los corazones, y el de hacer milagros. En todos ellos fue admirable, juntando al mismo tiempo la exaltacion de la gloria de Dios y el provecho de sus prójimos. Una de las cosas que predijo fue el dia y hora de su muerte. Estando, pues, en el convento de Villa-Real, ocho leguas distante de Valencia, y presintiendo que estaba cercana su muerte, dijo á un religioso que le lavase los piés. Extrañó este semejante diligencia en un hermano que tan poco cuidaba del aseo de su persona, y mucho mas sabiendo la profunda humildad que caracterizaba sus acciones y pensamientos. Significó al Santo su extrañeza, y este le respondió con una paz y sencillez admirables: *No os admireis, hermano, que quiero tener los piés limpios para recibir el santo sacramento de la Extremauncion, si acaso Dios quisiere que me sea necesario recibirle.*

El suceso manifestó que hablaba con espíritu profético; pues de allí á pocos dias cayó gravemente enfermo de la última enfermedad. Sufrió con suma paciencia los dolores y congojas de una dolencia que las tiene tan mortales, como es el tabardillo y dolor de costado. Nunca le oyeron quejarse, ni pedir medicina ni alimento, ni volverse de un lado á otro en la cama: antes bien el rostro alegre y tranquilo manifestaba el deseo que tenia de ser desatado de los lazos de la carne para vivir eternamente con Cristo. En el discurso de la enfermedad, que duró solos ocho dias, se levantó una vez á dar limosna á los pobres, dándole la caridad y la gracia las fuerzas que le faltaban al cuerpo. En esta ocasion avisó á una pobre mujer que estaba enferma de que en un mismo dia saldrian los dos de este mundo, lo cual se verificó. Agravóse la dolencia; y habiendo recibido los sacramentos de la Eucaristía y Extremauncion con devocion suma, pidió que para morir le sacasen de la cama y le pusiesen en el suelo, queriendo imitar en esto á su santo Patriarca. No se le concedió, y así contento de todos modos con la voluntad de Dios y de sus superiores, teniendo un Crucifijo en las manos, los ojos clavados en él, y el dulce nombre de Jesús en la boca, espiró dando su espíritu al Señor dia 17 de mayo del año de 1592, primer dia de la Pascua de Pentecostes, y á la misma hora que elevaba el sacerdote la sagrada hostia en la misa mayor. Su cuerpo quedó hermoso, flexible, y con un semblante que movia á un mismo tiempo á veneracion y á ter-

nura. Las gentes se conmovieron, y venian de todas partes á venerar el sagrado cadáver, publicándole por santo. Teníase por dichoso el que podia lograr la parte mas mínima de un remiendo de su hábito, ó cualquiera otra cosa por despreciable que fuese. El cielo glorificaba á este siervo de Dios con infinitos prodigios, pues ningun doliente tocó al Santo en los tres dias que estuvo expuesto á la veneracion de los fieles, que no recibiese el remedio de su enfermedad. Ya habian dejado casi desnudo el santo cuerpo, y de hora en hora crecia la multitud del pueblo que venia movida de la fama de su santidad y de sus milagros. Pensaron en enterrarle, y para lograrlo tuvieron que valerse de la astucia y de la autoridad de la justicia. Pusieron el cadáver en una caja con suficiente porcion de cal viva para que se consumiese la carne, y depositóse todo debajo del altar dedicado á la purísima Concepcion de María. El año de 1611 se hizo por el comisionado obispo de Segorve la inspeccion del cadáver, el cual fue hallado entero é incorrupto, sin embargo de haber sido cubierto de cal al tiempo que se hizo su entierro. Justificado esto, y una portentosa multitud de milagros que seria largo referir; concurriendo los solícitos oficios de reyes, príncipes y grandes, entre ellos el duque de Gandía, que dedicó al Santo un magnífico sepulcro; y últimamente, á solicitud de su religion, beatificó Paulo V á este siervo de Dios dia 19 de octubre de 1618. Alejandro VIII le canonizó después en 1690, continuando Dios sus prodigios por la intercesion de este Santo con todos aquellos que para ser oidos procuran ser imitadores de sus santas obras.

La Misa es en honor del Santo, y la Oracion la que sigue:

Deus, qui beatum Paschalem confessorem tuum mirifica erga corporis et sanguinis tui sacra mysteria dilectione decorasti; concede propitius, ut quam ille ex hoc divino convivio spiritus percepit pinguedinem, eandem et nos percipere mereamur: Tu qui vivis et regnas...

Ó Dios, que adornaste á tu bienaventurado confesor Pascual con un amor maravilloso acerca de los sagrados misterios de tu cuerpo y sangre: concédenos misericordioso Señor, que merezcamos percibir aquella dulzura que el Santo percibia en este divino convite del espíritu. Tú que vives y reinas, etc.

La Epístola es del capítulo xxxi del Eclesiástico, pág. 218.

REFLEXIONES.

Será siempre bendita su memoria. Este es el privilegio especial de la virtud cristiana: immortalizar sus héroes. hacer su memoria res-

petable á todas las edades. Cualquiera otro título es insuficiente para juntar la bendicion con la inmortalidad. Nacimiento ilustre, empleos elevados, genios superiores, sabiduría inmensa, obras exquisitas, hazañas grandes, empresas gloriosas, nombre augusto, todo aquello que ocupa lugar en la historia, todo sirve de monumento á la posteridad para acordarse de cuando en cuando de lo que fueron algunos hombres; pero nada de eso basta para merecer la veneracion de los pueblos. Solamente de aquellas grandes almas que se dirigieron por su profunda humildad, por su encendido amor de Dios, por su pureza, por su caridad y por su celo, solamente de los Santos se puede decir con verdad que su memoria es en bendicion. Pregunto: ¿qué veneracion se tiene á los Alejandro, ni á los Césares? ¿qué respeto á aquellos sabios, á aquellos héroes, á aquellos príncipes, cuyas menores faltas se publican, y acaso se exageran, de quienes parece que solo hace mencion la historia para eternizar sus vicios? Esto sin hablar de un inmenso número de hombres ilustres, de hombres verdaderamente grandes, sepultados en un eterno olvido, que ni se sabe si hubo tales hombres en el mundo. No sucede así con la virtud cristiana: ennoblece todas las condiciones, da verdadero mérito á las personas; ella sola vale por todas las dignidades, es indeleble el esplendor que imprime en las acciones mas ordinarias, y se abre camino por la oscuridad del nacimiento mas humilde, y de la vida mas retirada. ¿Quién se hubiera jamás acordado con admiracion, con veneracion, con los afectos mas respetuosos, mas llenos de confianza, de los que hoy son digno objeto de nuestros reverentes cultos? ¿Quién tendria nunca noticia de que habia existido un Alejo, un Isidro, una pastora llamada Genovefa, si por su santidad no se hubieran distinguido entre la muchedumbre? ¿Qué papel harian hoy en la estimacion de los hombres los Enriques, los Luises, los Fernandos, los Eduardos, los Canutos? El mismo que hacen tantos otros emperadores, reyes y soberanos, que ocuparon los mismos tronos; y los nietos de sus propios vasallos por lo general no saben ni aun siquiera que existieron. Desengañémonos: solamente la virtud cristiana, la inocencia y la santidad inmortalizan la memoria, haciendo que se observe en bendicion.

El Evangelio es del capítulo XI, 25, de san Mateo.

<i>In illo tempore respondens Jesus, dixit: Confiteor tibi, Pater, Domine coeli, et terrae: quia abscondisti haec</i>	En aquel tiempo respondió Jesús, y dijo: Glorificote, ó Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has oculta-
---	---

à sapientibus, et prudentibus, et revelasti ea parvulis. Ita, Pater: quoniam sic fuit placitum ante te. Omnia mihi tradita sunt à Patre meo. Et nemo novit Filium, nisi Pater: neque Patrem, quis novit, nisi Filius, et cui voluerit Filius revelare. Venite ad me omnes, qui laboratis, et onerati estis, et ego reficiam vos. Tollite jugum meum super vos, et discite à me, quia mitis sum, et humilis corde: et invenietis requiem animabus vestris. Jugum enim meum suave est, et onus meum leve.

do estas cosas á los sabios y prudentes, y las has revelado á los párvulos. Sí, Padre, porque esta ha sido tu voluntad. Todo me lo ha entregado mi Padre. Y nadie conoce al Hijo sino el Padre, ni al Padre le conoce alguno sino el Hijo, y aquel á quien el Hijo lo quisiere revelar. Venid á mí todos los que trabajais, y estais cargados, y yo os aliviaré. Llevad sobre vosotros mi yugo, y aprended de mí, que soy dulce y humilde de corazón: y hallaréis el descanso de vuestras almas. Porque mi yugo es suave, y mi carga es ligera.

MEDITACION.

De la fuga del mundo.

PUNTO PRIMERO.—Considera que esto que se llama mundo, el mundo, digo, que ejerce un dominio tan despótico y tan tirano en los entendimientos y en los corazones, hablando con propiedad, no es otra cosa que ese bullicioso atropellado conjunto de hombres de diferentes genios y de diversos gustos, los cuales no acomodándose con las máximas de Jesucristo, solo tienen por fin sus intereses, por regla sus pasiones, por objeto de todos sus anhelos los bienes, las honras y los gustos de esta vida. Gentes en quienes por lo comun no se halla otro mérito que el arte de engañar; entre los cuales aquellos se reputan por mas hábiles, que saben aprovecharse mejor de las desgracias ajenas; aquellos se consideran mas dichosos que tienen mayor maña para disimular las propias. Es una secta, por decirlo así, compuesta de unos hombres que por la mayor parte no se conocen los unos á los otros, y cuando se llegan á conocer, entonces reciprocamente se desprecian; en la cual todos hacen profesion de no ser devotos, y á favor de esta confesion se juzgan con derecho para burlarse impunemente de los que lo son, para hacer necia chacota de todo lo que suena á piedad, para hacer vanidad de sus desórdenes, y en fin para no tener religion, sino por bien parecer. En ella reina la simulacion universal, siendo la basa sobre que se levantan todas sus brillantes y pomposas apariencias. Tribútanse los unos á los otros mil lisonjeras alabanzas, al mismo tiempo que con una risita mofadora se hace burla de los simples que lo creen. La rectitud y la buena fe se miran como virtudes de mentecatos; la docilidad y

la devocion se tienen por pruebas de genios apocados. Las máximas dominantes todas son opuestas á la verdadera sabiduría, todas contrarias á la salvacion. Este es el grande, el bello mundo que presume ser árbitro de la fortuna de los hombres, y se ha de creer á él, dueño absoluto de la humana felicidad. Y ¿será posible que hombres cristianos, hombres de razon, amen tan ciegamente á este profano mundo hasta el exceso de hacerse viles esclavos suyos! ¡Oh buen Dios! ¿qué bajeza, la de servir á un amo tan indigno de mandarnos. que jamás ha hecho ni podrá hacer sino infelices y desdichados á todos los que le sirven! ¿Hallóse nunca, ni siquiera un solo hombre que á la hora de la muerte, en aquella hora en que se hace juicio cabal de todas las cosas, se hubiese dado el parabien de haber seguido las máximas del mundo, tan contrarias á las máximas de Jesucristo? ¿Cosa extraña! se confiesa sin dificultad que todo es desdicha en el servicio del mundo, que es imposible ser inocente, que es imposible salvarse siguiendo sus máximas, y con todo eso se siguen.

PUNTO SEGUNDO.—Considera que hay entre los Cristianos un mundo enemigo del cristianismo, y condenado por el mismo Jesucristo. Este es aquel mundo que no conoce á Dios, segun dice san Juan: que aborece al Hijo de Dios, como se queja el mismo Salvador: *Mundus me priorem vobis odio habuit*. Este mundo, aunque en la apariencia es cristiano, tiene al demonio por principe y por cabeza: compónese únicamente de los precitos, y es aquel de quien dijo Jesucristo, que no tenia parte en sus oraciones, porque no se queria aprovechar de ellas: *Non pro mundo hoc rogo*. Aquel mundo que el mismo Salvador venció en la cruz, contra el cual declamaron todos los Santos, y él por su parte á todos los persiguió. Ser de este mundo, y ser del número de los réprobos; amarle, y declararse enemigo de Dios, es una misma cosa. *Quicumque voluerit esse amicus sæculi hujus, inimicus Dei constituitur*, dice el apóstol Santiago. Pues ¿habrá por ventura en qué deliberar si se ha de huir ó no de un mundo tan réprobo? No pide Dios á todos los fieles el mismo valor. ni la misma virtud que tuvo san Pascual. Son esos unos prodigios de la gracia que se obran raras veces. A ninguno impone Dios la obligacion de abandonar el poblado y retirarse á un desierto; ni la de dejar el mundo y abrazar la vida religiosa; pero es indispensable obligacion de todo cristiano seguir las máximas de Jesucristo, tan contrarias á las máximas y al espíritu del mundo: es obligacion de todo cristiano que vive en medio de él, renunciar enteramente su espíri-

tu. Perpetuamente ha de estar alerta contra todos sus lazos y artificios: pocos halagos suyos hay que no estén emponzoñados: son menester muchos preservativos para librarse de su contagio: se ha de vivir en medio del mundo como en país enemigo. Esos peligros de la salvacion tan frecuentes, y tan dignos de temerse, de que está sembrado el mundo, esos son los que poblaron los desiertos y los claustros. Y ¡nada tendrán que temer los que se quedaron dentro del mundo! Y ¡se podrán familiarizar con sus máximas sin riesgo, y con seguridad! Y ¡esperarán conseguir la salvacion viviendo una vida mundana!

No, mi Dios, no es posible servir á dos señores, y por tanto, yo no los quiero servir. El mundo, este mundo que Vos habeis condeñado, es vuestro enemigo: tambien lo será mio de hoy en adelante. No, no tendrán ya autoridad en mi estimacion sus perniciosas máximas. Vos, Señor, sois mi único y mi divino dueño, y de hoy mas no serviré á otro.

JACULATORIAS. — Aparta, Señor, mis ojos de las frívolas vanidades de que está atestado este mal mundo, y hazme andar por el camino que guia derecho á tí. (*Psalm. cxviii*).

Verdaderamente que todo cuanto hay en este mundo es vanidad. (*Psalm. xxxviii*).

PROPÓSITOS.

1 Es el mundo un teatro donde los hombres se burlan los unos de los otros. Aquel está representando al público una escena ridícula, y piensa que todo el mundo le admira. No pocas veces aquellos que miran con cierto género de lástima y de desprecio á los demás, son ellos mismos los mas despreciables, y efectivamente los mas menospreciados. En comenzándose á conocer el mundo, ya no se hace caso de él; pero la lástima es, que por lo comun se han andado ya muchas jornadas antes de caer en cuenta, y de conocer cuál era el camino mas derecho. Muchos no comienzan á desviarse del mundo, hasta que el mismo mundo se desvia de ellos: otros se van tras él, cuando él los vuelve las espaldas. Horrorízate y avergüénzate de semejante flaqueza: conocer al mundo y amarle, ciertamente es especie de locura. Si te fijó la Providencia en el mundo, consérvate en él sin ser mundano, vive dentro de él sin que se te pegue su espíritu, ni hacerte parcial de sus máximas. Haz igual desprecio de estar en su amistad, que estar en su desgracia. No te hagas esclavo de sus

modas extravagantes. Sé enhorabuena atento, cortesano, bien criado, cumple con todas las obligaciones de la urbanidad; pero muéstrate en todo buen cristiano, y haz gloriosa profesion de parecerlo.

2 Huye de todas las concurrencias mundanas en que reina con imperio el espíritu mas refinado del mundo, y donde este despliega lo mas halagüeño, y lo mas peligroso que tiene. En ellas nunca está á cubierto la inocencia; la virtud mas pertrechada pierde siempre mucho de sus derechos y de su lustre. Dícese que los mozos deben ver el mundo, pero si ese mundo es contagioso; si está lleno de lazos; si el comercio con el mundo corrompido es fatal escollo de la inocencia; ¿será buena escuela para la gente moza? Haz á tus hijos las pinturas mas vivas que pudieres de este señor imaginario, hasta que toquen con la mano la vanidad, la falsa brillantez, la nada de este ídolo, á quien solamente los necios y los disolutos doblan la rodilla, ofrecen votos, y queman incienso. Una madre cristiana nunca debe permitir que sus hijas frecuenten esas escuelas de profanidad y disolucion. ¡Qué desórden es el ver dentro de ella á personas consagradas á Dios, y tal vez á los mismos sacerdotes! Hasta en las casas religiosas se suele insinuar el espíritu del mundo. Después de haberse hecho tanto ruido para dejarle, hay quien todavía le llama á su retiro. Si abrazaste el estado religioso, estímate feliz por verte distante de Babilonia; triste de tí, si todavía conservas inteligencia con sus habitantes! No basta que un religioso haya dejado el mundo, es menester que pierda hasta su memoria.

DIA XVIII.

MARTIROLOGIO.

SAN VENANCIO, mártir, en Camerino, el cual de edad de quince años, en tiempo del emperador Decio y del presidente Antíoco, fue decapitado en compañía de otros diez, y de este modo acabó gloriosamente el curso de sus combates. (*Véase su vida en las de hoy*).

SAN DIÓSCORO, lector, en Egipto, á quien mandó el juez atormentar de muchas y varias maneras; le agujerearon las uñas, le quemaron los costados aplicándole antorchas encendidas; pero sorprendidos los ministros por el resplandor de una luz celestial, cayeron en tierra medio muertos; por último consumió el martirio habiéndolo quemado con planchas de hierro hechas ascua.

SAN FÉLIX, obispo, en Espoleto, el cual consiguió la palma del martirio imperando Maximiano.

SAN PORTAMION, obispo, en Egipto, el cual habiendo confesado la fe de Jesucristo en tiempo de Maximiano Valerio, (*le torturaron sacándole un ojo y el nervio de una pierna*). Después, bajo el gobierno del emperador Constancio, fue martirizado por sentencia del arriano Filagro, presidente. (*No obstante,*

segun refiere san Anastasio, consiguió curar, aunque murió luego, en el año 341, mártir en defensa de la divinidad del Verbo).

SAN TEODOTO, mártir, y LAS SANTAS TECUSA, su tia, ALEJANDRA, CLAUDIA, FAINE, EUFRASIA, MATRONA y JULITA, vírgenes, en Ancira de Galacia, las cuales primeramente fueron condenadas por sentencia del juez á un lugar infame, para que allí fuesen violadas; pero habiendo sido preservadas por un efecto del poder divino, atáronlas á cada una de ellas una piedra al cuello, las sumergieron en una laguna, (*y murieron ahogadas*). Á TEODOTO (*el tabernero*) por haber recogido y enterrado las reliquias de estas Santas, lo mandó el juez prender, y despedazar cruelmente; y por último consumó el martirio, habiéndole herido con una espada (*por los años de 304*).

SAN ENRIQUE (ó ERICO), rey y mártir, en Upsal en Suecia.

SAN FÉLIX, confesor, del Orden de Menores Capuchinos, en Roma, ilustre por su candidez y caridad evangélicas; fue canonizado por el papa Clemente XI. (*Véase su vida en las de este dia*).

SAN FÉLIX DE CANTALICIO, CAPUCHINO.

San Félix, llamado de *Cantalicio*, del lugar de su nacimiento, le tuvo el año de 1513 en una corta poblacion del mismo nombre, perteneciente al territorio de *Cità Ducale*, en la provincia de Umbria! Sus padres fueron pobres, pero temerosos de Dios. Llamábase su padre Santo de Carato, y su madre Santa, ó porque fuese este el verdadero nombre de los dos, ó porque le merecieron por su virtud y vida ejemplar. Habiendo logrado Félix ser hijo de unos padres que se llamaron Santos, él lo fue casi desde la cuna, así por la inocencia bautismal, que jamás perdió, como por su ardiente amor de Dios y su tierna devocion á la santísima Virgen.

Por su pobreza se vió obligado desde niño á guardar ovejas en el campo; y grabando una cruz en el tronco de una encina, se ponía de rodillas delante de ella, rezaba muchos rosarios en el dia, y no pocas veces pasaba en oracion una parte de la noche.

Luego que se sintió con fuerzas bastantes para cultivar la tierra, se puso á servir á varios labradores. En casa de uno de estos amos oyó leer en cierto dia la vida de los Santos, singularmente de aquellos solitarios que pasaron toda la suya en el desierto, entregados al ejercicio de la oracion y de la penitencia. Concibió un encendido deseo de imitarlos; y preguntando si habia todavia en el mundo aquella especie de hombres extraordinarios, le respondieron que sin ir muy léjos á buscar esos hombres muertos y crucificados al mundo, encontraria en la religion de los Padres Capuchinos todos aquellos ejemplos de virtud que se habian hecho admirar mas en los santos anacoretas.

No necesitó mas informe. Voló luego al convento de *Città Ducale*, y pidió el santo hábito. El guardian, para probar su vocacion, le hizo una horrorosa pintura de la mortificacion y de la penitencia que pedia la santa regla, y mostrándole después un Crucifijo dolorosamente ensangrentado, le añadió: *Este es el modelo a que debe conformar su vida un capuchino*. Asi la vista de aquel sangriento espectáculo, como la instruccion del fervoroso prelado, traspasaron el corazon del pretendiente, y hecho un mar de lágrimas se arrojó á los piés del Padre guardian, poniendo al cielo por testigo que ni venia ni aspiraba á otra cosa que á una vida del todo crucificada. Admirado el guardian de su fervor, le recibió para fraile lego, y le envió al convento de Ascoli á tener su noviciado. Era á la sazón de veinte y ocho años, y desde el primer dia conocieron todos á que heroico grado de santidad habia de llegar presto aquel novicio.

Aun no habia mas que veinte años que Dios habia suscitado en su Iglesia aquella nueva reforma del Orden seráfico de san Francisco, y ya estaba extendida por todo el universo, haciendo revivir los antiguos prodigios de abnegacion, de desnudez, de penitencia y de humildad que se admiraron en los primeros siglos. Ya aquellos celosos misioneros, poderosos en obras y en palabras; ya aquellos invariables defensores de la fe, enemigos de toda novedad; ya aquellos heroes de la pobreza evangélica, venerados de los pueblos, y respetados hasta de los mismos enemigos de la Religion, ya edificaban entonces, como edifican hoy á todo el mundo cristiano con su fervor, con su religiosa observancia y con su vida ejemplar.

En tal escuela fáciles son de comprender los progresos que nuestro Santo haria en la virtud. Asaltóle en el noviciado una calenturilla lenta, que por su duracion hubiera precisado á los superiores á despedirle como inútil y sin fuerzas para los penosos ejercicios de su estado, si las pruebas que habia dado de su eminente santidad no se considerasen dignas de prevalecer á los prudentes temores que se tenían de su quebrantada salud. Recobrada esta, le enviaron al convento de Roma con el oficio de limosnero, el qué ejercitó por espacio de cuarenta años con tanta edificacion, con tanta modestia, con tanto recogimiento interior, con tanta mortificacion y con tanta humildad, que en la bula de su beatificacion se hace muy amplia mencion de las virtudes que ejercitó en este oficio.

Los mas disolutos se contenian á vista de su afabilidad y de su modestia. Su humilde religiosa compostura, la virtud retratada en su semblante, su circunspeccion y sus palabras hacian impresion en

los corazones, y convirtieron á muchos obstinados pecadores. Salia por la ciudad con los ojos bajos, con el rosario en la mano, el corazon en Dios, y con un devoto silencio. Algunas veces decia al compañero: *Buen ánimo, hermano; los ojos en tierra, el espíritu en el cielo, y en la mano el santísimo rosario.* Era su oficio pedir el pan y el vino para la comunidad, y cuando volvía al convento cargado de pan y con el vino sobre sus hombros, solia decir con gracia: *Entre capuchino con ánimo de no probar el pan ni el vino en toda la vida, y Dios para probarme ha querido hacerme como dueño de todo el vino y de todo el pan que hay en Roma.*

Y era así, que aquella misma abundancia que introducía él en su convento, á Félix solo le servía para aumentar el mérito de su mortificacion y de su abstinencia. Ni una ni otra parece podían subir mas de punto. Jamás condescendió en cosa alguna con el gusto y con la inclinacion de sus sentidos. Ayunaba á pan y agua las tres cuasresmas de su seráfico Padre san Francisco; no comía sino los men-drugos de pan que dejaban los frailes; su cama era una manta sobre una tarima; su cabecera un haz de sarmientos; el sueño nunca pasaba de tres horas; tomaba cada noche tres crueles disciplinas, y no se quitaba el cilicio. Siendo su oficio tan penoso, especialmente los últimos años de su vida, en que el cuerpo debilitado con los trabajos, extenuado con las penitencias, y consumido con las enfermedades, apenas podia sostenerse, ni por eso admitió jamás el menor alivio. Hallándose un dia en el palacio del cardenal de Santa Severina, protector de la Orden, dijo el compañero á S. Ema., que mandase á Fr. Félix descargar la limosna que tenia sobre los hombros; y preguntado Félix por el Cardenal qué le parecia, respondió: *Señor, el soldado ha de morir con la espada en la mano, y el asno con la carga á cuestas;* añadiendo: *No permita Dios que yo alivie jamás á un cuerpo, que solo es de provecho para que se le mortifique.*

Siendo tan austero para consigo, era extremadamente blando y dulce para con todos los demás; causando admiracion que un hombre por su nacimiento humilde, y por su crianza rústico, pues al fin se crió entre las ovejas y los terrones, fuese de unos modales no solo atentos, sino urbanos y cultos. Su celo era encendido, pero siempre moderado, prudente y humilde, sin traspasar jamás los límites de su estado, corrigiendo en tono de ruego, y no con aire de aviso, consejo ó advertencia. Tuvo noticia de la mala disposicion en que estaban ciertos jóvenes; buscólos, arrodillóse á sus piés, y les dijo con lágrimas en los ojos: *Hermanos míos, os pido en caridad que ten-*

gais lástima de vuestras almas; palabras con que apagó el fuego de sus pasiones, y los convirtió.

Era sencillo, pero no grosero, antes en su misma sencillez se descubria delicadeza, genio y buen gusto. Estando en casa de un ministro á quien acababan de regalar con una lenera, comenzó á mugir el animalito, y vuelto Fr. Félix al ministro, le dijo sonriéndose: *¿Sabe V. S. lo que quiere este pobre animalito? pues le pide una sentencia favorable para el que se le regaló.* Sus reflexiones eran justas, y siempre muy al alma. Mostrábale un célebre abogado su copiosa librería, en medio de la cual habia un devoto Crucifijo; y preguntando á Fr. Félix qué le parecia de aquella multitud de libros, respondió: *Paréceme que todos estos libros solo deben servir para estudiar y entender bien este libro grande* (señalando al Crucifijo), *que es el compendio de la ley, y debe ser la regla de nuestra vida.*

Sabiendo que en un dia de carnaval concurría una inmensa multitud de gente á la comedia, encendido en santo celo, pidió al Padre Fr. Lobo, célebre predicador capuchino, que le acompañase para disipar aquella muchedumbre. Dejóse ver Fr. Félix con una pesada cruz sobre los hombros, y con una calavera en la mano, cuyo espectáculo puso en muda suspension á todo el concurso, y el fervoroso sermon que predicó después Fr. Lobo movió tanto á todos, que abandonado el teatro no se volvió á hablar de comedia en todo el carnaval.

Impúsose una ley de no mirar jamás el rostro á mujer alguna, y la guardó exactamente; siendo tan excesiva su atencion en materia de pureza, que era dicho comun que la naturaleza de Fr. Félix mas se parecia á la de los Ángeles que á la de los hombres: tan extrema era la mortificacion de sus sentidos.

Pero su favorecida virtud fue la caridad con los pobres enfermos y con los vergonzantes. Obtenida licencia de sus prelados para hacerles todo el bien que pudiese, no solo pedia limosna para sus frailes, sino para los pobres vergonzantes y enfermos, siendo pocos los de una y otra clase que se escondian á las diligencias de su caridad. Por el dia visitaba los pobres de Roma, y por la noche los enfermos de la comunidad, acompañando siempre sus visitas con alguna limosna ó con algun refresco. Apenas habia doncella pobre que peligrase, ó familia honrada en urgente necesidad, que no hallase recurso en la caridad de Félix; y pasando los domingos y los dias de fiesta en los hospitales, todos los de Roma le debieron el suplemento de lo que faltó á sus rentas en una esterilidad universal.

Su ardiente caridad con los pobres era hija del encendido amor de

Dios que le abrasaba las entrañas, no siendo fácil explicar á qué grado llegó este seráfico amor. Tenia el de Jesucristo grabado en el corazon, y por eso apenas su sacratísimo nombre se le caia de la boca, no pronunciándole jamás sin que se viesen sus ojos bañados en lágrimas de ternura. Todos los dias ayudaba á la primera misa que se celebraba en el convento con tanta devocion, que la comunicaba á los asistentes. Comulgaba en los primeros años tres veces á la semana; pero los quince últimos de su vida recibia la sagrada comunion todos los dias, y siempre tan arrebatado de fervor, que á lo último apenas podia pronunciar el *Confiteor Deo* por la abundancia de lágrimas que derramaba, haciéndose en él tan ordinaria esta devocion sensible, que solo con pronunciar en su presencia el dulcísimo nombre de Jesús, ó solo con decirle: *Hermano Fr. Félix, Deo gratias*, bastaba para verle inflamado y lleno de fuego el semblante.

Correspondia el amor que tenia al Hijo el que profesaba á su santísima Madre. Ayunaba á pan y agua todas las visperas de sus festividades; los sábados la rezaba el rosario entero, y los demás dias una parte de él, pero siempre con tan devota ternura, que muchas veces se veia precisado á interrumpirle. Llamábanle el favorecido de la Virgen, de quien recibió favores muy singulares.

Hacia oracion una noche en la iglesia de su convento, cuando de repente se sintió tan extraordinariamente abrasado del divino amor, que levantándose sin libertad, corrió apresurado al altar mayor, donde se veneraba una imágen de la santísima Virgen, y sin atender mas que á los amorosos ímpetus de su encendido corazon, pidió á la Madre de misericordia que siquiera por un momento le permitiese imprimir los mas tiernos y mas reverentes ósculos en su dulcísimo Hijo. Al punto se le apareció la Virgen, y le puso al niño Jesús en los brazos. No es posible explicar ni los deliquios de amor, ni el torrente de suavísimas lágrimas que derramó nuestro Santo durante aquel éxtasis maravilloso. ¡Con qué ardor, con qué ternura abrazaría, acariciaría, besaría mil veces los piés de su divino Salvador! Mas al fin era preciso restituir á la Madre el preciosísimo tesoro; hizo lo, pero fue eterna la impresion que hizo en su alma este singular favor, y con razon se escogió después como por su emblema ó por divisa, como se ve en sus imágenes y retratos.

La humildad y la obediencia de Félix fueron á un mismo tiempo efecto y prueba de su eminente santidad. Aniquilabase, por decirlo así, delante de sus prelados y de cualquier sacerdote, y preguntado por qué hacia aquellos extremos de abatimiento, solo respondia:

Vosotros sois sacerdotes del Altísimo, y yo un pobre hermano lego. Cuando volvía al convento después de pedir limosna, su mayor gusto era emplearse en los mas bajos y mas penosos oficios de la casa. Siendo en toda Roma universalmente reconocido por santo, honrado del pueblo, de los príncipes, de los cardenales, y hasta de los mismos papas; él hacia tan bajo concepto de sí, que no acertaba á comprender cómo le toleraban dentro de la religion. Era ciega su obediencia, y para él cualquiera insinuacion del superior era un decreto.

Hácia el fin de su vida le probó el Señor con crueles dolores cólicos para purificar su virtud y para aumentar sus merecimientos. Quanto mas vivos eran los dolores, mas sereno, mas apacible y mas risueño se manifestaba su semblante. Díjole un dia el médico, que pues habia curado á tantos con el dulcísimo nombre de Jesús, por qué no se valia de este mismo dulcísimo nombre, aunque no fuese mas que para mitigar en algo la fuerza de sus dolores. Respondióle el Santo: *Porque es mucho mi amor propio, y no tengo valor para privarme de lo que es todo mi gusto y consuelo.*

Pero en fin, queriendo Dios poner término á sus trabajos, y coronar sus merecimientos, le reveló el dia de su muerte, y se dispuso para ella con tan visibles aumentos de devocion, de fervor y de ternura, que todos comprendieron tenia noticia cierta de su postrera hora. Cayó malo el último dia de abril, y no pudiendo apenas moverse, fue menester una órden expresa para que no fuese arrastrando á la iglesia muchas veces al dia. Diez y ocho duró su enfermedad, que fue una oracion continua. Luego que recibió los Sacramentos, se quedó como enajenado en una especie de éxtasis; los ojos clavados en un objeto que solo él veia; el corazon lanzando continuos afectuosos suspiros hácia la misma parte; los brazos dulcemente extendidos hácia ella; todo denotaba alguna cosa extraordinaria que pasaba dentro de aquella purísima alma. Un hermano que le asistia, y se llamaba Fr. Urbano, le preguntó qué era lo que veia. *Pues, qué,* le respondió Félix, *no ves á mi querida Madre la santísima Virgen, acompañada de tantos Ángeles que me llenan de gozo y de consuelo?* Un cuarto de hora después volvió en sí, y advirtiendo que antes debia de haber hablado algo, suplicó al guardian que le dejasen solo. En fin, el dia 18 de mayo del año de 1587, y á los setenta y dos de su edad, sin haber entrado apenas en la agonía, dejó la tierra para ir á recibir en el cielo la corona de sus trabajos y virtudes.

Luego que se publicó en Roma su muerte, corrió toda la ciudad al convento, apresurándose cada uno por besar el santo cadáver, y

por lograr alguna de sus reliquias. Los muchos milagros que obró en vida, y los que hizo Dios por su intercesion después de muerto. le granjearon presto la veneracion del público. El papa Sixto V, en cuyo pontificado murió san Félix, prometia testificar de su misma mano diez y ocho, y quiso él mismo beatificarle, pero no tuvo tiempo para hacerlo. Paulo V mandó trabajar el proceso de su beatificacion, y Urbano VIII hizo la ceremonia, beatificándole solemnemente el año de 1625; y permitiendo que rezase de él á toda la Religion de Capuchinos. Finalmente, el año de 1712 el papa Clemente XI le canonizó, siendo celebrada en toda la cristiandad esta canonizacion con extraordinaria devocion y magnificencia.

SAN VENANCIO, MÁRTIR.

Camerino, ciudad del ducado de Espoleto junto á la marca de Ancona, fue patria y juntamente teatro del glorioso martirio de san Venancio. Desde la edad de quince años comenzó este santo mancebo á desear con ansia que conociesen todos y amasen á Jesucristo. Este celo suyo contribuia á la dilatacion de la Iglesia, y á la ruina de la gentilidad. Llegó esto á oidos de Antioco, que gobernaba aquella ciudad por encargo de Decio. Y como Venancio supiese que lo habia mandado prender, él mismo se le presentó, y le dijo que los dioses que adoraba no eran sino hombres y mujeres de vida estragada y disoluta, invencion del diablo para que en ellos adorasen el vicio; que no hay mas que un solo Dios Criador de cielo y tierra, cuyo único Hijo se hizo hombre, y se dejó prender y matar para librarnos de la servidumbre y de la muerte que acarrea el pecado. Bramaba de coraje el Gobernador al ver que un mozo imberbe en su misma cara osase vilipendiar el culto de los ídolos. Mandó á los soldados que lo prendiesen y lo atormentasen por cuantos modos se les antojase. Desde luego lo azotaron con tal fiereza, que hubiera muerto en este martirio si no enviara Dios un Ángel, el cual quebrantó sus prisiones y alejó los verdugos. Pero estos desventurados en vez de ablandarse con esta maravilla, mas crueles que fieras, colgándolo cabeza abajo, le quemaron el cuerpo con planchas encendidas, y le abrian la boca para que recibiese el humo y se ahogase. Muchos de los que allí estaban, viendo la constancia del Mártir, se convirtieron á la fe, entre los cuales se cuenta Anastasio Corniculario, admitido después á la palma del martirio.

Antioco, admirado de que Venancio no hubiese aun muerto, quiso ver si con promesas y halagos lo arrancaria de su propósito. Después

que con él tuvo una larga plática, viendo que daba en piedra, se valió de Atolo, mal hombre, para que con engaño y astucia lo doblase. Dijo le este que él también había sido cristiano; pero que viendo cuán gran desatino es privarse de los deleites presentes por la vana esperanza de los venideros, desamparó la fe, y se fué á los gentiles. Mas como el santo mozo le respondiese conforme él merecía, y lo echase de sí, desengañado el Gobernador de que todo era en vano cuanto hacía para pervertir á este jóven, lo llamó y lo trató de inobediente á sus mandatos, y mandó que le quebrasen los dientes y las quijadas, y lo echasen en un muladar. Sacólo de allí un Ángel, y como lo hubiesen llevado á un juez para oír su sentencia, hablándole el Mártir en defensa de la religion cristiana, cayó el juez de su tribunal, y murió diciendo que el Dios de Venancio era el verdadero, á quien todos debían adorar, desechando los ídolos.

Antíoco, luego que llegó esto á su noticia, mandó que Venancio fuese arrojado á los leones, los cuales, olvidados del hambre y de su natural fiereza, se postraron á sus piés y se los lamian, predicando el Mártir entre tanto la fe de Jesucristo al pueblo que había concurrido á aquel espectáculo, y exhortándolos á que obedeciesen al verdadero Dios, supuesto que hasta las bestias fieras se amansaban para reconocerlo como á su Señor, traspasando las leyes de la naturaleza por cumplir en todo su voluntad. Desesperados los verdugos de que matasen á Venancio las fieras, lo volvieron á la cárcel.

Al día siguiente un santo sacerdote llamado Porfirio se presentó á Antíoco, y le dijo que aquella noche había visto en vision á todos los que bautizaba Venancio, cercados de gran resplandor, y á Antíoco en tinieblas. Enfurecido Antíoco mandó luego que lo degollasen, y que á Venancio arrastrasen por lugares llenos de cardos y espinas. Medio muerto salió Venancio de este martirio; á otro día lo despeñaron, y ni aun así quiso Dios que muriese. El Gobernador, ciego ya de ira, mas desatinado que antes, mandó que lo arrastrasen por caminos ásperos y pedregosos á mil pasos de la ciudad. En este martirio, con la señal de la cruz sacó Venancio agua de una peña para apagar la sed de sus verdugos. Muchos se convirtieron á la fe á vista de esta maravilla, á los cuales junto con Venancio mandó degollar el Gobernador en el mismo sitio.

A la ejecución de la sentencia se siguieron grandes terremotos, y una tempestad de truenos y rayos tan espantosa, que Antíoco aterrado huyó; mas no pudo escapar de la venganza divina, pues al cabo de pocos días murió desastradamente. El cuerpo de san Venancio y

los de sus compañeros sepultaron honrosamente los fieles, y hoy día se veneran en una iglesia que se dedicó á san Venancio en Camerino.

Celébrase hoy la fiesta de san Venancio por decreto de Clemente X. Baronio dice que las actas de este santo Mártir que vió en Camerino, están llenas de cosas apócrifas, de las cuales ha entresacado la Iglesia lo que hay de verdad para ponerlo en su oficio. No debe confundirse este Santo con otro del mismo nombre, obispo y mártir, de que habla el Martirologio el día 1.º de abril. Los que dicen que el nuestro fue obispo, no advierten que tenia solos quince años cuando padeció.

La Misa es del comun de Confesor no pontífice, y la Oracion la siguiente:

Adesto, Domine, supplicationibus nostris, quas in beati Felicis confessoris tui solemnitate deferimus; ut qui nostrae justitiae fiduciam non habemus, ejus qui tibi placuit precibus adjuvemur: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Atiende, Señor, benigno á las supplicas que te hacemos en la festividad del bienaventurado Félix, confesor tuyo, para que consigamos por su intercesion lo que no nos atrevemos á esperar de nuestros merecimientos. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo III de san Pablo á los Filipenses.

Fratres: Quae mihi fuerunt lucra, haec arbitratus sum propter Christum detrimenta. Verumtamen existimo omnia detrimentum esse propter eminentem scientiam Jesu Christi Domini mei: propter quod omnia detrimentum feci, et arbitror ut stercora, ut Christum lucrifaciam, et inveniar in illo non habens meam justitiam, quae ex lege est, sed illam, quae ex fide est Christi Jesu, quae ex Deo est justitia in fide ad cognoscendum illum, et virtutem resurrectionis ejus, et societatem passionum illius: configuratus morti ejus: si quo modo occurrám ad resurrectionem, quae est ex mortuis: non quod jam acceperim, aut jam perfectus sim: sequor autem si quomodo comprehendam in quo et comprehensus sum à Christo Jesu.

Hermanos: Lo que fue para mí antes ganancia, he reputado después pérdida por Cristo: á la verdad que así lo estimo por la eminente ciencia de mi Señor Jesucristo, por quien todo lo desprecio y reputo por basura, con tal que gane á Cristo, y con él me una; no por la justificacion que me resulta de la observancia de la ley antigua, sino es por la que nace de la fe de Jesucristo, que es la verdadera justicia, dada por Dios en la misma fe para conocerle, juntamente que la virtud de su resurreccion y participacion en sus penas: asemejándome á su muerte, si he de concurrir á la resurreccion de entre los muertos. Yo no vivo persuadido que ya la he conseguido, ó que sea ya perfecto, y por lo mismo lo sigo hasta tener la dicha de unirme con el Señor, del modo que he sido incorporado (en la Iglesia) por Cristo.

REFLEXIONES.

En comparacion de la eminente ciencia, que consiste en saber bien a Jesucristo, todas las demás me parecen ignorancia: *Existimo omnia detrimentum esse, propter eminentem scientiam Jesu-Christi Domini mei*. Este es el lenguaje de todos los Santos, y este fue siempre su verdadero dictámen; ¿es por ventura tambien el nuestro? Los Santos ¿profesaron acaso religion distinta de la que nosotros profesamos. ó aprendieron diferente doctrina? Y siendo nuestras máximas tan opuestas á las suyas, siguiendo nosotros una práctica tan contraria a la que siguieron ellos, y tan distante del espíritu y de los principios del Evangelio; ¿podemos decir con verdad que profesamos la misma religion que ellos profesaron? ¿Acaso hay cosa mas monstruosa, ó por mejor decir, mas irracional, que el sistema que en punto de religion se forjan las gentes del mundo? Quieren ser tenidos por cristianos, y así admiten todos los principios de la fe; dejan pasar las verdades del cristianismo; pero en llegando á la doctrina práctica para el gobierno de las costumbres, los alborota y los inquieta la que enseña Jesucristo; no hay que pensar que se arreglen á lo que prescribe el Evangelio; la regla de sus costumbres ha de ser el impulso de sus pasiones. *He renunciado todas las cosas*, dice san Pablo, *y todas ellas las he estimado por basura solo por ganar á Jesucristo*. Con efecto, ¿de qué le sirve al hombre ganar todo el mundo si pierde á Jesucristo, pues perdiéndole se pierde á sí mismo? ¿Qué cosa podrá admitir en trueque por su alma? ¿Compréndese el dia de hoy esta verdad? ¿se la da crédito? ¿Qué idea se forma hoy en el mundo de esto que se llama fortuna, herencia, dignidades? ¿Qué virtud resiste á la prueba del interés, sobre todo cuando se nació en brazos de la pobreza? y aun los que nacieron en los de la abundancia, ¿son acaso mas desinteresados? ¿Haces grande aprecio de la eminente ciencia de Jesucristo, cuando se hace tan poco de su ley y de sus máximas? ¡Oh, y qué enorme diversidad de proceder, de concebir y de portarse se suele observar tal vez entre dos hermanas y entre dos hermanos! Uno se va á sepultar vivo en un claustro, porque el amor de Jesucristo le hace reputar por desgracias las aparentes felicidades que logra; otro brilla en el mundo, sobresale en las concurrencias, es como el alma de todas las diversiones; no halla gusto sino en lo que satisface á los sentidos; solo estima lo que fomenta la concupiscencia, y considera que no hay mas dicha ni mas felicidad que la de los bienes temporales. No todos han de ser religiosos, dicen ellos; es así,

pero todos deben ser cristianos; es decir, todos deben tener una vida pura, ejemplar y mortificada; los estados de la vida son diferentes, pero la regla general de la vida es una misma. Las perniciosas máximas del mundo no están menos prohibidas á los que hacen profesion de discípulos de Cristo en el siglo, que á los que le sirven en el claustro. No hay mas que una religion verdadera: luego no puede haber mas que una verdadera doctrina. Todo sistema de honestidad, de razon y de virtud que no es conforme con el Evangelio, es ilusion que debe causar lástima.

El Evangelio es del capitulo XII de san Lucas.

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Nolite timere, pusillus grex, quia complacuit Patri vestro dare vobis regnum. Vendite quae possidetis, et date eleemosynam. Facite vobis sacculos, qui non veterascunt, thesaurum non deficientem in coelis: quo fur non appropriat, neque tinea corrumpit. Ubi enim thesaurus vester est, ibi et cor vestrum erit.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: No temais, pequeña grey, porque ha sido del agrado de vuestro Padre daros su reino. Vended cuanto poseeis, y dad limosna. Haced para vosotros bolsillos que no se envejecen, y un tesoro indefectible en los cielos, donde ni el ladron roba, ni la polilla roe: donde está, pues, vuestro tesoro, allí está vuestro corazon.

MEDITACION.

Del corto número de los que se salvan.

PUNTO PRIMERO. — Considera que en todas edades, en todos tiempos fue corto el rebaño de los escogidos de Dios. ¿Qué fue una familia compuesta de solas ocho personas, comparada con todos los habitantes del universo? Sin embargo, esta sola familia se escapó de las aguas del diluvio. De aquellas cinco grandes ciudades, á solas tres ó cuatro personas perdonó el fuego del cielo. Por espacio de muchos siglos no fue Dios conocido ni adorado sino en un rincon de la tierra. Extendióse por todo el universo la religion cristiana; pero ¿cuántos herejes hay! Y aun entre los Católicos, á quienes plugo al Padre de las misericordias conceder el reino, ¿forman por ventura un gran rebaño? ¿qué te parece? ¿serán muchos los que se salvan?

No hay mas que dos caminos para el cielo: la inocencia, ó la penitencia. El número de aquellas almas puras que jamás fueron manchadas con pecado personal; el de aquellas almas privilegiadas que conservaron perpetuamente la inocencia del Bautismo, ¿te parece que es muy crecido? Y el de aquellas que después de haber perdido la inocencia volvieron á la gracia por medio de la penitencia salu-

dable, ¿juzgas que es muy cuantioso? Por todas las edades y por todos los estados se derramó la corrupcion de las costumbres: fue un torrente que inundó toda la tierra. Lo mismo la inunda hoy: y ¿hay muchos penitentes verdaderos? ¿Haylos entre los grandes del mundo, en quienes tan frecuentemente reina el vicio con seguridad y con esplendor? ¿Haylos entre las mujeres profanas, que á solo el nombre de penitencia se estremecen, si ya no hacen burla de ella? ¿Haylos entre la gente de capa y espada, ó de letras, que con tanta facilidad suelen dispensarse en las leyes mas universales de la Iglesia? ¿Haylos entre las personas de distincion, que hasta en el sagrado tribunal de la penitencia quieren que se contemporice con ellas? ¿Haylos entre el ínfimo pueblo, para el cual la penitencia verdadera es un fruto ignorado y desconocido?

Toda carne corrompió sus caminos. Pues ¿dónde están los ayunos, dónde la maceracion del cuerpo, dónde las lágrimas? Un solo pecado mortal destruye en un momento todo el mérito de la mas larga y de la mas santa vida, si la muerte acompaña al pecado. ¿Se vive el día de hoy con grande inocencia? ¡Cuántos pecados ocultos! ¡cuántos en la juventud que apenas se conocen! ¡cuántos graves que se reputan por ligeros! ¡Ó Dios, y qué inmenso es el número de los pecadores! Ninguno está seguro de la penitencia. Pues concluyamos de aquí si será grande el número de los que se salvan.

En estos desgraciados tiempos, con tal que se observen ciertas apariencias de Religion, ciertas exterioridades de virtud, no sé qué decencia ó circunspeccion exterior, cada uno se forma su particular sistema de conciencia, á cuyo abrigo vive tranquilo en el negocio de la salvacion. Pero ¿ignoramos acaso que los herejes tambien se forman su sistema, y que son mucho mas observantes de ciertas ceremonias que nosotros? Con todo eso creemos (y así lo debemos creer) que se pierden sin remedio, no obstante su imaginaria honestidad de vida, su circunspeccion, y su afectada decencia de costumbres. Pues ¿en qué revelacion, ó en qué nuevo Evangelio fundamos nuestra temeraria seguridad, ó esa loca confianza que presumimos tener de nuestra salvacion? Dirás que tú tienes la dicha de vivir en la religion verdadera, y los otros la desgracia de haberse descaminado de ella. Es verdad; pero dime, ¿cuál es menos malo, no creer apenas cosa de lo que se debe hacer, ó no hacer apenas cosa de lo que se cree?

PUNTO SEGUNDO.—Considera que entre todas las verdades de nuestra Religion, ninguna hay mas espantosa, pero quizá tampoco

hay otra mas sensiblemente probada que esta. Consulta la sagrada Escritura: profecías, ejemplos, figuras, todo prueba que son pocos los que se salvan. Consulta al mismo Jesucristo. ¿Qué cosa mas clara ni mas precisa? ¿Cuál mas terrible que lo que dice de este corto número? *Pauci vero electi*. Verdad que igualmente persuaden la razon y la experiencia; verdad formidable; pero en medio de eso ¿nos mueve mucho esta verdad?

Aun cuando fuese cierto que de diez mil personas solo una se habia de condenar, debiera yo estremecerme, y temer que fuese yo esa persona desdichada. ¡Ah, que de diez mil, acaso no se salvará ni solo una! Y ¡vivo con reposo! y ¡nada temo! Este mismo no temer es señal cierta de que debo temer mas. Mi seguridad en este punto solo puede ser efecto de mi error y de mi ceguera, que ocultándome el peligro, me distraen de prevenirle y de evitarle.

¡Cosa extraña! introdúzcase en el país una enfermedad contagiosa; todos temen, todos corren a los preservativos, aunque no todos hayan de morir del contagio. Corra la noticia de que naufrago un navío, sin expresarse cuál es; ¡cuántos se sobresaltan! Aunque haya diez mil navíos mercantiles en el mar, á todos los comerciantes asusta la confusa noticia del naufragio de uno solo. Sabemos que de todos los que hoy navegan por el mundo, muy pocos han de llegar á puerto de salvamento; sabemos que la mayor parte ha de naufragar miserablemente. ¿Quién me ha dicho á mí que no he de ser yo del número de estos infelices?

Si el Hijo de Dios hubiera dicho que se habian de salvar todos los Cristianos, y lo hubiera dicho tan expresamente como afirmó que era corto el número de los escogidos; ¿pudiéramos vivir con mayor seguridad de la que vivimos sobre el negocio de nuestra salvacion eterna? Convenimos en que todo está sembrado de escollos, en que estamos en gran peligro de perdernos, y con todo eso vivimos tranquilos. ¿Quién nos ha dado esta seguridad? ¿Acaso tenemos menos de que temer, por lo mismo que estamos menos prevenidos? Por haber sido menos cautos, menos prudentes, menos discretos, ¿serémos menos desdichados si nos condenamos?

¡Ah! que cuando no tuvieramos otro motivo para temer sino esta fatal seguridad, esta insensibilidad extraña con que vivimos, ella sola seria sobrada causa para hacernos temblar de nuestra suerte. Pero no se piensa en esto. Pues ¿en qué se piensa, cuando no se piensa en la eternidad? ¿Acaso no la creemos? Y si se cree, ¿cómo no se teme? Pero si se teme, ¿cómo se puede dejar de pensar en ella?

Es verdad, Señor, que hasta la hora presente he seguido á la muchedumbre, he caminado por el camino ancho; pero, mi Dios, muy resuelto estoy á caminar desde hoy en adelante por el estrecho, para ser del corto número de los escogidos. Aunque no se hubiese de salvar mas que uno solo de los que hoy viven, confio tanto en vuestra divina gracia, y voy á dar principio á una vida tal, que espero ser yo ese solo.

JACULATORIAS. — Tuyo soy, Señor, sálvame. (*Psalm. cxviii*).

Dios mio, salva á tu siervo, que confia en ti. (*Psalm. lxxxv*).

PROPÓSITOS.

1 *No quieras temer, pequeña grey, porque plugo á tu Padre darte el reino celestial*, dice el Salvador del mundo. (*Luc. xii*). El tropel y la muchedumbre no logran esta dicha; ¿por qué? Porque como el camino que conduce á la vida es tan estrecho, no encuentran con la entrada, y así hay pocos que entren por él (*Matth. vii*); pero el camino que conduce á la perdicion es espacioso, y así entran por él innumerables. Haz profesion de ser del rebaño pequeñito, del número de los pocos en lo que respecta á la doctrina y á la perfeccion cristiana. Son pocos los que en su conducta se gobiernan por las máximas de Jesucristo, mientras se atropella la multitud de los que siguen las máximas del mundo: son pocos los que profesan una verdadera devocion, y así resuélvete desde luego á aumentar este corto número. Aun dentro de las comunidades religiosas se distinguen fácilmente los observantes y los fervorosos, pudiendose asegurar que el número de estos no siempre es el mayor. Desde hoy en adelante dedica todo tu cuidado, todo tu estudio, y coloca toda tu gloria en ser del pequeño número, puesto que á él está prometido el reino de los cielos.

2 En materia de reforma las resoluciones y los propósitos siempre han de ser prácticos. Comienza desde este punto moderando ciertas galas demasidamente mundanas; ciertas diversiones poco arregladas á la Religion; ciertos muebles, ó superfluos, ó menos conformes á tu estado, á tus votos y á tus reglas. Si eres religioso, guárdate bien de acobardarte por las irreligiosas censuras de los imperfectos y de los relajados, y mucho mas de avergonzarte de tu reforma. Ya no serás de la moda, ya no se acordarán de tí en las partidas de diversion, ya no serás del gusto del mundo; pero ¿qué importa si eres del gusto de Jesucristo? No dilates para mañana esta declaracion de

tu nueva vida y de tu fervor; antes bien desde hoy mismo alístate en la pequeña grey, á la cual está destinado el reino de los cielos.

DIA XIX.

MARTIROLOGIO.

EL TRÁNSITO DE SAN PEDRO DE MURON, el cual siendo anacoreta fue elegido Papa, y se llamó Celestino V; pero después renunciando el pontificado, se volvió á hacer vida religiosa en el desierto, y esclarecido en virtudes y milagros durmió en el Señor. (*Véase su vida en las de hoy*).

SANTA PUDENCIANA, virgen, en Roma, la cual después de muchos trabajos, y de haber enterrado con gran reverencia los cuerpos de muchos Mártires, y de haber distribuido todos sus bienes entre los pobres por Jesucristo, voló al Señor. (*Fue hermana de santa Praxedes, é hija de Pudente, senador romano, que fue convertido á nuestra fe por los apóstoles san Pedro y san Pablo, y en el Sagrumentario de san Gregorio se hace mención de su festividad. La iglesia de aquella Santa en Roma se tiene por la mas antigua que se conoce en el mundo. En los primeros siglos fue llamada la iglesia del Pastor, y se dice haber sido el palacio de Pudente, en que se albergó san Pedro, y en donde celebró los divinos misterios. Plugo al Señor llamarla a si en este dia por los años del Señor de 164, imperando Antonino Pio*).

SAN PUDENTE, senador, padre de la dicha virgen, tambien en Roma; el cual fue bautizado por los Apóstoles, y se conservó siempre unido con Jesucristo.

EL TRIUNFO DE LOS SANTOS CALOCERO Y PARTENIO, eunucos, igualmente en Roma en la via Apia; el primero camarero de la mujer del emperador Decio, y el segundo superintendente en otro oficio; y no queriendo sacrificar á los idolos, fueron martirizados por orden del mismo Emperador.

SAN FILOTERO, mártir, en Nicomedia, hijo de Paciano, procónsul, el cual recibió la corona del martirio en tiempo del emperador Diocleciano después de haber sufrido crueles tormentos.

SEIS SANTAS VIRGENES Y MÁRTIRES, tambien en Nicomedia, entre las cuales la principal fue CRIACA, quien habiendo reprendido públicamente de impiedad á Maximiano, primeramente fue azotada y lacerada, y últimamente quemada.

SAN DUNSTANO, obispo, en Cantuaria.

SAN IVON, lo Ivo, presbítero y confesor, en la Bretaña menor, el cual por amor de Jesucristo defendia las causas de los pupilos, de las viudas y de los pobres. (*Véase su vida en las de hoy*).

SAN PEDRO CELESTINO, PAPA Y CONFESOR.

San Pedro, llamado Muron del monte donde tenia su ermita, y después Celestino del nombre que tomó cuando fue elevado al pontificado, nació por los años de 1221 en Esernia ó Sergne, ciudad fundada entre la Pulla y el Abruzzo, cerca de la Tierra de Labor en la Italia. En la historia de su vida, que el mismo Santo dejó escrita de

su mano, dice que sus padres eran de familia honrada, de piedad universalmente conocida, y que se hacian distinguir por su hospitalidad. Tuvieron doce hijos, de los cuales fue nuestro Santo el oncenno.

Siendo de cinco años perdió á su padre; pero en el amor, en el juicio y en la virtud de su madre halló consuelo y equivalente de esta sensible pérdida. Entreteniéndose un dia con su numerosa familia esta virtuosa madre, dijo por modo de diversion: *¿Será posible que habiéndome dado Dios tantos hijos, siquiera uno de ellos no ha de ser un grande siervo suyo?* — *No, madre*, respondió Pedro con inocente intrepidez; *eso no es posible, yo lo he de ser, porque quiero ser santo*. Esta respuesta, junto con el anticipado juicio que en todo mostraba el niño, y con la facilidad en aprender cualquiera cosa que le enseñasen, determinó á la buena madre á dedicarle al estudio; pero como en la casa habia tanta escasez de bienes de fortuna, que todos los demás hermanos se veian precisados á trabajar para comer, consideraban este destino del penúltimo como una especie de vocacion extravagante. Sirvióse el demonio así de los celos como de la murmuracion de sus parientes para cortarle la carrera de los estudios; pero como la divina Providencia tenia sus altos designios en orden á aquel mancebo, no permitió que la virtuosa madre se rindiese á las quejas ni á las murmuraciones. Habilitóse Pedro en las ciencias, pero mucho mas en la importante ciencia de la salvacion; y favorecido de Dios con muchas visiones, le colmó de tan singulares gracias, que disgustado y fastidiado del mundo, solo pensó en volverle las espaldas.

Era de solos veinte años, quando saliéndose de casa de sus padres, se retiró á un monte, donde encontró una peña que pareciéndole muy acomodada para sus intentos, cavó al pié de ella una estrecha y humilde choza, en que no cabia echado, ni podia estar de pié. Aquí pasó tres años en asombrosas penitencias, y en continuas tentaciones, representándosele con la mayor viveza todos cuantos objetos halagüeños y provocativos habia visto en el mundo, y apareciéndosele frecuentemente el demonio en varias figuras espantosas. Para resistir á tan furiosos combates no recurria á otras armas que á la oracion, á la penitencia, y á la proteccion de la santísima Virgen, con las cuales y con la gracia de Dios consiguió siempre las mas gloriosas victorias. Por mas que procuró ocultarse, le descubrió su virtud, á cuya fama concurrieron á él muchas personas, que reconociendo su eminente santidad, le instaron para que se hiciese sacerdote, y al cabo le persuadieron á que pasase á Roma á recibir los sagrados órdenes.

No pudiendo emprender por entonces el viaje, detenido por la nieve que cubria el monte y cegaba los caminos, haciendo reflexion sobre la sublime dignidad del sacerdocio, se atemorizó, y á vista de su indignidad mudó de parecer, y resolvió no hacerse en su vida sacerdote. En este estado se le apareció un venerable anciano, vestido de blanco, y le dijo estas palabras: *Di misa, hijo mio, di misa*. Respondióle Pedro: *San Benito y otros Santos nunca se atrevieron á recibir los órdenes sagrados, ¿cómo quieres que yo, pecador y miserable, me considere digno de recibirlos?* — *¡Digno, hijo mio!* le replicó el viejo: *¡digno! ¿y quién fue jamás digno de eso?* *Di misa con devocion y con respeto; di misa;* y al decir estas palabras desapareció. No delibero Pedro ni un solo instante, poniéndose en camino para Roma. Recibido el sacerdocio, se restituyó á la Pulla, con resolucion de hacer una vida correspondiente á la santidad del carácter con que le habia honrado Dios. Retiróse al monte Muron, y eligió para su domicilio una estrecha cueva, que parecia sepultura, en la que tenia su habitacion una monstruosa serpiente, que huyó luego que el Santo entró á tomar posesion de ella.

Cinco años pasó en este horrible desierto, viviendo mas como ángel que como hombre, hasta que vinieron á rozar aquella parte del monte que rodeaba la cueva, para cultivarle; y con esta novedad le abandonó, pasándose al monte Magela, donde halló una vasta y profunda caverna, en que se acomodó él y otros dos solitarios que se habian puesto debajo de su direccion, y no querian dejarle. Pero el enemigo de nuestra salvacion, previendo ó recelando los grandes bienes que habia de producir aquella tierna congregacion bajo la disciplina de tan gran maestro, no perdonó á medio alguno para deshacerla, ó á lo menos para turbar su quietud.

Ni las injurias del tiempo, ni las incomodidades del sitio, ni la espantosa austeridad de la vida eran la mayor tentacion que padecian. No dejó el demonio invencion, estratagema ni artificio de que no se valiese para disgustarlos, tanto que atemorizados los dos compañeros, ya titubeaban, si el Santo director, haciéndoles visibles las ilusiones del enemigo, no les hubiera alcanzado la perseverancia.

Presto se aumentó su número; porque á pesar de los medios de que se valió Pedro para ocultarse, extendida por toda Italia la fama de su santidad, acudieron muchos á ponerse debajo de su direccion, aunque su humildad se resistia á gobernar ni á solo uno.

Este fue el principio de aquella célebre religion de los Celestinos, que há mas de cuatrocientos años se hace tan respetable en el mun-

do por los grandes ejemplos que le da de penitencia, de soledad y de virtud, uniendo admirablemente, segun su instituto, el espíritu del retiro con el de la vida cenobítica. No tomó el nombre de religion de los Celestinos hasta que le escogió su glorioso Fundador, cuando le hicieron digno sucesor de san Pedro.

Luego que el Santo se rindió á tener discípulos, concurrieron tantos de todas partes, que fue preciso hacer celdas, fabricar convento, y levantar iglesia: en cuyo frontis se dejaba ver como de bulto la santidad y la modestia, pero mucho mas en los hijos de nuestro Pedro, moviendo tanto á todos los que acudian á verlos por una devota curiosidad, que hacian cada dia insignes conversiones.

A los principios no tuvieron otra regla que los ejemplos de su santo director, siendo para ellos un modelo trazado por la perfeccion del Evangelio. Empleaba el Santo en oracion cási todo el dia, y la mayor parte de la noche, acompañándola siempre con abundantes lágrimas; y cuando no oraba, se ocupaba en algun trabajo de manos. Prohibióse el uso del vino y de la carne, aun cuando estaba enfermo: y como si no bastase esta abstinencia, observaba al año cuatro cuaresmas. Ayunaba las tres á pan y agua, y la cuarta excedia en la abstinencia á las otras tres. Tal vez llegó su penitencia á términos de excesiva; porque se condenó á pasar los cuarenta dias en una especie de sepultura, sin otra provision que diez panes y ocho cebollas: en cuyo tiempo, resuelto á no dejarse ver de persona alguna, cayó tanta agua y tanta nieve, siendo el frio tan riguroso, que endurecidos y helados sus vestidos, hubiera perdido la vida al rigor del temporal, si su abrasado amor de Dios no hubiera vencido las inclemencias del temporal. Al fin de la cuaresma, viniendo sus discípulos á verle en aquella cueva ó sepultura, le encontraron medio muerto, y sacándole de allí, notaron que tenia aun cinco panes, y que al parecer no podia haber vivido tanto tiempo con tan corto alimento sin milagro. Obligáronle á que moderase algo sus inimitables penitencias; pero la moderacion fue cási imperceptible á los que eran testigos de ella. Traia á raiz de la carne un cilicio de cerdas, sembrado de nudos, y una cadena de hierro: su cama era la desnuda tierra, ó cuando mas unos sarmientos, sin otra almohada que una dura piedra. Pero en medio de tan asombrosas penitencias conservaba siempre un semblante alegre, sereno, risueño, con un trato tan dulce y tan apacible, que hechizaba á cuantos concurrían á hablarle.

Pero creciendo cada dia el número de sus discípulos, y teniendo noticia de que en el concilio general, que estaba para celebrarse en

Leon, serian extinguidas todas las religiones que no estuviesen aprobadas por la Silla apostólica, fué con dos de sus discípulos á echarse á los piés de Gregorio X, para que aprobase la suya. Recibióle el Papa con aquella veneracion que merece la verdadera santidad: confirmó y aprobó con grandes elogios su religion, y la dió por regla la regla de san Benito. Vuelto el Santo á Magela convocó sus religiosos, dióles constituciones, y desde entonces creció la Orden con tan maravillosos progresos, que en poco tiempo se contaban mas de mil y seiscientos monjes en treinta y seis monasterios.

A la fama de los milagros que obraba Dios por las oraciones de su siervo, y de la veneracion que toda Italia le profesaba, concurrían á él de todas partes, de modo, que siéndole imposible hablar y consolar á todos en particular, se veía precisado á subirse á algun lugar eminente, para que tuviesen el consuelo de verle y de oírle todos los que lo deseaban; pero haciéndosele insufrible esta concurrencia de gentes, por su grande amor á la soledad y al retiro, comenzó á mirar con tedio el monasterio del monte Magela. Resuelto á dejarle, escogió un corto número de monjes, y secretamente se retiró con ellos á un sitio muy solitario, llamado San Bartolomé de Loja; pero descubierto en él á poco tiempo, aun fue mayor el concurso de los que le buscaban; lo que le obligó á escaparse con un solo religioso, huyendo á esconderse en una gruta casi inaccesible, que estaba en lo mas alto del monte, ó de la montaña de Magela: empeño inútil, porque cuanto mas se esforzaba el humilde siervo de Dios en ocultarse á la vista de los hombres, mas se empeñaba el mismo Dios en manifestarle. No fue para él mas solo este desierto que lo habian sido los otros; porque extendido el rumor de su nueva habitacion, aun fue mayor el concurso que lo habia sido en las antecedentes; y convencido en fin á que el Señor no le queria en el desierto, se restituyó á su antigua y primera celda del monte Muron.

Habia catorce meses que estaba vacante la silla de san Pedro por muerte de Nicolao IV, y se pasaron todavia otros trece sin que los cardenales, congregados en Perusa, pudiesen convenirse en la eleccion de sucesor, cuando cansados en fin de una dilacion tan perjudicial y tan sensible á todo el orbe cristiano, el cardenal de Ostia, Latino Malabranca, movido sin duda de cierta secreta inspiracion, propuso en el conclave al solitario Pedro de Muron, como al hombre mas santo que se conocia entonces en el mundo. Aplaudió todo el sacro Colegio un pensamiento tan digno, y la Iglesia celebró con el mayor regocijo una eleccion tan legitima como desinteresada; pe-

ro restaba por vencer la mayor dificultad, que era rendir la humildad del Santo á que diese su consentimiento. Enviáronle la acta de su eleccion por el arzobispo de Leon, y por los obispos de Orvieto y del Puerto, con dos notarios apostólicos, y una carta muy reverente, pero muy enérgica, en que le suplicaban no se opusiese á la voluntad de Dios, resistiendo á su eleccion, y concluia pidiéndole que se dignase pasar cuanto antes á Perusa.

Faltó poco para que le costase la vida esta noticia; y sin dar oidos ni á las razones de los diputados, ni á las apretadas instancias de los reyes de Sicilia y de Hungría, que expresamente habian ido á buscarle para persuadirle á que aceptase, se huyó secretamente; pero como era observado de tantos, presto le encontraron. Obligado en fin á ceder á tantas súplicas, partió para Aquila, donde quiso ser consagrado, haciendo el viaje en un humilde jumento, sin que le pudiesen persuadir otra cosa las instancias de los príncipes ni de los cardenales. Fue su consagracion y su coronacion en la ciudad de Aquila el día 29 de agosto del año 1294; y tomó el nombre de Celestino V, el que tomó tambien su religion, que hasta allí se habia llamado la congregacion de san Damian.

No hizo mudanza con la nueva suprema dignidad, ni en la austeridad de la vida, ni en las máximas de su profunda humildad. Mandó fabricar en su palacio pontificio una celdilla de madera muy parecida á la que tenia en la ermita. Era para el santo Pontífice una verdadera cruz el tumulto de la corte, la multitud y el estrépito de los negocios; pero nada alteraba aquella paz y tranquilidad interior que gozaba su alma; siendo cada dia mas íntima su union con Dios, y dejándose admirar su virtud aun mas desde la elevacion de la silla de san Pedro, que desde el monasterio de Muron.

Después de su consagracion, á instancias y repetidas súplicas del rey de Sicilia, pasó á Nápoles, donde proveyó varios empleos para la administracion de las rentas de la Sede apostólica, y para el gobierno de la corte de Roma. Nombró excelentes sugetos para muchos obispados vacantes, é hizo una promocion de doce cardenales en hombres de méritos muy sobresalientes, siete franceses, y cinco italianos, entre los cuales habia dos de su Orden, cuya virtud tenia bien experimentada. Daban todos mil gracias á Dios por haber enviado á su Iglesia tan santo pastor, al mismo tiempo que su natural amor al retiro no le permitia suspirar por otra cosa que por la soledad.

Puesta de acuerdo su humildad con su natural inclinacion, le persuadieron que no podia menos de padecer mucho detrimento la Igle-

sia por su falta de experiencia en los negocios, y por su notoria insuficiencia. Pareciale que no tenia fuerzas para tan pesada carga; y ansiando siempre por su amado retiro, resolvió desviarla de sus hombros. No halló mucha resistencia en los cardenales, aunque algunos le quisieron meter en escrúpulo por la voluntaria abdicacion que meditaba; pero otros muchos le sesegaban, poniéndose de parte de su resolucion. Expidió una bula en que declaraba, que cualquiera Pontífice podia renunciar por sí mismo la tiara; y á pesar de las instancias de muchos cardenales, así franceses como italianos, que solo atendian á la eminente santidad de tan gran Pontífice, resolvió hacer dimision del sumo pontificado. Luego que se extendió la voz por la corte de Nápoles, concurrió á palacio una numerosa procesion de prelados, de todo el clero y de las religiones; y habiéndose dejado ver el Papa en una ventana para darla la bendicion, un prelado le suplicó en alta voz, en nombre de todo el clero y de todo el pueblo, que no pensase Su Santidad en dejar un cargo que ocupaba y llenaba tan dignamente; pero nada de esto bastó para aquietar sus escrúpulos, y así renunció solemnemente el sumo pontificado en pleno consistorio el dia 13 de diciembre, cinco meses y ocho dias después de su exaltacion. El mismo dia dejó todas las insignias, y con su hábito de monje, y el nombre propio de Pedro, se echó á los piés de los cardenales, suplicándoles que remediasen cuanto antes sus desaciertos por la pronta eleccion de un sucesor que ocupase dignamente la cátedra de san Pedro. Este espectáculo tan raro enterneció á los asistentes, sacándoles las lágrimas á los ojos; y Pedro Celestino descendió del trono apostólico con mayor gozo que otros suben á él, sin pensar mas que en retirarse á su monasterio.

Pero el cardenal Benito Gaetano, que once dias después fue nombrado Papa en el mismo Nápoles, y coronado en Roma el dia 16 de enero siguiente con nombre de Bonifacio VIII, juzgó que debia asegurarse de la persona de su predecesor, y le negó la licencia, que con las rodillas en tierra le pedia para retirarse al desierto, y pasar el resto de sus dias en el rincon de su celda. Creyendo el Santo que esta repulsa no tenia otro principio que el deseo de tenerle en la corte, se huyó secretamente á su monasterio, donde fue recibido con todas las demostraciones de alegría y de veneracion que eran tan debidas á su virtud y á su persona. Entró el Papa en aprension por esta fuga, y temiendo que algunos abusasen de su santa sencillez para excitar algun cisma, despachó inmediatamente á un camarero suyo, con el abad de Monte Casino, para que le trajesen á Roma. Tuvo el

Santo noticia anticipada de esto, y tomando consigo á uno de sus monjes, se escondió con él en un espeso bosque, donde pasó toda la cuaresma. Noticioso de que habian llegado al monasterio los que venian á buscarle de orden del Papa, se metió en una barca para pasar el mar Adriático; pero obligado por los vientos contrarios á ancorar en el puerto de Trieste, fue arrestado y conducido á Agnani, donde se hallaba á la sazón la corte pontificia. Fue célebre este viaje por la multitud de los que concurrieron de todas partes para ver al Santo, y por los muchos milagros que hizo en el camino. Atribuyendo el Papa la fuga de san Pedro á motivos muy distintos, tuvo por conveniente encerrarle en el castillo de Fumona. No se alteró la tranquilidad de nuestro Santo viéndose en estado tan diferente; antes solia decir con no menor paz que gracia: *No tengo de qué quejarme: celda queria, y celda tengo.*

No fue larga la estancia en esta nueva especie de soledad; su avanzada edad, el rigor de sus excesivas penitencias, que jamás mitigó, y la debilidad de su salud le advertian ya que no estaba distante el fin de su carrera. Y acabando de decir misa con un fervor extraordinario el día de Pentecostes del año de 1296, dijo á dos monjes de su Orden, que le hacian compañía, que ciertamente moriria dentro de la octava. Cayó malo el día siguiente, y pidió la Extremaunción, que recibió tendido en una tarima, no habiendo querido usar jamás de otra cama, y murió con la muerte de los Santos el día 19 de mayo, pronunciando aquellas palabras del último salmo de las Laudes: *Omnis spiritus laudet Dominum*: Alabe al Señor todo lo que tiene vida. Murió de casi de setenta y cinco años, á los diez y siete meses después de haber renunciado la tiara, y á los diez de su prision en el castillo de Fumona.

Mandó el papa Bonifacio que se celebrasen sus exequias con la mayor solemnidad, así en la iglesia de San Pedro, como en la de San Antonio, cerca de Ferentino, donde fue enterrado. Y continuando Dios en manifestar la santidad de su siervo con nuevos milagros, de orden de Clemente V se trabajó en el proceso de su canonización el año de 1305, y en el mismo se celebró esta el día 5 de mayo con extraordinario aparato; pues no contentándose el Papa con oficiar pontificalmente la misa, él mismo hizo un gran panegírico del Santo, y fijó su fiesta el día 19 de mayo. Venéranse sus reliquias en la iglesia de los Celestinos de la ciudad de Aquila, aunque hay tambien una porción de ellas en los Celestinos de Paris, y otras menores en diferentes iglesias.

SAN IVO Ó IVON, PRESBITERO Y ABOGADO.

San Ivo, descendiente de una familia noble y virtuosa cerca de Treguier en Bretaña, nació en el año de 1253. Su padre se llamó Aheloro, y su madre Azona. Estudió la gramática latina en su casa con una aplicacion y aprovechamiento nada comunes, y á los catorce años de su edad fue enviado á Paris, donde aprendió las artes liberales y la teología, habiéndose aplicado después al estudio del derecho civil y canónico en Orleans. Su madre no cesaba de decirle que era necesario vivir de modo que llegase á ser santo, á que siempre respondia Ivo, que así lo esperaba él de la gracia de Dios. Esta resolucion echó profundas raíces en su corazon; y la impresion que en su alma habian hecho sus respectivas obligaciones era un continuo estímulo para la virtud, y una luz que le guiaba, y desvanecia las sombras de los escollos de su carrera. El ejemplo contagioso de algunos condiscípulos licenciosos solo servia de inspirar en él mayor horror al mal, y hacer que se armase con mas valor contra aquel enemigo. La rectitud de su conducta redujo á muchos de sus viciosos pasos. Tenia todo su tiempo repartido entre el estudio y la oracion, y su recreo era visitar los hospitales, donde acompañaba con gran caridad á los enfermos, y les consolaba en la penosa situacion de sus dolencias. En los diez años que estuvo en Paris, donde habia sido enviado á los catorce de su edad, y en donde pasó los cursos teológicos y canónicos, fue siempre la admiracion de aquella universidad, tanto por lo apreciable de sus prendas, como por su piedad extraordinaria. El mismo modo de vida continuó en Orleans, donde estudió las Decretales en la cátedra del célebre Guillermo de Blaye, obispo de Angulema, y las Instituciones con Pedro de la Chapelle, después obispo de Tolosa y cardenal; pero cada dia aumentaba sus austeridades y penitencias. Castigaba su cuerpo con cilicios, absteniéndose siempre de la carne y del vino; ayunaba la Cuaresma entera y el Adviento, y otros muchos dias en el discurso del año á pan y agua; tomaba un corto descanso recostado en una estera, con un libro ó una piedra por cabecera, y no se reclinaba jamás hasta sentirse vencido enteramente del sueño.

Hizo á Dios un voto privado de perpetua castidad; pero como esto no se sabia, fueron muchos los ventajosos matrimonios que se le propusieron, y que desechó con el pretexto de ser un estado incompatible con las tareas de sus estudios. Estuvo mucho tiempo dudoso

entre sí, sobre si abrazaria la vida religiosa, ó el estado clerical; pero su deseo de servir mas proporcionadamente al prójimo le determinó á esto último. Hubiera sin duda querido nuestro Santo, llevado de su humildad, permanecer siempre con solas las órdenes menores; pero su obispo le obligó á recibir el sacerdocio, paso que le costó infinitas lágrimas, aunque no por eso dejó de prepararse á él con una pureza de corazon la mas perfecta, y con una larga y fervorosa disposicion á su recibimiento. Mauricio, arcediano de Rennes, que era antiguamente por razon de oficio vicario perpetuo del obispo, le nombró juez eclesiástico de aquella diócesis. San Ivo protegió á huérfanos y viudas, defendió á los pobres, y administró justicia á todos con imparcialidad; y su aplicacion y ternera por sus inferiores ganaban la voluntad aun de aquellos mismos que perdian sus causas. Jamás pronunció sentencia sin derramar muchas lágrimas, teniendo siempre á la vista el tribunal del Juez soberano, donde habia de comparecer él mismo algun dia como reo silencioso, que debia esperar su sentencia próspera ó adversa.

Muchos obispos á porfia quisieron tenerle por suyo: disputaron este punto, y le ganó al fin su propio ordinario Alano de Bruc, obispo de Treguier, que le obligó á dejar á Rennes. Muy presto mudó el Santo con su esmero el aspecto de toda la diócesis, y reformó su vicioso clero con su conducta. El malo le temia, el bueno hallaba en él un padre, y los grandes todos le respetaban. Aunque era juez solicitaba en calidad de dependiente el despacho de las causas en favor del pobre, á lo menos en otros tribunales; hablaba muchas veces en ellos, y visitaba á los presos en sus cárceles. Era llamado el abogado y letrado de los pobres; y una vez no pudiendo conseguir la reconciliacion de una madre y de un hijo, que litigaban entre sí implacablemente, ofreció por ellos el sacrificio de la misa, y en el mismo punto se buscaron ambos para hacer las paces. Nunca tomaba estipendio, porque su patrocinacion era gratuita. Nombróle su obispo Alano por rector de Tresdretz, y ocho años después, su sucesor Geofredo Tournemine, le hizo de Lohanec, una de las parroquias mas considerables de su diócesis, que sirvió por espacio de diez años hasta su muerte. Levantábase siempre á los Maitines de media noche, y decia misa todos los dias con increíble fervor y devocion. En su preparacion permanecia mucho tiempo postrado, absorto enteramente en la consideracion del abismo de su propia nada, y de la venerable majestad de aquel á quien iba á ofrecer su sacrificio, y la santidad de víctima tan grande. Por lo comun se levan-

taba bañado en lágrimas, que no cesaba de derramar en abundancia todo el tiempo que duraba la celebracion de los misterios divinos. Cuando aceptó el primer curato dejó los ornamentos de las vestiduras que le obligaba á llevar su antigua dignidad, y usó siempre en adelante los vestidos mas humildes que podia permitirle su estado. Sus ayunos y austeridades mas se aumentaban que disminuian, ayunando, como dijimos, en las Cuaresmas, el Adviento, las vigiliass, viernes y sábados de cada semana, sin tomar mas alimento que pan y agua. En los demás dias lo mas que añadia á su vianda era un potaje de cualquiera legumbre ó yerba, y un par de huevos en las festividades grandes del año. Las lágrimas corrian indeliberadamente de sus ojos siempre que hablaba de cosas espirituales, que eran por lo comun el objeto de todos sus discursos; y era tal la energía de sus expresiones y palabras, que penetraba sin resistencia los corazones de sus oyentes. Predicaba muchas veces en las iglesias distantes, además de la suya propia, y muchas veces tres, ó cinco en un mismo dia. Todas las disputas se remitian á él, y el Santo tomaba á su cargo poner á las partes en paz. Erigió una casa junto á la suya para hospital de pobres y de enfermos; lavaba sus piés, limpiaba sus llagas, les servia á la mesa, y comia después lo que á ellos habia sobrado. Distribuia su trigo, ó el precio á que le vendia, á los pobres en el tiempo mismo de la cosecha; y persuadiéndole cierto codicioso á que le conservase algunos meses, para que pudiese sacar mas precio de su venta, le respondió: *Yo no sé si entonces estaré aun vivo para repartirlo.* En otra ocasion le dijo el mismo sugeto: *Yo he ganado la quinta parte mas por haber guardado mi grano.* — *Pues yo,* replicó el Santo, *he ganado ciento por haber salido pronto de él.* No teniendo en cierta ocasion mas de un pan en su casa, mandó que se lo diesen á un pobre; pero quejándose de este mandato su mayordomo, no le dió mas que la mitad al pobre, y al mismo que se quejaba la otra mitad, sin reservar para sí parte alguna de él. Jamas le faltó en estos lances la divina Providencia. En la Cuaresma del año de 1303 sintió ya sus fuerzas decaidas, y que diariamente se debilitaban mas y mas; pero lejos de moderar sus austeridades, se juzgó obligado á doblar su fervor á proporcion que iba acercándose á la eternidad. La víspera de la Ascension predicó á su pueblo, dijo misa, sostenido de dos personas, y dió sus consejos á cuantos se acercaron á consultarle. Pasado este dia cayó en cama, que era una especie de estera, ó tarima, tejida de mimbres, y recibió los últimos Sacramentos. Desde aquel momento solo con Dios fue toda su comu-

nicacion, hasta que fué su alma á tomar posesion feliz de la gloria que le habia esperado. Sucedió su muerte en 19 de mayo de 1303, á los cincuenta de su edad. La mayor parte de sus reliquias se conserva en la catedral de Treguier. Fue canonizado san Ivo por Clemente VI en el año de 1347, y su festividad se celebra en varias diócesis de Bretaña.

La Misa es en honra de san Pedro Celestino, y la Oracion la siguiente:

Deus, qui beatum Petrum Coelestium ad summi Pontificatus apicem sublimasti: quique illum humilitati posponere docuisti: concede propitius; ut ejus exemplo, cuncta mundi despiciere, et ad promissa humilibus praemia pervenire feliciter mereamur: Per Dominum nostram Jesum Christum...

Ó Dios, que sublimaste á la cumbre del sumo pontificado al bienaventurado Pedro Celestino, y después le enseñaste á posponer á la humildad aquella elevacion; concédenos benigno, que á su imitacion despreciemos todas las cosas del mundo, y merezcamos conseguir los premios que están prometidos á los humildes. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epistola es del capitulo XLIV y XLV del Eclesiástico, pág. 99.

REFLEXIONES.

Este es el gran sacerdote que agradó á Dios durante su vida. Solo fue grande porque agradó á Dios mientras vivió; cualquiera otra idea de grandeza es equivocada. El nacimiento ilustre da gran nombre; las riquezas gran crédito; las bellas y grandes acciones mucha fama; los empleos gran reputacion, y las dignidades puesto elevado; pero hablando con propiedad, nada de esto da la verdadera grandeza. El nombre se queda en los archivos, ó á lo mas en unos pergaminos viejos; el crédito se pierde con el dinero; la fama se borra, se olvida, y se llega á extinguir con el tiempo; las dignidades y los empleos pasan sucesivamente de unos á otros como se le antoja al príncipe; y el mismo príncipe se ve despojado de todo su majestuoso aparato, enterrándose con él la grandeza y la majestad en el sepulcro. Hagamos ahora ver en el mundo dónde está la solidez y la estabilidad de esas imaginadas grandezas que tanto cacarea. Se puede gozar gran nombre, grande equipaje, grandes rentas, gran dignidad sin ser grande; porque la grandeza, hablando en rigor, debe ser cualidad inherente á la persona. ¿Dónde está la grandeza sin mérito? ¿dónde está el mérito sin virtud? Grandeza que se hunde y se desvanece con la vida, no es grandeza, no merece este nombre; es una grandeza imaginaria, que solo subsiste en el lisonjero concepto, y

en la vana fantasía de los hombres. Solo Dios es grande, y solo con respecto á Dios se ha de medir toda la humana grandeza. El mas pobre labrador es verdaderamente grande siendo santo. Los siervos de Dios no necesitan de empleos ni de dignidades para ser grandes; válos á buscar la grandeza en sus mayores abatimientos, en su humildad mas profunda. Eminencias, excelencias, grandezas, títulos pomposos, respetables dignidades, tronos augustos, decidme: ¿pasáis mas allá de la muerte? ¿Se da mucho valor á vuestros derechos en el otro mundo? Desengañémonos; este privilegio solo es debido á la virtud cristiana; solo la santidad goza este derecho; á ella rinden homenaje los grandes de la tierra. Sea santo un pobre criado, un vil esclavo; postraráse á sus piés el mayor monarca del mundo; tendrá por dicha poner debajo de su proteccion á su persona, á su casa y á su reino. *Agradó á Dios.* No se dice nació de ilustre familia, obtuvo grandes dignidades, ocupó elevados puestos, fue señalado por su singular penetracion, distinguióse por su vivacidad, por su juicio recto y sólido, fue espléndido en la mesa, magnífico en el tren, no se vió prelado mas ostentoso, ni ministro mas lucido. El Espíritu Santo usa otro lenguaje; Dios juzga las cosas de otra manera. *Agradó á Dios.* Esto fue lo que hizo tan grande á este Pontífice; repartió grandes limosnas; en esto consistió su verdadera grandeza. Todos convienen en esta verdad; pero ¿cuándo llegará el tiempo de conformarse con ella?

El Evangelio es del capitulo XIX de san Mateo.

In illo tempore dixit Petrus ad Jesum: Ecce nos reliquimus omnia, et secuti sumus te: quid ergo erit nobis? Jesus autem dixit illis: Amen dico vobis, quod vos, qui secuti estis me, in regeneratione, cum sederit Filius hominis in sede majestatis suae, sedebitis et vos super sedes duodecim, judicantes duodecim tribus Israel. Et omnis qui reliquerit domum, vel fratres, aut sorores, aut patrem, aut matrem, aut uxorem, aut filios, aut agros, propter nomen meum, centuplum accipiet, et vitam aeternam possidebit.

En aquel tiempo dijo Pedro á Jesús: Mira, Señor, como nosotros lo hemos dejado todo, y te hemos seguido: ¿qué será, pues, de nosotros? En verdad os digo, les respondió Jesús, que vosotros que me seguís, en la resurreccion universal cuando se siente el Hijo del Hombre en el trono de su majestad, os sentaréis vosotros sobre doce sillas á juzgar las doce tribus de Israel; y todo aquel que por mi nombre dejare su casa, hermanos ó hermanas, padre ó madre, mujer, hijos ó posesiones, recibirá el premio centuplicado, y poseerá la vida eterna.

MEDITACION.

Sobre los varios sucesos de la vida.

PUNTO PRIMERO.— Considera que nuestra vida está llena de diferentes sucesos, que forman todo su fondo, y componen, por decirlo así, la serie de su constitucion ó economía. Son pocos los dias perfectamente serenos. Y sin traer ahora á la memoria aquellos accidentes de la infancia, en los cuales nos asistió singularmente la divina Providencia, paremos únicamente la consideracion en tanta multitud y variedad de sucesos como acompañan igualmente el destino de los grandes y de los pequeños, de los ricos y de los pobres, de la gente mas oscura, y de la que mas brilla en esos grandes teatros. ¡De cuántos malos pasos, de cuántos barrancos, de cuántas quiebras están llenos todos los caminos! ¡Buen Dios! ¡qué continua vicisitud en lo alto y en lo bajo! ¡qué monton de revoluciones en la vida de los mas dichosos del siglo! Aquel estaba veinte años há en la cima, en la cumbre del favor, y hoy gime abatido y olvidado en un oscuro rincon, sin otra prenda de lo pasado, que la desconsolada memoria de sus raras aventuras. ¿Cuántos están mendigando el dia de hoy la gracia y la proteccion de aquellos mismos á quienes ellos hicieron hombres? ¿cuántos están dependientes de los mismos que les deben á ellos su fortuna? De tantas casas grandes como hacen papel en la historia, ¿cuántas hay de las cuales no nos ha quedado mas que el nombre? Sus posesiones, sus cargos, sus dignidades pasaron á los extraños, y hasta el nombre se confundió, trasladándose á otras familias. ¿Cuántos ricos comerciantes estamos viendo cada dia que vienen á parar en ser deudores de los que fueron sus mancebos, sus factores, ó sus comisionistas? Apenas acaba aquel de alhajar una casa, apenas acaba el otro de comprar una hacienda, cuando se ve precisado á cederla á un acreedor. Un naufragio, una pérdida, un incendio, una bancarrota, un pleito que se perdió, da en tierra con toda una opulenta familia. La amistad que parecia mas invariablemente cimentada, quiebra, falta, se desmiente. El parentesco mas estrecho se desconoce cuando se atraviesan la pasion, la ambicion, ó el interés. La estimacion y la amistad siguen á la fortuna. Un accidente, una enfermedad basta para que muden de semblante los mas celosos cortesanos. Fuera de eso, ¡qué tristes, qué enfadosos incidentes en las familias mas dichosas! Son pocos los hijos que tarde ó temprano no llenen de pesadumbres á sus padres. Y ¿cuántos ma-

trimonios hay felices? Pero aun entre los mas iguales, entre los mas unidos, ¡qué de disgustos! ¡qué de desazones por acaecimientos tan extraños como invariables! Busca en el mundo una condicion exenta de molestias y de cuidados: imagina algun estado que esté á cubierto de los dolorosos accidentes de la vida. Dentro de nosotros mismos tenemos un terreno fecundo de tribulaciones y de inquietudes, que van creciendo al paso de los años. De esa manera, mi Dios, con admirable sabiduría quereis hacernos conocer, hacernos palpar, que verdaderamente vivimos en un lugar de destierro, y que no tenemos que esperar ni consuelo ni felicidad sino en el cielo, nuestra dulce y nuestra amada patria.

PUNTO SEGUNDO.—Considera que es locura pretender ser dichosos en la tierra: solo Dios nos puede hacer felices. Pero ¡ah! y ¡cuánto perdemos en no aprovecharnos á lo menos de los tristes accidentes de esta vida! Ninguno hay de que no podamos sacar mucho provecho, y se puede asegurar que con este fin los dispone Dios, ó los permite. No hay medio mas eficaz para desprender del mundo nuestro corazon, para que nos causen disgusto y tedio todas sus cosas. Esas amargas que mezcla Dios en todos los gustos de esta vida, pueden servir maravillosamente para desvanecer las ilusiones de que están preocupados los mas en orden al servicio de Dios, persuadiéndonos una verdad que nos importa infinito conocer. Esta es que no hay en el mundo otra verdadera felicidad que la de vivir una vida verdaderamente cristiana. No todos son llamados al estado religioso; pero todos tienen obligacion de santificarse dentro de su propio estado. Los mayores contratiempos y los mas funestos reveses de la vida contribuyen mucho para estimar mas la que es verdaderamente ajustada á las leyes de la Religion; porque esta sola enseña el secreto de no sentir los sinsabores que causan de suyo aquellos accidentes. Ni los monarcas mas poderosos lo son para impedir que nazcan las cruces sobre el mismo real trono, habiéndolas sembrado Dios en todas partes. Solo la virtud cristiana sabe aligerar su peso y embotar sus puntas. Ella sola, auxiliada de la divina gracia, tranquiliza el espíritu, dilata el corazon, desvanece los espantos, disipa los temores, y hace gustar á la alma cierta alegría pura, que es como precursora de la que gozan los bienaventurados en el cielo. Zúmbense en buen hora los disolutos; búrlense muy á su salvo con inculsas chocarrerías de la modestia, de la circunspeccion, de la vida arreglada, penitente y retirada de los virtuosos y de los timoratos:

que quieran que no quieran les han de tener envidia. Ellos solos son los dichosos en el mundo, á pesar de todos los contratiempos que les puedan suceder.

Asistidme, Señor, con vuestra gracia para que tome el gusto á estas verdades prácticas, y las palpe de manera que me sepa aprovechar de todos los infortunios, experimentando en mí mismo los consuelos que aun en este mundo trae consigo la vida cristiana y virtuosa.

JACULATORIAS. — ¡Ó Señor! ¡y qué consuelos teneis reservados para los que os aman y os temen! (*Psalm. xxx*).

Fuera de Vos, Señor, ¿qué puedo, ni qué debo desear en el cielo, ni en la tierra? (*Psalm. lxxii*).

PROPÓSITOS.

1 Los que en el mundo se llaman estados, no son en rigor mansiones fijas; son únicamente ciertas sendas, ciertos caminos que toma cada uno para llegar al término de la vida, que es la eternidad. En cada uno de estos caminos hay sus malos pasos. Todo camino es áspero, quebrado, desigual, y no hay que buscarle ni mas llano, ni mejor. Es, por decirlo así, esta vida una continua navegacion en un mar borrascoso, lleno de escollos, sujeto á muchas tempestades. Son en él frecuentes y furiosos los golpes de viento; cuando uno está engolfado en alta mar, necesita abrigarse en algun puerto; rara vez se camina á vela tendida, y casi siempre es menester navegar á fuerza de remo. Todas las costas son peligrosas, y los escollos que se ignoran son mas temibles que los que ya se conocen. Todo esto quiere decir, que en esta vida es preciso preparar el ánimo á muchos sucesos, casi todos desabridos, y pocos de gusto. Resuélvete, pues, no ya á evitarlos todos, que seria un empeño tan ocioso como vano, sino á aprovecharte de todos para caminar al cielo. Sobre todo guárdate bien de quejarte ó de murmurar de la divina Providencia: algun dia sabrás que nada te sucedió que no fuese dirigido á facilitarte tu eterna salvacion.

2 Considerando los adversos acasos de la vida como señales que te da Dios de su particular amor, no solo no has de quejarte, sino que debes rendirle muchas gracias por ellos. Ese contratiempo que te parece tan desgraciado, era necesario para desprenderte del mundo. Créeme, que sola esta consideracion podrá endulzar los trabajos, convirtiéndolos en grande provecho tuyo.

DIA XX.

MARTIROLOGIO.

SAN BERNARDINO DE SENA, del Órden de Menores, en Aquila, ciudad del Abruzzo, el cual con su predicacion y ejemplo ilustró á la Italia. (*Véase su vida en las de hoy*).

EL TRIUNFO DE SANTA BASILA, vírgen, en Roma en la via Salaria, la cual, descendiendo de sangre real, y habiéndose desposado con un personaje muy ilustre, no quiso casarse con él; y acusada por él mismo de que era cristiana, fue sentenciada por el emperador Galieno á casarse con él, ó á ser degollada; y habiéndole intimado la sentencia, respondió que tenia por esposo al Rey de los reyes, por lo cual inmediatamente la pasaron con una espada (*por los años de 289*).

SAN BAUDELIO (ó Baudilio), mártir, en Nimes de Francia, quien habiendo sido preso porque no queria sacrificar, se mantuvo constante confesando á Jesucristo en medio de los azotes y tormentos, y recibió la palma del martirio con una preciosa muerte. (*Véase su vida en el dia de hoy*).

LOS SANTOS MÁRTIRES TALALEO, ASTERIO, ALEJANDRO Y SUS COMPAÑEROS, en Edesa de Siria, los cuales padecieron en tiempo del emperador Nume- riano.

SAN AQUILA, mártir, en la Tebaida, el cual fue descarnado con peines de hierro por confesar á Jesucristo, (*imperando Diocleciano*).

SAN AUSTREGISILO, obispo y confesor, en Bourges de Francia. (*Antes de abrazar el estado eclesiástico, contestó á sus parientes, afanados en casarle, las siguientes y memorables palabras: «Si yo alcanzaba tener una buena esposa, temería perderla; y si mala, sentiria no poder deshacerme de ella».* Murió en el año 624).

SAN ANASTASIO, obispo, en Brescia.

SAN TEODORO, obispo, en Pavía.

SANTA PLAUTILA, en Roma, matrona consular, madre de santa FLAVIA DOMITILA, la cual fue bautizada por el apóstol san Pedro. (*Asistió al martirio de san Pablo, de cuyo apóstol era muy estimada*), y esclarecida en virtudes, murió en paz (*por los años de 66*).

SAN BERNARDINO DE SENA, DEL ÓRDEN DE SAN FRANCISCO.

San Bernardino, uno de los astros mas resplandecientes del Órden de san Francisco, y uno de los mas brillantes ornamentos de su siglo, fue de la ilustre familia de los Albiceschis de Sena en Toscana. Su padre Tollo, y su madre Nera, mas ilustres por su piedad que por su nobleza, pedian á Dios con instancias les diese un hijo, poniendo por intercesora á la santísima Virgen. Oyó el Señor sus oraciones, y les concedió el hijo tan deseado, que salió á luz el dia de la Natividad de la misma Señora, 8 de setiembre del año de 1380. Na-

ció en Masa, ciudad del estado de Sena, de que era bailío el señor Tollo. Perdió á su madre siendo de edad de tres años, y á su padre cuando solo contaba seis; por lo que quedó bajo la tutela de una tia suya materna, llamada Diana, señora de gran virtud, que dedico el mayor cuidado á darle una buena educacion, y sobre todo á inspirarle desde luego el santo temor de Dios y una singular devocion á la santísima Virgen. No la costó esto algun trabajo, porque el genio, las inclinaciones y la índole del niño Bernardino, naturalmente le llevaban hácia lo bueno. No tenia mayor diversion que estarse en la iglesia, hacer altares y oir sermones, los que repetia después con tanta gracia, que todos admiraban desde entonces el bello talento que mostraba para el púlpito. En la hermosura de su semblante se leia el candor y la pureza de su alma. Estaba dotado de excelente ingenio; el rostro siempre sereno y apacible; brillaba el pudor en su semblante; los modales gratos, y naturalmente cortesanos, le hacian no menos amable que admirable á cuantos le conocian.

Siendo de once años le llevaron á Sena sus tios paternos Cristóbal y Ángel Albiceschi, donde le dieron maestros que le instruyesen en las ciencias. Allí aprendió la gramática y letras humanas, siendo su maestro Onufro, y de la filosofía Juan de Espoleto, que no acertaban á dejar de elogiarle, enamorados de su hermosura, de su ingenio, de su aplicacion y sobre todo de su virtud.

Dejábase conocer en todas sus operaciones la inocencia y la pureza de sus costumbres. Si se descuidaban sus compañeros en alguna palabra menos compuesta, al punto se llenaba de un virginal empaque su semblante. Hacíase respetar por su virtud, aunque tan mozo: su modestia contenia á los mas libres, y en su presencia no se oía conversacion menos honesta. *Bernardino viene*, se decian unos á otros los jóvenes, si tal vez se desahogaban en discursos algo libres.

Acabado el curso de filosofía, estudió teología y el derecho canónico, haciendo tantos progresos en la primera facultad, que fue uno de los mas hábiles teólogos de su siglo. Al paso que se hacia mas sabio, se hacia mas santo. No ignorando que la inocencia se alimenta y se conserva con la mortificacion, desde edad de quince años se entregó al ejercicio de espantosas penitencias. Ayunaba tres veces á la semana; usaba el cilicio casi todos los dias; se acostaba vestido sobre la tierra desnuda; dormia poco para orar mucho; y acechándole algunos compañeros, observaban que despedazaba su inocente cuerpo con crueles azotes, sirviéndose algunas veces de un manajo de ortigas.

Al paso que crecía su fervor, crecía también su tierna devoción á la santísima Virgen. Estando un día con una de sus primas, viuda joven de eminente virtud, se despidió de ella, diciendo que iba á visitar á una dama de un mérito sin igual, de incomparable hermosura, y á quien amaba con pasión. Admirada la virtuosa señora de semejante confianza, le dijo no sin sobresalto: Pues qué, primo, ¿un mozo de tu virtud también se anda visitando damas! Y como que sí, respondió el Santo sonriéndose; tanto, que me retiraría á casa con poco gusto, si dejase un día de rendir mis respetos al dulce objeto de mi continuo cortejo. No replicó la prima, y despidióse Bernardino; pero presto se sosegó la virtuosa señora, porque saliéndose tras de él, y observándole de lejos, vió que entraba á hacer oración delante de una imagen de la santísima Virgen, que se veneraba en una capilla extramuros de la ciudad, á donde concurría infaliblemente todas las noches con grande edificación del pueblo.

Disgustado del mundo, aun antes que le pudiese conocer, á los diez y siete años de su edad se alistó en la congregación *de los penitentes de la Virgen*, fundada en Sena en el hospital de la Escala, y muy célebre por los grandes personajes que entraban en ella. Eran muy del gusto de nuestro Santo los ejercicios de caridad y las obras de misericordia en que se empleaba aquella devota congregación en favor de los pobres enfermos, como también las grandes penitencias que se practicaban en ella. Viéndose por este medio con alguna mayor libertad, soltó la rienda al ímpetu de sus fervores; pero en ninguna cosa acreditó mas su heroica virtud que en los grandes ejemplos de caridad con que edificó á todos en aquel santo hospital, durante la peste que por espacio de cuatro meses afligió á la ciudad de Sena. Ni de día ni de noche se apartaba de la cabecera de los enfermos; servíalos, consolábalos, enterrábalos, y aunque morían á bandadas entre sus manos, no contrajo el contagio; hasta que habiendo cesado la peste, rendido á las fatigas de su ardiente caridad, cayó malo en casa de una tia suya, muy virtuosa y muy anciana, que años habia estaba ciega y paralítica, empleando después la convalecencia en asistir con el mayor amor y desvelo á esta pobre enferma; sin querer dejarla hasta que espiró.

Libre ya Bernardino de este cuidado, se retiró á una casa de los arrabales de Sena para vivir distante del bullicio, entregado á la soledad y á la oración. En ella hizo un oratorio, y se prescribió por límites de su clausura las paredes de la huerta que él mismo cultivaba por sus manos. Pero considerando que el religioso ligado con

sus votos hace grandes ventajas al solitario, que se gobierna en todo por su propia voluntad, resolvió abrazar un estado tan perfecto. Escogió el convento de San Francisco, de la estrecha observancia, fundado ya en Sena, por ser de aquella célebre reforma que habia resucitado el primitivo espíritu de su santo Fundador, y haciendo profesion de seguir la primitiva regla á la letra, habia vuelto a encender el primer fervor en aquel sagrado cuerpo, renovando en la posteridad los grandes ejemplos de pobreza evangélica, desasimiento y desnudez; los prodigios de penitencia y de rigor; los maravillosos efectos del celo y de la magnanimidad; en una palabra, aquella elevada idea de perfeccion y de santidad que habia admirado el mundo en los primeros Padres. A esta sagrada religion se retiró Bernardine a los veinte y dos años de su edad, siendo recibido en ella luego que se presentó, y fue enviado al convento de Colombiere para tener en el su noviciado. Como ya habia arribado á tan eminente grado de perfeccion, desde el primer dia fue respetado por modelo, causando admiracion que pudiese traer del siglo tanta inocencia, acompañada de tan sólida virtud.

Concluido el año del noviciado, hizo los votos religiosos el dia 8 de setiembre, consagrado á la Natividad de la santísima Virgen, dia en que nació, dia en que entró en la religion, dia en que profesó, y dia en que el año siguiente dijo la primera misa. Léos de entibiarse el fervor que mostró en su noviciado, cada dia se encendia mas. Todos estaban continuamente asombrados á vista del rigor con que trataba á su inocente cuerpo. No hubo hombre que le excediese en amar los desprecios, los desaires, los insultos y las humillaciones; permitiendo Dios, que cada dia encontrase algunas nuevas, especialmente por parte de sus deudos, que no podian llevar en paciencia el que hubiese abrazado aquel género de vida.

Conociendo los superiores sus grandes talentos, no consintieron que estuviese escondida por mas tiempo aquella brillante antorcha. Por mas que representó y que suplicó le dejasen estudiar primero á los piés del Crucifijo las grandes verdades de la Religion, se vio precisado á romper el silencio. Enviáronle á predicar á Milan; y luego que le oyeron en el púlpito no se hablaba en la ciudad de otra cosa que de la santidad y de la elocuencia del nuevo predicador, pero sobre todo de las portentosas conversiones que hacia.

Conoció entonces que el Señor le llamaba al ministerio de la predicacion; y como se hallase con la lengua naturalmente gruesa y tarda, pidió á Dios que se la desembarazase, dándole facilidad en

hablar. Fue oida su peticion, y al punto sintió una milagrosa expedicion en la lengua, tanto, que no se ha visto voz mas apacible ni mas sonora, lengua mas expedita ni mas clara, elocuencia mas eficaz ni mas persuasiva. No era menester menos para predicar con fruto en un tiempo en que se lloraba extendida por toda Italia la corrupcion de las costumbres; y sostenida la licencia por los bandos y por las parcialidades, triunfaba impunemente la disolucion. No se veia en todas partes mas que engaños, usuras, enemistades, rencores, homicidios, desórdenes, y entronizada la impureza. Habia penetrado la disolucion hasta en el lugar santo, y ni aun las casas religiosas estaban exentas de la relajacion. Contra estos monstruos tenia que combatir nuestro Santo; atacólos, y los desbarató.

Desde el Milanés fue llamado á la Toscana. Predicó algun tiempo en Sena con el mismo fruto; y desde allí fué á hacerle igual en Placencia, Bérgamo, Brescia, Verona, Vincencia, Venecia, Mantua. Ferrara, Bolonia, Regio, y Módena. Desde los Apóstoles no se habia visto predicador mas poderoso en obras y en palabras. No se hablaba en toda Italia sino de los portentosos frutos de su predicacion. de conversiones milagrosas, de monasterios reformados, de vocaciones al estado religioso, de abusos suprimidos, y de una general mudanza de costumbres. Raro sermon dejaba de ser interrumpido con las lágrimas, sollozos y alaridos de todo el auditorio; ninguno en que no se viese alguna insigne reconciliacion; ninguno que no hiciese mudar el semblante á toda la ciudad. Los usurpadores de la hacienda ajena corrian apresurados á sus piés, y arrojaban á ellos el dinero para las restitutiones; en la misma iglesia se buscaban unos á otros los mas mortales enemigos, se abrazaban tiernamente, y se pedian perdon; los avarientos derramaban en limosnas sus tesoros. Vióse como sujetado el furor de las facciones de güelfos y gibelinos. que tenia puesta en combustion toda la Italia; destruidas las casas públicas de disolucion; fundados muchos hospitales; la profanidad reformada; la frecuencia de Sacramentos restablecida, y en menos de diez años fue universal en toda Italia la reformacion de las costumbres.

Con el fin de que gozasen tambien otros de este nuevo Apóstol, le nombró su general comisario de la Tierra Santa, á donde pasó. y fue guardian del convento de Belen. En todas partes era milagroso su celo, y habiendo restituido en Oriente el primitivo fervor, le volvieron á llamar á Italia las necesidades de la Europa. Fuele forzoso volver á Venecia, recorrer de nuevo toda la Lombardia, la Roma-

nía, la Toscana; y después de haber predicado como apóstol en Florencia, en Luca, en Perusa, en Arezo, en Asis, en Espoleto, y en algunas otras ciudades de la Umbría y de la marca de Ancona, en todas partes con el mismo fruto, le fue ordenado por sus superiores que pasase á ejercitar este ministerio en Roma, siendo aquella capital del mundo el nuevo teatro donde brilló con mas esplendor la virtud del siervo de Dios.

El obrador de todas estas maravillas, como lo decia él mismo, era el grande amor que profesaba á Jesús, no siendo fácil que otro alguno le excediese en el fervor y en la ternura con que amaba al Salvador del mundo. Siempre que celebraba el santo sacrificio de la misa, la inflamacion del semblante, y las perennes lágrimas que deramaba después de la consagracion, eran el mejor testimonio del fuego celestial en que se abrasaba. Tenia el dulce nombre de Jesús profundamente grabado en el corazon; y así no es de admirar que jamás se le cayese de la boca, sabiendo que no hay debajo del cielo otro nombre en cuya virtud los hombres sean salvos, ni tampoco otro Salvador que Jesús. Con este santo nombre estaban sazonzados todos sus sermones, todas sus conversaciones familiares y todas sus obras. Llevaba pendiente del cordon una tablita en que estaba pintado el dulcísimo nombre de Jesús, y la mostraba al pueblo para animar su confianza. Eran eficaces sus oraciones, porque todo lo pedia en virtud de este santo nombre.

A vista de las portentosas conversiones, y de las demás maravillas que obró en Roma, se armó todo el infierno contra él. Cargáronle de injurias y de calumnias. No hallando que decir contra sus virtudes, gritaron contra su doctrina. Acusáronle delante del Papa de que enseñaba errores, y daba en excesos, con pretexto de extender la devocion al nombre de Jesús. Sentian mal algunos de la facilidad con que trataba á los pecadores, y delataron la blandura con que los absolvía, y los admitia á la penitencia.

Quiso el papa Martino V que se defendiese; leyó con el mayor gusto su apología, y satisfecho de sus razones y de su proceder, le abrazó tiernamente, exhortándole á derramar por todas partes el fruto de su celo. Pocos dias después de su justificacion fue nombrado para el obispado de Sena; pero pudo mas su profunda humildad que los deseos de todo los cardenales y del mismo sumo Pontífice. Clamaban por él mucho tiempo habia las ciudades de Génova, Savona y Arbenga: partió á ellas; y quedaron convertidos los mas inveterados pecadores. Iba á dar principio á otra mision en Milan cuando

vacó el obispado de Ferrara. Parecióle al nuevo pontífice Eugenio IV que no podría encontrar sugeto mas á propósito para aquella mitra, y le concedió á los ansiosos deseos del pueblo y del clero; pero jamás fue posible lograr el consentimiento de Bernardino, y el Papa cedió en fin á sus lágrimas y ruegos.

Las fatigas apostólicas no moderaban sus penitencias. Predicaba muchas veces al día, y no por eso se dispensaba en sus vigiliass y ayunos. Apenas se puede concebir cómo un hombre era capaz de obrar tantas maravillas sin rendirse al peso del trabajo. Además de sus continuas misiones y apostólicas correrías, nos dejó escritos excelentes tratados y obras espirituales; como los tratados *de la Religión cristiana; del Evangelio eterno; de la Vida de Jesucristo; del Combate espiritual; de Meditaciones*, con título de *sermones*, donde descubre aquella tierna y profunda devocion que era en parte el carácter de su alma.

Cuando pasó á Roma el emperador Sigismundo quiso que Bernardino le acompañase, y que asistiese á la ceremonia de su coronacion. Repitieronse nuevos esfuerzos para obligarle á ser obispo, queriendo el Papa que aceptase el obispado de Urbino; pero se mantuvo inmóvil en su primera resolucion, siendo este el tercer triunfo que consiguió de los que estaban tan empeñados en elevarle á las dignidades eclesiásticas. Con todo eso no se pudo negar á aceptar el cargo de vicario general de todos los conventos de la observancia; empleo importante, que abrió nueva carrera á su celo, porque restituyó el primitivo fervor en muchos conventos de religiosos y religiosas que habían comenzado á aflojar. Hizo asombroso fruto en el reino de Nápoles, donde su monarca Renato le queria detener, cuando recibió un mandato del Papa para que volviese á Toscana, y se hallase presente en el concilio que se habia trasladado de Ferrara á Florencia. Allí tuvo nuestro Santo el gran consuelo de ver reunida la Iglesia griega con la latina; predicó á los griegos en su misma lengua, y aunque la ignoraba, habló con tanta elegancia, que los mismos griegos quedaron asombrados.

No solo tenia Bernardino el don de lenguas; tambien tenia el de milagros. En Mantua atravesó un gran lago con su compañero, navegando encima del manto; muchos enfermos se hallaron de repente sanos solo con tocar su hábito; pero aunque fue grande el número de sus milagros, el mayor de todos fueron las portentosas conversiones que hizo. Cuando tomó el hábito no se contaban en toda Italia mas que veinte conventos de la observancia, y en ellos á lo mas

doscientos frailes; cuando murió pasaban los religiosos de seis mil, y los conventos de trescientos en sola Italia.

No obstante de hallarse ya con la salud muy quebrantada por sus continuas fatigas y excesivas penitencias, fué á predicar á Ferrara, Verona, Vincencia, Padua, Mantua, Lodi y Cremona. Advertido sin duda por el cielo del dia de su muerte, se despidió de los de Sena en un sermón muy tierno y muy patético. Partió de esta ciudad el dia 29 de abril de 1444 para volver al reino de Nápoles. Eran misiones sus viajes: el dia 3 de mayo predicó en la isla del lago de Perusa; ocho dias después en Espoleto; el jueves siguiente en Citta Ducale. Habia tiempo que se sentia muy malo, pero el celo suplía la debilidad; al fin se rindió á la cama. Condujéronle á Aquila, donde cuatro dias después, exhausto de fuerzas á causa de fatigas y de penitencias, colmado de merecimientos, y consumido por el fuego del divino amor, después de recibir todos los Sacramentos con sensible y tierna devocion, espiró tranquilamente, pronunciando los dulcísimos nombres de Jesús y de María, el dia 20 de mayo del año 1444, víspera de la Ascension, al mismo tiempo que sus frailes estaban cantando la antífona de las Vísperas: *Pater, manifestavi nomen tuum hominibus*, etc. Padre, dí á conocer á los hombres tu santo nombre, y ahora voy á tí. Murió á los sesenta y cuatro años de su edad.

La noticia de su muerte hizo concurrir al entierro innumerable multitud de gente, así de la ciudad como de los pueblos de la comarca. Por los muchos milagros que obró en vida, y por los que se continuaron en su sepulcro después de su muerte, se clamó con instancias por su canonizacion. Comenzáronse las informaciones en tiempo de Eugenio IV, que habia sido testigo de sus virtudes; continuáronse en el de Nicolao V, su sucesor, á diligencia de san Juan Capistrano, discípulo de san Bernardino; y en el año de 1449, cinco después de su muerte, celebró solemnemente el Papa su canonizacion el mismo dia de Pentecostes con grande aparato. El de 1481 fue colocado el santo cuerpo en una urna de plata que habia enviado el rey de Francia Luis XI. Los religiosos observantes de san Francisco veneran con razon á san Bernardino como su segundo fundador.

SAN BAUDILIO Ó BAUDELIO, MÁRTIR, LLAMADO EN VULGAR
CATALAN SAN BOY.

Este Santo fue francés de nacion. Aconteció que consagrando cierto dia san Enutrio una iglesia, vió Baudilio luz del cielo milagrosa-

mente derramada por ella, y la mano del Señor que le bendecía, y desde entonces tuvo por divina disposicion grandes deseos de recibir martirio. Habíanse apoderado entonces los godos de la Galia dicha Gótica, los cuales siendo Arrianos dieron en perseguir á los Católicos.

Entendido esto por Baudilio fué á Nimes, ciudad muy nombrada de dicha provincia; y como comenzase allí á reprender los errores de los herejes, fue preso, y luego atormentado de diversas maneras con inaudita crueldad. Viendo los enemigos la constancia del Mártir en la fe, degolláronle, y su santa ánima acompañada de muchos Ángeles se fué á gozar de la patria celestial. Se conjetura que acaeció su santa muerte cerca de los años del Señor 452, imperando Marciano.

Plugo al Señor hacer célebre el martirio de nuestro Santo con un grande milagro, cual fue que la sangre salida de su cuerpo al degollarlo se convirtió en leche, y derramada encima de los enfermos curó á muchos de sus enfermedades.

El breviario de Barcelona dice de este bienaventurado Mártir que es obispo.

Fue sepultado por los Cristianos en la misma ciudad de Nimes, y encima de su sepulcro edificada una iglesia, donde Dios por su intercesion ha obrado grandes milagros. (*Domenech*).

La Misa es en honor de san Bernardino, y la Oracion la que sigue:

Domine Jesu, qui beato Bernardino confessori tuo eximium sancti nominis tui amorem tribuisti: ejus, quaesumus, meritis, et intercessione spiritum nobis tuae dilectionis infunde: Qui vivis et regnas in secula seculorum. Amen.

Señor Jesús, que concediste á tu bienaventurado confesor Bernardino un amor tan grande á tu santo nombre; por sus méritos é intercesion te suplicamos que infundas en nuestros corazones el espíritu de tu divino amor: que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amen.

La Epístola es del capitulo xxxi del Eclesiástico, pág. 218.

REFLEXIONES.

Bienaventurado aquel que no corrió tras del oro, ni puso su esperanza en la plata, ni en los tesoros. ¿Quién es este, y le alabaremos, porque hizo maravillas en su vida? A la verdad, es el dia de hoy tan universal la codicia, que con razon le pareció al Sabio especie de prodigio si se hallase un hombre que no colocase su esperanza en los tesoros. La avaricia reina en todos los estados; tanto en el ecle-

siástico como en el secular, y á veces mucho mas el sacerdote que el lego, son esclavos de esta abominable pasion. A todos los corazones extiende su imperio, y lo mismo es dominarlos que cegarlos. ¡Cuántos arrepentimientos excusaria un poco de reflexion sobre la calidad de esta dolencia! pero entre todas las pasiones, la mas ignorada del mismo que está tiranizado de ella, es la pasion de las riquezas. La avaricia es la que menos se conoce. Ninguno hasta ahora ha confesado; ni aun ha conocido que es avariento. Unos disfrazan la avaricia con nombre de economía, otros con el sobrescrito de gobierno y de prudencia; algunos la cubren con el honrado manto de moderacion y de modestia, y muchos quieren persuadir que es necesidad. Avergüénzase de sí misma esta villana pasion; es tan irracional y tan odiosa, que no tiene cara para dejarse ver con su verdadero nombre. El mismo verse notado de ella causa empacho.

Con efecto, ¿quién dejará de reconocer alguna y aun mucha debilidad de cabeza en la desordenada codicia? Agarrar á todas manos, amontonar dinero sobre dinero, hacer un gran caudal á costa de sus ahorros, y con esto estar continuamente hambreado, hacerse pobre con todos perpetuamente, ¿no es especie de locura? ¿quién lo dudará? pero ¡qué remedio!

Gastar las fuerzas y la salud, atormentar el ingenio para descubrir, para encontrar cada dia nuevos medios, nuevos arbitrios de ahorrar, nuevos artificios para enriquecerse, nuevos secretos para tratarse mal, alambicando el discurso para hacer mas miserable á la misma miseria; esta es la seria ocupacion, este es el continuo estudio de un avariento. ¿Puede haber tráfico mas ruin ni mas soez? Poner en contribucion, por decirlo así, todo lo que tiene en casa; no acertar á servir á nadie sino por interés; negociar hasta con el salario de los pobres oficiales; temblar, estremecerse á cualquiera proposicion que suene el menor gasto; quejarse eternamente del que es preciso hacer para no dejarse morir; afectar la mayor pobreza en medio de la abundancia; anticiparse quizá á llorar el gasto que se ha de hacer en su entierro; duro para otros, igualmente duro para sí; pasar una vida triste, enfadosa y retirada, aunque le sobren rentas, capitales y posesiones; si esta no es locura, ¿qué cosa lo será? ¡Oh, y con cuánta razon se dijo que el avariento nada deja que hacer á la mala fortuna! Por desgraciada que esta fuese, ¿le pudiera tratar peor? Pero á lo menos, si esta desdichada pasion se pudiera cubrir con algun motivo comun, que fuese capaz de deslumbrar, adelante; pasaria por uno de tantos errores como tienen alucinados

á los mortales. Pero una avaricia desmedida, ¿de qué pretexto, ni aun aparente, se podrá cubrir? Fatigas excesivas, cuidados infinitos, vida dura y vergonzosa, penitencia sin mérito, chacota del pueblo, bajezas odiosísimas, objetos de risa, asuntos de mofa, reprobacion poco dudosa; esta es la ganancia de un hombre avariento. ¿Y todo esto por qué? No mas que por dejar una rica herencia, y muchas veces una larguísima tela de injusticias y de latrocinios á unos herederos que han de divertir al público con los graciosos cuentos de las risibles industrias de que se valió su ridículo bienhechor. ¿Se ha visto en el mundo especie de locura mas disparatada? Y valga la verdad, ¿cuál de las dos locuras será mayor? ¿imaginarse uno rico, poderoso, rey, príncipe, remedar los modales, afectar el lenguaje, imitar la soberanía, y esforzarse á fingir hasta la misma magnificencia, aunque sea un pobre plebeyo, y aunque no tenga un cuarto para aceite; ó imaginarse siempre pobre, vivir en perpetua miseria, dar que reir al pueblo con sus bajezas y ruindades, aunque le sobren los doblones y los bienes; y aunque sea un hombre honrado y de distincion? ¿Cuál de estas dos manias se arrima mas á la locura? ¿cuál es mas digna de compasion ó de risa? sobrar todo, y vivir uno como si todo faltase.

El Evangelio es del capítulo XIX de san Mateo, pág. 584.

MEDITACIÓN.

De la devocion al santo nombre de Jesús.

PUNTO PRIMERO.—Considera que el santo nombre de Jesús fue siempre el objeto de la veneracion de los mayores Santos y la confianza de los fieles verdaderos: *No hay salud, no hay salvacion en otro nombre*, decian los Apóstoles (Act. iv), *porque no hay otro en el cielo ni en la tierra en cuya virtud los hombres sean salvos. Tiempo vendrá*, decia el apóstol san Pedro (Act. ii), *en que todo aquel que invocare el nombre del Señor se salvará*. En virtud de este santo nombre, por la confianza en este santo nombre (cap. iii), el que estaba cojo andaba derecho; por él sanan los enfermos; por él resucitan los muertos; por él hicieron tantos milagros los Apóstoles y todos los demás Santos. *Abatióse, anonadóse á si mismo Jesucristo*, dice el Apóstol, *haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz; por lo cual Dios le exaltó, y le dió un nombre sobre todo nombre para que en el nombre de Jesús todas las criaturas que hay en el cielo, en la tierra y*

en los abismos doblen la rodilla. ¡Qué respeto, qué devocion deben profesar á este santo nombre todos los Cristianos!

Es un nombre todo divino, impúsole el eterno Padre; trájole el Ángel, y merecióle el Salvador por su muerte y por sus tormentos. Como renueva en la persona de Jesueristo todas las calidades de Salvador, es preciso que excite en nuestros corazones los mas dulces motivos de una tierna confianza. Al mismo tiempo, dice san Bernardo, que el nombre de Jesús significa que el Hijo del Altísimo es mi Salvador, me está diciendo tambien, que este Salvador mio es mi Rey, es mi buen Pastor, es mi Padre. Me dice que este mi amable Salvador vino principalmente por los pecadores; que por ellos hizo toda la costa; que por ellos derramó su sangre; y que en esta sangre se han de ahogar nuestras culpas. ¡Oh, y qué motivo de confianza encuentro en este dulcísimo nombre!

Si me atemorizan cuando me acuerdan que Dios ha de ser mi juez. tambien este sagrado nombre alienta mi temor, trayéndome á la memoria que ese mismo soberano Juez es mi Jesús, esto es, mi Salvador. ¡Cuánta es, buen Dios, nuestra necesidad, nuestra pobreza! ¡qué de cosas nos hacen falta! bienes espirituales y temporales; gracias poderosas; auxilios particulares en los peligros; bendiciones, favores, indulgencias; y todo se halla, todo se merece, y todo se consigue en virtud de este santo nombre. Mi Dios, ¡qué ricos, qué poderosos seríamos, si nos supiéramos aprovechar de este tesoro, si supiéramos usar de este remedio! El nombre de Jesús, dice san Bernardo, es un óleo saludable, como se explica la Escritura: *Oleum effusum nomen tuum*, es decir, que tiene todas sus propiedades y su virtud. El óleo alumbra, nutre y sana: *Lucet, pascit, ungit*. Todo esto hace el dulcísimo nombre de Jesús: enciende el fuego del divino amor y le alimenta; es bálsamo divino que cura y cierra las heridas del alma. No hay que admirarnos de que todos los Santos le tuviesen continuamente en la boca, pues le tenian grabado en el corazón. Cien veces le repite san Pedro en cada llana; san Ignacio mártir no acertaba á hablar sin acompañar con él todas sus palabras: san Bernardino ponía á los ojos del pueblo este santísimo nombre, y por su virtud se convertian los mas obstinados pecadores.

Buen Dios, ¡qué secreto mas poderoso! ¡qué remedio mas fácil! ¡qué devocion mas útil ni mas en la mano de todos! ¡qué dolor será el mio por no haberme aprovechado de una devocion tan saludable, y por no haber sabido usar de este tesoro escondido!

PUNTO SEGUNDO.—Considera la omnipotente eficacia de este suavísimo nombre. «Los que creyeren en mí, dice el Salvador del mundo, harán los prodigios que se siguen (*Marc. xvi*): En mi nombre «lanzarán los demonios; en mi nombre hablarán nuevas lenguas; to-
«marán en la mano las serpientes, y las serpientes no les dañarán;
«beberán veneno, y el veneno no les hará daño. En fin, la virtud
«de mi nombre obrará toda especie de milagros; pondrán las manos
«sobre los enfermos, y los enfermos sanarán.» ¡Qué se podría, y
qué se haría, si con una viva fe se profesase una verdadera devoción
al santo nombre de Jesús!

Podemos poco, y hacemos menos, porque nos falta la devoción y la fe en este santo nombre. *En verdad os digo* (son palabras del Salvador del mundo), *que si pidiéreis alguna cosa en mi nombre á mi Padre, él os la concederá.* ¡Qué promesa de mayor consuelo! ¡qué otra oferta puede excitarnos mas viva confianza! pero ¡qué otro motivo puede haber mas poderoso para empeñarnos en profesar una ternísima confianza al sagrado nombre de Jesús! Sea lo que fuere, como sea cosa justa lo que pidiéremos al eterno Padre, el mismo Jesucristo nos asegura con una especie de juramento que lo conseguiremos. ¡Qué confianza debe alentar á los que llevan grabado en su corazón este dulcísimo nombre, á los que tierna y religiosamente le respetan, y á los que jamás le pronuncian sin nuevo consuelo, sin alguna nueva gracia!

Nuestras necesidades cada día son mayores; cada día crecen mas nuestras miserias; oramos, y no son oídas nuestras oraciones, porque nos falta la debida devoción y confianza en este santo nombre. *Hasta ahora nada habeis pedido en mi nombre, dice el amable Salvador, y por eso nada habeis recibido. Pedid, y recibiréis; pero todo lo que pidiéreis sea en nombre mio. (Joan. xvi).* A favor de este nombre seremos benignamente recibidos y favorablemente despachados. Este nombre nos da título y derecho para que seamos atendidos.

El sagrado nombre de Jesús, prosigue san Bernardo, no solo es luz que alumbra, sino delicioso manjar que fortalece: *An non toties confortaris, quoties recordaris?* ¿No sientes en tí una nueva fuerza, un nuevo vigor siempre que le pronuncias? Todo manjar es insípido si no está sazonado con esta sal y con esta salsa.

Jesus mel in ore, continúa el Santo: ¿dónde hay miel mas dulce al paladar que el santo nombre de Jesús? ¿dónde hay música mas apacible al oído? ¿dónde mayor consuelo ni mayor alegría para el corazón que la que causa en él este santo nombre? ¿Padeces algun

disgusto? ¿estás necesitado de socorro pronto y poderoso? Recurre á este santo nombre con toda confianza. ¡Mi Dios! ¿qué otra devocion puede haber mas oportuna para inspirarnos una piedad sincera y verdadera?

Ó divino Salvador mio, ¡y cuánto es mi dolor por haber tenido hasta aquí tan poca devocion á vuestro santo nombre! De hoy en adelante yo le tendré tan profundamente grabado en el corazon, que jamás se me caiga de la boca; y espero me concederéis la gracia de que sea todo mi consuelo y todo mi refugio en la hora de mi muerte.

JACULATORIAS. — Mi Dios y mi Señor, ¡cuán admirable es tu santo nombre en todo el mundo! (*Psalm. viii*).

Alaben el santo nombre del Señor los jóvenes y las vírgenes, los viejos y los niños; porque no hay en el universo otro nombre grande sino este. (*Psalm. cxlviii*).

PROPÓSITOS.

1 El santísimo nombre de Jesús no solo debe ser objeto de nuestro respeto y de nuestra veneracion. debe tambien animar nuestra confianza. Es un como compendio de todo lo que hizo el Salvador del mundo por nuestra salvacion; él solo significa, por decirlo así. todos los misterios de su vida. No hay otro nombre debajo del cielo concedido á los hombres, en cuya virtud podamos ser salvos. Asonibro es que no profesen todos los Cristianos á este santo nombre una ternísima devocion. Consiste esta lo primero, en tenerle frecuentemente en la boca; pero mucho mas en conservarle afectuosamente grabado en el corazon, pronunciándole siempre con el mayor respeto, y con afectos de amor y de reconocimiento. Lo segundo, en rezar cada dia devotamente algunas oraciones en honra suya, como pueden ser los himnos que se cantan en la Iglesia. Lo tercero, en no emprender, ni dar principio á obra alguna sino bajo los auspicios de este dulcísimo nombre.

2 Tambien es devocion muy loable, y fue muy familiar á muchos Santos, el no negar cosa, en cuanto sea posible, que se nos pida por el nombre de Jesús; limosnas, oficios, favores. Al despertar por la mañana, al acostarte por la noche, da principio y fin al dia con pronunciar los dulces nombres de Jesús y de Maria; costumbre santa que te facilitará el pronunciarlos con humilde confianza en la hora de la muerte. Muchas almas santas siempre que oyen pronunciar el dulce nombre de Jesús. corresponden reverentes incli-

nando un poco la cabeza, ó a lo menos interiormente con algun acto de amor de Dios, y con afectos de ternura y de agradecimiento. Adelántese tu veneracion á este santo nombre, á respetar hasta todo aquello donde le veas escrito ó estampado. Ten á la vista en tu cuarto grabadas con letras grandes aquellas palabras del Apóstol: *In nomine Jesu omne genuflectatur, coelestium, terrestrium, et infernorum.* Doblen la rodilla al nombre de Jesus el cielo, la tierra y los abismos.

DIA XXI.

MARTIROLOGIO.

EL TRÁNSITO DE LOS SANTOS MÁRTIRES TIMOTEO, POLIO Y EUTICHIO, diáconos, en el reino de Tremecen, los cuales, predicando el Evangelio en aquel país, merecieron la corona del martirio (*durante la persecucion de Decio*).

EL TRIUNFO DE LOS SANTOS MÁRTIRES POLIEUCTO, VICTORIO Y DONATO, en Cesarea de Capadocia.

SAN SECUNDINO, mártir, en Córdoba. (*Véase su vida en las de hoy*).

LOS SANTOS MÁRTIRES SINESIO Y TEOPOMPO, en el mismo dia: (*créese que padecieron martirio en Nicomedia*).

EL TRIUNFO DE LOS SANTOS MÁRTIRES NICOSTRATO Y ANTÍOCO, tribudos, con otros soldados, en Cesarea de Filipo, (*siendo decapitados por mandato del prefecto*).

SAN VALENTE, obispo, en el mismo dia, el cual fue martirizado con tres niños.

LA CONMEMORACION DE LOS SANTOS MÁRTIRES SECUNDO, presbítero, y OTROS, en Alejandria, los cuales, siendo emperador Constancio, fueron martirizados cruelmente en el solemne dia de Pentecostes por orden de Jorge, obispo arriano.

LOS SANTOS OBISPOS Y PRESBITEROS, allí mismo, que habian sido desterrados por los Arrianos, merecieron igualmente asociarse á los santos confesores.

SAN HOSPICIO, confesor, en Niza de Francia, insigne por la virtud de la abstinencia, y por el espíritu de profecía. (*Véase su vida en las de hoy*).

SANTA MARÍA DE SOCORS Ó DEL SOCORRO, VÍRGEN.

Santa María de Cervellon, llamada comunmente de Socors, á causa de la ardiente caridad é inefable misericordia con que socorrió á toda clase de necesitados en la tierra y en el mar, nació por los años 1230 en la ciudad de Barcelona, de la ilustre y muy distinguida familia de los Cervellones, enlazada con la real sangre de los condes de aquel Principado. Fuese por los ruegos de san Pedro Nolasco, á quien se comprometieron los padres de la Santa para que intercediese al Señor por ellos, á fin de que les diese sucesion; ó porque Dios les concediese este único fruto de su bendicion, atendidas sus

fervorosas súplicas y piadosas intenciones; es lo cierto, que María se dejó ver en el mundo dotada de un sin número de gracias correspondientes á los altos fines que sobre ella tenia la divina Providencia. Recibió el Bautismo en la parroquia de Santa María del Mar, y con él aquel candor y pureza que confiere el Sacramento, la que conservó inviolable toda su vida, guardando con su conducta la santidad del nombre que le impusieron, en honor de la Reina de los Angeles.

Su madre, señora de grande mérito, quiso encargarse por sí de su primera educacion, y formarla en la virtud desde sus mas tiernos años; creyendo juiciosamente que estas primeras impresiones influyen no poco en el resto de la vida, y son la semilla fecunda que da fruto en la sucesion del tiempo. Con estas miras se aplicó á imprimir en el delicado corazon de la niña los altos dictámenes de la Religion, el desprecio de las vanidades del mundo, y las saludables máximas del Evangelio. Hacian estas lecciones tanto efecto en el alma de Maria, que por el gusto con que las oia, y los esfuerzos con que procuraba ejecutarlas, daba sensibles señales de su aprovechamiento. Su total distraccion de los pueriles entretenimientos, su inclinacion como natural á la virtud, su devocion, su caridad, su candor y su modestia sobre cuanto en términos regulares se podia esperar de sus tiernos años, hicieron conocer á los padres que el temperamento y humor natural no eran los que gobernaban la madurez de juicio y gravedad de la niña, sino el movimiento de una particular gracia con que Dios la habia prevenido para desprenderse del amor de las cosas de la tierra en medio de la abundancia y esplendor de su familia.

Nacida nuestra Santa para la virtud, criada con máximas tan cristianas, y nutrida en los mas santos ejercicios de piedad, hacia cada dia maravillosos progresos en la carrera de la perfeccion. Sus mas conocidas aficiones eran por la vida religiosa, cuya austeridad influndia eficazmente en su corazon una aversion grande á todas las vanidades del siglo, y un admirable retiro de los objetos de la tierra. Nunca salió de su casa si no es para el templo, en compañía de su buena madre, y para visitar los hospitales, á los que iba tres dias en la semana, guiada de su fervorosa caridad, á asistir, socorrer y aliviar los pobres enfermos, tomando este cargo además con los de su casa ó familia con particular complacencia. Ejercia estos oficios con tantas y tales demostraciones de suavidad y afecto, que á la eficacia de este remedio se sentian los pacientes aliviados, y con superiores fuerzas para tolerar sus dolores.

Nada mudó María de estas costumbres cuando jóven: pues rigiéndose por las inspiraciones del Espíritu Santo, que fueron siempre el móvil de sus acciones, supo conciliar con la devocion los rumbos de la nobleza, la humildad con las riquezas, la modestia con su estado, y conservar inviolable el candor de su pureza en medio de los peligros del mundo. Parece que su nacimiento y la opulencia de su casa podria causar en ella alguna distraccion ó envanecimiento: pero no fue así, porque el deseo de ser feliz para siempre le hizo amar únicamente las cosas divinas con total desatencion á las de la tierra. Con esta idea siempre se conducia con mucha circunspeccion y majestuosa gravedad, haciéndose no solo amar sino respetar de cuantos la conocieron; de suerte que la ponian Barcelona por ejemplo de recato, piedad, y modestia de todas sus doncellas.

Todas las relevantes prendas, de que estaba adornada el alma de María, rebosaban á la superficie del cuerpo, á pesar de su cautela: y haciéndola objeto de la estimacion de las gentes, apenas llegó á la edad competente, se declararon muchos señores principales pretendientes de su mano, enamorados de su belleza, de su natural vivacidad, de su grandeza de espíritu; mas realizadas estas cualidades con cierto aire de santidad, que se dejaba ver siempre en todas sus acciones y movimientos. No se atrevieron los padres, conociendo el modo de vivir de su hija, á hacer semejante proposicion; mas distinguiéndose un tio suyo en el empeño que hacian los parientes sobre que tomase estado, le respondió María con el respeto debido. que le agradecia su cuidado; pero que supiese, que el estado de su eleccion le tenia fiado á Dios, por cuya luz se guiaba, esperando para deliberar en un negocio de tanto momento, que el Señor le manifestase su voluntad, y entonces la declararia á sus padres; y admirado el tio de tan concisa como sabia respuesta, desistió de molestarla.

Victoriosa así nuestra Santa de la fuerte tentacion, redobló las guardias para conservar ilesa su integridad, valiéndose de la separacion de todo trato mundano, de la oracion, meditacion, y ejercicios de penitencia, á excepcion del tiempo que empleaba en los hospitales y en las iglesias, frecuentando los Sacramentos. Tanta exactitud en sostener su pureza virginal no podia dejar de protegerla el cielo, en cuyo obsequio obraba la castísima doncella. Predicó en aquella coyuntura Fr. Bernardo de Corbaria, su director, un sermón sobre las prerogativas de la virginidad, al que, no tanto por casualidad, como por disposicion de la divina Providencia, asistió su hija

espiritual; y encendida esta en vivísimos deseos de conservar intacta una virtud tan agradable á los ojos de Dios, deshecha en lágrimas, se volvió á su madre, y apretándola la mano fuertemente la dijo: *Señora, conmigo habla el predicador; Dios mueve su lengua para mi desengaño; yo soy toda de Jesucristo, que me llama para esposa suya, y así no tienen que porfiar mis parientes para que tome otro estado.*

Esta resolucion fervorosa, que comenzó en el lugar santo, la siguió hasta su casa, donde puesta de rodillas á los piés de un Crucifijo, hizo voto de perpetua castidad, suplicando al Señor se dignase auxiliar su propósito con el poder de su brazo. El mismo ruego hizo á la santísima Virgen, implorando su proteccion con las expresiones mas tiernas y devotísimas, con lo que no satisfecha, se cortó el cabello, y vistió un sayal tosco y grosero. En esta disposicion se presentó á sus padres, renovando el discurso que habia principiado en la iglesia; y por último, les hizo ver con sabias y concluyentes razones, que en consagrarse al Señor se interesaba nada menos que su salvacion. Las tiernas lágrimas que vertieron los padres, admirados de una resolucion tan generosa, fueron las señales expresivas que dieron de quedar edificados y convencidos, de que su preciosa hija era para el Señor, y que solo merecia los castos brazos del Esposo eterno, á cuyas celestiales bodas era llamada tan anticipadamente; y en efecto, dispuestos á darla gusto, con acuerdo de su director, resolvieron vistiese el hábito de beata de la Merced, y que siguiera libremente las ideas de una vida religiosa.

Desde aquel dichoso momento en que se halló vestida con la divisa militar de la Merced, se sintió María excitada interiormente á imitar la conducta de los que profesaban el Instituto con toda perfeccion. Y como hasta allí no habia cesado de ejercitarse en la práctica de las virtudes cristianas, el deseo de corresponder fielmente á las muchas gracias con que el Señor la habia favorecido la ponía casi en un continuo movimiento para aprovechar las horas, y aun los instantes, en obras de santificacion. Poco tuvo que añadir en el nuevo estado, á excepcion de algunas penalidades, que para mortificarse inventó su ingenioso fervor. Los ayunos, las disciplinas, el silencio, su particular recogimiento y su continua oracion, tuvieron mas de comunes, á lo que se acostumbra en el claustro, lo que tuvieron mas de rígidas y humilladas en medio de la multitud y opulencia de su casa.

Ocurrió la muerte de su padre, cuando contaba María treinta años de edad, y hallándose con este suceso un nuevo motivo de alterar el

orden de su familia, y reducirla á menor número, persuadió á su madre que distribuyese gran parte de sus bienes en socorro de los pobres, y en redencion de cautivos; y no desatendiendo esta piadosa señora tan saludable consejo, dieron principio á su ejecucion, dejando su suntuosa casa, y reduciéndose á otra habitacion humilde cerca de la iglesia de Santa Eulalia, donde vivieron cinco años, siendo el ejemplo de toda la ciudad; al fin de los cuales, habiendo muerto tambien la devota madre, quedó María en plena libertad de poder satisfacer los deseos de consagrarse al servicio del Señor enteramente.

Sin embargo que á los principios del establecimiento de la religion Mercenaria no se trató de recibir en ella mujeres, por razon del cuarto voto que forma el distintivo del Instituto, por el que se obligan los profesores á quedar personalmente en rehenes, y aun en las mismas prisiones, si fuese necesario, para dar libertad á los cautivos que gimen bajo la esclavitud de los infieles: como muchas señoras de las mas principales de Barcelona deseaban abrazar el nuevo establecimiento, permitido por entonces que visliesen el hábito en calidad de beatas ó devotas; se propuso este punto en el capítulo que celebró la Orden en 1260, con ánimo de hallar medio para vencer las dificultades; y aunque nada se determinó en aquella asamblea, quedando todos los ánimos dispuestos, se resolvió después recibir en la religion á las mujeres por determinacion del siguiente capítulo, habido en el año 1265, en que sucedió la muerte de la madre de María. Enterada esta de la resolucion, fue la primera que vistió el santo hábito de religiosa en el día 25 de marzo del mismo año, que era el treinta y cinco de su edad, cuarenta y siete del establecimiento de la Orden, y treinta de la aprobacion por la Santidad de Gregorio IX, y en el siguiente año hizo su profesion, con asistencia de toda la nobleza de la ciudad, en manos de su director, concebida en estos términos: *Yo, sor María de Cervellon, ofrezco á Dios y á la bienaventurada siempre Virgen María de la Merced, ó Misericordia, pobreza, obediencia y castidad, y trabajar para la redencion de los cautivos, por los cuales haré lo que á nuestro Padre general fuese bien visto.*

Luego que hizo este solemne acto, y distribuyó en los pobres y en redencion de cautivos su cuantioso patrimonio, se retiró á una casa con otras nobles señoras y mujeres devotas que siguieron su ejemplo, á quienes el Rmo. Corbaria dió ciertos estatutos muy sabios y prudentes, para que dirigiesen su vida religiosa. Era preciso nombrar superiora para la direccion y gobierno de aquella comunidad; y de comun consentimiento se hizo la eleccion en nuestra Santa, á pe-

sar de su humilde resistencia. Inteligenciada plenamente María de las obligaciones del empleo, solo pensó en desempeñarlas con la perfeccion posible; y persuadida que los superiores deben mandar mas con las obras que con las palabras, emprendió un género de vida admirable, capaz de fomentar el fervor de sus súbditas, y de recomendar en los principios la santidad de aquel nobilísimo establecimiento. La vigilancia, la exactitud, la discrecion y la caridad con que gobernaba á sus hijas, y su conducta en toda suerte de virtudes religiosas, les hizo conocer que se habia puesto al frente de ellas para servirles de modelo, mas que de superiora. Continuamente les inspiraba, por medio de sus instrucciones siempre acompañadas con su admirable ejemplo, el menosprecio del mundo, el silencio, la paciencia, el amor á la pureza y á las humillaciones; pero mas que todo el deseo de servir á Jesucristo, de quien se habian consagrado esposas; y asimismo á los pobres, principalmente aquellos que lloraban la miserable desgracia de vivir en el cautiverio, cuyo rescate era el punto cardinal de su instituto.

Su régimen ordinario parece increíble en una salud abatida al rigor de sus grandes penitencias, á no asegurarlo las actas de su prodigiosa vida. Ella hacia hasta los oficios mas humildes y penosos de la casa; lavaba los piés con indecible ternura á los pobres cautivos que redimian sus hermanos; y como en su tiempo no se observaba la clausura que hoy guardan las religiosas, siguiendo su laudable costumbre, asistia tres dias á la semana en los hospitales á visitar, limpiar y socorrer á los enfermos, y otros tantos dias ayunaba á pan y agua. Sus disciplinas eran diarias y sangrientas, y siempre traia oprimido su virginal cuerpo con una cadena de hierro pesadísima. Su sueño era mas mortificacion que descanso, pues pasaba en grande incomodidad un corto tiempo sobre el duro suelo; y quejándose del cuerpo, cuando la rendia el sueño, solia decir: *¿Quién me librará de esta muerte cotidiana, de este sepulcro en que vivo, y de este caos de miserias?* El tiempo sobrante de todos estos ejercicios empleaba en consolar á los afligidos, en socorrer á los pobres, en libertar á los encarcelados, y en procurar subsidios para la redencion de cautivos; cuyos hechos fueron tan notorios, comunes y públicos, que dejando de llamarla por su propio apellido, todos la conocian por María de Socors ó de Socorro.

Aunque los que practicó en la tierra su ardiente caridad eran bastantes para merecerle este nombre, los que mas le hicieron acreedora a él fue la especial gracia que la concedió Dios para socorrer á los

navegantes que se hallaban en peligro de naufragar, por cuya razon la pintan comunmente con una nave en las manos. Tantas veces remedió estos fracasos, que los infinitos maravillosos sucesos obrados por su intercesion llevaron su opinion por todos los mares. Apenas veian el peligro de una tormenta los marineros, cuando invocaban á María de Socors, y experimentaban su asistencia. No pocas veces la echaron menos sus hijas, y después de largo rato notaban que traia el hábito mojado, y que destilaba gotas por toda su extremidad, indicios nada equívocos de haber andado sobre las aguas en semejantes expediciones.

Toda la ciudad de Barcelona fue testigo del prodigio que obró á su presencia con una nave que iba á peligrar irremediabilmente, á menos que María no hubiese acudido á socorrerla, caminando sobre las olas, como pudiera por tierra firme. No menos celebró otro portentoso de esta especie, que ejecutó en el año 1283 en favor de Fr. Manuel de Alburquerque y Fr. Arnaldo Liniberio, que venian de hacer una redencion. Alteróse el mar soberbiamente, corria el navío á discrecion de los vientos, y expuesto á la última desgracia de irse á pique; mas luego que invocaron á nuestra Santa, la vieron venir sobre las corrientes, y llegándose á ellos, les dijo: *Ea, hermanos, buen ánimo, alentaos en el Señor que manda los vientos y el mar, que luego quedareis sin riesgo*, como se verificó puntualmente.

Todos estos maravillosos oficios, efectos de su ardiente caridad para con los prójimos, nacia de su inmensurable amor para con Jesucristo que le inspiraba tan meritorios hechos. Este Señor era el objeto de todas sus atenciones; viviendo en él, y como en su centro, jamás se separó de su presencia. Este mismo amor en que se hallaba abrasado su corazon le hacia prorumpir en palabras llenas de fuego, capaces de encender á los pechos mas frios; y al verse muchas veces distraida en las ocupaciones y conversaciones domésticas, y volviendo después de una larga suspension, como de un letargo, con el rostro encendido continuaba la accion alegremente. La materia mas conocida de su oracion, que pudo llamarse habitual, era la passion y muerte de su crucificado Esposo. En la consideracion de estos sacrosantos misterios se empleaba con tanta intension, con tanta ternura y con tanto afecto, que permaneciendo en ellos por muchas horas, le merecieron el nombre de contemplativa; manifestándose no pocas veces en ella en largos éxtasis y admirables deliquios, que daban á conocer bastantemente el volcan de fuego que ardía en su pecho, y la facilidad de elevarse hasta la union con su Amado.

Atenuadas las fuerzas de María al rigor de sus incomparables mortificaciones y grandes penitencias, entre otras infinitas gracias que la concedió el Señor, le manifestó que era llegado el fin de su carrera. Dispúsose á recibir la muerte con las preparaciones que se dejan discurrir en un alma encendida en el amor de Jesucristo; y después de haber exhortado á sus hijas á practicar las virtudes religiosas, y á seguir con fervor el camino de la perfeccion, entre las lágrimas de estas y afectuosas jaculatorias, abrazada con un Crucifijo, entregó su espíritu en manos del Criador en el 19 de setiembre del año 1290. Apenas espiró, cuando Dios quiso hacer sensible la santidad y la gloria á que habia elevado á su sierva fiel por un sin número de prodigios. Su venerable cuerpo despidió un olor tan suave y aromático, como celestial y extraordinario; y además trasportó cierto humor sutil, que coagulándose en la superficie á manera de un precioso ungüento, fue eficaz medicina que sanó á muchos enfermos. Tuviéronle tres dias en el féretro para satisfacer la devocion del inconsolable pueblo que concurría á venerarla, después de los cuales se depositó en el mismo convento en el cementerio destinado para las religiosas, donde se mantuvo en grande veneracion por mucho tiempo.

En el año 1380, noventa después de su dichoso tránsito, D. Pedro IV, rey de Aragon, devotísimo de la Santa, mandó fabricar una exquisita arca, propia de su real munificencia, para que trasladado a ella el venerable cuerpo, estuviese con mayor respeto. En el dia señalado para este acto, después que celebró de pontifical D. Pedro Planella, obispo á la sazón de Barcelona, cuando intentó depositarla en la arca nueva, creció el cadáver tan considerablemente, que no cabiendo en ella, quedaron todos convencidos por esta maravilla que era la voluntad de la Santa, siempre amante de la humildad, permanecer en la pobre antigua, donde la colocaron en la capilla de santa Catalina mártir; mas en la mañana siguiente se trasladó por sí misma con no menor prodigio á la sacristia del convento. Con estos nuevos milagros se aumentó su devocion considerablemente; y continuólos el Señor cada dia por la intercesion de su sierva. No es el menor la incorrupcion de su cuerpo, el que hecha inspeccion trescientos treinta y nueve años después de su muerte, se halló íntegro y flexible, excepto la mano derecha, pié izquierdo, y una costilla, extraídas para reliquias.

Justificados todos estos y otros muchos milagros con el heroismo de sus virtudes en el proceso informativo hecho á este fin, declaró

su culto inmemorial la sagrada Congregacion de Ritos en el dia 9 de febrero de 1692, cuyo decreto aprobó Inocencio XII en el 13 del mismo mes. Y mandado por aquella en el dia 2 de octubre de 1694, que se celebrase el oficio de la Santa con el rito de rezo doble por la religion, lo confirmó su Santidad en el 9 del mismo mes y año.

SAN HOSPICIO sm Ó SAN SOSPIS, RECLUSO DE PROVENZA, CONFESOR.

San Hospicio, llamado vulgarmente san Sospis, florecia en Provenza hácia la mitad del sexto siglo. Era francés; pero se ignora el lugar de su nacimiento. Habiendo oido hablar de la vida penitente y de la santidad de los solitarios de Egipto, se sintió encendido de deseos de imitarlos. En medio de sus pocos años se resolvió á pasar el mar para aprender de aquellos maestros de la vida espiritual la ciencia de los Santos y el camino de la perfeccion.

Animado de este deseo se encaminó á Egipto, y penetrando en lo mas interior del desierto, visitó á muchos de aquellos santos anacoretas. Fácilmente se puede comprender la impresion que harian en un corazon tan bien dispuesto aquellos grandes ejemplos de virtud. Admiraba en unos la inocente crueldad con que maceraban su cuerpo; en otros aquel perpetuo silencio, y en todos aquel universal generoso desasimiento, aquel espíritu de mortificacion, aquel puro amor de Jesucristo, y aquella constante perseverancia en la oracion. Habiendo hecho de esta manera el noviciado de la vida ascética, se restituyó á Francia con resolucion de poner en práctica los grandes ejemplos de que habia sido testigo, y las no menos grandes lecciones que habia aprendido. Desembarcó en la Provenza, y á una legua de Niza descubrió en una península un torreón arruinado, que le pareció muy á propósito para satisfacer su deseo de vivir en una profunda soledad, y de exceder, si pudiese, las penitencias que hacian los anacoretas del Oriente.

Lleno de aquella santa confianza y de aquel aliento que inspira el amor puro de Dios, se encerró en aquel lóbrego espantoso sitio, resuelto á ocuparse únicamente en Dios solo, entregándose á la abstinencia y á la mortificacion de la carne todo cuanto fuese posible á las fuerzas naturales con asistencia de la divina gracia. Así lo hizo: y desde luego asombró á todos su vida, teniéndola por cierta especie de prodigio.

Andaba cargado de pesadísimas cadenas de hierro, sobre un áspero cilicio erizado de puntas que le penetraban: su habitacion mas

parecia sepultura que celda; su ayuno era perpetuo, y toda su comida se reducía á pan y dátiles. En tiempo de cuaresma doblaba las penitencias; su alimento en ella eran unas raíces de Egipto sumamente desabridas, y muy usadas de aquellos anacoretas, haciéndolas venir por medio de los mercaderes que iban á negociar en Alejandría. Trabajaba algunas horas en fabricar cestas de junco y de hojas de palma, pasando en oracion el resto del dia y casi toda la noche. Apenas era su cuerpo mas que una llaga, despedazado por los instrumentos de mortificacion, y medio comido de animalillos inmundos, de que estaba todo cubierto; en fin vivia de milagro.

Esparciose presto la voz por toda la costa de que habia en el torreón un hombre maravilloso. Su aspecto, sus palabras y su penitencia hicieron conocer á todos el mérito y el valor de aquel tesoro escondido. El mismo Dios tomó de su cuenta manifestar la santidad de su siervo con gran número de milagros. Concurrían de todas partes á ver el anacoreta del Occidente, que en devocion, en ayuno y en penitencia excedia, segun la opinion, á los solitarios de Egipto. Era tanto el concurso, que le obligó á tapiar el torreón, dejando solo una ventanilla bastante elevada, por donde recibia el poco alimento que necesitaba; y desde donde hablaba á los que venian á consultarle, y á encomendarse á sus oraciones.

A media legua de la ermita donde estaba nuestro Santo habia un monasterio, cuyos monjes le venian á visitar frecuentemente, y siempre sacaban mucho provecho de sus conferencias espirituales. Por este trato familiar, y por lo mucho que los ayudaba á caminar en la perfeccion, le llamaban su padre y su abad; expresion de cariño y de respeto en que se fundo la equivocacion de algunos escritores, que juzgaron habia sido efectivamente abad de aquel monasterio. Dotado del don de profecía, predijo la irrupcion que los lombardos habian de hacer inmediatamente después de la cercana muerte de su rey Cleb ó Clefis en los parajes de Francia contiguos á los Pirineos. Cuando Dios le dió á entender que se iban acercando aquellos bárbaros, se lo previno á los paisanos para que tomasen sus medidas, y se retirasen con tiempo á las poblaciones grandes, y llevándose sus muebles y ganado.

El mismo aviso comunicó á los monjes del monasterio inmediato á su ermita, aconsejándoles que cuanto antes se retirasen con los vasos sagrados. Ellos le rogaron que tambien él mismo se retirase, y se fuese con ellos; pero no quiso abandonar su celdilla: y como insistiesen los monjes en que no le habian de dejar, el Santo les res-

pondió: *Id, hijos míos, y poneos á cubierto, mientras pasa la tempestad: no tengáis cuidado de mí, porque aunque los bárbaros ejecutarán conmigo mil ultrajes, no me quitarán la vida. Vosotros sí que correis mucho peligro si cuanto antes no os poneis en salvo.*

Presto verificó el suceso la profecía. Pasaron los bárbaros los Alpes hácia el año de 576, y se extendieron por la costa de Génova y de la Provenza. Una manga ó un destacamento de ellos se avanzó hasta Niza, y llegó al pié de la torre donde hacia penitencia nuestro Santo. Al primer rumor que oyó se asomó á la ventanilla, y luego que le reconocieron los lombardos, cercaron la torre; pero no descubriendo puerta por donde entrar, dos de ellos escalaron hasta el techo, y por él descendieron á la celda. Quedaron asombrados, no menos de su tranquilidad que de aquella habitacion; pero reparando por entre el cilicio las cadenas que rodeaban todo su cuerpo, creyeron desde luego seria algun insigne malhechor, á quien por sus delitos tendrian encerrado en aquella torre, y mirándole ya con horror, le cargaron bien de injurias. Buscaron un intérprete, por cuyo medio le preguntaron qué delitos habia cometido; y como el Santo respondiese que era verdaderamente lo que ellos habian imaginado, pues apenas se hallaria maldad de que no se creyese delincuente, un bárbaro levantó furiosamente el sable para henderle la cabeza; pero secándosese de repente el brazo, y dejando caer el sable, se quedó con el brazo levantado; á cuya vista dando sus compañeros grandes alaridos, preguntaron al Santo qué se habia de hacer en aquel lance. Mandó Hospicio al soldado que se acercase á él, y haciéndole la señal de la cruz, no solo volvió repentinamente el brazo á su estado natural, sino que con otro mayor milagro el bárbaro se convirtió á nuestra santa fe; y en lugar de seguir á sus compañeros, no se quiso separar de nuestro Santo, entrando después religioso en el monasterio cercano, donde vivia aun con edificacion cuando san Gregorio Turonense escribia esta historia.

Retirados los bárbaros, se restituyó la tranquilidad, y creció tanto la veneracion á nuestro Hospicio, que de todas partes concurría la gente á encomendarse á sus oraciones. El suceso que verificó su profecía, la conversion del soldado y los milagros que obraba cada dia, hicieron célebre su nombre en toda Italia y en toda la Francia.

Un ciudadano de Angers habia perdido el habla y el oido en una violenta enfermedad, que le puso en los últimos términos de la vida. Resolvió ir en peregrinacion á Roma con el piadoso fin de visitar los sepulcros de los santos apóstoles san Pedro y san Pablo, como tam-

bien las catacumbas de los santos Mártires, para que el Señor por su intercesion le concediese algun alivio en aquel doloroso accidente. Juntóse en el camino con un diácono que hacia el mismo viaje; y habiendo llegado á la Provenza, tuvieron noticia de las maravillas que cada dia obraba el Señor por medio de nuestro Santo, lo que le metió en gana de verle; pero asaltando al pobre enfermo la calentura, no le fue posible salir de la posada, y solo su compañero pudo ir á visitar á san Hospicio. Informado el Santo del motivo que tenia el enfermo para emprender aquel viaje, le suplicó el diácono que en sus oraciones se acordase de su trabajo. *Pues traédmelo acá*, respondió Hospicio. Al punto fué el diácono por él, y conducido á la torre, sacó el Santo el brazo por la ventana, asióle de los cabellos, arri-móle hácia sí, ungióle la lengua con algunas gotas de aceite bendito, derramó un poco sobre la cabeza, y exclamó: *Ábranse tus oídos en nombre de Nuestro Señor Jesucristo, y aquel mismo Dios omnipotente que lanzó el demonio del hombre sordo y mudo, te restituya el uso de tu lengua. ¿Cómo te llamas?* Al momento respondió el enfermo, expresándole su nombre con la lengua expedita, y con voz clara y sonora: y lleno de gozo por verse de repente sano y bueno, levantó las manos al cielo, y exclamó diciendo: *Bendita sea para siempre la bondad de mi Dios y mi Señor, por la maravilla que acaba de obrar con este siervo suyo. Iba yo á Roma para hallar en la intercesion de los santos Apóstoles algun alivio á mi mal; pero en Provenza encontré con un san Pedro, con un san Pablo, y con un san Lorenzo en la persona de este santo ermitaño.*

Todavía estaban todos atónitos á vista de este prodigio, quando se apareció un buen hombre llamado Domingo, y ciego de nacimiento, que por consejo de nuestro Santo habia estado tres meses en el monasterio. Preguntóle el siervo de Dios si veria de buena gana: *Yo no sé qué cosa es ver*, respondió el ciego, *porque jamás he tenido el uso de la vista; pero segun lo que he oido decir, esto de ver debe ser cosa tan buena, que me alegraria mucho hacer por mi mismo la experiencia.* Haciendo entonces el Santo la señal de la cruz sobre los ojos de Domingo con aceite bendito, le dijo estas palabras: *En nombre de Jesucristo nuestro Redentor sean abiertos tus ojos.* Al instante se le abrieron; pero aquel hombre quedó tan preocupado de admiracion y de asombro á vista de la luz, y de todo cuanto se le ponía delante, que por largo espacio de tiempo estuvo como inmóvil y aturdido, siendo cada objeto para él nuevo motivo de pasmo. Este segundo milagro hizo aun mas ruido que el primero. Concurrían los enfermos hasta de

las mas remotas partes del Oriente, y todos se volvian alabando al Señor, y publicando en todas partes la eminente santidad y el gran poder que tenia con Dios aquel nuevo taumaturgo.

Habia mas de quince años que vivia Hospicio en su torre, mas como ángel que como hombre, cuando el cielo le reveló su cercana muerte. Confió esta noticia al prior del monasterio, pidiéndole que hiciese abrir la puerta de la torre, y que fuese de su parte á decir á Austadio, obispo de Niza, que dentro de tres dias moriria, y que así le suplicaba viniese á visitarle, sin duda para que le administrase los santos Sacramentos, y para que diese providencia para su sepultura.

Esparciéndose en Niza la voz de la cercana muerte del Santo, un ciudadano, llamado Crescente, corrió prontamente á la torre; y mirando á Hospicio por la ventana de la celdilla, quedó aturdido de lo que veia. Movido de lástima y de asombro, sin poder reprimir las lágrimas, le preguntó: *¿ Como es posible que cargado de cadenas, y medio comido de piojos, hayas podido sufrir tantos años tan largos y tan crueles tormentos? — Aquel Señor, por cuyo amor me resolví á ponerme en este estado, respondió el Santo, pudo fácilmente darme fuerzas para tolerarlos, y supo tambien endulzar toda su amargura.*

Conociendo que se acercaba su fin, hizo que le quitasen todas las cadenas. Pasó después muchas horas en oracion; levantóse de ella; tendióse sobre un banco con las manos elevadas al cielo y el semblante dulce, sereno y apacible: dió gracias á Dios por todos los favores que habia recibido de su liberal mano, y encomendándole su alma, espiró tranquilamente el dia 21 de mayo de 581. En el mismo punto que espiró desaparecieron los piojos de que estaba todo cubierto, quedando su cuerpo limpio y resplandeciente; el que fue enterrado con toda la pompa que merecia su eminente santidad por disposicion del obispo Austadio.

Asegura san Gregorio Turonense, que todo lo que refirió en la vida que escribió de san Hospicio lo oyó inmediatamente de boca del mismo sordo y mudo á quien el Santo sanó milagrosamente. En otra de sus obras añade que al tiempo de enterrarle, un hombre tomó una porcion de tierra de la sepultura para llevarla al monasterio de Lerins. Embarcóse en un navío que iba á Marsella; pero habiendo entendido que así el patron como el piloto y la mayor parte de los marineros eran judíos, no se atrevió á declararse por cristiano. Llegando enfrente de la isla de Lerins se paró el barco, no obstante que soplabá un viento fresco por la popa. Quedó pasmada la tripu-

lacion. Entonces declaró el pasajero que era cristiano, y que llevaba al monasterio de Lerins una porcion de tierra de la sepultura de san Hospicio; añadiendo que no dudaba sucedia el prodigio por virtud de aquella reliquia, y que mientras no volviesen la proa hácia la isla, seguramente no se moveria el buque. Aparejéronse hácia ella las velas, y se dirigió al mismo rumbo el gobernalle; al punto movió el navío en derechura á la isla de Lerins, donde desembarcó el pasajero, y siguió el barco su derrota. Por este milagro fue nombrado san Hospicio por uno de los Santos tutelares de la isla.

Guárdanse aun preciosamente en la catedral de Niza las reliquias de este gran Santo; y se muestra tambien alguna parte de ellas en las iglesias parroquiales de Villafranca y de Torbia. La península donde estaba la torre conserva todavía su nombre, llamándose la *península de san Sospis*.

SAN SECUNDINO, MÁRTIR.

En la sangrienta persecucion de Diocleciano y Maximiano dió España á la Iglesia innumerables Mártires, que con el mayor desprecio de las grandezas del mundo y de lo que en él se estima, ofrecieron liberalmente sus cuerpos á los ingenios y esfuerzos de la crueldad, martirios y espantosos que la misma muerte. Entre los cristianos de la ciudad de Córdoba, conocida en tiempo de los romanos con el nombre de Colonia Patricia, fue digno de memoria eterna san Secundino por los gloriosos combates que tuvo con el gobernador de aquella capital en defensa de la religion cristiana.

Quiso este tirano obligar á Secundino á ofrecer sacrificio á los ídolos; y para persuadirle á creer la divinidad de los dioses que veneraban los romanos, hizole presente, que así lo apoyaba la opinion comun de tantos siglos, la autoridad de los filósofos y de los poetas, y sobre todo las leyes y edictos de los emperadores que obligaban á darles culto. Oyó el Santo estos argumentos, que eran los mas poderosos en que se fundaban los gentiles para prestar culto á los ídolos bajo el velo de deidades; y deseando satisfacer por partes á aquellos motivos de falsa credulidad, hizo patente al gobernador el error de los siglos pasados, fundado en la ceguedad de las gentes, y en el interés que tenia el demonio en que no abriesen los ojos á la luz. A los filósofos y poetas respondia con las bajezas que ellos mismos escribieron de los que llamaban sus dioses; infamias que aun en gente relajada y perdida no se pueden sufrir. De las leyes imperiales dijo

que su notoria injusticia las condenaba, ni tenían otra autoridad que la preocupacion de los legisladores que las publicaron.

No tuvo el gobernador razones con que rebatir las concluyentes respuestas del Santo, y pareciéndole, que para reducir á un hombre de aquella sabiduría y de aquel carácter tendrían mas eficacia los buenos modos que la severidad, le ofreció ventajosas conveniencias, grandes honores, y sobre todo la gracia de los príncipes del mundo, cuando ofreciese sacrificio á los dioses romanos; pero el horror que le causó la sacrílega impiedad á que quería obligarle, y la heroica constancia con que se negó á cometerla, redobló la furia y la crueldad del tirano de suerte, que sin hacer uso de las formalidades acostumbradas en semejantes casos le sentenció á la pena capital, que se ejecutó el año 306 tal dia como hoy en que celebra su fiesta la santa iglesia de Córdoba. Robó á la posteridad la injuria de los tiempos las actas específicas de la vida de este héroe; pero no impidió la noticia de su glorioso martirio, que le hizo digno del reverente obsequio que se le tributa.

La Misa es en honor de santa Maria de Cervellon, y la Oracion es la siguiente:

Deus, qui nos conspicis in tot periculis constitutos pro nostra fragilitate non posse subsistere: concede propitius, ut intercedente beata Maria famula tua, de praesentis vitae fluctibus educti, ad aeternae salutis portum pervenire valeamus. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Ó Dios, que estás viendo que por nuestra grande fragilidad no podemos subsistir en medio de tantos peligros: concédenos misericordioso, que por la intercesion de tu bienaventurada sierva María, libres de las borrascas del siglo, logremos llegar al puerto de la salvacion eterna. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epistola es del capitulo x de la segunda del apóstol san Pablo á los Corintios.

Fratres: Qui gloriatur, in Domino gloriatur. Non enim qui seipsum commendat, ille probatus est: sed quem Deus commendat. Utinam sustinere-tis modicum quid insipientiae meae, sed et supportate me. Aemulor enim vos Dei aemulatione. Despondi enim vos uni viro, virginem castam exhibere Christo.

Hermanos: El que se gloria, gloríese en el Señor: porque no es digno de aprobacion el que se recomienda á si mismo, sino aquel á quien recomienda Dios. Ojalá soportárais algun tanto lo que os parezca imprudencia mia. Pero dispensadme, pues estoy lleno de santa emulacion en Dios por vosotros, porque he prometido á Jesucristo presentaros á él santos, como una virgen casta á su único esposo.

REFLEXIONES.

Non enim qui seipsum commendat ille probatus est; sed quem Deus commendat. No es espíritu aprobado el de aquel que él mismo se recomienda y se alaba á sí propio, sino el de aquel á quien recomienda y alaba Dios. No obstante ser el mundo tan injusto en sus juicios, no puede menos de justificar la verdad de este oráculo, pues no sabe tratar sino con el mayor menosprecio á los que se engrandecen y se alaban á sí mismos. Entre todos los vicios, ninguno está mas desacreditado que el orgullo; y aunque el mundo está lleno de hombres que solo estudian en burlarse unos de otros, y engañarse recíprocamente, no puede sufrir á aquellas almas bajas que arrastrando siempre por la tierra, solo saben echar polvo á los ojos, y brillar con un esplendor aparente y artificial. Ciertamente si los hombres mas diestros en engañar estuvieran bien instruidos del concepto poco favorable que forman de ellos, aun aquellos mismos que en la apariencia los adoran, esto solo bastaria para abatir su necia vanidad y presuncion; pero es difícil corregir un error que igualmente preocupa el corazón que el entendimiento. *Infelices de vosotros*, dice el Profeta, *que sois sabios á vuestros propios ojos, ó que no siéndolo en los de Dios, quereis parecerlo á los ojos de los hombres.* Pero el orgullo se alimenta poco en la realidad; conténtase con una brillantez falsa y aparente; triunfa de la credulidad de los buenos; búrlese de la simplicidad de los sencillos: mas al cabo, ¿qué saca de hacer tanto ruido? La virtud lleva consigo mismo su esplendor, y el mérito su estimacion. Que se sepa ó que se ignore, no es menos rico el que encierra con mayor cuidado en su cofre su tesoro. Los cuerdos siempre desconfían de un hombre que solo se ostenta poderoso por sus excesivos gastos; y están esperando á que el engaño, la ruindad y la pobreza sigan muy inmediatamente á estas artificiosas ostentaciones.

Los que tienen mas mérito, son los que se alaban menos. No siempre conviene á cierto género de gentes darse á conocer mucho, porque la moderacion realza un mérito mediano. Las sombras resaltan los colores apagados, y si se les representa con demasiada claridad desaparecen. Alábase uno, revienta por darse á conocer para hacerse estimar, y se desacredita. En este afán de manifestarse y darse á conocer, se exponen á los ojos de todos cien groseros defectos que en el retiro se ocultarian aun á la perspicacia de los malignos; y la ansia ó el prurito de ser conocido, siempre se satisface á costa del que adolece de él.

Un hombre capaz y de buen entendimiento no se deja deslumbrar de falsas apariencias: su penetracion le conduce mas allá. Pero un entendimiento limitado jamás sale de su propio terreno: como es tan corta su esfera, no se extienden mas sus luces, y no descubriendo en los demás cosa que a su parecer no sea muy comun, solo se admira á sí propio. ¡ Buen Dios! ¡ Qué irracional es esta pasion! Y ¡ qué prueba tan clara es de una gran pobreza de talentos el concepto demasiadamente favorable de su propia excelencia! Al mérito mudo le da á conocer su sola brillantéz: el ruido solo sirve para descubrir el secreto orgullo que enfada y se reprueba: la verdadera virtud brilla y calla.

Pero el mérito que no es conocido, ¿de qué sirve? Mas yo replíco: y ¿qué añade al mérito este conocimiento? ¿es uno mas rico porque se sepa que lo es? Entre todos aquellos á quienes llega la noticia de nuestro mérito, ¿cuántos nos darán su voto? ¡ Cuántos nos le rebajarán allá en su corazon! ¡ Qué pocos habrá que en su concepto no le disminuyan, por persuadirse que tienen ellos mucho mas que nosotros!

Pero aun dado caso que todos los hombres fuesen menos injustos, ó menos envidiosos, y que todos estuviesen muy pagados de nuestro mérito; por ventura ¿toda su estimacion nos haria mas estimables? Lo cierto es que ella puede ser nociva á mi virtud; pero no puede aumentar su valor. Tanta verdad es, que al cabo siempre es menester recurrir á este oráculo: *No es digno de estimacion aquel que se recomienda y se engrandece á si mismo, sino aquel á quien Dios recomienda.*

De este Señor hemos recibido todo lo bueno que se halla en nosotros: entendimiento, talentos, industria, bellas prendas, sabiduría: todos son dones de su pura liberalidad, y en tanto nos hacen estimables, en cuanto los reconocemos por tales. ¿Tememos acaso que no nos encontrará, si no nos damos á conocer? ¿Ignora por ventura lo que somos? Aunque estemos sepultados en el retiro y en la oscuridad; aunque seamos invisibles y desconocidos á todas las criaturas, ¿qué importará con tal que él nos apruebe? La dicha y la honra de agradarle equivale para nosotros á todo lo demás.

El Evangelio es del capítulo xxv de san Mateo.

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis parabolam hanc: Simile erit regnum coelorum decem virginibus, quae accipientes lampades suas, ex-

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos esta parábola: Será el reino de los cielos semejante á diez vírgenes, que tomando sus lámparas, salieron á

ierunt obviam sponso, et sponsae. Quinque autem ex eis erant fatuae, et quinque prudentes: sed quinque fatuae, acceptis lampadibus, non sumserunt oleum secum: prudentes vero acceperunt oleum in vasis suis cum lampadibus. Moram autem faciente sponso, dormitaverunt omnes et dormierunt. Media autem nocte clamor factus est: Ecce sponsus venit, exite obviam ei. Tunc surrexerunt omnes virgines illae, et ornaverunt lampades suas. Fatuae autem sapientibus dixerunt: Date nobis de oleo vestro; quia lampades nostrae extinguuntur. Responderunt prudentes, dicentes: Ne forte non sufficiat nobis, et vobis; ite potius ad vendentes, et emite vobis. Dum autem irent emere, venit sponsus; et quae paratae erant, intraverunt cum eo ad nuptias, et clausa est janua. Novissime vero veniunt et reliquae virgines, dicentes: Domine, Domine, aperi nobis. At ille respondens, ait: Amen dico vobis, nescio vos. Vigilate itaque, quia nescitis diem, neque horam.

recibir al esposo y á la esposa. De estas, cinco eran necias, y cinco sabias; pero las cinco necias habiendo tomado las lámparas, no previnieron aceite consigo: por el contrario las sabias, juntamente con las lámparas dispusieron aceite en sus vasos. Tardando en venir el esposo, se adormecieron todas, y quedaron dormidas; pero á la media noche se oyó un clamor (que decia): Ved que el esposo viene, salid á recibirle. Entonces se levantaron todas aquellas vírgenes, y acomodaron sus lámparas: las necias dijeron á las prudentes: Dadnos de vuestro aceite, porque nuestras lámparas se apagan. No sea caso, respondieron las sabias, que el que tenemos no baste para nosotras y vosotras: id mas bien á los que lo venden, y compradlo para vosotras. Ínterin fueron á comprarlo, vino el esposo, con quien entraron á la sala de las bodas las que se hallaban dispuestas, y se cerró la puerta. Últimamente vinieron las demás vírgenes, diciendo: Señor, Señor, ábrenos; pero les respondió: En verdad os aseguro que no os conozco. Velad, pues, porque ignorais el dia y hora de mi venida.

MEDITACION.

De la indiferencia con que se mira la salvacion.

PUNTO PRIMERO. — Considera que ninguna cosa nos importa mas, ninguna nos interesa mas que nuestra salvacion; y con todo eso ninguna hay en que la mayor parte de los cristianos se ocupe menos. En el mundo todo es ocupacion, negocios, empleos, industrias, diversiones, y hasta la misma ociosidad: los dias mas largos parecen breves, la vida mas dilatada parece corta para todo lo que se llama negocio: todo merece nuestras atenciones: de sola la salvacion generalmente se descuida.

La salvacion es en rigor el negocio propiamente nuestro; todos los demás son extraños, son forasteros para nosotros. Son, digámoslo así, negocios del estado, del reino, del tribunal, del comercio, de tu comunidad, de tu familia, de tus hijos, de tus amigos; pero nada

de esto es negocio tuyo. Y si al salir de este mundo todo lo hiciste bien, menos el negocio de tu salvacion, haz cuenta que desempeñaste grandemente los negocios ajenos, pero que no hiciste tu negocio; y al contrario, si saliste bien en el de tu salvacion, aunque fueses infeliz en todos los demás, hiciste tu negocio personal: cada uno nació primero para sí, y después para los demás.

Es digno de admiracion que amándose tanto los hombres á sí mismos, hagan tan poca reflexion sobre una verdad en que tienen tanto interés: *Cuarenta años há, decia un cortesano á la hora de la muerte, que estoy trabajando en los negocios del rey, y ni un solo cuarto de hora he trabajado en el mio. Aunque debo al rey mucho amor, no tiene poder para alargarme un cuarto de hora la vida: si yo hubiera servido á mi Dios con tanta fidelidad, y con menos trabajo; ¡qué premio, qué alegría, qué dichosa eternidad me esperaria ahora!*

La salvacion no solamente es nuestro negocio personal, sino que es nuestro único negocio; porque hablando en propiedad, no tenemos otro negocio que este. Un pobre hombre, desnudo, abandonado, sepultado en la oscuridad y en el olvido, si se salva, hizo su negocio por toda la eternidad: ya á nadie ha menester para nada. Un hombre rico, dichoso, honrado, si se condena, es infeliz para siempre.

¿Estamos nosotros bien persuadidos de estas verdades? ¿Consideramos nuestra salvacion como nuestro único negocio? ¿Qué lugar ocupa en nuestro corazon y en nuestro cuidado? Respondámonos á nosotros mismos. Hombres de negocios, gente del mundo, esclavos de los pasatiempos, responded á lo que vuestra conciencia os pregunta, y á lo que ella misma os responde. ¿Hay alguna cosa que nos toque mas inmediatamente que la salvacion? ¿Es la salvacion el móvil de todos nuestros pensamientos, de todos nuestros designios, de todos nuestros pasos, intenciones y operaciones? ¿Va, por decirlo así, la salvacion al frente de todo cuanto hacemos? ¿Está en el lugar que la corresponde?

Los Santos, los ajustados todo lo refieren á esto: el negocio de la salvacion es el que enteramente los ocupa: cualquier otro negocio le posponen á él. ¿Son prudentes en esto? ¿Se engañan por ventura? ¿Hacen mal en la intencion resuelta que tienen de salvarse, y de preferir la salvacion eterna á todo lo demás? Pero si son prudentes, si son sabias estas personas cristianas, nosotros que pensamos tan poco y trabajamos tan poco en el negocio de nuestra salvacion, ¿qué seremos?

PUNTO SEGUNDO.—Considera que la mayor parte de los que son muy hábiles, muy capaces y muy diestros en los negocios del mundo, en el negocio de la salvacion son unos ciegos.

Es muy dificil salvarse en el mundo, dicen ellos; pues librémonos de este cuidado. Hay en el mundo mil estorbos que vencer; pues dejemos á los religiosos el empeño de superarlos. Es muy contagioso el aire que se respira en el mundo, todo él está lleno de peligros: pues expongámonos á él sin preservativos, y caminemos sin guia. El negocio de la salvacion es muy dificultoso, está lleno de espinas: pues no hay que matarnos mucho por trabajar en él desde luego: dejemos esto allá para cuando no podamos hacer cosa de provecho. Causa compasion este modo de discurrir, y la misma razon natural se amotina contra él. Pero ¿nunca hemos discurrido así nosotros? Y los que tanto se quejan de las grandes dificultades que hay en el mundo para salvarse, y trabajan tan poco en vencerlas, ¿discurren mejor por ventura, ó por desgracia?

En buena fe: aun cuando las dificultades que hay en el mundo para salvarse fueran de tanto bulto como se figuran, ó como se ponderan, ¿debíamos siquiera dudar un punto sobre la necesidad de vencerlas? Pero no es cierto que estas dificultades sean tan grandes como se abultan. A un enfermo y á un niño cualquiera carga se les hace muy pesada; pero en creciendo este, y en sanando aquel, llevan la misma carga sin dificultad. La mala disposicion de nuestro corazon hace que nos parezca tan penoso el camino del cielo. Digan los mundanos lo que quisieren, el yugo del Señor es suave, y su carga ligera: ¿qué dificultad, qué estorbo, qué aspereza hay que su gracia no la facilite, no la endulce, no la allane?

Pero concedamos á los cristianos tibios y cobardes que el negocio de la salvacion tiene dificultades, que es penoso. Y ¿por eso le hemos de mirar con indiferencia, nos hemos de acobardar, hemos de emperezar en trabajar en él? Sin embargo, esto es lo que se hace el dia de hoy en el mundo: y quiera Dios, quiera Dios que no haya tambien algo de esto aun en la misma vida religiosa. Luego se distinguen los fervorosos de los tibios. Siempre será verdad que las personas verdaderamente piadosas, las que se ocupan únicamente en el negocio de la salvacion, componen un rebaño pequeño: *Pusillus grex*. Parece que ya ha pasado á ser prescripcion la costumbre de mirar la salvacion con ojos indiferentes; apenas se piensa en ella, y falta poco para que se tenga lástima de los que ocupan en esto su pensamiento. Aquellas personas mundanas tan divertidas y tan ale-

gres; aquellos hombres de negocios y de pasatiempos, aquellos libertinos, aquellos indevotos, aquellas gentes tan poco cristianas que jamás piensan en el infierno, en la eternidad, en la salvacion, sino cuando la muerte los amenaza y los asusta; que solo se llegan á los Sacramentos cuando la muerte se va llegando á ellos; todos estos cristianos, fantasmones de la Religion, ¿miran la salvacion como su único y mayor negocio? Aun aquellas personas consagradas á Dios por voto, y obligadas por estado y por profesion á caminar incesantemente á la perfeccion cristiana, ¿viven siempre ocupadas en el cumplimiento de sus obligaciones? ¿Se afanan mucho por aspirar á lo que deben? ¿No tendrán cosa de que acusarse sobre su indiferencia en orden á la perfeccion evangélica?

¡Buen Dios! aun cuando el negocio de la salvacion fuera tan fácil, como es dificultoso, segun el sentir de las mismas gentes del mundo; aun cuando fuera de ninguna consecuencia este negocio, ¿se pudiera hacer menos caso del que se hace de él? ¿Qué negocio hay, qué bagatela que no nos merezca mas atencion y mas cuidado que este negocio tan decisivo de nuestra eternidad? Si se tratara de la fortuna de un extranjero, de la suerte, de la vida de un hombre desconocido, ¿se pudiera mirar con mas indiferencia este negocio que con la que tantos y tantos miran el de su eterna salvacion? Y á vista de esto, ¿habrá quien se admire de que sean tan pocos los que se salvan?

¡Ah, Señor, cuánta ha sido hasta aquí mi necesidad! Pero ¡cuál será mi suerte eterna, si Vos solo atendeis á mi infidelidad y á mi indiferencia! A vuestra misericordia me acojo, vuestra infinita bondad es todo mi refugio: lleno de confianza en vuestra divina gracia, voy desde luego á trabajar incesantemente en el negocio de mi eterna salvacion.

JACULATORIAS. — Dadme tiempo, Señor, dadme tiempo, que yo procuraré pagaros todo lo que os debo. (*Matth.* xviii).

No, Señor, no hay mas que un negocio necesario; este es el de mi salvacion. (*Luc.* x).

PROPÓSITOS.

1 Al ver la frialdad, y aun el disgusto con que la mayor parte de los cristianos mira todo aquello que conduce á salvarse, ¿quién no dirá que la salvacion es una cosa muy indiferente, que importa poco condenarse, y que Dios nos queda muy obligado cuando nos

da la gana de no perdernos? ¡Con qué destreza y con qué tiento es menester tratar á los libertinos, y á muchas damas del mundo cuando dan algunas señales de querer convertirse! Son necesarias la dulzura, la compasion, y aun la elocuencia, acompañada de todos los lenitivos que pueden inspirar el celo y caridad cristiana. Todo esto prueba el poco concepto que se hace de la salvacion, y la indiferencia con que se la mira. ¿Será buena disculpa el decir que esto de salvarse es cosa ardua? Pues qué, ¿la salvacion es para nosotros cosa indiferente? Tiene la salvacion sus dificultades, es cierto; pero ¿qué otro negocio hay que no tenga las suyas? ¿No hay algo que vencer para adelantarse por la carrera de las armas, para ser hombre de caudal en el comercio, para hacer fortuna por cualquier otro rumbo que se siga? ¿Quién hay que no conozca las dificultades que le salen al encuentro en su empleo, en su deber, en su estado? ¡Cuántos desvelos, cuántos sudores, cuántos malos ratos ha de pasar para vencerlas! ¿Qué estado, qué condicion hay en la vida que esté á cubierto de las inquietudes, de las mortificaciones, de los enfados, de los contratiempos? ¿Quién, sino que quiera ser tenido por un hombre insensato, se resuelve á estar ocioso con pretexto de que cuesta trabajo el aplicarse á sus negocios? ¿En qué clase del mundo colocáremos á los que nada quieren hacer por no cansarse? ¡Es posible que solo en el negocio de la salvacion nos ha de ser lícito no parecer racionales, que solo en él podamos mostrar falta de entendimiento y de conducta sin peligro de desacreditarnos por eso! Mira, pues, con horror desde este momento tan detestable indiferencia, y convéncete de que es la mas insigne locura, la mas funesta y la mas irremisible desdicha no aplicarse con seriedad al negocio de la salvacion. Acaba siempre las preces ú oracion de la mañana con estas bellas palabras que deberian estar grabadas en todas las paredes: *Porro unum est necessarium*. Hoy no tengo mas que un negocio preciso y necesario, que es el de mi salvacion. Procura tenerlas escritas con letras grandes en alguna parte pública de tu cuarto, donde te den, por decirlo así, en los ojos muchas veces al dia; y cuando te salga mal alguna pretension, algun negocio temporal, imagina que te dice Dios allá dentro del corazon: *Porro unum est necessarium*. Una sola cosa te es necesaria, que es salvarte.

2 Imponete una ley de no emprender jamás negocio alguno que no le refieras á la salvacion. Díte á tí mismo lo que se decia á sí propio san Francisco de Borja: Este negocio, este estudio, esta diversion, ¿conducirán para salvarme? Déjalo todo antes que dejar las obli-

gaciones de cristiano: ningun negocio ha de estorbarte tus ejercicios espirituales diarios, tu oracion, tu misa, tu leccion espiritual, tu visita de altares, tu frecuencia de Sacramentos. El hombre de un solo negocio todo está ocupado en él.

DIA XXII.

MARTIROLOGIO.

LOS SANTOS MÁRTIRES FAUSTINO, TIMOTEO Y VENUSTO, en Roma. (*El primero era español, y los otros italianos, siendo martirizados en los primeros siglos del cristianismo*).

LOS SANTOS MÁRTIRES CASTO Y EMILIO, en África, los cuales consumaron el martirio en el fuego. De ellos escribe san Cipriano, que siendo vencidos en el primer combate, salieron victoriosos en el segundo con la gracia del Señor, quedando hechos mas fuertes los que antes cedieron á las llamas.

SANTA JULIA, virgen, en Córcega; la cual en la cruz alcanzó la corona del martirio. (*Véase su vida en las de hoy*).

SAN BASILISCO, mártir, en Comana en el Ponto, al cual, siendo emperador Maximiano y presidente Agripa, le calzaron unas chinelas de hierro, clavándoselas en los piés con clavos hechos ascua; lo atormentaron con otros diversos tormentos, y por último, habiéndolo decapitado, y echado su cuerpo en un río, alcanzó la corona del martirio.

SANTA QUITERIA, virgen y mártir, en España. (*Véase su noticia en las de hoy*).

SAN MARCIANO, obispo y confesor, en Ravena.

SAN ROMAN, abad, en territorio de Auxerre; el cual sirvió á san Benito en la cueva, y pasando después á Francia, edificó allí un monasterio, y dejando en él muchos discípulos de gran santidad, murió en el Señor (*á fines del siglo II*).

SAN FULCO, confesor, en Aquino.

EL BEATO ATHON, del Orden de Vallecumbrosa, en Pistoya de Toscana. (*Véase su noticia en las de hoy*).

SANTA ELENA, virgen, en Auxerre.

SANTA RITA, viuda, en Casia en Umbría, del Orden de ermitaños de san Agustín, la cual después que se le murió el marido, amó únicamente al eterno esposo Jesucristo. (*Véase su vida en las de hoy*).

SANTA RITA DE CASIA.

Entre los pueblos fértiles del reino de Umbría, pertenecientes al obispado de Espoleto, es uno Casia, á cuya jurisdiccion pertenece Roca-Porrena, donde en el siglo XIV de nuestra era cristiana vivian dos esposos con admirable edificacion en su dichoso matrimonio, distinguiéndose sobre otras virtudes en la especial gracia de componer discordias, llamados por lo mismo pacificadores de Jesucristo.

Sentian en el alma verse privados de sucesion para su consuelo; y para conseguirla, recurrieron á Dios por medio de oraciones fervorosas y obras de piedad, suplicándole se dignase concederles fruto de su bendicion. Oyó el Señor agradable sus peticiones, y repitiendo con la madre de Rita los prodigios de fecundidad que antiguamente con Ana é Isabel, concibió en su ancianidad. Admirada con la novedad, la consoló un Ángel con la agradable noticia de que daría á luz una hija muy amada de Dios, y estimada de los hombres por su eminente virtud. Desde luego quiso el cielo manifestarlo así, pues nació sin el menor dolor de su progenitora; dispensando en esto el Todopoderoso la ley penal, impuesta á todas las mujeres en cabeza de Eva, por los méritos previstos de la recién nacida, por cuya boca se vió salir y entrar estando en la cuna un prodigioso enjambre de abejas blancas como la nieve, indicio nada equívoco de su inocencia, de su candor, de su dulzura y de su suavidad.

Dudaban los padres sobre el nombre que se la habia de imponer en el Bautismo, y se les reveló fuese el de Rita, jamás oido en el mundo, expresion significativa de su rectitud, como lo acreditó en su prodigiosa vida. Prevínola Dios con sus dulces bendiciones: dótola de un corazon noble, generoso y compasivo, de un entendimiento vivo, sólido, penetrante y perspicaz, y de una propension natural á la virtud. Todas estas cualidades ahorraron á sus padres las penosas fatigas de una costosa educacion; y tuvieron el consuelo de ver en la niña un pequeño prodigio de la divina gracia, que parecia obraba en ella con mas actividad que la misma naturaleza. La leccion de los libros piadosos, y otros muchos ejercicios de devocion eran todos los entretenimientos de Rita en su infancia, notándosele ya en aquella tierna edad un sumo horror á todo cuanto podia lastimar levemente la pureza, una indiferencia, y aun un desprecio total á las galas y vanidades; persuadida que los adornos exteriores, por mas preciosos y ricos, no pueden dar un solo grado de mérito á las doncellas cristianas.

Su hermosura, su modestia y su compostura, acompañadas de cierto aire de santidad que se dejaba ver siempre en todas sus acciones, le mereció el concepto de la vírgen mas prudente y cabal de su siglo; y amada por lo mismo cada día mas de sus padres, vinculando estos toda su felicidad en proporcionarla un ventajoso matrimonio, apenas llegó á la edad competente, la prometieron á uno de los muchos que se declararon pretendientes de su mano, sin consultar con la inclinacion de la hija, ni tener atencion á la resuelta determinacion

que ya habia tomado de consagrar al Esposo eterno su virginidad. Sintió Rita en el alma golpe tan inesperado, y consultando en semejante conflicto con el Señor, le inspiró obedeciese á sus padres; siguiendo en esto la divina Providencia el designio de que fuese un modelo de perfeccion en el estado de matrimonio, como lo habia sido en el de vírgen.

Luego que entró Rita en el nuevo estado, hizose cargo de las obligaciones y trabajos de él. Su primer cuidado fue estudiar el genio, la inclinacion y el humor de su marido para darle gusto en todo; pero tuvo la desgracia, que manifestó á breve tiempo una condicion brutal, cuyas pasiones dominantes eran la cólera, y una desenfrenada incontinencia. Aunque la Santa se dedicó á templar la una con su modestia y apacibilidad, y la otra con su paciencia y disimulo, con todo dejándose conducir el bárbaro marido de su destemplanza, hacia que fuese víctima de su furor la esposa que por título ninguno merecia; llegando sus desprecios al extremo de injuriarla con indecentes palabras, y maltratarla con peores obras. Sufrió Rita con indecible paciencia tan deshecha tempestad por espacio de doce años, resignándose en todo con la voluntad de Dios. El único consuelo que tenia en sus aflicciones era el recurso á la poderosa intercesion de la santísima Vírgen, y al patrocinio de san Juan Bautista, san Agustin y san Nicolás de Tolentino, á quienes profesaba una particularísima devocion, empleándose en rigurosos ayunos y obras de piedad, pidiendo á Dios mudase la condicion de su esposo. Oyó el cielo sus reverentes súplicas, y haciendo que reflexionase el bárbaro los grandes ejemplos que en tanto tiempo habia observado en su mujer; admirado de su apacibilidad, de su sufrimiento, y demás virtudes, se convirtió en manso cordero de un fiero leon; no siendo ya aquel colérico, altivo, soberbio, disoluto, sino otro por el contrario, modesto, humilde, casto, y temeroso de Dios.

Serenada tan terrible borrasca, llena Rita de gozo por semejante trasmutacion, se aplicó enteramente á la educacion de los hijos que se sirvió darla el Señor, y al gobierno de su familia, alentándoles á todos á seguir por el camino de la virtud con sus sabias exhortaciones y admirables ejemplos. Ocupada en estos oficios propios de su obligacion, ocurrió la muerte desgraciada de su marido, la cual sintió con su acostumbrada piedad, y procuró encomendarle á Dios por cuantos sufragios y obras meritorias recomienda nuestra santa Religion. Pero precaviendo que pudiera trascender á sus hijos el resentimiento del violento homicidio de su padre, no satisfecha de ex-

hortarles continuamente á que en tiempo alguno debian tomar venganza, sino perdonar al agresor, por mandarlo así Dios en su sacrosanta ley, suplicó al Señor les llevase para sí (siendo su voluntad), á fin de que no incurriesen en semejante crimen: cuya oracion fue oida por Dios.

Viéndose Rita desembarazada de todo lo que podia detenerla en el mundo, resolvió poner en ejecucion los primeros deseos de consagrarse al Señor. Pasó á este efecto al monasterio de Santa Maria Magdalena, del Orden de san Agustin, sito en Casia, donde pidió el hábito de religiosa con humildes ruegos y súplicas fervorosas; pero se le negaron por primera, segunda y tercera vez, disponiéndolo así Dios para que fuese su entrada mas ruidosa. Conformándose con la voluntad divina, se propuso formar en su habitacion un retiro donde servir á Dios, como pudiera en el claustro la mas perfecta religiosa, ocupándose en cuantos laudables ejercicios recomienda el Apóstol á las verdaderas viudas cristianas, brillando en este estado con el mismo ejemplo maravilloso que en el de vírgen y en el de casada.

Estando una noche en fervorosa oracion, oyó tocar á la puerta, y llamarla por su nombre; pero no habiendo visto á persona alguna luego que salió á responder por la ventana, volviéndose al mismo ejercicio, quedó en un éxtasis admirable, y en él se le aparecieron tres respetables varones, que le dijeron con dulces palabras: *Ven, Rita amada, pues es tiempo ya de que entres en el monasterio, del que has sido tantas veces repelida.* Consolada con tan extraordinario favor, acompañada de los tres venerables emisarios, que lo fueron san Juan Bautista, san Agustin y san Nicolás de Tolentino, caminó por un espantoso sitio, que está á la ribera de Roca-Porrera, y entró en el monasterio de Casia, estando cerradas todas las puertas y ventanas, con particular admiracion de las religiosas, que en vista del prodigio tuvieron que admitir por fuerza superior á la que no quisieron voluntariamente.

Ya constituida dentro del claustro, se llenó el corazon de Rita de imponderable consuelo al verse retirada del mundo, para dedicarse enteramente al servicio del Señor; acompañando al despojo universal de todos los bienes de la tierra el sacrificio de su propia voluntad. Sin embargo de estar tan acostumbrada en el siglo á tanta oracion, y tan rigurosas mortificaciones, luego que vistió el hábito se adelantó considerablemente en semejantes ejercicios; sujetóse rendidamente á todas las menudencias de la regla, huyendo de toda

singularidad; y reputándose indigna de estar en la compañía de las religiosas, se humillaba continuamente delante de ellas, y no habia en el monasterio oficio tan humilde y trabajoso que no deseara hacer. Ninguna novicia principió con mas fervor la vida religiosa, ni hizo en breve tiempo mayores progresos en la carrera de la perfeccion. Oyó un dia en el sacrificio de la misa cantar aquellas palabras del Evangelio, que dijo Jesucristo á sus discípulo: *Yo soy el camino, la vida, y la verdad*; é ilustrada perfectamente en el significado de estas expresiones, quedó tan encendida en el amor de Dios, como si fuese un abrasado Serafin.

Con estas preparaciones hizo su profesion; y en la noche siguiente á la solemnidad de aquel acto, tuvo la dicha, como otro patriarca Jacob, de ver una escala que llegaba desde la tierra al cielo, á donde la dijo su esposo Jesucristo que habia de llegar por los grados de sus votos. Alentada con este extraordinario favòr, hizo Rita empeño de satisfacer las promesas hechas á Dios, y en efecto las cumplió en términos que llenó de admiracion á las mas perfectas religiosas. Jamás se vió en el claustro mas ciega obediencia, mayor pobreza evangélica, ni castidad mas pura. Quiço probar la Priora la obediencia de Rita, mandándola regar un tronco seco del huerto por mucho tiempo, y sufrió sin replicar este penoso é inútil ejercicio, hasta que le alzó el precepto. La misma exactitud observó en la pobreza, bien justificada en la renuncia total de cuantos bienes poseia en el siglo: viviendo gustosísima atendida á la Providencia. En cierta ocasion que pasaba á Roma con sus hermanas (en tiempo que no guardaban clausura las religiosas) á ganar el jubileo, dió una prueba nada equívoca del amor que profesaba á esta virtud, arrojando á un rio una moneda que se hallaron, exhortándolas que debian caminar confiadas solo en la proteccion de Dios. Su delicadeza en la observancia de la castidad fue tan escrupulosa, que le mereció el renombre de angélica. Hizo el príncipe de las tinieblas los mas fuertes ataques para manchar su pureza, representándola los objetos mas vivos y libidinosos; pero fueron en vano todas sus fuertes tentativas, porque las mas furiosas y vehementes sugestiones solo sirvieron de vergonzosa confusion á los espíritus malignos, quedando siempre victoriosa Rita de las baterías de todo el infierno.

La penitencia con que nuestra Santa castigó su cuerpo llenó de asombro á los espíritus mas robustos. Sobre los rígidos ayunos que hacia en los dias prescritos por la Iglesia, en las dos cuaresmas además de la comun para todos, y de los que ejecutaba á pan y agua

en todas las vigiliass de las festividades de María santísima, añadía otras asperísimas mortificaciones. De continuo traía pegada á la carne una túnica de cerdas de puerco, con que se martirizaba. Todos los días tomaba tres sangrientas disciplinas; la primera con cadenillas de hierro por sufragio de los difuntos: la segunda con correas por los bienhechores; y la tercera con cordeles retorcidos por la conversión de los pecadores; satisfaciendo á las que le reconvenían sobre este rigor, con el Apóstol, que castigaba su cuerpo para reducirle á la servidumbre de la razón, y desarmar de este modo al enemigo infernal: dejándose ver en medio de tan excesivas maceraciones acompañada de apacibilidad, dulzura, suavidad, y una modesta alegría para con todos.

Portentosa Rita en todos los referidos ejercicios, en lo que mas se dejó admirar fue en el modo maravilloso con que estaba dedicada á la oración: aunque en todo el discurso del día, ó por mejor decir, todo él, todas las horas, y todos los instantes se hallaba su mente elevada á Dios, se destinaba con especialidad á este santo ejercicio desde la media noche hasta romper la aurora; pareciéndole tan corto este tiempo, que se quejaba no pocas veces del sol, porque al salir la privaba con sus rayos de la quietud y reposo en que estaba anegada con el silencio de la noche entregada á dulces contemplaciones; en las cuales no pocas veces se dejaba ver en amorosos éxtasis, el cuerpo inmóvil, los ojos levantados al cielo, ó clavados fijamente en la imagen de un Crucifijo, el rostro inflamado con el fuego del amor divino; tan agradable y pacífico, que mostraba bien los deliciosos consuelos de su alma.

Los misterios de la pasión y muerte de Nuestro Redentor eran la materia mas frecuente de sus largas meditaciones; y para que estos pudiesen excitar su devoción y afecto con mayor actividad, hizo fijar en su celda los pasos de la pasión de Jesucristo, con el fin de hacer el Via Crucis todos los días; cuyo ejercicio practicaba con tal ternura, que en repetidas ocasiones la hallaron las religiosas ó distraída enteramente de los sentidos, ó en tierra desfallecida á fuerza del dolor que sentía su alma.

Contemplando cierto día el vehemente dolor que padecería el Señor cuando le pusieron la corona de espinas, le suplicó se dignase hacerla participante de aquella pena; y con efecto, condescendiendo Jesucristo con sus ruegos, le fijó en la frente una aguda espina de su corona, la cual sobre el dolor mas vivo que le causó, la produjo una herida incurable, siempre llena de gusanos y de putrefacción,

cuyo intolerable hedor la hizo separarse de sus hermanas para no serles molesta, quedando con este motivo sola en plena libertad para comerciar únicamente con Dios. Sufrió con indecible paciencia todo el discurso de su vida esta penosísima mortificacion, á excepcion de un corto tiempo que pasó á Roma á ganar el jubileo, en el que, por haberse resistido la superiora á concederle este permiso por razon de la asquerosidad de la llaga, se le cerró prodigiosamente; bien que á su regreso al monasterio se volvió á abrir, manteniéndose en la misma disposicion hasta su muerte.

El mérito que contrajo Rita en el dilatado tiempo de su padecimiento, y el grado á que se elevó su espíritu en la contemplacion, no son fáciles de poderse explicar, como ni tampoco el heroismo en toda clase de virtudes teológicas y morales. A la fama de su eminente santidad concurrían innumerables personas de todas partes con el fin de admirar aquel oráculo celestial, por quien el Espíritu Santo dispensaba sus dones con liberalidad en favor de aquellos por quienes se interesaba la caridad de su amada sierva. Admirable entre otras especiales gracias la de su conocimiento, penetracion y explicacion de los mas sublimes misterios de nuestra santa fe.

Visitóla el Señor últimamente por medio de una penosa y dilatada enfermedad, en la que dió ejemplo de sufrimiento y resignacion con la divina voluntad, sin que perdiese nunca, en medio de los dolores, su apacibilidad, su tranquilidad y su paciencia inalterable. Sobre todo llenó á las religiosas de admiracion el ver cómo se podia mantener tanto tiempo con el corto alimento que tomaba, creyendo que la frecuencia de la sagrada Eucaristía supliria el sustento corporal. En fin, consumida aquella bienaventurada víctima mas á violencia del amor divino que al rigor de la enfermedad; después que recibió los últimos Sacramentos con la devocion y ternura propias de su espíritu, todo abrasado en divinos incendios, y de haber pedido á sus hermanas perdon por sus defectos; recreada con la vista de su amado Esposo y de su santísima Madre, que la dejaron anegada en dulces contemplaciones, rindió su espíritu en manos del Criador en el día 22 de mayo del año 1456, quedando su rostro tan hermoso y apacible como si estuviese dormida.

Luego que espiró, dió el cielo grandes pruebas de la santidad y gloria de su fiel sierva por medio de muchos prodigios. Inmediatamente despdió su cuerpo una fragancia sobrenatural, que trascendió por todo el monasterio, y se tocaron por si las campanas de Casia, anunciando el dichoso tránsito de aquella amada esposa de Je-

sucristo. Pero lo mas admirable fue, verse convertida en resplandor brillantísimo la llaga de su frente, que hasta allí se mantuvo llena de gusanos y putrefaccion. Tuvieron las religiosas en el féretro su cadáver algunos dias para satisfacer la devocion de la multitud de gentes que concurrían á venerarle; después la depositaron en el mismo oratorio en que tuvo la dicha de ser participante de la espina de la corona del Señor, donde se conserva con reja al coro y á la iglesia, para que tanto las religiosas, como el pueblo, puedan disfrutar la vista de aquel venerable cuerpo, que se mantiene después de tantos siglos incorrupto, con los mismos síntomas, color y flexibilidad que si estuviese dormido; con la particularidad de participar igual incorruptibilidad los vestidos con que se enterró, y aun los que usó en vida.

La multitud de milagros que obró el Señor por la intercesion de Rita movió á las religiosas de Santa María Magdalena de Casia á que solicitasen de la Silla apostólica su beatificacion y canonizacion: y reunidas sus eficaces súplicas con las de los pueblos de Umbría y de toda la religion de san Agustin para con Urbano VIII; constando á Su Santidad los mismos prodigios, cuando fue obispo de Espoleto: concluidos los procesos informativos correspondientes, la declaró beata por su bula de 2 de octubre de 1627, y después la mandó poner en el catálogo de los Santos con las ceremonias acostumbradas en el de 1634.

En el dia que se celebró la fiesta de su beatificacion, entre otros muchos milagros, se advirtió con particular admiracion de la multitud de concurrentes, que abrió la Santa los ojos tan refulgentes como si estuviese viva, habiéndolos tenido cerrados hasta entonces; y continuando Dios en hacerla maravillosa, todos los años en el dia de su festividad se levanta su cuerpo del fondo donde está hasta la superficie de la reja. Y cuando alguno de los correspondientes superiores quieren ver su cuerpo, ó por devocion, ó por otro motivo, se eleva á la superficie del arca, para ofrecerse á la inspeccion mas fácilmente. Notándose tambien, que cuando el Señor quiere hacer algun milagro por su intercesion, se percibe algunos dias antes un olor fragantísimo en el monasterio.

SANTA QUITERIA, VÍRGEN Y MÁRTIR.

Santa Quiteria, cuya memoria es y ha sido célebre en España desde los primeros siglos de la Iglesia, aunque nació de padres gen-

tiles, dispuso la divina Providencia ilustrarla con el conocimiento del verdadero Dios por medio de la fe, en la cual fue educada desde sus mas tiernos años. Muchos escritores estiman por fabulosa la historia del nacimiento de esta ilustre Mártir de Jesucristo con el de sus ocho hermanas; pero á los reparos que contra ella objetan los críticos se satisface por todos en la vida de santa Librada, dia 20 de junio, á donde remitimos al lector, para no molestarle con repeticiones.

No obstante la certeza de su martirio (sobre lo que no cabe duda), y de su culto inmemorial en España, autorizado por los oficios eclesiásticos, varían los escritores en la referencia de su vida, y actas de su martirio; pero esta diversidad es inculpable en un reino que ha sufrido tantas y tan repetidas irrupciones de los bárbaros, por cuyo furor perecieron los monumentos antiguos, relativos á esta y otros muchos Mártires, defraudando á la posteridad de noticias tan importantes.

Debemos contentarnos, pues, con venerar á esta ilustre Mártir de Jesucristo, que testificó con su sangre las infalibles verdades de nuestra santa fe contra el supersticioso furor de los paganos, á últimos del siglo II. En Toledo se celebra hoy la fiesta de santa Quiteria, y su oficio es todo del comun de las Vírgenes.

SANTA JULIA, VÍRGEN Y MÁRTIR.

Habiendo sorprendido á Cartago el año de 439 Gensérico, rey de los vándalos, uno de los mas ardientes protectores del arrianismo, ejecutó las mas bárbaras crueldades, principalmente en las familias mas distinguidas de aquella populosa ciudad. Resuelto á fijar en ella su corte, quiso desembarazarse de todo lo que podia causarle algun recelo. La primera que experimentó su inhumanidad fue la nobleza. Quitó la vida, ó les obligó á que la salvaran huyendo, á todos los que ocupaban los cargos, ó lograban en la república algun crédito. Despojó á los ricos de sus haciendas, á las iglesias de sus ornamentos, apoderándose de todos los vasos sagrados; y no contento con reducir á los mas ilustres ciudadanos al estado de mendigos, á todos los hizo esclavos. Las mujeres y doncellas de distincion fueron vendidas á los mercaderes, y por muchos dias fue entregada al pillaje la ciudad.

Entre estas ilustres esclavas se halló una de la primera nobleza, llamada Julia, que habiendo sido educada con el mayor cuidado en

las santas máximas de la religion cristiana, habia hecho maravillosos progresos en la virtud, y era la admiracion de toda la ciudad. Arrancada del seno de su familia, fue vendida á un mercader gentil, llamado Eusebio, que la condujo á Siria. Fácilmente se deja considerar cuánto sentiria Julia una mudanza tan espantosa de condicion. Acostumbrada á ser servida, y á vivir delicadamente, se vió reducida á la triste suerte de servir y de vivir como una vil esclava.

Solo halló consuelo en la Religion y en su propia virtud. La vista de Jesucristo crucificado templaba la amargura de su corazon, y detenia el torrente de sus lágrimas. Conoció que por servir á un amo idólatra, no por eso era menos sierva de Jesucristo, y se dedicó á cumplir exactamente con todas las obligaciones de su estado, sacrificándose mas y mas en la penosa y abatida condicion de esclava. Bien presto se dejó reparar, y aun admirar su virginal modestia, su compostura, su porte y su aplicacion á los oficios á que la destinaban. Estimábala tanto su amo, que el aprecio llegó á ser veneracion; y solia decir que sentiria menos la pérdida de todos sus bienes, que el perder solo á su esclava.

Este favor que merecia Julia á su amo, solamente la servia para dedicarse con mayor libertad y con mas ardiente fervor á los ejercicios de su santa Religion. Ayunaba rigurosamente todos los dias; el amo se afligia al ver lo mal que Julia se trataba; pero todas sus instancias, y todos los medios de que se valió para obligarla á comer, y á darse mejor trato, solo pudieron conseguir que se dispensase en el ayuno los domingos. El amor a la castidad se dejaba ver en todas sus acciones, no pudiendo subir á mas su delicadeza en esta preciosísima virtud. Aunque su extraordinaria hermosura la ponía en tantos peligros en medio de aquellos paganos, se habia hecho tan respetable por su virtud y por su modestia, que los paganos mismos se portaban con la mayor circunspeccion quando se hallaban en su presencia.

En acabando con las haciendas de la casa (porque su virtud no se acomodaba con la ociosidad) empleaba el tiempo en oracion, y en la leccion de libros devotos que pudo salvar del pillaje de su casa.

Como si no fuera bastante el trabajo de servir para una doncella tierna, noble, criada con regalo y con la mayor abundancia, añadía crueles penitencias á las penalidades de su estado. Tenia grabado en su corazon á Jesucristo crucificado, y esta memoria renovaba cada dia su fervor, dándola nuevo aliento y nuevo gusto en las mortificaciones cada vez que le contemplaba. A la verdad derramaba el

Señor en su alma tan abundantes consuelos, que siempre se la veía con un semblante risueño, y apenas vez alguna se ponía en oracion, que no corriesen de sus ojos dulces y copiosas lágrimas.

El mayor elogio de la religion que profesaba Julia era su vida ejemplar; acreditábala con sus obras; y su mismo amo, aunque gentil, no cesaba de alabar continuamente la religion cristiana. Llenábase nuestra Santa de consuelo al ver la justicia que se hacia á su religion; pero en esta prosperidad una sola cosa la afligia, y era parecerle que esto mismo la ponía cada dia mas distante del martirio, por el cual ansiosamente suspiraba. La esperanza que siempre habia tenido de derramar su sangre por Jesucristo, era lo que la alentaba en la triste condicion en que se veía; este era el objeto de sus ansias, la materia ordinaria de sus oraciones, y la gracia singular que incesantemente pedía á Dios por intercesion de la santísima Virgen, á quien profesaba muy tierna devocion: pedíala diariamente con las mayores instancias que la alcanzase de su querido Hijo la palma del martirio.

Siendo tan amada del Hijo y de la Madre la humilde sierva de Dios, no podía dejar de ser oída. Habíanse ya pasado algunos años de su esclavitud en Siria, cuando a su amo Eusebio, que hacia en las Galias un gran comercio en los géneros mas preciosos de Levante, se le ofreció un viaje á la Provenza, y resolvió llevar consigo á su esclava. No podía Julia resistir á la voluntad del que tenia autoridad para mandarla. Embarcóse, pues, no dudando que tendria sus altos fines la divina Providencia en disponer aquel viaje, en el cual no la podian faltar, cuando menos, muchas ocasiones de padecer, y quizá se le proporcionaria la del martirio, porque tanto suspiraba. Con efecto, la halló antes de mucho tiempo. Hizo arribada el navío en la isla de Córcega; mandó Eusebio echar el áncora; y noticioso de que los habitantes de la isla, todos idólatras, celebraban una gran fiesta en honor de sus falsos dioses, quiso asistir á ella, y saltó á tierra con toda la gente.

Entró en el templo, y sacrificó un toro al demonio. Al sacrificio se siguió el convite y la disolucion, como era de costumbre. Julia se habia quedado á bordo con parte del equipaje; algunos criados de Félix, gobernador de la isla, entraron en el navío; y habiendo visto á Julia hincada de rodillas, preguntaron á los de la tripulacion qué hacia allí aquella doncella. Respondiéronles que era una esclava del Sr. Eusebio, la cual trataba de vanas supersticiones todas sus ceremonias y todos sus sacrificios, sin poder llevar en pacien-

cia ni aun el nombre solo de los ídolos. Volvieron á tierra los criados del Gobernador, y luego le contaron como en el navio habia una tierna doncellita, que hacia burla del culto de los dioses, y condenaba los sacrificios.

Era Félix uno de los hombres mas encaprichados y mas ardientes defensores de las supersticiones paganas; y preguntó á Eusebio, por qué razon no habia concurrido al sacrificio todo el equipaje del navio, y quién era una doncella de poca edad que venia en él, y se burlaba de todas sus ceremonias. Es, respondió Eusebio, una doncellita cristiana, esclava mia, de quien jamás he podido conseguir que mudase de religion por mas arbitrios de que me he valido para este fin; pero en lo demás es de costumbres irreprehensibles; me sirve grandemente, y me tiene hechizado su modestia. Ella es la que gobierna mi casa, y cada dia admiro mas su fidelidad. — Con todo eso, replicó Félix, yo os aconsejo que la obligueis á que rinda á los dioses el debido culto, ó en caso de no quererlo hacer, á que os desahagais de ella. — Ni á uno ni á otro me puedo resolver, respondió Eusebio, y el mejor partido que podemos tomar es dejarla en paz. — Pues vendédmela á mí, replicó Félix, que yo os daré por ella todo cuanto me pidiéreis; y si no quereis dinero, escoged entre todas mis criadas aquellas cuatro que mas os agradaren. — Todo cuanto teneis, respondió Eusebio, no vale lo que ella merece; y antes perderé yo todo cuanto tengo, que perderla á ella.

Conoció el Gobernador que nunca lograria de él que se la entregase voluntariamente, y que era menester recurrir al artificio. Dispuso, pues, un magnífico banquete, como para cortejar á Eusebio, y tuvo gran cuidado de embriagarle. Logrólo, y aprovechándose de la ocasion, dió orden á sus criados que fuesen á bordo, y que trajesen á Julia á su presencia. Cuando la tuvo delante la dijo con artificiosa ternura: No temas, hija mia, que se pretenda hacerte algun insulto; estoy muy informado de tu virtud, y no merecen tus prendas que gimas por mas tiempo en el indigno estado de esclava. Quiero tomar de mi cuenta tu fortuna, y no pido de tí otra correspondencia que el que vengas al templo á cumplir con tus devociones, y hacer sacrificio á nuestros dioses. Yo pagaré á tu amo tu rescate: si quisieres mantenerte en nuestra isla, no te faltará un esposo digno de tus prendas y de tu persona; y si gustares de irte á otra parte, yo te pondré donde eligieres, y te equiparé á mi costa de todo lo que necesitas.

Respondió Julia con mucha modestia y compostura, pero con igual

resolucion, que ella se consideraba verdaderamente libre, mientras tuviese la dicha de ser sierva de Jesucristo; que estaba contenta con su condicion, y que ni pretendia ni pensaba en hacer otra fortuna que la del cielo. Pero en órden á ese culto que me proponeis, añadió levantando la voz para ser oida de todos, tened entendido que el sumo horror con que miro vuestras ciegas supersticiones me hace estremecer solo al oir semejante proposicion. Soy cristiana, y mi mayor dicha será perder la vida por mi Señor Jesucristo.

Irritado Félix con tan animosa respuesta, la mandó abofetear tan cruelmente, que se dejó ver bañado en sangre su virginal semblante. Dijo entonces la Santa: Mi dulce Salvador fue primero abofeteado por mí; gran dicha es la mia ser tambien abofeteada por mi dulce Salvador. Saliendo Félix fuera de sí, ordenó que la colgasen de los cabellos, y que la moliesen á palos. Hubiera espirado en este tormento á no haberla conservado Dios la vida milagrosamente. En medio de él se la oyó exclamar de esta manera: *Seas mil veces bendito, amable Salvador mio, por la insigne gracia que concedéis á vuestra humilde sierva; dichosa yo si merezco tener alguna parte en vuestros dolores; pero ¡ah, Señor, y qué grande diferencia! A mi me arrancan los cabellos, y yo veo una corona de espinas que traspasan vuestra sagrada cabeza; verdad es que á mi me quebrantan á palos, pero vuestro sagrado cuerpo está despedazado con crueles azotes; contra mí vomitan maldiciones, mas tambien os estoy mirando á Vos harto de oprobios.* Triunfaba de alegría en medio de los mas atroces suplicios, cuando temiendo el Gobernador que despertase Eusebio, y no le permitiese llevar al cabo su bárbara resolucion, hizo que á toda priesa se levantase una cruz, ó una especie de horca, para colgar de ella á la Santa. A vista de la cruz se llenó de nuevo gozo, y exclamó diciendo: *Siempre he deseado ardientemente, ó amado Salvador mio, dar la vida por Vos; pero nunca me atrevi á prometerme la honra de darla en un madero á imitacion de mi divino Maestro. Dignaos, Señor, admitir el sacrificio que os ofrezco de ella; tened misericordia de estos pobres ciegos, y perdonadles mi muerte.* Apenas pronunció estas palabras cuando la colgaron los verdugos, y en el mismo punto en que espiró, despertó Eusebio. En vano llenó el aire de quejas y de amenazas al Gobernador; Julia era muerta, y tan inútiles fueron sus lágrimas como su resentimiento.

Luego que espiró la Santa se apoderó un secreto terror del corazon de los impíos que habian contribuido á su muerte, ó se habian hallado presentes á ella. Retiráronse todos con precipitacion, y mien-

tras tanto se aparecieron dos Angeles á unos santos monjes que habitaban cierta isla vecina, llamada la isla Margarita, por otro nombre Gorgona, y habiéndoles informado de todo lo sucedido, les mandaron de parte de Dios que fuesen á retirar el cuerpo de la Santa. Embarcáronse al punto, y llegando al cabo, encontraron al sagrado cuerpo pendiente todavía de la cruz; y descolgándole, se volvieron á embarcar con él, llevando todos palmas en las manos, y cantando salmos. Los monjes de la isla Capraria, ó Cabrera, mas inmediata á Córcega que la antecedente, salieron á recibir el santo cuerpo, y acompañándole como en triunfo hasta la puerta de su monasterio, dejaron que se le llevasen los de Gorgona, donde estuvo sepultado en un magnífico sepulcro hasta el año 763, en que Didier, rey de Lombardía, le hizo trasladar á Brescia, ciudad de sus Estados, y hoy perteneciente á la república de Venecia, donde fue depositado en la iglesia del bello monasterio de monjas que él mismo habia fundado, y era abadesa de él su hija Angelberga. Hicieron las religiosas edificar otra iglesia mucho mas suntuosa que la primera, dedicándola á santa Julia, y fue trasladado á ella el santo cuerpo con gran concurso de los pueblos. El martirio de esta ilustre vírgen sucedió el día 22 de mayo. En el lugar donde fue colgada de la cruz brotó una fuente milagrosa, que aun se conserva el dia de hoy, y en el mismo sitio se levantó una capilla en honra de la Santa, donde cada dia la ilustra mas el Señor con nuevas maravillas.

SAN ATHON Ó ATTON PACENSE, OBISPO.

En este dia hace fiesta la iglesia de Badajoz á san Atton, obispo que fue de Pistoya en la Toscana. Este siervo de Dios fue español, nacido en Badajoz á fines del siglo XI, ó principios del XII, de padres pobres, pero cristianos. El deseo de visitar las reliquias de los santos Mártires, ó tal vez de verse libre del trato con los mahometanos, que tenian entonces tiranizada aquella tierra, lo llevó á Roma y á otras ciudades de Italia; y enamorado de la observancia regular que florecia entre los monjes de Valleumbrosa, profesó con ellos la vida monástica, y llegó á ser general de su congregacion. Desde ella fue sacado para el obispado de Pistoya, en el cual vivió hasta el año 1153.

Fue Atton muy devoto del apóstol Santiago, y por su instancia logró la iglesia de Pistoya una gran parte de la cabeza de este santo Apóstol, enviada por el arzobispo D. Diego Gelmirez, cuando

Reynerio, hijo y diácono de la iglesia de Pistoya, era maestrescuela de la de Santiago de Galicia. Recibió Atton esta insigne reliquia el año 1145, y la colocó en una capilla de la catedral, y esta ciudad declaró al santo Apóstol por su patrono. Desde luego experimentaron aquellos naturales la protección de Santiago, viéndose obrar maravillas sin número con todos los necesitados que de diversas partes acudían á implorar su favor. Consta esto por algunos breves del papa Eugenio III, y por otros documentos que Ughello propone en el tomo tercero de la *Italia sacra*.

La iglesia de Badajoz por breve de Paulo V reza de nuestro Santo con oficio de Confesor pontífice desde el año 1614.

La Misa es en honor de santa Quiteria, y la Oracion es la siguiente:

Deus, creator et conservator omnium gentium, misericordiam tuam humiliter postulamus, ut hunc diem beatae Quiteriae martyris tuae congruis actionibus celebrantes, sempiterna quoque exercitatione laetemur: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Ó Dios, criador y conservador de todos los hombres, humildemente imploramos vuestra misericordia, pidiéndooos nos concedais, que al mismo tiempo que celebramos la fiesta de vuestra bienaventurada mártir Quiteria, merezcamos algun día acompañarla en los eternos gozos de la gloria. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo 111 del libro de Tobías.

Ad te, Domine, faciem meam converto, ad te oculos meos dirigo. Peto, Domine, ut de vinculo improprietatis huius absolvas me, aut certe desuper terram eripias me. Tu scis, Domine, quia numquam concupivi virum, et mundam servavi animam meam ab omni concupiscentia. Numquam cum ludentibus miscui me, neque cum his, qui in levitate ambulant, participem me praebui.

Á tí, Señor, vuelvo mi rostro: á tí dirijo mis ojos: ruégote, Señor, que me desates del lazo de esta ignominia, ó á lo menos me levantes de la tierra. Tú, Señor, sabes que jamás deseé algun hombre, y he conservado mi alma pura de todo apetito. Jamás me mezclé con los que se divierten, ni tuve amistad con aquellos que caminan con levedad.

REFLEXIONES.

Numquam cum ludentibus miscui me. Nunca concurrí, ni me mezclé con los que gustaban de divertirse. Si las diversiones de las gentes del mundo son tan inocentes como ellas dicen; si no hay culpa ni peligro de ella en divertirse como ellas se divierten, ¿á qué fin alega Sara por mérito el no haber concurrido con ellas á sus inocentes diversiones? En medio de eso, todo el plan de vida que se for-

man los mundanos se reduce á una cadena, á un enlace, á una serie perpetua de pasatiempos; los que no se hallan en todos son mirados con un género de lástima, con una especie de compasion, así de los jóvenes aturdidos, como de las mujeres atolondradas.

Tiranizado el entendimiento por las pasiones, todo él se consume en discurrir arbitrios para calmar la inquietud de un corazon hambriento perpetuamente. Sórbense todo el tiempo las visitas, el juego y los espectáculos. Para que duren de por vida los divertimientos, basta el día de hoy ser hombre visible, tener conveniencias, hallarse en un empleo sobresaliente.

Asegura el Señor que esto de salvarse cuesta mucho; que para entrar en el cielo son necesarios grandes esfuerzos; que el camino que conduce á la vida es apretado y estrecho. Pues ciertamente que si se salva la mayor parte de los cristianos, no es tan fácil como parece la verificacion de estos divinos oráculos. ¿Qué esfuerzos hace para entrar en el cielo toda esa multitud de cristianos brillantes, para quienes todos los días son días de pasatiempos, y toda la vida es una continuada cadena de fiestas exquisitas, y de nuevas diversiones?

¿Qué habrá costado esa preciosísima piedra á toda esa gente sepultada en el regalo y en la sensualidad, fastidiada de su misma ociosidad, á quien solo el nombre de mortificacion estremece y causa horror? ¿qué habrá costado esa rica corona á todas esas personas del mundo, ocupadas únicamente en inventar nuevos gustos, nuevos primores al placer, y en perpetuar su duracion? Verdaderamente que si no es penitencia esa misma delicadeza, esa misma ociosidad, y esa misma vida deliciosa, no se sabe qué penitencia hace toda esa gente. Mas ¿para qué, ó por qué se derramarán tanto hácia fuera esos hombres bulliciosos? ¿á qué fin una vida tan atropellada y tan tumultuosa? Digámoslo con franqueza; esfuérzanse á derramarse tanto hácia fuera, porque interiormente se sienten despedazados de mil sobresaltos, de mil remordimientos, que hacen presa en aquellas pobres almas. El verdadero origen de esas ocupaciones ruidosas y atolondradas de los hombres, es el ansia de huir ellos propios de sí mismos; para una alma mundana el mayor suplicio es el silencio y la quietud; cada pasion es una furia, cada idea es un espectro que atemoriza á quien vive en el pecado. Aquella continua agitacion no nace de otro principio que del deseo de evitar, en cuanto sea posible, la vista de sí mismo; el consuelo de no pensar en sí por algunas horas, es al parecer todo el gusto que perciben los mundanos en esa

inquieta multiplicacion de diversiones; de aquí proviene después aquella agonía tan espantosa en los últimos dias, y en las postreras horas de la vida. Pero ¿qué mal hay en divertirse? dicen algunos. Mas yo les quisiera preguntar: ¿y será vida digna de un cristiano una vida malograda en mil inutilidades, fatigada, por decirlo así, del mismo regalo, y de la misma ociosidad? ¿y será posible que no haya ningun mal en una vida que se confiesa poco digna de un cristiano? Diviértese la gente, dicen otros, porque no sabe qué hacerse. ¡Bellamente! pero respóndanme; y las obligaciones de un cristiano ¿le permiten jamás el no tener que hacer? ¿Es posible que precisamente porque uno sea hombre de conveniencias, persona de distincion, solo porque sea jóven no tenga obligaciones, ni materia precisa en que emplear el tiempo? ¡Ah, de qué diferente manera se discurre á la hora de la muerte! Aquel lecho y aquella hora son la verdadera luz, á la cual descubrimos muchas obligaciones que antes no se veian. Y ¿se creerá entonces que las diversiones mundanas eran una ocupacion verdaderamente honesta é inocente? ¿Dará gran consuelo en aquella hora el haber pasado una vida tan poco cristiana?

El Evangelio es del capítulo VI de san Mateo.

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Lucerna corporis tui est oculus tuus. Si oculus tuus fuerit simplex, totum corpus tuum lucidum erit. Si autem oculus tuus fuerit nequam, totum corpus tuum tenebrosum erit. Si ergo lumen, quod in te est, tenebrae sunt: ipsae tenebrae quantae erunt?

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: La antorcha de tu cuerpo es tu ojo. Si tu ojo fuere simple, todo tu cuerpo estará iluminado; pero si tu ojo fuese malo, todo tu cuerpo será tenebroso. Si la luz, pues, que hay en tí se hace tenebrosa, ¿cuán grandes serán las mismas tinieblas?

MEDITACION.

De la ceguedad interior.

PUNTO PRIMERO. — Considera que el conocimiento es la luz del alma, como la vista lo es del cuerpo; quítale al hombre esta luz, y quedará en tinieblas; despoja al alma de aquella, y se precipitará en la ignorancia. Las tinieblas materiales causan la ceguedad del cuerpo, y la ignorancia la del alma. Esta ignorancia (cuando es culpable) hace que á un mismo tiempo se ignore y se cometa el pecado, ó autorizando la pasion, ó desviando la atencion.

Si se peca, dicen algunos, será porque no se aplica la necesaria

reflexion para evitar el pecado; si se peca será por falta de consideracion, en fuerza de la cual no se piensa que el divertirse, el jugar, el vivir en una honesta ociosidad y con todo el regalo posible sea una gran culpa. ¿No se piensa? Pues ¿en qué se piensa, si la ley santa de Dios, si las obligaciones de cristianos, si el Evangelio de Jesucristo, si el importante y espinoso negocio de la salvacion no se llevan todas nuestras atenciones, y no fijan nuestros deseos y nuestros pensamientos?

En vano intentamos aturdirnos para no ver el peligro: el mismo peligro nos avisa y nos despierta. Levántanse del corazon esas espesas tinieblas; ámase el peligro, y por eso no se quiere ver su gravedad. Quiérese que no haya especial disonancia moral en esa vida ociosa y regalona, en esos entretenimientos que halagan excesivamente los sentidos; en esos juegos de profesion; en esas diversiones interminables, en esos profusos y continuados banquetes, en esos espectáculos, en esa profanidad. Esto se quiere; pero ¿dejará de ser malo, solo porque se quiere que no lo sea? y la ignorancia afectada del mal ¿canonizará una vida que el espíritu de la Religion, el Evangelio de Jesucristo declaran no ser inocente? Ciérranse, tapiáanse todas las ventanas por donde puede entrar la luz, y dícese después que nada se ve. Excítase de propósito un humo denso, y se vive con seguridad, porque no se perciben los objetos. Tirase á desechar el humor cristalino; sácense los ojos voluntariamente por pasion, por locura, ó por furor, y tranquilízase el espíritu con el risible pretexto de que no ve porque está ciego. Esté sano el corazon, y luego lo estará el alma; purifíquese aquél, y desde luego se disiparán las nieblas, las ilusiones, las tinieblas de esta.

De buena fe, ¿creemos que Dios nos ha de juzgar por el particular sistema de conciencia que cada uno se forma voluntariamente? Apodéranse las pasiones del corazon, y tiranizan el entendimiento; todo se juzga en su tribunal; admítase lo que ellas aprueban, y se condena lo que reprueban ellas. Ellas son las que en los hombres mundanos fabrican aquel extravagante sistema de conciencia que alla se forjan ellos mismos; y todavía querrán que Dios se haya de gobernar precisamente por esta obra de las pasiones, cuando se trate de pronunciar sentencia definitiva sobre nuestra eterna suerte. Todavía pretenderán que entonces haya de excusar el Señor nuestras flaquezas. ¿Qué concepto hacemos, Dios mio, de vuestra justicia y de vuestra prudencia, cuando imaginamos que unas ilusiones y unos errores tan voluntarios han de ser la regla de las costumbres?

PUNTO SEGUNDO. —Considera que la pasion es la que ordinariamente causa la ceguedad. La pasion nunca discurre, siempre es ciega. Tiene ojos; mas solo para ver los objetos con los colores que ella les presta. ¿Aborrécese á una persona? Pues no es menester mas para que nos dé en rostro todo lo que hace.

Aborrecian los fariseos al Salvador; de aquí nació que todo el brillante golpe de su resplandeciente virtud no bastó para que abriesen los ojos ni para ablandarles el corazon. Emponzoñan todo lo que dice, y condenan todo lo que hace. Si resucita muertos en su misma presencia, el demonio es el que los resucita. Todos sus milagros se obran (en dictámen de ellos) por virtud de Beelzebub, príncipe de los demonios. La enfermedad de los fariseos se ha comunicado, se ha pegado á los hombres del mundo; entre estos la pasion es la que decide, no la razon ni la religion. Dicen que tienen horror al pecado; pero no quieren que haya pecado en aquellas cosas que les lisonjean. Sóbranos luz para descubrir una paja, un átomo que no nos interesa, como sea en los ojos de otro; pero no vemos una viga de lagar en los nuestros. No se atrevian los fariseos á entrar en el palacio de Pilato por no contaminarse; vamos claros, que la delicadeza de conciencia era exquisita; pero al mismo tiempo pedian sin escrúpulo la muerte del Salvador. ¡De cuántas copias será original esta farisáica conducta!

Mas la ceguedad del alma no solamente es un gran mal, es muchas veces efecto del pecado mismo. Has resistido por largo tiempo á las luces de la gracia; pues amortiguáronse. No te has aprovechado de los talentos; pues dejáronte con los precisos. Has ahogado las mas fuertes inspiraciones; pues ya no te hacen impresion. Cerraste los ojos á los rayos del sol; pues encubriósete. Y entonces, mi Dios, ¡qué de tropiezos! ¡qué de descaminos! ¡qué de engañosas ilusiones! ¡qué de falsas ideas! *Doce horas tiene el dia* (dice el Salvador. Joan. xi.); *el que camina con él no tropieza*; pero *el que camina de noche anda tropicando, porque le falta la luz. Caminad mientras os alumbrá la luz, no sea que sobrevenga la noche. El que camina en tinieblas no sabe por dónde va.*

¡Mi Dios, qué perniciosa y qué universal es esta ceguera voluntaria! ¿qué mayor ceguera en las personas del mundo, que la de creer en Jesucristo, creer en su Evangelio, y vivir como ellas viven? ¡qué ceguera la de los hombres de negocios cuando se trata de sus intereses! ¡qué ceguera la de los grandes del mundo en no aconsejarse apenas para su conducta mas que con la ambicion, con el faus-

lo y con la sensualidad! ¡qué ceguera la de los jóvenes en entregarse precipitadamente á la mas desenfrenada licencia de costumbres! ¡qué ceguera la de los ancianos en no dedicar siquiera el resto de sus cortos y miserables dias al negocio importante de la salvacion! ¡qué ceguera la de las personas devotas en dar, en tantas y tan perniciosas ilusiones! ¡qué ceguera, en fin, la de las almas religiosas en descuidar tanto de la perfeccion de su estado, y en vivir una vida tan poco regular!

Libradme, Señor, por vuestra misericordia de un mal que conduce á la mayor de todas las desgracias. Y pues todavía me alumbráis para que conozca el peligro, haced, mi Dios, que le evite, y que trabaje seriamente en mi salvacion mientras me ilumina la luz.

JACULATORIAS. — Haced, Señor, que vea, y que no camine en tinieblas. (*Marc. x.*)

Abrid, Señor, mis ojos para que jamás se cierren con el sueño fatal de la muerte eterna. (*Psalm. xii.*)

PROPÓSITOS.

1 La ceguera interior tanto es mas funesta, cuanto es mas voluntaria, y por lo mismo mas dificultosa de curar. El ciego de Jericó gritaba con todas sus fuerzas: *Señor, tened misericordia de mí: preguntale el Salvador: ¿Qué quieres haga contigo?* solo por oírle decir: *Señor, que vea.* No pide que le curen el que no se imagina enfermo. Pocos ciegos hay de alma y corazon que juzguen están verdaderamente ciegos; por eso hay pocos que sanen de su ceguera. De aquí nace aquella obstinacion en el error, aquel partidario encaprichamiento, aquella tenacidad del propio juicio, aquellas fanáticas ideas, que siendo siempre efecto de alguna violenta pasion, cierran la entrada á la conversion, y todas las ventanas á la luz, y á la impresion de la gracia. Este es el estado mas infeliz de todos los estados; considérale como tal, y por tanto desconfia de tu propio juicio. de tu propia opinion, de tus limitados alcances, y sujétalos con docilidad, no solo al juicio de la santa Iglesia, sin lo cual no hay salvacion, sino tambien al de los que te gobiernan, sin lo cual corres gran peligro de descaminarte y de precipitarte en el error. Serás dócil si fueres humilde; la ceguera interior siempre es efecto del interior orgullo y de la corrupcion del corazon.

2 El Evangelio es la regla de las costumbres; viven ciegos los que solo se gobiernan por las máximas del mundo; y de aquí pro-

viene aquella fatal seguridad en sus descaminos. Todas las pasiones ciegan; desconfía de todo lo que tiene parentesco con ellas, y guárdate bien de juzgar ni aun la mas mínima cosa en su tribunal. Observa las advertencias siguientes. Primera: Te ha inquietado, ó te ha desobedecido un hijo, un súbdito, un criado; disimula, difiere la correccion hasta que estés sosegado y tranquilo; es menester medio dia, y algunas veces son necesarios muchos para que se serene la passion, y esta dilacion siempre te será muy provechosa. Segunda: La misma regla has de observar en todos los que te ofenden. Después de la tempestad y en la calma se presentan los objetos muy de otra manera; entonces podrás obrar como cristiano y como prudente. Tercera: Profesa una humilde, ciega y perfecta sumision á todas las decisiones de la Iglesia, como tambien una entera deferencia á las órdenes de tus superiores. El primer fruto de la ceguera es la indocilidad; y la mayor prueba de la indocilidad es la adhesion al propio juicio. Cuarta: Condena todas las máximas del mundo, y mira su espíritu con horror. Solo la ceguera interior puede autorizar como del todo inocentes su profanidad, su ociosidad, sus diversiones, sus juegos, sus espectáculos, sus concursos peligrosos. Quinta: Ten un director santo, ó por lo menos sabio y desinteresado; y nada obres sin su consejo ó sin su orden. *Ne innitaris prudentiae tuae*, dice el Sabio. (*Prov. III.*) No te fies en tu prudencia. Vemos las caras de los otros, pero no vemos la nuestra; no es mucho que no descubramos nuestras manchas.

DIA XXIII.

MARTIROLOGIO.

EL MARTIRIO DE SAN DESIDERIO, obispo, en Langres de Francia, el cual viendo á su rebaño muy oprimido por el ejército de los vándalos, fué á suplicar al rey que impidiese aquellos insultos; pero el rey mandó al instante degollarle; y el Santo ofreció alegremente su cerviz por las ovejas que le habian sido confiadas: habiéndole degollado, voló al Señor. Con él sufrieron igualmente el martirio muchos de su rebaño, los cuales fueron sepultados en la misma ciudad. (*Sucedió que cuando el verdugo hirió al santo Obispo, saltaron muchas gotas de su sangre sobre un libro, las cuales agujerearon muchas hojas sin tocar ninguna letra: en cuyo testimonio hasta hoy se guarda y muestra el dicho libro. Fue el martirio de san Desiderio en este dia por los años del Señor 411, si bien quieren algunos sea el de 346*).

LOS SANTOS EPITACIO, obispo, y BASILEO, mártires en España. (*Véase su noticia en las de hoy*).

LOS SANTOS MÁRTIRES QUINCIANO, LUCIO Y JULIANO, en África, los cuales

en la persecucion de los vándalos fueron martirizados, mereciendo la eterna corona.

LA CONMEMORACION DE LOS SANTOS MÁRTIRES, en Capadocia, que en la persecucion de Maximiano Galerio murieron, habiéndoles quebrado las piernas: y tambien de aquellos otros Santos que al mismo tiempo en la Mesopotamia consumaron el martirio habiéndolos colgado por los piés cabeza abajo, ahogados con humo, y quemados á fuego lento.

SAN DESIDERIO, obispo de Viena, en territorio de Leon de Francia, el cual mereció la corona del martirio, siendo apedreado por orden del rey Teodorico *(porque habia reprendido agriamente los amores incestuosos y crueldades de Brunequilda, su madre, que era la que gobernaba en realidad)*.

SAN MIGUEL, obispo, en Sinnada en Frigia.

SAN MERCURIAL, obispo, en el mismo dia.

SAN EUFEBIO, obispo, en Nápoles de Campaña.

LOS SANTOS EUTQUIO Y FLORENCIO, monjes, en Norsa. de quienes hace mencion san Gregorio papa.

LA APARICION DE SANTIAGO APÓSTOL.

El apóstol Santiago, que recibió de Jesucristo la comision de predicar á los españoles el Evangelio, segun entiende santo Tomás de Villanueva el cumplimiento de la peticion hecha al Hijo de Dios por la madre de los Zebedeos; después que con sumos trabajos y penosas peregrinaciones puso en ejecucion la voluntad de su Maestro, viniendo á predicar á esta region dichosa, no ha olvidado jamás desde el cielo el promover con la poderosa intercesion su felicidad, procurándola muchas veces con repetidos milagros. La Iglesia de España, justamente agradecida á los beneficios de tan benéfico patrono y padre de su fe, celebra con solemnes festividades los dones preciosos con que ha sido enriquecida. Uno de ellos, y el mas considerable después del primitivo de su predicacion, es la aparicion portentosa de este santo Apóstol, con que libró á España de la mayor ignominia, peleando en sus batallas, y capitaneando sus escuadrones para darla una victoria enteramente milagrosa y fuera de sus esperanzas. La autoridad de nuestra Iglesia que celebra esta festividad, y los multiplicados escritos de varones sabios que refieren esta aparicion, hacen calmar las dudas que la curiosa erudicion de algunos modernos ha esparcido sobre este hecho piadoso, que deducido de nuestros historiadores es como se sigue:

En el tiempo del cobarde y lúbrico Mauregato llegó España á un estado de infelicidad y de impotencia, igual al de soberbia y de poder á que habia subido la dominacion de los sarracenos. Conocieron estos la flaqueza y debilidad de los Cristianos, quienes sumergidos

en la molicie y demás vicios vergonzosos, se habian olvidado de aquel antiguo valor en las armas, que habia dado en que entender por espacio de mas de dos siglos á todo el orgullo y fuerzas formidables de aquella república, que las tuvo suficientes para destruir á Cartago. Llevaron, pues, su insolencia hasta el exceso de pedir un tributo á los príncipes españoles tan inicuo como vergonzoso. Consistia este en pagar anualmente cien doncellas casaderas, que se sorteaban entre las mas nobles y hermosas, para servir á la incontinenencia de los bárbaros. Los españoles vivian por esta causa en una continua amargura. Criaban á sus hijas con cuidado y regalo; pero considerando al mismo tiempo que habia de venir un dia en que las apartasen de su seno, para entregarlas como inocentes corderas á las garras de lobos carniceros; el dolor, las lágrimas y suspiros de las piadosas madres al ver tan precioso fruto de sus entrañas prostituido á la bárbara carnalidad de los enemigos de Jesucristo, se tenian que sofocar y desentender á vista de la cobardía y abatimiento en que estaba sumergida España. Las inocentes doncellas se veian precisadas á dejar el amado seno de sus padres, sus parientes, sus amigas, la tierra amada en que habian sido criadas, y alejarse de la sacrosanta religion en que habian sido educadas para vivir con una gente bárbara y feroz, embrutecida con los excesos de la carnalidad, y ciega con las tinieblas de una brutal supersticion. Ni las sentidas lágrimas que corrian por sus hermosos rostros, ni los gritos que enviaban al cielo, levantando á él las manos, é implorando su piedad; ni el arrancar sus cabellos, ni llenar el aire de lastimosos suspiros eran parte para que se dejase de cumplir el inicuo pacto que las adjudicaba á los sarracenos por tributo.

Tanta calamidad, tan vergonzosa miseria no tenia esperanza de verse ahuyentada de nuestra España sin un especial patrocinio del cielo; porque las fuerzas excesivamente inferiores á las de los bárbaros, la cobardía que se habia apoderado de los corazones viciosos, y la habitud que habian contraido los españoles con la infamia, cerraban las puertas á todo humano socorro. Quiso finalmente el cielo poner término á tanta desventura, infundiendo en el corazon de Ramiro, príncipe glorioso, que mandaba por entonces á los españoles, el generoso pensamiento de quitar de su pueblo este escándalo afrentoso. Era el rey de los moros á la sazón Abderraman II, hombre soberbio y feroz, que con la prosperidad de las victorias que habia conseguido contra su tío en el principio de su reinado, se habia hecho mucho mas poderoso é insolente. Deseaba con ansia mover guerra

contra los Cristianos, para lo cual buscaba algun pretexto especioso con que colorear sus infieles intenciones. Habia habido alguna interrupcion en la paga del inicuo tributo, bien fuese por retardarle con alguna seriedad los españoles, ó bien porque los moros detenidos en otras guerras no estaban en disposicion de hacérsele pagar con las armas. Envió, pues, embajadores á Ramiro, exigiendo orgulosamente las cien doncellas, y acompañando esta exaccion con terribles amenazas. Bien conoció el prudente Rey que este era un medio de declararle la guerra; y como su poder era tan inferior, no dejó de turbarse y concebir algun temor; pero gobernando su corazon el honor y la piedad, y mucho mas fortaleciéndole los influjos celestiales, determinó pasar primero por todos los contratiempos y reverses de la fortuna, que consentir en la ejecucion de tan torpe infamia. Despidió á los embajadores con entereza y severidad, asegurándoles que solamente el derecho de gentes les podia liberrar del justo castigo que merecia su torpe comision. Luego que partieron los embajadores llamó á consejo Ramiro á sus grandes para deliberar sobre los medios de la guerra, que ya miraban como declarada. El celo del honor y de la Religion encendió los corazones de todos, de modo que la tuvieron por justa, y prometieron emplear en ella no solamente sus haciendas, sino su sangre y sus vidas.

Establecido esto, hicieron levass en todo el reino para juntar un ejército respetable, forzando á alistarse y tomar las armas á todos aquellos que eran capaces de manejarlas, reservando prudentemente los brazos necesarios para el cultivo de los campos, de donde le habia de venir la principal fuerza al ejército. Sabia muy bien el prudente Principe que no consiste la fuerza de un ejército en lo numeroso, sino en lo bien disciplinado y bien mantenido; por tanto sus providencias tiraban á precaver los desastres del hambre aun mas que los de la guerra. Habiéndose juntado un ejército lo mas crecido que se pudo en aquellas circunstancias, salieron contra los moros, acompañando las banderas los sacerdotes, obispos, grandes y proceres del reino, y toda persona respetable. Sin emhargo de que iban á pelear por una causa tan justa, como conocian el gran poder del enemigo, su orgullo y soberbia, iban sumamente recelosos de poder alcanzar victoria. Encomendaron mucho á Dios la expedicion; armaronse con la señal santa de la cruz, y para dar á entender al enemigo que estaba léjos de ellos el temor, rompieron por sus tierras haciendo correrías y talas, particularmente en la Rioja, que entonces pertenecia á los sarracenos. El rey de estos, Abderraman, no se des-

cuidaba por su parte en reclutar gentes de sus estados, proveerlos de armas y caballos, y hacerlos ejercitar en los movimientos de la guerra. Hizo además de esto que le viniesen gentes del África, gran cantidad de provisiones, y cuanto juzgó necesario para dejarse caer como un rayo sobre los Cristianos, y hacerles pagar el infame tributo. Caminaron los dos ejércitos, buscándose uno á otro con deseos de encontrarse, y con los recelos que produce el saber que las contingencias de la guerra son varias, y la fortuna caprichosa. Cerca de Albelda, fortaleza respetable en aquel tiempo, y conocida después por el monasterio de San Martin, que edificó en aquel pueblo don Sancho, rey de Navarra, llegaron á avistarse los dos campos de cristianos y de moros.

La priesa con que se habia juntado nuestro ejército no permitia que sus soldados fuesen muy diestros en el arte de pelear; por el contrario, los enemigos traian soldados veteranos, enseñados con la experiencia y ejercicio, lo cual junto con la superioridad del número, les daba mucha ventaja. Sin embargo, dióse la batalla de poder á poder, y con el mayor ardimiento, en las comarcas de Albelda. batalla de las mas sangrientas y memorables que se dieron en aquel tiempo. Peleaban por una y otra parte los soldados como rabiosos leones; nuestros capitanes acudian á todas partes, encendiendo y animando á nuestros soldados mas poderosamente con el ejemplo que con las palabras; pero la victoria permanecia indecisa. Ya llegaba la noche sin desistir de la pelea y la matanza; pero como los soldados de los moros eran tantos en número, y se sucedian unos á otros, entraban de refresco en la pelea, y llegaron ya á debilitar nuestro ejército de manera, que solamente el cerrar la noche con grandes tinieblas y oscuridad pudo quitar á los moros una completa victoria. Esta noche fue el remedio de los Cristianos, así como acontece que de pequeñas casualidades suele muchas veces tomar ocasion la fortuna para manifestar maravillosos acaecimientos en la guerra. El rey Ramiro, viendo á sus gentes sumamente destrozadas y desfallecidas por el trabajo y el cansancio del dia, se retiró á un recuesto que alli cerca estaba, en donde se atrincheró lo mejor que pudo para guardarse de cualquier insulto del enemigo. Esta accion, aunque no dejó de ser de soldado prudente y experimentado en aquellas circunstancias, era indicio de que su corazon se reconocia algun tanto por vencido. En aquella noche hizo curar á los heridos, y aunque los sucesos del dia les habian hecho perder toda esperanza de felicidad, dirigian á Dios sus votos con gran copia de lágrimas, esperando en su divina mise-

ricordia que no permitiría que el pueblo cristiano fuese presa de sus enemigos. El Rey, lleno de amargura y de dolor, enviaba sus suspiros al cielo demandando piedad, y solicitando que aplacase sus enojos. Quebrantado de su misma tristeza se quedó dormido, y entre sueños vió al apóstol Santiago, que con grande majestad y grandeza confortaba su corazón, asegurándole que diese la batalla, con la certidumbre de que conseguiría la victoria. Con un anuncio tan feliz despertó el Rey sumamente regocijado, y mandando juntar inmediatamente á los prelados y á los grandes, les hizo un discurso lleno de confianza y animosidad en estos términos:

«Todos cuantos estais presentes, ó esforzados varones, sabeis tan bien como yo la triste situacion en que nos hallamos: la batalla de ayer fue para nosotros mas presto adversa que favorable, y hubiéramos sido vencidos si á nuestra debilidad y corto número no hubiera favorecido la noche. Gran parte de nuestros bravos soldados yacen muertos en esa campaña. Sabeis cuán considerable es la de los heridos, y que el temor de suerte mas funesta tiene á los demás amedrentados. Los enemigos, que por su número nos eran superiores, han cobrado nuevas fuerzas con nuestro destrozo y con los beneficios que lograron ayer de la fortuna. El honor y la Religion nos han juntado en este sitio: huir es cosa vergonzosa; permanecer atrincherados sin esperanza de socorros es cosa imprudente; y así no nos queda mas medio que volver á la pelea, y verter, si fuese menester, nuestra sangre en defensa de la patria, del honor y de la Religion. Ensanchad vuestros corazones, y confiad en que cuanto nos falta de fuerzas naturales y de socorro humano, otro tanto suplirá el cielo con sus beneficios. Avivad la fe en vuestras almas, y no creais que es supersticion lo que vais á oír. Sabed que esta noche me se ha aparecido en sueños el apóstol Santiago, y me ha certificado de la victoria contra nuestros enemigos. Fijad, pues, una santa confianza en vuestros corazones, que aunque la fácil credulidad es criminal, apoyada en ligeros motivos, es mayor delito todavía la falta de fe, cuando el cielo la atestigua con sus maravillas en tan críticas circunstancias. Ea pues, amigos, arrojad todo temor de vuestros pechos: por no pagar un infame tributo juzgásteis debido derramar vuestra sangre: ahora ya no hay medio; ó quedar esclavos y cautivos de los moros, ó vencerlos en batalla, abatiendo su orgullo, defendiendo nuestra libertad, rescatando el honor de nuestras hijas, y poniendo en salvo los augustos misterios de la santa Religion que profesamos.» Pronunciado este discurso, que hizo

en los soldados y grandes todo el efecto que deseaba, y refrescadas sus tropas, mandó ordenar los escuadrones, y hacer la señal de pelea. Nuestros soldados, cual si fueran bravos leones, acometieron á los enemigos, apellidando á grandes voces á Santiago; de donde tiene su origen la costumbre de decir los españoles al tiempo de acometer: *Santiago cierra á España*. Sorprendiéronse los sarracenos al ver el ímpetu y valor con que los acometian unos enemigos á quienes contaban por vencidos, y creció mas su confusion con los favores que nos vinieron del cielo.

Santiago, cumpliendo la palabra que habia dado al Rey entre sueños de auxiliar sus tropas, se dejó ver en el aire cercado de una luz resplandeciente que deslumbraba y producía contrarios efectos: en los Cristianos valor, alegría y confianza; y en los moros tristeza, terror y espanto. Venia el santo Apóstol montado en un caballo blanco mas que la nieve; en la una mano traía un estandarte con la señal sacrosanta de la cruz, y en la otra una fulminante espada, que parecia un rayo segun la velocidad y destrozo con que la esgrimia. Púsose á la frente de nuestras tropas, y con su vista creció en estas el denuedo y la confianza; y en las sarracenas entró tal terror, que se pusieron en precipitada fuga. Siguiéron los nuestros el alcance, y en él mataron cerca de setenta mil moros, apoderándose después de muchos lugares y tierras que estaban en su poder, entre ellos Albelda y Calaborra. Consiguióse esta milagrosa y memorable victoria en el año del Señor 844, y segundo del reinado de Ramiro. Dieron gracias á Dios por una accion tan gloriosa que quitó de España un tributo tan infame, y abatió por entonces el orgullo del mas poderoso rey de los sarracenos. Dícese que en agradecimiento de este grande beneficio hizo el Rey, juntamente con los grandes y prelados, un solemne voto al apóstol Santiago, obligando á todas las provincias de España á pagar anualmente á su iglesia cierta cantidad de trigo, el cual voto aparece después confirmado con bulas pontificias, y pagado por algunas provincias. Con los despojos de esta victoria, que fueron riquísimos, hizo Ramiro construir cerca de Oviedo una iglesia magnífica, dedicándola á la Madre de Dios; y otra no lejos de allí, con la advocacion de san Miguel. Agradecida la Iglesia de España á tan singular beneficio, celebra en este dia tan portentosa aparicion, reconociendo en ella á Santiago, no solamente por padre de su fe, sino tambien por su patrono.

SAN EPITACIO Y SAN BASILEO, MÁRTIRES.

San Epitacio, cuya memoria es y ha sido celebre en el obispado de Plasencia, nació, segun nos dicen varios escritores nacionales, en aquella antigua ciudad de la provincia de Andalucía de padres infieles, los que le educaron en las ridiculas supersticiones del gentilismo; por lo que vivió envuelto en las miserables sombras de la muerte, hasta que oyó predicar las infalibles verdades de la religion cristiana á san Pedro, obispo de Braga, comunmente llamado de Rates, por haber sido aquel pueblo donde padeció martirio. Era este uno de los mas famosos discípulos que tuvo el apóstol Santiago, cuando hizo resonar en España la voz del santo Evangelio con aquel espíritu, y con aquel valor que nos dan idea del carácter de aquel celoso operario del Padre de familias, á quien reconoce la nacion por su inclito patrono; y siguiendo Pedro los vestigios de su maestro, sembró la semilla de la palabra divina por diferentes pueblos de Portugal y de otras provincias contiguas. Hizo en ellas maravillosas conquistas para Jesucristo, y entre los muchos paganos que convirtió, fue uno Epitacio, que desengañado de los crasos errores de la idolatría por la predicacion de Pedro, no tuvo repugnancia en abrazar nuestra santa Religion, convencido que fuera de ella no hay salvacion para los hombres. Dejó su patria, padres y bienes por seguir hasta Braga á su catequista, bajo cuya enseñanza adelantaba considerablemente cada dia; y conociendo Pedro el ardor que manifestaba Epitacio por dilatar el reino de Jesucristo, como estaba bien informado de la pureza de su fe y de sus eminentes virtudes, le consagró obispo, á fin de que se ejercitase en las funciones de aquel alto ministerio. Dispensólas Epitacio primeramente en Tuy, y después en Plasencia, y manifestándose en ambas ciudades como un verdadero sucesor de los Apóstoles, redujo á nuestra santa fe á muchos gentiles con la luz de su celestial doctrina.

Supo el gobernador de Plasencia las conquistas que hacia el insigne Obispo; pero como sus procedimientos eran diametralmente contrarios á los edictos imperiales, que se dirigian á extinguir el nombre y religion de Jesucristo, mandó ponerlo en una dura prision, donde padeció innumerables trabajos. Solicitó después el Gobernador obligarle á que prestase adoracion á los ídolos: pero el horror que causó á Epitacio la sacrílega impiedad á que queria precisarle, y la heróica constancia con que se negó á cometerla, redoblo

la furia y la crueldad del tirano en términos, que haciéndole padecer exquisitos tormentos con Basileo, otro ilustre predicador de Jesucristo, recibieron ambos la corona del martirio en tiempo de la cruel persecucion que movió Neron contra la Iglesia. Dieron los Cristianos sepultura á los venerables cuerpos de los dos insignes Mártires con la cautela que les permitian aquellos siglos calamitosos; pero habiéndose hallado las reliquias de Epitacio en el año 534, y continuando después su veneracion; á instancias del Ilmo. Sr. D. Diego Arce y Reinoso, obispo de Plasencia, de su dean y cabildo, concedió la sagrada Congregacion de Ritos por decreto de 8 de octubre de 1650, que se celebrase la festividad de ambos Mártires en Plasencia y en las demás iglesias de España en el dia 23 de mayo, que fue el de sus gloriosos triunfos.

La Misa es propia de la festividad, y la Oracion la que sigue:

Deus, qui Hispaniarum gentem beato Jacobo Apostolo tuo protegendum misericorditer tribuisti, et per eum ab imminente exitio mirabiliter liberasti; concede, quaesumus, ut eodem protegente, pace perfruamur aeterna: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Ó Dios, que encargaste misericordiosamente las gentes españolas á la proteccion de tu bienaventurado apóstol Santiago, y que las libraste por él de la ruina que las amenazaba; concédenos que con la proteccion del mismo santo Apóstol lleguemos á gozar de la paz eterna. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epistola es del libro segundo de los Macabeos, capítulo xv.

In diebus illis Machabaeus autem semper confidebat cum omni spe auxilium sibi à Deo affuturum. Et hortabatur suos ne formidarent ad adventum nationum, sed in mente haberent adjutoria sibi facta de coelo, et nunc sperarent ab Omnipotente sibi affuturam victoriam. Et allocutus eos de lege et prophetis, admonens etiam certamina quae fecerant prius, promptiores constituit eos. Et ita animis eorum erectis, simul ostendebat gentium fallatiam, et juramentorum praevaricationem. Singulos autem illorum armabit, non clypei et hastae munitione, sed sermonibus optimis et exhortationibus, exposito digno fide somnio, per quos universos laetificavit. Erat autem hujuscemodì visus:

En aquellos dias Macabeo tenia siempre fe viva y esperanza de que Dios le habia de dar socorro, y exhortaba á los suyos á que no temiesen ver venir contra ellos las naciones, sino que se acordasen de como en otro tiempo habian sido ayudados del cielo, y esperasen entonces que el Omnipotente les habia de dar victoria, y habiéndoles de la ley y los profetas, y acordándoles las empresas que antes habian acometido, los hizo mas animosos; y habiendo fortalecido de esta manera sus corazones, les ponía delante de los ojos la perfidia de las gentes, y como habian violado los juramentos. Armó á cada uno de sus soldados, no con lanza y escudo, sino con excelentes razonamientos y exhortaciones, re-

Oniam, qui fuerat summus sacerdos, virum bonum et benignum, verecundum visu, modestum moribus, et eloquio decorum, et qui à puero in virtutibus exercitatus sit, manus proponentem, orare pro omni populo iudeorum: Post hoc apparuisse et alium virum aetate et gloria mirabilem, et magni decoris habitudine circa illum: Respondentem vero Oniam, dixisse: Hic est fratrum amator, et populi Israel: hic est qui multum orat pro populo, et universa sancta civitate, Jeremias, propheta Dei. Extendisse autem Jeremiam dextram, et dedisse Judae gladium aureum, dicentem: Accipe sanctum gladium munus à Deo, in quo dejicies adversarios populi mei Israel. Exhortati itaque Judae sermonibus bonis valde, de quibus extolli posset impetus, et animi juvenum confortari, statuerunt dimicare et conflagrare fortiter, ut virtus de negotiis judicaret: eo quod civitas sancta et templum periclitarentur. Erat enim pro uxoribus, et filiis, itemque pro fratribus, et cognatis, minor sollicitudo: maximus vero et primus pro sanctitate timor erat templi. Sed et eos qui in civitate erant, non minima sollicitudo habebat pro his qui congressuri erant. Et cum jam omnes sperarent judicium futurum, hostesque adessent, atque exercitus esset ordinatus, bestiae, equitesque opportuno in loco compositi, considerans Machabaeus adventum multitudinis, et apparatus varium armorum, et ferocitatem bestiarum, extendens manus in coelum, prodigia facientem Dominum invocavit, qui non secundum armorum potentiam, sed prout ipsi placet, dat dignis victoriam. Dixit autem invocans hoc modo: Tu, Domine, qui misisti angelum tuum sub Ezechia rege Juda, et interfecisti de castris Sennacherib centum octoginta quinque millia: Et nunc dominator coelorum mitte an-

firiéndoles un sueño fidedigno, con el cual á todos llenó de alegría. Fue la vision de esta manera: Veia á Onías, el cual habia sido sumo sacerdote, hombre bueno y benigno, ejercitado desde niño en las virtudes, pudoroso en el semblante, modesto en sus costumbres, y gracioso en las palabras, el cual extendiendo las manos, hacia oracion por todo el pueblo de los judios; después de esto, decia haber aparecido otro varon venerable por la edad y por la majestad, ceñido por todos lados de magnificencia: y que Onías respondiéndole, le habia dicho: Este es el amigo de los hermanos, y del pueblo de Israel; este es aquel que ruega mucho por el pueblo y por toda la santa ciudad, Jeremías, profeta de Dios. Y que Jeremías habia alargado la mano derecha, y dado á Judas una espada de oro, diciendo: Toma esta espada santa, don de Dios, por medio de la cual destruirás los enemigos de mi pueblo de Israel. Exhortados, pues, los soldados con las eficacisimas palabras de Judas, capaces de excitar el valor, y confortar los corazones de los jóvenes, determinaron combatir con denuedo, y juntar los escuadrones para que el valor fuese el juez de los negocios, atendiendo á que la ciudad santa y el templo estaban en peligro. Era menor el cuidado que les costaban sus mujeres, sus hijos, sus hermanos y parientes, que el sumamente grande y principal temor que tenian por la santidad del templo: aun aquellos que estaban en la ciudad tenian no poca inquietud por la suerte de los que habian de entrar en batalla. Y estando ya todos esperando la decision de la contienda, presentes los enemigos, puesto en órden el ejército, y los elefantes y la gente de á caballo colocada en lugar oportuno: considerando Macabeo aquella multitud que se avanzaba, y el aparato y variedad de armas, y la ferocidad de los elefantes, extendiendo las manos al cielo, invocó á aquel Señor que obra prodigios; el cual, no segun la fuerza de los ejércitos, sino segun su voluntad, da la victoria á los que son dignos de ella. Y le invocó con estas palabras: Tú, Señor, que en tiempo de Ezequías, rey de Judá, enviaste tu Angel, y mataste en el campo de Senacherib ciento ochenta y cinco mil hombres, envia tambien ahora, ó Señor de los cielos, á tu buen

gelum tuum bonum ante nos, in timore et tremore magnitudinis brachii tui, ut metuant qui cum blasphemia veniunt adversus sanctum populum tuum. Et hic quidem ita peroravit. Nicanor autem, et qui cum ipso erant, cum tubis et canticis admovebant. Judas vero, et qui cum eo erant, invocato Deo, per orationes congressi sunt: Manu quidem pugnantes, sed Dominum cordibus orantes, prostraverunt non minus triginta quinque millia, praesentia Dei magnifice delectati.

Angel delante de nosotros con la fuerza del terrible y tremendo brazo tuyo, para que teman aquellos que blasfemando vienen contra tu santo pueblo. De este modo acabó su oracion. Entre tanto, Nicanor y su gente se acercaban al son de las trompetas y de las canciones. Y Judas con los suyos invocando á Dios con la oracion, acometieron á la multitud; y combatiendo con los brazos, pero invocando á Dios con el corazon, mataron nada menos que treinta y cinco mil hombres, habiendo sido grandiosamente confortados con la presencia de Dios.

REFLEXIONES.

En todos tiempos ha sido Dios el mismo para con aquellos que le sirven con corazon puro y amor verdadero. En todos tiempos ha manifestado la grandeza de su poder á favor de aquellas gentes que ponen en él su confianza. El hecho de Judas Macabeo que refiere la Epístola de que usa la Iglesia en la festividad de este dia, es tan semejante á la aparicion que celebra la Iglesia de España, que mas parece identidad que semejanza. Nada hay en este mundo que pueda resistir á la fuerza del poder divino; pero este no se manifiesta sino cuando una fe viva y una firme esperanza en la divina misericordia son el alma y espíritu de nuestras súplicas. Hé aquí el origen de la ineficacia de nuestras oraciones, y de que nos apartemos de los sagrados altares con el desconsuelo de no haber conseguido lo que solicitamos. En los grandes conflictos, en las necesidades que nos oprimen, en las enfermedades, en el peligro de perder la hacienda, el honor ó la vida, nada hay mas frecuente que acudir los fieles con votos y promesas á implorar la proteccion del cielo, poniendo por intercesores aquellos Santos de quienes son devotos. Pero tambien es verdad que nada hay mas frecuente que ver frustradas semejantes diligencias, viéndonos obligados á sufrir los reveses de la fortuna y los males que nos acarrean nuestros enemigos. Lloramos nuestras desgracias, vemos con dolor que el cielo nos desampara; pero no reflexionamos que está en nosotros mismos la causa de hacer que el cielo observe con nosotros diversa conducta de la que ha tenido con nuestros padres en distintas ocasiones.

Hombre sumergido en delitos, que vas á implorar la intercesion

de un Santo, cargado de la obscenidad, de la avaricia y de mil injustas operaciones con que molestas á tu prójimo, ¿cómo pretendes que un justo, á quien desagradan todas esas maldades, se declare en tu favor, quiera ser amigo tuyo, y tomar á su cargo tu protección y defensa delante de un Dios, que aunque es padre de misericordia, es tambien Dios de justicia y de venganzas? Mujer profana, que haces de tu cuerpo la piedra de escándalo, en que tropiecen y se precipiten las almas redimidas con la sangre del Crucificado; que empleas en tu adorno todos los lazos que pudiera imaginar el comun enemigo contra la inocencia; que descuidas del gobierno de tu casa, y de la educacion de tu familia, por hacerte notable en los espectáculos y concurrencias peligrosas, ¿con qué temeridad pretendes que los Santos te favorezcan, y que la misma Madre de Dios preste sus oídos á tus súplicas? ¿No temes que sus ojos se horroricen de tu profanidad y de tus costumbres? Desengañémonos: el pretender que nuestro Dios se manifieste con nosotros benéfico y misericordioso, cuando somos con él desconocidos é ingratos, y nuestra vida es un testimonio del desprecio con que miramos su poder y sus preceptos, es una loca presuncion, es una locura necia, es una temeridad insoportable. Refórmense primeramente las costumbres: lléguese á las aras del Altísimo con lágrimas de verdadera compuncion: preceda á nuestras oraciones la observancia puntual de los divinos preceptos; y entonces se verá que nuestras novenas son fructuosas, nuestras oraciones eficaces, y nos apartarémos del santuario llenos de consolacion con los favores del cielo. Así lo experimentó el pueblo de Israel cuando le amenazaba una total ruina por el número y superiores fuerzas de sus enemigos; y así lo experimentó tambien España en tiempos mas felices, cuando al valor del corazon y á la fuerza de las armas acompañaban la pureza de las costumbres, una fe viva, y una esperanza firme en la divina misericordia. Dios es inmutable, su ley es la misma; las efusiones de su bondad están siempre prontas: nada hay que pueda retardar el alivio de nuestras miserias, sino nosotros mismos. Seamos, pues, lo que debemos ser, y no dudemos que los Santos serán nuestros protectores, y si fuese menester repetirá el cielo sus milagros para librarnos de las enfermedades, de las calumnias, del deshonor; en una palabra, de todos nuestros trabajos y de todos nuestros enemigos.

El Evangelio es del capítulo xx de san Mateo, pág. 118.

MEDITACION.

Sobre la ingratitud.

PUNTO PRIMERO. — Considera que entre los vicios humanos, apenas hay alguno que nos aparte tanto de Dios como la ingratitud que manifestamos á los beneficios que nos hace su divina bondad, ya inmediatamente por sí mismo, ya por medio de sus elegidos.

El gran Padre san Agustin (*cap. XVIII, Sol.*) asegura que *este vicio es la raíz de todos los males espirituales, y un viento abrasador que deseca todo bien, y cierra á los hombres la fuente de la divina misericordia*. Dicho esto, apenas hay que añadir una palabra á una sentencia tan terrible de un Padre de la Iglesia. De ella se infiere cuánto nos aparta la ingratitud de nuestro Dios y Señor, cuando nos cierra la fuente de las divinas piedades. Pero esto es un justo castigo del corazón ingrato, porque no merece menos el desprecio de Dios y de sus beneficios. El olvidar estos, el negarlos, ó no dar continuamente las gracias debidas por ellos, denota en nuestra alma desamor á nuestro Criador, y que hacemos poco caso de sus castigos, ó de sus misericordias. El corazón humano es de tal naturaleza, que dificultosamente puede simular sus verdaderos afectos. Trata con complacencia las cosas pertenecientes á aquellas personas que ama, se deleita con su memoria, y halla mucho gusto y regocijo en tratar de sus gracias en todas las conversaciones. Por el contrario, odiamos el nombre y la memoria de aquellos que aborrecemos, y encontraríamos satisfaccion en que se borrara del mundo cuanto les hace recomendables. Así como el amor produce amor, de la misma manera el desprecio y odio produce envilecimientos y horror: de consiguiente, siendo desconocidos para con nuestro Dios, hacemos á este Señor que lo sea con nosotros, y violentamos en cierta manera su bondad para que nos aborrezca. A esto se llega, que con nuestras ingratitudes frustramos los intentos de Dios cuando nos favorece con beneficios; porque no pudiendo ser estos otros que provocarnos á tributarle alabanzas, puesto que ni necesita de nuestros bienes, ni puede tener temor de necesitarlos en lo futuro, resta únicamente el pretender nuestro bien y santificacion, y que ensalcemos su gloria.

No es solo el odio de Dios el que forma la justa pena de nuestra ingratitud, sino que por ella, como que se nos cierra la puerta para poder salir de nuestra miseria. Por la ingratitud nos constituimos indignos de que Dios continúe con nosotros sus acostumbradas gra-

cias, y de consiguiente que perdamos el único asilo que tiene nuestra miseria para levantarse del cieno de sus deslices. Porque, ¿cómo es creible que emplee Dios sus beneficios en aquel que los desprecia, y que abusa de ellos para volverse contra el mismo Dios? Por ventura, ¿serémos tan insensatos que queramos hacer á este Señor de peor condicion que á cualquier hombre? ¿No vemos en estos dolerse sumamente de la ingratitud, y apartar sus beneficios de aquellas personas en quienes no encuentran correspondencia? Pues ¿qué mucho que nuestro Dios tenga con nosotros la misma conducta, siendo tan superiores las razones que nos obligan á serle agradecidos, y las que deben mover su justicia á tratarnos con desprecio, y castigarnos como ingratos? Y verificado esto, dí, hombre cristiano, ¿en qué puedes colocar tus esperanzas? ¿qué recursos te quedan para enmendar tu vida, para mejorar tus costumbres, para salir de tus miserias, para precaver los peligros, para salvarte de las enfermedades, para verte libre, en fin, de la infinita multitud de calamidades y miserias que oprimen esta vida? El Espíritu Santo dice en los Proverbios (*cap. vii*): *Que aquel que vuelve males por bienes, experimentará siempre en su casa el dolor y la miseria.* Lo mismo debes esperar tú, respecto de tu alma, si olvidando el beneficio de la creacion; la misericordia de Dios con que te conserva una vida que empleas en sus ofensas; el haberte redimido, dejándote el precio de su sangre en otras tantas medicinas para tus dolencias, cuantos son los Sacramentos; y últimamente, si despreciando la proteccion de María santísima y de los Santos, y la custodia de los Espíritus angélicos, no solamente no le das gracias, sino que en todas tus obras te manifestas ingrato.

PUNTO SEGUNDO.—Considera los poderosos motivos que tienes para ser agradecido á Dios y á sus Santos; para que trayendo siempre tu alma empleada en consideracion tan fructuosa, te libre de los males de la ingratitud.

El real profeta David, reconocido á los muchos beneficios que habia recibido de la generosa mano del Dios de Israel, ya ensalzándole al trono desde el humilde cayado, y ya dándole victoria de sus enemigos, y dolor de sus excesos, exclamaba lleno de gratitud (*Psalmus xxxiii*): *En todo tiempo, á toda hora bendeciré al Señor, y siempre sin intermision estarán en mi boca sus divinas alabanzas.* Sabia muy bien el santo Profeta que es corto el tiempo de esta vida mortal para dar á Dios las debidas señales de gratitud que exigen sus beneficios.

¿Qué tienes en lo natural que no lo hayas recibido de su piadosa mano? La salud, el ser, y la existencia; la conservacion maravillosa entre los infinitos peligros á que está expuesta la infancia, la honestidad de tu nacimiento, el carácter de tus padres, los bienes de fortuna con que te sustentas sobre la tierra, los frutos copiosos que logran tus trabajos á los tiempos oportunos, la misma tierra que te sustenta, el aire que fomenta la vida, y la luz del sol que te alegra y regocija; son unos bienes tan palpables, que cada uno de por sí merece todo el reconocimiento de tu corazón. Pues ¿qué, si se consideran los bienes del espíritu? ¿No pudieras haber nacido en tierra de bárbaros, ó de gentiles idólatras, en donde nunca hubieras conocido el verdadero Ser supremo, que crió de la nada todas las cosas, y las conserva con admirable providencia? Y dado que has nacido en tierra de cristianos, ¿fue obra tuya la regeneracion del Bautismo, la constitucion de la Iglesia, la piedad y celo de sus ministros, que han estado siempre prontos á mirar por tu salud, ya dándote una doctrina segura con que llegues á conocer los dogmas de una Religion sacrosanta, inmaculada y pura, ya excitándote al cumplimiento de sus preceptos, y ya finalmente ofreciéndote las espirituales medicinas que tiene la Iglesia para librarte de las enfermedades, y aun para darte nuevamente vida en caso de que tu alma la haya perdido por la culpa?

Si á todo esto se añade la continua efusion de auxilios y de gracias con que el Espíritu Santo te aparta continuamente del mal, y te inclina al bien, se hace preciso sacar por consecuencia, respecto de la gratitud, el mismo modo de sentir que tenia san Pablo respecto de la caridad: que es decir, que aunque todos tus miembros se convirtan en lenguas, que estén continuamente cantando á Dios alabanzas; aunque tu cuerpo y tu alma, tus sentidos, tus potencias, y todos tus afectos entrasen en un horno encendido, y ardiesen en fuego de gratitud, todo ello no bastaria para llegar á cubrir la obligacion que tienes de ser á Dios agradecido. Pero este Señor no exige de nosotros tanto. No necesita de nuestros bienes; y seria tan santo, tan omnipotente, tan bueno y tan feliz sin habernos criado, ó destinándonos para siempre á los fuegos eternos en pena de nuestras culpas, como siéndole perfectamente agradecidos, y cumpliendo exactamente todos sus preceptos. Así que el beneficio es para nosotros mismos, y este le podemos conseguir á muy poca costa. Solo exige de nosotros la sumision, el reconocimiento, y un tributo de bendicion y alabanza en señal de nuestro agradecimiento. Sus beneficios no pueden

ser pagados con otros beneficios; porque, *¿quién es aquel*, se dice en la sagrada Escritura, *que hizo á Dios alguna dádiva, y le será galardonada?* Pero para tu inteligencia no te olvides de lo que dice Jesucristo en el Evangelio, conviene á saber: *Todo lo que haceis con cualquiera el mas mínimo de mis pobres y necesitados, tened entendido que lo ejecutais conmigo.* Segun esta sentencia, aunque no podamos manifestar nuestra gratitud á Dios, haciéndole beneficios en su misma persona, podemos pagarle haciendo estos mismos beneficios á los que le representan, que son los pobres.

JACULATORIAS. — *¿Qué daré al Señor en agradecimiento de tantos beneficios como he recibido de su misericordiosa mano? (Psalmus CXV).*

Sed agradecidos; y el modo es perseverar continuamente en la oración, velando en ella, y dando á Dios gracias por los beneficios que habeis recibido de su misericordia. (*Ad Colos. cap. III*).

PROPÓSITOS.

1 Entre todos los vicios y deslices de que se queja Dios en las sagradas Escrituras de su pueblo, no hay ninguno que saque de su corazon quejas tan sentidas y amargas como la ingratitud. *¿Es esto*, se dice en el Deuteronomio (*cap. XXXII*), *lo que vuelves á tu Dios? ¿O pueblo estulto y necio! ¿Por ventura no es Dios tu Padre, que te proveyó, te hizo, y te crió?* El Verbo divino encarnado, que vino á este mundo para padecer y morir afrentosamente, manifestó siempre una suma conformidad con los tormentos excesivos que le hizo padecer la perfidia judáica, sin que se oyese de su boca la mas leve expresion que tuviese visos de queja. Solamente cuando recibió la bofetada de aquel ingrato ministro, á quien poco antes habia hecho un beneficio señalado, no pudo contener la severidad de su justicia sin echarle en rostro su ingratitud, y acusarle de la enormidad de su delito. Los castigos que ha ejecutado Dios con los ingratos, y el modo con que ha manifestado su indignacion, prueban igualmente lo horrendo y abominable de este vicio. Bien sabido es el castigo de Amasías, rey de Israel. Hábiale Dios hecho el beneficio de vencer á los idumeos y otros muchos y poderosos enemigos; y en lugar de dar á Dios las debidas gracias, adoró á los ídolos, y los llevó á Jerusalem. Por tanto, irritado Dios, le envió un profeta que le dijese de su parte estas palabras: *¿Es este el agradecimiento con que pagas á Dios el haberte ayudado contra tus enemigos? Sabe que el Señor ha decretado*

tu muerte, que vengas cautivo á las manos de tus contrarios, y que estos ejecuten en tu persona una justa venganza.

2 Todo esto, cuanto queda dicho en las meditaciones, y muchas otras sentencias que se pudieran traer de la Escritura y de los Padres, prueban claramente que la ingratitud es el mas feo de todos los vicios, y que no hay monstruo tan horroroso como un ingrato. La festividad que celebra en este dia la Iglesia de España, acuerda á todos los españoles en comun, y á cada uno en particular, uno de los mas grandes beneficios que ha recibido España, y en esto mismo la acuerda la obligacion que tiene de mostrarse agradecida, primeramente á Dios, y después al apóstol Santiago, por cuya intercesion logramos un tan grande beneficio. Singularmente las mujeres, y entre estas las doncellas, deben considerarse como particularmente protegidas, trasladándose con la imaginacion á los pasados siglos, y constituyéndose en el lugar de aquellas infelices que tenian que servir de tributo á la brutalidad sarracena. Esta consideracion excitara en ellas la firme resolucion de pagar á Dios y al apóstol Santiago la deuda con la modestia de sus trajes, con la honestidad de sus acciones, con la pureza de sus costumbres, y con una vida en fin arreglada en todo á las máximas del Evangelio. De otro modo llevan sobre sí la execracion que produce la ingratitud á los soberanos beneficios.

DIA XXIV.

MARTIROLOGIO.

EL TRIUNFO DE SAN MANAHEN, hermano de leche de Herodes tetrarca; doctor y profeta de la ley de gracia y Nuevo Testamento; murió y fue sepultado en Antioquía.

SANTA JUANA, mujer de Cuza, mayordomo de Herodes, de la cual hace mencion san Lucas evangelista.

EL TRÁNSITO DE SAN VICENTE MÁRTIR, en el puerto Romano.

SANTA AFRA, en Bressa, martirizada en tiempo del emperador Adriano.

LOS SANTOS MÁRTIRES DONACIANO Y ROGACIANO, hermanos, en Nantes en la Bretaña menor; los cuales en tiempo del emperador Diocleciano, después de haber sido presos por confesar constantemente la fe católica, y atormentados en el caballete y descarnados, fueron atravesados con una lanza, y últimamente decapitados.

LOS SANTOS MÁRTIRES ZOELO, SERVILIO, FÉLIX, SILVANO Y DIOCLES, en Istria.

LOS SANTOS MÁRTIRES MELACIO, general del ejército, y **SUS COMPAÑEROS**. en número de doscientos cincuenta y dos, en el mismo dia, los cuales atormentados de varias maneras alcanzaron la palma del martirio.

LAS SANTAS MÁRTIRES SUSANA, MARCIANA Y PALADIA, mujeres de los dichos soldados, las cuales fueron machacadas con sus hijos chiquititos.

SAN ROBUSTIANO, mártir, en Milan. (*De este santo Mártir solo se sabe que derramó su sangre por negarse constantemente á adorar los idolos durante los primeros años de la persecucion de Diocleciano*).

EL BEATO JUAN DE PRADO, del Orden de Menores reformados descalzos, en Marruecos en el África, el cual predicando el Evangelio, después de haber sufrido por Jesucristo cadenas, cárceles, azotes y otros muchos tormentos, últimamente consumó el martirio en medio de las llamas. (*Fue natural del reino de Leon en España, habiendo sido enviado á Marruecos por autoridad de la Congregacion de Propaganda Fide á predicar la fe en aquel reino y en el de Fez. Benedicto XIII lo beatificó en 1728*).

SAN VICENTE, presbítero, en el monasterio de Lerins, ilustre en santidad y doctrina.

LA TRASLACION DE SANTO DOMINGO, confesor, en Bolonia, en tiempo del papa Gregorio IX.

SAN JUAN FRANCISCO REGIS, DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS.

La vida de san Juan Francisco Regis, de la Compañía de Jesús, que nació entre nosotros, y casi en nuestros mismo dias, es de tanta edificacion, que no puede menos de contribuir á aumentar en un corazon francés la virtud y la devocion á un Santo de su misma nacion, que después de tres siglos no habia logrado ver colocado en el catálogo de los Santos á ninguno de sus hijos, ni ser propuesto solemnemente á la veneracion y culto público de los fieles.

Este célebre misionero, tan conocido en el mundo así por sus admirables virtudes, como por sus muchos milagros, nació el dia 31 de enero de 1597 en Foncubierta, pequeña poblacion del obispado de Narbona. Fue su padre Juan Regis, de la noble y antigua casa de Deplas, y su madre Magdalena Darcis, hija del señor de Segur, uno y otro mas recomendables por su virtud que por su nacimiento. Desde la misma infancia del niño Regis pareció que Dios le amaba, y le habia escogido singularmente para su mayor gloria. Mas de una vez veló milagrosamente el cielo para conservarle. Al mismo tiempo que en cierta ocasion iba á despeñarse en un precipicio, siendo de cuatro años, le detuvo una mano invisible portentosamente. Adelantóse el uso de la devocion al de la razon. Dejó poco que hacer á la educacion su noble índole y su natural inclinacion á la virtud. Casi nunca fue niño; por lo menos siempre miró con aversion los juegos y los entretenimientos de aquella edad.

Pagados sus padres de las bellas prendas de Juan, le enviaron á estudiar al colegio de la Compañía de Beciers. Señalóse luego entre

todos los condiscípulos por el ingenio y por la virtud. Repartia todo el tiempo entre el estudio y la oracion. Desde luego se negó á toda diversion, aun la mas lícita y mas inocente. Nunca se le veia en el juego ni en el paseo: los dias de asueto los empleaba ordinariamente en la iglesia. Respetaban todos su inocencia y su virginal pudor: hasta en los mas indevotos hacia impresion su recato y modestia, admirando todos una virtud tan anticipada y tan madura en un estudiante de aquella edad.

Como habia mamado con la leche una tierna devocion á la santísima Virgen, luego que se vió estudiante pidió ser alistado en la congregacion de esta Señora, que con tanto provecho y con tanta edificacion de la juventud suele estar fundada en todos los colegios de la Compañía. Resplandeció singularmente su virtud entre todos los congregantes, y en todos se observó no sé qué nuevo fervor, efecto de los ejemplos de Regis. Estrechó particular amistad con algunos mas fervorosos y mas ajustados, y formó con ellos otra como pequeña congregacion que llenó de admiracion á todo el estudio.

No era para el mundo una alma prevenida con tan dulces bendiciones. Apenas conoció Regis á los Padres de la Compañía, cuando se persuadió que Dios le llamaba á ella. Los principales motivos de su vocacion fueron el celo de la mayor gloria de Dios y el de la salvacion de las almas. Pidió con instancia ser admitido en la Compañía, y lo fue con universal gozo y consuelo. Mudó de estado, pero no mudó de máximas ni de costumbres. En la religion nó tuvo que hacer mas que perfeccionar la virtud que tanto habia cultivado y adelantado en el siglo. Ningun novicio le excedió en la puntualidad, en el fervor y en la mortificacion. Llamábanle ya entonces *la regla viva de san Ignacio*. Su apacibilidad y modestia hacian amables hasta sus mismos rigores. Tardóse poco en descubrir el amor y la inclinacion que profesaba á los pobres. Mientras le duró la vida fue la caridad su virtud sobresaliente. En nada hallaba tanto gusto como en ir á servir á los pobres enfermos en el hospital.

Concluido el noviciado, se aplicó al estudio de la elocuencia y de la filosofía, sin perder nada de su fervor. Hiciéronle maestro de la juventud en una clase de gramática, y este nuevo empleo dió ocasion á que brillase mas su celo y su virtud. Enseñó letras humanas en Billon, en Auch y en Puy, venerado en todas partes con admiracion, y conocido en todas por el nombre de *Ángel del cielo*. Consideraba su clase como el campo de la mision que le habia tocado en suerte; desvelábase en hacer á sus discípulos cada dia mas hábiles;

pero al mismo tiempo dedicaba su atencion á hacerlos tambien mas santos. A todos se extendian sus desvelos; pero se le notaba no sé qué predileccion hácia los mas pobres.

Persuadido á que el tiempo de los estudios es ocasion para resfriar el fervor, tuvo gran cuidado de prevenir este escollo con piadosas precauciones, frecuentando las visitas al santísimo Sacramento: siendo muy exacto en cumplir muchas y muy tiernas devociones en honor de la santísima Virgen, Madre de Dios, leyendo libros espirituales, haciendo fervorosas oraciones, y domando su cuerpo con secretas penitencias. De estos preservativos se valió contra la disipacion del espiritu, y contra la sequedad del corazon, á que es tan expuesto el estudio de las ciencias abstraídas.

No esperó el celo de nuestro fervoroso Jesuita á la sazón regular para producir copiosos frutos. Apenas habia salido del noviciado, cuando le mandaren explicar la doctrina en una poblacion llamada Andace, poco distante de Turnon. Fue extraordinario el concurso, y fue el fruto prodigioso. Reformó las costumbres de todo aquel pequeño pueblo, fundó la adoracion perpetua del santísimo Sacramento, y hoy es el dia en que se acuerdan de la mucha impresion que hicieron en los corazones de los habitantes sus exhortaciones y sus ejemplos.

Enviáronle á estudiar la teología al colegio de Tolosa, y muy desde luego dió pruebas claras de un excelente ingenio y de un eminente talento para las facultades mayores; pero al paso que crecian sus progresos crecian tambien sus aplausos, y haciéndose estos insostenibles á su profunda humildad, muchas veces procuró hacerse despreciable, fingiéndose rudo ó ignorante. Previniéronle los superiores que se dispusiese para recibir el sacerdocio, y aquí fue donde se sintió como aturdido á la vista de su indignidad; pero precisado en fin por la obediencia, recibió los órdenes sagrados, y celebró el divino sacrificio con tanta devocion, continuada después por toda su vida mientras estaba en el altar, que la infundia á cuantos oian su misa. Aquel mismo año se declaró la peste en Tolosa, y con reiteradas instancias alcanzó de los superiores que le permitiesen asistir á los apestados. Señalóse mucho su celo; y si no tuvo la dicha de morir en este heroico acto de caridad, como la lograron muchos de sus hermanos, fue sin duda porque la divina Providencia se la conservó singularmente para la salvacion de tantas almas. Destinábale efectivamente el cielo á mayores y mas dilatados trabajos. Llevábale fuertemente la inclinacion al ejercicio de las misiones, y fue tanto lo que

pidió, lo que instó, y lo que clamó á los superiores para que le permitiesen dedicarse á él entera y totalmente, que estos, no tanto movidos de sus instancias, cuanto de su vocacion, que conocian ser señaladamente del cielo, le destinaron á este sagrado ministerio aun antes del tiempo regular. Pidió con instancias ser enviado al Canadá, por saber lo mucho que padecian los Jesuitas en aquellas penosísimas misiones; pero el Señor le habia destinado para santificar las provincias de Francia, y para renovar en ellas las maravillas que obraron en los primeros siglos los varones apostólicos.

Dió principio á las misiones en Foncubierta, lugar de su nacimiento, siendo quizá el primero que fue tenido por buen profeta en su tierra. Apenas se puede concebir vida mas austera, mas laboriosa, ni dias mas verdaderamente llenos que los suyos. Antes de amanecer estaba ya en la iglesia, donde después de la oracion hacia al pueblo una plática fervorosa; decia después misa; predicaba dos y tres veces al dia, y empleaba en el confesonario todo el tiempo que no ocupaba en el púlpito. Visitaba á los enfermos por via de descanso; y casi todos los que llamaba alivios eran alguna nueva obra de misericordia. Apenas dormia mas que dos ó tres horas, echado en el duro suelo, ó recostado en alguna silla. Desde los primeros años de su ministerio apostólico se prohibió el uso de la carne, del pescado, de huevos y de vino; su alimento regular era pan y agua; y si tal vez se veia precisado á tomar un poco de leche, se acusaba de su excesiva delicadeza. En los diez últimos años de su vida jamás se desnudó el cilicio. Para él no habia en todo el año estacion mas agradable que la del mas rígido invierno en aquellas montañas frigidísimas y asperísimas, porque en ninguna otra tenia mas que sufrir y padecer. Los hielos, las nieves, las lluvias, los vientos, los arroyos, las simas, los precipicios, las borrascas, nada le acobardaba, nada era bastante para moderar su celo. Si le representaban los compañeros que aquello era tentar á Dios, les respondia sonriéndose: *Tengo muchas experiencias de lo que Dios cuida de mí; y no es razon cargarme yo de este inútil cuidado. Agraviárale mucho si alguna cosa me acobardase.* Su confianza en Dios era sin límites, y obraba el Señor grandes prodigios en su favor. Rompióse un dia una pierna de resulta de una caída, y al punto se le consolidó perfectamente sin algun remedio humano.

No se ciñó solo al Langüedoc el teatro de la inmensa caridad de nuestro Apóstol. No hubo pueblo ni aldea en el Vivarés, no hubo choza ni cabaña en el Velay á donde no penetrasen los ardores de su

celo. Apenas se dejaba ver en el púlpito cuando se mostraba enternecido todo el auditorio. Las lágrimas de los mas rebeldes pecadores daban testimonio público de su sincera conversion; y lo mas asombroso fue, que de tanto número de las almas convertidas, ni una sola dejó de conseguir por las oraciones de Regis el don de la perseverancia. En Tolosa, Montpellier, Somieres y Puy fundó casas de recogidas, á donde voluntariamente se refugiaron las mujeres arrepentidas. Estas utilísimas conquistas le suscitaron muchos enemigos. Ciertos libertinos resolvieron asesinarle: con este intento le llamaron ya muy entrada la noche á la iglesia del colegio, fingiendo querian confesarse; supo el siervo de Dios por revelacion divina sus sacrílegos intentos; bajó, púsoseles delante, hablóles, movióles, convirtiéndoles, y la respuesta de aquellos infelices hombres fue un torrente de lágrimas que derramaron.

Los felicísimos sucesos de la mision que hizo en Cheylard apenas parecian creibles aun á los mismos que fueron testigos de ellos. Lacheu, Privas, San Aggrave, San Andrés, Fangas, Marlhes, y todos los pueblos comarcanos acreditaron lo que puede un predicador animado del espíritu apostólico. Los herejes, no pudiendo resistir á un hombre tan poderoso en obras como en palabras, abrazaron la religion católica. Todo aquel país, mucho mas espantoso por el desorden de las costumbres, que por sus escarpadas montañas, por sus breñas y sus bosques, se convirtió en domicilio de la virtud y de la inocencia. Es verdad que ningun predicador autorizaba mas que Regis la santidad del ministerio con la santidad de la vida. Su semblante extenuado á los rigores con que trataba su cuerpo; una modestia que de contado se llevaba hácia sí los ojos; un profundo recogimiento, y una apacibilidad que ganaba los corazones, todo esto era sermón en Regis.

No pudiendo reprimir los incendios del divino amor que abrasaban su inflamado corazon, se le oía muchas veces prorumpir en estas exclamaciones: *¡Ó Dios mio, ó amor mio, y delicias de mi corazon! ¿es posible que yo no os pueda amar todo lo que Vos mereceis ser amado, y todo lo que deseo amaros!* Por eso se comunicaba el Señor á aquella grande alma de un modo verdaderamente singular. Las indispensables distracciones de su ministerio no le interrumpian la íntima union con su Dios; y en medio de las mayores ocupaciones se le vió muchas veces extático y elevado.

De este vivo amor á Jesucristo, que le penetraba todo el corazon, nacia aquella tierna compasion con que miró á los pobres toda la

vida. Siempre se le hallaba rodeado de ellos; considerábalos como la porcion mas querida del rebaño de Jesucristo; y entre los pobres sentia particular inclinacion á los de las aldeas y de los campos, por contemplarlos mas desamparados. Su celo no reconocia límites; en tratándose de salvar una alma, nada se le hacia dificultoso. El gran teatro de esta inmensa caridad se puede decir que fue la provincia de Puy. Enviáronle los superiores á esta capital el año de 1636, para explicar la doctrina en la iglesia del colegio, y para que de cuando en cuando hiciese algunas excursiones por las aldeas de la comarca. Era tan grande el concurso á las doctrinas, que fue preciso tomar algunas providencias para que no sucediesen desgracias en los auditorios. El fruto correspondió al concepto que se tenia de su santidad, y en el espacio de tres meses se observó en toda la ciudad una total mudanza de costumbres. El retiro de todas las mujeres de mala vida, y sobre todo la conversion de una famosa dama cortesana, fueron causa de muchas persecuciones que se suscitaron contra él. No pocas veces fue insultado, abofeteado, apaleado, acocinado, y arrastrado por el suelo; pero su paciencia y su dulzura desarmaron á los furiosos, y convirtieron á los disolutos. Con todo eso no fueron estas las pruebas mas sensibles en que se acrisoló la virtud del fervoroso Jesuita.

Ejercitósela terriblemente cierto rector nuevo que llegó á gobernar el colegio de Puy. Fuertemente impresionado contra el Santo, desaprobó desde luego su derramamiento hácia afuera (así le llamaba él). Limitó su celo, reduciéndole á términos muy estrechos; moderó las visitas que hacia al hospital; prohibióle el ejercicio de muchos ministerios; empenóse en mortificarle, reprendiéndole en público y en particular: en una palabra, nada hacia Regis que mereciese la aprobacion de su rector; pero nada de esto bastó para arrancar de la boca del Santo ni una sola palabra que sonase á queja, ni á defensa ó apología de su proceder. Obedeció en todo con la mas puntual exactitud y con la mayor alegría, padeciendo con religioso silencio. El ejercicio fue terrible, pero de corta duracion. Fue desaprobada la conducta del rector, y él mismo al cabo reconoció y condenó sus violencias. Removiéronle del empleo, y el sucesor que le señalaron dejó libre al Santo el ejercicio de sus ministerios, sin poner límites á la extension de su celo. No seria fácil proceder de otra manera, porque el cielo autorizaba visiblemente con prodigios la caridad de nuestro Apóstol.

Hallándose la ciudad de Puy con una extrema carestía de granos,

tomó Regis de su cuenta el sustentar á todos los pobres. Juntó con grandes trabajos y fatigas todo el trigo que pudo; encerróle en una panera, y púsola al cuidado de una virtuosa señora, llamada Margarita Baud. Acabóse muy presto toda la provision, y avisado el Santo de que no habia trigo, ni dinero para comprarle, no por eso dejó de enviar á la caritativa señora á una pobre mujer cargada de hijos, con órden de que la diese todo lo que hubiese menester para mantenerse, y para mantenerlos. Admirada la virtuosa matrona, fue á buscar al siervo de Dios, y le dijo que extrañaba mucho la órden que la habia dado, pues no ignoraba que no habia grano de trigo. Sonrióse el Santo, y la respondió: *Andad, y á nadie me negueis timosna*. No replicó la buena señora; volvió á casa, y halló la panera llena de trigo. Este prodigio, que se repitió por tres veces durante la carestía, tuvo por testigo á toda la ciudad. Ni fue este solo milagro el que obró Regis durante su vida. Siendo aun mozo, y enseñando gramática en Puy, curó de repente de una grave enfermedad á un discípulo suyo, que ya habia recibido los Sacramentos; en fin, no hizo mision que no fuese señalada con algun prodigio.

Siendo tan inmenso el celo de nuestro misionero, no podia encerrarse dentro de las murallas de una ciudad. No hubo pueblo, aldea, choza, ni cabaña en los obispados de Puy, Viena, Valencia, Viviers, en el territorio de Velay, que no hubiese corrido el siervo de Dios en los cuatro últimos inviernos de su apostólica vida. Fai, Marlihes, San Salvador, San Pedro de los Macabeos, San Bonete el Frio, Vourey, Monregard, Montfaucon, Recoulles, Marcou, Chambon, Lalovesco, jamás dejarán de publicar los asombrosos trabajos y los maravillosos frutos del celo de su nuevo Apostol. En Fai dió vista á dos ciegos; en Marlihes libró á un endemoniado; en Monregard convirtió á la religion católica á la célebre madama de Romecin; en Montfaucon expuso su vida asistiendo á los apestados, y por sus oraciones cesó el contagio. En todas partes correspondia el fruto á su celo y á sus deseos. Esto le obligó á escribir al Padre general de la Compañia la carta siguiente, cuyo original se guarda en el archivo de la casa profesa de Roma, y es su fecha de 1.º de abril de 1640.

M. R. P. N.—Recurro hoy á V. P. con tanta mayor confianza, cuanto estoy persuadido de que la suplica que voy á hacer á V. P. no será de su desagrado. Esta es, que V. P. por su bondad se digne permitirme consagrar la vida y fuerzas que me restan á la enseñanza de la gente del campo. No puedo explicar los grandes bienes que produce este género de misiones. Hablo por experiencia, habiéndolo visto por mis

ojos, y pluguiese á Dios se me hubiese dado licencia para experimentar mas frecuentemente. Pido, pues, licencia á V. P. M. Reverenda para emplearme por lo menos seis meses al año en este divino ministerio. El señor obispo de Puy me ha dado todas sus facultades; muchos curas y muchos pueblos piden con grandes instancias la mision. El Padre rector, juzgándome necesario en el colegio, me detiene en él de tiempo en tiempo, á pesar de la extrema necesidad de tantas almas como perecen en las aldeas por falta de socorros espirituales. Suplico á V. P. se sirva hacer reflexion á que en los lugares grandes se distribuye el pan con abundancia, mientras los pobrecitos del campo se mueren de hambre, por no haber una mano caritativa que les reparta el pan de la divina palabra. Espero de la paternal bondad de V. P. que no me negará la gracia que le pido, aunque no sea mas que por consolarme en la repulsa que me dió cuando pedi ir al Canadá. Si la respuesta fuere favorable á mis deseos, me colmará de alegría, etc.

Condescendió con gusto el general á estos deseos; y el provincial que se hallaba en Puy, cuando vino la respuesta, tuvo especial complacencia en que el general aprobase aquello mismo que él habia ya permitido. Después que el siervo de Dios santificó todo el país de Montfaucon, de Recoules y de Verines, publicó para la vigilia de Navidad la mision de Lalovesco. Retiróse al colegio de Puy los últimos dias del Adviento, para disponerse á morir con tres ó cuatro dias de ejercicios, porque ya le habia el Señor dado á entender claramente que aquella mision habia de poner fin á sus trabajos. Paso los el siervo de Dios en íntima comunicacion con su Majestad, sin tratar con persona humana. Ocupado únicamente en el pensamiento de la eternidad, declaró á un Padre del colegio de su especial confianza, que sentia ciertos secretos anuncios de su cercana muerte. El tal Padre, de cuya boca oyó esta noticia treinta y nueve años há el autor de esta vida, hizo cuanto pudo para disuadirle que saliese á aquella mision; pero Regis le respondió: *Llámame Dios á Lalovesco, y es preciso que vaya*. Dió fin á sus ejercicios con una confesion general, y la antevíspera de Navidad partió para su amada mision. El tiempo estaba terrible; el país por donde viajaba era el mas quebrado y mas escarpado del mundo; descaminóse, y no tuvo otro arbitrio que refugiarse á una choza abierta á todos los aires. Pasó en ella toda la noche, expuesto á un viento frigidísimo y violentísimo. Acometióle un fuerte dolor de costado, acompañado de una ardentísima calentura, con la cual fué arrastrando hasta Lalovesco. Entróse derecho en la iglesia, y sin hacer caso de sus dolores ni de su fatiga,

abrió la mision, predicando un fervoroso sermon, y después se fué al confesonario, donde estuvo hasta muy entrada la noche. Suplia el celo las fuerzas que faltaban al cuerpo. El dia de Navidad predicó tres sermones; otros tantos el dia siguiente, y confesó cerca de veinte y cuatro horas. Pero cediendo el espíritu á la debilidad, le dió un desmayo. Lleváronle á casa del cura, y no acertando á rendirse á aquella grande alma, todavía confesó allí algunos pobres paisanos que le iban siguiendo desde la iglesia; hasta que repitiéndole otro desmayo fue preciso meterle en la cama.

Despachóse un propio con esta noticia á los Jesuitas de Anonay, distantes solas tres leguas de Lalovesco. Acudieron prontamente, llevándose consigo á un médico. Declaró este que en su juicio la enfermedad no tenia remedio, y no se puede explicar el gozo con que oyó el moribundo tan alegre nueva. Antes de recibir los Sacramentos quiso repetir con el P. Lascombe la confesion general que ocho dias antes habia hecho en Puy. Recibió el Viático y la Extremauncion como un hombre abrasado en el fuego del divino amor. Trajéronle un caldo; no le quiso admitir, diciendo que deseaba sustentarse hasta la muerte como los pobres, y que en lugar de caldo le darian gusto si le administrasen una taza de leche. Suplicó al P. Lascombe que le hiciese conducir á un establo, para tener el consuelo de morir en un lugar semejante al que Cristo habia escogido para nacer, ya que no podia morir en una cruz como su divino Salvador; pero el Padre le respondió, que su extrema debilidad no permitia se le removiese. El hermano Bideau, su compañero ordinario, que á la primera noticia se puso apresurado en camino, y desde que llegó no se separó un punto de su cabecera, aseguró que todo aquel tiempo le habia pasado el siervo de Dios en continua oracion. La noche del último de diciembre, poco antes de las doce, quiso el Salvador colmar de alegría á su siervo, anticipándole los gustos de la gloria. Apareciéronsele visiblemente Jesús y María. Confortado con esta celestial vision, y no pudiendo contener el gozo, exclamó todo transportado, y mirando al hermano Bideau: *¡Ah, carisimo hermano mio, y qué dicha es la mia! ¡qué contento muero! Jesús y María se dignan convidarme á la dulce estancia de los bienaventurados.* Un instante después, juntando las manos, y fijando los ojos en el Crucifijo, pronunció estas palabras: *Jesucristo, Salvador mio, yo te encomiendo mi alma, y la pongo en tus manos;* y entregó dulcemente su espíritu en las de su Criador hácia la media noche del mismo dia, año de 1640, á los cuarenta y tres y once meses de su edad, habiendo vivido vein-

te y cuatro en la Compañía, y los diez últimos empleándolos en las misiones.

Luego que espiró resonaron en todas las montañas vecinas estas palabras: *el Santo murió*. Toda la pompa de sus funerales fueron las lágrimas de los pueblos comarcanos. Disputóse algun tiempo dónde se le habia de enterrar. Los Padres querian llevar el cuerpo al colegio de Puy ó de Turnon, para restituir á los Jesuitas lo que parece era suyo; pero piadosamente amotinados todos aquellos pueblos, protestaron, que nunca sufririan se les despojase de un tesoro con que el cielo los habia regalado. Enterráronle en la iglesia cerca del altar mayor, con la precaucion de dar á la sepultura mas de doce piés de profundidad. Los innumerables milagros que obró Dios, y que está obrando cada dia por su intercesion, hicieron glorioso su sepulcro; y el lugar de Lalovesco, que era una infeliz aldea, es ya un pueblo numeroso y célebre por la concurrencia de peregrinos que acuden á él de las provincias mas distantes para venerar las cenizas del santo Apóstol. De todas partes recurren á su proteccion, como á remedio seguro contra las enfermedades mas desesperadas; y la feliz experiencia de una infinidad de curaciones milagrosas, que el Santo ha obrado incesantemente desde que acabó el curso de su apostólica vida, enciende cada dia mas y mas la devocion de los fieles en todos los reinos del mundo, y la viva confianza que tienen en su poderosa intercesion. Esto movió al papa Clemente XI, después de haberse examinado y aprobado judicialmente sus virtudes y milagros, á declararle beato por su breve de 8 de mayo de 1716; señalando el dia 24 del mismo mes para su fiesta, y en el propio dia se celebró en Roma con extraordinaria pompa la solemnidad de su beatificacion.

El dia 31 de setiembre del propio año fue elevado el santo cuerpo por el Ilmo. Sr. de Berton de Crillon, arzobispo de Viena, en cuya jurisdiccion está Lalovesco, y expuesto sobre el altar mayor en una caja. Costó dificultad el encontrarle, por el cuidado que se tuvo en ocultarle cuando le enterraron, hasta que en los registros de bautizados, enterrados y casados del Sr. Bayle, cura de Lalovesco, se encontró una partida donde se expresaba el lugar de la sepultura que se habia dado al santo misionero. Esta partida, copiada auténticamente de dichos registros, dice así:

Este dia último del mes de diciembre del año mil seiscientos y cuarenta, cerca de la media noche, murió en mi cuarto y en mi cama el R. P. Juan Francisco Regis, jesuita de Puy, donde estubo malo seis dias, y fue enterrado el dia dos de enero de mil seiscientos y cuarenta y uno en la ca-

pilla, y debajo de la campana grande de nuestra iglesia de Laloresco. Y por ser verdad lo firmé hoy tres del mismo mes y año, etc.

BAYLE, cura.

En esta traslacion se hizo un repartimiento auténtico de algunas de sus reliquias. Consérvase una costilla del Santo en la iglesia de los Jesuitas de Puy, otra en la de los de Turnon, otra en la de los de Anonay, y otra en la iglesia del colegio de Viena. En la del colegio grande de Leon se venera una vértebra, ó hueso del espinazo, engastada en un rico busto de plata, y en cada una de las iglesias de los otros dos colegios que tienen los Padres en aquella ciudad se venera otra semejante. Habiendo regalado el señor arzobispo de Viena al colegio de los Jesuitas de Aviñon con un hueso del brazo del santo Regis, no se puede explicar la devocion y la veneracion con que es adorado de los fieles. Ahora mas que nunca honra el Señor á su fiel siervo con la multitud casi infinita de milagros que obra cada dia por su intercesion. La tierra que se saca de su sepultura, llevada por reliquia, y aplicada á los enfermos, hace una multitud de curaciones milagrosas; confirmándose cada dia mas con nuevos prodigios el poder que tiene el Santo con Dios, como lo reconoció el sumo pontífice Clemente XI, que gobernaba entonces la Iglesia con tanta prudencia y dignidad, en su breve de la beatificacion del bienaventurado Juan Francisco Regis, expedido en 8 de mayo de 1716, que dice así:

«El Espíritu Santo nos enseña que se debe tributo de alabanzas á aquellos varones gloriosos, ricos de virtudes, que se hicieron «ilustres en sus naciones; esto es, á aquellos santos y escogidos del «Señor á quienes plugo la divina Providencia adornar con los dones «mas brillantes de sus diferentes gracias. Como entre estos ilustres «varones haya querido la misma divina Providencia que resonase en «todas partes la gloria del siervo de Dios Juan Francisco Regis, religioso y presbítero de la Compañía de Jesús; el cual revestido de la «virtud de lo alto, y llevando el yugo del Señor desde su adolescencia, unió siempre la austeridad de la mortificacion al candor de la «inocencia, hombre verdaderamente apostólico, cuyo corazon dilató «incesantemente el Espíritu Santo, para que se mostrase en todo. «como lo hizo, digno ministro del Señor, por mucha paciencia en «las tribulaciones, en las necesidades, en las extremas angustias, en «los golpes, entre los trabajos, por las vigiliass y por los ayunos, por «la ciencia, por la mansedumbre, y sobre todo por una caridad sin-

«cera para con Dios y para con el prójimo, de la cual vivia mara-
 «villosamente abrasado; de ahí es que nosotros faltáramos á las
 «obligaciones del pontificado, á cuya dignidad, aunque muy superior
 «á nuestros méritos y á nuestras fuerzas, fue el Señor servido de ele-
 «varnos, si no empleáramos la potestad que se nos ha concedido de
 «lo alto en aumentar el culto y la veneracion de este siervo de Dios,
 «para gloria del Señor, para ornamento de la Iglesia católica, y
 «para edificacion del pueblo cristiano. Habiendo, pues, examinado
 «y pensado con diligencia y con madurez todos los procesos é infor-
 «maciones jurídicas, hechas por nuestros venerables hermanos los
 «cardenales de la congregacion de los sagrados Ritos, en orden á la
 «santidad y virtudes heroicas del siervo de Dios, Juan Francisco
 «Regis, como tambien de los milagros que se aseguraba haber obra-
 «do Dios por su intercesion, y para manifestar á los hombres su san-
 «tidad... Concedemos... por la autoridad apostólica, y por el tenor
 «de las presentes, que dicho siervo de Dios Juan Francisco Regis sea
 «de hoy en adelante llamado con el nombre de beato; que su cuer-
 «po y sus reliquias sean expuestas á la veneracion de los fieles... Y
 «que cada año el dia 24 de mayo se rece el oficio, y se diga misa de
 «confesor no pontífice; por cuanto el dia 31 de diciembre, en que el
 «siervo de Dios rindió el espíritu á su Criador, y muchos de los si-
 «guientes, están ocupados, como se sabe, etc.»

*La Misa es del comun de Confesor no pontífice, y la Oracion que com-
 puso el mismo Papa que le beatificó es la siguiente:*

*Deus, qui ad plurimos pro salute
 animarum perferendos labores bea-
 tum Joannem Franciscum confesso-
 rem tuum, mirabili charitate, et in-
 victa patientia decorasti: concede pro-
 pitius, ut ejus exemplis instructi, et
 intercessionibus adjuti, aeternae vi-
 tae praemia consequamur: Per Do-
 minum nostrum Jesum Christum...*

Ó Dios, que adornaste con una ad-
 mirable caridad, y con una invencible
 paciencia á tu confesor el bienaventu-
 rado Juan Francisco, para que pudie-
 se sufrir tantos trabajos por la salva-
 cion de las almas; concédenos benigno,
 que enseñados de sus ejemplos, y
 protegidos con su intercesion, merez-
 camos el premio de la vida eterna. Por
 Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epistola es del capítulo xxxi del Eclesiástico, pág. 218.

REFLEXIONES.

*Bienaventurado aquel que no coloca su esperanza en el dinero, ni en
 los tesoros. Necesariamente ha de tener poco entendimiento y menos
 religion el que se apoya sobre fondos tan caducos. ¿Que mérito dan*

las riquezas al que no tiene entendimiento ni virtud? Y aunque tenga el primero, si le falta la segunda, ¿de qué le servirá? Una estatua de oro, nunca es mas que una estatua. No hay estado mas peligroso para la salvacion que el de los ricos. Las honras embelesan, la abundancia atolondra, y el regalo de una vida deliciosa embriaga. Yo, dice el Señor por el Profeta, quise disipar todos esos embelesos, y haceros volver de vuestras ilusiones; os hablé cuando todo se os mostraba risueño en medio de vuestra prosperidad y de vuestra abundancia: *Et dixisti non audiam*, y siempre os hicisteis sordos á mi voz. Los dias que llama el mundo felices no son ciertamente dias de conversion; el tiempo de prosperidad no es la sazón mas propia para la penitencia. Los consejos mas saludables, las exhortaciones mas eficaces, las reflexiones mas convincentes hacen poca fuerza á un corazon lleno de tesoros: *Pauperes evangelizantur*. La docilidad á la fe, y el rendimiento á la gracia, no son las virtudes que mas se pueden esperar de los hombres vanos. Una dama profana, y un hombre rico, dejan al pobre vulgo el aprecio y el ejercicio de las máximas del Evangelio; las del mundo son mas de su gusto; pero ¿cuál será su suerte eterna? ¿Tendrán parte en la estancia dichosa de los bienaventurados? ¡Mi Dios, y qué poco se conocen las utilidades de una vida humilde y necesitada! Es cierto que la pobreza espanta; pero con todo la condicion de los pobres puede ser un rico mineral de merecimientos y de felicidades. Menos expuestos á los peligros que acompañan á los ricos, son humildes casi de necesidad, y están mas dependientes de Dios, porque viven de su providencia. ¡Oh, y de cuántos estorbos de la salvacion se hallan exentos! Si conocieran bien lo mucho que vale su estado, se tendrian por dichosos en no haber nacido entre los peligros del esplendor y de la abundancia. Las riquezas producen mas espinas que rosas; ni apenas se pueden coger sus flores sin picarse. ¿Quién ignora que la condicion de los pobres fue ennoblecida por la eleccion que hizo de ella Jesucristo? En su mano estuvo nacer y vivir con la mayor opulencia; pero prefirió el estado de pobre. ¿Si seria por ignorancia ó por falta de espíritu? Pero si fue por alta disposicion de su divina sabiduría, ¿serán los pobres los peor librados? Y ¿tendrán razon para quejarse del estado que les cupo en suerte?

El Evangelio es del capítulo XII de san Lucas, pág. 220.

MEDITACION.

De la caridad con los pobres.

PUNTO PRIMERO.—Considera que la caridad en el sentido en que ahora la tomamos, es, hablando propiamente, efecto de una virtud moral y cristiana, que consiste en socorrer al prójimo en sus necesidades con la limosna, con el consejo y con los buenos oficios. Esta virtud, segun la doctrina del mismo Jesucristo, nace del amor que se tiene á Dios, y segun la misma doctrina ha de ser el distintivo de todos los Cristianos: *In hoc cognoscent omnes, quia discipuli mei estis*: La señal por donde todos conocerán que sois discípulos míos, será si os amais unos á otros. Esta caridad benéfica y liberal tiene siempre abiertas las manos para socorrer al prójimo en sus miserias. Quiso la divina Providencia que se conservase entre los hombres la caridad por el recíproco comercio de asistencia y socorro que mutuamente se dan unos á otros; pero este comercio no es precisamente voluntario y de pura benevolencia; es en algunos casos de justicia y de obligacion indispensable. Si naciste en medio del esplendor y de la abundancia, no lo debiste á tu industria, ni á tu mérito: Dios dispuso la diversidad de condiciones; y cuando quiso que unos naciesen necesitados de todas las cosas, encargó que los socorriesen en ellas á los que proveyó con abundancia de todo; de manera, que favoreciendo á estos, no se olvidó de aquellos, pues los puso al cuidado de los ricos. Son las riquezas beneficios á título oneroso; los pobres tienen derecho á ellos; y si la divina Providencia se los concedió á los ricos, fue con el gravámen y condicion precisa de que los pobres habian de entrar en sus rentas á la parte; y de esta manera proveyó á las necesidades de todos. Es Dios dueño absoluto y supremo de nuestros bienes; como á tal le debemos tributo; y no queriendo, por decirlo así, recibirle en sus arcas, hace cesion de él en favor de los pobres. El socorrer, pues, á estos, no solo es debido á título de caridad, lo es tambien á título de justicia, porque Dios no te hizo rico precisamente para tí solo, sino juntamente para beneficio de los pobres. ¡Mi Dios, qué poco conocida, y qué poco abrazada es esta verdad! ¡qué poca caridad hay en el mundo! Y siendo esto así, ¿tendrá Jesucristo muchos discípulos verdaderos entre los Cristianos?

PUNTO SEGUNDO.—Considera que la verdadera caridad no se limita únicamente á esto que se llama limosna; es muy ingeniosa, y

encuentra mil industrias para aliviar á los afligidos. Cuando faltan las riquezas, no faltan los buenos oficios, los obsequios, ni las diligencias. Nunca sabe estar ociosa su actividad. En vano procuran el honor y la vergüenza sepultar en las tinieblas la necesidad de las honradas familias; á la fina caridad no se la ocultan aun las miserias mas invisibles; ninguna se esconde á su solícita vigilancia. Los enfermos mas asquerosos, los mas abandonados, tienen por ella no sé qué oculto atractivo. Penetra las prisiones, y sabe abrirse las puertas de los mas profundos calabozos. ¡Qué no puede, y qué no hace un celo animado de la caridad! Pero aun mucho mas excitan su compasion las necesidades espirituales que las corporales. Esta caridad cristiana es la que enciende aquella misteriosa lámpara, con la cual los verdaderos discípulos de Cristo alumbran á todos aquellos que están envueltos en las tinieblas del pecado. Aquel ardiente, infatigable y generoso celo, que, por decirlo así, devora á todos los fieles siervos de Dios, efecto es de la caridad cristiana. Considera los inmensos trabajos de aquellos hombres apostólicos que sacrificaron su sosiego, su salud y su misma vida por la salvacion de las almas. Basta solo un Regis para que comprendas lo mucho que puede una ardiente caridad, junta con un ayuno riguroso y continuo, en un país verdaderamente horrible, en el rigor de la estacion mas cruel, con trabajos y con fatigas que apenas caben en la imaginacion. Todo su fin era instruir á los pobres y santificarlos; á esto se reducía todo el motivo de su celo. No le movía, no, ni el esplendor de las funciones en que ejercitaba su ministerio, ni la brillantez ó el estruendo de las personas en quienes lograba tan portentosas conversiones. Unas humildes chozas, escondidas entre las profundas simas, ó entre las espantosas quebradas de las mas ásperas montañas, y habitadas de unos miserables paisanos, eran todo el teatro de su inflamada caridad, pero de una caridad verdaderamente sobrenatural; porque ningun otro fuego que el del divino amor podia encender aquel heroico celo, ni abrasar aquel noble corazon. Cotejemos aquella caridad con la nuestra; y si este ha de ser el distintivo que nos dé á conocer por verdaderos cristianos, consideremos si en virtud de él podremos esperar que Jesucristo nos reconozca por sus discípulos verdaderos.

Alcanzadme, ó bienaventurado Regis, aquella caridad, aquel amor á mi prójimo que poseisteis Vos en grado tan eminente. Ni vuestra intercesion, ni el crédito que lograis para con Dios se limitan á las necesidades corporales; sin comparacion os mueven mucho mas las espirituales. Conseguidme, pues, del Señor una caridad perfecta, en

virtud de la cual ame á mi Dios sobre todas las cosas, y al prójimo por el amor de mi Dios.

JACULATORIAS. — Dichoso aquel que atiende á las necesidades del menesteroso y del afligido; cuando él mismo se vea en afliccion logrará el consuelo y la asistencia del Señor. (*Psalm. XL*).

Señor, abrasad mis entrañas y mi corazon con el fuego de vuestro amor. (*Psalm. XXV*).

PROPÓSITOS.

1 Es señal de un buen corazon tener compasion de los afligidos. El que se muestra duro en los trabajos de otro, es poco agradecido á los beneficios de Dios. No es tierno con Dios el que no lo es con el prójimo. Conviene, pues, que la caridad sea tu amada virtud. Preciate de tener un corazon tierno y compasivo, singularmente con los pobres; pero ten presente que la verdadera compasion, primer fruto de la caridad, no consiste en ternuras exteriores, ni en lágrimas estériles; pide necesariamente socorros efectivos. Cuando la limosna acompaña á la compasion, la compasion es aun mas apreciable que la misma limosna. Junta siempre que puedas estos dos frutos de la caridad. Ama á los pobres, hónralos como á porcion escogida del baño de Jesucristo, y no malogres ocasion alguna de socorrerlos.

2 Para aliviarlos hay diferentes medios. No solo se les puede socorrer con la limosna, sino con el consejo, con los buenos oficios, y con la doctrina saludable. A un pobre encarcelado, á un enfermo, al que su pobreza y su honra le tienen encerrado entre cuatro paredes, le consuela mucho una visita; todas estas obras de misericordia son otras tantas limosnas. Llevará Dios la cuenta de ellas, y en el gran dia del juicio estos serán los títulos y los méritos que tendrá presentes para premiar á los escogidos.

DIA XXV.

MARTIROLOGIO.

LA DICHOSA MUERTE DE SAN GREGORIO VII, papa, en Salerno, acérrimo propugnador y defensor de la libertad eclesiástica. (*Véase su vida en las de hoy*).

SANTA MARÍA MAGDALENA, vírgen, del Orden de Carmelitas, en Florencia; ilustre por su buena vida y santidad: su festividad se celebra el dia 27 de mayo. (*Véase su vida en las de hoy*).

EL TRIUNFO DE SAN URBANO, papa y mártir, en Roma, en la via Nomenta-

na, por cuya exhortacion y doctrina muchos, entre los cuales se cuentan Tiburcio y Valeriano, abrazaron la fe de Jesucristo, y por ella padecieron: él tambien habiendo sufrido muchos trabajos en la persecucion de Alejandro Severo, por defender la santa Iglesia, últimamente fue decapitado, y así alcanzó la corona del mártirio. (*Véase su noticia en las de hoy*).

EL TRIUNFO DE LOS SANTOS MÁRTIRES POSICRATES, VALENCION, Y OTROS DOS, en Dorostoro, en la Misia, los cuales recibieron juntamente la corona.

SAN DIONISIO, obispo, en Milan, el cual por la fe católica fue desterrado á Capadocia por orden del emperador Constancio, arriano, y entregó su alma al Criador, después de haber merecido el título de mártir. Su sagrado cuerpo lo envió el obispo Aurelio á Milan á san Ambrosio, obispo: á esta traslacion dicen que cooperó tambien san Basilio el Magno.

SAN BONIFACIO IV, papa, en Roma, el cual dedicó el Panteon á honra y con el título de Santa María de los Mártires.

EL TRIUNFO DE SAN CENOBIO, obispo de Florencia, en la misma ciudad, esclarecido en santidad de vida y en milagros.

SAN ALDELMO, obispo de Schirebourg en Inglaterra.

SAN LEON ó LIE, confesor, en la diócesis de Troyes de Francia.

LA TRASLACION DE SAN FRANCISCO, confesor, en Asis en la Umbría, en tiempo del papa Gregorio IX.

LA TRASLACION DE SANTA MARÍA, madre de Santiago, en Veroli en Campaña, cuyo sagrado cuerpo resplandece en milagros.

SANTA MARÍA MAGDALENA DE PAZZIS, CARMELITA DE LA REGULAR OBSERVANCIA.

Santa María Magdalena, de la ilustre casa de Pazzis en el ducado de Toscana, tan recomendable por su religiosa vida, como por su santidad, fue hija de Camilo de Geri de Pazzis, y de María Lorenza de Baudemont. Nació en Florencia el segundo dia de abril del año 1566, y en el Bautismo recibió el nombre de Catalina. Muy presto se conoció que Dios la habia prevenido con su particular bendicion desde la cuna. Fue niña, pero nunca lo pareció; anticipóse la razon á la edad; y la gracia, por decirlo así, se anticipó á la razon. Exenta de las ordinarias inclinaciones de los niños, para ella no habia otro entretenimiento que la oracion. Si la querian divertir, era menester llevarla á la iglesia, ó leerla la vida de algun Santo. Cansaba á su aya tanta devocion; pero al mismo tiempo la admiraba como á todos sus parientes.

Debió al cielo un natural apacible, un genio dócil, pero acompañado de una seriedad, y de una reserva tan grata y tan atractiva, que sin libertad la amaban y la veneraban cuantos la conocian. Parecia haber nacido con un ardiente amor á Jesucristo, y con una ternura singular á la santísima Virgen, segun se hacia sensible á todos

la devocion que profesaba al Hijo y á la Madre. Favoreciola Dios con el don de oracion antes de saber leer, ni tener edad para aprenderlo. Pasaba en ella horas enteras, y preguntada qué hacia en el oratorio, respondia: *Pido á mi buen Dios que me enseñe lo que debo hacer para agradarle.*

Entre los siete y ocho años de su edad la comenzó á confesar el P. Rosi, de la Compañía de Jesús, que fue después de toda su confianza, y desde entonces la encontró ya diestra en el ejercicio de la oracion. En este comercio espiritual que tenia con su Dios, aprendió sin duda las pequeñas industrias de que se valia para mortificarse, tan imperceptibles, que se escapaban á toda la advertencia de su aya. De la sobriedad que comenzó á practicar pasó muy presto á la abstinencia, y era menester mucha observacion para notar que ayunaba, y para interrumpirla los ayunos. Ni su madre, ni su director, tenían otra cosa que hacer en su gobierno sino moderar sus penitencias.

Nada afligia tanto á la santa niña como no verse admitida á la sagrada mesa de Jesucristo, á título de su corta edad, sin poder disimular la santa envidia con que miraba á las otras, que por sus años gozaban este privilegio. Atendiendo el confesor á sus ansias, á su virtud y á su razon despejada, se determinó finalmente á consolarla, y á los diez años la permitió la sagrada comunión. Conseguida esta gracia, juzgó no habia en el mundo dicha comparable con la suya, y no sabiendo cómo agradecerla, resolvió consagrar á Dios su virginidad, como lo hizo con voto, y desde entonces se consideró como casta esposa suya.

Esta nueva prerogativa la inspiró nuevos deseos de padecer, para hacerse mas agradable á su divino Esposo. Desde los doce años de su edad comenzó á dormir sobre la desnuda tierra, y macerar su delicado cuerpo con todo género de penitencias. La vista de Cristo crucificado la excitaba cada dia alguna nueva invencion para mortificarse. Además del cilicio que continuamente traia, hizo una corona de espinas muy puntiagudas, que apretó fuertemente á la cabeza, y pasó toda una noche en este cruel tormento. Era muy ingenioso el amor de Dios en esta tierna doncellita para inventar industrias con que mortificar sus sentidos, encontrando materia de algun sacrificio en todo cuanto ocurría.

Por este tiempo el gran duque de Toscana hizo gobernador de la ciudad de Cortona á Camilo, padre de la santa niña, con cuya ocasion, por consejo del P. Blanca, rector del colegio de Florencia, pidió y obtuvo el consentimiento de sus padres para quedarse por edu-

canda en el monasterio de San Juan Bautista de la misma ciudad. Creció el fervor con el retiro, y llamaba al convento su paraíso terrenal por la comodidad que tenia de adorar cada hora á su celestial Esposo en el Sacramento del altar. Por su gusto pasaria todas las noches en el coro, de donde nunca la retiraban sin hacerla mucha violencia, porque tenia todas sus delicias en hacer continua corte á Jesucristo. Por eso cuando la buscaban, ya se sabia que la habian de encontrar en la iglesia. Pero habiendo vuelto sus padres á Florencia, se vió precisada á dejar aquella dulce habitacion. Costó muchas lagrimas la separacion, tanto á las religiosas, como á la niña; pero nada la afligió mas que la resolucion que tomaron sus padres de casarla. Aunque tenia solos quince años era ya muy pretendida, aun mucho mas por su virtud, que por sus grandes bienes, por su nobleza y por su hermosura. Pero quedaron iguales todos los pretendientes, porque declaró á sus padres el voto que tenia hecho de ser religiosa, y de no admitir otro esposo que Jesucristo. Como aquellos eran muy virtuosos, y su vocacion tenia tantas pruebas de legitima, no ocurrió embarazo que la detuviese. Dejose á su arbitrio la eleccion del convento, y prefirió el de las Carmelitas á todos los demás, precisamente porque comulgaban todos los dias. Entró pues en el convento de Santa Maria de los Angeles, el año de 1582, casi á los diez y seis años y medio de su edad; y pasadas las primeras pruebas, cuando se juzgaba ya en visperas de tomar el hábito, fue llevada otra vez á casa de sus padres, donde padeció por tres años grandes y terribles combates; pero saliendo victoriosa de todos ellos, la restituyeron al convento. Luego que se vió en él, olvidó enteramente todo lo que oia á carne y sangre, dejando hasta el propio nombre de Catalina, que trocó en el de Magdalena; y resuelta á no dejarse ver de persona alguna de fuera, hizo del claustro su sepulcro, enterrándose en vida dentro de él.

Al despojo universal de todos los bienes exteriores acompaño el sacrificio de su propia voluntad. Sin embargo de estar tan loablemente acostumbrada en el siglo á tanta oracion, y á tan rigurosas penitencias, luego que se vió novicia no deliberó un punto en conformarse en todo con la vida comun. Sujetóse rendidamente á todas las menudencias de la regla, olvidando por ella sus devociones particulares, y huyendo cuidadosamente de toda singularidad. Ninguna novicia comenzó la vida religiosa con mayor fervor, y ninguna en breve tiempo hizo mayores progresos en ella. En menos de seis meses era ya una religiosa perfecta por su devocion, por su íntima union

con Dios, por su puntualidad y por su mortificacion. Desmayaba el fervor de las mas ancianas á vista de su virtud. Era novicia Magdalena, y á todas la proponian por modelo para la imitacion. Suspiraba cada instante por el dichoso dia en que habia de consumir el sacrificio; pero se dilató la ceremonia por una grave enfermedad, que la puso á las puertas de la muerte. Profesó en fin, el dia 27 de mayo, fiesta de la santísima Trinidad, y profesó con tanta devocion, tan abrasada del divino amor, que por muchas horas estuvo arrebatada en éxtasis. Este fue el preludio de aquellas gracias tan extraordinarias, de aquellos raptos tan frecuentes con que Dios la favoreció. Los dos años inmediatos á su profesion se pasaban pocos dias sin estar arrebatada por cuatro y por seis horas en dulces amorosos éxtasis. el cuerpo inmoble, los ojos levantados al cielo, ó clavados fijamente en la imágen de un Crucifijo, el rostro inflamado en el fuego del divino amor, tan apacible y tan risueño, que mostraba bien los deliciosos consuelos en que se inundaba su alma. En esta postura se la oia exclamar frecuentemente: *¡Ó amor, ó divino amor! ¿será posible que las criaturas te conozcan, y no te amen?* Las continuas lágrimas que vertian sus ojos en estas ocasiones, eran indicios de que su corazon ardia en aquel divino fuego, que vino el Salvador á encender en el mundo, con deseo de abrasarle en él. Muchas veces salia fuera de sí corriendo por los tránsitos del convento, y por las calles de la huerta, y tomando sus voces á la esposa de los Cantares, decia toda arrebatada: *Buscando voy al que ama mi corazon. ¿Habeis visto al amado de mi alma? No dejaré de buscarle hasta que le encuentre.* Y otras exclamaba: *Yo vivo; pero ya no vivo yo; Jesucristo vive en mí.* Con dificultad se habrán visto efectos mas sensibles del amor de Dios, que los que se palpaban en aquella alma feliz, siendo preciso muchas veces obligarla á que tuviese metidas las manos en el hielo para templar sus ardores.

Parece que el Señor tenia sus delicias en instruirla por sí mismo durante aquellas íntimas comunicaciones. Al volver un dia de un éxtasis muy dilatado la ordenaron el confesor y la prelada que dijese lo que Dios la habia dado á entender en aquel raptó, y que declarase lo que la habia enseñado. «Enseñóme, dijo, mi divino Maestro á que guardase con un sumo cuidado, y con una extrema vigilancia, la pureza del corazon y la santa simplicidad. Infundióme tan elevado concepto de la virginidad, que no acierto á explicarlo con palabras. Ordenóme que hiciese cada obra particular como si fuese la última de mi vida; que nunca indagase lo que hacian las

«demás, ocupándome única y totalmente en lo que me tocaba á mí; que mantuviese siempre un mismo humor inalterable; un grande agrado con toda suerte de personas, y que jamás se me escapase palabra alguna que oliese á lisonja ni á vanidad; que procurase ardientemente servir á mis hermanas, considerándome como si fuese criada de todas; que hiciese infinito aprecio hasta de las reglas mas menudas, persuadida de que todas eran de suma importancia, y que en la exacta observancia de todas ellas consistia la perfeccion religiosa; que jamás hablase de los favores que me hacia, ni de las cosas de mi interior, sino con las personas que tenian á su cargo mi gobierno; que nunca perdiese de vista la pasion de Jesucristo; y en fin, que tuviese una insaciable hambre de la divina Eucaristía, llegándome cada dia con nuevo fervor á la sagrada mesa, y visitando todos los dias treinta y tres veces el santísimo Sacramento, menos que me lo impidiese la obligacion de la obediencia.»

Dijo un dia á la prelada como la ordenaba el Señor, que en adelante solo se mantuviese con pan y agua; desaprobó la superiora esta singularidad, y la ordenó que comiese lo que comian las demás; pero desde entonces no la fue posible pasar ni un solo bocado de otra vianda, y en lo restante de su vida solo se sustentó con lo que Dios la habia ordenado. Consiguió licencia para andar con los piés descalzos, y nunca se dispensó en esta penitencia, por riguroso que fuese el invierno. A pesar de la delicadeza de su cuerpo, consumido con casi continuas enfermedades, dormia constantemente en la dura tierra, sin desnudarse jamás un áspero cilicio, y una cadenilla que traia á raíz de sus inocentes carnes.

Pero no fueron estas mortificaciones las que mas la dieron que padecer. Quería el Señor purificar todavía aquella alma en el fuego de la tribulacion, y aumentar por este camino muchos grados á sus merecimientos. Entregada por espacio de cinco años á las mas violentas tentaciones, y á las mas terribles pruebas, parecia haberla dejado su Esposo enteramente á merced del furor de los demonios. Cesaron de repente los continuos favores con que el Señor la regalaba, tan olvidada al parecer de ellos, como si jamás los hubiera recibido; hallóse su espíritu poseido de una desolacion, de una aridez, de una sequedad extrema; una violencia, un total disgusto á todos los ejercicios de devocion; un tedio insoportable á la oracion; un levantamiento general de todas las pasiones, con una batería de ciertas tentaciones, las mas desconocidas á la castísima virgen, y las que mas la afligian y humillaban; una especie de horror involuntario á la vo-

cacion, y un torbellino de pensamientos terribles, de imaginaciones congojosas, todo con tentaciones de blasfemia y de desesperacion. con dolores universales y agudísimos en todo el cuerpo; fantasmas horribles que no la permitian un instante de reposo, ni de dia ni de noche, sin intermision y sin consuelo. Desolada, despreciada, abandonada; con razon se puede dudar si era posible martirio mas cruel. Sosteníala verdaderamente la Gracia; pero en tan doloroso estado apenas la sentia. Con todo eso en nada se desmintió á sí misma la fidelísima Magdalena: después de su continuo recurso á Dios, todo su consuelo era la proteccion de la santísima Virgen. Vióselas muchas veces, durante aquellos excesos de desolacion y desamparo. correr apresurada á los oratorios y capillas reservadas del convento, y deshaciéndose en lágrimas, abrazarse estrechamente con alguna imagen ó estatua de esta Señora. Pero la prueba mayor de la magnanimidad de aquella alma fue el oirla exclamar en medio de sus trabajos: «Señor, aunque me seria tan dulce la muerte para librar-me de tantos tormentos, no, mi Dios, no me dejeis tan presto morir, para que se me dilate el padecer: *Non mori, sed pati.*»

Cuanto mas crecian sus penas, su sequedad y sus congojas, mas puntual y mas exacta era en todos los ejercicios espirituales. Habia pedido y habia conseguido licencia para hacer los mas bajos oficios de la casa, y todos los hacia con la mayor exactitud. Ni de dia ni de noche se apartaba, en cuanto podia, de la cabecera de las enfermas, sirviéndolas en las cosas de mayor abatimiento, y tenia particular gusto en ayudar á las hermanas legas en todas las ocupaciones correspondientes á su humilde estado. Honraba y veneraba tanto á todas las monjas, que muchas veces se postraba, y besaba devotamente el suelo donde ellas habian puesto los piés. Parece que no podia ascender á mas la caridad, la mortificacion y la humildad de nuestra Santa, por lo que quizá tampoco habrá dispensado el Señor á otra alma mas regalos, ni mas insignes favores.

Sucedió la calma á la tempestad, y la hermosa alegre luz á las tristes tinieblas. Apareciósele el Señor, acompañando su presencia sensible con tan celestiales consuelos, que en un instante la hicieron olvidar todos los tormentos pasados. Desde allí adelante todos fueron éxtasis, todos excesos de amor, abrasada continuamente de ellos en un modo muy sensible. Su grande máxima era esta: *Amar á Dios, y aborrecerse á sí misma*; y añadía: *En esto consiste la perfeccion*. No obstante el ardiente deseo que tenia de hacer grandes cosas por su Dios, el Señor la ordenó que en lo sucesivo huyese de to-

da singularidad, y se redujese en todo á la vida comun. Hízolo; pero al mismo tiempo elevaba las obras mas ordinarias, haciéndolas por motivos tan puros y tan perfectos, que cada instante crecia en gracia y en merecimiento. Exclamaba frecuentemente en la oracion y en sus ordinarios éxtasis (*Rom. viii*): *¿Quién me separará del amor de Jesucristo? ¿la tribulacion, la tentacion, las angustias? Todas las cosas del mundo me parecen estiércol por ganar á Jesucristo. El Señor me enseña con sus lecciones, y vela en mi conversion (Philip.)*, *¿quién me podrá hacer daño?* Arrebatada un dia de estos extáticos excesos, corrió acelerada á un altar de la santísima Virgen, inflamado el rostro en aquel celestial fuego que abrasaba su corazon; y postrada en tierra hizo esta tierna oracion: «Purísima Virgen, Madre de Dios, yo me ofrezco y me sacrifico toda á Vos para siempre, y sin reserva; desde este punto en adelante Vos seréis mi madre. Después de Dios en Vos pongo toda mi confianza; dignaos mirarme como á la menor de vuestras hijas; no por eso dejaré de ser la menor de vuestras humildes siervas. Jesús, María; este es todo mi tesoro y todo mi consuelo.»

Ninguna alma religiosa tuvo mayor ni mas justo concepto de la felicidad de su religioso estado; besaba muchas veces al dia las paredes del convento, y decia: Que si se conocieran bien la dulzura, la felicidad, y las conveniencias de la Religion, se despoblaria el siglo. Comiala ó la devoraba el celo de la salvacion de las almas; todos los dias hacia oracion, y varias penitencias por la conversion de los pecadores; pero la Cuaresma con especialidad era para ella el tiempo de las lágrimas y del martirio.

Aunque tan jóven, y siempre muy enferma, la encomendaron los principales oficios de la casa: fue directora de las jóvenes, por mucho tiempo maestra de novicias, y al cabo superiora de la comunidad, por eleccion de toda ella. No se puede dignamente admirar la vigilancia, la exactitud, la discrecion, la suavidad y la caridad con que desempeñaba las obligaciones de tan diferentes empleos; haciendo conocer á todos, que reina muy presto en una comunidad religiosa el fervor y la observancia, cuando los que la gobiernan mandan mas con el ejemplo que con las palabras. En siendo los superiores santos, todo va bien en los conventos.

Favoreció el Señor á su sierva con los dones mas singulares; tuvo el de milagros y el de profecía. Luego que espiró en Roma san Luis Gonzaga, de la Compañía de Jesús, vió Magdalena en un éxtasis el sublime grado de gloria que gozaba en el cielo.

Mientras tanto iban creciendo cada día sus dolores y sus enfermedades, sin que apenas se pudiese comprender cómo un cuerpo tan delicado podía resistir á tantos males. Aumentóse la violencia en la postrera enfermedad; padecía excesivos dolores en todo el cuerpo, sin que con ningún remedio pudiese recibir el menor alivio. *Espero morir en la cruz*, decia ella, *á ejemplo de mi divino Salvador. ¡Cierto que seria buena gracia el que bajase de ella!* decia á una monja que la consolaba. Solamente cuando recibia la divina Eucaristía se la aliviaban por algunos instantes sus vivos dolores; pero en medio de ellos nunca perdió su apacibilidad, su tranquilidad ni su paciencia. Consumida en fin aquella bienaventurada víctima, mas á violencia de los incendios del divino amor, que al rigor de la enfermedad, rindió el espíritu á su Criador, para recibir el gran premio que la estaba destinado, el día 25 de mayo del año de 1607, á los cuarenta y uno de su edad, después de haber vivido veinte y cinco en el monasterio.

Inmediatamente después de su muerte dió el cielo grandes pruebas de la gloria que gozaba, no solo por los muchos milagros que obró y está obrando el día de hoy en su sepulcro, sino por la incorruptibilidad del santo cuerpo, que pasó á ser objeto de la pública veneracion, desde que Urbano VIII la beatificó el año de 1626; y Alejandro VII la puso solemnemente en el catálogo de los Santos en el de 1669 con las ceremonias acostumbradas.

SAN GENADIO, OBISPO DE ASTORGA.

San Genadio, abad del monasterio de San Pedro de Montes (*), hácia fines del siglo IX sucedió á Ranulfo en el gobierno de la iglesia de Astorga. Desde muy niño fue inclinado este siervo de Dios á la vida solitaria. Para cumplir con esta vocacion del cielo dejó la casa de sus padres, y los bienes que tenia, y las esperanzas todas del mundo, y se retiró al monasterio Argeo ó Ageo, situado verosíblemente en aquella diócesi, aunque no se sabe en qué paraje de ella. Era entonces abad de esta casa un venerable anciano llamado Arandiselo, de cuyo ejemplo y doctrina se aprovechó Genadio en gran manera. Pero como este monasterio estaba á lo que aparece en poblado, y nuestro Santo huía hasta del eco del mundo, habiendo co-

(*) En el tomo correspondiente al mes de Febrero, pág. 116, lin. 37, se ha dicho, que este monasterio fue antes del Orden de san Benito, y hoy de la reforma del Cister. En obsequio á la verdad histórica debemos decir: que siempre ha sido del Orden de san Benito, y de los primeros que se unieron á la reforma de San Benito de Valladolid. (Nota de los Editores).

municado con el Abad el deseo que le inspiraba Dios de retirarse á lugar mas solo, con su aprobacion, acompañado de otros doce, se fué á los montes del Vierzo al sitio donde san Fructuoso fundó el monasterio que san Valerio su abad llamó *Rufianense* ó sea *Rupianense*, y ahora se conoce por el título de San Pedro de Montes. Hallábase abandonado este monasterio desde la invasion de los árabes: caidas sus bóvedas, sus paredes unas aportilladas, otras casi arruinadas de todo punto; algunos ni noticia tenian de que en España hubiese habido tal casa. Así borra el tiempo la memoria de cosas muy esclarecidas. Genadio por amor á los Santos que habian allí florecido, y porque no quedase desaprovechado un sitio tan propio para quien huye del tráfico y bullicio del mundo, determinó reparar ó levantar casi de nuevo aquella casa, y cultivar los campos vecinos, y hacer plantíos de viñas y otros árboles para el mantenimiento de los monjes. Era esto por los años 895. Ranulfo, que era entonces obispo de Astorga, nombró á san Genadio abad de este monasterio, constando, por una escritura del tiempo del rey D. Ordoño de Galicia y doña Elvira, que ya era abad nuestro Santo en abril del año 898.

Pero Dios, que queria servirse de este siervo suyo no en la vida privada, sino en los lugares altos de su Iglesia, dispuso que muerto Ranulfo, muy pocos meses después, el clero y el pueblo de Astorga lo eligiesen por su prelado. El Santo como arrancado del desierto, contra toda su voluntad, solo por obedecer á la voz de Dios tomó sobre sí este gran peso. No se sabe fijamente el dia ni el año de su consagracion, sino que era ya obispo en el año treinta y cuatro del reinado de Alfonso III, esto es, en el año 900.

Entre los oficios del ministerio pastoral conservaba nuestro Santo entrañable amor al desierto; y ya que no podia gozar en él los regalos pasados del espíritu, estimulaba á otros á que huyendo del gran riesgo de condenarse que hay en el mundo, volasen á la soledad. Mucha gente conquistó por este medio. Poblóse tanto en sus dias el yermo de San Pedro de Montes, que pareciéndole angosta aquella iglesia, hizo otra mas suntuosa, que dicen es la actual, la cual consagró acompañado del obispo Dumiense, del de Leon, y del de Salamanca, á 24 de octubre del año 919. Otra edificó tambien en aquellos montes con la invocacion de *san Andrés*, y mas adelante un monasterio en memoria del apóstol Santiago, otro que se llamaba *Peñalva*, y otro en honor de santo Tomé en el *Silencio*, que este nombre tenia el sitio donde lo fundó. De estos monasterios da una noticia muy puntual el M. Florez. A cada uno de ellos dispuso nues-

tro Santo que fuese comun el uso de su librería; pasaban de uno en otro para aprovechamiento de los monjes los muchos y preciosos códices que él poseía, así de los Libros sagrados, como de los Padres y otros escritores de la antigüedad eclesiástica. En cada monasterio de estos dejó libros para uso del coro, y haciendas las necesarias para su mantenimiento. La escritura de estas donaciones llamó Genadio *Testamento*, conforme á la costumbre de aquella edad, en que se llamaban testamentos no solo las declaraciones de la última voluntad, sino tambien los privilegios y las donaciones irrevocables hechas á las iglesias. Y así no van por buen camino los que por el año en que hizo nuestro Santo estas donaciones quieren probar el tiempo de su muerte.

Por una escritura de Odoario, obispo de Astorga, del año 960 consta tambien que nuestro Santo en el Vierzo, á cuatro leguas de San Pedro de Montes hácia Membibre, fundó el monasterio de San Pedro y san Pablo de Castañeda; y puso en él por abad á D. Atilano ó Atila, que algunos sin fundamento confunden con Atila, obispo de Zamora, á la entrada del siglo X, en los tiempos de D. Alonso el Magno, y otros con san Atilano, el contemporáneo de san Froilan, que por los años 990 fue consagrado obispo de la misma diócesi.

Este celo que tenia Genadio por ver floreciente en nuestros pueblos la vida monástica, lo hizo muy amado de los buenos. D. Alonso III hacia de él tanta estimacion, que apenas resolvía negocio alguno de importancia sin su consejo: llevábalo siempre á su lado; hizo que le acompañase en su última expedicion, y de él fue asistido en la muerte. Por su mano quiso que se entregasen á la santa iglesia de Santiago quinientas monedas de oro, lo cual no se cumplió por ciertos estorbos que se atravesaron, hasta que muerto el rey D. García el I, hijo de D. Alonso, D. Ordoño II su hermano trató con el Obispo que se conmutase la ofrenda, dándola á Corneliana en la ribera del rio Limia por los años 915.

Después que el rey D. Alonso pasó de esta vida, Genadio lleno del Espíritu Santo, como dice su discípulo Salomon, que le sucedió en la silla de Astorga, despreciando las cosas de la tierra, y buscando las del cielo, conforme á su antiguo deseo renunció el obispado, retirándose á los monasterios del Vierzo de que habia sido fundador. Ordoño II no se atrevió á impedir esta resolucion, y por su consejo nombró para que le sucediese en aquella dignidad á Fortis, discípulo suyo, que por ventura fue de los que con él salieron del

monasterio Ageo, y perseveraron á su lado en el de San Pedro de Montes. De esta renuncia no hay data fija; sábese que despues del año 912 todavía Genadio disponia como prelado de los bienes de su dignidad; y esto consta de varias donaciones que hizo hasta el año 920 así á los anacoretas del monte *Silencio*, como al monasterio de Santa Leocadia de Castañeda, á San Ciprian y otros. Y así fue bien advertida al parecer la equivocacion que sospecha el P. Florez en la escritura X del tomo 4 de Yepes, donde á 27 de junio del año 912 se supone ya Fortis obispo de aquella iglesia: la renuncia de nuestro Santo no pasó del año 920, en cuyo mes de octubre era ya Fortis obispo de Astorga. El obispo Salomon dice que eran de san Genadio, esto es, fundados ó restaurados por él, todos los monasterios que habia entonces en el Vierzo, que por ser muchos en número, y por el vigor con que florecia en ellos la disciplina monástica, hacian comparable aquel desierto con los mas santos de Palestina. El bien que solo en esto hizo san Genadio á la Iglesia de España, no cabe encarecerlo. No se sabe cuántos años vivió vida de monje después de su renuncia, sino que florecia en santidad por los años 935 en el monasterio de Santa Leocadia de Castañeda, y que el año 937 lo supone ya difunto Salomon, su discípulo, llamándolo *Genadio de gloriosa memoria*. Es probable que muriese Genadio en el monasterio de Santiago de Peñalva, donde estaban ya sus reliquias en tiempo del obispo Salomon; el cual hizo una iglesia nueva junto a la que nuestro Santo habia edificado, con tal disposicion que dentro de ella quedase su sepultura en una capilla correspondiente á la mayor. Luego por la devocion de aquella tierra á nuestro Santo ha tomado su nombre aquel monasterio, perdiéndose el antiguo del apóstol Santiago. Gran parte de su cuerpo fue trasladado desde esta iglesia á principios del siglo pasado con algunos huesos de san Urbano y del obispo Fortis al convento de Dominicas descalzas que en Villafraanca fundó la duquesa de Alba doña Maria de Toledo, hija del marqués de este título. Después habiéndose trasladado á Valladolid aquel convento, conocido con el título de *la Laura*, pasaron con él las sagradas reliquias. La cabeza de san Genadio fue llevada despues á la santa iglesia de Astorga, donde al presente se venera. Muy de antiguo tenia ya culto nuestro Santo, y á principios del siglo XIV habia ya en Astorga dia señalado para la celebracion de su fiesta.

SAN GREGORIO VII, PAPA Y CONFESOR.

El papa Gregorio VII se llamó Hildebrando antes de su exaltacion al pontificado. Nació en Toscana, y fue educado en Roma con su tio el abad de Nuestra Señora en el monte Aventino. Viajó después á Francia, y abrazó el estado monástico en Cluni. Vuelto á llamar á Roma se señaló en ella por su celo, santidad y doctrina, y predicó con gran reputacion y fruto en la corte del piadoso emperador Enrique III, por sobrenombre *el Negro*. El santo papa Leon IX haciendo de él el mas alto aprecio, siguió muchas veces sus consejos, le ordenó de subdiácono, y le hizo abad de San Pablo, cuya iglesia era á la sazón de una pequeña comunidad de monjes, que estaba casi arruinada por hallarse usurpada la mayor parte de sus rentas de algunos seglares poderosos. Hildebrando recobró sus tierras, y restituyó el monasterio á su antiguo esplendor. En el año de 1054 fue enviado por el papa Víctor II á Francia legado de la Santa Sede, para que aboliese el abuso de la simonía en la colacion de los beneficios eclesiásticos. Para este intento juntó el Santo un sínodo en Leon. en el cual habiendo negado cierto obispo el crimen de simonía, de que habia sido acusado, el Legado le mandó que dijese el *Gloria Patri*, que aquel prelado iba á ejecutar con mucha diligencia y desembarazo, pero al pronunciarlo no pudo desatar su lengua para decir el nombre del Espiritu Santo. Con este convencimiento milagroso quedó lleno de remordimiento y confusion, y arrojándose á los piés del Legado, le confesó humildemente su crimen. Este pasaje lo refieren de este mismo modo el papa Calixto II, san Hugon de Cluni, Guillermo de Malmesbury, y san Pedro Damiano; y este último autor asegura, que esta noticia la adquirió de la boca misma de Hildebrando. El Legado mismo presidió en el concilio de Tours, en que Berenguel retractó y condenó la herejía que habia propalado contra la sagrada Eucaristía. El papa Esteban IX le envió tambien con una embajada á la Emperatriz; y estando para morir ordenó que esperasen á que volviese, y escuchasen su dictámen para la eleccion del nuevo Papa; y en efecto por direccion suya Nicolás II, y por muerte de este Alejandro II, fueron elevados á la cátedra de san Pedro. Muerto este último en el año de 1073, Hildebrando, arcediano entonces, fue compelido á aceptar el pontificado. Nada dejó por intentar para echar de sí una carga tan pesada, y entre otros medios de que se valió para esto fue el de escribir á Enrique IV, rey de

Alemania, que estaba á la sazón en Baviera, suplicándole interpusiese su autoridad para que se frustrase el proyecto de su eleccion, declarando animosamente al mismo tiempo que si llegaba á verse Papa no era capaz de tolerar sus crímenes enormes y escandalosos. Sin embargo de esto Enrique prestó su consentimiento á la eleccion hecha en Hildebrando, y fue en efecto consagrado Papa en el mismo dia de san Pedro. En sus cartas no podia dejar de expresar sus sentimientos, y con las lágrimas mas tiernas imploraba el socorro de las oraciones de la Iglesia, para que Dios le diese gracia y fortaleza que le hiciesen capaz de desempeñar sus pesadas funciones. Antes de su consagracion escribió á las piadosas condesas Beatriz y Matilde, aconsejándolas que no mantuviesen comunión con los obispos de Lombardía, que habian sido convencidos de simoníacos, aunque el rey Enrique tomaba á su cargo aquel negocio en favor de ellos; y les encargaba al mismo tiempo enviasen á este Príncipe algunas personas piadosas que le diesen consejos saludables, y le exhortasen á volver al partido de la justicia y de su obligacion. Los escándalos que causaba á la sazón en la Iglesia la simonía necesitaban de un celo apostólico en la cabeza de ella, que pudiese contener el torrente que habia entrado asolando en el mismo santuario. El Papa depuso á Godofredo, arzobispo de Milan, que habia obtenido aquella dignidad por simonía, y en un concilio que convocó en Roma estableció una ley por la que se mandaba, que todo el que se sintiese gravado de semejante delito, fuese declarado incapaz de toda jurisdiccion eclesiastica, y de la colacion y obtencion de todo beneficio. Este decreto levantó mil alteraciones ruidosas en Alemania; y el arzobispo de Mentz estuvo á peligro de ser muerto por haber intentado llevarle a debido efecto. No obstante de esta oposicion consideró el Papa, que cuanto mas pegado estaba el mal, tanto mas eficaz debia ser el remedio, y exhortó á todos los pastores celosos á perder antes sus vidas que ser un punto solo remisos en sostener las leyes de Dios y de la Iglesia. Descomulgó á Cencio, rico y poderoso noble de Roma, y á otros conocidos personajes por crímenes notorios. Incorregibles estos públicos pecadores llegaron á la desesperacion, y pusieron sus manos violentas en el Papa en la Navidad del año de 1075. Al cometer este atentado uno de ellos intentó cortarle la cabeza, aunque solo le dió una herida profunda, y los sediciosos le llevaron al castillo de Cencio, pero el pueblo le sacó de su poder al dia siguiente, y desterró á los amotinados. El Papa mismo les volvió á llamar á Roma, y les perdonó, si se arrepentian de su delito, cuya mansedum-

bre y dulzura venció la pertinacia de aquella malicia, y de aquel vicio inveterado. Apenas habia cesado esta tempestad cuando tuvo que vencer otra mucho mas temible que le asaltó desde otra parte. Enrique IV, rey de los germanos, que sucedió á su piadoso padre Enrique III, por sobrenombre *el Negro*, en el año de 1056, teniendo diez solamente de edad, gobernó bien su reino mientras se guió por los consejos de su madre Inés, y era sin duda buen soldado. Pero habiendo tomado él solo las riendas, por varios actos que ejecutó de tiranía ligó contra él primeramente á los principes del imperio, y después principió á oprimir por muchos estilos la Iglesia. Reprimió una rebelion muy poderosa de los sajones en el año de 1063; pero en el de 64 tomando las armas los duques de Suavia, Carinthia y Baviera, levantaron grandes turbaciones con el pretexto de que el Emperador habia usurpado algunas provincias á que no tenia derecho, y habia oprimido enteramente la libertad del imperio. Cuando Gregorio VII fue elevado al pontificado le habia escrito Enrique al principio como un humilde penitente, condenándose á sí mismo por haber vendido simoniacamente los beneficios de la Iglesia, usurpando un pretendido derecho de dar las investiduras de los obispados, y abusado gravemente de la libertad de promover á dignidades eclesiásticas á hombres enteramente indignos é incapaces. El Papa por su parte le habia mostrado unos deseos grandes de su salvacion, le habia acariciado y enviándole muchas cartas tiernas y obligatorias, aunque respirando siempre un celo verdaderamente apostólico. Enrique manifestó después en sus acciones, que su pretendida penitencia era mera hipocresia, porque continuó repitiendo á cada paso los mismos crímenes; y conociendo el temperamento inflexible de Su Santidad, juntó en Worms un conventiculo simoniaco de obispos venales en el año de 1076, a 23 de enero, que se atrevió á deponerle del pontificado, pretendiendo autorizar una imaginaria nulidad de su eleccion. El Rey envió al Papa á Roma aquella ridícula sentencia, acompañada de una carta contumeliosa. Gregorio en un concilio de Roma declaró públicos descomulgados al Rey, y á sus adherentes cismáticos, y pronunció al mismo tiempo á aquel Principe decaído de su real dignidad, por causa de su tiranía y malversacion, sin embargo de que se la volvió a confirmar, en lo que podia estar de parte suya, en el año de 1080. Muchos principes del imperio eligieron por emperador en el año de 1077 á Rodolfo, duque de Suavia, pero fue desventurado este principe en varias batallas, y murió de heridas que recibió en una de ellas. Enrique por su parte decla-

ró por Papa á Guiberto, arzobispo descomulgado de Ravena, y en el año de 1084 entró en Roma con un ejército, y sitió á Gregorio en el castillo de San-Angelo, aunque le obligó á retirarse Roberto Guiscard, el Normando, duque de Calabria, y los toscanos hicieron en las tropas enemigas una carnicería grande en Lombardía. Tres devotas princesas eran en aquel tiempo mismo las protectoras mas declaradas de la Silla apostólica, es á saber: Inés, emperatriz viuda, quien removida de la regencia que habia obtenido en la menoría de su hijo, se retiró á Roma en el año de 1062, donde murió monja en el de 1077. Las otras dos fueron Matilde, piadosa condesa de Toscana ¹, y Beatriz, su madre. Estas Princesas fueron fieles imitadoras de las virtudes del Papa, y dirigidas por sus consejos en los pasos de la virtud. San Gregorio en medio de estas tormentas gozaba de una perfecta tranquilidad de alma, con su corazon inseparablemente fijado en Dios, y adorando en todas las cosas su siempre santa voluntad. Recibia todas las aflicciones alegremente, conociendo que estas eran el medio mas eficaz de adelantar al hombre interior, elevándole al paso que el hombre exterior era abatido y despreciado. El autor de la vida de san Anselmo de Luca nos asegura, que su corazon estaba perfectamente desprendido de las cosas terrenas, y que habia llegado á un punto tan eminente de contemplacion, que en medio de los negocios mas turbulentos estaba siempre recoleto, y era arrebatado muchas veces en raptos de meditacion profunda. Habiendo, pues, rescatado su persona el duque Roberto de manos de sus enemigos, le condujo para mayor seguridad desde Roma al Monte Casino, y de aquí á Salerno, donde Dios se digno poner fin dichoso á sus trabajos. Porque habiendo caido enfermo en aquella ciudad, recomendó para sucesor suyo á Desiderio, abad del Monte Casino, y recibidos los últimos Sacramentos con perfectas disposi-

¹ La condesa Matilde fue hija de Bonifacio, señor de Luca, y de Beatriz, hermana del emperador Enrique III. El único hermano de esta sobrevivió á su padre muy poco tiempo; y por su muerte quedó ella heredera de todos sus dominios, y soberana de Luca, Parma, Reggio, Mantua, gran parte de la Toscana, etc. Casóse con Guelfo, el Mozo, duque de Baviera, pero no tuvieron hijos. Todas sus rentas las empleó toda su vida esta Princesa en obras de caridad, y en el servicio de la Iglesia, y ganó gran reputacion por su virtud, conducta y valor. Mandó muchas veces sus tropas en persona, y continuó su proteccion al papa Gregorio VII hasta su dichosa muerte en el año de 1115, á los setenta y seis de su edad. Legó gran parte de sus dominios á la Santa Sede, y estos principiaron á llamarse patrimonio de San Pedro, comprensivo de Viterbo, Aqua-Pendente, Civita-Vecchia, etc. Roma con el territorio del otro lado del Tiber, llamado Campaña de Roma, y Ravena fueron dados á la Silla apostólica por el rey Pipino, que la rescató de la tiranía de los lombardos. Esta donacion fue confirmada por Carlomagno y otros emperadores sucesivos.

ciones conmutó felizmente esta mortal vida por la inmortalidad en 25 de mayo del año 1085, en el duodécimo de su pontificado. Varios escritores contemporáneos dan testimonio de muchos milagros obrados por él, ó por su intercesion después de su muerte.

Las obras de san Gregorio VII constan de diez libros de epístolas ó cartas (*que están en el tomo 40 Conc.*) con dos apéndices publicados por Martenne. (*Collec. Nov. Veter. Script. tomo 1, pagina 57*). La *exposicion de los siete Salmos penitenciales*, que fue algun tiempo atribuida á san Gregorio el Magno, lo es con mas absurdo á este Gregorio VII por Du-Pin y algunos otros, porque esta obra se halla citada por Paterio, discípulo de san Gregorio el Magno, por Nicolás I, y por otros. Ninguno de sus sermones han llegado á nosotros, aunque en ellos es donde mas ejercitó su celo y su elocuencia. El emperador Enrique II y los mayores preladados y predicadores de aquella era admiraban su extraordinario talento, y estaban como encantados mientras le escuchaban. Las calumnias que Spanheim, Turretin y otros sacaron de los escritos de Benno, el Cismático, y de otros escritores de la misma especie, están refutadas con sus mismas inconsecuencias y contradicciones, y por los escritos de san Gregorio, etc. Además de esto sus acusaciones caen de su propio peso, y con las ficciones y falsedades mismas que acostumbra Benno á escribir, como se ve en la pretendida magia que atribuye al sabio papa Silvestre II y á otros.

No puede omitirse que Du-Pin, el contrario mas parcial de este santo Pontífice, escribe de él al pintar su carácter estas palabras: «Es necesario, *dice*, tener entendido que el papa Gregorio VII fue «un genio extraordinario, y capaz de cosas grandes; constante é intrépido en la ejecucion, bien instruido en la constitucion de sus «predecesores; celoso por los intereses de la Santa Sede, enemigo «de la simonía y libertinaje (vicios que reprimió con el mayor vigor), lleno de ideas cristianas, y de celo por la reformation de las «costumbres del clero, y que no hay el mas leve colorido con que «hacer creer, que no era enteramente recto en su conducta, y en «sus propias morales... Este es el juicio que suponemos hará cada uno de él, como lea con desinterés y sin preocupacion sus cartas. Están escritas con un don grande de elocuencia, llenas de objetos grandes, y amenizadas de ideas nobles y piadosas, y decimos «con toda valentía, que no ha habido Papa desde Gregorio I, que «haya escrito cartas tan finas, ni expresivas como el nuestro.» *Du-Pin, Cent. 11, capítulo 1, página 67 y 68.*

A san Gregorio VII puso en el catálogo de los santos Gregorio XIII por los años 1584. Paulo V en 1609 concedió al clero de Salerno oficio propio para el dia de su fiesta. En el de 1705 Clemente XI concedió igual gracia á los monjes Cistercienses, y en el de 1710 á los Benedictinos. Últimamente Benedicto XIII en el año 1728 extendió su culto á toda la Iglesia.

'SAN URBANO, PAPA Y MÁRTIR.

San Urbano, papa y mártir, era romano, hijo de Ponciano: sucedió á Calixto en la cátedra de san Pedro. Fue varon santísimo, y de muy amable y dulce conversacion, y con el ejemplo de su vida y predicacion apostólica, convirtió en Roma á nuestra santa fe gran número de ciudadanos y caballeros, y entre ellos fueron Valeriano, esposo de santa Cecilia, y Tiburcio su hermano, á los cuales el santo Pontífice bautizó, y animó para que constantemente muriesen por Jesucristo, á cuya honra y veneracion el santo Pontífice consagró la casa de santa Cecilia, y la hizo templo. Escribió una epístola llena de admirable doctrina, de que se coligen algunos decretos. Daban en aquel tiempo los fieles sus heredades y posesiones á la Iglesia para el culto divino, y sustento de los ministros de ella, y de los pobres. Mandó Urbano que los tales bienes no se pudiesen gastar en otros usos, añadiendo graves penas contra los que usurpasen las cosas eclesiásticas; porque son, dice, ofrenda de los fieles, y rescate de pecados, y patrimonio de los pobres. Y porque algunas veces las mismas heredades, bienes y raíces se vendian para socorrer á las necesidades de los pobres, ordenó que de allí adelante no se vendiesen, sino que con las rentas de ellas se proveyese los que los ministros de la Iglesia y los pobres hubiesen menester, quedando siempre en pié la raíz y la fuente de donde se pudiesen remediar semejantes necesidades. Mandó asimismo evitar el excomulgado por el obispo, aunque no fuese de todo punto la sentencia justa; y que de mano del mismo obispo recibiesen los fieles el sacramento de la Confirmacion después del Bautismo. Fue el primero que usó patenas, y cálices, y vasos de plata para el uso de la Iglesia, y ministerio del sacrosanto sacrificio de la misa. Y no son cálices, y vasos de plata, mas de oro, y de piedras preciosas, usaron los Santos en el servicio de la Iglesia, y los fieles las ofrecian al Señor, mostrando en esto su piedad y devocion, reconociendo que lo que los hombres tienen por mas precioso, debe servir al Señor de todo lo criado que se les dió, y cuyo es. Vivió el santo pontífice Urbano en la silla de san Pedro

seis años, siete meses y cuatro días, y habiendo padecido y trabajado mucho por la Iglesia del Señor, fue preso por el prefecto Almacio; y después de azotado cruelmente con plomadas, fue degollado por su orden, y su cuerpo echado á las aves y bestias; pero una santa matrona, llamada Maimenia, y su hija Lucina, le recogieron y sepultaron en el cementerio de Pretextato en la via Apia. Su martirio fue á los 25 de mayo, del año del Señor 233, y en el décimo del imperio de Alejandro Severo; pues, aunque este Emperador no fue enemigo de Cristianos, ni movió persecucion alguna contra la Iglesia, antes tuvo la imagen de Cristo nuestro Redentor en un oratorio entre las de sus dioses; todavía algunos de sus ministros, de quienes él mucho se fiaba, fueron grandisimos enemigos de Jesucristo y de su cruz, y procuraban arrancar de raíz la religion cristiana. Tuvo Urbano cinco veces órdenes en el mes de diciembre, hizo en ellas nueve sacerdotes, cinco diáconos, y ocho obispos.

La Misa es del comun de las Vírgenes, y la Oracion la que sigue:

Deus, virginitatis amator, qui beatam Mariam Magdalenam virginem, tuo amore succensam coelestibus donis decorasti: da, ut, quam festiva celebritate veneramur, puritate et charitate imitemur: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Ó Dios, amator de la virginidad, que adornaste con dones celestiales á la bienaventurada virgen María Magdalena, encendida en el fuego de tu divino amor; concédenos que imitemos en el amor y en la pureza á la que hoy celebramos con tanta solemnidad. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epistola es del capítulo x de la segunda de san Pablo á los Corintios, pág. 446.

REFLEXIONES.

No el que se recomienda á sí mismo merece ser aprobado, sino aquel á quien Dios recomienda. Ninguna cosa acredita mas el limitado entendimiento de un hombre, y su mucho mas limitado mérito, que el alabarse á sí mismo; vanidad grosera, que hace sumamente despreciable al que pretende darse á estimar por ella. La verdadera virtud y el verdadero mérito aborrecen las alabanzas; no se apacienta de humo, ni de lisonjas forasteras; aliméntase, por decirlo así, de su propio jugo.

Es la vanidad una pasion muy necia; á todos se hace odiosa, pero nunca enfada mas que cuando se disfraza con máscara de piedad, y procura domesticarse con la devocion. El orgullo mas delicado y mas sutil sabe tal vez cubrirse con los andrajos de la humildad; re-

meda el aire y el tono de esta virtud, se vale y se sustenta de sus privilegios. Ningun vicio hace representar tantos papeles; no hay virtud que deba fiarse de él, y apenas hay otro de quien menos se desconfie. A quien solo tiene la corteza de la virtud, esta le parece insípida; el orgullo solo le llena.

Dedicase uno á la virtud con gusto mientras saca de ella algun provecho; por mas que se diga que solo se busca la gloria de Dios, nunca perdemos de vista la nuestra. Aquellas obras de caridad que nos dan mas estimacion, por penosas que sean, esas se nos hacen las mas fáciles; por lo menos esas solas son las que siempre se juzgan indispensables. Mientras la virtud es aplaudida, nada se hace dificultoso en su ejercicio, toda la dificultad está en aquellas virtudes que se practican á oscuras y en secreto. ¡Cosa extraña! aquellos mismos que escriben mejor contra la vanidad, no siempre son los que están mas reñidos con ella. No pocas veces el orgullo pelea contra el orgullo; comunicase este veneno aun á su mismo antídoto; tal vez en el mismo ejercicio de la humildad se esconde la mas fina presuncion.

Dicese que nada se hace, ni se pretende hacer por ostentacion; pero al mismo tiempo no disgusta que se vea la buena obra que se hace. Quiérese ocultar (por lo menos así se dice) lo poco bueno que se hace; pero fácilmente se perdona á los que lo publican. La accion fatiga, pero lisonjea; especialmente cuando los muchos que nos buscan acreditan en esto mismo su confianza, y la estimacion que hacen de nosotros. Siéntese no sé qué secreta complacencia de parecer hombre necesario. ¿Sera Dios el único objeto, el puro motivo de tantas fatigas? A la verdad parece que se le da la propiedad; pero se reserva el usufructo. Acompaña el orgullo hasta la victoria del orgullo mismo; de todo se mantiene, de todo se sustenta; hasta la misma humildad le sirve de alimento. Háblase de si mismo con desprecio; pero bien entendido que las mismas expresiones de abatimiento que se usan, deben reputarse por otro nuevo mérito; por eso no se mira con buenos ojos á los que creen nuestra humilde confesion sin mucha dificultad. La falsa modestia es refinamiento mas subido de la vanidad, la cual quiere crecer aun por medio de la misma virtud que es mas contraria á ella. En una palabra, desean los hombres ser tenidos por humildes, pero sin serlo. Aquellos que verdaderamente lo son, se afligen de que los tengan por tales. *Qui gloria-tur, in Domino gloriatur*: el que se gloria, gloriése en el Señor.

El Evangelio es del capítulo xxv de san Mateo, pág. 418.

MEDITACION.

Del desprecio de las cosas pequeñas.

PUNTO PRIMERO. — Considera que apenas hay error mas pernicioso, y con todo eso apenas hay otro mas comun, que tener poco las faltas pequeñas, y hacer poco aprecio de las obligaciones menudas. La delicadeza de conciencia en este particular suele reputarse por cierto vano temor de una alma pusilánime; y la escrupulosa puntualidad en cosas pequeñas se tiene por prueba de una capacidad muy limitada. Dicese que un entendimiento despejado pierde de vista estas menudencias, y que la verdadera virtud nunca depende de un cúmulo de menudas observancias que envilecen el ánimo, hacen tedioso y aun grosero el comercio de la vida, y léjos de fomentar la devocion, la descarnan y la desecan. Sobre este falso principio se da gusto en todo al amor propio, se condesciende con las pasiones, se lisonjea á los sentidos, y se huye de toda servidumbre. Esperan las vírgenes al esposo, pero se descuidan en proveer sus lámparas, porque no piensan que ha de venir tan presto. Después de todo, no parece muy grave este descuido; pero, ¡buen Dios, qué consecuencias no se siguieron de él! No quiso ni aun verlas el Esposo celestial. Dicese que no es cosa de importancia una faltilla, una regla de poca monta, una ligera inspiracion; que no puede importar mucho el despreciarla. Pero qué, ¿puede haber cosa pequeña en las que se refieren á un Dios tan grande, y cuando se trata no menos que de agradarle ó desagradarle? Desagradar un poco á Dios, ¿será poco respecto de nosotros? No hay cosa pequeña en todo lo que puede contribuir á un negocio tan grande como el de nuestra salvacion, ó nuestra perfeccion. No hay cosa pequeña en todo lo que nos puede hacer ganar ó perder un grado de gloria eterna. No es pequeña cosa ser constantemente fiel en las cosas mas pequeñas. Es prueba de grande amor querer dar gusto en todo á la persona que se ama, y huir de desagradarla en la mas mínima cosa. No querer dar gusto á Dios sino en las materias graves, contentarse con guardar sus mandamientos, es prueba de que se le teme mucho, pero tambien lo es de que se le ama poco. Témesese el infierno con un temor servil, cuando solo se piensa en guardar los mandamientos; y en todo lo demás no se repara en disgustar á Dios á sangre fria. Pero si no hubiera infierno, ¿guardarian los mandamientos estos siervos infieles y cobardes? ¡Mi Dios, y cuántos se encontrarán de estos que solo os te-

mian con un temor servil, cuando quitada la máscara y el disfraz se presenten en vuestro tribunal!

PUNTO SEGUNDO. — Considera que se engañan enormemente todos aquellos que piensan guardarán todo lo que es esencial para la salvacion, aunque hagan poco caso de otras menudencias. *El que es infiel en las cosas pequeñas, tambien lo será en las grandes*, dice el oráculo de la verdad, el mismo Jesucristo. Tú dices que aunque seas poco observante y poco exacto, no faltarás á lo esencial; Jesucristo dice lo contrario. Una fluxion, por ligera que sea, si es continua debilita la vista. Cuando habitualmente se cometen muchas faltas ligeras, es de temer que se pase sin reparo por encima de muchas graves. Los mas furiosos incendios muchas veces tienen principio en una chispa, en una pavesa que se despreció, y no se apagó. *Al mas robusto edificio*, dice el Sabio, *echa en tierra una gotera*, si no se remedia á tiempo; va el agua poco á poco pudriendo las maderas, comunícase á las paredes, cálese hasta los cimientos, ablándalos, socávalos, remuévelos, y da en tierra el edificio.

Saul, estrechado al parecer por la necesidad, no espera á que llegue Samuel para ofrecer el sacrificio: falta en la apariencia ligera, y en las circunstancias parecia muy excusable; sin embargo, mudo el corazon de Dios respecto de Saul, y fue el principio de su reprobacion. ¿Qué consecuencias tan funestas tuvo una curiosidad inconsiderada de David? Los hurtillos y la poca fidelidad de Judas en intereses de no mucha importancia, fueron fomentando su avaricia, hasta que al fin vino á vender á su Maestro, y á ahorcarse él mismo confuso y desesperado. Mi falta, dices, fue una friolera; por lo mismo te costaba menos el ser fiel; por lo mismo eres mas culpado en no haberlo sido. La dificultad de las cosas que se nos mandan puede servir de pretexto á nuestra flaqueza; pero cuando son fáciles, ¿qué excusa podemos alegar? *Aunque el Profeta* (decian los criados á su amo Naaman) *os hubiera ordenado una cosa muy ardua, debierais ponerla en ejecucion por amor á vuestra salud; pero siendo tan fácil la que os prescribió, como bañaros siete veces en el Jordan, ¿no seria grande imprudencia omitirla?* Ciertamente, después de tanto como Jesucristo hizo y padeció por nosotros, aunque nos mandara las cosas mas grandes y mas dificultosas, ¿podríamos negarnos á ejecutarlas sin incurrir en la mas torpe ingratitud? Con todo eso lo mas de lo que nos manda es sumamente fácil, y de tan poca consideracion en si mismo, que no nos atreveríamos á negarlo á un amigo, á un pa-

riente, á un extraño, á un hombre de autoridad; y sin embargo, falta poco para que hagamos vanidad de no concedérselo á Jesucristo.

¡Ah, Señor, y cómo se le representará en la hora de la muerte á un cristiano, á un religioso, esta negligencia habitual! ¿Qué responderé yo, divino Maestro mio, cuando me deis en cara con mi ingratitud, con mi descuido, con mi poca fidelidad en las cosas pequeñas, cuando todos los días las espero y las recibo tan grandes de vuestra misericordia? Haced, Señor, que esta mi presente confusion me sirva para ser en adelante mas fiel, mas exacto y mas agradecido.

JACULATORIAS. — Deseé, Señor, agradaros con todo mi corazon; no permitais que me separe jamás de vuestra divina voluntad ni en la mas mínima cosa. (*Psalm. cxviii*).

Abridme, Señor, los ojos para conocer todo aquello que os agrade, y con toda el alma me dedicaré á daros gusto hasta en la menor de todas mis obligaciones. (*Ibid.*).

PROPÓSITOS.

1 Ninguna cosa perjudica tanto á la salvacion del alma como el descuido en cosas pequeñas: de este principio nacen las mas funestas caídas, y en esta infidelidad tiene su origen la tibieza, mal tanto mas temible cuanto fuere menos temido. No es cosa (se suele decir) no es cosa una falta tan ligera; algun dia se sabrá de cuánta consecuencia fue esa falta. A lo mas parecia una ligereza, un poco de curiosidad volver la cabeza para ver cómo se abrasaba una ciudad con fuego del cielo; pues esa curiosidad costó la vida á la mujer de Lot, castigada de un modo tan extraño como visible. Despreciar las cosas pequeñas, es estar desagradando á Dios continuamente; y desobedeciéndole á todas horas en las materias mas fáciles, es negarle lo que sin dificultad se concederia á un amigo, ó á cualquiera hombre de alguna distincion; es, hablando en rigor, serle infiel todos los dias y todo el dia. Pues examina ahora cuáles son aquellas leves obligaciones de tu estado que desatiendes con mayor frecuencia; cuáles las reglas que mas acostumbras quebrantar, con pretexto de que no obligan á pecado, y que son reglas de poca consideracion. Acuérdate de que no hay cosa pequeña cuando se trata de servir á Dios: todo es respetable, todo es grande cuando su Majestad lo manda; su voluntad da un sumo valor, una suma estimacion á todo. Forma siempre un superior concepto de todas las menudencias, de todos los

ejercicios espirituales, de todas las reglas, de todas las costumbres y estilos santos de la Religion.

2 Si tienes ya determinado cierto método de vida; si tu director te ha arreglado ciertos ejercicios espirituales, ciertas penitencias, ciertas devociones, guárdate bien de faltar voluntariamente á ellas; en ninguna te dispenses sin justo motivo, con pretexto de parecer te menudencia. Exacta modestia de los ojos en la iglesia; constante apacibilidad dentro de casa; puntualidad inalterable en levantarse por la mañana á la misma hora; escrupulosa delicadeza de conciencia en evitar aun la mas mínima mentira ociosa; ni una palabra que altere la caridad; exactitud en el ayuno, sin sostenerle con muletas excusadas. Si tú mismo te has impuesto algunas reglas para tu gobierno, sé exacto en observarlas; sé rígido en castigarte su transgresion, y nada te dejes pasar en este tiempo. Estas menudencias espirituales fomentan la devocion, y contribuyen maravillosamente para hacer santos.

DIA XXVI.

MARTIROLOGIO.

SAN FELIPE NERI, en Roma, fundador de la congregacion del Oratorio, insigne en castidad, en espíritu de profecía y en milagros. (*Véase su vida en las de hoy*).

SAN ELEUTERIO, papa y mártir, tambien en Roma, el cual convirtió á la fe de Cristo muchos nobles romanos, y envió á Inglaterra á los santos Damian y Fugacio, quienes bautizaron al rey Lucio, á su mujer, y á casi todo el pueblo. (*Véase su vida en las de hoy*).

LOS SANTOS MÁRTIRES SIMITRIO, presbítero, y **OTROS VEINTE Y DOS**, igualmente en Roma, los cuales fueron martirizados en tiempo de Antonino Pio.

SAN QUADRATO, en Atenas, discípulo de los Apóstoles, el cual en la persecucion de Adriano, por su fe é industria volvió á congregar á los Cristianos, que aterrados habian huido, y presentó al mismo Emperador una apología de la religion cristiana muy digna de la doctrina apostólica.

SAN ZACARIAS, obispo y mártir, en Viena, en el Delfinado, el cual en tiempo de Trajano consumó el martirio.

SAN QUADRATO, mártir, en África, en cuya festividad predicó san Agustin.

EL TRIUNFO DE LOS SANTOS MÁRTIRES FELICISIMO, HERACLIO y PAULINO. en Todi.

EL MARTIRIO DE SAN PRISCO, en territorio de Auxerre, el cual fue martirizado en compañía de muchísimos cristianos.

SAN AGUSTIN, obispo de Cantorbery en Inglaterra, el cual enviado allá con otros por el papa san Gregorio, predicó el Evangelio á los ingleses, y después de haber desempeñado su apostólico ministerio, murió allí mismo en el Señor esclarecido en virtudes y milagros. (*Era prior del monasterio de San Andrés*

de Benedictinos en Roma cuando fué á predicar la fe evangélica en 596 á los ingleses y sajones que se habian establecido en la Gran Bretaña, cuyo país mira á este Santo como á su apóstol. Al año siguiente convirtió á Etlberto, rey de Kent, quien le cedió una iglesia en Cantorbery.

SAN FELIPE NERI, CONFESOR.

San Felipe Neri, fundador de la congregacion del Oratorio en Italia, célebre por el don de virginidad, por el de profecía, y por el de milagros, nació en Florencia el dia 22 de julio del año 1515. Fue su padre Francisco Neri, y su madre Lucrecia de Soldi, ambos mas recomendables por su virtud que por su antigua nobleza. Criaron al niño con el mayor cuidado, aunque costó poco el buen efecto de su educacion. Su natural inclinacion y las buenas disposiciones, tanto de corazon, como de entendimiento, con que habia nacido, le facilitaron los grandes progresos que en breve tiempo hizo, no menos en la ciencia de los Santos que en el estudio de las letras humanas. Perdió á su madre siendo aun muy jóven; pero su bello natural, su apacibilidad, su rendimiento, y especialmente su sólida virtud, hicieron que encontrase otra no menos tierna y amorosa en las segundas nupcias de su padre. Amóle la madrastra como si fuera su hijo; y por su modestia, por su dócil natural y por su genio oficioso apenas era conocido en Florencia con otro nombre que con el de *Felipe el Bueno*. No se hablaba de otra cosa en toda la ciudad que de la virtud de aquel ejemplar mancebo.

A los ocho ó nueve años de su edad experimentó una prueba de la especial proteccion del cielo, habiendo caído desde lo mas alto de una panera sin haber recibido daño alguno. Crecian con la edad su juicio y su virtud, y ya comenzaba á mirar con inclinacion la vida santa y penitente de los religiosos, cuyas casas frecuentaba, cuando por razones de familia le envió su padre á la villa de San German, situada al pié del monte Casino, para que viviese en compañía de un tio suyo, hombre poderoso y sin sucesion, que le tenia destinado para su heredero. Hízole muy poca fuerza esta herencia. Estuvo dos años en compañía de Rómulo (así se llamaba el tio) edificando á todo el pueblo con su modestia y con sus virtuosos ejemplos. Pero aspiraba á mayor fortuna, y cuanto mas iba conociendo al mundo, mas suspiraba por retirarse de él. Suplicó al tio que le diese licencia para ir á Roma á acabar sus estudios; y aunque á Rómulo le costaba gran dolor desviar de sí á un sobrino tan amable, al fin, como era timorato, hizo escrúpulo de oponerse á la voluntad de Dios, si resistia á una vocacion tan declarada.

Apenas llegó Felipe á Roma cuando luego se distinguió en aquella corte, no menos por su ingenio que por su virtud. Hizo en pocos dias tan rápidos progresos en las ciencias y en la santidad, que fue tenido en Roma por uno de los mas hábiles teólogos de su tiempo, y por uno de los mayores Santos de su siglo. Resplandecia la virtud en toda su conducta; brillaba en el semblante y en todo el porte exterior. Hacíase respetar hasta de los mas disolutos su modestia y su virginal pudor; con todo eso no faltaron algunos tan malignos y tan descarados que armaron lazos á su inocencia, pero siempre con grande confusion de los mismos que le pretendian derribar. Por largo tiempo permitió Dios que en este punto padeciese su virtud muchos combates, sin duda para darle ocasion de que se le repitiesen los triunfos. Fingíanse enfermas muchas mujeres perdidas, y le llamaban á sus casas con pretexto de convertirse, siendo en la realidad para provocarle; pero con el auxilio del cielo salió mas pura su virtud de estas peligrosas ocasiones, sirviéndole para vivir mas cuidadoso, mas humilde, mas recogido y mas mortificado.

Era su vida muy austera y penitente. Comía una sola vez al dia, reduciéndose la comida á pan y agua. Si tal vez añadía algunas yerbas, cuidaba de que fuesen tan mal guisadas, que el regalo se convertía en verdadera penitencia. Su oracion era continua, interrumpiéndose con solo un brevísimo sueño. Después de haber visitado todos los dias las siete estaciones de Roma, se retiraba por las noches al cementerio de Calixto, donde continuaba sus ejercicios espirituales en las catacumbas de los santos Mártires. Aquí fue donde comenzó su corazon á abrasarse tanto en el incendio del divino amor, que con el tiempo llegó á suplicar al Señor que mitigase sus ardores. Estrechándose cada dia mas y mas en union íntima con Dios, á los veinte y tres años de su edad se prohibió á sí mismo todo comercio con el mundo, resuelto á no pensar en otra cosa que en su propia santificacion y en la salvacion de las almas. Los hospitales, las cárceles y las casas de misericordia eran el teatro de su caridad; y como si no fuesen bastantes para su celo, no habia dia que no se le encontrase en las plazas, en los corrillos, en los sitios públicos, en el banco, en el cambio, y hasta en las hosterías y tabernas, para ganar á todos con sus santas conversaciones y con sus ejemplos. Bendijo Dios de tal suerte una caridad tan industriosa y tan activa, que se palpó una visible mudanza en todos los parajes que Felipe frecuentaba. Desterráronse de los lugares públicos las pendencias, las blasfemias y las obscenidades. Vióse en Roma con admiracion una

- general reforma de costumbres, aun antes que fuese conocido el autor de la reforma.

Desde entonces comenzaron todos á reverenciar la virtud y el mérito de tan insigne operario. Juntáronse algunas personas virtuosas que quisieron tener parte en tan santas obras. No se limitaba su caridad á los niños y á los pobres vergonzantes; extendíase á todos los estados. Estaba en continuo movimiento, solicitando limosnas para los hospitales, para las cárceles, y para las comunidades religiosas mas necesitadas.

Hácia el año de 1550, á solicitud de un virtuoso eclesiástico, su confesor, llamado Persiano Rosa, fundó la cofradía de la santísima Trinidad en la iglesia de San Salvador del Campo, para socorrer á los pobres extranjeros, á los peregrinos, y á los convalecientes que no tenían donde retirarse. Era Felipe como el alma de este nuevo cuerpo, y escogia siempre para sí las funciones mas penosas de sus miembros.

Admirado Persiano Rosa de los grandes frutos que producía en la Iglesia la ardiente caridad de su fervoroso penitente, juzgó que sería de mucha mayor utilidad su ministerio si recibía los sagrados órdenes. Propúsosele, y se sobresaltó su humildad; pero al fin fue preciso obedecer. Y para no darle tiempo de proponer nuevas dificultades, solicitó se dispensasen los intersticios, y en el espacio de dos meses y medio le hicieron recibir la primera tonsura, los órdenes menores, el subdiaconato, el diaconato y el presbiterato. Tenía Felipe á la sazón treinta y seis años, y jamás había pensado en hacerse sacerdote, considerando su indignidad. Ninguno se llegó al sacrificio del altar con mejor disposicion. Las extraordinarias gracias con que el cielo le regaló en su primera misa, fueron, por decirlo así, como los preludios de los singulares favores que había de recibir en lo sucesivo. Celebraba cada día, y siempre con nuevo fervor; desde la consagracion hasta que consumía parecía un hombre extático, con el semblante arrojando fuego. Permanecía inmóvil y sin sentidos horas enteras, dando testimonio las dulces lágrimas que derramaba del incendio del divino amor en que su alma se abrasaba; y no podía arrancarse del altar sin mucha violencia.

Viéndose precisado á celebrar el santo sacrificio en una capilla interior, así por sus achaques, como para dar rienda y mayor libertad á su tierna devocion, tenía prevenido al ayudante que un poco antes de la comunión le dejase solo, y volviese una ó dos horas después para acabar la misa. Se puede discurrir cuáles serían las ínti-

mas comunicaciones que entonces tendria con su Dios, y de qué delicias espirituales seria inundada aquella purísima alma por lo que después sucedió.

Acabando un día de decir misa, y sintiéndose inflamado de un extraordinario deseo de amar mas y mas á Dios, se lo pedia con fervorosisimas instancias al Espíritu Santo, como principio y origen del divino amor, cuando sintió de repente, que no cabiéndole el corazon en el pecho; rompió con estruendo dos costillas que se separaron hacia los dos lados para hacerle mas lugar, y para darle mayor dilatacion. Vivió cincuenta años después de este insigne favor, y después de su muerte toda Roma fue testigo de tan singular prodigio.

La ternura que profesaba á la santísima Virgen era en todo correspondiente al amor que le abrasaba por su santísimo Hijo. Apenas acertaba á apellidarla con otro nombre que con el de su Madre, sus delicias y su amor. En todas sus exhortaciones, pláticas, discursos y conversaciones familiares habia de entrar el dulcísimo nombre de María. Honrad á María, amad á María, hijos míos, decia continuamente á los padres de su Congregacion. Ella es la dispensadora de todas las gracias, y ningun favor recibimos del cielo que no venga por sus manos. Fuera del rosario que rezó indispensablemente todos los dias de su vida, una de las devociones que aconsejaba á todos era que repitiesen sesenta y tres veces al dia esta jaculatoria: *Virgo Maria, Mater Dei, deprecare Jesum pro me: Ó Virgo, et mater.* Virgen María, Madre de Dios, ruega por mí á Jesús, ¡ó Virgen y Madre! Todas las conversiones, y todas las maravillas que obraba Dios por su fiel siervo, las atribuia á la santísima Virgen, de quien recibia cada dia singulares favores. Hallándose en una ocasion enfermo de gravísimo peligro, y en términos de espirar, se le apareció la santísima Virgen. A su vista recobró las fuerzas, incorporóse con ligereza en la cama, levantó las manos al cielo, y clavando los ojos en el objeto que él solo veia, exclamó con asombro de los circunstantes: *Ea, que aquí está mi buena Madre.* Desde aquel punto quedó enteramente sano; y pudiendo mas su gozo que su humildad, confesó con ingenuidad que su pronta y milagrosa curacion la debia á la vista de la Virgen.

Mientras tanto, aunque era muy abundante la miés en la cofradía de la Trinidad, no era campo suficiente para la dilatacion de su celo. Aconsejóle su confesor que entrase en la congregacion de los clérigos de san Gerónimo llamada *de la Caridad*, donde le destinaron al ministerio de oir confesiones. Mirábase Felipe con un santo

horror, y no se atrevió á ejercitarle hasta haberse asegurado bien de ser llamado á él con legítima vocacion.

No se pueden explicar los bienes que hizo en este sagrado ejercicio. Viéronse desde luego grandes conversiones en todo género de personas, estados, clases, edades y condiciones. Confesarse con Felipe, y convertirse, era una misma cosa. Como estaba todo abrasado en el amor divino, la menor palabrita suya penetraba el alma. No habia pecador tan obstinado en la costumbre de pecar, no habia hombre disoluto, no habia mujer perdida, que á sus piés no se deshiciese en lágrimas. No habia resistencia á una exhortacion de Felipe; una sola palabra suya ablandaba y derretia el corazon mas helado. Llenábanle de consuelo tantas maravillosas conversiones, y así no le dolia el trabajo. Después de haber pasado en oracion una grande parte de la noche, decia misa al romper el dia, daba gracias, y se metia en el confesonario, donde no pocas veces perseveraba hasta muy entrada la noche, sin otro sustento que el de la salvacion de las almas.

No podian menos de alborotar al infierno tantas maravillas. Conjuróse la envidia contra el Santo; suscitóle enemigos aun entre sus mismos hermanos; armáronse mil lazos contra su prudencia y contra su celo; valiéronse de la gente mas perdida, mas disoluta y mas obstinada para sorprenderle; echóse mano de la calumnia. Fue acusado ante el vicario de Roma de que enseñaba novedades, y de que guiaba á sus penitentes por caminos extraviados, y hasta entonces no conocidos. Fue citado, fue amonestado, y fue observado, poniéndosele espías. Pero al fin, reconocida su santidad y su inocencia, se le confirmó en todos los ejercicios de sus apostólicos ministerios.

Noticioso de las milagrosas conversiones que obraba el Señor en el Japon por medio de los Padres de la Compañía, tuvo pensamiento de atravesar los mares, y juntarse á tantos celosos misioneros; pero le desviaron de él, representándole que en sola Roma encontraría su celo un buen equivalente de todas las Indias, y de todo el Nuevo Mundo.

Por este tiempo creció tanto el número de sus discípulos, y era tan grande el concurso de los que le buscaban, que embarazaban la iglesia, y no daban lugar á las juntas que acostumbraba celebrar la congregacion de la Caridad. Por este motivo pidió á la misma Congregacion un sitio bastante espacioso, que estaba al lado derecho de la misma iglesia, y no sirviéndola á ella para nada, podia ser muy útil para los fines que Felipe andaba meditando. Concediéronsele, y luego dispuso que sus discípulos en diferentes horas del

dia tuviesen en él instrucciones públicas y conferencias espirituales, siendo los primeros que se le agregaron, y los primeros tambien que empleó en este ministerio, Taurisio, Modi, Fuccio, Baronio, que después fue cardenal, Bordini, que fue arzobispo de Aviñon, y Alejandro Fedeli. El suceso fue tan feliz, y el fruto tan notorio, que concurría en tropas el pueblo y nobleza, singularmente á la conferencia de la tarde; y á vista de tan numeroso concurso se determinó Felipe á erigir en el mismo lugar una especie de oratorio, para que se acabasen las conferencias con un rato de oracion. Echó Dios su bendicion á este piadoso pensamiento de tal manera, que en Roma ya no se hablaba de otra cosa sino de ir á visitar el oratorio de Felipe Neri. Era cada dia mas abundante la miés; y teniendo Dios cuidado de aumentar el número de los obreros, se dió principio á aquella santa Congregacion, que ha casi dos siglos está edificando con tanta gloria y con tanto esplendor á toda la santa Iglesia.

Tal fue el nacimiento de la ilustre congregacion de los Padres del Oratorio de san Felipe Neri en Roma, tan celebre por los grandes hombres que ha producido y está produciendo cada dia; por la prudencia y discrecion de sus constituciones; por la vida sobresaliente de sus ejemplares individuos; y tan útil á la Iglesia de Dios por los continuos frutos de su celo, siendo sin duda una de las mas provechosas fundaciones que se han hecho hasta ahora en los términos de Italia. Pero hablando en rigor hasta el año de 1564, en que Felipe tomó á su cargo el gobierno de la iglesia que pertenecía á la nacion florentina, no dió forma regular á su Congregacion. Entonces dispuso las constituciones, que fueron aprobadas por la Silla apostólica, y confirmó después la Santidad de Gregorio XIII por un breve que expidió en 13 de julio de 1573; y bien informado este gran Pontífice de los imponderables bienes que traía al orbe cristiano la nueva Congregacion, aplicó á ella, cediéndosela liberalmente, la nueva iglesia de Valliceli. En muy breve tiempo se hicieron después otras muchas fundaciones, extendiéndose la Congregacion por todo el Estado eclesiástico; de donde se propagó al reino de Nápoles, á la Toscana, al Milanés, y con el tiempo se dilató á España y á Portugal; siendo Felipe su primer general, á pesar de su extrema repugnancia, por unánime consentimiento de todos los electores.

No podian faltar contradicciones á una Congregacion tan santa y tan provechosa. Desatóse el infierno furiosamente contra los miembros y contra la cabeza; no perdonó á las mas groseras calumnias; pero la eminente virtud de nuestro Santo fácilmente disipó todos los

artificios del espíritu maligno. Cada día era mas admirada su heróica santidad, que confirmaba el Señor con frecuentes profecías y milagros. Llamó un día á Baronio á la una de la tarde, y le dijo: *Tomad el trabajo de ir á visitar los enfermos del hospital.* Representóle Baronio la importunidad de la hora, y que seria inquietar á los enfermos que estarian descansando. *Id sin dilacion,* replicó el Santo. Obedeció Baronio, entró en una de las salas, y luego reparó en un enfermo que estaba agonizando. Corrió á él para ayudarle á bien morir, y entendió, no sin admiracion, que no se habia confesado. Confesóle muy despacio, y habiéndole administrado los demás Sacramentos, espiró dichosamente en sus manos.

Profesaba Felipe estrecha amistad con san Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía de Jesús; y pasó este amor á ser como hereditario en sus hijos. Amábanse los dos Santos reciprocamente, y después de muerto san Ignacio nunca emprendia Felipe cosa considerable sin ir á consultar con Dios delante de su sepulcro. En fin, conociendo Felipe que le iban faltando las fuerzas, en virtud de sus muchos años y trabajos, en atencion á su avanzada edad y á sus continuos achaques, consiguió licencia del papa Gregorio XIV para decir misa en su aposento, porque dejarla un solo dia seria abreviarle los de la vida. Celebróla el dia 26 de mayo con su acostumbrado fervor y devoción. Concluida, solo pensó en disponerse para ir á gozar de Dios, noticioso sin duda de la hora de su muerte; y entregado enteramente á los mas tiernos y mas fervorosos actos del divino amor, espiró á los ochenta y dos años de su edad el de 1595.

Estuvo el santo cuerpo expuesto públicamente á la veneracion de la ciudad por espacio de tres dias. al cabo de los cuales, encerrado en una caja de nogal, se depositó en un nicho que se abrió en la pared. Siete años después fue trasladado con mucha pompa á una magnífica capilla que se habia erigido en su honor, habiéndose hallado incorrupto y entero, sin embargo de no haber sido embalsamado; y fueron tantos los milagros que por su intercesion obró el Señor en su gloriosa sepultura, que desde luego se comenzó á trabajar en los procesos de su canonizacion, la que celebró solemnemente el papa Gregorio XV el dia 12 de marzo de 1622.

SAN ELEUTERIO, PAPA Y MÁRTIR.

San Eleuterio, natural de Nicópolis, ciudad de Grecia, diácono y discípulo del santo pontífice Aniceto, sucedió á san Sotero en el pon-

tificado, el año de 176. Tuvo en su tiempo alguna paz y tranquilidad la Iglesia; la cual con el escuadron invencible de sus valerosos guerreros y gloriosos Mártires habia conquistado y rendido los corazones de muchos gentiles, y la vida ejemplar y doctrina celestial de los santos Pontífices, acompañada con los milagros que Dios obraba en todas partes en testimonio de la verdad de la religion cristiana, habia tenido mas fuerzas para plantarla y extenderla por el mundo, que la rabia y furor de los tiranos para derribarla y oprimirla. Con esta quietud se iba multiplicando la Iglesia del Señor maravillosamente; y en Roma muchos caballeros y señores, cansados ya de la supersticion de sus vanos dises, y de la crueldad y abominaciones de sus emperadores, por la doctrina y predicacion del santo pontífice Eleuterio, recibian la luz del Evangelio, y se convertian al Señor. Y no menos en las otras provincias y reinos descubria sus claros rayos y resplandores nuestra santa Religion; particularmente se vió esto en Britannia (es la que ahora llamamos Inglaterra), porque Lucio, su rey, habiendo entendido la santa vida y milagros de los Cristianos, y que poco antes Marco Aurelio, emperador, habia alcanzado por oracion de ellos una gran victoria contra los marcomanos, y que por esta causa los trataba bien, y permitia que viviesen en su ley, y que algunos caballeros y senadores romanos se habian bautizado y seguido el estandarte de Cristo; movido del mismo Cristo y Señor, dejando á los obispos que habia en Francia, y en otras partes mas vecinas, envió una solemne embajada con Elvano y Meduino, criados suyos, á san Eleuterio; porque conocia que era cabeza, padre y pastor universal de todos los fieles, suplicándole que le enviase algunos ministros suyos, para que á él, y á toda su casa y reino, hiciese cristianos, y los reconociese como á ovejas suyas, y del rebaño del Señor.

No se puede creer la alegría que el santo pontífice Eleuterio recibió con esta embajada; y para cumplimiento de lo que por ella se le pedia, envió á Fugacio y Donacio (que otros llaman Damiano) varones dignos de tan grande empresa, á Britannia, para que enseñasen los misterios de nuestra santa fe á Lucio, y á su reino, y con el agua del santo Bautismo los reengendrassen en Cristo. Ellos fueron, y lo hicieron, y todo conforme al desco y orden de Eleuterio: y el Rey se bautizó, y fue santo, y como de tal hace mencion de él el Martirologio romano á los 3 de diciembre, y su reino públicamente aceptó la fe de Cristo nuestro Salvador, y fue el primero del mundo que por público decreto y comun parecer de los moradores de él,

recibió y profesó la religion cristiana; puesto caso, que en España y Francia, y en los otros reinos y provincias, ya habia en este tiempo muchos cristianos. Esta conversion de Lucio fue el año de nuestra salud de 183, segun el cardenal Baronio. Habia en la isla de Britannia, antes que se convirtiese, veinte y dos flamines, y tres arquiflamines (que así llamaban los gentiles de Britannia á sus pontífices y sumos sacerdotes); estos se convirtieron tambien; y en su lugar Fugacio y Damiano instituyeron veinte y dos obispos y tres arzobispos, y los repartieron por aquella Isla, y les señalaron sus iglesias y distritos, para que no faltasen á los cristianos convertidos pastores que los gobernasen en las cosas de la verdadera Religion; pues los gentiles los habian tenido en sus supersticiones é idolatrías.

Con la paz que tuvo la Iglesia en este tiempo, se levantaron algunos herejes que la turbaron, como los Valentinianos, Marcionistas, Severianos, y otros monstruos como estos, á los cuales el santo pontífice Eleuterio resistió valerosamente, y fue ayudado del glorioso obispo y mártir san Ireneo, discípulo de san Policarpo, y de Papias, que habian sido discípulos de los Apóstoles; porque Ireneo, siendo presbítero, vino á Roma, enviado de la iglesia de Leon de Francia, y en el tiempo que estuvo en ella, escribió contra los herejes, y les hizo guerra como varon doctísimo apostólico, confutando los disparates que ellos enseñaban, con la doctrina y tradiciones apostólicas que él habia aprendido; y después volvió á Leon, de donde fue obispo y mártir gloriosísimo; y porque algunos de aquellos herejes enseñaban, que Dios habia criado muchas cosas malas, y que no se habian de comer algunos manjares, por ser tales; Eleuterio mandó que nadie desechase por supersticion género alguno de manjar de las criaturas que Dios hizo para servicio del hombre; no porque no sea lícito y loable el no comer de algunos manjares regalados y gustosos, para mortificar y refrenar la carne y sus apetitos, ó porque no se deba obedecer á la santa Iglesia, cuando nos manda abstenernos de semejantes mantenimientos en los dias de ayuno (que esto es necesario), sino porque no se han de desechar, por pensar que son malos de su naturaleza. Ordenó asimismo este santo Pontífice, que ningun sacerdote fuese depuesto, sin que primero fuese legitimamente convencido de algun grave delito; y que ningun ausente fuese condenado antes de ser oído; pues Cristo Nuestro Señor no condenó, ni dejó de comulgar á Judas (con saber quien era), porque aun no era notorio su pecado. Hizo tres veces órdenes en el mes de diciembre, y en ellas ordenó doce presbíteros, ocho diáconos, y quince obis-

pos; y después de haber gobernado santamente la Iglesia romana quince años, veinte y tres dias, fue martirizado, dando su vida por Cristo por los años del Señor 194, siendo Cómodo emperador, aunque los Martirologios romanos antiguos no declaran con qué género de muerte fue coronado. Su cuerpo fue sepultado en el Vaticano.

La Misa es de Confesor no pontífice, y la Oracion es la siguiente:

Deus, qui beatum Philippum, confessorem tuum, sanctorum tuorum gloria sublimasti; concede propitius, ut cujus solemnitate laetamur, ejus virtutum proficiamus exemplo: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Ó Dios, que colocaste en la gloria de tus Santos á tu confesor el bienaventurado Felipe, concédenos benigno. que pues celebramos festivos su solemnidad, nos aprovechemos solícitos de sus virtudes y de sus ejemplos. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del libro de la Sabiduría, capítulo VII.

Optavi, et datus est mihi sensus, et invocavi, et venit in me spiritus sapientiae: et praeposui illam regnis et sedibus, et divitias nihil esse duxi in comparatione illius: nec comparavi illi lapidem pretiosum; quoniam omne aurum in comparatione illius, arena est exigua, et tamquam lutum aestimabitur argentum in conspectu illius. Super salutem et speciem dilexi illam, et proposui pro luce habere illam, quoniam inextinguibile est lumen illius. Venerunt autem mihi omnia bona pariter cum illa, et innumerablem honestas per manus illius. Et laetatus sum in omnibus, quoniam antecedebat me ista sapientia, et ignorabam quoniam horum omnium mater est. Quam sine fictione didici, et sine invidia communico, et honestatem illius non abscondo. Infinitus enim thesaurus est hominibus: quo qui usi sunt, participes facti sunt amicitiae Dei propter disciplinae dona commendati.

Yo deseé la inteligencia, y me fue concedida, é invoqué el espíritu de sabiduría, y vino á mí: y la preferí á los reinos y los tronos, y tuve en nada los tesoros en su comparacion: ni comparé con ella las piedras preciosas: porque todo el oro en competencia suya es como una arena pequeña, y la plata en su presencia será reputada por cieno. La amé mas que la salud y la hermosura, y propuse tenerla por guia, porque su luz es inextinguible. Juntamente con ella me vinieron todos los bienes é inmensa riqueza por sus manos. Y me alegré de todas estas cosas, porque esta sabiduría era mi guia. y yo ignoraba que es madre de todo esto. La cual yo aprendí sin ficcion, y comunico sin envidia, y no escondo sus riquezas. Porque es un tesoro infinito para los hombres: del cual aquellos que hicieron uso, se hicieron participantes de la amistad de Dios, siendo recomendables por los dones de la doctrina.

REFLEXIONES.

Deseé la sabiduría, y se me dió. Nunca la niega Dios al que la quiere. y la pide con sinceridad. Paz y abundancia de gracias en la tierra

á los hombres de buena voluntad. (*Luc. ii.*). Pero las pasiones no se acomodan con tanta luz; el amor propio gusta de estar a sus anchuras; complácese en ignorar lo que no puede conocer, sin que le turbe, y le coarte la libertad. *Noluit intelligere, ut bene ageret.* Procura desviar de la memoria y aun del conocimiento todo aquello que puede acordarnos nuestras obligaciones. La demasiada luz incomoda á los ojos achacosos; y el conocimiento claro y distinto de las verdades terribles de la Religion espanta siempre á una conciencia poco tranquila. En vano procuran sosegarnos el espíritu del mundo, la pasión y nuestro propio espíritu: en vano se esfuerzan á persuadirnos que son terrores pánicos, espantajos, sobresaltos sin fundamento. Nada nos sosiega; pero ¿qué se hace para calmar la inquietud, y para conseguir la tranquilidad? ¿Se desea por ventura el espíritu de la inteligencia para quitar la máscara al error, y para descubrir el peligro? ¿Se recurre al Señor para obtener el espíritu de la sabiduría, preferible á los reinos y á los tesoros? ¿Aquella sabiduría que quita el velo á las ilusiones del entendimiento y del corazón, y que pone á la vista con la mayor claridad todo el embuste y toda la vanidad del mundo? Antes parece que no sería de gusto el alcanzarla; y así solo se pide de cumplimiento con la parte, digámoslo así, mas exterior de los labios. Descamínanse los hombres, y todo el cuidado, toda la aplicacion de los que van mas descaminados, es desviar, alejar de sí cuanto les es posible todo lo que puede hacerles abrir los ojos para conocer su descamino. Pero nunca dura la ilusion hasta la muerte; al acercarse el fin de la vida se desvanecen las fantasmas; disípanse las tinieblas cuando se va arrimando la última hora; y á la luz de la cercana eternidad se descubren muchos misterios. Entonces no se consultan los deseos del corazón para recibir de ellos la inteligencia; entonces sí que se tiene religion; puesta entonces en libertad la razon, se sujeta con rendimiento á la fe; aprueba y ama esta noble dependencia. Restituidas las dos á sus legítimos derechos, hacen conocer, hacen palpar toda la injusticia de nuestros desórdenes, y toda la equidad de la ley que se ha menospreciado. Pero ¿que efecto produce en la hora de la muerte esa inteligencia clara y distinta de las verdades mas importantes? ¿esta comprension del corazón humano? ¿esta sincera confesion de sus descaminos? Ya es muy breve el tiempo que resta para una verdadera conversion; ya está instruido el proceso; ya se descubre el juez; es preciso comparecer ante su terrible tribunal. ¡Ah! que entonces solo ha quedado la confusion, el dolor vivo, penetrante, pero estéril; la desespera-

cion, fruto natural del conocimiento tardío, arrepentimiento forzado, reflexiones que ya no llegan á tiempo.

¡Cosa rara! En nada se equivocan mas los hombres que en el concepto que forman de sus mismas operaciones. Juzgan ser acto de la voluntad el que puramente lo es del entendimiento. Conócese la equidad del precepto, la santidad de la ley, la importancia de la obligacion, las funestas resultas del pecado, y el castigo que merece: ríndese la razon, todo lo aprueba, y conviene en todo sin réplica. Pero este conocimiento, enteramente intelectual, puramente especulativo, nos persuade el amor propio que es un acto práctico de la voluntad, una detestacion sincera y efectiva del pecado. No hay cosa mas ordinaria que esta fatal equivocacion: de este principio nace aquel tropel, ó por lo menos aquella multitud de deseos tan inútiles como estériles, á competencia unos de otros. Y quiera Dios que esta funesta equivocacion no se extienda tambien á la imaginaria conversion de muchas gentes.

El Evangelio es del capitulo XII de san Lucas, pág. 220.

MEDITACION.

Del fervor en el servicio de Dios.

PUNTO PRIMERO.—Considera que siempre se sirve mal cuando se sirve con tibieza. Poco amor tiene á su amo el que le sirve con disgusto y puramente por miedo. La frialdad y la lentitud en quien sirve, muestran el poco respeto que profesa á su dueño.

Pero al fin, que á los hombres se les sirva con indiferencia y con descuido, adelante; no es grande maravilla. El corazon nunca está asalariado; no tiene parte en la escritura ó en la obligacion del servicio. Pero que se sirva á Dios con frialdad y con indiferencia; que la grande honra y los crecidos intereses que se logran en servirle no exciten nuestra ambicion, y no nos inspiren por lo menos tanto celo, tanto ardor en todo lo que toca á su servicio como el que manifestamos en el servicio del principe; verdaderamente es asunto de grande admiracion, pero algun dia lo será tambien de grande arrepentimiento.

A Jacob le parecen nada siete años de servicio por la esperanza de poseer algun dia á la hermosa Raquel. Ofrécese el mismo Dios por premio y por salario á los que fielmente le sirven; ¡y con todo eso es servido con negligencia!

¡Con qué celo, con que puntualidad, con qué fervor se sirve al

soberano! Los bienes, el descanso, la vida, todo lo que mas se ama en este mundo se sacrifica á su servicio. Mas que toda una ilustre casa, toda una rica sucesion esté fundada en un único heredero; este solo heredero, este único hijo, esta única esperanza de toda la familia es el primero que corre al peligro, que avanza al asalto, que monta la brecha. ¿Se sirve á Dios con el mismo ardor? *Et illi quidem ut corruptibilem coronam accipiant; nos autem incorruptam.* Y esto que aquellos trabajan por una corona perecedera; pero nosotros por una que jamás se ha de marchitar. ¡Mi Dios, qué conducta es la nuestra! Sabemos que Dios no hace caso de los servicios exteriores, si no los acompaña el corazon. Pórtase con nosotros mas como Padre que como Señor; y por eso quiere que sea el amor de gran móvil de todos los que le sirven. Y á la verdad, ¿qué dueño hay mas digno de ser servido con amor y con fervor que un Dios, á quien debemos todo cuanto tenemos, y que recompensa con tanta liberalidad nuestros servicios? ¿Con qué ardor debemos dedicarnos á darle gusto, y con qué puntualidad, con qué fervor, con qué celo nos debemos aplicar á poner en ejecucion todo aquello que sabemos ser de su agrado? Pero ¿lo hemos hecho así? ¿lo hacemos al presente? ¡Mi Dios, y qué materia tan abundante para el mas vivo dolor, para el mas amargo llanto!

PUNTO SEGUNDO.—Considera la flojedad, y aun la insensibilidad con que se sirve á Dios; la facilidad con que se dispensan los hombres en sus preceptos; la serenidad con que se quebrantan sus mandamientos; la libertad y el descaro con que se peca. Los negocios temporales, la satisfaccion de las pasiones, el amor á todo lo que sea divertirse; en una palabra, el espíritu del mundo es lo que ocupa toda la atencion, todo el corazon, y se sorbe todo el tiempo. ¿Qué rato, qué horas del dia encuentra un hombre mundano en el orden ó en el desorden de su vida para dedicarlas al servicio de Dios? Un eclesiástico ya por su estado encuentra algunas; pero ¿las emplea mejor?

¿Es Dios servido con decencia, con actividad, con fervor dentro de su misma casa? La modestia, el respeto y la devocion de los que te adoran, ¿edifican mucho á todos los que entran en nuestros templos? Pero penetremos hasta el santuario: acerquémonos al mismo altar; ¿reconoceremos en el fervor y en la devocion el verdadero carácter de sus sagrados ministros? ¡Ah. Señor, y con qué descuido, con qué negligencia sois servido! ¿Encontraráse por ventura el dia

de hoy gran número de aquellos fieles y fervorosos siervos del Señor, embebidos verdaderamente en las grandes máximas de Religión, llenos de una viva fe, que sirvan al Señor como á su Dios, como á su soberano Dueño? ¿Dónde está aquella delicadeza de conciencia en todo lo que concierne á la eterna salvacion? ¿dónde aquel ardor, aquella actividad en todo lo que respecta á la obediencia de la santa ley? ¿dónde aquel cristiano fervor en todo lo que mira al servicio de un amo tan bueno? Pregunto: ¿Mantendria alguno en su casa á un criado, que le sirviese con el descuido y con la negligencia con que él mismo sirve á Dios?

¡Oh, y qué monstruosa diferencia hay entre el modo con que nosotros servimos á Dios, y la manera con que le sirvieron los Santos! Considera el amor, el fervor, la devocion de un san Felipe Neri. Párecenos que aquellos excesos, aquellos raptos, aquellos encendimientos del divino amor eran milagrosos. ¡Ah, que no! solamente lo parecen, porque son tan raros. Pero si conociéramos bien al Señor á quien servimos, no lo haríamos con menos fervor, con menos amor, ni con menos actividad.

¡Cuánta es, mi Dios, mi confusion, cuánto mi dolor cuando considero el descuido y la negligencia con que os he servido! Motivo tengo para suplicaros olvideis mis aparentes servicios, pues temo sean mas dignos de castigo que de premio. Ya, Señor, no os acordéis sino del fervor con que procuraré servirlos en adelante; pues hablando en rigor, hoy es el dia en que comienzo á servirlos.

JACULATORIAS.—Mi alma dijo, el Señor es mi herencia; pues yo colocaré en él toda mi confianza. (*Thren.* III).

¡Qué amables son tus tabernáculos, ó gran Señor de las virtudes! mi alma desfallece á violencia del amor con que suspira por lograr algun rinconcito en ellos. (*Psaln.* LXXXIII).

PROPÓSITOS.

1 No hay cosa al parecer mas injuriosa á Dios, que servirle con negligencia y con descuido. Cuando no sea un formal, es por lo menos un virtual menosprecio de su majestad, de su bondad y de su soberanía. El que sirve á Dios, ya en algun modo le conoce; y ese Dios á quien conoce, ¿no se dará por agraviado de un servicio descuidado y negligente? ¿Sufriríamos por mucho tiempo á un criado que nos sirviese con tanta frialdad y negligencia? Nada irrita tanto como ver á un hijo frio ó indiferente en el obsequio de su padre.

Pues, *Si ergo Pater ego sum*, dice el Señor por su Profeta, *ubi est honor meus? El si Dominus ego sum, ubi est timor meus?* (*Malach. 1*). Si soy vuestro Padre, ¿dónde está la honra que me profesais? Y si soy vuestro Señor, ¿dónde está el miedo reverencial que me teneis? ¡Ó mi Dios, y qué señal tan funesta es la de una tibieza, una negligencia habitual en vuestro servicio, tanto mas digna de temerse, cuanto en cierto modo parece que cierra las puertas á una sincera conversion, ó cuando menos ciertamente la hace mucho mas dificultosa! Tu sirves á Dios, y aun quizá por tu profesion estás especialmente consagrado á su servicio. Pero ¿le sirves con fervor? Tu atencion, tu celo, tu actividad, ¿dan testimonio de que es Dios el amo á quien sirves? ¿No tienes justo motivo para temer que acaso le has deshonrado hasta aquí en lo mismo en que te parece haberle servido? Cuando le presentemos el oficio divino que hemos rezado, los ministerios á que hemos atendido, las oraciones que hemos hecho, y acaso tambien las misas que hemos celebrado, no nos podrá responder: *Vos inhonorastis me.* (*Joan. viii*). ¡Ah! que en lugar de honrarme, me ofendisteis, y me despreciasteis. Toma hoy media hora de tiempo para examinar seriamente tu conducta sobre este punto, y trata de enmendarla.

2 Desde hoy en adelante sirve á Dios con el respeto, con el fervor y con la fidelidad que por tantos titulos le es debida: cualquiera acto de Religion que ejecutes, aunque no sea mas que persignarte: cualquiera oracion que reces, aunque no sea mas que una *Ave, María*: cualquiera buena obra que hagas por Dios, aunque no sea mas que leer un libro espiritual, dar una limosna, etc., hazlo todo con aquella devocion, con aquel respeto, con aquella atencion que nos inspira la fe. Toma la costumbre de decirte á tí mismo al principio de todas estas cosas: Mira que es Dios á quien vas á servir, es Dios á quien vas á orar, es Dios á quien pretendes complacer.

DIA XXVII.

MARTIROLOGIO.

SANTA MARÍA MAGDALENA, vírgen, del Orden de Carmelitas; la festividad de su tránsito se celebra el día 25 de mayo.

EL TRÁNSITO DE SAN JUAN, papa y mártir, el cual llamado á Ravena por Teodorico, rey de Italia, arriano, y atormentado largamente en una cárcel por la fe católica, acabó su vida en la prision. (*Véase su vida en las de hoy*).

EL MARTIRIO DE SAN JULIO, en Dorostoro, ó sea *Silistria*, en la Misia, el cual en tiempo del emperador Alejandro, siendo soldado veterano ya retirado.

fue preso por los oficiales, y presentado al tribunal del presidente Máximo; y como á su presencia detestase los ídolos, confesando valerosamente el nombre de Jesucristo, fue sentenciado á pena capital.

SANTA RESTITUTA, virgen y mártir, en Sora; la cual en tiempo del emperador Aureliano y del procónsul Agacio, defendiendo la fe católica, triunfó de las persuasiones del demonio, de las caricias de sus padres, y de la crueldad de los verdugos; y últimamente consiguió la corona del martirio decapitada con otros cristianos (*el año 272*).

SAN RANULFO, mártir, en el Artois.

SAN EUTROPIO, obispo, en Orange en Francia, esclarecido en virtudes y milagros.

LA DICHOSA MUERTE DEL VENERABLE BEDA, presbítero, en el mismo día. muy esclarecido en santidad y doctrina. (*Véase su historia en las de este día*).

SAN JUAN, PAPA Y MÁRTIR.

San Juan, papa primero de este nombre, fue hijo de Constancio. y nació en Florencia hácia el fin del quinto siglo. Nada se sabe de sus primeros años; solo es cierto que siendo aun muchacho pasó á Roma, donde se aplicó al estudio de las ciencias y de la virtud, en que hizo maravillosos progresos; y elevado á los órdenes sagrados, mereció ser tenido por uno de los mas santos y mas sabios presbíteros de la santa Iglesia.

Era Juan el oráculo y el modelo de todo el clero cuando murió el papa Hormisdas el día 6 de agosto del año 523; y de comun consentimiento fue elegido siete dias después para ocupar la cátedra de san Pedro. Subió á ella cuando estaba muy necesitada de un sumo Pontífice sabio para confundir á los herejes; santo para edificar á los católicos; intrépido para no acobardarse con las amenazas de un emperador arriano; y celoso para velar continuamente sobre su rebaño, y defenderle con valor en un desgraciado tiempo en que la persecucion de los Arrianos en Occidente hacia ventajas á las persecuciones de los emperadores idólatras. Poseia el santo Pontífice con eminencia todas estas virtudes; todo esto era nuestro Juan, y muy presto se vió necesitado á dar las mejores pruebas.

Obedecia Italia á la sazón á Teodorico, rey de los godos, uno de los mas poderosos y mas ardientes defensores que habia tenido el arrianismo. El imperio de Oriente reconocia por emperador á Justino, que de soldado raso y de un nacimiento muy humilde habia ascendido al trono imperial por todos los grados del honor; pero lleno de religion y de piedad habia publicado severísimos edictos contra todos los herejes, exceptuando solo á los Arrianos, que por una falsa política juzgó debia disimular, por no exasperar á Teodorico, su po-

deroso protector, con quien la razon de Estado le habia puesto en precision de coligarse. Pero considerando después que esta condescendencia era contraria á la ley de Dios, determinó comprender tambien á dichos herejes en los decretos que publicaba contra todos los demás, y ordenó que todos los Arrianos que fuesen vasallos suyos, y viviesen dentro de sus dominios, tratasen de restituir prontamente á los Católicos todas las iglesias que ocupaban, y en adelante estuviesen sujetos á sus edictos.

Informaron luego los Arrianos á Teodorico de las severas órdenes del emperador Justino, suplicándole tomase debajo de su poderosa proteccion la defensa de su secta. Entró en furia el monarca arriano con esta noticia, y escribió muchas cartas al emperador del Oriente, amenazándole que desterraría de sus Estados á todos los católicos, si no mandaba que restituyesen luego las iglesias á los Arrianos. Justino, cada dia mas celoso por la fe católica y por el honor de la religion cristiana, no tuvo por conveniente deferir á sus ruegos, ni hacer caso de sus amenazas, y le respondió secamente, que no le permitia la conciencia revocar las órdenes que habia publicado.

No desistió Teodorico, y lo que no habia conseguido por cartas, resolvió lograrlo por medio de una famosa embajada, de la cual quiso absolutamente que el papa Juan fuese por cabeza. Nombró para ella á los cuatro senadores principales, que sospechaba se entendian secretamente con el Emperador; y para obligar al santo Pontífice á que se encargase de la negociacion, le amenazó que si se resistia á hacerlo, trataria á los Católicos de Italia, ni mas ni menos como el Emperador trataba en el Oriente á los Arrianos. Considerando el santo Pontífice la cólera del impio Rey, y viendo el peligro que amenazaba á toda Italia, se halló precisado á encargarse de una comision tan indecente á su sagrada suprema dignidad, como contraria á sus mismos intereses y santisimos deseos; porque este Principe le encargó expresamente declarase al Emperador, que si no se restituian á los Arrianos las iglesias que se les habian quitado, costaria la vida á todos los Católicos de Italia, y la libertad á la Religion. Los cuatro senadores romanos que le asoció fueron Teodoro, Importuno y Agapito, que todos habian sido cónsules, y el cuarto, llamado tambien Agapito, era patricio. Para hacer todavía mas célebre la embajada, quiso se le añadiesen cinco obispos; siendo los principales Eclesio de Ravena y san Eusebio de Fano, á los cuales declaró de nuevo el inicuo Rey su intencion y su determinada voluntad.

No es posible explicar el desconsuelo de toda Roma cuando se su-

po que la dejaba el santo Pastor. Lo largo de un viaje tan peligroso como dilatado, la violencia que se le hacia para que le emprendiese, el asunto de él, tan indecente y tan indigno de su sagrada dignidad, el justo temor de no volver á verle, todo contribuia á que se sobresaltase el rebaño, y á que se deshiciese toda la ciudad de Roma en un copioso llanto. Enterneci6se el corazon del santo Pontífice á vista de las demostraciones de su amado pueblo; hizo cuanto pudo para consolarle, ech6le su paternal bendicion, y se embarcó, en fin, con todos los que le acompañaban.

Cuando se tuvo noticia en Constantinopla de que el Papa habia desembarcado, toda la ciudad sali6 á recibirle á mucha distancia con cruces, con pendones, con hachas encendidas, para hacer el debido honor al Vicario de Jesucristo, legítimo y verdadero sucesor del ap6stol san Pedro. Fue el recibimiento una fiesta pública, 6 cierta especie de triunfo, acompañado de veneracion y de respeto, apresurándose cada uno para recibir á competencia su santa bendicion. El mismo Emperador se postr6 en tierra para saludar reverentemente al Papa, tributándole todos los honores que se pueden imaginar. El clero (si pudo ser) aun hizo ventajas en la veneracion á la devocion del pueblo y del Emperador. A la verdad, el nombre solo de vicario de Jesucristo y la dignidad del sumo Pontífice inspiraba á todos los fieles aquel profundo respeto; pero la eminente santidad del Papa, que se traslucia bien entre la pobreza de su humildísimo equipaje, no contribuy6 menos á la general veneracion que todos los sexos, edades y condiciones manifestaron á nuestro Santo. No hay que extrañar hiciese tanta impresion el concepto que se tenia de su her6ica virtud; pues no se ignoraban en Constantinopla los milagros que habia hecho en el camino. A la misma entrada de la ciudad di6 vista á un ciego, y se sabia que al desembarcar en el istmo, hallándose el santo Pontífice sin carruaje y sin caballería en que proseguir su viaje, cierto gentil hombre le prest6 su caballo, que mont6, y camin6 en él algunas leguas; pero quedaron todos asombrados cuando vieron que el caballo, antes muy manso, dócil y manejable no sufri6 después que ninguno le montase, corveteando con todo el cuerpo cuando alguno se le acercaba para hacerlo, y desviando de sí á todos á relinchos, á coces y á manotadas, sin que jamás fuese posible domarle.

Aunque el Emperador estaba ya coronado por mano de Juan, patriarca de Constantinopla, tuvo devocion de recibir la misma corona de mano del Pontífice, y se celebr6 esta ceremonia con toda la so-

lemnidad correspondiente á la magnificencia de tan gran Príncipe. El Patriarca en todas las ocurrencias reconoció la primacia de la cátedra de Roma, y rindió al Papa los honores que se le debian; y el Papa ofició de pontifical el día de Pascua, celebrando segun el rito latino y el uso de la Iglesia romana.

Entrando después en conferencia, estuvo tan léjos de tratar con el religioso Emperador como embajador de un rey arriano, que solo negoció con él como pastor y cabeza de toda la Iglesia católica; y sin que ni uno ni otro se dejasen intimidar de las amenazas de Teodorico, recíprocamente se fortalecieron los dos en la generosa resolución de preferir la gloria de Dios á todos los intereses temporales, y defender la pureza de la fe aun á costa de la misma vida. Exhortó el Papa al piadoso Príncipe á que acabase de exterminar la herejia de todos sus dominios, sin hacer caso de la persecucion con que el Rey arriano amenazaba á toda Italia; y el Emperador se sintió tan animado por las vivas exhortaciones de nuestro Santo, que no solo no quiso restituir á los Arrianos las iglesias que se les habian quitado, sino que mandó introducir el ejercicio de la religion católica en todas aquellas donde no estaba introducido; y escribió á Teodorico, que reputaria por manifiesta infraccion de la paz y por declarado rompimiento cualquiera maltratamiento que se hiciese á los católicos. Pero no bastó esto para contener al bárbaro Monarca, ni estorbó que por levisimas sospechas y sobre meras calumnias mandase arrestar á los dos mayores hombres de la Italia, á Symaco y su yerno Boecio, mas recomendables por su virtud y por el celo de la Religion, que por su sabiduría y por la elevada autoridad que lograban en el Senado, habiendo sido ambos cónsules. Al ilustre y religioso filósofo Boecio le cortaron la cabeza antes que volviese á Italia nuestro Santo, y Symaco sobrevivió poco á su yerno, siendo el celo de la Religion la principal causa de la desgracia de los dos; pero el Señor vengó presto su muerte con la funesta que tuvo el mismo Teodorico.

Mientras tanto, habiendo obtenido del Emperador el santo Papa todo lo que deseaba Teodorico, á excepcion únicamente de lo que era en perjuicio de la Religion, dió la vuelta á Italia. Desembarcó en ella, y cuando se estaba disponiendo para ir á darle cuenta de su negociacion, fue arrestado de orden del impío Monarca; encendido en rabiosos celos por los honores que Justino le habia tributado, y sin atender á los grandes servicios que le habia hecho cerca del Emperador, le mandó conducir á la fortaleza de Ravena, donde por mie-

do de alguna sublevacion no se atrevió á quitarle la vida con la espada; pero dió orden de que le dejaran morir de hambre y de miseria. Dícese que hallándose en aquella horrorosa prision, y teniendo noticia de las falsas voces que los herejes habian esparcido por la Italia, fingiendo mil embustes sobre su negociacion en Constantino-
pla, tuvo forma de escribir á los obispos de la misma Italia la carta siguiente:

JUAN, OBISPO, Á LOS OBISPOS DE ITALIA,
salud en Nuestro Señor.

«Aunque tengo pruebas bien ciertas de que vuestro celo por la Religion crece cada dia, y que triunfa vuestra fe, consolando maravillosamente á todos los fieles; con todo eso, no dejo de exhortaros a que os armeis con la espada de la palabra de Dios, para combatir la perfidia arriana, tantas veces condenada, y que no por eso deja de renacer todos los dias, para que con la ayuda del Señor tengamos el consuelo de arrancar hasta la raíz. Y para esto no temais; apoderaos, si fuese posible, de todas las iglesias ocupadas por los Arrianos, y restituidlas á los Católicos después de purificadas. Así lo hicimos nosotros en el Oriente por el parecer del cristianísimo y religiosísimo emperador Justino, cuando el rey Teodorico nos forzó á ir á Constantinopla á tratar negocios de la Iglesia y del Estado. No tengais miedo á las amenazas que hace de talarlo todo á sangre y fuego; acordaos de lo que nos dice Jesucristo (*Matth. 1.*): *No temais á los que quitan la vida del cuerpo, y no pueden quitar la del alma; pero temed antes á aquel que puede precipitar el alma y el cuerpo en el infierno.* Por lo que toca á nosotros, aunque en todas ocasiones somos inquietados, y somos perseguidos; pero no somos abandonados. (*II Corinth. IV.*).»

Irritado Teodorico de la constancia del santo Pontífice, repitió la orden de que le dejaran morir de miseria en la prision; y rindiéndose á ella, coronó su santa vida con una preciosa muerte el día 27 de mayo de 526, después de dos años y nueve meses de pontificado. En el mismo dia manifestó el Señor la santidad de su siervo con nuevos milagros. Fue conducido el santo cuerpo con extraordinaria pompa fuera de la ciudad, y se le dió sepultura en el cementerio público, donde estuvo hasta cuatro años después, en que su sucesor el papa Félix le hizo trasladar á Roma, cuya traslacion fue verdaderamente un glorioso triunfo. Depositóse en la iglesia de San Pedro el cuerpo

de nuestro Santo, que siempre ha sido venerado como mártir, y en la misma iglesia se conserva hasta el día de hoy.

EL VENERABLE BEDA, CONFESOR Y PADRE DE LA IGLESIA.

El venerable Beda fue de nacion inglés, y nació en una aldea que se llamaba Jeru ó Geruvico. Siendo de edad de siete años (como él mismo lo dice) fue entregado, para que le criase, á un abad, llamado Benito ó Benedicto, y después á otro por nombre Ceolfrido, que tenia cargo de los monasterios de la Orden de san Benito, dedicados á los apóstoles san Pedro y san Pablo, poco distantes entre sí. Habia en estos monasterios seiscientos monjes (porque en aquel tiempo en los monasterios de San Benito habia estudios y escuelas), entre los cuales se esmeró mucho Beda en la disciplina religiosa, y en la observancia de su regla, y en toda virtud. Tuvo por maestro á Juan Beverlacio, varon doctísimo, aprendió la lengua latina y griega, y las ciencias filosóficas, y la sagrada teología, tan exacta y perfectamente, como lo muestran las obras muchas y varias que escribió; y en su tiempo fue tenido por un pozo de ciencia y oráculo de sabiduría, y dejó algunos buenos discípulos en todas buenas letras excelentísimos, como fueron Rabano, arzobispo de Maguncia; Alcuino, maestro del emperador Carlomagno; Claudio y Juan Escoto que fueron los primeros que enseñaron en la universidad de Paris. é ilustraron la Francia con su erudicion, y la enriquecieron con los muchos y doctos discípulos que instruyeron y enseñaron. Ordenóse de diácono á diez y nueve años, y de misa á treinta de su edad. Gastaba los días y las noches, ó en orar, ó en escribir, ó enseñar; y tambien tomaba muchas veces parte en los ejercicios de ordeñar á las ovejas, ó cultivar el huerto, ó en la cocina del monasterio, conforme lo practicaban los demás monjes sin exceptuarse el mismo abad. El mismo nos dice, que desde que le promovieron al sacerdocio hasta la edad de cincuenta y nueve años, en que escribia esto que decimos, habia compuesto varios libros para su uso propio, y el de otros, sacándolos de la doctrina de los Padres, ó añadiendo nuevos comentarios, segun el sentido é interpretacion de ellos. Nos da una lista de cuarenta y cinco obras diferentes que hasta entonces habia compuesto: después escribió aun muchas otras. Manejaba Beda todas las ciencias de cualquiera especie de literatura: la filosofía natural, los principios filosóficos de Aristóteles, la astronomía, el calendario, la gramática, la historia eclesiástica y las vidas de los Santos; aunque las obras de piedad componen el grueso principal de sus escritos. No

fueron objeto particular de sus estudios los ornatos de la retórica: pero respiran todos sus escritos y composiciones cierta perspicacia, honestidad y sencillez que encantan. Sobre todo el candor honesto y el amor á la verdad son caracteres tan visibles en su Historia eclesiástica y demás obras históricas, que aun los criticos mas severos no se han atrevido jamás á poner en duda su sinceridad. En los comentarios originales que escribió, parece en opinion de muy buenos jueces nada inferior en solidez y juicio á los maestros mas hábiles de entre los mismos Padres.

Vivió toda la vida en su monasterio; y aunque san Gregorio papa, segundo de este nombre, movido de la fama y opinion de la santidad y ciencia de Beda, le convidó y mandó que fuese á Roma, para servirse de él en el gobierno de la Sede apostólica; como él era humilde y amador de su estudio y quietud, se excusó modestamente, y suplicó á su Santidad que no se lo mandase. Vivió (segun algunos, sesenta años; otros le dan sesenta y uno, y otros mas; y Triterio sesenta y dos. El cardenal Baronio dice que vivió ciento y cinco años, por las razones que trae sacadas de los mismos escritos de Beda. Todo este tan largo tiempo gastó Beda en servir al Señor con su vida y con su doctrina, y con muchos libros y muy provechosos que escribió; y habiendo corrido su carrera tan felizmente, le dió una enfermedad algunos dias antes de la Pascua de Resurreccion, de apretura del pecho, y dificultad de respiracion, la cual le duró hasta la Ascension; aunque como él era tan fervoroso y amigo del trabajo, no dejaba de ir al coro, y de enseñar, leer y dictar á sus discípulos, á los cuales muchas veces decia aquellas palabras de san Pablo: *Horrible cosa es caer en manos de Dios vivo*: para despertarlos mas al temor del Señor, otras veces les decia: *Daos prisa en aprender, porque no sé cuánto tiempo tengo de estar con vosotros*. Y quando estaba mas fatigado de su enfermedad, repetia muchas veces: *Dios azota á los que tiene por hijos*; y aquel dicho de san Ambrosio: *No he vivido de tal manera, que tenga vergüenza de vivir entre vosotros: ni tampoco temo la muerte; porque tenemos buen Señor*. Tambien dicen que profetizó con divino espíritu la calamidad extremada, y asolamiento lastimoso que en breve habia de venir sobre la cristiandad, si no se apagaba el fuego que se comenzaba á encender; y que por sus cartas avisó á algunos príncipes, sus conocidos, de este peligro. Poco después vino aquella terrible tempestad de los sarracenos, que arruinaron y destruyeron á Europa; y dicen que esta su profecía la declaró con un verso en latin, que dice: *Regnarunt Romae ferro flamma-*

que, *fameque*: los reyes de Roma caerán con hierro, fuego y hambre. Finalmente, conociendo que se le iba acabando la vida, y deseoso de ver á Jesucristo su Señor en su hermosura, y gozar de aquella que es verdadera vida, cantando el *Gloria Patri*, dió su espíritu al Señor, dia de la Ascension; y el Martirologio romano hace mencion de Beda á los 27 de mayo. Pero adviértase que algunos autores han hallado misterios en el título que comunmente se da á Beda, llamándole *Venerable*, y no *Santo*, y han fingido, ó creído fácilmente algunos sueños y fábulas que no tienen fundamento. La verdad es que en vida le llamaron *Venerable* por su grande excelencia, porque no le podian llamar *Santo*, hasta que muriese; y después de muerto continuaron el mismo apellido de *Venerable*, como en su vida se habia comenzado; pero esto no quita que no le llamen *Santo*; porque *Santo* le llaman Alcuino, Mariano Escoto, Albino Flaco, Amalario, Usuardo, y otros graves autores, como lo notó el cardenal Baronio. Tambien se engañan los que dicen que fue ciego; porque de sus escritos y de los otros autores que escriben de su vida, no se prueba esto, sino antes lo contrario. Escribió su vida Cumberto, monje de su tiempo, como lo dice Molano, aunque esta vida no se halla. En el principio de sus obras está una breve, y de ella, y de Tritemio, y de una relacion de su muerte que está en el séptimo tomo de Surio, y de las Anotaciones del cardenal Baronio, y de su nono tomo, se sacó lo aquí referido.

Beda escribió su *Historia eclesiástica de Inglaterra* en el año de 731, á los cincuenta y nueve de su edad, y á solitudes de Ceolwulfo (á quien está dedicada) rey piadoso de Northumberland, que tres años después renunció la corona en su hijo Edberto, y se hizo monje de Lisdinfarne.

La Misa es en honor de san Juan, papa y mártir, y la Oracion la que sigue:

Deus, qui nos beati Joannis martyris tui atque pontificis, annua solemnitate laetificas; concede propitius, ut cujus natalia colimus, de ejusdem etiam protectione gaudeamus: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Ó Dios, que cada año nos alegras con la festividad de tu bienaventurado mártir y pontífice san Juan, concédenos benigno, que merezcamos la proteccion de aquel cuya memoria solemnizamos. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epistola es del capítulo 1 de la segunda del apóstol san Pablo á los Corintios.

Fratres: Benedictus Deus et Pater Domini nostri Jesu Christi, Pater misericordiarum, et Deus totius consolationis, qui consolatur nos in omni tribulatione nostra: ut possimus et ipsi consolari eos, qui in omni pressura sunt, per exhortationem, qua exhortamur et ipsi à Deo. Quoniam sicut abundant passionnes Christi in nobis, ita et per Christum abundat consolatio nostra. Sive autem tribulamur pro vestra exhortatione et salute, sive consolamur pro vestra consolatione, sive exhortamur pro vestra exhortatione et salute, quae operatur tolerantiam eandem passionum, quas et nos patimur: ut spes nostra firma sit pro vobis: scientes quod sicut socii passionum estis, sic eritis et consolationis in Christo Jesu Domino nostro.

Hermanos: Bendito sea el Dios y el Padre de Nuestro Señor Jesucristo, Padre de misericordias, y el Dios de todo consuelo, el cual nos consuela en toda nuestra tribulacion, para que podamos tambien nosotros consolar á los que están en cualquiera afliccion, por el mismo consuelo con que somos nosotros consolados por Dios. Porque así como abundan en nosotros las tribulaciones de Cristo, así tambien por Cristo es abundante nuestro consuelo. Pero ya seamos atribulados, es para vuestro consuelo y salud; ya seamos consolados, es para vuestro consuelo; ó ya seamos exhortados, es para vuestra instruccion y salud, la cual obra en la tolerancia de las mismas aflicciones que padecemos tambien nosotros: para que sea firme la confianza que tenemos de vosotros: sabiendo que así como habeis sido participantes de las aflicciones, lo seréis tambien de la consolacion en Cristo Jesús Nuestro Señor.

REFLEXIONES.

Sicut socii passionum estis, sic eritis et consolationis in Christo Jesu Domino nostro. Como teneis parte en los trabajos, así la tendréis en el consuelo en Nuestro Señor Jesucristo. No hay cosa mas comun en el mundo que las adversidades; nacen debajo de los pies, y nacen en todas partes; son fruto de todas las estaciones, de todas las clases, de todas las edades. Es el mundo valle de lágrimas; por mas que se cultive esta ingrata tierra, siempre produce espinas; llenos están de ellas todos los caminos; los piés no pisan otra cosa: al mismo tiempo que ellos las pisan, ellas los punzan. Los grandes del mundo y los dichosos del siglo, que parece marchan por caminos mas suaves, si no las sienten en los piés, las experimentan en el corazon; allá dentro brotan, y allá dentro los penetran. Los disgustos, las inquietudes, los cuidados, los trabajos, las adversidades, herencia son de todos los mortales; por lo menos ninguno hay que no cuen-

te entre ellas una buena porcion de su legítima. Si esta es desigual en muchos, es cierto que en todos hay una gran proporcion entre las cruces y los bienes. Pero ¿de dónde nacerá que siendo los trabajos aquel *pan de lágrimas* de que habla el Profeta, y de que todos se alimentan, se ponga tan poco cuidado en que nos entre en provecho? Nace de que padecemos como esclavos, no como hijos; arrástranse las cruces, no se llevan, y la desesperacion aumenta el dolor. Cada cual es ingenioso para atormentarse mas; el peso que falta á las adversidades le suple la imaginacion. Desde que pecó nuestro primer padre, nació el hombre para padecer. Gran lástima es que no hagamos meritorios nuestros inexcusables trabajos. No hay que empeñarnos en huir de ellos; aun en las condiciones, por decirlo así, mas privilegiadas, se hallan los mas amargos. En rigor solamente al pie de la cruz de Jesucristo nos libramos de las nuestras. El gran secreto para endulzar nuestros disgustos, y aun para cegar el manantial de ellos, es mirarlos con ojos cristianos. No los consideremos como castigo, sino como medio para nuestra salvacion. Cuando nuestros trabajos cuelan, digámoslo así, por los de nuestro dulcísimo Salvador, esta mezcla los despoja de toda la amargura. Es la cruz de Jesucristo aquel madero misterioso que mostró Dios á Moisés, el cual siendo en sí mismo muy amargo, endulzaba las aguas que lo eran. La parte que se toma en los trabajos de Jesucristo, llevando los nuestros con paciencia, es prenda de la eterna felicidad. Padezcamos en esta vida con tanta resignacion, con tanto rendimiento, con tanta paciencia cristiana, que podamos decir con verdad: *Asi como tenemos parte en los trabajos, la tendremos en el consuelo en Nuestro Señor Jesucristo.*

El Evangelio es del capítulo xvi de san Mateo.

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Si quis vult post me venire, abneget semetipsum, et tollat crucem suam, et sequatur me. Qui enim voluerit animam suam salvam facere, perdet eam: qui autem perdiderit animam suam propter me, inveniet eam. Quid enim prodest homini si mundum universum lucretur, animae vero suae detrimentum patiatur? Aut quam dabit homo commutationem pro anima sua? Filius enim hominis venturus est in gloria Patris sui cum angelis suis: et tunc reddet unicuique secundum opera ejus.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discipulos: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese á sí mismo, y lleve su cruz, y sígame. Porque el que quisiere salvar su vida, la perderá; pero el que perdiere su vida por mí, la hallará. Porque ¿qué aprovecha al hombre ganar todo el mundo si pierde su alma? Ó ¿qué dará el hombre en cambio por su alma? Porque el Hijo del Hombre ha de venir en la gloria de su Padre con sus ángeles, y entonces dará á cada uno segun sus obras.

MEDITACION.

De cuánta consecuencia es la salvacion eterna.

PUNTO PRIMERO.—Considera, ¿de qué sirve al hombre ganar todo el mundo si al cabo se pierde? ¿de qué sirve á esos monarcas tan poderosos, á esos héroes tan alabados, á todos esos grandes hombres que metieron tanto ruido en el mundo, de qué les sirve haber conquistado reinos enteros, haber sido el terror de las provincias comarcanas, haber llevado el susto y el temblor hasta la extremidad de la tierra? ¿de qué les sirve al presente, ni de qué les servirá en lo porvenir haber visto que todo cedía, todo se rendía á la insinuación de su voluntad ó de su capricho; haber rebosado en bienes, en gustos, en deleites, en esplendor, en dignidades; haber sido como los dioses de la tierra; de qué les sirve, ni de qué les servirá si al cabo se condenan? ¿y de qué me servirá á mí el ser lo que soy, si al fin tengo la desgracia de perderme, de precipitarme en los tormentos eternos, de condenarme para siempre?

Estas opulentas herencias que ya habrán pasado á otras manos, estos magníficos palacios que ya habitarán otros dueños, este majestuoso aparato, este tren de muebles preciosos, de vestidos ricos, de libreas, de carrozas, de joyas y de alhajas, ¿me consolarán mucho en el infierno, si tengo la desgracia de condenarme? ¿Servirá de gran consuelo á un condenado la memoria de los pasados deleites? ¿Calmarán á lo menos por algunos instantes aquellos espantosos tormentos que padece? La desesperada memoria de lo que fue, y de lo que pudo ser, ¿mitigará el dolor de lo que es? Pregunto, ¿este es hechizo, es furor, ó es la mas frenética locura? ¡Por unos breves dias, por unos falsos deleites, tan insulsos como vergonzosos, precipitarme por toda la eternidad en todo género de suplicios! ¡por amontonar bienes de que ya no gozo, perder el cielo, perder un bien infinito, perder á Dios, y perderle para siempre, sin remedio, sin recurso! ¿Es posible que haya en el mundo hombres tan extravagantes? Sí los hay. El número de estos insensatos cada dia es mayor; á cada paso se tiene lástima de los que siguen otro camino. Esos hombres disolutos, esas mujeres mundanas, á quienes tiene el mundo como encantadas y como encantados, y en quienes está la fe casi del todo apagada; esos miran con risa estos peligros, y aun tal vez hacen chanza, hacen materia de zumba las verdades mas terribles de la Religion, mofándose y burlándose de los que la respetan y la te-

men. ¡Oh, y cuánto convence la necesidad de un juicio universal el proceder de estos insensatos!

PUNTO SEGUNDO.—Considera otra vez *de qué sirve al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma*. Este solo oráculo, penetrado bien, vale toda la filosofía moral de los Cristianos; por lo menos es cierto que él solo la encierra toda. No es necesario otro punto de meditacion para reformarse.

Dite á tí mismo en medio de esos ambiciosos proyectos de una elevada fortuna; en medio de esa peligrosa cadena de prosperidades; en medio de esas esperanzas tan floridas como perfumadas; en medio de esos dias alegres, brillantes y risueños; en medio de esas diversiones que embelesan; en medio de esas concurrencias que encantán: *Quid prodest?* ¿en qué parará todo esto? ¿cuáles serán las funestas consecuencias de estas fiestas? *Quid prodest?* ¿de qué me servirá todo este mundo lisonjero un cuarto de hora después de morir, una hora antes de espirar? ¡Mi Dios, y qué peso tienen todas estas reflexiones! mas ¡qué verdaderas son! ¡y cómo me harán llorar algun dia! ¿En qué empleamos el tiempo, de qué nos sirve el entendimiento, qué nos aprovecha la razon, si no hacemos reflexion sobre este oráculo cien veces al dia? ¿de qué sirve al hombre, de qué sirve al príncipe, de qué al obispo, de qué al caballero, de qué al soldado, de qué al religioso, de qué al eclesiástico, de qué á la dama, de qué al plebeyo, de qué al oficial; de qué les sirve ser lo que son, ni llegar á todo cuanto pueden ser, si después del papel que representan en el teatro por algunas horas, se condenan sin remedio por toda la eternidad?

Traigamos á la memoria esa multitud de dias que han pasado desde nuestro nacimiento acá; dias todos mezclados de gustos y de pesadumbres, siendo muy raro el que se vivió sin esta alternativa; separemos, si es posible, entre este inmenso mar de amargura aquellas contadas gotas de alegría, por la mayor parte tumultuosa y atronada; ¿qué nos resta ahora de todo ello? Aun quando todo se hubiese gozado sin turbacion, sin zozobra, sin inquietud, ¿qué consuelo sería el nuestro, si todo esto nos hubiera conducido á un oscuro calabozo, ó si en breves horas nos hubiese de conducir á un afrentoso cadalso? Sobresáltase el alma con sola esta suposicion. ¡Ah, mi Dios, y cuándo se sobresaltará á vista del inminente peligro en que se vive de ser eternamente entregado á lo mas penetrante, á lo mas horrible que tienen la rabia y la desesperacion!

Si el santo papa Juan hubiera preferido la gracia de un príncipe á su deber y á su religion; si se hubiera dejado intimidar de sus amenazas, y cobardemente se hubiera rendido á ellas, ¿de qué le serviría? ; Pero mi Dios! ¿y de qué me han servido á mí todas las indignas condescendencias que he tenido hasta ahora con el mundo? No, Señor, aunque hubiese de ganar á todo el universo; aunque hubiese de ser yo el hombre mas feliz de todo el mundo, nada seria capaz de moverme á que os ofendiese; porque nada estimo, nada aprecio sino solo agradaros.

JACULATORIAS. — Tengo vuestra ley grabada en mi corazon para no ofenderos jamás. (*Psalm. CXVIII*).

Fuera de Vos, Dios mio, ¿qué tengo yo que desear en el cielo. ni que apetecer en la tierra? (*Psalm. LXXII*).

PROPÓSITOS.

1 Hablando propiamente, en esta vida no hay negocio importante, no hay negocio de consecuencia, no hay cosa que merezca el nombre de negocio. sino el de nuestra salvacion. Negociaciones de príncipes, ideas artificiosas de cortes, sitios de plazas, batallas ganadas, manejo y superintendencia de hacienda, soberbios edificios, fortunas ventajosas, negocios de mucho interés, obras de ingenio. todo eso solo se llama negocio con impropiedad. Solo el negocio de la salvacion es negocio nuestro; los demás son extraños, son negocios ajenos. Sean en hora buena, como tú quisieres, negocios del Estado, del reino, del tribunal, de la guerra, del comercio, de tu comunidad, de tus amigos y de tu familia; pero no son negocios tuyos. Aunque todos los demás negocios del mundo te salgan mal, como te salga bien el de la salvacion, consuélate, que hiciste tu fortuna, y eres hombre feliz. Ahora dime, ¿lo habias pensado así hasta ahora? ¿era este tu modo de discurrir acerca de este grande, de este importante negocio? Es digno de admiracion que amándose tanto los hombres á sí mismos, hayan hecho tan pocas reflexiones sobre esta importantísima verdad. Pues trata tú de hacerlas, y muy serias. Es cierto que no has vivido ocioso, que has trabajado, has afanado, has sudado, has gastado tu salud; pero ¿qué has adelantado, qué utilidad real y sólida has ganado que te pueda servir de algun provecho en la otra vida? Si no has trabajado para tu salvacion, todo lo perdiste; haz cuenta que nada has hecho. Deja por algunos dias todos los demás pensamientos, y ocúpate en este solo.

2 Graba, no solo en tu corazón, sino en tu memoria, este oráculo: *Quid prodest homini, si universum mundum lucretur*, etc. ¿De qué le aprovecha al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma? Tenle escrito en tu oratorio, en tu cuarto, en tu gabinete; y es muy loable estamparle tambien en el librito de horas, y repetirle cuando se ha padecido alguna pérdida, ó se ha hecho alguna ganancia. Si reina en tu casa la prosperidad y la abundancia; si te mira la fortuna con semblante risueño, y todo te sale á medida de tu gusto, díte á tí mismo con frecuencia lo que te dice Jesucristo: *Quid prodest?* ¿De qué me sirve todo esto si me condeno? Si has perdido un pleito, una herencia, un grande empleo, penetrada bien esta verdad es muy á propósito para consolarte. La salvacion es el mayor recurso en todos los desconsuelos. Repite muchas veces esta leccion á tus hijos y á tu familia; ninguna otra es mas eficaz para hacerlos á todos buenos cristianos.

DIA XXVIII.

MARTIROLOGIO.

LOS SANTOS MÁRTIRES EMILIO, FÉLIX, PRIAMO Y LUCIANO, en Cerdeña, los cuales alcanzaron la corona del martirio defendiendo la fe católica.

SAN CHERON, mártir, en Chartres de Francia, el cual consumó el martirio siendo decapitado en tiempo del emperador Domiciano.

SANTA HELICONIS, mártir, en Corinto, la cual primero imperando Gordiano, y siendo presidente Peronnio, fue por varias maneras atormentada: después en tiempo de Justino, habiendo pasado por nuevos tormentos, de los cuales le libró un Ángel, le cortaron los pechos, la echaron á las fieras, y la experimentaron con el fuego; y por último consumó el martirio habiéndola decapitado.

EL MARTIRIO DE LOS SANTOS CRESCENTE, DIOSCÓRIDES, PABLO Y ELADIO.

LA CONMEMORACION DE LOS SANTOS MONJES MÁRTIRES, que fueron muertos por los sarracenos en tiempo de Teodosio el Menor, en Tecua en Palestina, cuyas reliquias recogidas por aquellos moradores, fueron tenidas por ellos en gran veneracion.

SAN GERMAN, obispo y confesor, en Paris, de cuya eminente santidad, señalado mérito y esclarecidos milagros, queda memoria en los escritos del obispo Fortunato. (*Véase su vida en las de hoy*).

SAN SENADOR, obispo, en Milan, muy esclarecido en virtudes y erudicion.

SAN JUSTO, obispo, en Urgel en la España Tarraconense. (*Véase su noticia en las de hoy*).

SAN PODIO, obispo y confesor, en Florencia. (*Era hijo del rey de Etruria, nació el año de 930, y murió en el de 1002*).

SAN GERMAN, OBISPO Y CONFESOR.

San German, hombre de eminente santidad, varon de singular mérito, en quien hizo Dios resplandecer el don de milagros, segun lo certifica el obispo Fortunato, nació en Borgoña en el territorio de Autun, hácia el año de 469. Su padre Eleuterio, y su madre Eusebia eran de una familia distinguida en el país; pero, ó porque se hallaban muy escasos de los bienes de fortuna, ó porque les era muy gravoso el excesivo número de hijos, la madre hizo cuantas diligencias pudo para que se malograra este antes de salir de sus entrañas. No lo consiguió, porque le tomó Dios debajo de su proteccion, conservándole la vida á pesar de los esfuerzos de su madre; y después que salió á luz le continuó la misma proteccion contra otros muchos peligros.

Pasados algunos años en casa de sus padres con una educacion bastantemente descuidada, le enviaron á estudiar á la villa de Avalou en compañía de un primo suyo de la misma edad, que se llamaba Estratidio. Parece que todos conspiraban contra la vida de nuestro Santo. La madre de Estratidio, ya fuese por alguna manía, ya por celos, ó por algun motivo de interés, resolvió dar veneno á su sobrino German, y con este mal intento dispuso dos ampollitas, una de vino ordinario, y otra preparada con no sé qué confeccion venenosa para el desayuno de su hijo y de su sobrino; pero la divina Providencia, que velaba sobre la conservacion de nuestro Santo, dispuso que se equivocase la criada, y que diese á German el vino sano, y á Estratidio el emponzoñado; el cual le hubo de costar allí mismo la vida, pero salió del peligro á costa de una asquerosa lepra.

Conociendo German que ni en casa de su padre ni en casa de su tia estaba bien admitido, se retiró á Lazy para vivir en compañía de su pariente san Scopilion, cuyos ejemplos, cuidados y desvelos por su educacion le compensaron con usura los malos tratamientos que habia experimentado en las dos casas precedentes.

El bello natural de German, su inclinacion á la virtud y su buen entendimiento suplieron con ventajas la negligencia y el descuido que se habia tenido en criarle y en instruirle. Fue para él la casa de Scopilion una excelente escuela; de que se supo aprovechar bien: vivian ambos como dos religiosos en continuos ejercicios de devocion, ejercitándose recíprocamente en la virtud con sus santas conversaciones y con sus ejemplos. Aunque la casa estaba distante de la iglesia cerca de media legua, eran muy asistentes á los divinos ofi-

cios, sin que las aguas, las nieves ni las demás incomodidades del temporal les estorbasen esta asistencia en ningun tiempo del año, dedicando lo restante del día á la oracion y á la leccion de libros espirituales. Quince años pasó German en esta santa soledad, empleando en solo Dios los días y las noches.

Informado san Agripin, obispo de Autun, de la eminente virtud y del mérito singular del santo mancebo, resolvió hacerle entrar en el estado eclesiástico. Todo el embarazo que encontró fue el de su profunda humildad; pero por mas evasiones que discurrió se vió precisado á obedecer. Confirióle el santo obispo los sagrados órdenes, y tres años después le hizo presbítero. Muerto Agripin, su sucesor san Nectario, que le conoció muy presto, le nombró por abad del monasterio de San Sinforiano en los arrabales de Autun.

Gobernó el santo Abad aquel monasterio con tanto celo, con tanta prudencia y con tanta suavidad, que muy luego se reconoció lo mucho que puede la virtud cuando los empleos la dan ocasion de manifestarse. Las primeras lecciones que dió á los monjes fueron las del buen ejemplo, y todas fueron lecciones eficaces. Renovóse la observancia y el fervor; á la reputacion del Abad se siguió la de la abadía; solo se hablaba de la regularidad del monasterio, y de la santidad del que gobernaba. Verdad es que la vida ejemplar de nuestro Santo, sus penitencias, su virtud y sus limosnas le hicieron célebre en todo el reino; de todas partes concurrían por ver y por venerar al santo Abad, y desde entonces le concedió Dios el don de profecía y el don de milagros.

No pudiendo sufrir su grande caridad que se despidiese ningun pobre sin limosna, después que un día lo habia dado todo, hizo distribuir el pan que se habia reservado para el monasterio. No agradó á sus monjes este exceso de caridad, y llegaron á los oídos del Santo sus quejas y sus murmuraciones. Acudió á la oracion, y apenas se retiró á la celda para derramar su corazon en la presencia de Dios, cuando una virtuosa señora envió dos cargas de pan, y el día siguiente llegaron dos carros cargados con todo género de provisiones para el monasterio.

Cerró esta maravilla la boca á las murmuraciones, pero no le libraron de la persecucion; porque una virtud tan sobresaliente no podia menos de ser ejercitada. Mal informado el obispo, en virtud de alguna calumnia, ó entrando quizá en algunos celos por su mucha reputacion, le mandó prender, y le metió en la cárcel eclesiástica; pero luego que entró en ella se abrieron por sí mismas las puertas

de la prision. No quiso salir de ella sin beneplácito del obispo, que convirtió los celos en respeto y veneracion. Aumentó su estimacion un accidente que sobrevino, y remedió prontamente el santo Abad. Prendióse fuego en el pajar, que á la sazón estaba atestado de heno, y las llamas iban ya á reducir á cenizas todo el monasterio; echó en ellas el santo Abad algunas gotas de agua bendita, y al punto se apagaron. Este milagro y otros muchos que obraba el Señor todos los dias por la intercesion de su siervo, le hicieron tan famoso en todo el reino, que habiendo muerto el año 554 Eusebio, obispo de Paris, fue nuestro san German electo en su lugar; y por mas razones que alegó para no admitir esta dignidad, el rey Childeberto quiso absolutamente que la aceptase, y sin dilacion fue consagrado, nombrándole el Rey por su limosnero mayor, entregándole toda su confianza.

Ninguna mudanza hicieron en su porte todas estas dignidades. El mismo fue cuando obispo que cuando abad; igualmente mortificado en su persona, igualmente austero en su conducta, tan humilde, tan caritativo y tan pobre; su mesa no solamente era frugal, sino tan parca, que mas que comida parecia abstinencia y ayuno. Dedicaba los dias al gobierno de su iglesia y al cuidado de su rebaño, y pasaba las noches en oracion, y muchas veces al pié de los altares. En todo lo demás era austerísimo su modo de vivir. Jamás se arriaba á la lumbré en el mayor rigor de inviernos frigidísimos; siendo una de sus ordinarias mortificaciones tolerar todas las incomodidades del temporal, sin solicitar el menor alivio. Aunque el Rey le honraba con toda su confianza, y esta le precisaba á tener mucha parte en el manejo de los negocios de Estado, en medio de eso era todo de su pueblo. Visitábale, instruiale, consolábale con sus palabras y con sus limosnas, porque crecia en él la caridad al paso que se aumentaban las rentas. Entrególe un dia el Rey un bolsillo de dinero para que lo repartiese entre los pobres; distribuyó el Santo una gran cantidad entre todos los que encontró, y reservó la mitad para repartirla el dia siguiente. Hízole el generoso príncipe que lo diese todo, diciéndole: que en su real tesoro encontraria siempre pronto un fondo inagotable para socorrer cuantas necesidades quisiese. No tardó el Señor en recompensar la piadosa liberalidad del Monarca, manifestando al mismo tiempo mas y mas la santidad de German, de la que dió ilustre prueba la milagrosa curacion del Rey; y el mismo Príncipe dejó á la posteridad el mas auténtico testimonio de este prodigio, no menos que de su reconocimiento y de su caritativa liberali-

dad, en las letras patentes que expidió, y fueron del tenor siguiente:

«Nuestro padre y señor German, obispo de Paris, hombre apostólico, nos ha enseñado en sus sermones que mientras estamos en esta vida debemos pensar continuamente en la del otro mundo. Entre otras cosas nos ha recomendado mucho el cuidado de las iglesias, el de los lugares sagrados, y el hacer muchas limosnas, de lo cual él mismo nos da ejemplo. Habiendo sabido este prelado que estábamos enfermos en el castillo de Celles, cerca de Melun, y que no nos habian aprovechado los remedios de los médicos ni las demás diligencias humanas que hicimos para recobrar la salud, vino á visitarnos, y pasó toda la noche en oracion, suplicando al Señor que nos la concediese. Por la mañana puso sobre Nos sus santas manos, y apenas nos tocó cuando nos hallamos perfectamente buenos. En reconocimiento de un favor tan singular que Dios nos hizo por medio de su siervo, donamos á la iglesia de Paris, y al obispo German que la gobierna, la tierra de Celles donde recobramos la salud, y está sita en el territorio de Melun, en aquella parte donde se junta el rio Yona con el rio Sena.»

Sobrevivió poco el Rey á esta donacion. Cuando volvió este Príncipe de la expedicion de España habia hecho edificar la iglesia de San Vicente (que hoy es de San German) escogiendo en ella su sepultura, y la incorporó con otros edificios, de que fundó un grande monasterio, entregándole á la disposicion y jurisdiccion de san German. El Santo le llenó luego de monjes, y nombró por primer abad á san Doctroveo ó Doroteo, su discípulo, y este fue el principio de aquella célebre abadía que ha contado tantos, tan ilustres y tan santos abades, distinguidos por la púrpura, por su sabiduría y por su virtud, como lo es el que ha ocupado tan dignamente este empleo el cardenal de Biszy, obispo de Meaux.

No se entregó tan del todo san German al cuidado de los monjes, que no se dedicase con mayor á la direccion del clero, y á formar dignos ministros de la Iglesia. Extendióse tanto la fama de su arreglado seminario, que concurrían á él muchos de países extranjeros para imbuirse en el espíritu eclesiástico; y en poco tiempo salieron de tan insigne escuela muchos varones apostólicos que introdujeron en todas partes el fervor y la reforma.

Clotario, sucesor de Childeberto, no honró ni estimó menos á san German que lo habia hecho su predecesor: pero el celo y el teson en defender la Religion pusieron al santo Obispo en la dolorosa precision de negar los Sacramentos á Cariberto, rey de Paris, hijo de Clota-

rio, que habiendo repudiado á Ingoberta, se habia casado con Merofleda, y muerta esta se desposó públicamente con su hermana Marcoueua, que era religiosa, no obstante que antes de esta habia tomado ya otra mujer. Practicó san German cuantas diligencias pudo para cortar este escándalo, pero todas sin fruto; por lo que se juzgó obligado á excomulgar al Rey y á Marcoueua, causa principal de todo el desórden. Poco tiempo después murieron arrebatadamente uno y otro, vengando el cielo el desprecio que hicieron de las censuras de la Iglesia. A estas turbaciones se siguieron las que causaron en Paris los celos y la ambicion de Sigeberto y de Childerico, en las cuales necesitó nuestro Santo de todo su valor, de toda su virtud y de toda su prudencia.

Hallábase el cuerpo de German muy extenuado por los rigores de su continua penitencia, sin que por eso mitigase un punto de su mortificacion y austeridad; ni el grave peso de sus muchos años era bastante para que dejase de trabajar incesantemente en la conversion de los pecadores. Pero al fin, lleno de dias y de merecimientos, le llamó Dios de este mundo para coronarle en el cielo, y murió el dia 28 de mayo, á los ochenta y mas años de su edad, el de 576. Su santo cuerpo fue enterrado en la capilla de san Sinforiano, que él mismo habia mandado fabricar mas abajo de la iglesia de San Vicente; y luego confirmó el Señor con nuevos milagros el justo concepto que todos habian formado de la santidad de su siervo. Lanfrido, abad de San Vicente, trasladó el cuerpo á la misma iglesia de San Vicente, con asistencia del rey Pipino y de Carlos su hijo, que fueron testigos de muchas maravillas. Cuando los normandos entraron en Francia, se sacaron estas santas reliquias para librarlas de su furor; quando se trasladaron á la iglesia del monasterio, tomó el nombre de san German en lugar del de san Vicente que antes tenia. El primero que enriqueció el sepulcro de nuestro Santo con oro, plata y piedras preciosas fue san Eloy, después obispo de Noyon; y Guillelmo, obispo y abad de san German, en el año de 1408 le colocó en una urna de plata muy rica, y es la misma en que el dia de hoy se venera.

SAN JUSTO, OBISPO DE URGEL.

San Justo, decoroso ornamento del órden episcopal, uno de los hombres mas doctos de su siglo, nació en aquella parte de España comunmente llamada España Citerior de padres católicos, cuya piedad tenian acreditada en la educacion cristiana de los cuatro hijos que les concedió el cielo, que fueron nuestro Santo, Nerbidio, Jus-

tiniano y Helpidio, de quienes el Padre san Isidoro de Sevilla hace mención con particular elogio en el catálogo de varones ilustres que han florecido en la nación, llegando á ser por sus relevantes méritos prelados de diferentes iglesias.

Aplicaron á Justo sus padres, luego que tuvo edad competente, á la carrera de las letras; y como se hallaba dotado de unos talentos extraordinarios, hizo en muy breve tiempo grandes progresos en la ciencia, y no menores en la virtud. Entendió que el santo temor de Dios era el principio de la verdadera sabiduría, y juntando la oración con el estudio, y la práctica de las buenas obras con los ejercicios literarios, se dejó ver á un mismo tiempo santo y docto. Quiso dedicarse enteramente al servicio del Señor en el estado eclesiástico: y habiendo ascendido por los grados prescritos en los sagrados cánones al sacerdocio, se distinguió desde luego en la nueva dignidad por la arreglada circunspección de sus costumbres, por su singular piedad, y por su grande sabiduría. Vacó el obispado de Urgel, y siendo tan conocidas las virtudes de Justo en toda aquella region, fue promovido á aquella cátedra por consentimiento comun de todo el clero y de todo el pueblo; persuadidos de que una persona de tan notorios méritos daría mucho esplendor á aquel alto ministerio. No salieron frustradas sus esperanzas, pues colocado Justo en la dignidad episcopal, acreditó con pruebas prácticas el acierto de su elección, portándose como pastor vigilante y como padre caritativo con el rebaño que cometió el Señor á su cuidado. No nos constan con individualidad los hechos de este ilustre Prelado en el dilatado tiempo de doce años que administró el obispado, porque la injuria del tiempo robó á la posteridad tan importantes noticias; pero por el gran concepto que se granjeó universalmente se infiere, que dió todo el lleno á los deberes de su ministerio pastoral. Quiso Justo utilizar á la Iglesia con algunos escritos, que nos dan idea de su gran sabiduría; como fue el tratado que compuso sobre el *Cántico de los Cánticos*, en el que expone breve y claramente por un sentido alegórico todo el contenido de aquel misterioso libro; cuyo escrito, muy estimado de sus contemporáneos, dió á luz Menardo en el año 1525.

El infatigable celo que siempre manifestó Justo por la disciplina de la Iglesia, hizo que apoyase con su autoridad los cánones, que se decretaron en el concilio que tuvo en Toledo el célebre arzobispo Montano por los años 527; pues aunque no pudo asistir á él al tiempo que se celebró, habiendo llegado después á la ciudad regia con su hermano Nerbidio, obispo de Egona, firmaron ambos todo lo que

se estableció en aquella asamblea. También asistió al concilio que se tuvo en Lérida en el año 546, promoviendo como uno de sus Padres las reglas canónicas que se determinaron en él. Finalmente quiso Dios premiar los méritos de su amado siervo; y habiendo gobernado su obispado por espacio de doce años, murió santamente en el día 28 de mayo hácia la mitad del siglo VI.

SAN JUSTO, CONFESOR.

En este día se celebra en la santa iglesia de Vich la memoria del glorioso san Justo, con motivo de conservarse en ella las reliquias de este ilustre Confesor, de quien se tiene por cosa cierta, fundada en la tradicion, que fue catalan, nacido en la muy esclarecida ciudad de Vich, llamada antiguamente Ausa ó Ausona. No se sabe el tiempo en que floreció Justo, si antes de los moros, ó después. En el siglo XII se celebraba ya en Vich su festividad, como consta por el Breviario manuscrito de esta iglesia, que es de aquella edad poco mas ó menos. Siendo lego y estando metido en negocios seculares, supo conocer la burlería del mundo; de tal suerte que alcanzó gran abundancia de riquezas espirituales y riquísimos tesoros de buenas obras. No nos constan los hechos de su prodigiosa vida, porque la injuria de los tiempos robó á la posteridad las importantes noticias que pudo haberse de este y de otros muchos héroes que han ilustrado á la nacion; pero por el alto concepto que se mereció, se infieren las heroicas virtudes en que se ejercitó todo el tiempo que vivió. Murió en fin en opinion de santo, y no tardó Dios en acreditar la gloria de su siervo con repetidísimos milagros; cuyo número hizo olvidar la incuria de nuestros predecesores, bien que tres de ellos, que se refieren en un himno del citado Breviario antiguo de la iglesia de Vich, nos dan sobrada idea de su santidad. Cayó en cierta ocasion sobre el sepulcro del Santo una pared fuerte y elevada, y cuando todos creian que se hubiese reducido á cenizas aquel precioso tesoro, se encontró sin la mas mínima lesion: el mismo prodigio sucedió en otra ruina que cogió la lámpara que ardía delante del sepulcro del ilustre Confesor, la que se encontró íntegra, con la particularidad de no haberse apagado la luz: asimismo se dice, que se oyeron conmoverse los huesos del Santo primeramente por ciertos niños, y después por los clérigos de la misma iglesia, de cuya novedad se ignora el motivo. También se sabe por tradicion, que teniendo un sacerdote de conocida virtud la piadosa costumbre de orar por la noche en la iglesia donde se enterró el Santo, vió repetidas veces una luz superior

que se dirigia á cierto lugar determinado: refirió el suceso al ilustrísimo obispo de Vich; y mandando este cavar en el sitio que indico el sacerdote, se descubrió una arca con unas letras en la parte superior que decian: *San Justo*. Halláronse en ella los huesos del siervo de Dios inclusos en una urna de plata, los que se trasladaron con la mayor solemnidad al altar mayor de la catedral, donde se conservan en grande veneracion, habiéndose dignado el Señor obrar muchos beneficios en favor del pueblo por la poderosa intercesion de su fidelísimo siervo. Especialmente se ha experimentado su favor en los temblores de tierra.

EL VENERABLE MIGUEL DE ARÁNDIGA, DE LA ÓRDEN DE MONTESA,
PRIOR DE SAN JORGE DE ALFAMA.

El Menologio Cisterciense al dia 18 de enero hace memoria del venerable Miguel de Arándiga, que por causa de la fe dió su vida en Argel donde estaba cautivo.

Nació este siervo de Dios hácia la mitad del siglo XVI en Montesa, villa del reino de Valencia, en la cual estaban avعينados sus padres Juan de Arándiga y Catalina Navarro. Tomó el hábito de la Orden militar de Nuestra Señora de Montesa á 14 de marzo del año 1564, y después de haberse ordenado de sacerdote y dado muestras de gran virtud en la vida penitente y áspera que vivia, por nombramiento de Fr. D. Pedro Luis Garceran de Borja fue electo prior de San Jorge de Alfama á 22 de mayo de 1576. Acababa de terminarse entonces el litigio que hubo entre la ciudad de Tortosa y el maestro de Montesa acerca del derecho de poner y quitar guardas en el castillo de Alfama, del que se habla en el dia de san Jorge. El capítulo general de la Orden, celebrado en abril de aquel mismo año, dispuso que pues por la sentencia dada un año habia en aquella causa se recobró la torre de Alfama, y tenia ya en ella la religion tres guardas continuas, se renovase el titulo de Prior de Alfama que se habia perdido, y que este priorato lo proveyese el Maestre conforme á las definiciones de la Orden, quedando á cargo del Prior la torre y el nombrar gente que la guardase. He dicho todo esto para que se vean los rodeos por donde iba disponiendo el Señor estas cosas para gloria suya y bien de su siervo. Porque habiendo sido nuestro Venerable el primero á quien el Maestre nombró Prior tras las pasadas reyertas; después que hubo tomado posesion del priorato miércoles á 18 de julio, el sábado de la misma semana cuando se volvía

á Valencia, en la cala que llaman del Fustel, una de las muchas que hace el Coll de Balaguer, lo cautivaron los moros á él y á trece cristianos mas. Lleváronlo á Argel en donde lo compró Caxeta, morisco natural de Oliva, que vivia en un lugar llamado Sargel, distante de Argel veinte leguas. Hizole pasar grandes trabajos en durísima esclavitud, los cuales sufria el siervo de Dios con una conformidad inalterable. Al cabo de un año lo quemó vivo en odio de la santa fe católica. Fue su preciosa muerte el dia 28 de mayo del año 1577 á la caída de la tarde. Algunos historiadores fidedignos aseguran que san Luis Bertran estando en Valencia vió subir su alma al cielo á la misma hora de su martirio.

La Misa es en honra de san German, y la Oracion la siguiente:

Exaudi, quaesumus, Domine, preces nostras, quas in beati Germani confessoris tui atque pontificis sollemnitate deferimus: et qui tibi digne meruit famulari, ejus intercedentibus meritis, ab omnibus nos absolve peccatis: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Rogámoste, Señor, que oigas benigno la súplica que te hacemos en la solemne fiesta de tu bienaventurado confesor y pontífice German, y que nos libres de todos nuestros pecados por los méritos de aquel que te sirvió con tanta fidelidad. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epistola es del apóstol san Pablo á los Hebreos, capítulo v.

Fratres: Omnis pontifex ex hominibus assumptus, pro hominibus constituitur in iis quae sunt ad Deum, ut offerat dona et sacrificia pro peccatis: qui condolere possit iis, qui ignorant et errant: quoniam et ipse circumdatus est infirmitate: et propterea debet quemadmodum pro populo, ita etiam et pro semetipso offerre pro peccatis. Nec quisquam sumit sibi honorem, sed qui vocatur à Deo tanquam Aaron.

Hermanos: Todo pontífice elegido entre los hombres es constituido en beneficio de los mismos hombres, en orden á aquellas cosas que miran á Dios, para que ofrezca dones y sacrificios por los pecados; el cual puede tener compasion de los ignorantes y errados, como que él mismo está rodeado de debilidad; y por esto debe ofrecer sacrificio por los pecados, de la manera que por el pueblo, así tambien por sí mismo. Ni tal honor se le toma cualquiera por sí, sino el que es llamado por Dios como Aaron.

REFLEXIONES.

Qui condolere possit iis, qui ignorant et errant; quoniam et ipse circumdatus est infirmitate. De suerte, que sea capaz de compadecerse de los que se descaminan, ó por malicia, ó por ignorancia, puesto que tambien él mismo está rodeado de miseria y de flaqueza. ;Qué

instruccion tan llena de prudencia! ¡qué colmada de consuelo! ¡cómo resplandece en ella el espíritu de Jesucristo! Si los pontífices y ministros del Señor establecidos en su Iglesia para reconciliar los pecadores, fueran algunos ángeles ó inteligencias superiores exentas de nuestras flaquezas; si fueran algunos hombres de diferente masa, privilegiados y libres de nuestras miserias, ninguna consideracion moderaria su indignacion, ni templaria su celo á vista de tantos pecados. Como hijos del trueno pedirian al cielo rayos que redujesen á cenizas los pecadores; pero ¿causaria mucha alegría al mismo cielo esta severidad? ¿convertiria muchos pecadores? ¿abriria el camino á la piedad para que triunfase la misericordia? *Vivo yo*, dice el Señor, *que no quiero la muerte del pecador, sino que se convierta, que se enmiende, y que viva.* (Ezech. xxxiii.) Id, y aprended lo que significa: *Quiero la misericordia, y no el sacrificio; y lo otro* (Matth. ix. : *No vine á llamar á los justos, sino á los pecadores.* Eran pues menester unos ministros de paz y de reconciliacion, llenos de compasion y de blandura. La inmoderada, la desmedida severidad irrita, alborota y desespera. Eligió el Hijo de Dios á san Pedro por cabeza de su Iglesia; pero ¿cuándo? después que en la triste experiencia de su propia flaqueza aprendió á compadecerse de las ajenas. *En volviendo sobre tí confirma á tus hermanos.* (Luc. xxii.) Para convertir á los pecadores es menester una suavidad prudente, una compasion tierna: es preciso acordarse el que los quiere convertir de que tambien es pecador. El celo áspero, duro y amargo nunca fue del gusto, ni conforme al espíritu de Jesucristo. Ese es el mas sazonado fruto de la herejía. Todos los herejes han gritado siempre, y están continuamente gritando contra la demasiada indulgencia de la Iglesia católica; la dureza y la amargura siempre son efecto del mal espíritu; el de Jesucristo, el celo verdaderamente cristiano, excita en el alma un grande horror al pecado, y una amorosa compasion del pecador; pero el de mal espíritu confunde al pecador con el pecado: *El que de vosotros estuviere sin pecado*, dice el Salvador, *arroje la primera piedra contra esta pobre adúltera.* Al celo amargo no le anima la gloria de Dios, ánimale la pasion, ánimale el orgullo; este es el verdadero móvil del celo impetuoso; este es el origen de todo este torrente de amargura. Reservemos la dureza y la severidad para nosotros mismos, y el celo será siempre puro y loable; pero acompañe siempre á nuestro celo por el prójimo una suavidad prudente y discreta. Ninguna cosa descubre mas el espíritu de Dios que esta cristiana dulzura: *Aprended de mí*, dice el Señor, *que soy manso y humilde de cora-*

zon. Es cierto que una blandura excesiva, cobarde y demasiado indulgente suele ser principio de una perniciosísima relajacion; pero un rigor inmoderado y descomedido, ¿será por ventura menos perjudicial?

El Evangelio es del capitulo XII de san Juan.

*In illo tempore dixit Jesus turbis :
Adhuc modicum lumen in vobis est.
Ambulate dum lucem habetis, ut non
vos tenebrae comprehendant : et qui
ambulat in tenebris, nescit quo vadat.
Dum lucem habetis, credite in lucem,
ut filii lucis sitis. Haec locutus est Je-
sus; et abiit, et abscondit se ab eis.*

En aquel tiempo dijo Jesús á las tur-
bas: Todavía está con vosotros la luz
por poco tiempo. Caminad mientras
teneis luz, para que no os sorprendan
las tinieblas: y el que camina en las ti-
nieblas, no sabe adonde va. Mientras
teneis luz, creed en la luz, para que
seais hijos de la luz. Estas cosas habló
Jesús, y se escondió de ellos.

MEDITACION.

De la pérdida del tiempo.

PUNTO PRIMERO. — Considera que en esta vida no hay pérdida mas irreparable ni de mayores consecuencias que la pérdida del tiempo. ¿Perdiste una hora, perdiste un día? no admite reparo; para siempre le perdiste. Las demás pérdidas pueden repararse. Si se perdió la salud se puede recobrar; un robo, un incendio, un naufragio no son pérdidas sin remedio; los negocios mas desbaratados dejan siempre algun resquicio á la esperanza. La pérdida de una batalla, la de un pleito, la de toda la hacienda, la de la misma honra no es pérdida sin recurso. El mundo tiene altos y bajos; la que se llama fortuna vuelve á levantar á los mismos que precipitó; y en fin, cuando falten los medios naturales, hay recurso á la esperanza de los milagros; puede Dios hacer lo que no pueden los hombres. Solo en la pérdida del tiempo está enteramente cerrada la puerta á todo recurso y remedio. No puede Dios hacer que el día de ayer no se haya pasado, ni que tantos bellos años empleados en diversiones y en pasatiempos no se hayan perdido. Puede alargarte la vida todo un mes, puede dilatártela todo lo que fuere de su agrado; pero no puede hacer que tornen los días que se perdieron. Podrás tú emplear mejor los que te restan de vida; pero no podrás reparar los que perdiste. Comprende bien, si puedes, la grandeza, la enormidad y las consecuencias de esta pérdida.

Con esos días mal empleados ; cuántas gracias se perderian que acaso estaban destinadas, preparadas y determinadas á ellos! Quizá dependerian de esos días malogrados la gracia de nuestra conver-

sion, la de la vocacion, la de la perseverancia. El sol estaba entonces en el cenit; ahora va declinando hácia el ocaso. Nos restaba mucho camino que andar, todavía teníamos mucho dia; ahora va ya bajando el sol, y aun nos falta mucha jornada; aun esa corta luz que nos alumbra, con la cual apenas se divisa el terreno que pisamos, está para apagarse. Apenas hay ya tiempo para ponernos en camino; hemos dormido mucho, levantámonos muy tarde. Acércase la noche, y no es ocasion de acudir á la tienda para hacer provision de aceite; quizá vendrá el esposo mientras vamos á comprarle. Aquellos bellos dias de una florida juventud; aquellos brillantes años de una edad robusta y vigorosa; aquella noble sazón de la vida que lastimosamente se malogró en una blanda y delicada ociosidad; todo ese tiempo tan precioso únicamente se nos concedió para hacer nuestra jornada. Detuviéronnos en el camino las diversiones, los placeres, los regalos y las perniciosas compañías. Al dar vuelta el giro de la edad, cuando ya se acercan las sombras de la noche, al tiempo que los dias son mas breves, y esos cortados con los achaques y las enfermedades, entonces se conoce que nos hemos detenido demasiado en el camino, casi cuando era ya tiempo de descansar dichosamente en el término. Hombres del mundo, mujeres del siglo, jóvenes aturdidos, que perdeis miserablemente los mas hermosos dias de vuestra vida, aplicaos á vosotros mismos estas alegorías, comprended y meditaad bien este metafórico discurso.

PUNTO SEGUNDO — Considera cuán grave es una pérdida de la mayor importancia, cuando es irreparable. Pues tal es la pérdida del tiempo. Con todo eso, esta gran pérdida se hace, no solo sin dolor, sino con el mayor gusto, divirtiéndose, riéndose; y se tendria por desgracia el no hacerlo. Pero ¿son cristianos los que proceden de esta manera? ¿son racionales? ¿no padecen algun raptó de locura? ¿hay otro frenesí que sea seguido de mas cruel, pero mas inútil arrepentimiento?

Todo el tiempo que se pasó en el juego, en vanos entretenimientos, en peligrosas diversiones, en espectáculos profanos, cuando no los honestó por lo menos un motivo justo y racional, es tiempo lastimosamente perdido. Todo este tiempo que se gastó en componerse, en adornarse, en refinar sobre la misma profanidad, en seguir escrupulosamente una moda, hija de la vanidad ó del capricho, es tiempo perdido. Todo el tiempo que se empleó en la demasiada delicadeza, en excesivo melindre, en el exquisito regalo, en la ociosi-

dad y en la holgazanería, es tiempo perdido. Todo el tiempo que se ocupó en negocios, en pretensiones que no tuvieron otro móvil que el de la ambicion y la codicia, es tiempo perdido. Todo el tiempo malogrado y consumido en inutilidades especiosas, en fruslerías, en bagatelas, en unos nada que parecen algo, todo ese tiempo es tiempo perdido; todo será estrechamente reivindicado por aquel soberano Señor, que solamente nos le concedió para que negociásemos con él en orden á la vida eterna. ¡Ó Dios, qué pérdida! ¡y qué cuenta tan estrecha se nos pedirá!

Piérdese este precioso tiempo, y se pierde sin dolor; antes bien no pocas veces el único dolor que se tiene es porque no se sabe en qué se ha de perder. La gente noble, esas personas tan distinguidas por sus cuantiosas rentas, por su nacimiento, por su clase, por sus empleos, por su dignidad; esas son las que por lo comun emplean peor el tiempo. Pero en la última enfermedad; esto es, cuando el tiempo va á espirar, cuando se asoma la eternidad, cuando apenas hay ya tiempo, entonces se acude á los ministros del Señor, se recurre á los expedientes. En breves instantes, y esos poco libres, poco despejados, en los cuales apenas se sabe lo que se hace, se quiere hacer aquel grande, aquel negocio espinoso para el cual nos concedió Dios toda la vida. Y ¿habrá mucho que confiar en todas aquellas devociones forzadas, que parecen ya tan fuera de sazón, en todos aquellos exteriores arrepentimientos, en todas aquellas reflexiones que han tardado tanto en llegar? Todas pueden ser eficaces y sinceras, no lo niego: algunas lo serán tambien, igualmente lo confieso; pero ¿cuántas serán estas? Concediésenos toda la vida para trabajar en el negocio de nuestra salvacion; no hay edad, no hay tiempo, no hay condicion, no hay empleo que nos dispense de esta obligacion; este es el único negocio grande de toda nuestra vida. ¿Qué dirán, qué pensarán de esta verdad en aquella postrera hora todos aquellos que al presente no piensan en ella?

Mi Dios, conozco que es irreparable la pérdida que he hecho; pero ya que por vuestra misericordia me concedéis todavía algunos dias de vida, resuelto estoy con vuestra divina gracia á no malograr ni un solo instante de tiempo.

JACULATORIAS.—Pues tenemos tiempo, aprovechémosle bien. (*Galat. vi*).

Deseó mi alma guardar tus santos mandamientos por todos los dias de mi vida. (*Psalm. cxviii*).

PROPÓSITOS.

1 El tiempo es precioso, es corto, y la pérdida del tiempo es irreparable. ¿Se podrá convenir en estas tres proposiciones, y se podrá perder el tiempo? Con todo eso, no hay cosa mas cierta que ese tiempo se pierde cada dia, y la rapidez con que vuela no es bastante á corregir el ansia que tenemos de verle volar. Ponte hoy á contar tus años, ajusta el número de tus dias, y dime, ¿cuántos has perdido, cuántos has dejado perder? Esta pérdida es de consecuencia; porque al fin contados están todos los dias de nuestra vida, y no hay siquiera uno de que no se nos haya de pedir estrecha cuenta. La pérdida es irreparable; porque, ¿cómo se repararán quince ó veinte mil dias perdidos y malogrados? No hay otro recurso que á la misericordia de Dios, y al buen uso de los que te restan. No pierdas un solo instante, y pon en práctica los consejos siguientes:

2 Todos los dias por la mañana y por la noche, y en el sacrificio de la misa, pide perdon á Dios con vivo y sincero dolor del tiempo que has perdido. No tomes descanso, diversion ni recreo alguno que no procures santificar por algun motivo, no solo honesto, sino santo, esforzándote á santificarle tambien aun en el mismo ejercicio. Determina algun número de actos de amor de Dios que hayas de hacer durante el tiempo del recreo, y aun en la misma comida. Cada semana dedica una ó media hora á la oracion, ó á algunas otras buenas obras de aquel mismo tiempo que tienes destinado para descansar, ó para recrearte. Escoge un dia cada año, que has de emplear todo entero, *en redimir el tiempo*, como se explica el Apóstol; esto es, en oracion, en penitencia, en buenas obras, haciendo limosnas mas cuantiosas, y no perdiendo ni un solo instante de aquel dia. El mas á propósito para este importante ejercicio es el dia en que cumples años. No dejes de acusarte en todas las confesiones del tiempo que has perdido, porque es falta muy sustancial.

DIA XXIX.

MARTIROLOGIO.

SAN RESTITUTO, mártir, en Roma, en la via Aurelia.

EL MARTIRIO DE SAN CONON, Y DE UN HIJO SUYO DE EDAD DE DOCE AÑOS, en Iconio, ciudad de la Isauria, los cuales en tiempo del emperador Aureliano sufrieron con valor admirable el ser extendidos en unas parrillas puestas encima de las brasas, y rociados con aceite; después pasaron por los tormentos del potro y del fuego; últimamente les machacaron las manos con un mazo de ma-

dera, y en este suplicio entregaron sus almas al Criador (*por los años del Señor 275*).

LOS SANTOS SISINIO, MARTIRIO Y ALEJANDRO, en el mismo día, los cuales en tiempo del emperador Honorio, según escribe Paulino en la vida de san Ambrosio, fueron martirizados en la persecucion de los gentiles junto al valle de Hungria.

LAS SANTAS MÁRTIRES TEODOSIA, madre de san Procopio, mártir, y OTRAS DOCE NOBLES MATRONAS, en Cesarea de Filipo, las cuales fueron decapitadas en la persecucion de Diocleciano. (*La vida de santa Teodosia se halla con la de su hijo san Procopio en el día 8 de julio*).

EL MARTIRIO DE MIL QUINIENTOS VEINTE Y CINCO MÁRTIRES, en la Umbria.

SAN MAXIMINO, obispo y confesor, en Tréveris, el cual recibió y hospedó honrosamente en su casa á san Atanasio cuando andaba huyendo de la persecucion de los Arrianos. (*Véase su vida en las de hoy*).

SAN MÁXIMO, obispo, en Verona. (*Floreció en el siglo IV, y fue esclarecido en santidad*).

SAN ELEUTERIO, confesor, en Arcano en el Lacio. (*Era de nacion inglés, y hermano de los santos Grimaldo y Fulco, en cuya compañía se trasladó á Italia*).

SAN MAXIMINO, OBISPO DE TRÉVERIS.

San Maximino, uno de los mas insignes ornamentos de la Iglesia galicana, celeberrimo en el siglo IV de nuestra era por su celo apostólico en defensa de la fe católica contra los herejes arrianos, y por la multitud de milagros que por su intercesion obró el Omnipotente, nació en el territorio de Poitiers, en la Aquitania; y fue educado desde su infancia en la religion de Jesueristo, con uno de sus hermanos llamado Maxencio, que se cree haber sido obispo de esta ciudad antes de san Hilario. La fama de santidad con que corría por entonces san Agricio, obispo de Tréveris, hizo á Maximino dejar su patria y pasar en busca de aquel Prelado, con el fin de adelantarse en ciencia y santidad bajo su enseñanza. En efecto hizo en ambos ramos maravillosos progresos; y elevado á los órdenes sagrados, se comportó en sus funciones y en todo el resto de su conducta con tanta edificacion, con tanta sabiduría y con tanta prudencia, que conciliándose la veneracion de todo el clero y pueblo, no quisieron estos otro prelado cuando ocurrió la muerte de san Agricio, indicado ya así por el cielo á varias personas de conocida virtud. Confirmados estos sufragios por los obispos comprovinciales, que conocian muy bien las relevantes prendas de Maximino, subió á la cátedra de Tréveris hácia el año de 332, que era el 26 del imperio de Constantino.

Fácil es de creer el porte de este varon apostólico, colocado sobre el candelero de la Iglesia, cuando ya su nombre era celebre en el

país por la pureza de su fe, por la santidad de sus costumbres, y aun por los muchos milagros que nos aseguran sus historiadores haber ejecutado en la sucesion de su vida antecedente. Aunque la vigilancia pastoral con que atendió siempre á su grey, y el paternal amor con que la asistió en la provision de auxilios espirituales y corporales, bastaban para eternizar su nombre; lo que distinguió sobre todo su mérito fue el celo y fortaleza apostólica que mostró en la defensa de la fe católica contra los Arrianos, sin temor de las potestades de la tierra.

Abusando estos herejes de las buenas intenciones del grande Constantino, no paraban de perturbar la Iglesia del Oriente, para rehacerse de la derrota que habia padecido su impiedad en el concilio general de Nicea, y en discurrir maliciosos arbitrios cada dia para vengarse de aquellos Padres que tan justamente habian condenado la mas execrable blasfemia que vomitó el abismo por boca del perverso Arrio. Su mayor encono era con san Atanasio, obispo de Alejandría, á quien miraban como el enemigo mas principal de toda su caterva. Sus simulaciones y calumnias lograron sorprender á Constantino, quien viendo que habia sido condenado san Atanasio en un conciliábulo que celebró la faccion arriana en Tirso, sin examinar la causa de la injusticia, dejándose pervertir con nuevas calumnias, desterró á aquel Prelado eminentísimo á las Galias, y le señaló por lugar de su estancia la ciudad de Tréveris.

El dolor de ver padecer la Religion, y de la injusticia hecha á la persona de san Atanasio, era comun en todos los obispos de la Iglesia católica; mas lo que tuvo de particular en Maximino fue, que sin temor de un príncipe como Constantino, ni reparar en un hombre desgraciado, le recibió con toda la veneracion que debia á un ilustre confesor de Jesucristo, y al defensor mas brillante de la verdad ortodoxa, suministrándole todas las comodidades que podia tener en Alejandría.

Después de la muerte del gran Constantino, su hijo mayor Constantino el Jóven, en cumplimiento de la voluntad de su padre sobre revocar el destierro de san Atanasio, lo hizo volver á su iglesia con cartas llenas de muchos testimonios de honor; y agradecido este Prelado á los oficios del de Tréveris, de quien habia tenido la proporcion de conocer el mérito, interin la mansion de dos años cuatro meses y medio que estuvo en su compañía, significó después á los obispos, que sostenian ardientemente la definicion del concilio Niceno, la pureza de fe, la santidad de vida, y apostólico celo por la

defensa de la fe católica de Maximino. Practicó los mismos oficios con san Pablo, obispo de Constantinopla, que se refugió á Tréveris, depuesto de su silla por un conciliábulo de Arrianos, no acobardándole el poder de Constancio, hijo segundo de Constantino, acérrimo defensor de los partidarios de la herejía.

Validos los Arrianos de la proteccion del emperador Constancio, en un conciliábulo que celebraron en Antioquía, depusieron segunda vez á san Atanasio, quien se vió obligado á huir al aviso que tuvo de que venia á ocupar su cátedra el falso obispo Gregorio con mucha tropa de soldados. Sabiendo los herejes que el santo Prelado se habia retirado al Occidente, donde tenian el sentimiento de ver que el emperador Constante le mantenía bajo de su proteccion, bien así como el papa Julio; estudiaron los medios de traer á su faccion á este Príncipe, como lo habian conseguido con Constancio, su hermano. Con esta mira le dirigieron una confesion de fe que ocultaba diestra y sutilmente su veneno, bajo una confusa perplejidad de palabras, que no presentando en la superficie cosa que no fuese verdadera en su fondo, excluía la consustancialidad del Hijo con el Padre eterno, que era el punto cardinal de la controversia. Para presentar de parte de su conciliábulo oriental esta fórmula á Constante, enviaron á las Galias á Narciso de Neromiade, Maris de Calcedonia, Teodoro de Heraclea, y Marco de Aretusa, cuatro obispos de su faccion, los cuales además traían la comision de justificar la conducta que habian guardado los Arrianos en la deposicion de san Atanasio. Pero san Maximino impidió que Constante fuese sorprendido por los enemigos de la verdad, perseguidores de los mas ilustres confesores de Jesucristo. Él hizo lo que pudiera haber hecho san Atanasio, que á la sazón se hallaba en Roma: sostuvo su inocencia, probó su fe ortodoxa, y le defendió de las falsas calumnias de los diputados arrianos, cuya comunión rehusó con la de otros sus secuaces. Por este laudable hecho le pusieron los herejes en el número de sus principales adversarios, y se quejaron por todas partes de que el obispo de Tréveris habia sido la causa de que el emperador Constante no hubiese atendido á sus emisarios. En efecto este justificado Príncipe habiendo reconocido, á virtud de la ilustracion de san Maximino, las injusticias, los ardides y las máquinas de los sectarios, volvió á enviar á sus diputados sin adelantar cosa alguna en sus negociaciones.

Tambien se halló después en el concilio que se celebró en Milan por los años 345, donde los Eusebianos, es decir, los Arrianos orientales, que tomaron esta denominacion de su caudillo Eusebio de Ni-

comedia, fueron igualmente repulsados. En esta ciudad tuvo el gozo de volver á ver á san Atanasio, á quien el Emperador hizo venir desde Roma, y conferenciando ambos sobre los medios de procurar una paz sólida á la Iglesia, creyeron que no le habia mas eficaz que el de un concilio general. Propuso Maximino con su acostumbrada persuasiva la importancia de este remedio á Constante; uniéronse á él para hacer mas interesada la solicitud el papa Julio, con el célebre Osio de Córdoba; y accediendo á sus ruegos el Emperador, escribió á su hermano Constancio en términos muy urgentes. No repugnó Constancio la proposicion tan favorable á la tranquilidad de la Iglesia; convínose en que el lugar donde se habia de celebrar el concilio fuese la ciudad de Sárdica en Iliria, sobre los confines de ambos imperios; pero como este Soberano estaba ocupado á la sazón en la guerra contra los persas, no se pudo ejecutar el designio hasta dos años después.

En este intervalo convocó san Maximino un sínodo en Colonia para examinar la doctrina sospechosa de su obispo, que siguiendo la doctrina de Potino, negaba la divinidad de Jesucristo; en fuerza de lo cual fue en él depuesto el detestable prelado, y procuró el de Tréveris, que se explicase el modo con que se obraron todos los misterios del Redentor.

No dejó de hallarse en el año siguiente en el concilio de Sárdica, donde fue de nuevo restablecido á su silla san Atanasio, y depuestos los principales Eusebianos; los que, mal satisfechos de ver que sus intrigas no habian podido prevalecer, se retiraron de Sárdica, y habiéndose unido en Filipoli de Tracia, terreno de Constancio, su protector, escribieron bajo el nombre de orientales una carta circular á los obispos de su partido para que se quejasen del concilio, y acusasen á los que en él habian sido absueltos. Hallábanse en esta ciudad en número de casi de ochenta; tuvieron un conciliábulo, que hicieron llamar de Sárdica, con el fin de abolir bajo este equívoco la memoria y decisiones del verdadero concilio. Erigieron en su maliciosa asamblea una confesion de fe, donde parece no poderse hallar otra cosa que reprender sino la omisión de la voz *consustancial*: juzgaron á los principales obispos católicos, que habian procurado el legítimo concilio de Sárdica, defendido y restituído á san Atanasio, y absuelto á Marcelo de Ancira y Asclepas de Gaza; y tuvieron el temerario arrojo de excomulgar señaladamente á san Maximino con el papa Julio, á Osio, san Atanasio, y á los prelados principales católicos: alegando contra el de Tréveris haber sido la causa de que

el emperador Constante no recibiese á los diputados del concilio de Antioquia, enviados á las Galias, y que fue el primero que comunicó con san Pablo de Constantinopla depuesto por ellos, siendo el motivo de su restablecimiento las turbulencias y homicidios que á él se siguieron. Estas razones, que la impía caterva de los herejes querian hacer delitos en nuestro Santo, son otros tantos elogios que justifican mas su mérito, y que sirven de laudables testimonios, capaces á eternizar su gloria, pues todos ellos hacen concebir una justa idea de su celo apostólico por la defensa de la fe católica, y de su fiel proteccion á los confesores ilustres de la divinidad de Jesu-
cristo.

No sobrevivió mucho tiempo el Santo al concilio de Sárdica. Volvió á ver su iglesia, y dar orden á las necesidades de su pueblo, que se habian hecho reparables ínterin su mansion en Iliria. Pasó después á visitar á sus parientes en Poitiers, y habiéndose detenido algun tiempo á causa de ciertos negocios graves que pedian su asistencia personal, murió allí en el dia 12 de setiembre, por los años 349. y su venerable cuerpo fue sepultado cerca de la ciudad. No pudiendo sufrir san Paulino, su sucesor, que quedase privada la iglesia de Tréveris de sus santas reliquias, hizo las restituyesen á ella, dignándose el Señor obrar innumerables prodigios al tiempo de esta traslacion. Memorable fue entre ellos el interés que demostró el cielo por medio de una espantosa nube para impedir que los de Aquitania estorbasen, como lo solicitaban, la mutacion del venerable cuerpo; el cual se depositó en Tréveris en la iglesia del monasterio de San Juan Bautista, donde se mantuvo en grande veneracion, haciéndose recomendable su sepulcro por los muchos milagros que cada dia hacia el Señor por la intercesion de su siervo.

El terror de los normandos, que á sangre y fuego arrasaban los templos, monasterios é iglesias, sorprendió á Tréveris en 5 de abril del año 882; y temerosos algunos religiosos de que en sus bárbaras manos cayesen las reliquias de san Maximino, tuvieron la precaucion de enterrarlas en una cueva. Con este motivo se perdió la noticia de su existencia, hasta que por la casualidad de haberse abierto parte del sepulcro, á virtud del golpe furioso de una gran piedra, fueron descubiertas por la fragancia que despedian, y se vió con admiracion de todos íntegro su cuerpo, é intactos sus vestidos después de tantos años. Colocáronse en lugar decoroso hasta la reedificacion del templo, donde se mantuvieron en grande veneracion; pero habiéndose quemado este por un accidente imprevisto en el año 937,

restaurado nuevamente en el de 942, se hizo en él la solemne traslacion de las reliquias del Santo con las de otros prelados de la misma iglesia al ara mayor; cuyo nombre y culto se extendió por todas partes de Francia, Alemania y Países Bajos, donde se celebra su memoria en el 29 de mayo, dia de su primera traslacion de Poitiers á Tréveris.

LA CONMEMORACION DE LOS FIELES DIFUNTOS.

Dos cosas considera y ha considerado siempre la Iglesia católica en el pecado; la culpa, que consiste en la ofensa que se hace á la divina Majestad, y la pena que merece esta culpa. Solo Dios por los méritos de su Hijo puede perdonar los pecados; pero aunque su infinita misericordia los perdone enteramente cuanto á la culpa, no siempre los perdona igualmente cuanto á la pena. Esta pide siempre alguna satisfaccion; de manera, que después de haber conseguido el pecador de la misericordia del Señor perdon de sus pecados, todavía queda deudor á su divina justicia. La pena correspondiente á sus pecados es una deuda que es preciso pagar; es una mancha de la cual se ha de purificar necesariamente en esta vida ó en la otra antes de entrar en la mansion de los bienaventurados, donde no se da lugar á la mas ligera mancha. Es cierto que muchos mueren en estado de gracia; esto es, sin culpa mortal; pero no es menos cierto que á rarísimos deja de coger aquel último momento sin algun pecado venial, ó sin una multitud de deudas penales contraídas por las culpas antecedentes, las cuales irremisiblemente es necesario satisfacer. En virtud de este principio, que es de fe, además del lugar destinado para el suplicio de los réprobos, y además del que el Salvador reservó para los escogidos y amados de su Padre, la Iglesia de Jesucristo creyó y enseñó siempre que hay otro tercer lugar, al cual da el nombre de purgatorio, en el que los mismos escogidos de Dios se acaban de purificar de las manchas que contrajeron en esta vida, y de satisfacer á la divina justicia por un castigo temporal y transitorio; pero que Dios exige con todo rigor, como lo dice el mismo Jesucristo en aquellas palabras metafóricas del Evangelio: *De verdad os digo, que no saldréis de alli sin que me hayáis pagado hasta el último maravedí*: por la misma razon, la misma Iglesia católica tuvo siempre por santa y saludable la oracion por los difuntos, como tradicion que enseñaron los Apóstoles, y antes de ellos los Profetas alumbrados de Dios se la habian enseñado á los judíos.

Estos siempre reconocieron tambien el purgatorio, aunque no con

este nombre. Es decir, reconocieron un lugar en que las almas de los fieles acababan de ser purificadas; pues habia entre ellos una ley que imponia á los hijos la obligacion de rezar por espacio de un año entero cierta oracion que llamaban *Kadis* por las almas de sus difuntos padres para que saliesen del lugar donde estaban penando, como se puede ver en el libro de sus ritos. Este lugar en opinion de los judíos era el mismo infierno de los condenados, en el cual eran atormentadas todas las almas que morian con algun pecado, solo con la diferencia, que las que no habian muerto con culpa mortal salian de allí después de algun tiempo por las oraciones de los fieles.

Bien sabido es que Judas Macabeo, habiendo recogido de una colecta que hizo publicar doce mil dracmas de plata, que son 18,340 reales de nuestra moneda, las envió á Jerusalem para que se ofreciese un sacrificio por las almas de los que acababan de morir en aquella batalla; y añade el historiador: «Que aquel gran capitán consideraba estar reservada una gran misericordia á los que habian muerto con piedad; y así es santo y saludable pensamiento hacer oracion por los difuntos, para que sean libres de sus culpas.»

Los Protestantes no quieren creer que hay purgatorio, ciegamente persuadidos de que por desordenada que haya sido la vida, basta la fe para que el alma en la hora de la muerte se halle enteramente limpia y sin deuda alguna contraida á favor de la divina justicia. Y como este segundo libro de los Macabeos es tan concluyente contra su error, echan por el atajo, y no le reconocen por canónico. Pero ¿con qué autoridad descartan un libro, no solo universalmente recibido por toda la Iglesia griega y latina, sino en cierta manera autorizado por el mismo Jesucristo; pues consta guardaba exactamente la fiesta de la dedicacion del templo, instituida por Judas Macabeo, la que se celebraba en el mes de Casleu, correspondiente á nuestro mes de diciembre, que es lo que certificó el evangelista san Juan (*Joan. x*), cuando notó que *era invierno*?

San Pablo en la segunda Epístola á los Corintios, queriendo confundir á ciertos falsos doctores de aquella iglesia que negaban la resurreccion de los muertos, porque profesaban la secta de los saduceos, dice así (*I Cor. xv*): *¿Qué será de los que reciben un bautismo por los muertos, si los muertos no resucitan? ¿de qué les servirá el tal bautismo?* Es dudoso lo que quiere significar aquí el Apóstol por la palabra *bautismo*. Pero ora entienda algunas buenas obras, mortificaciones y penitencias que se hacian por los difuntos; ora entienda el abuso que desaprobaba, aunque al mismo tiempo se valia de

él para convencer á los herejes, de aquellos que se hacian bautizar por sus difuntos amigos y parientes, que habiendo deseado recibir el Bautismo, habian muerto sin haberle recibido, creyendo erradamente que una vez que le recibiesen, aunque fuese, digámoslo así, por poderes, se hacian capaces de las oraciones de los fieles; de cualquiera manera que se entiendan estas palabras del Apóstol, es evidente que en su tiempo estaban persuadidos los fieles de que los difuntos podian necesitar de las oraciones de los vivos, y que era obra de misericordia ofrecer á Dios algunas buenas obras, y hacer oracion por ellos.

El mismo Apóstol en la segunda Epístola á Timoteo, hablando de las muchas limosnas que le habia hecho Onesiforo, que acababa de morir, dice: *Quiera el Señor que su alma haya encontrado tambien misericordia en sus divinos ojos*; lo que prueba evidentemente la costumbre y la piedad de rogar á Dios por los difuntos.

Todos los Padres de la Iglesia tuvieron la misma devocion. *En el segundo libro de los Macabeos* (dice san Agustin, *De Cur. mort. capite 4*) leemos que se ofreció á Dios un sacrificio por los difuntos; pero aunque no tuviéramos testimonio alguno de estos en la sagrada Escritura, debiera bastarnos la autoridad de la Iglesia universal, y su célebre costumbre en este punto; pues en las oraciones que el sacerdote ofrece al Señor en el sacrificio de la misa se hace conmemoracion de los difuntos.

El mismo san Agustin, en el tercer tomo sobre las palabras del Apóstol, hablando de la oracion por los muertos, dice de esta manera: *Es costumbre observada en toda la Iglesia, segun tradicion de los Padres, rogar á Dios por los que mueren en la comunión del cuerpo y sangre de Jesucristo, en aquella parte del sacrificio en que se hace conmemoracion de ellos, advirtiendo que tambien por ellos se ofrece.*

La oracion que tenemos del mismo Santo por el descanso del alma de su madre, es otra prueba de la costumbre de la Iglesia y de lo que practicaron todos los Santos. En el libro 13, cap. 9 del libro de las *Confesiones*, hablando con Dios, se explica de esta manera: «Aunque tengo motivo, Señor, para alegrarme en Vos, y para rendiros mil gracias por lo mucho bueno que hizo en vida mi madre, «ahora lo dejo todo aparte para pedir os la perdoneis sus pecados. «Oídme, os suplico, por los méritos de aquel que por nosotros quiso «ser enclavado en una cruz; por aquel divino Salvador cuya sangre «cura las llagas de nuestras almas, y sentado ahora á vuestra diestra «continuamente está rogando por nosotros. Yo sé que se ejercitó en

«obras de misericordia, y que perdonó á los que la habian ofendido; perdonadla, Señor, os ruego, y no la juzgueis con rigor. Sobresalga con ella vuestra misericordia, y no vuestra justicia; porque al morir no nos dejó encomendada otra cosa, sino que nos acordáramos de ella en el sacrificio del altar cuando celebrásemos los sagrados misterios, á que asistió con tanta devocion toda la vida; donde sabia bien que se ofrecia aquella incruenta victima, cuya sangre borró la cédula de muerte que teniais contra nosotros. Acordaos, Señor, que aquella por quien os pido tuvo siempre unida su alma con los lazos de la fe á este adorable misterio de nuestra redencion.»

Tertuliano, que vivia en el segundo siglo, no prueba con menor evidencia que san Agustin la costumbre universal de la Iglesia sobre la utilidad y el mérito de la oracion por los fieles difuntos; y con igual energía hablan en este punto san Cipriano y san Juan Crisóstomo. En fin, no hay cosa mas constante que esta piadosa tradicion de toda la Iglesia.

La disputa que la Iglesia griega tiene con la latina en este particular, hablando en rigor, es de puro nombre; porque los griegos no niegan el estado del purgatorio, aunque niegan que haya lugar señalado ó determinado con este nombre para padecerle; pues al fin confiesan que algunas almas justas están necesitadas de purificarse después de esta vida antes de entrar en la mansion de los bienaventurados. Convienen, pues, las dos Iglesias oriental y occidental en que las almas de los que mueren en estado de gracia, por la mayor parte tienen necesidad de purificarse de algunas ligeras manchas, y consiguientemente que están detenidas en el calabozo oscuro hasta que hayan pagado, como dice el Evangelio, *hasta el último maravedí*. Este oscuro calabozo y esta profunda fosa es la que llama purgatorio la Iglesia latina, y aun la da el nombre de *infierno* en la ordinaria oracion que hace por los difuntos: *Señor Jesucristo, Rey de la gloria, librad las almas de todos los fieles difuntos de las penas del infierno, y del profundo lago; libradlas de los dientes del león.*

Es, pues, verdad de fe que hay purgatorio, y esta es la doctrina de toda la Iglesia. Pues ahora, ¿puede haber mayor crueldad, inhumanidad mas vergonzosa que saber que nuestros amigos, nuestros bienhechores, nuestros mas cercanos parientes están por la mayor parte detenidos en unos horribles calabozos, tratados por la divina justicia con una severidad incomprensible; que está en nuestra mano conseguir de la misericordia del Señor su libertad ó su alivio; que

tenemos en ella muchos medios para satisfacer por ellos, para que cesen sus penas; que una oracion, una mortificacion, una limosna, una misa bastaria algunas veces para sacar una alma de aquel profundo calabozo; y ser tanta nuestra indolencia, nuestra inhumanidad que no lo queramos hacer? ¿No pide la misma justicia de Dios (*Jac. 11*), *que se haga justicia sin misericordia con aquellos que no quisieren hacer misericordia con sus hermanos?* ¿Te olvidaste tú de aquellas afligidas almas? Pues Dios permitirá que se olviden de la tuya, y que no se le apliquen aun aquellos mismos sufragios que tú dejaste encargados: *Judicium sine misericordia illi qui non fecit misericordiam.*

SAN VOTO Y SAN FÉLIX, CONFESORES.

En aquellos infelices siglos que por justos castigos de Dios gemia casi toda España bajo la dura esclavitud de los agarenos, cupo esta suerte desgraciada á Zaragoza, capital de la provincia de Aragon: donde los Cristianos se vieron en la precision, como en otros muchos pueblos del reino, de sujetarse á los excesivos tributos que quisieron imponerles los bárbaros, para ejercer libremente la religion de Jesucristo. Se llamaban mozárabes, lo mismo que fieles mezclados con los árabes. De esta clase fueron dos ilustres hermanos naturales de la dicha capital llamados Voto y Félix, ambos muy distinguidos por su calificada nobleza, pero mucho mas por su grande piedad para con los pobres de Jesucristo, á quienes socorrian en sus miserias con mano liberalísima.

Era Voto naturalmente inclinado á la caza, y en una de las ocasiones que salió á esta diversion, llegó á un monte llamado antiguamente Panno á la parte septentrional de Aragon, donde hoy está el célebre monasterio de San Juan de la Peña, del Orden de san Benito; sitio verdaderamente ameno por la fertilidad de sus árboles, por sus hermosos prados, y por sus fuentes cristalinas. Vió un ciervo en aquella montaña, y queriendo darle muerte, le siguió corriendo con el caballo hasta la cumbre del monte, desde donde afligido el animal con la opresion de los perros, se precipitó hasta un valle profundísimo. Iba desbocado el caballo de Voto en seguimiento de la fiera, y llegando inopinadamente al mismo lugar del precipicio, invocó el ilustre jóven la proteccion de san Juan Bautista; á cuya voz quedó inmóvil el caballo asidas á un pedernal las herraduras, conforme se ven hasta hoy los vestigios.

Quedó Voto lleno de admiracion, si bien á vista del inminente pe-

ligro, mucho mas considerando la maravillosa proteccion de su especial abogado; y movido de un impulso superior, quiso inspeccionar el sitio; corrió con la espada en la mano por todas las malezas de la montaña, y en lo mas secreto de ella encontró una ermita dedicada á san Juan Bautista. Entró á dar gracias á su protector, y vio á un lado del altar á un difunto, sobre cuya cabeza estaba una piedra con unas letras que decian: *Yo Juan, eremita en este sitio, habiendo despreciado al mundo, fundé como pude esta ermita en honor de san Juan Bautista, y aquí descanso en paz. Amen.*

Dió Voto sepultura en el mismo oratorio al venerable cadáver, que segun parece fue el de Juan de Atarés, llamado así por el lugar de su nacimiento, el cual murió santamente el año 718; y reflexionando tanto sobre el suceso como sobre la felicidad de aquel hombre dichosísimo, que supo vivir con tranquilidad libre de los peligros del mundo, se encendió en vivísimos deseos de seguir aquel tenor de vida, para atender únicamente al importante negocio de su eterna salvacion. Volvió Voto á Zaragoza con tan nobles pensamientos, y habiendo referido á Félix todo lo ocurrido en el monte Panno, quiso este acompañar á su hermano en la determinacion. Distribuyeron ambos sus cuantiosos bienes entre los pobres de Jesucristo, y se retiraron al monte Panno, con ánimo de sepultarse para siempre en aquella espantosa soledad, donde edificaron dos pobres celdas contiguas á la ermita de San Juan Bautista. Cuando se vieron en lugar tan retirado de todo el comercio humano, se sintieron mucho mas encendidos en el amor á los ejercicios eremiticos, que era el objeto que los habia traído al desierto; y soltando las riendas á su fervor, no tuvieron otra ocupacion que la de dedicarse á la contemplacion de las eternas verdades, pasando en oracion los dias y las noches, sin usar de otro alimento que el de algunas frutas silvestres, ó raíces de yerbas, que contribuian no poco á aumentar su mortificacion, resuscitando con semejante vida aquellas espantosas imágenes de penitencia, oídas hasta entonces de los mas famosos solitarios del Oriente y Occidente.

Causan admiracion los artificios de que se valió el demonio para engañar á los dos ilustres eremitas, cuya vida con ser tan pura y tan penitente no estuvo exenta de las mas violentas tentaciones, con que los ejercitó por largo tiempo el enemigo de la salvacion; pero de todos estos combates, que fueron dilatados y crueles, les libró su humildad y su frecuente recurso á la oracion, triunfando con la asistencia de la divina gracia de todas las máquinas del infierno.

Continuaron Voto y Félix por espacio de algunos años aquel tenor de vida mas angélica que humana; pero como Dios queria que fuesen útiles á muchos, hizo que se esparciese la fama de su santidad por toda aquella region. Por mas que solicitaban ocultarse á la vista de los mortales, atrajo el buen olor de sus eminentes virtudes á muchos afligidos cristianos al monte Panno al abrigo de los dos ilustres eremitas; disponiéndolo así la divina Providencia, para que no solo se empleasen en los ejercicios de la vida contemplativa, sino en los de la activa, de suerte que diesén mucha gloria al nombre cristiano. Sucedió así con efecto, pues viendo los dos hermanos el gran número de fieles que se habia refugiado en aquella montaña, huyendo del furor de los mahometanos, los animaron á que siguiesen el heroico valor de los pocos cristianos de Asturias, que bajo la direccion del principe D. Pelayo hicieron inmortal su memoria en las guerras contra los bárbaros agarenos. Alentáronse los fieles con tan celosa exhortacion; y habiendo nombrado por su capitan á D. García Jimenez, señor poderoso, y militar diestro, comenzaron á pelear contra los africanos, auxiliados de los dos célebres eremitas; á cuya actividad y fervorosas oraciones, mas que al poder de las armas, se debió la libertad de muchos pueblos contiguos del tirano yugo agarenó.

Viendo Voto y Félix á los Cristianos en estado de poderse defender de los enemigos de la Religion, se volvieron á su retiro á continuar con los ejercicios eremíticos; bien que el Señor endulzaba maravillosamente sus rigores con el don de contemplacion que les concedió tan elevado, que bien puede decirse que era su vida una oracion continua. Quiso en fin Dios premiar los grandes merecimientos de sus fidelisimos siervos, y sacó del destierro de este mundo á Voto, que era el mayor de los dos hermanos, en el dia 29 de mayo, hácia la mitad del siglo VIII; á cuyo venerable cuerpo dieron los fieles sepultura en el oratorio de San Juan Bautista. Murió á poco después Félix, y le enterraron en la misma capilla, que habia sido el teatro donde se ejercitaron en todo género de virtudes. No tardó el Señor en acreditar la gloria de los dos famosos solitarios con los repetidos milagros que se dignó obrar en favor de muchos enfermos, que concurrieron á la ermita á implorar la poderosa intercesion de los Santos, que se celebran en el dia 29 de mayo; no porque muriesen ambos en este dia, sino porque siéndolo el del feliz tránsito de Voto, pareció conveniente celebrarlos juntos, habiendo sido inseparables en su prodigiosa vida.

Los venerables cuerpos de Voto y Félix permanecieron en el oratorio antiguo, hasta que cesó la hostilidad de los mahometanos; en cuya feliz época ampliaron los fieles la reducida ermita con una magnífica iglesia en honor del Bautista, que vino á ser en lo sucesivo del célebre monasterio de religiosos Benedictinos llamado de San Juan de la Peña, donde se mantuvieron en grande veneracion los cuerpos de los dos Santos con el del eremita Atarés; pero habiendo ocurrido un incendio voraz en aquella ilustre casa por los años 1492, consumido en el fuego el de Atarés, y reservadas las reliquias de san Voto y de san Félix, se colocaron en el nuevo templo, donde se les tributa el culto debido.

La Misa es en honor de san Maximino, y la Oracion es la que se sigue:

Da, quaesumus, omnipotens Deus: ut beati Maximini confessoris tui atque pontificis, veneranda solemnitas, et devotionem nobis augeat, et salutem. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Suplicámoste, ó Dios todopoderoso, que en esta venerable solemnidad de tu confesor y pontífice san Maximino aumentes en nosotros el espíritu de piedad y el deseo de nuestra salvacion. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo x de san Pablo á los Romanos.

Fratres: Testimonium perhibeo illis, quod aemulationem Dei habent, sed non secundum scientiam. Ignorantes enim justitiam Dei, et suam quaerentes statuere, justitiae Dei non sunt subjecti. Finis enim Legis, Christus, ad justitiam omni credenti.

Hermanos: Yo testifico aquellos (que son enemigos de Jesucristo), que aunque tienen celo de Dios, no es un celo sabio. Pues ignorando la justicia de Dios, y buscando cómo establecer su parecer, no están sujetos á la justicia del mismo Dios. *Debiendo saber que el fin de la ley es Cristo, quien es la justificación para todos los creyentes en él.*

REFLEXIONES.

El celo que se muestra por el error, bajo el concepto de seguir una doctrina sana, es el mas pernicioso. ¿De qué sirve semejante celo si no es conforme al espíritu de Dios?

Se hallan algunas veces personas que hacen profesion de ejemplares, cuyo celo siempre es amargo, sin conocer aquella dulzura que caracteriza el verdadero celo. Engáñase mucho el que concibe á la caridad con una virtud lisonjera, que por no ofender á sujetos grandes, todo lo celebra, hasta las mismas imperfecciones. Debe condenarse el vicio; pero la caridad cristiana pide que se perdone á la persona, y que se mire con compasion al pecador, siempre que se pueda

hacer sin perdonar al pecado. La malignidad del corazon humano siempre se dirige á censurar la conducta de los otros. Siéntese no sé qué secreto y maligno placer en descubrir en otros aquellos defectos de que uno se considera libre. Aquella especie de superioridad que se imagina lograr sobre el prójimo lisonjea á un corazon orgulloso: y como en esta especie de preferencia se mezcla siempre el especioso pretexto de celo, no se desconfia de esta complacencia maligna, y aun se vive en ella con grande serenidad. Aun es mas grosera la ilusion cuando se reputa por celo la pasion, persuadiéndose que se hace servicio á Dios en aquello que solamente se siguen los ímpetus de la emulacion ó de la envidia.

Hácenos sombra la reputacion de otro, y comiézase á desviar voluntariamente los ojos del resplandor de sus prendas; solamente se aplica la atencion á descubrir lo que puede parecer en él defectuoso: celébrase con una risa maligna, óyese con una secreta complacencia todo aquello que los de nuestra misma opinion censuran en las personas que son el objeto de nuestra emulacion; todo se escucha, y todo se aplaude con alegría. Si se las muerde, si se las satiriza, todo se recibe como oráculo. Las pasiones que se fomentan no pueden contenerse por largo tiempo dentro de límites estrechos; en vano se procura reprimirlas, ó á lo menos disimularlas, pues al cabo revientan con estruendo. Ya se miran con ojos enemigos aquellos cuya reputacion nos ofende. No solo se desaprueba, sino es que positivamente se desprecia todo cuanto hacen; ni aun se quiere creer que son capaces de hacer cosa digna de estimacion. Pregunto, ¿se mira únicamente á Jesucristo y á la salvacion de las almas en esa malignidad de humor que se desahoga en censuras mordaces, en invectivas y en murmuraciones? ¡cosa extraña! hasta la mayor gloria de Dios, y el mayor bien de la Iglesia han de servir de pretexto á la emulacion.

El Evangelio es del capítulo ix de san Lucas.

Factum est autem dum complerentur dies assumptionis ejus, et ipse faciem suam firmavit ut iret in Jerusalem. Et misit nuntios ante conspectum suum; et euntes intraverunt in civitatem Samaritanorum ut pararent illi. Et non receperunt eum, quia facies ejus erat euntis in Jerusalem. Cum vidissent autem discipuli ejus Jacobus et Joannes, dixerunt: Do-

En tiempo que deliberó Jesús pasar á Jerusalem, envió delante de sí nuncios: los cuales poniéndose en camino, entraron en una ciudad de samaritanos á prepararle hospedaje; pero no recibieron al Señor, porque su mira manifestaba ir á Jerusalem. Viendo esto sus discípulos Santiago y san Juan, dijeron: Señor; ¿quereis pidamos que baje fuego del cielo y los consuma?

mine, vis dicimus ut ignis descendat de coelo, et consumat illos? Et conversus increpavit illos, dicens: Nescitis cujus spiritus estis. Filius hominis non venit animas perdere, sed salvare.

Pero volviéndose á ellos Jesús, les comprendió diciendo: Ignorais de qué espíritu sois: el Hijo del Hombre no viene á perder las almas sino á salvarlas.

MEDITACION.

De la dicha que tenemos en ser cristianos.

PUNTO PRIMERO.—Considera que la mayor dicha que podemos tener en este mundo es ser cristianos. Nacimiento ilustre, familia distinguida, alianzas honrosas, puestos elevados, fortuna brillante, títulos antiguos, empleos lustrosos, nombres magníficos; ¿no me diréis de qué podréis servir á un pobre infiel por toda la eternidad? Los Alejandro y los Césares están hoy confundidos con los mas viles esclavos de su misma religion. Revolved sus cenizas: buscad entre ellas alguna distincion: pues la misma encontraréis en sus personas. Buen Dios, ¡y qué pequeñitos son en su muerte los mayores hombres, si tienen la desgracia de no morir cristianos! Lleno está el infierno de esos dichosos del siglo, de esos dioses de la fábula; y ¡cierto que allí será muy respetable el título de haber sido un semi-dios en la tierra! Solo el nombre de cristiano es título de mucho honor en una y en otra vida: es un carácter indeleble, que por sí solo funda en los párvulos legítimo derecho á la eterna bienaventuranza. Mas que se hayan poseido todos los títulos de nobleza, de preeminencia, y de grandeza que son imaginables; si falta el de cristiano, todos los demás se desvanecen en humo. Mas que uno hubiese sido el príncipe mas poderoso del mundo, será sumamente infeliz por toda la eternidad si no es cristiano. La verdadera y la única bienaventuranza, dice Jesucristo, es conocerte á tí, ó Padre eterno, y conocer á tu único hijo Jesucristo, que enviaste á la tierra. Esta fe y este conocimiento es la religion de los Cristianos. De todo esto podemos comprender, si fuere posible, el precio, la dignidad, el valor, y el mérito del santo Bautismo, y la excelencia que comunica el augusto nombre de cristiano. Siendo concebidos en pecado, nacimos todos esclavos del demonio, hijos de maldicion y de ira. El Bautismo es una regeneracion, un segundo nacimiento, por el cual gozamos de la preciosa libertad de hijos de Dios, adquirimos derecho á la herencia eterna, somos pueblo de Dios, hermanos, por decirlo así, de Jesucristo, sus coherederos, miembros de su cuerpo místico, que es la

Iglesia. Comprende ahora, si puedes, qué dicha es haber recibido el Bautismo.

PUNTO SEGUNDO. — Considera las infinitas ventajas que trae consigo el augusto nombre de cristiano. Représéntate los infinitos méritos de la vida, pasión y muerte de Jesucristo; el infinito precio y valor de los santos Sacramentos; los incomprensibles gozos de la celestial Jerusalem; el valor sin medida de la gracia del Salvador; las inestimables utilidades de la comunión de los santos, la indecible dignidad de nuestra Religión, y en fin, la dicha de la eterna bienaventuranza. Por el santo Bautismo, por el título de cristianos adquirimos derecho á todos estos tesoros, nos enriquecemos con todos estos bienes, y podemos aspirar á ser ciudadanos de la patria celestial. ¡Ó gran Dios! ¡oh qué elevado concepto harémos de esta dicha por toda la eternidad! ¡Qué idea tendrémos del santo Bautismo! ¡Y cuál será nuestro reconocimiento por tan inexplicable beneficio! ¿Trocáremos entonces, ó confundirémos el nombre de cristiano con el de hombre de distincion, hombre poderoso, hombre de ingenio, hombre de mundo? Y si por toda la eternidad solamente hemos de hacer aprecio del título de cristianos; si este solo nombre ha de ser el objeto de nuestro eterno reconocimiento, ¿qué razon habrá para que no pensemos, y no discurremos ahora de la misma manera? ¡Cosa extraña! vive y muere un cristiano sin haber quizá dado jamás gracias á Dios por tan insigne favor, y acaso sin haber nunca estimado como tal la gracia de ser cristianos. Hácese tanta estimacion de haber nacido grande, de haber nacido príncipe, de haber nacido soberano; apréciase tanto el ser de familia ilustre, de casa opulenta y poderosa; pero ¿quién hace una santa vanidad de haber nacido de padres cristianos, y de haber sido reengendrado en las saludables aguas del Bautismo? ¿Cuántas veces se han dado gracias á Dios por tan insigne beneficio? Gloriámonos de un vano título de nobleza: pero ¿dónde hay nobleza comparable con la de ser hijos de Dios, tener derecho al paraíso, y ser miembros de la verdadera Iglesia? Somos ingratos, porque estimamos poco este favor; y le estimamos poco, porque tenemos poca fe; porque nuestras costumbres y nuestra conducta desacreditan nuestra Religión, y la santidad del cristianismo.

Conozco, Señor, la irregularidad y la impiedad de mi conducta, pero confiado en vuestra divina gracia, espero reparar mi pasada ingratitud con mi enmienda futura.

JACULATORIAS. — Soy, Señor, vuestro hijo, y vuestro siervo soy por el Bautismo: no permitais que se pierda vuestro siervo y vuestro hijo. (*Psalm. XXVII*).

La única vida eterna es conocerte á tí solo Dios verdadero, y al que enviaste Jesucristo. (*Joan. XVII*).

PROPÓSITOS.

1 No hay dignidad comparable con la de cristiano: todo título de nobleza, todo dictado honorífico, toda dignidad de la tierra, todo nombre cede al augusto epíteto de cristiano, y al respetable carácter que recibimos en el santo Bautismo. Muchos príncipes y princesas nunca se gloriaban de otra cualidad. *Soy cristiano, soy cristiana*. se le oía respetir muchas veces: estos son los títulos de mi nobleza. San Luis, rey de Francia, se firmaba *Luis de Poissy*, porque en Poissy habia sido bautizado. *Yo soy cristiana*, respondian á los tiranos aquellas ilustres Mártires, que en nada apreciaban ser princesas. Es cierto que esta augusta dignidad no se ha envilecido; pues ¿de dónde nacerá que no nos honremos tanto con ella? De que somos poco cristianos. Es uno grande en el mundo, es noble, es caballero, es rico, y luego hace vanidad de serlo; pero el día de hoy ¿se hace tanta de ser uno cristiano? Sin duda que esto debe de ser porque se conoce muy bien que la conducta desmentiria las palabras y la profesion. Toma una fuerte resolucion, de que de hoy en adelante sea muy diferente de la que has tenido hasta ahora: todos los días por la mañana y por la noche has de dar gracias á Dios por la insigne dicha de ser cristiano y católico, gloriándote de serlo, de parecerlo y de confesarlo. Cuando alaben á tu presencia tu casa, tu familia, tu distincion, tu empleo, tu ministerio, dí con resolucion que no aprecias otro carácter, ni otra dignidad que la de cristiano.

2 Ten presente el día en que fuiste bautizado, y celebra todos los años este dichoso día con alguna fiesta particular. Confiésate y comunega en él, dando gracias al Señor por tan grande beneficio. Manda celebrar alguna misa al mismo fin, y convida con algunas limosnas á los pobres, para que junten sus gracias con las tuyas. Renueva en él lo que prometiste á Dios en el Bautismo, y profesa particular devocion al Santo ó Santa de tu nombre.

DIA XXX.

MARTIROLOGIO.

EL TRÁNSITO DE SAN FÉLIX, papa y mártir, en Roma, en la via Aurelia; el cual alcanzó la corona del martirio en tiempo del emperador Aureliano. (*Véase su noticia en las de hoy*).

LOS SANTOS MÁRTIRES GABINO Y CRISPULO, en Torres en Cerdeña. (*Su martirio fue notable por la multitud de tormentos á que los sujetaron, segun atestigua una lápida antigua*).

LOS SANTOS SICO Y PALATINO, en Antioquía, los cuales padecieron muchos tormentos por confesar la fe de Cristo.

SAN EXUPERANCIO, obispo y confesor, en Ravena. (*Asistió y suscribió á los concilios de Tarragona, Aquilea y Toledo; y murió en el año 418*).

SAN ANASTASIO, obispo, en Pavía.

LOS SANTOS BASILIO Y EMMELIA, su mujer, padres de san Basilio el Magno, en Cesarea de Capadocia; los cuales habiendo sido desterrados en tiempo de Galerio Maximiano, se retiraron por algun tiempo á los desiertos del Pontó: después cesando la persecucion, murieron en paz, dejando á sus hijos herederos de sus virtudes.

SAN FERNANDO III, rey de Castilla y de Leon, en Sevilla en España, llamado el Santo por la excelencia de sus virtudes; el cual esclarecido por el celo de propagar la fe católica, después de haber vencido á los moros, dejando el reino de la tierra, voló felizmente á gozar del eterno. (*Véase su vida en este día*).

SAN FERNANDO, REY DE CASTILLA Y DE LEON.

San Fernando, modelo de príncipes cristianos, dechado de monarcas valerosos y prudentes, terror de los infieles, y el mas dichoso capitan de cuantos pelearon las batallas del Señor, fue hijo de don Alonso el nono, rey de Leon, y de doña Berenguela, primero infanta, y después reina de Castilla. Ignórase el lugar, el dia, el mes, y aun el año de su nacimiento; vergonzoso descuido de nuestros historiadores, por mas que se quiera disculpar con algunas consideraciones, en que tiene mas parte el ingenio que la razon.

Crió la Reina á sus pechos á Fernando, y con la leche parece que mamó el santo hijo las virtudes de la madre: princesa verdaderamente piadosa, que dejó eternizada en nuestros anales la memoria de sus religiosos ejemplos, tanto como el recuerdo de sus heroicas acciones. Imprimió desde luego en su tierno corazon el santo temor de Dios tan profundamente, que todo respiraba en el niño virtud, religion y compostura; tanto que observándola san Juan de Mata, fundador de la religion de la santísima Trinidad, á tiempo que pasa-

ba por Burgos, y siendo aun Fernando de pocos años, habiendo echado su bendicion á todos los demás infantes, hijos del rey D. Alonso. en llegando á Fernando, se paró, y con espíritu profético le pronosticó las mayores felicidades. Amó y obedeció siempre á su madre. aun después que subió al trono, con tanto rendimiento, que censurándolo algunos cortesanos, les dijo con entereza: *Cuando deje de ser hijo dejaré de ser obediente.*

Separada la reina doña Berenguela de su marido el rey D. Alonso, por haberse declarado nulo el matrimonio á causa del parentesco, se quedó el Infante con el Rey su padre en Leon, y la Reina se retiró á la corte de su hermano Enrique I, rey de Castilla. Sucedió la desgraciada muerte de este Príncipe en la ciudad de Palencia, y por ella quedó heredera de la corona la infanta doña Berenguela. Ocultósela al rey de Leon la sagacísima Princesa, recelando no aspirase al trono de Castilla, fundando la pretension en el título de esposo, y le envió á pedir con instancia á su hijo el infante D. Fernando, que ya era de diez y ocho años, pretextando la opresion en que la tenia la desmedida ambicion de los condes de Lara. Luego que la Reina tuvo en su poder á su hijo renunció en él la corona, y le hizo aclamar por rey de Castilla, primero en Nájera, y después en las Cortes de Valladolid, donde le juraron homenaje todos los ricos hombres; y pasando el jóven Rey á la iglesia mayor con ejemplarísima piedad, puso á los piés del Señor aquella corona que él mismo acababa de ponerle en la cabeza.

Dióse por ofendido el rey de Leon de la cautela con que doña Berenguela le habia sacado á su hijo, y de todo lo que habia sucedido en Castilla; entró por tierra de Campos con dos poderosos ejércitos. llevándolo todo á sangre y fuego; no quiso dar oído á las proposiciones de paz que le ofrecieron Fernando y Berenguela, por no verse precisados á sacar la espada contra un padre y un marido; acercóse á Burgos; presentóles dos batallas, y en ambas fueron enteramente derrotados los leoneses, aunque mucho mas poderosos que los castellanos; porque pudo mas que el número la razon y la justicia. Tercera vez volvió el rey de Leon con mayores fuerzas á buscar á su hijo; y estando para darse una sangrienta batalla, compadecido el jóven Monarca de tanta inocente sangre de vasallos suyos, presentes y futuros, como se habia de derramar en ella, desarmó á su padre el rey de Leon con una carta que le escribió, en que competian la piedad, la razon y la ternura. componiéndose aquella diferencia mediante una cantidad de maravedises en que el rey D. Alonso se su-

ponia defraudado, porque no halló mejor razon para excusar la injusticia de sus armas, y el generoso Fernando se la concedió al instante.

Por consejo de su madre la reina doña Berenguela se casó en primeras nupcias con doña Beatriz, hija de Felipe, emperador de Alemania, en quien la hermosura, la honestidad y la prudencia eran iguales á la fecundidad, habiéndole dado el cielo siete hijos de este dichoso matrimonio, cinco infantes y dos infantas. Muerta doña Beatriz, pasó á segundas nupcias con doña Juana, hija de Simon, conde de Poitiers, de cuyo tálamo le nacieron otros dos hijos y una hija.

Sosegadas las turbaciones de Castilla por muerte del conde de Lara, se aplicó el santo Rey á hacer felices á sus vasallos. Publicó un perdon general en favor de todos los que le habian ofendido; mandó que todos los particulares hiciesen lo mismo; nombró para el gobierno de las ciudades á los sugetos mas capaces y mas bien quistos, de celo y justificacion mas acreditada; encargó á los tribunales la mas recta y mas imparcial administracion de la justicia, recomendándoles sobre todo las causas de los pobres. Y noticioso de que habian entrado en España algunos herejes albigenses, se dedicó con el mayor desvelo y con el mayor teson á exterminarlos, llevando él mismo la leña en sus reales hombros, y aplicando por sus reales manos el fuego á la hoguera para que fuesen abrasados. Era su prudencia muy superior á sus años, porque suplía con ventajas la oracion lo que faltaba á la experiencia. Gastaba en ella muchas horas del dia y de la noche: sus ayunos eran continuos, sus penitencias rigurosas, y su frecuencia de Sacramentos muy extraordinaria para aquellos tiempos; diligencias con que logró tener de su parte al cielo para todos sus aciertos, que fueron tantos como sus resoluciones; por lo que sus vasallos le amaban como padre, al mismo tiempo que le obedecian como rey.

Aprovechándose de esta buena disposicion, determinó hacer guerra á los moros, que tiranizaban una gran parte de España, no para extender sus dominios, sino para dilatar los términos de la Religion. Apenas se supo en Castilla que el Rey salia á campaña, cuando se le presentaron armados los señores y caballeros mas principales del reino, seguidos de sus vasallos, con los cuales juntó un respetable ejército, escogiendo la ciudad de Cuenca por su plaza de armas. Noticioso de este movimiento el rey moro de Valencia, Venzuir, pasó a Cuenca, y le juró perpetuo vasallaje, vencido mas de su agasajo, que del temor de sus fuerzas. El mismo ejemplo siguió Mahomad,

rey de Baeza, luego que el santo Rey puso el pié en la Andalucía; siendo estas las dos primeras victorias que le concedió el cielo sin sangre, prenuncios de las muchas que después habia de ganar con la punta de la espada.

Fueron tantas, que en treinta y cinco años que reinó, sin dejar el acero de la mano, no dió batalla que no ganase; no sitió plaza de que no se hiciese dueño; no embistió remo de que no se apoderase. Pero tampoco emprendió guerra que no fuese por dilatar el imperio de Jesucristo. Preguntado, ¿cuál seria la causa de que sus dichas fuesen mayores que las de sus antecesores? respondió: *Quizá mis mayores cuidarian mas de conquistar provincias para sí, que de ganar reinos para el cielo.* Por eso antes de salir á campaña, y todo el tiempo que duraba en ella, disponia que en todo su reino se hiciesen continuas oraciones, rogativas y penitencias, para que echase Dios la bendicion sobre sus armas. Para entrar en las funciones se armaba el pecho y los brazos con un áspero cilicio, confiando en él mas que en los brazaletes, en el peto y en el morrion. Al tiempo de acometer imploraba el favor de Dios y de la santísima Madre, cuya imágen llevaba delante de sí en el arzon de la silla. Jamas confió en la fuerza de las armas, sino en el auxilio de Dios; y así no se le caía de la boca aquello del Profeta: *Dominus mihi adjutor: non timebo quid faciat mihi homo.* El Señor es mi ayuda, y á ningun hombre temeré. Los despojos que le tocaban, al punto los dedicaba al culto divino: y en todos los sitios señalados con algun triunfo memorable dejaba eternizada la memoria, erigiendo algun piadoso monumento en reverencia de la Virgen, de los Santos, ó de los Ángeles. Así tenia como alistada debajo de sus estandartes la victoria, porque solo se desarrollaban en defensa del Dios de los ejércitos sus religiosos pendones.

El año de 1232 murió su padre el rey D. Alonso de Leon, no sin señales de que todavía duraban en su corazon algunas reliquias de los pasados sentimientos contra el santo hijo, porque contra toda justicia le desheredó, declarando sucesoras en la corona á las dos infantas doña Sancha y doña Dulce, hijas del segundo matrimonio. No podia en buena conciencia abandonar Fernando su legitimo derecho; y entrando armado á tomar la posesion del reino, que por todos títulos le pertenecia, le salian á recibir los pueblos y las ciudades, franqueándole voluntariamente las puertas, porque antes que la corona le hiciese dueño de las provincias, su virtud y valor le habian sujetado los corazones. Solamente la ciudad de Leon le hizo alguna resistencia por la terquedad de D. Diego Lopez de Haro, hijo

de la condesa doña Sancha; pero amenazado del cielo con la muerte en una vision en que se le apareció san Isidro, rindió la iglesia y la torre donde se habia encastillado, y entrando el Rey en la ciudad. fue coronado en ella con real magnificencia.

Dueño ya Fernando de Castilla y de Leon, convirtió todas sus fuerzas contra los africanos. Por medio de su hijo el infante D. Alonso, con una partida de gente desbarató un numeroso ejército de Abenuth, rey de Jerez de la Frontera; victoria que en todo el reino se tuvo por milagrosa, y los mismos moros publicaron que habian visto á Santiago, patron de las Españas, y á otros caballeros, cubiertos de resplandor, pelear en el aire en favor de los Cristianos. Igualmente se tuvo por milagrosa, y se atribuyó á los méritos del santo Rey la valerosa defensa de la Peña de Martos, que hizo la condesa doña Irene con solas sus mujeres contra un formidable ejército de agarenos, entreteniéndolos hasta que llegó el socorro. No fue menos milagrosa la que hizo el maestre de Calatrava del alcázar de Baeza. á donde volvió con los suyos después de haberle desamparado de noche, llamado de una resplandeciente cruz que se dejó ver sobre el castillo; y no solo se defendió valerosamente de una multitud de moros que le sitiaban, sino que haciendo una vigorosa salida, los desalojó de la ciudad, y se hizo dueño de ella. Cercado el gran maestre de Santiago de una innumerable muchedumbre de infieles, y estando muy dudosa la victoria, se declaró en fin por los Cristianos, asegurando graves autores que detuvo el sol su carrera á la voz del gran maestre, como á la voz de Josué, por la oracion de nuestro Santo, que á la sazón le estaba haciendo muy fervorosa, fijos inmoviblemente los ojos hácia el Occidente.

Por sí mismo hizo tributarios los reinos de Valencia y Granada, y conquistó á la frente de sus ejércitos los de Murcia, Córdoba, Jaen y Sevilla, poniendo fin á sus conquistas y á su vida poco después que se apoderó de esta última ciudad, en cuyo sitio, que duró diez y seis meses, cási se contaron los prodigios por los dias. Apenas se lee otro mas famoso en las historias, y de cierto ninguno hubo en que compitiesen mas los extraordinarios favores del cielo con la consumada pericia militar del capitán. Tan soldado como santo, ordenó el sitio con tanta prudencia y con tanta comprension, como si solo esperase de las medidas humanas la conquista á que aspiraba; y tan santo como soldado, de tal manera colocó toda su confianza en los auxilios divinos, como si nada tuviese que esperar de todos los medios humanos.

Ante todas cosas desterró de su ejército los desórdenes que trae consigo la licencia militar. Sentó sus reales de manera que nada faltase, ni al ejercicio de la Religión, ni á la comodidad del soldado, ni á la práctica de la disciplina. Distribuyólos en calles, plazas, mercados y oficinas públicas, con todos los oficios, tiendas y abastos que se pudieran desear en la ciudad mas populosa y mas arreglada. Erigió tres templos, en los cuales los muchos eclesiásticos y religiosos, que siempre seguian al ejército, celebraron todos los dias los divinos oficios con la misma regularidad que en las mas ajustadas catedrales, y el santo Rey asistia indefectiblemente á ellos en el templo principal. Frecuentaba los Sacramentos en público para el ejemplo; pasaba horas enteras en oracion, así de dia como de noche, dobló los ayunos y las penitencias, no pasándose dia alguno en los diez y seis meses del cerco sin tomar tres sangrientas disciplinas.

Por otra parte, bloqueó la ciudad, tomando todos los caminos por donde la pudiese entrar algun socorro; y para cortarla los del mar, mandó al almirante Bonifaz que ocupase con las naves la boca del Guadalquivir, y rompiese el puente de barcas que facilitaba la comunicacion de Triana con Sevilla, como dichosamente lo consiguió el dia de la Invencion de la santa Cruz. Reprimió el orgullo de los moros en todas las salidas que hicieron, que fueron muchas y desesperadas; quedando tan escarmentados, que se resolvieron á mantenerse encerrados dentro de los muros de la ciudad. Con esto, y con una vision que tuvo el santo Rey, en que se le apareció san Isidoro, arzobispo de Sevilla, asegurándole que la tomaria, aunque á costa de mucho trabajo, se fué estrechando mas el cerco.

Confirmóse esta esperanza con otro prodigio. Estaba una noche el religioso Monarca haciendo oracion en un templo de sus reales, delante de la imagen de Nuestra Señora de los Reyes, y oyó una voz, pronunciada por el mismo simulacro, que le decia: *En mi imagen de la Antigua, de quien tanto fia tu devocion, tienes continua intercesora; prosigue, que tú vencerás.* Esta imagen de la Antigua, por singular providencia del cielo, estaba á la sazón en la mezquita mayor de los moros, en el centro de la ciudad; pero enajenado Fernando con el favor que acababa de recibir, sale del templo, atraviesa sus reales, acércase á Sevilla, encuentra en la puerta de Córdoba un hermosísimo mancebo que le encaminó á la mezquita; ábrensele las puertas, adora profundamente la Imagen, vuélvese por el mismo camino, y halla en la misma puerta de Córdoba la espada, que al entrar se le habia caido sin advertirlo, porque le sobraba para su

defensa la proteccion de la santísima Virgen. Finalmente, el rey moro Ajataf le rindió la ciudad, y entró en ella el día de la traslacion de su arzobispo san Isidoro, haciendo triunfar á la imágen de los Reyes, que en un magnífico carro triunfal de plata fue conducida á la mezquita mayor, purificada antes por D. Gutierre, arzobispo de Toledo, donde se cantó un *Te Deum* con la mayor solemnidad.

Esta continua cadena de felicidades era muy debida á las virtudes de Fernando. Ningun príncipe enlazó mejor las heróicas de santo con las mas elevadas de monarca. En el ardor de la fe ninguno reconocio ventajas, y pocos le hicieron competencia. Por ella sola fue su vida rigurosa, y literalmente *una perpetua milicia sobre la tierra*: siempre con las armas en las manos, siempre en campaña, siempre en sangrientas batallas, siempre en arriesgados sitios, siempre en peligrosas conquistas, siempre en continuas fatigas, siempre cercado de riesgos. Corrió mucho riesgo su vida, contra la cual conspiraron repetidas veces los moros, asalariando alevosos asesinos; y cuando llegaba á noticia del Santo, solia decir, que los infieles no tanto pretendian echar del mundo á su persona, cuanto desterrar de él la fe que profesaba. Jamás desnudó la espada sino puramente por defenderla y por dilatarla. Puédese decir que tambien murió por ella, pues al cabo le quitaron la vida los trabajos que padeció en el celoso empeño de su propagacion; por lo que el obispo de Tuy se adelanta á ponerle en el catálogo de los Mártires.

A la viveza de su fe correspondia el ardor de su religion. Todas sus empresas comenzaban por rogativas, proseguian con votos, y acababan en accion de gracias. Confiaba mas en las oraciones de los religiosos que en el valor de sus soldados. Por eso decia, que los templos eran los alcázares de su reino. las religiones sus muros, y los coros de los religiosos los escuadrones que le defendian.

En el amor y tierna devocion á la Reina de los Ángeles fue singularisimo. Tres imágenes suyas llevaba siempre consigo: la de los Reyes, que por piadosa y bien fundada tradicion se cree fue milagrosamente pintada. A esta santa Imágen puso el Rey casa real con todos los oficios de palacio, camarera, mayordomos, gentiles hombres, capellanes, reyes de armas y porteros, sirviendo estos oficios los infantes y los principales señores de la corte; y el día de hoy los sirve la mas ilustre nobleza de Sevilla con religiosa emulacion. Acompañábale otra imágen de plata de la misma soberana Reina, y es la misma que se venera en medio del altar mayor de aquella iglesia metropolitana. Era de marfil la tercera, y de una tereia de largo:

esta la llevaba fija en el arzon de la silla para consuelo del alma, incentivo del corazon, y devoto recreo de los ojos. Todas sus empresas comenzaban con María, y acababan con María; esta Señora peleaba, esta vencía, y á la misma decretaba siempre Fernando todos los honores del triunfo.

Correspondian á estas todas las demás virtudes. Su caridad no tenia límites. Fundó hospitales, casas de refugio y de misericordia; y en campaña el mismo santo Rey hacia oficio de enfermero con los soldados heridos. Visitábalos, consolábalos, regalábalos, y no pocas veces por sus mismas reales manos les aplicaba las medicinas. En los pleitos de los pobres era su abogado, y en las necesidades su padre. Él fue quien introdujo la piadosa costumbre de servir por sus manos la comida á doce pobres el Jueves Santo, lavándolos, y besándoles los piés, como se ha continuado hasta hoy en sus reales descendientes y sucesores. Amaba tanto en general á todos sus vasallos, que solia decir, estimaba mas la vida del menor de ellos, que mil cabezas de moros. La limpieza de su cuerpo fue igual á la pureza de su espíritu, y aun por eso se la premió el Señor, concediéndole tan numerosa posteridad, la que suele negar á muchos príncipes, y no príncipes, en castigo, y como efecto casi natural del desórden y de la incontinencia. Tan celoso fue de esta hermosísima virtud, que habiendo sabido que una mujer disoluta habia provocado á un religioso dominico, y que este se habia precipitado en el fuego por huir de la ocasion, mando que la desahogada mujer fuese arrojada á las llamas, para que un fuego castigase los atrevimientos de otro; y en esta resolucion se mantuvo inexorable.

Supo juntar la soberanía del trono con la humildad verdaderamente cristiana, haciendo honor á las máximas del Evangelio, sin ajar la majestad. Era el Rey, sin disputa, el hombre mas sabio de su reino, el mas instruido, el mas experimentado y el mas prudente. Sin embargo desconfiaba tanto de sí mismo, que hacia le siguiesen siempre doce varones doctos y maduros, con quienes consultaba todas las resoluciones en que se le ofrecia alguna duda, no para seguir su dictámen á ciegas y sin exámen, sino para ponderarle, y conformarse con el que parecia mas acertado. Fuera de aquellas ocasiones en que era menester ostentar la majestad rodeada de los resplandores del trono, era sumamente afable y humanísimo con todos. Habiéndole visitado en Cuenca el rey moro de Valencia, le recibió con el mayor agasajo, y le dió silla debajo de su dosel; modesta humanidad, que acabó de ganarle el corazon, mas que el miedo de las

armas. Preguntado poco antes de morir, de qué materia queria se le dispusiese el sepulcro, y en qué conformidad se le habia de levantar la estatua, respondió: *Mi vida sin reprehension, ni culpa, de la manera que he podido, y mis obras, esas sean mi sepulcro y mi estatua.*

Pero en ninguna ocasion dió mayores muestras de su profunda humildad y de su grande religion, que en la hora de la muerte. Acometido de la última enfermedad, que contrajo por los trabajos, fatigas y desvelos del sitio de Sevilla, y conociendo se acercaba su última hora, pidió y recibió con la mayor devocion el santo Viático, que le administró su confesor el obispo de Segovia. Antes que entrase en su cuarto el Rey de los reyes, se echó una sogá al cuello, se levantó de la cama, se postró en el suelo, tomó en la mano un Crucifijo, y se dispuso con los mas vivos actos de dolor y arrepentimiento de sus culpas para recibirle, mandando sacasen de su cámara todas las reales insignias de la majestad. Luego que tuvo en su pecho el soberano Monarca de la gloria, se recogió dentro de sí mismo, y quedó arrebatado en un dulcísimo éxtasis. Vuelto de él, llamó á la reina doña Juana, al principe y á los infantes; despidióse de todos con ternura y con entereza; dió al principe D. Alonso los mejores documentos; encargóle la obediencia al Pontífice, la proteccion de la Iglesia, la veneracion al estado eclesiástico, el amor de sus vasallos, el amparo de los pobres, la administracion de la justicia, la eleccion de los ministros, y sobre todo, la propagacion de la fe; y concluyó su razonamiento con estas palabras: *Déjote vasallas ó tributarias todas las tierras que poseian los moros desde el mar acá: si conservares estas conquistas, serás tan buen rey como yo; si las adelantares, serás mejor rey que yo; si las perdieres, no serás tan buen rey como yo.* Pidió después perdon á los ricos hombres y demás circunstantes de todo aquello en que pudiera haberles ofendido, y respondieron todos con lágrimas, que no tenian agrávios que perdonar, sino muchos beneficios que agradecer. Mandó entrar á sus capellanes; hizo que cantasen el *Te Deum*, y al segundo versículo entregó suavemente aquella grande alma en manos de su Criador, el jueves 30 de mayo del año 1252. Su cuerpo fue enterrado en la iglesia mayor de Sevilla, donde se conserva hasta el dia de hoy entero y flexible, exhalando un suavísimo olor. Rey verdaderamente original y admirable, que contra el estilo regular de la divina Providencia hizo escala para el cielo de las mayores prosperidades.

SAN FÉLIX I; PAPA Y MÁRTIR.

San Félix, papa primero de este nombre, natural de Roma, é hijo de Constancio, sucedió en el pontificado á san Dionisio, papa. Fue martirizado en tiempo de Aureliano, emperador, el cual aunque los primeros años de su imperio, por estar muy ocupado en grandes guerras, dejó vivir en paz á los Cristianos; pero después que alcanzó ilustres victorias de sus enemigos, y triunfó de ellos, en Roma movió persecucion contra la Iglesia de Cristo, y fue la novena que ella padeció, y murieron muchos gloriosos Mártires del Señor por los edictos y crueldad de Aureliano, y entre ellos nuestro santo pontífice Félix, después de haberlo sido dos años y cinco meses, segun el cardenal Baronio; aunque otros le ponen cuatro años y algunos meses mas. En tiempo de san Félix salieron del infierno dos herejes para hacer guerra á la Iglesia católica, Paulo Samosateno, obispo de Antioquia, siro de nacion, y Manes, persiano, caudillo y autor de la secta de los Maniqueos, que duró y alligió tantos años la Iglesia del Señor. Pero nuestro glorioso y sumo Pastor se opuso valerosamente á ellos, no dejando de hacer todo cuanto pudo para sanar á los herejes, y confirmar en la fe á los Católicos, y cumplir con su obligacion de santo Prelado; y como tal escribió una carta maravillosa á Máximo, obispo de Alejandría, de la divinidad y humanidad del Hijo de Dios, y de las dos naturalezas distintas en una persona, en la cual gravemente confuta los errores de Paulo Samosateno y de Sabelio; y de esta epístola se hace mencion en el concilio Calcedonense, y san Cirilo Alejandrino la cita, y se vale de la autoridad de ella contra los herejes. Ordenó que nadie osase celebrar, sino solo los sacerdotes: que la misa no se pudiese decir fuera del templo, ni en lugar profano, sin grandísima necesidad: lo cual establecieron tambien otros santos Pontífices y concilios, juzgando ser menos inconveniente no oír misa, que oírla en lugar profano é indecente.

Determinó, que si acaso se dudase si alguna iglesia estaba consagrada ó no, que en duda se pudiese tornar á consagrar; pues no se puede decir que se torna á hacer lo que no se sabe de cierto haber hecho una vez. Hizo decreto que se celebrasen misas en honor y memoria de los Mártires, como hasta entonces se habia usado en la Iglesia, aunque no habia decretos de ello. Su martirio fue en el año del Señor 274, segun algunos; ó en el 275, segun otros. Su santo cuerpo fue sepultado en la via Aurelia, dos millas de Roma, en un

cementerio propio suyo, en donde él habia hecho y consagrado un templo.

La Misa es del comun de Confesor no pontífice, y la Oracion la siguiente:

Deus, qui beato confessori tuo Ferdinando praeliari praelia tua, et fidei inimicos superare dedisti: concede, ut ejus nos intercessione muniti ab hostibus mentis et corporis liberemur: Per Dominum nostrum Jesum Christum.

Ó Dios, que concediste al bienaventurado Fernando, tu confesor, que pelease tus batallas, y que venciese los enemigos de tu fe; concédenos á nosotros por su intercesion, que venzamos todos nuestros enemigos del cuerpo y alma. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epistola es del capítulo iv de la primera que escribió el apóstol san Pablo á los Corintios.

Spectaculum facti sumus mundo, et angelis, et hominibus. Nos stulti propter Christum, vos autem prudentes in Christo: nos infirmi, vos autem fortes: vos nobiles, nos autem ignobiles. Usque in hanc horam et esurimus, et sitimus, et nudi sumus, et colaphis caedimur, et instabiles sumus, et laboramus operantes manibus nostris: maledicimur, et benedicimus: persecutionem patimur, et sustinemus: blasphemamur, et obsecramus: tamquam purgamenta hujus mundi facti sumus, omnium peripsema usque adhuc. Non ut confundam vos, haec scribo; sed ut filios meos charissimos moneo in Christo Jesu Domino nostro.

Estamos hechos espectáculo para el mundo, para los Ángeles y para los hombres. Nosotros estultos por Cristo. y vosotros prudentes en Cristo: nosotros débiles, y vosotros fuertes: vosotros gloriosos, y nosotros deshonorados. Hasta esta hora tenemos hambre y sed, y estamos desnudos, y somos heridos con bofetadas, y no tenemos dónde estar, y nos fatigamos trabajando con nuestras manos: somos maldecidos, y bendecimos: padecemos persecucion, y tenemos paciencia: somos blasfemados, y hacemos súplicas: hemos llegado á ser como la basura del mundo y la hez de todos hasta este punto. No os escribo estas cosas para confundiros, sino que os aviso cómo á hijos míos muy amados en Cristo Jesús Nuestro Señor.

REFLEXIONES.

Es la virtud un espectáculo para el mundo, que no acierta á comprender cómo pueda ser plausible; es espectáculo para los Ángeles. que admiran en ella la fuerza de la Gracia; y es finalmente espectáculo para los hombres, que en ella encuentran la fuente y el manantial de la verdadera felicidad. Búscanse milagros en nuestra Religion; pero ¿habrá alguno mas admirable, mas universal, ni que deba asombrar mas. que el que cada dia presentan á los ojos tantas

almas piadosas, tantas religiosas personas, que son el espectáculo y la admiracion de su siglo? Repárase poco en esta maravilla por ser tan frecuente; pero por ser tan frecuente, ¿será menos maravilla? Muchos milagros se encierran en los claustros, en la vida oscura, y en las virtudes escondidas de tantas almas perfectas y fervorosas. Un jóven, heredero de grandes títulos, y de mayores riquezas, solicita- do de todo lo que pudiera tentarle; dotado de las mas escogidas, de las mas brillantes prendas; en una edad que se considera la sazón de todas las diversiones; á la entrada de una carrera en que todo le li- sonjea, todo se le rie, sacrifica su nobleza, sus grandes bienes, sus mayores esperanzas, y por amor de Jesucristo todo lo pospone á una vida pobre, humilde, oscura y escondida. ¿Tendrán mucha parte en este milagro la naturaleza ni los sentidos?

Una doncella noble, tan distinguida por su nacimiento como por sus dotes personales, por su hermosura, por su discrecion, por su bizarria, por su despejo, ídolo tal vez de todo un pueblo, prefiere un grosero velo, en que quiere sepultarse, á todo el fausto y apar- to de galas, de joyas, de aplausos, de cortejos, que naturalmente ha- bían de arrebatarla. Acostúmbrase á confundir estos milagros de la Gracia con los caprichos del gusto, ó con la diversidad de las com- plexiones; pero mírense con reflexion un poco mas de cerca, desen- vuélvanse los motivos, considérense los fines, ténganse presentes las consecuencias, cotéjese todo con nuestra flaqueza, y entonces se des- cubrirá el milagro mas claro que el mediodia.

Nosotros somos necios por amor de Jesucristo, decia el apóstol san Pablo. Lo mismo pueden decir todos los días esas almas piadosas, que mirando con horror y con una cristiana compasion la prudencia de la carne, son reputadas en el mundo por simples y por menteca- tas. En medio de eso son verdaderamente discretas y prudentes. A la verdad, su discrecion y su prudencia es muy superior á las luces de la razon; está mucho mas arriba de lo que puede alcanzar el es- píritu del mundo; pero ella es infalible, porque es de fe, y fue su modelo el mismo Jesucristo. Míresela mas de cerca, y se mostrará el milagro en todos sus efectos.

Nosotros sufrimos el hambre, la sed y la desnudez, continúa el Apóstol, *nos cargan de maldiciones, y respondemos con bendiciones: nos llenan de injurias, y respondemos con oraciones*. ¿Pudo llegar ja- más á tal punto la filosofía mas disimulada, la mas ambiciosa, la mas fina? Aquellos llamados sabios de la Grecia ¿obraron nunca por pu- ra virtud? Su afectada flema ¿no era muchas veces efecto de la mas

fogosa cólera? Y el grosero y artificioso desprecio de las conveniencias de la vida, ¿no nacia de un orgullo intolerable? Hablando en rigor, nada hay digno de admiracion, nada milagroso en materia de costumbres fuera de la religion cristiana. Su ley, sus consejos, sus máximas, sus dogmas, todo es un prodigio, todo un milagro; y solamente los ciegos dejan de conocerlo.

El Evangelio es del capítulo XII de san Lucas, pág. 568.

MEDITACION.

De la humildad.

PUNTO PRIMERO. — Considera que ninguna virtud es mas liberalmente recompensada que la humildad. *A los humildes los salvara Dios*, dice el Profeta. *No tienes que temer, pequeña grey*. Con vosotros hablo, los que pareceis tan pequeñuelos á vuestros propios ojos. y casi desapareceis á los ajenos; porque vuestro Padre, que lo es de las misericordias, se ha complacido en escogeros con preferencia á todos los demás para que pobleis el reino de los cielos. Para vosotros es este reino; y ninguno entrará en él que no sea humilde. La soberbia precipitó de aquella corte celestial á los ángeles rebeldes; y la humildad la poblará de espíritus humildes: este es como el título primordial de su dichosa posesion. ¡Mi Dios, y qué poco conocida es en el mundo esta verdad!

No hay en él cosa mas rara, ni mas escasa que esta virtud; pero tampoco la hay mas importante. Ninguna otra nos enseñó tanto Jesucristo con sus palabras y con sus ejemplos: *Discite à me*. No quiso, por decirlo así, que tuviésemos otro maestro de la humildad mas que á él mismo; ni tampoco podia haber quien nos la enseñase con modo mas eficaz. La humildad es la virtud de Jesucristo, y de todos sus verdaderos hijos. Y pregunto, ¿es la humildad nuestra virtud? No se trata ahora de aquella humildad especulativa, que consiste solo en conocer cada uno la pobreza de sus talentos: este conocimiento le tienen todos los hombres capaces, y solamente los tontos pueden dejar de tenerle. Háblase de la humildad cristiana, que es la humildad de corazon. Esta no solo abre los ojos del conocimiento propio; no solo enseña el bajo concepto que cada cual debe tener de sí mismo; sino que se alegra de que los demás hagan tambien el mismo bajo concepto. Bien puede uno ser humillado sin ser humilde; para ser humilde es menester complacerse en la humillacion; y este es el

fundamento del edificio cristiano. ¿Lo es tambien del nuestro? ¿Poseemos esta virtud que tiene al cielo por herencia? ¿Entramos en el número de aquella pequeña grey que no tiene por qué temer? Somos á la verdad pequeñuelos; pero ¿somos humildes á los ojos de Dios?

Con todo el corazon deseo serlo, ó divino Maestro mio; y es justo que siga á lo menos vuestro ejemplo. Un Dios humilde es verdaderamente un gran remedio para curar mi soberbia.

PUNTO SEGUNDO. — Considera que no hay virtud mas á mano para todo género de gentes que la humildad; ninguno hay que no se encuentre á sí mismo muy pequeño, si se mira con ojos sanos. Los empleos, los títulos, el nacimiento, las dignidades en sí mismas tienen algun precio, pero no le comunican; el verdadero mérito siempre ha de ser personal. El hombre mas perfecto es el que tiene menos faltas; el mas grande es el mas humilde; porque la soberbia y el orgullo siempre acreditan poco corazon y poco espíritu. Basta haber pecado, ó poder pecar, para que vivamos siempre humildes. La virtud, la inocencia, el mérito y la misma santidad ofrecen grandes materiales al ejercicio de esta virtud. Sean nuestras máximas y nuestros dictámenes en este punto la regla por donde debemos juzgar de nuestro verdadero mérito.

Ninguno hay que no pueda y no deba humillarse; el grande, conociendo su nada; el pequeño, amando su oscuridad y abatimiento. ¡Ó mi Dios, y qué amable sois! Si hubiérais hecho dependiente de otra virtud nuestra salvacion, muchos quizá se considerarían excluidos de vuestro reino; pero ninguno se puede excusar de ser humilde. Considera qué cosa tan fácil es á uno el ser santo, cuando el ser humilde es tan natural. Y pregunto, ¿nos es muy familiar una virtud que tenemos tan á mano? ¿De dónde nace aquella delicadeza, aquella sensibilidad tan inquieta, aquella falta de apacibilidad tan ordinaria, aquella inmortificacion tan viva? ¿De qué otro principio provienen casi todas nuestras faltas?

Busca un solo Santo que no haya sido humilde. San Fernando fue rey; dotóle el cielo de muchos talentos naturales y sobrenaturales. Pero ¿quién vivió mas abismado, por decirlo así, dentro del propio conocimiento? Las prosperidades, que ordinaria y como naturalmente llenan de hinchazon el corazon humano, al suyo le sumergian, y en cierta manera como que le aniquilaban. Nació gran rey; hízose mucho mayor, y quiso morir como el último de sus vasallos. ¿En

qué se parecen nuestros dictámenes á los suyos? Al considerar nuestro modo de discurrir, ¿no se podrá juzgar que hemos descubierto alguna nueva senda para ir al cielo? ¡Ó gran Dios, qué mayor prueba de que es bien corto el número de los escogidos, que el ser limitado el número de los humildes!

Deseo, mi Dios, ser de este pequeño número; y por eso os pido con las mayores veras me concedais esta amable virtud. Humilladme, Señor, cuanto fuere de vuestro agrado; pero otorgadme la gracia de que sea humilde.

JACULATORIAS. — Sí, Señor, cada día quiero ser mas humilde á mis propios ojos; y por eso deseo ser cada día mas humillado y mas abatido á los ojos del mundo. (*II Reg. vi*).

Muy provechoso me ha sido, Señor, el que me hayais humillado; pues de esa manera me habeis hecho dócil á vuestros preceptos, y rendido á vuestros mandamientos. (*Psalm. cxviii*).

PROPÓSITOS.

1 En los otros se estima y se alaba grandemente la humildad; pero son pocos los que trabajan eficazmente para poseerla ellos mismos. Si se pudiera ser humilde sin ser humillado; si para serlo bastara conocer que hay sobra de pecados, falta de virtudes, escasez de méritos, pobreza de talentos, no seria tan rara esta virtud. Un poco de entendimiento basta para que cada cual se haga justicia á sí mismo; pero nuestras sentencias en este particular jamás salen del secreto tribunal del entendimiento, y nunca se notifican, ni las consiente el corazon. Ello es cierto que sola la humildad del corazon es virtud cristiana. Para lograrla es menester, á pesar de la repugnancia natural, llevar á bien y aun desear ser humillados. Examina cuidadosamente los rodeos, los efugios, los ingeniosos artificios del amor propio para evitar una humillacion. ¡Qué sensibles somos al mas leve menosprecio! ¡qué vivacidad tenemos, qué empeño en justificar hasta nuestras mismas faltas! ¡qué desafecto guardamos hácia aquellos que á nuestro modo de entender no nos estiman en mucho! Toma una resolucion de reprimir todas esas vivacidades, todos esos dictámenes, todos esos ímpetus del orgullo, y por lo menos de no quejarte, de callar cuando se te ofrezcan ciertas pequeñas humillaciones, y de rogar á Dios por todos aquellos de quienes se vale su amorosa providencia para humillarte.

2 No te contentes con escoger siempre el lugar mas humilde en

todas las concurrencias; desea que t  le señalen, y alégrate cuando te retiran   él: lo primero puede ser atención y buena crianza; lo segundo siempre es humildad verdadera. Huye de todo lo que sea profanidad en el vestido, y segun tu estado cont ntate por lo comun con el mas sencillo y con el mas modesto. Jamás trates   ningun con desden, con desprecio ni con altaner  , ni aun á tus mismos hijos   criados: el tono imperioso y despreciativo siempre es hijo de la soberbia y del orgullo; ni para corregir es menester ajar. Evita con el mayor cuidado cierto modo de andar fantástico y arrogante, que no prueba menos la debilidad de la cabeza que la destemplanza del corazón.

DIA XXXI.

MARTIROLOGIO.

SANTA PETRONILLA, vírgen   hija de san Pedro apostol, en Roma; la cual rehusando tomar por esposo   Flaco, hombre noble, consiguió tres dias de término para deliberar, durante los cuales estuvo en continua oración y ayuno, y al tercero, después de haber recibido el santísimo sacramento de la Eucarist  , entregó su alma al Criador. (*Véase su vida en este dia*).

LOS SANTOS MÁRTIRES CANCIO, CANCIANO Y CANCIANILA, hermanos, en Aquileya; los cuales siendo de la ilustre familia de los Anicios, perseverando constantes en confesar la fe católica, fueron muertos juntamente con su ayo Proto en tiempo de los emperadores Diocleciano y Maximiano.

SAN CRESCENCIANO, mártir, en Torres en Cerdeña.

SAN HERMIAS, soldado, en Comana en el Ponto; el cual en tiempo del emperador Antonino, habiendo sido libertado por la mano de Dios de innumerables y muy crueles tormentos, convirtió   la fe católica al mismo verdugo, haciéndole participante de la corona del martirio, la cual recibí él primero siendo degollado.

SAN LUPICINO, obispo, en Verona.

SAN PASCASIO, d  cono y confesor, en Roma, de quien hace mención san Gregorio, papa.

SANTA PETRONILA, VÍRGEN.

Santa Petronila,   quien el vulgo de Francia llama *Perina*, y en otras partes *Petronela*   *Pernela*, vivía en el primer siglo de la Iglesia. En fuerza de una antigüedad tan retirada, y de unos tiempos en que los primeros fieles de la Iglesia solo pensaban en vivir y en morir por Jesucristo, y no se detenian   escribir, es c si nada lo que sabemos del nacimiento, santa vida y preciosa muerte,   los ojos del Señor, de santa Petronila; ignorancia, que junta al culto inmemorial tributado constantemente   santa Petronila desde la primitiva

Iglesia, dió motivo á muchas historias apócrifas, que ya corrian en el mundo desde el tiempo de san Agustin, y el Santo se empeñó en refutarlas. Lo menos incierto que se puede decir de nuestra Santa es lo siguiente:

Fue Petronila una doncella romana, á quien san Pedro convirtió á la fe con toda su familia, poco tiempo después que entró en aquella cabeza del mundo cristiano. Habiendo tenido la dicha de recibir el Bautismo en una edad muy inocente, y de ser instruida desde entonces en las máximas de religion por el Príncipe de los Apóstoles, ya se dejan conocer los progresos que haria en el camino de la perfeccion. Siendo cristiana toda su familia, y acudiendo Pedro á su casa con frecuencia, estaba la jóven Petronila á los piés del Apóstol como otra Magdalena á los de Cristo, aprovechando la ocasion de oir frecuentemente sus santas instrucciones. Y como por otra parte el mismo Apóstol la habia reengendrado en la gracia por el Bautismo, comenzó la Santa á llamarse *hija espiritual* de san Pedro, prefiriendo este título á otros muchos que quizá tendria; y por haberse hallado este nombre de *hija de san Pedro* en las antiguas actas de los santos Mártires, se padeció la equivocacion de tenerla por hija legítima y natural del Apóstol. Hízose mas verisímil esta equivocacion, por constar del mismo Evangelio que san Pedro fue casado, y sabemos por la tradicion de la Iglesia que su mujer fue mártir generosa de Jesucristo; por lo que no es de admirar, que con el tiempo el título de *hija de san Pedro*, con que se honraba Petronila, diese motivo á creer que san Pedro habia sido su padre natural y verdadero.

Deseaba ardientemente la santa doncella padecer mucho por un Señor que tanto habia padecido por ella; y movida de estas fervorosas ansias, todo el objeto de sus deseos y todo el asunto de sus oraciones era la cruz. Concediósele nuestro Señor abundantemente, dándole por cruz la misma cama, donde la tuvo inmoble por muchos años con una perlesía universal, que la ocupó todos los miembros de su cuerpo. Era espectáculo verdaderamente digno de la admiracion cristiana ver á una doncella en lo mas florido de su edad, de extraordinaria hermosura, de un espíritu vivo, pronto y despejado, teniendo atormentado su delicado cuerpo con agudísimos dolores, embargado el uso de todos sus miembros, privada de todo alivio y consuelo, sin que se notase en ella la menor señal de impaciencia, sin que se le escapase ni un primer movimiento de inquietud, con un semblante siempre sereno, siempre risueño, siempre igual; con una modestia y con una apacibilidad inalterable. Mirábanla todos como

un milagro vivo de paciencia y de virtud, admirábanla, y proponíanla por modelo de la perfeccion cristiana.

Todas estas virtudes eran efecto de su caridad y de su fe. El encendido amor que profesaba á Jesucristo la hacia suspirar incesantemente por el martirio, y á vista del abrasado deseo que tenia de derramar su sangre por la Religion, la parecia nada todo cuanto padecia. Era correspondiente á estas virtudes la ternísima devocion que profesaba á la santísima Virgen; y en conclusion, se puede decir, que toda perfeccion cristiana se dejaba como palpar en aquella dichosísima doncella.

Era la casa de Petronila como el hospicio general de san Pedro y de todos los cristianos que habia en Roma; y se dice, que un dia en que habian concurrido muchos, y estaban todos para sentarse á la mesa, algunos de ellos mostraron extrañar mucho, que bastando la sombra sola del Apóstol para curar á otros enfermos, quisiese el Santo dejar paralítica en una cama á la hija de un hombre que á todos hacia tanto bien. Pareciendo á san Pedro que aquella extrañeza podia debilitar su fe y su confianza, mandó á Petronila que se levantase, y viniese á servirles á la mesa; lo que hizo al punto la Santa, como si nunca hubiese estado enferma. Quedaron todos asombrados, bendiciendo al Señor, obrador de aquellas maravillas; pero declarándoles el Apóstol que á la santa doncella le era mas conveniente la enfermedad que la salud, y que era voluntad de Dios que todavia se purificase mas y mas por algunos años, continuando los ejemplos de su invencible paciencia, la mandó volverse á la cama, y en el mismo instante se volvieron á apoderar de ella todos sus males, quedando tan paralítica como antes, con la misma debilidad, con la misma inaccion y con mas vivos dolores. Tiénese por cierto que Petronila permaneció en el mismo estado por algunos años, y que no sanó perfectamente hasta después del martirio del Apóstol.

Fácilmente se deja considerar la vida que haria en Roma la fervorósima doncella después de la preciosa muerte de su padre espiritual. Instruida en tal escuela, formada por tal mano, y gobernada por tan diestro director, ¿qué progresos no haria en el camino de la perfeccion? Las penitencias voluntarias suplieron los dolores de las enfermedades, siendo su vida un continuo ejercicio de devocion y de mortificacion. Habiendo gozado la Iglesia de un corto intervalo de paz después de la muerte de san Pedro, alargó Petronila las velas á su celo y á su caridad, siendo su casa el asilo donde las tiernas doncellas cristianas y todos los demás fieles hallaban cuanto habian me-

nester para sus necesidades espirituales y corporales. Sus bienes eran de los pobres, y todo cuanto trabajaba se destinaba al alivio de los afligidos y menesterosos. Su casa parecia verdaderamente un monasterio, y nunca dejaba su retiro sino para consolar y para ayudar á los fieles que estaban en las prisiones, ó para enterrar á los que habian sido martirizados.

No tardó Dios en autorizar aquella eminente santidad con el don y con el esplendor de los milagros. Todas las enfermedades cedian á sus oraciones; y bastaba, dicen las actas, que tuviese deseo de rogar al Señor por los enfermos, para que desde aquel mismo punto estuviesen sanos. Su humildad, su modestia, su modo y sus conversaciones conservaban maravillosamente en todos cuantos la veian y trataban las saludables lecciones que les habia enseñado el santo Apóstol; de manera que parecia servirse Dios de la honestísima doncella para animar la fe y excitar el fervor de los Cristianos.

Pero ni las penitencias, ni las prolijas y molestas enfermedades habian ajado un punto su extraordinaria hermosura; y las maravillas que se contaban en Roma de su virtud, de su espíritu y de otras muchas prendas naturales hacian mucho ruido en toda la ciudad. Vióla un dia Flaco, caballero romano, y enamorado ciegamente de ella resolvió pretenderla para esposa, para cuyo efecto, sin querer valerse de otro interlocutor, él mismo se fué un dia á su casa con grande acompañamiento de criados y de lacayos, y la hizo derechamente la proposicion.

Quedó Petronila extrañamente sorprendida, tanto de la visita como del asunto de ella; pero siendo muy dueña de sí misma, disimuló perfectamente su extrañeza, y respondió á Flaco con la mayor urbanidad, agrado y cortesanía, que quedaba sumamente reconocida y obligada por la honra que pretendia hacerla; pero que siendo materia de tanta consideracion, le pedia tres dias de término para pensarla, y para poner orden en los negocios de su casa, que al cabo de ellos podria enviar algunas doncellas y criadas que la acompañasen. Retiróse aquel caballero muy satisfecho de la atenta respuesta y cortesanos modales de la que consideraba ya como su futura esposa, y solo pensó en hacer sus prevenciones para celebrar la boda.

Pero nuestra Santa, que desde sus mas tiernos años habia consagrado á Dios su virginidad, resuelta mas que nunca á no tener otro esposo que Jesucristo, se encerró en su casa con otra santa virgen, llamada Felicula, y pasó todos los tres dias en oracion, en ayunos y en todo género de penitencias. Animada de una viva fe y de una

tierna confianza en Jesucristo, á quien siempre llamaba *su divino Esposo*, y en la santísima Virgen, á quien nombraba siempre *su querida Madre*, suplicaba á los dos con las mayores instancias, que no la dejaran por mas largo tiempo en el mundo, expuesta á agradar á otros ojos que á los de su divino esposo Jesucristo. *Ahóguese, Señor, mi vida en mi sangre ó en mis lágrimas*, exclamaba con fervor, y fue oída su oracion. El tercer día, al amanecer, vino á su casa el presbítero Nicodemus, celebró el santo sacrificio de la misa, dióla la comunión, y tuvo el consuelo de verla espirar tranquilamente al pie del altar, consumida con el fuego del divino amor. Poco tiempo después llegaron las doncellas que enviaba Flaco para acompañarla, y en lugar de conducirla al tálamo nupcial, siguieron el acompañamiento de los funerales, llevándola á la sepultura.

Fue enterrado el santo cuerpo en un cementerio del camino de Ardi, que después se llamó de su nombre, y con el tiempo se fundó en él una iglesia en honra de la misma Santa. El papa Gregorio III la hizo una de las estaciones en el octavo siglo, y Paulo I trasladó el cuerpo de santa Petronila á la iglesia de San Pedro en el Vaticano, donde cada año se celebra su fiesta con extraordinaria solemnidad: y no se celebra con menos en los Trescientos de Paris, y en la abadía de Santa Perina ó Petronila cerca de Compiegne.

Aunque el Martirologio romano dice que santa Petronila fue hija de san Pedro, se ha de entender que fue hija espiritual, lo que se infiere de lo mismo que añade, que *Flaco, hombre noble, la pidió por esposa*; porque si fuera hija de san Pedro, segun la carne, no cabia que un caballero romano pensase en casarse con ella, ni por la calidad, ni mucho menos por la edad que entonces tendria la Santa, que necesariamente habia de ser muy avanzada. El Breviario romano nada dice en particular de santa Petronila, porque Clemente VIII mandó quitar la leccion que antes habia.

La Misa es en honra de la Santa, y la Oracion la siguiente:

Exaudi nos, Deus salutaris noster: ut sicut de beatae Petronillae virginis tuae festivitate gaudemus; ita pie devotionis erudiamur affectu: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Oyenos, Señor Salvador nuestro, para que la alegría espiritual que sentimos en la festividad de tu bienaventurada virgen Petronila, sea acompañada de una verdadera devoción. Per Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epistola es del capítulo VII de la primera del apóstol san Pablo á los Corintios.

Fratres: De virginibus praeceptum Domini non habeo; consilium autem do, tamquam misericordiam consecutus à Domino, ut sim fidelis. Existimo ergo hoc bonum esse propter instantem necessitatem, quoniam bonum est homini sic esse. Alligatus es uxori? noli quaerere solutionem. Solutus es ab uxore? noli quaerere uxorem. Si autem acceperis uxorem, non peccasti. Et si nupserit virgo, non peccavit. Tribulationem tamen carnis habebunt hujusmodi. Ego autem vobis parco. Hoc itaque dico, fratres: tempus breve est: reliquum est, ut et qui habent uxores, tamquam non habentes sint: et qui flent, tamquam non flentes: et qui gaudent, tamquam non gaudentes: et qui emunt, tamquam non possidentes: et qui utuntur hoc mundo, tamquam non utantur, praeterit enim figura hujus mundi. Volo autem vos sine sollicitudine esse. Qui sine uxore est, sollicitus est quae Domini sunt, quomodo placeat Deo. Qui autem cum uxore est, sollicitus est quae sunt mundi, quomodo placeat uxori, et divisus est. Et mulier innupta, et virgo cogitat quae Domini sunt, ut sit sancta corpore et spiritu: in Christo Jesu Domino nostro.

Hermanos: En órden á las vírgenes yo no tengo precepto del Señor; pero doy consejo, como que he conseguido del Señor misericordia para ser fiel. Creo, pues, que esto es un bien, atendida la necesidad que urge, porque al hombre es bueno el estarse así. ¿Estás ligado á una mujer? no pretendas soltura. ¿Estás suelto de la mujer? no busques esposa. Pero si tomares mujer, no pecaste. Y si una vírgen se casare, no pecó; con todo eso, estos padecerán la tribulacion de la carne. Pero yo no hablo de vosotros. Lo que digo, hermanos, es esto: El tiempo es breve: resta, pues, que los que tienen mujeres sean como aquellos que no las tienen: y los que lloran, como aquellos que no lloran: y los que se alegran, como aquellos que no se alegran: y los que compran, como aquellos que no poseen: y los que usan de este mundo, como aquellos que no usan, porque se desvanece la figura de este mundo. Quiero, pues, que vosotros esteis sin inquietud. El que está sin mujer, tiene solicitud por las cosas del Señor, de cómo agraderá á Dios. Pero el que está con mujer tiene solicitud por las cosas del mundo, de cómo agraderá á la mujer, y está dividido. Y la mujer soltera y la vírgen piensa en las cosas del Señor, para ser santa en el cuerpo y en el espíritu: en Nuestro Señor Jesucristo.

REFLEXIONES.

La figura de este mundo pasa. Grandeza mundana, fortuna brillante, nacimiento ilustre, talentos sobresalientes, elevados empleos, altas dignidades, prosperidad deliciosa pasan; luego nada sólido se halla en vosotros sino es el nombre; luego nada sois en suma sino unas lisonjeras ilusiones, un sueño agradable que embelesa por unos pocos momentos, y aun ese embeleso no es mas que para los que es-

tán dormidos. Alábase cuanto se quisieré á este mundo ; él no es mas que un fantasma , tras el cual se corre , se cansa , se fatiga , y al cabo solo se halla confusion , amargura y arrepentimiento. Es un ídolo que fabricó el capricho , á quien sin cesar se está incensando mas por costumbre que por razon : es una imágen , una figura superficial que se mancha , que se borra , que en breve tiempo se deshace. ¿Qué nos ha quedado de aquel mundo que reinaba cien años há? Los retratos de sus adoradores y de sus celosos partidarios son visibles : las modas , que son fruto del capricho extravagante del mundo , se mudan á cada instante. Por gravosas , por molestas , por ridículas y por perjudiciales que sean , basta la descompuesta fantasía de una mujer loca , basta el antojo de un genio y de una inventiva mundana y ociosa para hacer ley de una nueva moda , pero ley que á lo mas suele durar un año. El gusto va siempre tras el capricho : y el perpetuo giro de gusto , de moda , de diversion y de costumbre forman como el cuerpo del fantasma tras el cual se corre. No pasa mas veloz que el mismo mundo el viento que alimenta , ni el humo que atolondra , y que ciega á los mundanos. *Pasa su figura* ; porque el mundo , ¿qué otra cosa es que una imágen de colores sobrepuestos y de rasgos superficiales , que el mismo aire los borra y los confunde? Todo es mera exterioridad en el mundo : las grandes honras que se tributan hácia afuera ; las mas vivas demostraciones de una fingida amistad ; máscara , artificio , afectaciones , hazañerías , todo pasa , todo se acaba ; y en acabándose , ¿qué resta de todò ello que pueda satisfacer á un hombre racional , ni que pueda llenar á un corazon cristiano? Ni aun dura el mundo , por decirlo así , todo lo que dura la vida de un mundano ; basta la menor desgracia para aborrecerle ; á la primera caida parece que el mismo mundo huye de sus mas apasionados parciales ; los mismos años despiden al mundo. Inútilmente pretendemos ser gentes del mundo á pesar de las canas , de las arrugas y de las hediondecas de la vejez ; el mundo ya no quiere nada de nosotros. Es el caso , que como el mundo nunca es viejo. solo gusta de los mozos. Pero bien está ; logremos el favor del mundo por toda la vida ; no por eso será larga su duracion. Apenas caemos enfermos en una cama , cuando el mundo se acabó para nosotros. Pasemos á ojear en el sepulcro de los grandes y de los dichosos del siglo ; ¿brilla por ventura el mundo entre sus podridas cenizas? ¿Qué resta del mundo á la hora de la muerte? Pues ; qué extravagancia , qué encanto , qué locura será amar al mundo , y servirle como esclavo ! ¡ aprisionarse , consumirse , arruinarse , y perderse por

seguir el espíritu y las máximas del mundo! Todo el mundo grita contra ellas, y todo el mundo las sigue. ¿Qué se deberá pensar de esta conducta!

El Evangelio es del capítulo XIII de san Mateo.

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis parabolam hanc: Simile est regnum coelorum thesauro abscondito in agro, quem qui invenit homo, abscondit, et prae gaudio illius vadit, et vendit universa quae habet, et emit agrum illum. Iterum simile est regnum coelorum homini negotiatori, quaerenti bonas margaritas; inventa autem una pretiosa margarita, abiit, et vendidit omnia quae habuit, et emit eam. Iterum simile est regnum coelorum sagenae missae in mare, et ex omni genere piscium congreganti. Quam, cum impleta esset, educentes, et secus littus sedentes elegerunt bonos in vasa, malos autem foras miserunt. Sic erit in consummatione saeculi. Exibunt Angeli, et separabunt malos de medio justorum. Et mittent eos in caminum ignis: ibi erit fletus et stridor dentium. Intellexisti haec omnia? Dicunt ei: Etiam. At illis: Ideo omnis scribe doctus in regno coelorum, similis est homini patrifamilias, qui profert de thesauro suo nova et vetera.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos esta parábola: Es semejante el reino de los cielos á un tesoro escondido en el campo, que el hombre que le halla, le esconde, y muy gozoso de ello va, y vende cuanto tiene, y compra aquel campo. Tambien es semejante el reino de los cielos al comerciante que busca piedras preciosas; y en hallando una, fué, y vendió cuanto tenia, y la compró. Tambien es semejante el reino de los cielos á la red echada en el mar, que coge toda suerte de peces, y en estando llena la sacaron; y sentándose á la orilla, escogieron los buenos en sus vasijas, y echaron fuera los malos. Así sucederá en el fin del siglo. Saldrán los Ángeles, y apartarán los malos de entre los justos, y los echarán en el horno de fuego: allí habrá llanto y rechinamiento de dientes. ¿Habeis entendido todo esto? Respondieronle: Sí. Y les dijo: Por eso todo escriba instruido en el reino de los cielos es semejante á un padre de familias, que saque de su tesoro lo nuevo y lo viejo.

MEDITACION.

El olvido del último fin es el origen de lo mal que discurren los mundanos.

PUNTO PRIMERO. — Considera que el mundo es ciego, es insensato en el juicio que hace de los bienes y de los males de esta vida. Si se consulta su espíritu, y si nos hemos de dejar guiar de sus luces, será preciso decir que todos los Santos se engañaron; que el Evangelio y que el mismo Jesucristo carecieron de luz y de discernimiento, habiendo errado en todos los principios.

Horrorízase el corazon solo con oir estas blasfemias. Pero no obstante es indubitable, que prácticamente así habla y así discurre el

mundo todos los dias. Puntualmente alaba aquello mismo que Jesucristo reprueba, y que todos los Santos miraron con horror. Bien puede el Salvador representar las riquezas como estorbo de la salvacion; no importa: ni por eso dejará el mundo de idolatrar en ellas: infaliblemente se incurre en su desgracia luego que se cae en pobreza. ¿De dónde nacen todos estos desórdenes? del olvido del último fin.

¿De dónde nace que el dia de hoy discurra el mundo tan poco cristianamente en medio del cristianismo? ¿Cuál es el origen de la ceguedad y de la locura del mundo? No es otro que juzgar de la felicidad del hombre solo por respeto á la vida presente, sin pensar en la futura. Regula sus juicios, sus inclinaciones y sus deseos por los bienes presentes y sensibles, sin acordarse de los que están por venir. Fija toda la atencion en lo que hace dulce y acomodada esta vida, olvidado enteramente de las funestas consecuencias que quiza se seguirán. Los sentidos son sus oráculos; toda su felicidad la coloca en los bienes de esta vida, como si ella fuera el lugar de su descanso, como si las criaturas fuesen su último fin; esta es la verdadera locura del mundo.

Este objeto ¿es muy á propósito para contentar mis sentidos. para satisfacer mis pasiones, para lisonjear mi apetito? Luego es verdadero bien. Así raciocina el mundo. Pero ¿se pudiera hablar de otra manera si no hubiera mas vida que la presente? Créese que hay otra, y con todo eso se habla de la misma suerte. Tal objeto, tal idea, tal empleo nos parece la mayor felicidad de esta vida, y acaso será la mayor desgracia de la otra. Darános gusto todo eso por algunos momentos de una vida muy corta, y será la causa de amarguísimos arrepentimientos por toda la eternidad.

Para hacer juicio recto de la verdadera felicidad de un hombre que ha de vivir eternamente, ¿nos hemos de gobernar por lo que solo dura un brevísimo espacio de tiempo, ó por lo que dura la misma eternidad? ¿No será razon comparar la eternidad con el tiempo, y los bienes y males temporales con los males y con los bienes eternos?

¡Cosa extraña! Préciáanse los hombres de ser sabios, juiciosos. prudentes, discretos; y seguramente que muchos lo son en todo aquello que no toca á su eterna salvacion; pero cuando se trata de ser dichosos ó infelices por toda la eternidad, entonces no se discurre, se desbarra. ¿A qué se atribuirán estos intervalos de locura? Al olvido de nuestro último fin. Extrañamente se descamina, se precipita, y

se pierde el que aparta la vista de esta estrella. ¡Ah, Señor, y cuántas funestas experiencias me han enseñado esta terrible verdad en mis propios descaminos!

PUNTO SEGUNDO.—Considera que se debe mirar la vida presente y la vida futura como dos diferentes regiones, en que el hombre ha de entrar sucesivamente; un puñado de dias, un humo que se desvanece, un sueño que luego se acaba, esa es la medida de esta vida. La eternidad; esto es, una duracion interminable, esa es la medida de la otra. ¿Qué proporcion hay entre estas dos duraciones? Pero ¿qué locura mas insigne, qué mayor extravagancia que poner únicamente la atencion en este puñado de dias tan poco serenos, tan poco tranquilos, y no hacer el menor caso de aquella dichosa eternidad, que es nuestro último fin? ¡qué insensatez preferir estos bienes aparentes, estas falsas brillanteces de una vida tan llena de miserias, a aquella eterna felicidad para la cual fuimos criados!

¡Ó mi Dios, y con qué claridad descubrirá la eternidad la imbecilidad del espíritu del mundo, y el desacierto de los que se gobernaron por él! ¡Qué sensible, qué palpable, que evidente se hará entonces esta locura! ¡qué vivir unos pocos dias en libertad, con alegría; pero con una alegría tan frívola, tan superficial, tan interrumpida, tan mezclada, y por decirlo así, en una alegría tan triste, tan amarga como la de esta vida; y esto para vivir después entre arrepentimientos, entre lágrimas, entre suplicios y tormentos tan espantosos como son los de la otra! ¡para vivir en medio de aquel torbellino, de aquel centro de todos los males por toda la eternidad! Escoged, mundanos; y si habeis tomado ya vuestro partido; si habeis hecho vuestra eleccion; si la vida presente tiene tanto atractivo para vosotros; si no os merece el menor cuidado la otra; ¿sois prudentes? ¿teneis juicio? ¿discurrís con acierto? ¿sois racionales? Tal es la suerte de todos los que pierden de vista su único fin.

Por el contrario, vivir en este mundo un puñado de dias, y vivirlos en unas lágrimas tan dulces, tan consoladoras como las que derrama la penitencia; para vivir después en la vida eterna del Señor, en aquel océano de los mas puros, de los mas santos, de los mas llenos deleites, herencia segura, suerte dichosa de las almas fieles; ¿que os parece? ¿no será prudencia abrazar este partido? Pues ves ahí el efecto que produce la continua consideracion de nuestro último fin.

Hácese el mundo mas digno de compasion por lo mismo que se

lisonjea en sus propios errores y desaciertos. ¡Ah! y cuánta verdad es lo que dice el Apóstol (*I Cor. 1*) que para los hijos de perdición todo lo que suena á cruz es necedad y locura; mas para los escogidos esta divina palabra lleva la fuerza de Dios. *Verbum enim crucis pereuntibus quidem stultitia est; iis autem, qui salvi fiunt, id est, nobis, Dei virtus est.* Ninguno se engañe á sí mismo, añade el Apóstol: si alguno de vosotros es tenido por sabio, segun el mundo, que se haga ignorante para ser sabio, porque la sabiduría de este mundo á los ojos de Dios es una verdadera necedad: *Nemo se seducat: si quis videtur inter vos sapiens esse in hoc saeculo, stultus fiat ut sit sapiens (I Cor. 11); sapientia enim hujus mundi, stultitia est apud Deum.* Esta dichosa mudanza es efecto de la gracia, y en cierta manera es fruto de la continua consideracion de nuestro último fin.

Ya, Señor, experimento el dolor y el remordimiento de una ceguedad, que ha sido en mí tanto menos excusable, cuanto ha sido mas voluntaria. Así es, que hasta aquí he pensado, he discurrido y he hablado siempre de los bienes y de los males de esta vida, segun los falsos principios, y gobernándome por las aparentes luces del mundo; reconozco y detesto mi error, y os suplico, mi Dios, me concedais la verdadera sabiduría de vuestros verdaderos fieles; porque de hoy en adelante no quiero gloriarme en otra sabiduría que en la sabiduría de la cruz.

JACULATORIAS. — Líbreme Dios de gloriarme en otra cosa que en la cruz de mi Señor Jesucristo. (*Galat. vi*).

Solo es sabio el que guarda los mandamientos, y se aprovecha de las misericordias del Señor. (*Psal. cv*).

PROPÓSITOS.

1 El que no piensa á dónde va, se descamina; y el que aparta la vista de su último fin, discurre mal, porque entonces solo le gobierna la pasión. ¿De dónde nace que tantos hombres sabios á los ojos del mundo, de tan buen juicio, de tanta capacidad, de tanto acierto en una resolucion moral, de tanta prudencia en un consejo político, desbarran tan lastimosamente en su propia conducta? Nace de que se olvidan de su último fin en sus discursos; no les falta luz, pero les falta la voluntad; apartan los ojos de su último fin muy de propósito. Evita este desórden; extraña cosa es caminar dia y noche los veinte, los treinta, los ochenta años sin pensar siquiera á dónde se va. Todos somos caminantes; pues acordémonos de cuál ha de ser

el término de nuestro viaje y el fin de nuestros pasos. Considera todas las noches que aquel día hiciste una jornada, y que esa menos te falta para llegar al término. No emprendas cosa alguna sin preguntarte á tí mismo: *Quid haec ad aeternitatem?* Y esto ¿de qué servirá para la vida eterna? Así lo practicaron muchos Santos; practícalo tú como ellos.

2 ¿Das buenos consejos á tus hijos y á tus criados? pues date esos mismos á tí propio. ¿Corriges una falta? ¿reprendes una accion? pues guárdate bien de incurrir en lo que reprendes y corriges: *Médisce, cura te ipsum.* (*Luc. iv*). Médico, cúrate á tí propio. Esto es lo que tácitamente dicen los hijos, los criados, los súbditos, los oyentes á todos los que dan buena doctrina, y no se aprovechan de ella. Cometer las faltas que se reprenden en otros, no hacer lo que se aconseja á los demás, es hipocresía, es hazañería, es como mamar-rachada en punto de religion, y á todo hombre de entendimiento le enfada mucho. ¡Qué confusion, qué vergüenza, padecerán algun dia aquellos directores y predicadores que mostraron á otros el camino del cielo, y ellos no le quisieron seguir; que echaron sobre otros cargas muy pesadas, y ellos no las tocaron con el dedo; que fueron como metal cóncavo y campana sonora, voz, ruido, y nada mas! Avergüénzate de no practicar lo que enseñas á otros. *Coepit Jesus facere et docere.* ¿Quieres que tus sermones, que tus consejos sean eficaces? pues haz aquello mismo que enseñas.

FIN DEL MES DE MAYO.

NOTA. La aprobacion del Ordinario se hallará en el último tomo.

ÍNDICE

DE LO CONTENIDO EN EL MES DE MAYO.

	PÁG.
DIA I. — San Felipe, apóstol.	6
Santiago, apóstol, el Menor.	7
San Jeremías, profeta.	13
San Saturnino, mártir de Mérida.	14
San Orencio ó Oroncio, y santa Paciencia, padres de san Lorenzo.	15
San Segismundo ó Sigismundo, rey de Borgoña.	18
El Evangelio y Meditacion: Del conocimiento y amor de Nuestro Señor Jesucristo.	26
DIA II. — San Atanasio, patriarca de Alejandría.	31
San Félix, diácono.	41
Los santos Simplicio y Ambrosio, mártires.	41
La beata Mafalda, esposa del rey D. Enrique I de Castilla.	42
El Evangelio y Meditacion: Del temor de Dios.	46
DIA III. — La Invencion de la santa Cruz.	50
Los santos Alejandro, papa, Evencio y Teodulo, presbíteros y mártires.	56
San Juvenal, obispo de Narni.	59
El Evangelio y Meditacion: Del mérito de los trabajos.	62
DIA IV. — Santa Mónica, madre de san Agustin.	67
El Evangelio y Meditacion: De la sincera voluntad de entregarse á Dios.	76
DIA V. — San Pio V, papa y confesor.	81
La conversion de san Agustin.	88
San Ángel ó Ángelo, mártir, religioso carmelita.	89
El Evangelio y Meditacion: Cuánto importa no despreciar las cosas pequeñas.	101
DIA VI. — La fiesta de san Juan ante Portam Latinam.	106
San Juan Damasceno, confesor.	111
El Evangelio y Meditacion: Que el despeño en los mayores desórdenes, y en los precipicios mas funestos, nace frecuentemente del desprecio de las cosas pequeñas.	119
DIA VII. — San Estanislao, obispo y mártir.	124
San Sixto y Eovaldo, llamado en vulgar catalán san Hou.	131
San Benedicto II, papa y confesor.	132

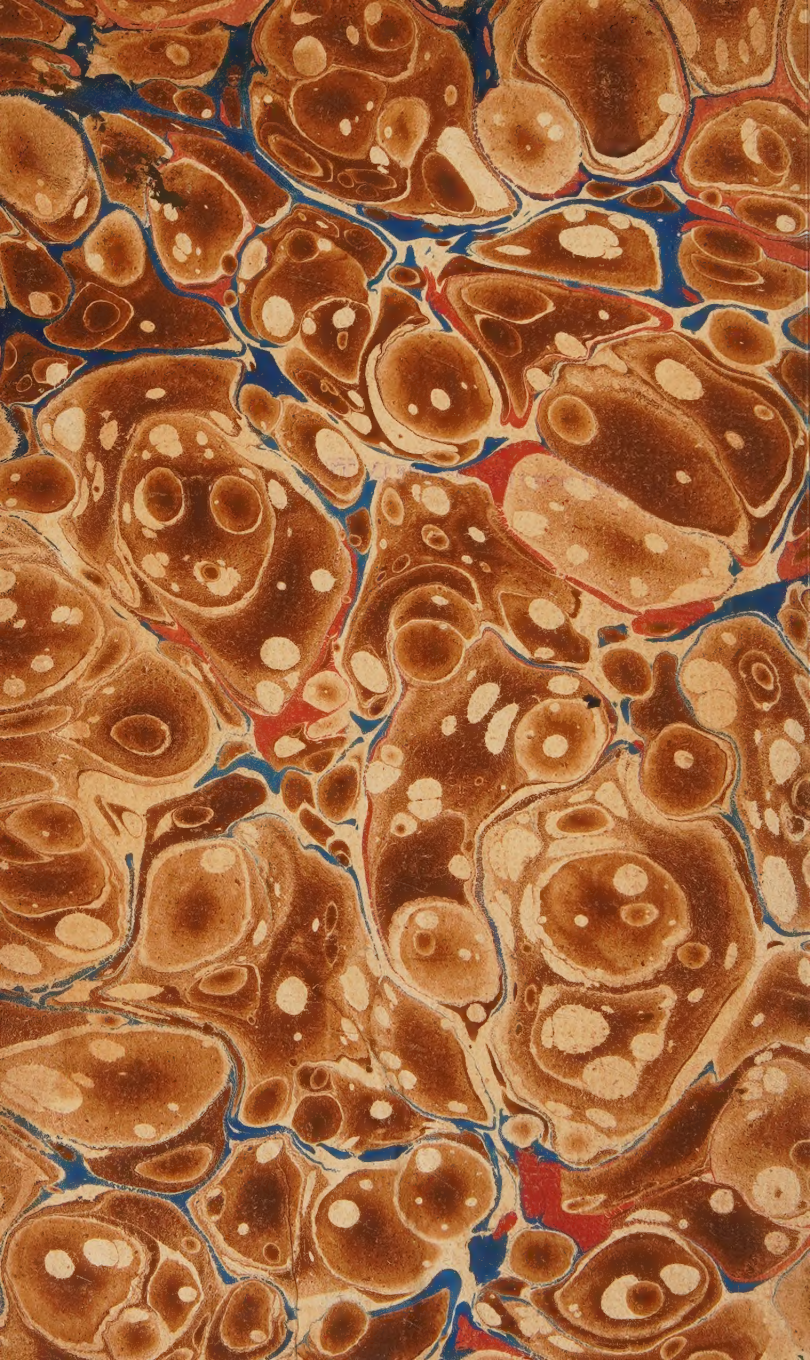
El Evangelio y Meditacion: La desdicha de una vida ociosa é inútil.	136
DIA VIII. —La aparicion de san Miguel, arcángel.	140
El beato Domingo, confesor.	144
El Evangelio y Meditacion: Del escándalo.	148
DIA IX. —San Gregorio Nacianceno, obispo.	152
San Gregorio, obispo de Ostia.	161
El Evangelio y Meditacion: Del escándalo que se da con la perseverancia en las faltas.	163
DIA X. —San Antonino, obispo.	171
Los santos Gordiano y Epímaco, mártires.	176
San Job, profeta.	177
El Evangelio y Meditacion: Del retiro espiritual.	182
DIA XI. —San Mamerto, obispo.	187
San Mayolo ó Mayeul, abad de Cluny.	189
San Eudaldo, mártir.	194
El Evangelio y Meditacion: Del amor propio.	199
DIA XII. —Santo Domingo de la Calzada, confesor.	203
Los santos Nereo y Aquileo, y santa Domitila, mártires.	210
San Pancracio, mártir.	214
San Epifanio, arzobispo de Salamina, confesor.	215
El Evangelio y Meditacion: De la indispensable necesidad que hay en todos de tener cada año algunos dias de retiro.	220
DIA XIII. —San Pedro Regalado, confesor.	223
San Juan Silenciaro, obispo y confesor.	237
San Segundo, obispo y patron de Ávila.	242
Santa Argentea y san Vulfura, mártires en Córdoba.	250
El Evangelio y Meditacion: Sobre las alegrías y complacencias de esta vida.	256
DIA XIV. —San Bonifacio, mártir.	262
San Pacomio, abad y confesor.	267
San Poncio, mártir.	274
El Evangelio y Meditacion: De la vida estéril en buenas obras.	277
DIA XV. —San Isidro labrador, patron de Madrid.	281
San Torcuato, obispo y mártir.	298
San Witesindo, mártir de Córdoba.	306
San Mancio, mártir.	307
El Evangelio y Meditacion: Qué frutos espera Dios de nosotros.	311
DIA XVI. —San Juan Nepomuceno, mártir.	315
San Ubaldo, obispo.	327
El beato Gil, confesor.	331
El Evangelio y Meditacion: Sobre los daños de la vana curiosidad.	341
DIA XVII. —San Pascual Bailon.	345
El Evangelio y Meditacion: De la fuga del mundo.	354

	ÍNDICE.	589
DIA XVIII.—	San Félix de Cantalicio, capuchino.	358
	San Venancio, mártir.	364
	El Evangelio y Meditacion: Del corto número de los que se salvan.	368
DIA XIX.—	San Pedro Celestino, papa y confesor.	372
	San Ivo ó Ivon, presbítero y abogado.	380
	El Evangelio y Meditacion: Sobre los varios sucesos de la vida.	385
DIA XX.—	San Bernardino de Sena, del Órden de san Francisco.	388
	San Baudilio ó Baudelio, mártir, llamado en vulgar catalan San Boy.	395
	El Evangelio y Meditacion: De la devocion al santo nombre de Jesús.	398
DIA XXI.—	Santa María de Socors ó del Socorro, vírgen.	402
	San Hospicio ó san Sospis, recluso de Provenza, confesor.	410
	San Secundino, mártir.	415
	El Evangelio y Meditacion: De la indiferencia con que se mira la salvacion.	419
DIA XXII.—	Santa Rita de Casia.	424
	Santa Quiteria, vírgen y mártir.	431
	Santa Julia, vírgen y mártir.	432
	San Athon ó Atton Pacense, obispo.	437
	El Evangelio y Meditacion: De la ceguedad interior.	440
DIA XXIII.—	La Aparicion de Santiago apóstol.	445
	San Epitacio y san Basileo, mártires.	451
	El Evangelio y Meditacion: Sobre la ingratitud.	456
DIA XXIV.—	San Juan Francisco Regis, de la Compañía de Jesús.	461
	El Evangelio y Meditacion: De la caridad con los pobres.	474
DIA XXV.—	Santa María Magdalena de Pazzis, carmelita de la regular observancia.	477
	San Genadio, obispo de Astorga.	484
	San Gregorio VII, papa y confesor.	488
	San Urbano, papa y mártir.	493
	El Evangelio y Meditacion: Del desprecio de las cosas pequeñas.	496
DIA XXVI.—	San Felipe Neri, confesor.	500
	San Eleuterio, papa y mártir.	506
	El Evangelio y Meditacion: Del fervor en el servicio de Dios.	511
DIA XXVII.—	San Juan, papa y mártir.	515
	El venerable Beda, confesor y padre de la Iglesia.	520
	El Evangelio y Meditacion: De cuánta consecuencia es la salvacion eterna.	525
DIA XXVIII.—	San German, obispo y confesor.	529
	San Justo, obispo de Urgel.	533
	San Justo, confesor.	535
	El venerable Miguel de Arándiga, de la Orden de Montesa, prior	

de San Jorge de Alfama.	536
El Evangelio y Meditacion: De la pérdida del tiempo.	539
DIA XXIX. — San Maximino, obispo de Tréveris.	543
La Conmemoracion de los fieles difuntos.	548
San Voto y san Félix, confesores.	552
El Evangelio y Meditacion: De la dicha que tenemos en ser cris- tianos.	557
DIA XXX. — San Fernando, rey de Castilla y de Leon.	560
San Félix I, papa y mártir.	569
El Evangelio y Meditacion: De la humildad.	572
DIA XXXI. — Santa Petronila, virgen.	575
El Evangelio y Meditacion: El olvido del último fin es el origen de lo mal que discurren los mundanos.	582

1871

ST. ALBERT'S COLLEGE LIBRARY



Acc. 5410

248.3

C65

Croisset, P., S. J.

AUTHOR

Ano Cristiano (Vol. V)

TITLE

